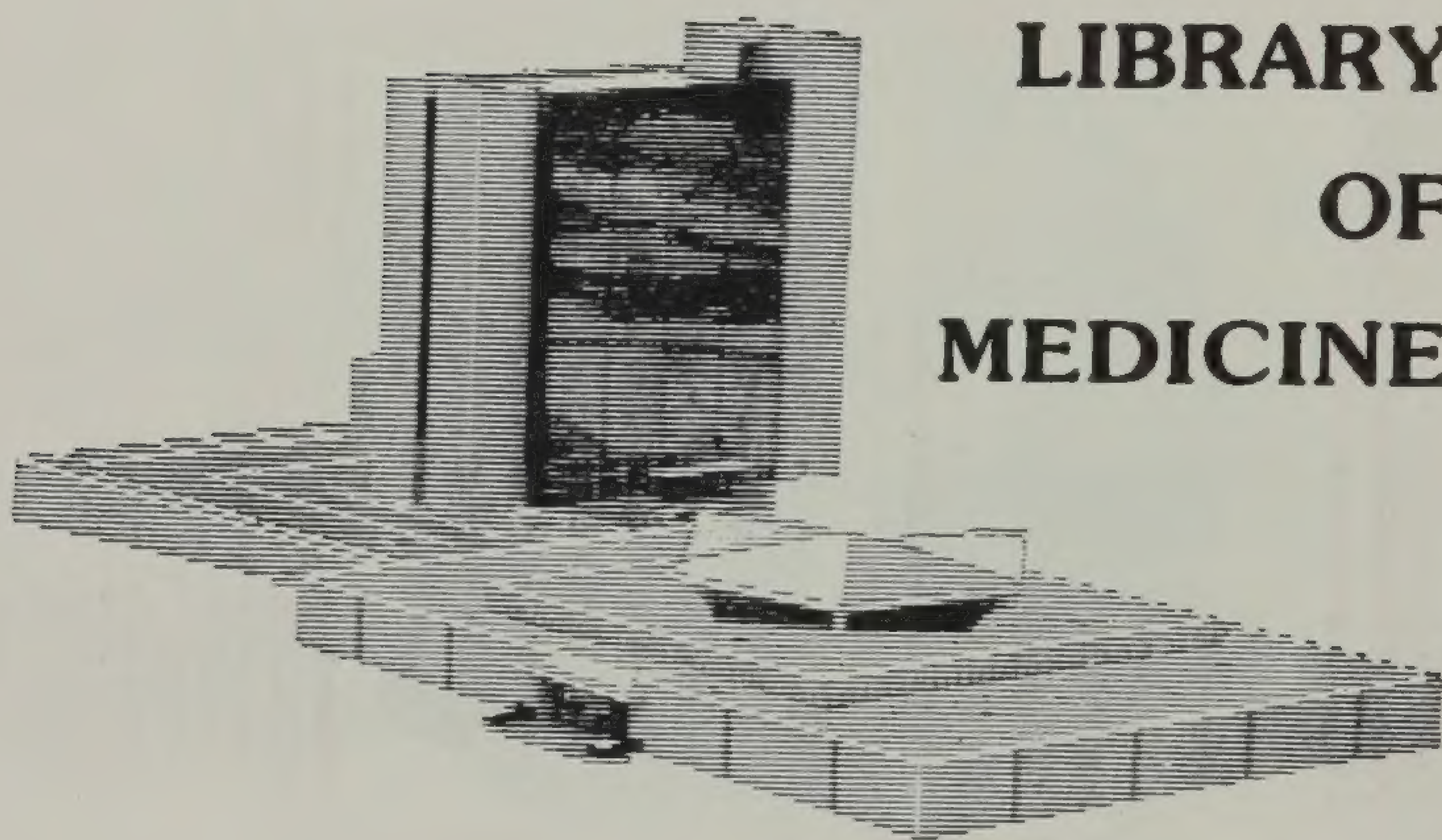


LA LOCURA EN LA HISTORIA

OBRAS DEL MISMO AUTOR

TRATAMIENTO DE LA JAQUECA. *(Anales del Círculo Médico Argentino,* 1878).

LAS NEUROSIS DE LOS HOMBRES CÉLEBRES EN LA HISTORIA ARGENTINA. (1ª y 2ª parte. 2 volúmenes).

ESTUDIOS CLÍNICOS SOBRE LAS ENFERMEDADES NERVIOSAS Y MENTALES. 1 volumen. 1894.

SOBRE EL ESTADO MENTAL DE JACINTA RODRÍGUEZ. *(Anales del Círculo Médico Argentino).*

LA FAMILIA LOBATO. (Un caso de locura simultánea.) *Anales de la Asistencia Pública.* 1889.

EN PREPARACIÓN

ROSAS Y SU TIEMPO. Un volumen.

PSICOLOGÍA DE LOS GRANDES HOMBRES DE LA HISTORIA DE AMÉRICA. (2ª edición de *Neurosis de los hombres célebres, etc.*).

Imprenta de Pablo E. Coni é Hijos, calle Perú, 680

PATOLOGÍA MENTAL

LA

LOCURA EN LA HISTORIA

CONTRIBUCIÓN AL ESTUDIO PSICO-PATOLÓGICO
DEL FANATISMO RELIGIOSO Y SUS PERSECUCIONES

POR

J. M. RAMOS MEJÍA

Catedrático de clínica de las enfermedades nerviosas en la Facultad de Medicina
de Buenos Aires; ex-médico legista de los tribunales;
ex-presidente fundador del Circulo Médico Argentino; ex-director general
de la Asistencia Pública;
presidente del Departamento Nacional de Higiene

CON UNA INTRODUCCIÓN DE PAUL GROUSSAC

BUENOS AIRES

FÉLIX LAJOUANE, EDITOR
79 — PERÚ — 89

1895

INTRODUCCIÓN

LA DEGENERACIÓN HEREDITARIA

La nueva producción del doctor Ramos Mejía, que tengo la honra inmerecida de presentar al público de habla castellana, confirmará, sin duda, el concepto de alienista informado y sagaz, al par que de escritor vigoroso y á menudo feliz en sus arriesgadas innovaciones de estilo, que las precedentes *Neurosis de los hombres célebres* y sus *Estudios clínicos* le habían conquistado.

Aún dejando de lado la doctrina discutible que le informa, este libro no es perfecto: codéanse en él, como en casi todas las obras del ingenio, los indicios del talento personal y los defectos que atestiguan la humana flaqueza. La consecución de la exactitud en el fondo y de la eficacia en la forma tiene que ser aproximativa y parcial. Ver-

dad y belleza son los blancos lejanos de nuestros tiros sucesivos; no hay habilidad tan impecable que los acierte cada vez. Ahora bien, si de estas nuevas disciplinas psico-patológicas se trata,—cuyo nombre es ya un neologismo,—y si de ellas se escribe en un medio poco adecuado y valiéndose de un lenguaje que es á la fuerza una traducción: habremos de saludar como un éxito toda tentativa que logre en parte su objeto y, como la presente, con sus resultados fragmentarios suscite temas de discusión fecunda.

Por lo prematuro y arduo del problema y lo inseguro del instrumento investigador, podria decirse, volviendo á la anterior imagen, que en este caso se realiza el tiro á la luz del relámpago que hiende instantáneamente las tinieblas y haciendo uso de un arma de dudosa precisión. Lejos, entonces, de tildar al autor por sus yerros frecuentes, debemos en estricta justicia señalar las vistas nuevas y atrevidas, las páginas brillantes ó profundas que en su obra menudean, acogiendo con aplauso el conjunto, en gracia del esfuerzo prolongado y de la energía mental que acredita.

Pero, antes de reseñar el libro del doctor Ramos Mejia, cumple á mi lealtad definir nuestra situación respectiva, á fin de que no se sorprenda

el lector por el sesgo crítico de mi discusión, muy poco usual en achaque de prólogos.

Anteponiendo un sentimiento afectuoso á buenas razones de autor, que le aconsejaban procurar para su recién nacido algún ilustre padrinazgo, pidióme Ramos Mejía que encabezara su libro con algunas palabras de introducción. Acepté, movido del mismo sentimiento, sin reparar al pronto en mi insuficiencia para apreciar la faz propiamente científica del trabajo y contando con detenerme en su parte histórico-filosófica que es, felizmente, la más importante y extensa. Agregaré, en descargo de mi temeridad, que la preparación de un estudio psicológico sobre el *Hombre de genio*, de cuyos fragmentos publicados acaso recuerde algún lector, me había traido alguna vislumbre de estas materias de patologia mental, que vienen entroncando más y más con la filosofía moderna.

No habia contado, empero, con otra dificultad: debo referir el incidente, no sólo por la razón antes apuntada, sino porque su solución honra el carácter del autor, revelando á las claras que posée todo el temple cientifico de un espiritu serio y más preocupado de verdad que de vanagloria.

Después de leer en pliego esta obra con la atención debida, convencíme de que, sin que ello amen-

güe el mérito de la ejecución, algunos puntos fundamentales de la teoría sustentada contravenían á mis propias ideas, no pudiendo, por tanto, ensayar un juicio honrado del libro sin discutir franca y resueltamente su doctrina, como cuadra á tales materias de fe científica, en que *amicus Plato, sed magis amica veritas*.

Manifesté al autor lo que ocurría y mi deseo de verme desligado de mi promesa: no queriendo comprometer el éxito de la obra con discusiones que, para algunos lectores desapercibidos, quebrantarían su autoridad y no pudiendo, por otra parte, hacer abdicación de mis opiniones científicas, por desautorizadas que sean...

Con una rara altura de miras y un desapego de todo amor propio que debo encarecer, el doctor Ramos Mejía no sólo admitió sino que me pidió, en nombre de la ciencia, que hiciera públicas, sin ambajes ni reticencias, mis objeciones á las teorías y métodos de la escuela científica á que él pertenece. Ante manifestación tan franca y explícita, no he creído que debía sustraerme á mi compromiso. Vengo, pues, sin más preámbulo, á la plena y libre discusión. Entiendo, por otra parte, que esta actitud importa un previo homenaje al mérito de la obra y al valimiento del autor.

I

Creo que la tesis sustentada en la *Locura en la historia* puede resumirse en las siguientes proposiciones. La locura, bajo sus formas insidiosas y parciales, ha desempeñado un papel capital en la historia de la humanidad, singularmente en los paises de gobierno absoluto, donde, por naturaleza de éste y definición, la suerte de los pueblos dependía en un todo de la voluntad, de la inteligencia y del carácter de los monarcas. A esta consideración individual, el autor añade el estudio de las creencias y pasiones colectivas que, salvando las vallas de la razón, han obrado á manera de delirio comunicado ó epidémico, é influido desastradamente en la evolución histórica de un pueblo: así, por ejemplo, la Inquisición española.

Con gran acopio de erudición histórica de buena ley, bien que de segunda mano cuando no han sido asequibles las fuentes originales,—robustecida por el dominio de las ciencias médicas, y, desde luego, de la patología mental que el autor profesa con distinción; con la eficacia indiscutible

de un estilo personal lleno de vida y colorido, aunque á las veces exuberante y exótico en demasía, el doctor Ramos Mejía asienta y sustenta vigorosamente su teoría psico-histórica, aplicándola á la historia religiosa de la edad media (insistiendo en especial sobre el proceso de la Inquisición de España que revive bajo este punto de vista nuevo) y á la lenta degeneración de la dinastía austriaca.

Antes de examinar la doble base científica é histórica en que la teoría descansa, tomemos razón, con un ejemplo significativo, del procedimiento que sigue habitualmente el autor en su demostración.

Claro está que no puede tratarse, como factores históricos, sino de las psicosis obscuras ó parciales —*frustas ó larvadas*, que diría mi amigo, con su desdén del rigorismo peninsular. La locura caracterizada y crónica, que evoluciona fatalmente hacia la demencia, así como las formas de enajenación mental que arrancan de una indigencia congénita, son achaques personales que poco ó nada influyen directamente en el proceso social. Sus víctimas, verdaderos muertos civiles, arrastran en la sombra su existencia vegetativa, tan impotente para el bien como para el mal.

No así los «locos de la historia» que el doctor Ramos Mejía somete á su examen, tan desapiadado cuanto sagaz: el numeroso grupo comprende á todos esos desequilibrados que andan sueltos; cuya tacha invisible, ignorada de todos y de sí mismos, no empece en manera alguna su aptitud para las más altas funciones sociales, puesto que bajo el rótulo de originalidad, humor, extravagancia ú otro parecido, ha sido tenida durante siglos — y lo es aún—por un simple rasgo idiosincrásico. Son los que la novísima patología señala en la frente con el estigma de degenerados, cerebrales, fronterizos de la locura, hereditarios y otros calificativos desapacibles.—No nos apresuremos á compadecerles: en este décimo círculo dantesco se encuentran todos los hombres de genio, todos los héroes, desde Platón hasta Renan!

Para dar una idea cabal del método demostrativo que usa la escuela psiquiátrica moderna, tomo en la presente obra el estudio consagrado á la casa de Austria, que llena la tercera parte y cuyos personajes son antiguos conocidos del lector. Desde el punto de vista patológico, la decadencia de esta dinastía ha sido sucesivamente estudiada por Jacoby, Ireland, Déjerine y otros; pero nunca presentada con el relieve y excesivo colorido que os-

tenta en la *Locura en la historia.* El efecto es, en verdad, sorprendente y casi aterrador: si el frio juicio no reaccionase, se inferiria con el autor que toda la familia real, cuyo destino se desarrolla durante dos siglos (1500-1700), comenzando con la histérica Juana para rematar en el imbécil Carlos II, constituía la cadena neuropática mejor eslabonada de la historia. ¿Es exacto, como nos lo enseña Ramos Mejía en su cuadro sombrío, que los descendientes de Carlos V llevaran el peso de una fatalidad hereditaria acumulada de generación en generación, y que debia terminar en la estéril idiotez de Carlos II?

El autor de la *Locura en la historia* hace desfilar ante nosotros á la infeliz reina Juana, madre de los siete dolores, seguida sucesivamente de sus descendientes hasta la quinta generación. La prevención y el prejuicio, que Ramos Mejía ha bebido en las fuentes psiquiátricas, son desde luego visibles. Mucho mejor informado históricamente que Jacoby y Déjerine, acepta sus preocupaciones sistemáticas y acomoda á ellas su propia erudición. Admite sin discusión referencias de Prescott y otros más anticuados, que han sido destruidas por historiadores modernos, respecto de la locura de doña Juana, la epilepsia de Carlos V y la dege-

neración hereditaria de los Felipes. Y, sentadas esas premisas, agobia á sus pacientes con las citas autoritarias de Magnan, Morselli, Schüle, Lasègue y demás alienistas modernos, relativas á las vesanias y neurosis que aquellos debieron necesariamente padecer, por ser los eslabones intermedios de la cadena fatal cuyos extremos eran Juana la Loca y Carlos II el Hechizado!

Aparte el último, cuya imbecilidad es patente, podria, á disponer de mayor espacio, sustentar la tesis contraria, apoyándome en las mismas autoridades que invoca el autor, si bien en pasajes diferentes. Forneron, por ejemplo, á quien Ramos Mejia menciona con justo aprecio, se adhiere netamente á la opinión de Bergenroth ó, mejor dicho, á los documentos auténticos producidos por éste, y á las conclusiones de otros historiadores que no creen ya en Prescott (1). El propio Mignet proporcionaria argumentos contra la epilepsia de Carlos V, que sólo tuvo dos ataques de vértigo—probablemente dispépticos — en su juventud, no repitiéndose hasta su muerte. Respecto de Felipe II, « el hereditario averiguado » (¿ por quién ?), que

(1) K. Hillebrand ; G. H. Bergenroth, *Calender of leters, etc., preserved in the Archives of Simancas* ; Forneron, *Histoire de Philippe II,* I, Appendice C.

heredó la gota pero no la «epilepsia» paterna lo que, á la verdad, no prueba mucho, pues su transmisión integra es excepcional): á los pretendidos estigmas físicos apuntados, podríamos oponer una larga vida de trabajos y fatigas de toda laya que ese «raquitico» soportó sin desfallecer. El retrato que de él ha hecho el autor es vivisimo, pero pierde allí la verdad cuanto gana el arte. Con los vicios ó defectos de su época, rango y nación, no fué Felipe II el alucinado delirante ni el maniaco que se describe. Vivió en la soledad, presa de su propia tiranía y obseso de la preocupación religiosa que reinaba entonces en Europa toda, así en el campo reformista como en el católico, pero que se había exasperado en España con ocho siglos de cruzada religiosa confundida con la reconquista del suelo nacional. Esto explica, no sólo á Carlos V y los Felipes, sino la Inquisición y todos los excesos del furor ortodoxo, sin buscar argumentos en los anales psiquiátricos.

En resumen, Felipe II no fué más cruel ni vicioso que muchos soberanos contemporáneos, sobre todo ingleses, y cumplió mejor que todos ellos su misión exterior de gobernante absoluto. España le guarda culto, porque ha sido su rey más español.

Que fuera su hijo Felipe III un santurrón sin inteligencia ni energía, nadie lo duda; pero el epíteto de «alienado», que Ireland le aplica, es odiosamente gratuito. Fué un pobre hombre, débil, afable, sometido á tutela de privados indignos, pero sin ningún estigma degenerativo, físico ó moral: «el mejor de los hombres á no haber sido rey». Tuvo siete hijos legítimos, en su mayoría sanos y robustos, cuya descendencia no se ha extinguido aún en Austria y Francia. En él, pues, y en su hijo Felipe IV, la reversión al tipo normal es completa. Éste, además, fué inteligente, de alta estatura y majestuosa presencia; se le atribuyen comedias y obras literarias; fué un rey indolente y disoluto, por supuesto, pero no más que todos los Valois y buena parte de los Estuardos y Borbones. A los 56 años, agotado y rendido de excesos, se casó por razón de Estado, y de esa triste unión nació el triste Carlos II, enclenque y casi imbécil. El hecho de que este engendro de la vejez fuera su heredero, se interpreta como indicio de su cuasi esterilidad por los alienistas menos informados que Ramos Mejía: Felipe IV tuvo seis hijos legítimos y treinta y dos naturales [1]; uno

(1) Dunlop, *Memoirs of Spain*, II, pág. 654.

de estos fué el ambicioso y vivaz don Juan de Austria, que dominó á su hermano menor. Suponed á don Juan heredero del trono, y toda la tesis degenerativa se viene al suelo, ó mejor dicho, nadie hubiera pensado en aplicarla á una serie histórica que tan evidentemente la rechaza ([1]).

Si algo significa la teoría de la herencia mórbida, no puede caracterizarse sino por una progresión acumulativa y casi fatal en la degeneración. De un ascendiente gotoso ó dispéptico, nacen hijos con ligeras anomalías: predominio del sistema nervioso en unos, tendencia á la congestión, irritabilidad en otros, etc. Algunos individuos de la tercera generación manifestarán ya afecciones cerebrales idiopáticas, hemorragias, neurosis diversas; en la cuarta puede que aparezcan las impulsiones y las perversiones instintivas; en la siguiente, por fin, unidos felizmente á la frecuente esterilidad, estallarán los resultados terminales de la evolución degenerativa: debilidad congénita, sordo-mudez, degeneración cretinosa, idiotismo. La raza se extingue para no caer en la animalidad.

Creo que he reproducido fielmente la marcha

([1]) Para simplificar su teoría, los alienistas no mencionan la influencia del medio anormal, del *poder*, al que Jacoby atribuye gran importancia.

de la degeneración hereditaria, tal cual la han *concebido* los autores clásicos, desde Morel hasta Magnan y su escuela. Cierto es que la socorrida metamórfosis sustituye algunas entidades mórbidas por otras que, sin pruebas positivas, se reputan equivalentes. Pero el carácter hereditario que debe subsistir, si se trata de una ley, es la progresión acumulativa, el alejamiento cada vez mayor del tipo específico y normal. Discutiré luego esa hipótesis científica; pero si la admitimos provisoriamente, ¿quién aceptará que, sin torcer los hechos históricos y mutilar la misma doctrina, se encuentre cumplida en el célebre ejemplo de la dinastía austriaca que los Jacoby y los Ireland presentan á porfía? ¿Qué progresión mórbida se manifiesta de Juana la Loca á Carlos V, hercúleo y genial, de éste á Felipe II, melancólico y adusto, pero sin más estigma que la gota (rasgo primitivo); y, por fin, á sus descendientes que representan el tipo normal y vulgar, con excepción de Carlos II, que es un accidente tardío, después de muchos hermanos sanos?

El primer sofisma evidente de esos raciocinios sobre las dinastías históricas arranca de este error: se estudia la sucesión de los herederos de la corona como si fueran los únicos descendientes,

siendo así que los desconocidos son innumerables. La historia, sobre todo la ciencia conjetural que examinamos, reduce á los cinco individuos que reinaron, la descendencia directa de doña Juana: en realidad pasaron de doscientos que, en su mayoría, poblaron los conventos de España, sin contar á las hembras que entroncaron en el extranjero. Se entrevé, desde ya, la poca solidez de la inducción:

Gran parte de estas objeciones se dirigen, más que á la obra de Ramos Mejía, á la escuela que él, felizmente, no sigue ciegamente. Se echa de ver la mezcla de exageración y arbitraria hipótesis que por ahora infirma la teoría. Pero los ejemplos aislados podrían ser inexactos y apócrifos, sin que por ello se conmoviera la doble base científica é histórica en que el libro descansa. Ha llegado el momento de ahondar en su análisis. El título, tomado de un capítulo de Cullerre [1], es de una claridad perfecta; equivale á una definición. *Locura é historia*, son los dos términos del problema. Veamos qué latitud tienen para la escuela psiquiátrica, y si su empleo corresponde siempre á un concepto legítimo.

[1] *Les frontières de la folie*, X.

II

Respecto de la locura, los autores modernos no han hecho esfuerzo por rejuvenecer la definición clásica de Esquirol; casi todos la aceptan en su esencia. Ramos Mejía, aunque de escuela positivista, ingiere en su concepto, á imitación de Schüle, «la supresión del *libre albedrío*». La expresión es extraña bajo una pluma determinista, y no pertenece, por cierto, al vocabulario clínico. Sin remontarnos á la enérgica sentencia de proscripción spinozista [1], basta recordar que la novísima psicología científica está fundada en el desconocimiento del libre albedrío: no discute esta entidad metafísica, la ignora.

Para los alcances meramente sociológicos de esta obra, creo que bastaría definir la locura: «una perturbación cerebral duradera que se manifiesta aislada ó conjuntamente en la inteligencia, la sensibilidad ó la voluntad, en grado suficiente para que el individuo desconozca ó rechace las leyes

[1] SPINOZA, *Ethices, III, Prop. II, Schol: Qui igitur credunt, se ex libero mentis decreto loqui vel tacere, vel quicquam agere, oculis apertis somniant.*

fundamentales de su medio social». Claro está que tales enfermos, no actuando libremente en una sociedad organizada, no constituyen factores históricos. Como ya lo tenemos dicho, la locura caracterizada no figura sino por excepción en la historia. Al día siguiente de su violento acceso en la selva del Mans, Carlos VI de Francia deja de gobernar: es un enfermo cuidado en palacio.—En todo caso, ninguno de los personajes estudiados aqui, á la ley de la psiquiatria, padece de locura en el sentido corriente y legal de la expresión.

Á estar al rigor de los términos, pues, el título de la obra importaria una contradicción. No es ello mera cuestión de palabras. Si ninguno de los «locos» estudiados en este libro puede ser comprendido en la anterior definición, ni seria clasificado así por la medicina legal, tenemos que darnos cuenta de esta extensión abusiva del vocablo y precisar el nuevo sentido en que se le viene empleando.

La moderna psiquiatria se rie del concepto vulgar de la locura: «los locos de la leyenda á quienes se entrevé, gesticulando y desmelenados, por entre el enrejado de una jaula en los manicomios» (1). El actual concepto cientifico es, en efec-

(1) CULLERRE, *Les frontières de la folie.*

to, mucho más consolador; congloba en la locura «los innumerables desórdenes del espíritu y la sensibilidad moral que *proceden* de la enajenación mental ó *conducen* á ella». ¡ Proceder, conducir ! La determinación es vaga, y las « fronteras » de que se nos habla requerirían algunos mojones más. Si son candidatos á la locura, los «obsesos, dipsómanos, excéntricos, extravagantes, disipadores, utopistas, pleitistas, celosos, inventores, mentirosos, histéricos, místicos, fanáticos, etc.», no parece posible que escape la masa de la humanidad civilizada á una de las clasificaciones enunciadas, y que he abreviado. El mundo entero es manicomio, y según esa doctrina de la pan-psicosis, escasamente quedaría fuera un grupo bastante á vigilar la multitud encerrada dentro...

Felizmente, la psiquiatria nos brinda el consuelo : cierto es, dice, que la locura es *función* de la civilización, pero no hay que confundir con aquella las formas más leves de la desequilibración mental. Todos los candidatos á la locura no resultan electos. Muchas neurosis no rematan necesariamente en la demencia terminal; se ramifican, transforman y transmiten á las generaciones sucesivas. En resumen, según los psiquiatros más autorizados, la señal indeleble de que el desequili-

brio arranca de, ó conduce á la demencia es la degeneración hereditaria, la cual se manifiesta por estigmas físicos, intelectuales y morales *inequívocos*.

Esos famosos estigmas degenerativos que, desde Moreau y Morel hasta Magnan y Lombroso, obstruyen la patología mental no tienen realidad específica. Como los del «criminal nato», que empiezan á mover á risa, resultan los restantes. Lo único que resista al examen de los hechos es lo que se sabia hace tres mil años, es decir que las partes del sér son solidarias, y que toda asimetría ó deformidad, toda tacha teratológica revela, salvo accidente, un vicio de nutrición y desarrollo cuya causa es general y, por tanto, repercute en todo el organismo, con particular gravedad en tal ó cual región [1]. No merece detenerse en una refutación detallada que exigiría gran espacio, y que tengo ensayada en obra especial. Por otra parte, lo que urge, es discutir la misma herencia mórbida: la conclusión respecto del tronco implica la de las ramas.

[1] Geoffroy Saint-Hilaire, *Histoire des anomalies*.

III

La teoría de la degeneración es una excrecencia parasitaria de la herencia general, que se ha hecho dogma con el triunfo popular del darwinismo. Sería arduo problema, y extraño á este examen, el determinar si, en definitiva, la hipótesis transformista habrá estimulado ó detenido la marcha de la civilización. Después de ser escarnecida por la ignorancia, es ahora dogmatizada por la misma plebe intelectual; y se necesita ya tanto valor moral para discutir el darwinismo, como treinta años ha para defenderlo públicamente. Ahora bien, es prueba de que una libre opinión científica ha perdido su virtud cuando queda erigida y petrificada en dogma intangible. Curiosa evolución de las ideas: es en la hora de su vulgarización, de su aceptación á ciegas por el público de Panurgo, que el transformismo pierde terreno en el campo científico. La conciencia, la buena fe, la sagacidad de Darwin, su genio, si queréis, no están en cuestión. Pero nadie que piense por sí mismo acepta ya «en bloque» sus conclusiones te-

merarias [1], y mucho menos las hipótesis gratuitas y los árboles filogenéticos de la secta haeckeliana, á quien el transformista Claparède pudo llamar «los niños terribles del darwinismo».

Darwin fué poco á poco arrastrado por el torrente de su propia teoria más allá de sus primitivas inducciones. Además, es muy sabido que multitud de referencias traidas en apoyo de su doctrina provenian de fuentes extrañas. Por el mundo entero, degeneró en moda vanidosa el enviar «contribuciones» al sabio inglés, quien, si era personalmente el más prudente y precavido de los observadores, cometió la falta de atribuir candorosamente sus mismas cualidades á sus corresponsales desconocidos, acogiendo sus datos sin la necesaria critica [2]. De ahí, el cúmulo de afirmaciones aventuradas que la experiencia de los criado-

[1] G. Romanes, *Physiological Selection* (1886): «At the present time it would be impossible to find any working naturalist who supposes that survival of the fittest is competent to explain all the phenomen a of species-formation.» — Romanes ha sido el discípulo favorito, el amigo y comensal de Darwin durante catorce años.

[2] Así, para traer un ejemplo casero, asegura (*Variations*, I, 95) que existe en la pampa de Buenos Aires una verdadera *raza* bovina ñata; y este hecho extraordinario ha sido religiosamente aceptado por los naturalistas argentinos: *Magister dixit.*

res y sabios prácticos ha desmentido. Fallando las pruebas justificativas, se ha puesto en duda la solidez de la hipótesis. Algunos de los adeptos más ilustres del transformismo han formulado reservas, cada vez más fundamentales, hasta abrir en la teoría de las especies brechas irreparables. Para sólo citar á darwinistas fervorosos de la primera hora: Romanes, en la obra citada, demuestra que la selección natural no es sino un hecho secundario en la formación de las especies y aun de las variedades, mucho menos importante que la acción del medio, tan desdeñada por el maestro; hace resaltar la confusión cometida por éste, respecto de la fecundidad de los hibridos, entre razas y especies; mostrando, además, la inutilidad de la mayor parte de los caracteres especificos y llegando á esta conclusión abrumadora para la tésis transformista — y sus allegadas de la psicopatologia: — lejos de acentuarse la variación por la herencia, la ley es la regresión al tipo normal.

Las objeciones del célebre naturalista Carl Vogt no son menos categóricas: habré de resumirlas para ser breve. En sus *Lecciones sobre el hombre*, y especialmente en los estudios que llevan este título significativo: *Herejías darwínis-*

tas [1], destruye el aserto relativo á la constancia de las « razas » hibridas, y en particular del lepórido, que tanto se ha afirmado; vuelve á levantar la formidable objeción, que embarazaba al mismo Darwin, — de la ausencia de escalones intermediarios en paleontologia; sepárase del monofiletismo de Darwin y Haeckel, mostrando la contradicción elemental que éste comete al admitir por una parte la generación espontánea y, por otra parte, la descendencia de un solo grupo originario; por fin, el sabio alemán [2] reduce á sus proporciones verdaderas la pretendida ley de la supervivencia de los más aptos; combate, como Romanes, la de divergencia — herencia acumulativa de los psiquiatros—y demuestra, para muchas especies elevadas, que los descendientes son menos desemejantes que los antepasados y vuelven al tipo especifico. — Hasta el mismo Huxley, el ardiente y arrebatado apóstol, declara *(Lay Sermons*, 1887*)* que « no se tiene prueba de que un grupo de animales, por variación ó selección sexual, haya dado origen á otro grupo que fuese *infértil* con el primero » : es decir á

(1) *Revue Scientifique*, 1886.

(2) Aunque es profesor en Suiza, donde ha pasado la mayor parte de su vida, Vogt nació y se educó en Giessen.

una especie. Llama á esto « una pequeña grieta en la pared » [1]: es la teoría entera que se desploma, como lo indica el título mismo de la obra fundamental — *Origen de las especies!* — No hay necesidad de prolongar la discusión y mostrar otros numerosos ejemplos de oposición ó disidencia transformista. La teoría está destruida en sus cimientos; mejor dicho, subsiste como una hipótesis más, acerca del misterio eternamente impenetrable de los orígenes; y, después de treinta y cinco años, el firme y prudente Quatrefages, que quedara casi solo en la protesta, ha podido verse rodeado al morir por los que tanto combatieron su inmóvil timidez, y repetir en su último trabajo [2]: « Lejos de conservar la supremacia, el darwinismo parece destinado á colocarse proximamente entre ese conjunto de concepciones diferentes y á veces diametralmente opuestas, con las que se ha pretendido vanamente explicar el origen y sucesión de las especies orgánicas».—Entretanto, no hay gacetillero que no discurra sobre descendencia y, como dijera Sarmiento del *ergo* cordobés, la « selección natural » anda por las cocinas...

No es solamente por su parentesco evidente con

[1] *Lay Sermons,* 256 : « *This little rift in the lute...*»
[2] *Journal des Savants*, 1889 y siguientes.

las modernas doctrinas patológicas, que he debido establecer el balance del transformismo, ni es este proceso una mera digresión. Si, fuera del concepto fecundo de evolución, que Darwin ha vulgarizado más que descubierto, nada ha de quedar de sus conclusiones generales en la ciencia positiva, estamos por ello mismo en presencia de un hecho trascendental. La ruina del transformismo acarrea la de cuantas teorías adventicias se le habían adherido estrechamente, del propio modo que la bancarrota de la casa central arrastra la quiebra de las sucursales y conmueve á las relacionadas. — Es evidente, desde luego, que nuestra «herencia mórbida» no puede desinteresarse de las objeciones formuladas contra la ley hereditaria absoluta, y singularmente contra algunas de sus formas desmentidas por la observación. Contra varias de esas «leyes» antojadizas, han protestado en nombre de la práctica experimental muchos criadores y agrónomos. Es así cómo la herencia colateral, admitida por Darwin, y la de influencia ó impregnación — tesis imaginaria sostenida también por Prosper Lucas, — carecen probablemente de toda realidad [1]. La transmi-

[1] No es posible — ni tengo competencia para ello — re-

sión hereditaria de los caracteres adquiridos, proclamada por Lamarck, no parece más fundada y sólida en sus términos latos... Y es así como, de duda en negación, sentimos estremecerse en su base el frágil edificio de la patología mental, aun antes de acometerle directamente. — El vicio intimo, insanable, radical, de muchas teorías « científicas » actuales reside, lo veremos luego, en el método mismo que no es propiamente científico. Sería negar la ciencia, el admitir que las tesis transformistas y sus derivadas, tenidas por verdades demostradas durante veinte ó treinta años, pudiesen, con asentarse en hechos positivos y probantes, ser desmentidas por la experiencia ulterior. Nada tiene que ver esa *tabula rasa* periódica con la perpetua evolución del saber. Las teorías transitorias no son científicas, ya por fundarse en hechos mal observados, ya por habérselos generalizado temeraria y prematuramente. Tal es el proceso de la psico-patología contemporánea en sus doctrinas extremas, y sin que pretendamos rebajar el

producir aquí las razones embriológicas que se oponen á esa hipótesis. El proceso material de la fecundación, estudiado por Van Beneden, Weissmann y otros, parece oponerse á toda influencia extraña ó anterior al encuentro de las dos células (*gonocito* macho y hembra). Para toda esa discusión véase: Kœhler y Delage, *Revue Philosophique*, 1893.

mérito de muchos trabajos y monografías apreciables, entre los cuales puede figurar por algunos de sus capítulos el libro de Ramos Mejía. Es por haberse apresurado á concluir, antes de conocer en realidad la anatomía y la fisiología cerebrales, — pues la localización de Broca es acaso el único punto firme en esa arena movediza de las hipótesis, — por haber desdeñado el impecable método del genial Claudio Bernard (1), que los Moreau, Morel, Magnan, Lombroso y sus discípulos han retardado más que acelerado el triunfo del determinismo experimental; y, con el empleo abusivo de la historia y la filosofía mal sabidas, de las estadísticas aventuradas ó fragmentarias, han dado á luz sus obras vacías de substancia que, sin propósito de escarnio, podrían llamarse las novelas de caballerías de la ciencia.

IV

El eje de la nueva psiquiatría aplicada á la his-

(1) «Il vaut mieux ne rien savoir que d'avoir dans l'esprit des *idées fixes* appuyées sur des théories dont on cherche toujours la confirmation en négligeant tout ce qui ne s'y rapporte pas.» *Introduction à la Médecine expérimentale*, 66 y *passim*.

toria y á la sociologia es la teoría de la degeneración hereditaria. Examinemos su estructura científica antes de verificar la exactitud de sus aplicaciones históricas y sociales.

No hay necesidad de recordar que la herencia especifica es una ley absoluta por definición: es eso mismo lo que constituye la especie. Aunque menos rigurosas, no son más discutibles las transmisiones atávicas de la raza y las individuales de los autores. Nótese, desde luego, que siendo esta última *bilateral* en la gran mayoria de los casos, la energía propia del atavismo — salvo en los ejemplos infinitamente raros de consanguinidad sistemática — decrece en progresión geométrica; puede admitirse que, despues de la séptima generación, la influencia atávica es infinitesimal [1]. No es menos admisible, en sus términos latos, la herencia patológica, caso particular de la fisiológica, por la cual puede transmitirse á los hijos, además de la susceptibilidad diatésica inherente á cierto blástema ó tejido orgánico, la predisposición á la propia entidad mórbida que el ascendiente ha padecido. — En resúmen, así para la ley específica

[1] Es lo que expresan las legislaciones religiosas al decir que en ese grado se borra el pecado hereditario, ó las civiles, que declaran extinto el parentesco.

como para las predisposiciones posibles del individuo, lo que la herencia significa es la continuidad en una generación, la permanencia de ciertos rasgos externos ó intimos, normales ó anómalos, pero siempre semejantes á los de la anterior. La semejanza es el carácter esencial de la herencia.

Lo propio acontece en patalogia mental, sea cual fuese la clasificación adoptada. Cuando se enuncia que la predisposición hereditaria domina la etiologia de la locura sistematizada ó de la lipemania, se pretende establecer que una forma de vesania análoga ha existido generalmente en uno de los autores. Ello no importa aceptar la ley dudosa de las estadisticas, ni tampoco negar la influencia de causas personales que provocan la explosión de la locura sin vestigio hereditario.

Ahora bien, ese principio de la similitud, que domina el concepto hereditario y parece esencial, es el que desaparece con la creación del grupo de los «degenerados». Esta degeneración «creada», como ellos dicen ingenuamente, por los nuevos alienistas, constituye por sí sola una entidad mórbida con evolución muy especial. Se introduce un concepto extraño á la noción corriente : el de la metamórfosis, según el cual *el descendiente hereda del ascendiente lo que éste no tuvo jamás!*

La fórmula de Morel, exagerada por Magnan y sus discípulos, estriba en la hipótesis de que cualquiera neurosis ó diátesis se transforma por generación en cualquier afección mental y *vice-versa*, lo que, en verdad, resuelve cómodamente una infinidad de problemas obscuros. Admitido el postulado ó la premisa, las consecuencias fluyen sin obstáculo. Desgraciadamente, se echa de ver al pronto que la premisa descansa en una petición de principio, como en la escuela se dice, y que la tesis se apoya en lo que precisamente se trata de establecer. ¿En qué se funda la serie degenerativa de Morel? En una sugestión personal, en una hipótesis. ¿Sobre qué descansa toda la literatura subsiguiente de la escuela? En el cuadro de Morel. De esto no se sale. Se trata de establecer científicamente la legitimidad del concepto metamórfico, y para ello se os repite *ne varietur*, que el delirante actual desciende de padre artrítico ó de madre supersticiosa — y, como dice el eterno Molière, *voilà pourquoi votre fille est muette!*

La herencia de metamórfosis es una mera arbitrariedad en sus premisas y en sus conclusiones. En sus premisas: porque ni Morel ni otros han podido establecer la menor relación específica entre la multitud de afecciones localizadas ó genera-

les que dan como antecedentes, y la locura que sería su consecuencia; en sus conclusiones: porque nadie ha podido diagnosticar la demencia como producto necesario ó probable de los antecedentes, por más recargados que en los autores aparezcan. — Mal podría la anatomía patológica revelar la analogía celular del tuberculoso ó artrítico con el vesánico, cuando no sabe descubrir hasta ahora la lesión anatómica correspondiente á la vesania, excepción hecha de la parálisis general. La bacteriología no ha mostrado la analogía del micro-organismo, cuya presencia es constante en tal ó cual antecedente, con el « germen » invisible del pretendido consecuente. Faltan, pues, como en casi todos los cantones de la « ciencia » médica, las pruebas directas y tangibles. ¿Habremos, por eso, de rechazar *in limine* los argumentos pedidos á la estadística, la historia y la filosofía? De ningún modo; pero vamos á examinarlos, y veremos que su análisis conduce al mismo escepticismo determinista que ha sido nuestro principio y será nuestra conclusión.

«La crítica experimental, dice Claudio Bernard [1] debe rechazar la estadística como base de

[1] *Médecine expérimentale*, 340.

la ciencia patológica y terapéutica...; es menester repudiar los hechos indeterminados, es decir las observaciones mal hechas ó á veces imaginanarias que se traen como objeciones (ó afirmaciones) continuas.» Seamos menos exigentes con la patología mental, si no queremos dar al traste con sus interesantes conjeturas; pero reconozcamos que la terrible y peligrosa estadística viene aplicándose allí con el olvido más completo de todo método científico. Los términos cardinales del problema no alcanzan la apariencia de una determinación. Hemos visto que esa extraña locura degenerativa abarca todas las peculiaridades idiosincrásicas, tan compatibles con la razón, la virtud, el talento, el ejercicio de las más altas funciones sociales, — en una palabra, con la salud, — que, bien mirada, la tesis se desvanece por su misma generalidad. — Los llamados «estigmas» son convencionales ó contradictorios, sin constancia alguna, ni, cuando existen aislados, susceptibles de explicación. — Los antecedentes mórbidos de la degeneración no tienen mayor fijeza; carecen, sobre todo, de significado especial, puesto que, segun la doctrina nosológica moderna, dificilmente habrá enfermedad que no se vincule á la diátesis de Morel: hasta parte del grupo infeccioso ha podido refun-

dirse, hasta las más leves deformidades ocasionales [1]. En condiciones tan elásticas, se comprende con qué facilidad se descubrirá en los ascendientes la « tara » de la hereditaria fatalidad!

Á tal extremo de confusión en los términos fundamentales, añaden muy á menudo los escritores alienistas la carencia más evidente de criterio científico, asi en sus incursiones de aficionados por el campo de la historia y la filosofía, como en el manejo de la temerosa estadística. Debe decirse en su descargo, que es achaque general en toda la literatura médica. Las tesis más prematuras y atrevidas se promulgan en nombre de la estadística y se estrellan contra las tesis opuestas, fundadas en otros tantas cifras contradictorias [2]. Los que más alardean de rigor y aparato matemático, revelan á las veces no saber plantear una proporción, y, como Moreau (de Tours), deducen conclusiones primordiales de sus yerros aritméticos [3].

[1] ALTHAUS, *Maladies de la moelle épinière*, página 40: « Dernièrement, Herbert Page a essayé de trouver le point de départ de l'ataxie locomotrice dans un cor au pied ! »

[2] Recuérdense, por vía de ejemplo, los debates internacionales sobre la contagiosidad del cólera, sobre la infección sifilítica, etc., etc. Con estadísticas, Chauveau, Charrier, Sturgis y otros demuestran que la madre es el *único* orígen de la sífilis hereditaria, en tanto que Kôbner, Vogel y, en cierto grado, Fournier y Hutchinson demuestran la tesis contraria.

[3] MOREAU, *La Psychologie morbide*, 140 y *passim*. —

Para que las estadísticas alcanzaran algún valor indicativo, sería necesario que fuesen imparciales, numerosas y exactas. No son imparciales, encaminándose todas ellas con vehemencia escolástica á demostrar la tesis preconcebida, y girando en el círculo vicioso de la coincidencia y del *post hoc, ergo propter hoc;* no son numerosas, es decir no forman series prolongadas, reduciéndose para cada clínica particular á un grupo de casos favorables que no guarda proporción con los millares de casos ocurrentes en cada nación; no son exactas en el procedimiento individual ni en la inducción general, como se infiere de algunos ejemplos.

Cuando las listas estadísticas son de contemporáneos nuestros, refiriéndose á obscuros clientes de un consultorio, no es dable comprobar la realidad de los antecedentes hereditarios; y esto no reza únicamente con nosotros: en la inmensa mayoría de los casos, sobre todo en las clases populares, es muy difícil establecer la filiación patológica directa, aún en la primera generación. ¿Qué será en las anteriores, que se ramifican geométricamente? Cada uno de nosotros tiene cuatro abuelos y ocho bisabuelos, cuya biografía íntima igno-

CANDOLLE (*Histoire des savants*) da el ejemplo y el precepto de las estadísticas científicas (páginas 207 y siguientes).

ramos casi en absoluto, si no son personajes históricos. De los mismos padres, pocas noticias exactamente patológicas alcanzan los pacientes, salvo casos de gravedad excepcional; ello se evidencia con la vaguedad y poco alcance de los datos clínicos: «padre irascible, madre linfática: murió tuberculosa á los 75 años, etc., etc.». — Volveremos luego sobre esos datos de fecundidad y longevidad que los autores apuntan, sin reparar en que son contra-indicaciones degenerativas. — Además, la enorme divergencia de los resultados clínicos quita á la prueba estadística toda fuerza confirmativa. Cuando Legrand du Saulle, en su *Folie héréditaire*, presenta 45 estadísticas divergentes, — desde 4 hasta 85 por ciento! — y cree que, así las más bajas como las más altas, confirman el origen hereditario de la locura, no prueba sino que ignora los principios más elementales del cálculo estadístico. Es este modo de proceder, absolutamente reñido con el criterio científico y el método determinista, el que mantiene la medicina en el rango de un *ars conjectandi* y aleja más y más su incorporación á la ciencia experimental.

Si de esas conjeturas teóricas pasáramos á las pruebas que los alienistas han pretendido extraer de la historia, sería tan enorme mi conclusión,

que me parece imposible formularla, no pudiendo acompañarla con la discusión de cada caso aislado, de cada traspié individual. Tengo hecho este minucioso análisis para la *Psychologie morbide* de Moreau y el *Uomo di genio* de Lombroso. He comprobado irrefutablemente que la pretendida erudición de eso autores no es sino una recopilación de anécdotas y consejas sin autenticidad ni crítica, extraidas de crónicas y almanaques en su mayor parte apócrifos. Y no tán sólo se han abstenido de toda observación contraria á su tesis, de toda verificación ó *experimentum crucis*, sino que han adulterado á menudo los hechos ó dejado subsistir errores públicamente reconocidos [1]. Carecen evidentemente esos sectarios

[1] Citaré, como ejemplo que podría multiplicarse, la anécdota de Salomon de Caux. El caso es típico y revela el *modus operandi* de la escuela. Citado por Moreau, ha sido reproducido sin más trámite por todos los sucesores hasta Lombroso y Ramos Mejía (página 20), en apoyo de la tesis degenerativa : « Marion de Lorme encontró en el hospicio de locos de Bicêtre, á Salomon de Caux, *inventor* del vapor, etc.» La leyenda, históricamente absurda, fué propalada en 1834 por Berthoud, en el *Musée des familles*. La novela, el teatro y la pintura la vulgarizaron rápidamente. En 1847, su autor, avergonzado con el éxito de su mistificación, dió la prueba pública de lo inconsistente de la especie y confesó su delito. La rectificación fué reproducida en diez publicaciones y especialmente en los *Grandes inventos* de Figuier, en 1857. Dos años después, en 1859, Moreau publicó su obra ; ni él ni sus sucesores

del espíritu científico que debe presidir honrada é imparcialmente á toda investigación determinista. Á este respecto, me complazco en afirmar que la información del doctor Ramos Mejía es de mejor ley que la de sus «maestros» y mucho más sólida su argumentación. Ha confiado, por desgracia, en la seriedad de sus antecesores, aceptando sin la necesaria verificación hechos y datos abiertamente desmentidos por la historia.

¿Qué mucho que nuestros sabios tropiecen á cada paso en un terreno desconocido, cuando en el propio revelan la falta de crítica más absoluta y, con frecuencia, el desconocimiento ó el olvido de los resultados científicos relativos á su profesión? ¿Es admisible atribuir, como lo hace Moreau, la prostitución moderna, hecho social, al arrebato de la pasión erótica? Puede tolerarse en un alienista la asimilación de los *tics* nerviosos que son hechos tangibles, á la famosa *aura epiléptica* que los buenos observadores no han observado jamás? Y así, podría multiplicar los rasgos aventurados ó manifiestamente erróneos. Algunos son de tal gravedad que dan en el suelo con su teoría. Asien-

han tenido en cuenta la rectificación que hasta en los diccionarios figura! De estas *pruebas* históricas, en la proporción de 80 por ciento, se forman las obras clásicas de la escuela.

ta, por ejemplo, esta enormidad, como base de su tesis: la identidad originaria de la locura y del idiotismo; y no vacila en confundir el idiotismo, la ausencia radical de pensamiento, la tabla rasa intelectual con la «sobrexcitación mental», el estado de «eretismo y orgasmo del sistema nervioso!» Por fin, inicia ya ese sistema de confusiones y equívocos, desarrollado por Lombroso, y según el cual son grandes hombres y comprendidos en el grupo genial, los vulgares ó criminales autores de un dibujo caricatural ó de algunos versos insulsos é incorrectos. Á este respecto, hay que decirlo, Lombroso deja muy atrás á sus antecesores, pudiendo añadir á sus conjeturas audaces el formidable arsenal de la antropología ([1]).

Para concluir con esta ingrata discusión, agregaré que la impropiedad del estilo en esas obras deformes se aviene armónicamente con la cojera

([1]) La craneología, fuera de su aplicación á las razas, es un tejido de contradicciones y de arbitrariedades. El noble Broca ha sido traicionado por sus émulos y sucesores. Él mismo ha demostrado lo infundado de esas inducciones para el encéfalo individual: el cerebro no está *adecuado* á la caja craneana; el cerebelo, bulbo, cuerpo calloso, etc., no intervienen en la intelectualidad; la materia intelectual no comprende el peso de las circunvoluciones sino el de la sola corteza gris exterior; por fin, si se admiten las localizaciones, se debería comparar únicamente los regiones homólogas de dos cerebros, etc., etc.— Estamos todavía en plena torre de Babel.

incurable del raciocinio y lo ficticio de la erudición. No se contentan con ostentar la temeridad más intrépida en el dogmatismo, junto á la credulidad más ingenua respecto de cualquiera conseja puesta en letra de molde : sino que suelen tratar de ignorantes á los mismos de quienes extraen servilmente la información, á trueque de desfigurar sus ideas en sentido de las propias teorias [1]. Al comprobar el fondo de ligereza y hasta de improbidad intelectual en que se asientan esas tesis pretenciosas, se comprende la tristeza y el desaliento de un Claudio Bernard, empeñado en la improba tarea de sustituir esos procedimientos empiricos ó charlatanescos por la duda filosófica, la observación cien veces comprobada, la marcha segura y prudente del determinismo experimental. Con razón, citaba el dicho de Laplace: «Pon-

[1] Un ejemplo entre ciento. En la página 220 de la *Psychologie*, Moreau ensalza al utopista Fourier, reprochando á sus críticos el desconocimiento de las obras originales; se personaliza con Ch. Reybaud y le increpa duramente: « Debiera Vd. leer la teoría de los cuatro movimientos, páginas 61, 77 130, etc., etc.» y sigue mandando á la escuela al sabio autor de los *Reformadores*. Ahora bien, los únicos pasajes indicados por Moreau son los únicos citados por Reybaud (I, *Apéndice*), con la misma paginación y los subtítulos que no existen en Fourier y que han sido puestos por el solo Reybaud para mayor claridad. Todo ello ha sido copiado por el acusador, que no ha leido el original !

gamos algunos médicos en la Academia de ciencias, para que puedan ver de cerca á verdaderos sabios !»

V

El mismo lector que aceptara como fundadas nuestras objeciones, á pesar de faltar la documentación que reemplazaría la propia autoridad, podría oponernos á su vez esta reserva fundamental: « Admitimos la fragilidad de los hechos aducidos en sostén de la degeneración hereditaria, y damos por comprobada la inexactitud de los ejemplos históricos: pero todo ello carece de valor contra la realidad de la misma tesis; ésta puede ser cierta aunque sean falsas las razones alegadas para su demostración; las erróneas explicacioneo que la antigüedad y la edad media dieron del histerismo y de la alucinación no destruyen la autenticidad de esas enfermedades». Si bien el deber de sustentar la tesis, el *onus probandi* toca á sus propagadores más que al impugnador, voy á mostrar brevemente que la teoría discutida contraviene á los resultados tenidos por sólidos en el estado actual de la ciencia, siendo, por tanto, in-

cierta, con independencia de toda documentación.

Reducida á sus términos esenciales, la degeneración hereditaria consiste en la evolución mórbida y acumulativa de un estado neuropático ó neurasténico especial que se agrava al trasmitirse á los descendientes y, después de pasar por algunas formas graves de delirio crónico ó vesanias intermitentes, se extingue en la cuarta ó quinta generación por la demencia precoz, el idiotismo ó la esterilidad [1]. Las víctimas de esta fatal evolución constituyen el grupo innumerable de los hereditarios, degenerados, anormales, cerebrales, desequilibrados, etc. Los alienistas que, como Magnan y Déjerine, extreman la teoría, sostienen que la degeneración herediraria es una entidad mórbida especial y que su proceso acumulativo es regular y fatal. Muchos autores disienten de este rigorismo, apoyados en la realidad de los hechos; pero no tenemos que volver sobre esta forma de discusión, bastándonos demostrar que la indicada evolución es improbable hasta rayar en la imposibilidad.

Tomando á un «degenerado» en cualquier grado de la serie, por ejemplo en el primero, para que la

[1] El esquema de Magnan, aunque más preciso, no difiere esencialmente del de Morel.

observación sea plenamente eficaz, veamos á qué leyes biológicas queda sometida su evolución. Este «neurópata» presenta todas las apariencias de la salud física y moral; su inteligencia es íntegra, con alguna «tara» tan poco visible que no obsta á que nuestro «caso» desempeñe su papel social y contraiga matrimonio. Esta unión se efectúa con una mujer que presenta ó no antecedentes hereditarios. En el segundo evento, que es el más probable, los hijos se reparten desigualmente la herencia bilateral, pero en todo caso, tiene que haber *atenuación* de la transmisión mórbida; no solamente por la madre que interviene en el proceso, sino por las otras fuerzas específicas y atávicas, todas ellas contrarias á la influencia paterna. Es lo que los hechos confirman, así en la zootecnia y la agronomia como en la historia *contemporánea*, la única que podamos observar científicamente.

En el caso muy improbable de unirse dos degenerados [1], la transmisión mórbida no sería fatal, puesto que las energías atávicas y específicas luchan por el predominio; ni es tampoco exacto que

[1] La misma afinidad sexual que atrae á los contrarios en beneficio de la especie es otro factor favorable á la normalización. Véase el admirable capítulo de Schopenhauer (*Le monde comme volonté*, II, página 803 y siguientes) sobre la *metafísica del amor*.

los gérmenes mórbidos se sumen, lo que equivaldria á decir que, apuntando á dos números en la ruleta se puede ganar dos veces el pleno : pero sí debe entonces admitirse la herencia como probable, si la unión es fecunda. Ahora bien ¿ será fecunda ? Contestamos : si la misteriosa tacha degenerativa es esencial, la unión será estéril. Toda la biología proclama la excesiva susceptibilidad de las funciones de la generación : son las primeras heridas en cualquiera circunstancia, y la esterilidad de los híbridos no es sino la aplicación más frecuente de esa ley. Antes que procrear imbéciles ó idiotas, los degenerados cumplen la ley de no procrear. No os atengais á estadísticas inaccesibles ; mirad á vuestro derredor : los idiotas son congénitos y no hereditarios ; su desgracia es efecto de las circunstancias, del medio, de un accidente de generación ó de nutrición. La herencia no interviene sino en sus términos latos, para crear á las veces una susceptibilidad morbosa á semejanza de la paterna, según el precepto hipocrático [1], siempre que la de-

[1] *A sanis sana, a morbosis morbosa.* Linneo ha formulado un axioma parecido. — Otra de las conjeturas fantásticas de Moreau, formulada con su dogmatismo habitual es la que atribuye *siempre* (página 141) la semejanza física à uno de los autores y la semejanza moral al otro ! Bien parada queda así la fisiognomonía — y aún la teoría de los estigmas físícos !

ficiencia del ascendiente no se traduzca en impotencia generativa.

Tal me aparece el dilema científico: atenuación de la anormalidad y regresión al tipo específico—ó esterilidad. La evolución degenerativa, prolongándose á través de cuatro ó cinco generaciones, es una quimera y una flagrante contradicción de las leyes biológicas, que se comprueban no en los manicomios y los consultorios, sino en los grandes establecimientos de cría científica y las escuelas de agronomía [1].

No se trata de negar en absoluto la realidad de la herencia mórbida en su proporción positiva, sino de reducirla á sus límites científicos. Para ello, basta asentar que la herencia patológica no es ni puede ser un factor orgánico distinto de la herencia fisiológica. Heredamos los defectos como las cualidades, en virtud de la misma ley; pero hay un absurdo evidente en el hecho de atribuir al ascendiente morboso un poder de transmisión superior y predominante, que la ciencia y la experiencia diaria desmienten igualmente.

En cuanto á la llamada herencia de metamórfosis, que ya hemos discutido en su exageración,

[1] A. SANSON, *L'hérédité.*

claro está que, al negar la *entidad mórbida* de la degeneración, negamos implícitamente la de aquella. La transmisión dependerá de su naturaleza propia; en ciertos casos podrá ser íntegra en su forma, si bien no en su energía: así en algunas diátesis; en otros, la transmisión podrá girar en el círculo de una clase nosológica: pero no van hasta allí nuestros medios actuales de investigación y pisamos el umbral de la conjetura...

Anotaré, en conclusión, una extraña inconsecuencia: los alienistas filósofos que procuran comprobar con la historia sus teorías y alumbrar á ésta con sus doctrinas psicopáticas, se han abstenido de explorar la historia contemporánea. En lugar de remontarse á épocas lejanas y hundirse «en la noche de los tiempos», ¿por qué no nos dan monografías psiquiátricas de las dinastías actuales? ¿por qué no abandonan el río revuelto del pasado y no se lanzan en las corrientes actuales, para que podamos desde la ribera seguir los resultados de su indagación? — La reina Victoria, por ejemplo, es nieta de Jorge III que vivió loco y murió demente; hija del duque de Kent, — carácter templado, buen soldado, atlético, el tipo de la normalidad; madre de nueve hijos, generalmente robustos y sanos, y abuela de una muchedumbre

en que no aparecen los « estigmas » degenerativos. Desearía que el doctor Ramos Mejía aplicara á esa dinastía el cuadro de Morel ó Magnan. También podrían ser interesantes los estudios referentes á la casa de Hohenzollern, descendiente del « loco » Guillermo I ; la de Saboya que, malgrado la inserción del « degenerado » Carlos Manuel en el siglo pasado, ostenta una serie de guerreros valientes y sanos, desde el famoso Manuel Filiberto hasta los príncipes actuales ; por fin, esa bella familia *regenerada* de Orleans, que arranca del degenerado Luis XIII !

Nada hallamos, pues, aun entre las familias soberanas, cuyas condiciones de vida y enlace no consultan por cierto los intereses de la especie, que se parezca á esa progresión acumulativa y fatal del germen mórbido, — la cual sería contraria al principio biológico de la herencia y á la acción concurrente de las energías atávicas. La progresión geométrica es decreciente ; la fuerza accidental que tendiera á bastardear la raza no desciende, sino que trepa á repecho el plano inclinado de la fatalidad orgánica, más y más contenida su marcha por otras fuerzas contrarias, hasta parar y volver á caer. El *vires acquirit eundo* no es aplicable á la degeneración, como lo afirman los alienistas,

sino al mismo degenerado, mostrándonos que es apto para reaccionar en su descendencia contra el accidente que le desviara del camino real hereditario ó sea del tipo específico y normal.

VI

Con alguna razón aparente, podría el doctor Ramos Mejía quejarse de que mi análisis crítico haya ahondado en la doctrina frenopática moderna, más que en la obra misma de que es autor. Confío, empero, en su recto sentido científico para justificar mi procedimiento. La teoría de la degeneración hereditaria es el eje de toda la literatura médica á cuyo género pertenece la *Locura en la historia*. Siendo así, como no lo dudo, que el autor no ha perseguido la brillante y nociva entronización de una paradoja, y, muy al contrario, ha creído y probablemente seguirá creyendo que defendía una verdad, con el contingente de su talento y saber: era sin duda deber mío atacar el punto más fortificado y peligroso según mi opuesta convicción.

Si, como pretendo haberlo demostrado, la degeneración hereditaria con su especial evolución no

es sino una hipótesis destituida de fundamento, mal puede el grupo histórico de los degenerados ocupar el escenario de la historia, como Ramos Mejía y su escuela lo aseguran. Careciendo de realidad el lúgubre fantasma que pretendía descorrer los arcanos dinásticos para los Hamletos de la psiquiatria, no quedaría de tanta tesis aventurada más que la memoria del talento malgastado en su defensa. Lo hemos dicho ya y está patente: los llamados «locos de la historia» son otros tantos *pasionales*, ó sea pobladores errantes de esa vaga región frontera de la enajenación, aún más difícil de definir que de explorar, como que no tiene existencia determinada.

Tenemos que abandonar entonces ese concepto arbitrario y sustituirle por una noción más sólida, á par que más filosófica, la cual podría condensarse en el título mismo de la célebre obra de Cabanis: *Relaciones de lo físico y de lo moral en el hombre*.

Para los alcances sociológicos de la locura, basta considerarla en sus términos amplios como una enfermedad mental. La enajenación es un estado morboso del cerebro, como la nefritis un estado morboso del riñón. Ahora bien, los dos términos extremos y correlativos: enfermedad, salud,— son

igualmente indefinibles con rasgos positivos. La definición más lógica de la salud sería: la ausencia de las 1200 enfermedades enunciadas en las nomenclaturas nosológicas. Pero ¿qué es la enfermedad? La frase analógica «perturbación ó desorden de una función orgánica» no define, ó sea, no limita nada. Todos somos enfermos: no hay organismo humano que no tenga uno de sus rodajes señalado por una conformación defectuosa ó un principio de funcionamiento anómalo que, salvo accidente ó cambio de circunstancias ambientes, — acarreará la muerte tardía ó precoz. El día lejano en que esté científicamente constituida la semiología, será posible prever desde la juventud los achaques individuales de la vejez y su término probable. Entre tanto: nerviosos, linfáticos, dispépticos, cardíacos, reumáticos confirmados ó incipientes,—vivimos, trabajamos, procreamos, envejecemos; cayendo y levantando damos la carrera casi completa, como la dieron nuestros padres y nuestros hijos la darán, á pesar de tener señalado el punto flaco que, á no intervenir factores imprevistos, hará parar la máquina.

¿Qué mucho, así las cosas, que la inquisición y el examen un tanto sistemático diagnostiquen estados patológicos en las dinastías, mayormente

si de tiempos antiguos se trata, tan caracterizados por los excesos diarios como por la falta de precisión en el diagnóstico retrospectivo? Enfermos más ó menos graves, lo fueron y lo somos todos, desde que bajamos la pendiente de la vida, y aún antes si el examen fuere prolijo. Y lo que decimos del organismo general, es evidentemente cierto del centro donde todas las funciones, todos los actos de la vida repercuten. Las llamadas «fronteras de la locura» no existen: puede haber pródromos más ó menos ciertos de la futura enajenación; pero, para la infinita mayoría, el despoblado de la locura parcial es campo vago que todos invadimos sin sospecharlo, en horas de inconsciencia ó arrebato pasional. Claro está, entonces, que los depositarios del poder supremo, cuyos actos tienen trascendencia exterior y solemne, han incurrido necesariamente en resoluciones ilógicas y anómalas. Pero el caso es general para todos los tiempos y condiciones; y la inexactitud empieza con particularizar lo que es universal, inventando un grupo de predestinados para explicar un rasgo común á la humanidad.

Aunque desconfío de las imágenes en materia científica, creo que la siguiente es suficientemente exacta y significativa. Debemos figurarnos el ce-

rebro *localizado* como un piano moderno, con su teclado exterior que corresponde al sistema nervioso interno ó sea á las cuerdas sonoras. El piano teóricamente afinado es el cerebro normal; pero, faltando el afinador asiduo, no hay en la práctica piano de afinación perfecta: una ó varias notas del teclado están siempre discordantes, y, en muchos casos, hay una tecla muda cuyo mecanismo está paralizado. Ello no impide ejecutar música: atenido al uso diario, el piano más ó menos incompleto desempeña sus funciones normales. Para la mayor parte de las piezas, las notas deficientes ó ausentes pasan ignoradas (sobre todo si son extremas) en el tumulto armónico que el vulgo percibe. En ciertos casos especiales, sin embargo, para tal ó cual trozo musical escrito en un tono particular, el instrumento revela su desperfecto ó su herida. Tal es la situación general. Y ello, por supuesto, no importa negar todos los grados de descompostura parcial hasta los más graves: hay pianos, decididamente, que no combinan dos sonidos armónicos y hasta que carecen de voz en absoluto por falta de cuerdas ó martillos: son idiotas.

VII

Bajo el supuesto — que es necesariamente el mío — de haber demostrado lo inconsistente de la tesis psiquiátrica ¿habría de deducirse la inutilidad ó el escaso valor de libros como la *Locura en la historia*? De ninguna manera; y es prueba de ello el mero hecho de estar yo escribiendo esta introducción. He combatido con franqueza, y probablemente con más coraje que eficacia, una doctrina que no reputo científica; pero la obra misma de Ramos Mejía queda interesante por muchos de sus aspectos eruditos y literarios. Las observaciones de detalle y muchas inducciones psico-patológicas subsisten, si bien algunas veces extraviadas por un erróneo concepto histórico ó la aceptación de autoridades sospechosas [1]. En los capítulos

[1] Por ejemplo, la generalidad del suicidio en España durante los siglos XVI y XVII es un dato transmitido por la *Inquisición sin máscara*. Es manifiestamente inexacto. Recuerdo haberlo notado en un artículo sobre el *Hernani*, á propósito de los suicidios finales, como uno de los mil errores de V. Hugo, acerca del carácter español. Encuentro la misma observación, á propósito de un tema análogo (*La viuda de Padilla*, de Martínez de la Rosa) en los *Estudios críticos* de Menéndez Pelayo: «¿Quien pensaba en suicidarse entónces? De

consagrados á las persecuciones religiosas en los primeros siglos, en la monografía del inquisidor español, las vistas finas ó profundas se suceden en cada página. El capítulo de entrada, que tiene más de cien páginas, es como un libro en el libro, y presenta un cuadro abreviado de la frenopatía en la historia, exuberante de información y colorido. Sobre todo, ¿quién podría olvidar la belleza literaria de tantos fragmentos como se destacan del fondo discutible de la doctrina: la pintura de la Grecia adolescente y grácil, la leyenda sombría del Judío errante, el cuadro de la cruzadas y ese retrato aterrador de Torquemada, que trae á la mente al *Monge arrodillado* de Zurbaran, espectro del implacable fanatismo que ofrece á Dios, á guisa de flores é incienso, la calavera de alguna víctima?

«La teoría es gris, pero verde es el árbol de la vida». Así se expresa la sabiduría por boca de Mefistófeles. La vida, en la obra de Ramos Mejía, está en los detalles y en el estilo, en las cien pági-

tantas víctimas como fueron castigadas por la Inquisición, ¿cuántas intentaron evadirse del patíbulo, con veneno ó con hierro?» Hay en el dato de Nathaniel Jomtob, exageración evidente. Una observación más general sería la que se refiriera á la relatividad del juicio histórico; v. g.: cuando se aprecia la alucinación en el pasado: todo el mundo creía entónces en apariciones, ¿cómo atribuir al delirio, las «voces» de Juana de Arco ó las visiones de los místicos?

nas vibrantes que forman el follaje del libro y revelan al talento personal del autor emergiendo del fondo inerte de las doctrinas sepultas, y abriéndose paso por entre los sofismas que mañana repudiará.

¿Acaso la ambiciosa *Filosofía de la historia* no es toda ella una hipótesis arbitraria y prematura, cuyas conclusiones no resisten á la prueba disolvente de la crítica? Nadie, empero, quisiera borrar de la lista de las grandes producciones humanas las vastas síntesis de Herder y Hegel, los atrevidos bosquejos de Buckle y Quinet. Lo propio habremos de decir de la Patología histórica. Aunque resultaren fallidas todas las generalizaciones que se han inducido sin base suficiente, libros como la *Locura en la historia* son testimonios elocuentes de valer intelectual y estudiosa energía, que honran á su autor y á la naciente literatura científica de la América del Sud.

P. GROUSSAC.

Buenos Aires, 5 de Marzo de 1895.

LA LOCURA EN LA HISTORIA

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

EVOLUCIÓN DE LA LOCURA EN LA HISTORIA

SUMARIO: Definición y descripción de la locura. — Concepto que tiene de ella el vulgo y el que tiene la ciencia. — Locos razonables. — Criterio científico para el diagnóstico de la enajenación mental. — Opiniones de Esquirol, Parchappe, etc. — Sentimientos extraños que produce la locura. — Diferencia entre el loco y el alienado. — ¿La exaltación moral é intelectual en que han vivido los grandes representantes de la historia, ha sido la causa de su demencia prematura? — Excitación intelectual y demencia. — La locura, el talento, y el genio. — ¿Qué papel desempeñan las perturbaciones mentales en la evolución de la Historia? — La locura entre los griegos. — Su débil aptitud para contraerla. — El clima y las costumbres. — El arte griego como expresión de su salud mental. — Los Romanos, sus costumbres y sus aptitudes para las enfermedades mentales. — Aparición del Cristianismo. — Jesucristo como tipo del equilibrio mental. — San Pablo y su tiempo. — Su figura difusa. — Caracteres de su mentalidad. — Las Cruzadas. — Su carácter psicológico. — Los peregrinos. — Alucinaciones panorámicas, etc. — Estado mental de la época. — El arte toma á la locura rei-

nante su carácter peculiar. — Contaminación de la inteligencia y del gusto. — Papel de las *ideas fijas* en la historia. — Luis XI y Juana de Arco. — Carlos VI loco y Wenceslao, constantemente ebrio, disponen de los destinos de su pueblo. — Luis XIII. — La imbecilidad de Carlos II. — Consecuencias de su reinado. — Los Borbones, etc., etc.

De todos los infortunios humanos, — dice un alienista francés — la locura es aquel cuyo espectáculo causa más profunda impresión en el espíritu de la generalidad, porque afecta lo que el hombre tiene de más noble, de más querido y al mismo tiempo de más misterioso. Por eso es que según los pueblos, las épocas y las creencias, han sido los sentimientos que ella ha inspirado: un respeto piadoso, un temor supersticioso, ó la aversión y el desprecio. En los tiempos antiguos — agrega el mismo médico — el loco era, en efecto, mirado, unas veces como inspirado por Dios, otras como una víctima de su cólera vengadora. En la Edad Media y en los tiempos modernos, se le consideraba como un sér impuro, un poseído del demonio; y aún no ha mucho, ciertas escuelas filosóficas y médicas ¿no veían en él un pecador espiando sus faltas por la pérdida de la libertad moral? [1] Hoy mismo que la idea de enfermedad va haciendo universalmente camino en el espíritu público, realizando, de más en más, progresos visibles, ¿acaso es mucha la gente que quiera

[1] CULLÈRE, *Les frontières de la folie*, 1888.

tener suficiente disposición científica para ver en todas las perturbaciones de la razón, leves y graves, un verdadero estado de sufrimiento del cerebro, y en el loco un sér digno de respeto y de piadosa compasión?

Para comprender y penetrar la índole especial de su influencia, es, ante todo, menester darse exacta cuenta de su naturaleza complicada, penetrar un poco ahincadamente, que diría un castellano celoso, sus misterios, adquirir la noción tan precisa como es posible en nuestros días de su sintomatología tan variada como intrincada y compleja. Es así como nos sería fácil entender, por ejemplo, de cómo un hombre como el rey Don Felipe II, á quien todo un pueblo inteligente y viril llama *grande* y *prudente*, no era sino un desequilibrado hereditario; su padre, un epiléptico vulgar con las expresiones sintomáticas de su enfermedad, cuyo virus, tan desorganizador como intratable, contaminó todos los días de su existencia accidentada y llena de vicisitudes patológicas; y sus descendientes, directos y colaterales, ó víctimas del idiotismo y la imbecilidad, ó presa de los mil accidentes impulsivos de la manía, del mal comicial ó de los delirios parciales que dan sombra y dolores incurables á esa *gran casa de... Austria*, que ha hecho la irreparable desgracia de nuestra *pobre madre*.

Es preciso saber escudriñar los meandros tan complicados del cerebro enfermo, saber interrogar en la penumbra sus secretos y adquirir el senti-

miento del conjunto nosográfico que nos permite dominar el asunto para no dejarnos sorprender por sus aparentes contradicciones, chocantes, por cierto, algunas veces. El que entre en estos estudios con la noción equívoca que le da la psiquiatria popular, no podrá jamás adquirir esa llave que abre el misterio.

La locura, mejor dicho la *alienación mental*, que según E. Regis [1] es un término genérico que comprende indistintamente todas las alteraciones de que puede ser sujeto la inteligencia, no es lo que comunmente se imaginan los que van al Manicomio en busca del loco de su fantasia y se encuentran á menudo con gente que no delira, con individuos que conservan una memoria extraordinaria, salvada valientemente de su naufragio mental, con una inteligencia vivaz aplicada conscientemente á su trabajo diario, un aparente buen juicio que sorprende, una imaginación ágil y hasta fecunda, una discreta corrección en el lenguaje y en las maneras. La locura — agrega el mismo Regis ya citado — tiene un sentido menos amplio y extendido que la *alienación mental*. Aquella no es sino una parte constitutiva de ésta y se aplica á la pérdida de la razón propiamente dicha, sobreviniendo á título de enfermedad en un individuo razonable hasta entonces. Un ejemplo bastará para hacer más sensible la distinción: un *imbécil* es un

[1] *Manuel pratique de médecine mentale*, 1892.

alienado, pues presenta una alteración evidente de la inteligencia, la *detención del desarrollo;* pero tan imbécil como es puede no disparatar (*deraissonner*) y servirse normalmente de la parte pequeña de la inteligencia que posee: *no es un loco.* — Pero que este *imbécil,* bajo la influencia de una causa cualquiera, se halle afectado de un acceso de manía ó de melancolía, entonces un nuevo elemento, la *locura,* ha venido á ingertarse en el fondo primitivo de la alienación mental y el *alienado* se ha convertido en un *loco* ([1]).

Agreguemos para acentuar todavía más esta distinción, que á pesar de la multitud de síntomas comunes que tienen ambas, la locura es casi siempre inconsciente de sí misma, á tal punto que se le ha podido llamar *un infortunio que se ignora,* teniendo como síntoma capital, ya que no por criterio absoluto, la pérdida del libre albedrío, es decir, de esa facultad que posee el hombre sano de poder resolverse á obrar con conocimiento de causa, con plena voluntad libre y reflexiva. Es por eso que mientras un alienado no esté realmente dominado por sus influencias mórbidas, mientras permanezca hasta cierto punto dueño de si mismo, *compos sui,* podrá no ser considerado como un *loco* en el sentido absoluto de la palabra; le quedará un último tramo que franquear, el de la subordinación patológica de sí mismo ([2]).

([1]) Regis, loc. cit., pág. 5, edición de 1892.
([2]) Regis, loc. cit., pag. 41, *Traité, etc.*

Un joven y distinguido médico de la Facultad de París, Mr. Victor Parent, ha escrito un bello y curioso libro en donde ha recopilado y estudiado con rara erudición y talento todas esas formas y manifestaciones extrañas y, por cierto, frecuentes de la enajenación mental, que impresiona tanto al profano y aun al médico poco preparado, con sus inesperadas sorpresas; formas para cuyo estudio es indispensable tener un poco de esa seguridad de mano, ese espiritu critico fino que Mr. Taine requeria del psicólogo que maneja las obscuras teorias sobre el funcionamiento de la mente; para poder distinguir, como él decía, lo que es cierto de lo que es sólo posible, de lo que es sólo conjetural, los limites de la plena luz, de la semiclaridad y de la penumbra [1]. Un alienado es un problema que se presenta rodeado de imponentes dificultades, con las cifras borroneadas y los signos confusos de unos de esos viejos hallazgos arqueológicos: hay que hacer, á veces, verdaderos prodigios de interpretación, para llegar en semejantes *palimsestos* morales á encontrar los resultados aritméticos de un diagnóstico medianamente fundado.

Hay hechos en los anales de la Patologia mental, que colman la medida de lo inesperado para la ingenua curiosidad del vulgo; demostrando una vez más que el *patrón* del loco que ha forjado

(1) H. Taine, *Derniers essais de critique et de histoire*, 1894.

su imaginación caliente, no sirve para ninguno de los que realmente lo son en el concepto de la ciencia.

Veinte y tres años ha — dice Mr. Baume, cuyo curioso relato vamos á copiar — enseñaba en todos sus detalles el *Asilo de Quimper* al sabio Malaguti, Decano de la Facultad de Ciencias de Rennes. Había visto á los pobres locos en su trabajo, presenciando un desfile á son de tambor y su entrada al refectorio en donde en una actitud correcta esperaban ser clasificados por mesas. Como le causara sorpresa el espectáculo, le dijo: — Es realmente sorprendente; hay aqui tanto orden y disposición como en un cuartel, y sin embargo todos son individuos secuestrados por causas de locura. *Lo único que yo no veo aquí es precisamente la locura!* — No crea Vd., le respondimos, que nos limitamos á enseñarles á marchar en filas... Algunas veces los preparamos para el bachillerato en ciencias y encontramos en Francia una Facultad bastante amable para recibirlos. — ¡ Ah ! ¿ Y cuál es esa Facultad ? — La que tiene por Decano á Malaguti, en Rennes...! El distinguido sabio fijó en mi sus ojos con cierta curiosidad que parecia preguntar si su *cicerone* no seria acaso un pensionista del Asilo. — Veo, mi distinguido señor Decano, que Vd. no tiene la memoria de las fisonomías, pues no es la primera vez que tengo el honor de hablar con Vd... — En efecto, me respondió, busco hace un momen-

to la ocasión en que tuve el gusto de verlo. — Van dos años, el 5 de noviembre de 1855, al caer la noche, le presenté á Vd. un oficial en uniforme de gala... Era un pensionista del Asilo, cuya situación y mi carácter de médico alienista, me guardé bien de hacerle conocer. Mi objeto era dar un poco de aplomo á mi enfermo, á quien deseaba probar que podía presentarse en un salón sin ser arrojado por la ventana ó por la puerta como su delirio se lo hacia temer... Y recuerdo que fuí recibido por Vd. con exquisita bondad! — Recuerdo bien ahora esa circunstancia y también que ese oficial dió un brillante examen y fué recibido con votos de distinción... ¿Pero seguramente no era un loco? — ¡Por Dios, señor Decano, y mucho más que ahora! No ha mucho, acabamos de pasar por su lado. — Por lo menos, dijo con una creciente admiración y asombro el profesor, ¿se hallaría entonces en un largo intervalo lúcido? — No tanto que no dejara de darme durante el viaje serias inquietudes por sus frecuentes alucinaciones! Divagaba de una manera extraordinaria, cuando lo abandoné en los primeros escalones de la cátedra. Yo me hallaba allí cerca y no me tranquilicé hasta que no oí sus primeras brillantes respuestas, dichas con un aplomo y una seguridad de que no lo había creído capaz. Cuando se acercó á mí, yo le felicité calurosamente: — Y bién, ¿le dije; es Vd. feliz? — ¿Si soy feliz? dijo él; ¡vaya si lo soy! y eso pro-

bará á los *diablos* si yo estoy loco. *Hablo naturalmente de los diablos en dos patas que de tiempo atrás envenenan mi vida, y que hasta en el momento de mi examen han intentado decirme al oído una multitud de absurdos é iniquidades!!!*

Así, pues, antes del examen, durante el examen y después de él, este enfermo estuvo bajo la influencia de un delirio que, sin embargo, pudo dominar sin darlo á conocer de los examinadores ([1]).

Brièrre de Boismont refiere la historia, no menos palpitante, de un capitán, antiguo discípulo de la Escuela Politécnica, que fué colocado en un establecimiento de alienados, porque se imaginaba que lo querían envenenar y que bajo la obseción de esta idea intentó repetidas veces matar á varias personas. Poco tiempo antes de la internación, dice el famoso alienista, había enviado á la cámara de los lores una memoria notable sobre fortificaciones, y cuando abandonaba su idea fija, hablaba con una razón realmente superior, aun cuando no era fácil desviarlo de su tema favorito.—Diputados, generales y grandes personajes de la milicia y de la política vieron á Brièrre de Boismont manifestándole su asombro por la secuestración en el manicomio de aquel hombre; pensaban que se trataba de un atentado á la libertad

([1]) BAUME, *Quelques materiaux apportés á la médecine legale des alienés, Annales médico-psychologiques*, tomo VI, 1881.

individual, porque no parecia lógico, para su ignorancia explicable, aquella asociación tan extraña entre la locura y un talento y raciocinio al parecer tan correctos. Tres celebridades, Ferrus, Orfila y Devergie, fueron encargados de examinarlo, verificando numerosas visitas y exámenes escrupulosos por lo mismo que era un caso tan lleno de dificultades. La conclusión de su informe, que era una pieza notable, fué que era loco, y que no sólo lo era, sino que el género de aquella exigia que fuera encerrado en un establecimiento especial.

El capitán compareció ante los tribunales y declaró que en efecto habia tenido ideas de envenenamiento, pero que reconocia su falsedad; es decir, *corregía al parecer su pasado delirante...* pero por desgracia suya poco después fué preciso encerrarlo nuevamente por los síntomas indudables de locura que manifestaba ([1]).

Hablar de un loco, decia el inmortal Esquirol, es para el vulgo hablar de un enfermo, cuyas facultades intelectuales y morales todas están desnaturalizadas, pervertidas ó abolidas; es hablar de un hombre que juzga mal sus relaciones exteriores, su posición y su estado, que se entrega á actos completamente desordenados, extravagantes, violentos é inmotivados... Pero el público, agrega el maestro, ignora que un gran número de locos conserva la conciencia de su estado, la de sus re-

([1]) Brièrre de Boismont, *De l'interdiction des aliénés, Annales médico-psychologiques*, 1852, pág. 417.

laciones externas, la de su delirio. Muchos coordinan sus ideas, pronuncian discursos sensatos, defienden su opinión con habilidad y aun con lógica sincera (1).

Cierto día la justicia entra inesperadamente en el Asilo de Dijon para verificar una investigación criminal. Deseaba interrogar una niña encerrada allí como alienada, porque cartas abonadas por la firma de honorables vecinos de la ciudad, le denunciaba un delito: la mencionada niña, M[lle] X., no era loca, y sus padres y parientes, para evitar el matrimonio que condenaban, habían preferido intentar esa secuestración arbitraria, á pesar de todos sus peligros y responsabilidades.

Después de haber verificado largo interrogatorio sin poder encontrar el desorden intelectual que buscaban, fué llamado el médico del establecimiento, el que afirmó que no sólo era loca aquella pobre niña, sino que no curaría jamás. «Para convenceros, dijo él, os pido simplemente que le preguntéis cuál es el nombre de su padre» — «Yo soy, interrumpió inmediatamente la enferma, de la familia de María Stuart, de Luis XIV y de Enrique IV. Razones secretas que no conozco han obligado á mis padres á ponerme desde la cuna en manos mercenarias; pero el día de mi libertad vendrá pronto y no está lejos aquel en que yo recupere el rango, los títulos y la fortuna de mis antepasados». Era de tal

(1) Esquirol, *Des maladies mentales*, tomo II, pág. 335, 1883.

manera charlatana sobre este tópico que fué preciso doblar la hoja y no seguir adelante. Los muros de su cuarto estaban literalmente cubiertos de inscripciones con alusiones á sus conocimientos históricos, mezclados con sus concepciones delirantes: era, según ellas, la nieta, la biznieta, la sobrina de los más grandes personajes, de los cuales algunos hacía varios siglos que habían muerto ([1]).

De todos estos hechos se deduce « que en las conversaciones se puede comprobar en buen número de alienados la persistencia en diversos grados de las facultades intelectuales; que la mayor parte de los individuos afectados de enajenación mental son capaces de hablar, discutir más ó menos largamente de una manera razonable »; finalmente, que la perspicacia y la habilidad mayor, sin una larga experiencia, sin la posesión de antecedentes previos, no son suficientes, en ciertos casos, para descubrir en un simple interrogatorio, en una conversación, las manifestaciones del delirio ([2]).

Legrand du Saulle decía que era de observación común que durante el interrogatorio la atención del alienado se hallaba vivamente solicitada y que por eso frecuentemente le hacía á uno la impresión de haber recuperado completamente la razón ([3]).

([1]) PARENT, *La raison dans la folie. Étude pratique*, etc.
([2]) PARENT, loc. cit. pág. 66.
([3]) LEGRAND DU SAULLE, *De l'interdiction des aliénés*, París, 1881.

Hay un gran principio sobre el cual debemos insistir y que da en concreto la impresión de esta idea, es á saber: que si los actos de una persona son irracionales, pueden probar de una manera perentoria la insania de su espíritu; pero que si al contrario tienen las *apariencias* de la razón, esa circunstancia no permite afirmar que el individuo que las produce conserve la integridad de su inteligencia (1).

Casi todos los alienados crónicos tienen gestos y actitudes, movimientos habituales que á primera vista no presentan nada de anormal y que sin embargo están en íntima relación con sus concepciones delirantes ocultas (2).

Por eso todo concurre al engaño y á la confusión, á desviar el juicio no sólo del profano sino aun del médico que no posea el hábito, un poco difícil, de estas cosas. ¡ Cuántas veces se atribuye á la razón sana lo que pertenece á la discreción simuladora de la locura que discurre subterráneamente en un cerebro sin poder exteriorizarse, y vice-versa, cuántas veces se refiere á la locura lo que es una expresión del temperamento desordenado de un genio ó la apariencia novedosa y original de un cerebro excepcionalmente dotado !

Uno de los discípulos de Esquirol, cuenta el Dr. Baume, le decía un día: « Maestro, indíqueme Vd. un criterio seguro para distinguir la razón de

(1) Parent, loc. cit.
(2) Parent, loc. cit.

la locura». Al día siguiente el maestro venerado reunía en su mesa á su discípulo y á dos personajes, el uno correcto hasta la perfección en su aspecto y su lenguaje, el otro, exuberante, *plein de lui-même et de son avenir*. Después que ambos se retiraron, el discípulo exigió al maestro el *criterio* que le había pedido la víspera: —Indicadlo vos mismo, le repuso Esquirol; acabais de comer con un loco y con un cuerdo. —No hay duda, el problema no es difícil: el cuerdo es ese hombre tan distinguido, tan cumplido, y en cuanto al otro ¡qué aturdimiento, qué charla, qué *tronera!* si era para encerrarlo inmediatamente! — Y bien, repuso Esquirol; habéis incurrido en el más grave error. El que habéis tomado por cuerdo, es un *megalomaníaco*, se cree Dios y da á su actitud la reserva y la dignidad que conviene á su rol divino: es un pensionista de Charenton. En cuanto al joven, que habéis considerado como loco, es uno de nuestros grandes literatos, es nada menos que Mr. Honorato de Balzac!!... [1]

Se cuenta, también, que Pinel, haciendo visitar á una dama la división de los alienados en la Salpetrière y después de haber recorrido con ella muchas salas llenas de enfermos, preguntole ésta *dónde estaban los locos*, porque pensaba que sólo era tal el que llena las condiciones externas, del que describía aquel famoso alienado de Ville

[1] BAUME, *Quelques materiaux etc. Annales médico-psychologiques*, 1881.

Eward, que después de su curación escribía el Dr. Dagron las siguientes sensatas frases: «En la sociedad, decía el original pensador juzgando las cosas con su criterio cuerdísimo, se mira como demente verdadero al individuo que en la calle, en un lugar público ó en la intimidad, toma actitudes extravagantes, viste un traje excéntrico ó pronuncia en voz alta palabras incoherentes acompañadas ó no de gesticulaciones. Es menester, á los ojos de la multitud, dar pruebas manifiestas y exteriores de insania para justificar el epíteto de loco» ([1]).

¡Quién sabe qué elemento de fuerza, de estimulación y de brillo no llevaría al cerebro de todos esos grandes hombres que vamos á ver desfilar en este libro, ese *grano* de locura que se descubre en sus actos y en sus obras! La excitación que es, á veces, uno de sus rasgos dominantes, da á los misteriosos organismos celulares encargados de las grandes funciones del pensamiento, una actividad que sorprende al espíritu más prevenido; un brillo inusitado, la amplitud y la savia mental que se abre paso al través de sus grandes extravagancias y locuras inconcebibles.

Existiendo virtualmente el talento, medio perezoso é inerte por razones de idiosincrasia cerebral, ese limo vesánico, hereditario casi siempre, ¿le imprime un vigor de desenvolvimiento que en otras

([1]) DAGRON, *Des aliénés et des asiles d'aliénés*, tomo II, París, 1875.

condiciones no se produciría seguramente? Esa es, sin duda, la explicación atinada de los grandes talentos con profundos ribetes de locos. La locura que abre tan profundas lagunas, decía Teófilo Gautier, lejos de suspender todas las facultades del espíritu, en ocasiones las exalta más bien, sobre todo al principio de la enfermedad. Hay locos que hacen buenos versos y notables pinturas en las cuales ciertas reglas del arte habían sobrevivido al naufragio de la razón: la cantidad, agregaba el conocido escritor con motivo de una visita que había hecho al Hospicio de San Servolo, en Venecia, la cantidad y cierto buen gusto inseguro era á menudo muy bien observada en la poesía de una demencia completa. Doménico Theocopuli, el pintor griego cuyas pinturas admiramos en los museos é iglesias de España, ha hecho verdaderas obras de arte en plena locura ([1]).

Marcé habla de un loco, John Clare, que desvariaba desde el momento que se ponía á escribir en prosa, pero que se elevaba en las elegías tiernas y melancólicas, á una rara perfección de estilo y dentro de un orden de selectos pensamientos ([2]).

No es dudoso «para nadie que tenga algún conocimiento de estas cosas, que á menudo las manifestaciones más brillantes de la inteligencia, costean

([1]) THÉOPHILE GAUTHIER, *Voyage en Italie*, Paris, Charpentier (104).

([2]) MARCÉ, *De la valeur des écrits des aliénés*, vol. 4, Parent, etc.

las desviaciones sensitivas más lamentables y que estos estados opuestos toman su fuente de origen común en una misma constitución neuropática». ¿Pero es esto tan frecuente como lo cree Moreau de Tours? [1].

¿Es esa la regla ó simplemente la excepción? ¿No hay también espíritus moralmente superiores que, gracias á la excelencia de su organización y á las condiciones especialmente favorables que han presidido á su nacimiento, producen naturalmente cosas grandes y bellas? [2].

Evidentemente; pero también es indudable que con frecuencia la locura exalta las facultades intelectuales y les comunica mayor fuerza y vivacidad.

Esta exaltación es casi la regla en ciertos estados de enajenación mental, en los que constituye uno de sus signos predominantes; en algunos casos señala su principio, en otros se produce cuando la enfermedad está confirmada, como en la *manía* simple, en el periodo maniaco de la *locura de doble forma* y en algunas ocasiones, en el principio de la *parálisis general*. Los enfermos comprenden perfectamente que sus ideas son más vivas, más claras, más abundantes; que su imaginación tiene mayor fuerza, sus recuerdos vienen con una extrema facilidad y que hay una verda-

[1] MOREAU DE TOURS, *Psychologie morbide dans ses rapports avec la philosophie de l'histoire*, París, Masson.

[2] AHI FOVILLE, *Annales médico-psychologiques*, tomo VI, 1860.

dera extensión de todas sus facultades mentales ([1]).

Jules Falret ha hecho un cuadro vivaz y lleno de colorido de esa exaltación peculiar que da á la inteligencia un brillo transitorio y falaz en el principio de la manía.

Lo que la caracteriza, dice el ilustrado maestro, es la exaltación general de todas las facultades, la actividad exagerada y enfermiza de la sensibilidad, de la inteligencia y de la voluntad con desorden de los actos, pero sin considerable perturbación de la inteligencia y del lenguaje; los enfermos, en efecto, examinados superficialmente, no parecen presentar delirio, y su lenguaje tiene un carácter continuado y razonable, sorprendiendo por la actividad y la fecundidad de sus ideas, por su espíritu y su imaginación llena de recursos, etc., etc. Estos locos, continúa, están sin cesar en movimiento y tienen una actividad correspondiente á la actividad intelectual y moral... Duermen poco y su inteligencia se halla como en fermentación; las ideas pululan en su espíritu, su memoria encuéntrase sobrexcitada y recuerdan con persistencia largas tiradas de los autores clásicos, que habían aprendido en la infancia, de los cuales seguramente no hubieran podido encontrar sino fragmentos aislados, antes de su enfermedad... Componen discursos, poesías... se hacen temerarios y emprendedores y sus

([1]) Parent, loc. cit., pág. 113.

sentimientos se encuentran metamorfoseados como su inteligencia sobrexcitada [1].

Un hecho curioso, entre tantos, refiere Esquirol confirmando esta creencia y atribuido á Leuret, el reputadísimo médico de Bicêtre. Cuenta éste la historia de un alienado que durante su enfermedad habia manifestado una notable aptitud para escribir y en el estado de salud se hallaba torpe: Yo no estoy completamente curado, le decia él mismo á Leuret, que lo creia en convalecencia; *j'ai encore trop d'esprit pour cela.* Cuando estoy bueno necesito mucho tiempo para escribir una carta porque en mi estado normal soy un bruto; esperad, pues, que vuelva á serlo, para ponerme en libertad [2].

En Montmartre, en el Asilo del Dr. Blanche, agrega el autor de *Paris au dix-neuvième siècle*, nos mostraban sobre un muro los rastros de un dibujo de carbón, dibujos medio borrados, de los cuales uno representaba la reina de Saba y el otro un rey cualquiera, salidos de la mano de un joven escritor distinguido, poco tiempo después restituido á la razón. La enfermedad había desarrollado en su cerebro un nuevo talento que no se manifestaba al estado de salud, ó que por lo menos parecía insignificante. Y el Dr. Voisin «nos ha dicho haber encontrado locos en los cuales el sentido de la

[1] *Annales médico-psychologiques*, tomo VII, pág. 396, 1866.
[2] ESQUIROL, *Paris au dix-neuvième siècle. Les maisons de fous*, tomo II, pág. 163.

construcción se hallaba exaltado por el delirio y que persiguiendo la idea fija del *movimiento continuo* creaban una multitud de máquinas ingeniosas.

« Se ha dicho que Marion Delorme encontró en un hospicio de locos el primer hombre que tuvo la idea de aplicar las fuerzas del vapor á las necesidades de la industria: Salomón de Caus. »

La exaltación del poder reproductor de la memoria y de la imaginación, de los estados anteriores del alma, dice Parchappe, y la actividad sobreabundante del ejercicio de esta facultad, se manifiesta con evidencia en la prodigiosa multiplicidad de las ideas que se producen y que se suceden con una sorprendente rapidez en los locos afectados de delirio maníaco; multiplicidad de ideas que se exterioriza por una inagotable locuacidad y los incesantes monólogos del enfermo. Es así, agrega para terminar el sabio alienista, que fuera del estado morboso, la pasión puede algunas veces hacer surgir de una naturaleza completamente inculta, lo que en asuntos de elocuencia y poesía, el genio no lo obtiene sino por los esfuerzos de una sabia y meditada reflexión (1).

Pero ¡ cuidémonos de no tomar el rábano por las hojas ! y como conclusión de esa observación tan abonada por firmas de tanta notoriedad científica, no vamos á optar por la locura que da, al parecer,

(1) PARCHAPPE, *Symptomatologie de la folie. Annales médico-psychologiques*, 1850.

tanto vigor y brillo á las facultades modestas, á los cerebros mediocres de los palurdos. Eso que pasa en ciertas formas exaltadas de la enajenación mental, es transitorio y fugaz, y si bien parece cierto, como decíamos un momento ha, que el *grano* de locura que en ocasiones enciende con más brillo la lumbre de la mente en el cerebro de los grandes hombres es un elemento de estímulo para la virtualidad incomprensible del genio, es también indudable, que para él, como para los desgraciados que habitan el rincón obscuro del Manicomio y que despliegan tantos oropeles en sus facultades modestas, el mismo flúido, que anima al pensamiento, lo extingue en la fuente de la vida arrojándolo tarde ó temprano en las tristes incoherencias de la demencia incurable.

Tiene ese anverso terrible, medalla tan brillante.

Ese fuego tan vivaz que discurre en las intimidades de la inteligencia, si bien lo fecundiza con el calor de sus fermentaciones malsanas, también acaba por gastar sus resortes más preciosos en el vértigo de sus movimientos violentos: la demencia, la pálida y silenciosa compañera de tan intensa y apurada vida, el obligado epílogo de la triste y bulliciosa orgia, viene inexorable á cobrar su deuda dejando vacío y mudo al pobre encéfalo agotado por el exceso. La demencia que asoma en los grandes hombres más pronto que en los otros pobres mortales, apaga demasiado rápidamente la luz de aquella llama simbólica que ha servido alternati-

vamente de faro indicador ó de lumbre de cirio fúnebre á pueblos y á generaciones enteras. Carlos V estaba decaido, y si no demente, por lo menos agotado mentalmente á la temprana edad en que sus veleidades melancólicas de epiléptico lo hundieron para siempre en el célebre monasterio donde terminó sus días; Francisco I también caía, en la plenitud de su vida, estenuado y desfalleciente del cerebro, ayudado por una infección sifilitica que le corroía la mente y los huesos; Felipe II comenzó como su padre á sentir antes del término fisiológico las claudicaciones de la senilidad en sus articulaciones enmohecidas y en la inteligencia, cuya opacidad creciente era notoria después de diez años de reinado.

La larga lista de los *grandes* caídos en demencia, causa tristeza por lo extensa y por lo fúnebre.

Desfilan tristemente agrupados, según la época y las dinastías; en pequeños tropeles como las apariciones de la alucinación alcohólica, inspirando, como ellas, el terror y el hondo desencanto al ver tanta grandeza intelectual hundida en la incierta penumbra de la mendicidad mental.

Diríamos, para reproducir aquí una interpretación vulgar, que la naturaleza, como afirma un sabio alienista francés, tan original como brillante, se ha agotado en la procreación de esos seres en los cuales las fuerzas mentales parecen haber llegado al summum de energía, y agregaremos, dando á nuestro pensamiento una forma más filosófica,

más en relación con las indicaciones de la ciencia, que el dinamismo mental, no puede elevarse hasta las manifestaciones del genio sin que el órgano del pensamiento se halle en las condiciones análogas á ese estado de sobrexcitación, de eretismo nervioso que sabemos ser favorable al desarrollo de la locura hereditaria ([1]).

Buscaríamos en vano, agrega el mismo Moreau, una confirmación más brillante de estas ideas, una prueba más evidente, que la locura notoria de aquel Pedro el Grande que al lado del genio en su más alta expresión, tenía todos los estigmas de una imbecilidad moral congénita, virtudes y vicios igualmente llevados á su colmo, ferocidad estupenda, impulsos maníacos irresistibles ([2]). Federico el Grande, á quien la ebriedad y los excesos habían arrojado en un estado parecido al idiotismo; O'Connell, que sucumbió de una parálisis general progresiva ([3]); Linneo, ese bello y metódico genio, con su craneo hidrocefálico y muerto después de haberse perdido en una *demencia* que le hizo olvidar hasta su propio nombre, y por fin nada menos que el inmortal Newton, que según el diario de Huyghens el «29 de Mayo de 1694, Mr. Colin, le había contado que el ilustre geómetra Isaac Newton cayó de

([1]) M. de Tours, *La psychologie morbide dans ses rapports avec la philosophie de l'histoire*, etc.

([2]) M. de Tours, loc. cit.

([3]) *Journal de Medecine de Lyon*, 1847.

diez y ocho meses atrás, en demencia, sea por el gran exceso de trabajo, sea por el dolor que le causara haber visto devorar por un incendio su laboratorio de química y muchos manuscritos de importancia. Mr. Colín agregaba que á consecuencia de ese accidente, habiéndose presentado en casa del Arzobispo de Cambridge y habiéndolo hallado como un loco, sus amigos se apoderaron de él, emprendieron su curación y encerrándolo en sus habitaciones habíanle administrado remedios *bongré, malgré*» [1].

Si es difícil explicar la sobreactividad intelectual en las formas simples de la locura, dice Mr. V. Parent, en aquellas en que según los conocimientos científicos de la época, tiene por causa una perturbación simplemente funcional del cerebro, es decir, una perturbación en la cual no hay alteración esencial del órgano, es aún más difícil explicarla, en las enfermedades en que la constitución anatómica del cerebro se halla más ó menos completamente modificada, alterada. En las primeras, la inteligencia está pervertida pero no destruida, mientras que en los otros se produce siempre un debilitamiento, una obliteración de las facultades intelectuales. Sabemos, en efecto, que la actividad de la inteligencia está en relación con la actividad funcional del cerebro, su órgano, y que la destrucción parcial ó general de sus ele-

[1] *Newton*, por P. Remusat, *Revue des Deux Mondes*, 15 de noviembre, 1850, citado por M. de Tours.

mentos anatómicos trae la desaparición de la inteligencia; ó de otro modo, la aparición de ese estado que conocemos bajo el nombre de *demencia* (1).

Tan extraordinaria como pueda parecer, opina el médico de la *Maison de Santé de Toulouse*, la existencia de la sobreactividad intelectual y de la demencia, es indudable, sin embargo, que se presenta algunas veces. La observamos en estados mórbidos que tienen por síntomas esenciales la decadencia de las facultades intelectivas, especialmente en los casos de lesiones apopléticas, en la degeneración senil y en la parálisis general (2).

Dice Marcé que en ciertos sujetos que caen en la demencia se observa, no ya el decaimiento intelectual, sino al contrario, una exaltación cerebral que sin afectar los limites del estado patológico, los hace audaces, emprendedores; parece que les creara nuevas aptitudes y les comunicara á su espiritu un aspecto hasta entonces desconocido (3). Que me sea permitido, concluye el profesor del Hospicio de Bicêtre, citar el ejemplo de un eminente fisiologista, que después de haberse limitado durante toda su vida á simples investigaciones teóricas y bibliográficas, herido por una apoplegía y aún convaleciente sorprendió al mundo cientí-

(1) PARENT, *Raison dans la folie*, pág. 122.
(2) PARENT, loc. cit.
(3) MARCÉ, *Recherches cliniques et anatomo-pathologiques sur la demence senile, Gazette médicale de Paris*, 1863.

fico con su ardor inusitado para las investigaciones experimentales... Pero, nada más engañoso y falaz que esa excitación mental, porque es el indicio de un estado cerebral anormal, el presagio casi siempre seguro de una caida, en la cual la demencia no tarda en pronunciarse ([1]).

Ball y Chambard han hecho una pintura viva de las disposiciones semejantes que se producen en el periodo inicial de la senilidad decadente: «el anciano reverdece, sus fuerzas físicas, sus facultades intelectuales, sus instintos parece que renacieran, y se le ve entregado á ejercicios de tiempo atrás abandonados, hacer largas y fatigosas caminatas á las cuales su imaginación calurosa y despierta asigna cada dia nuevo objeto; retorna á sus antiguos estudios y emprende nuevos, hace planes atrevidos y se lanza en empresas extrañas... Sus sentimientos afectivos mismos participan de semejante excitación general y se traducen, sea por algún testamento que los herederos naturales burlados en sus esperanzas podrían anular, sea por una de esas pasiones seniles cuyo ardor y egoísmo profundo ha pintado el autor de *Hernani* en versos tan tocantes» ([2]).

No olvideis los datos que dejo apuntados, porque en el curso de estos estudios os van á dar el

([1]) MARCÉ, loc. cit. Véase también *Annales médico-psychologiques*, tomo VII, 1866, el trabajo de Jules Jabret.

([2]) BALL Y CHAMBARD, *Demence, Dictionnaire encyclopédique des sciences médicales*, pág. 571.

secreto de muchos contrastes que son inexplicables para la psicología normal.

Es tan grande y tan persistente la influencia de la locura en la Historia del mundo, que temeríamos incurrir en una monotonia injustificada haciendo una relación tan detallada como lo permiten los elementos de información que tenemos á la vista y la parte que desempeña con rara frecuencia en los grandes sucesos de la vida colectiva universal.

Al través de todas las escenas del drama histórico y á pesar de la ciega fatalidad que para algunos preside á su solemne desenvolvimiento, se siente en la acción humana universal, no sé qué auras de enajenación que tuercen la marcha de las cosas imponiéndole su sello singular. Ese teatro inmenso tiene en sus cuadros y en sus personajes el sabor amargo y violento que le da esa inmixión ruda y terrible del delirio de los profetas é inquisidores, ó de las alucinaciones lúgubres de los reyes degenerados por el desequilibrio de sus alteraciones hereditarias: encontrais, como en el teatro de Shakespeare, de Webster y Ben Jonson, los personajes violentos ó terribles de las pesadillas, los desenlaces calamitosos é imprevistos, las pasiones súbitas y desenfrenadas de los *impulsivos*, el estilo desordenado, extraño, excesivo del *perseguido*, que diluye su delirio en las exageraciones de su grafomanía secreta. Incomprensibles esas cosas para muchos, tienen,

sin embargo, explicación plausible en esta diabólica y secreta intervención que perturba el dinamismo intelectual y moral de los que podían torcer el curso de la vida popular con la sola acción de su capricho.

Más que un poema divino existente de toda eternidad y que no pudo ser interrumpido por las interpolaciones humanas, como lo quería Bancroft, la historia, mirada bajo esa faz, es, como lo afirma Lingard, apenas el cuadro de las miserias causadas á la multitud por las pasiones enfermizas de algunos hombres (1).

El historiador protestante, dice que la historia es un poema divino: ve en todas partes la mano exclusiva de Dios. Si á veces parece que se oculta, es que la vista del hombre en su debilidad, no alcanza á percibirla; el historiador católico, por el contrario, cree que el mundo está entregado á merced de todas las malas pasiones, lo cual en definitiva da el imperio de la Historia al diablo (2).

Ni lo uno, ni lo otro seguramente. La intervención del diablo y de Dios en las miserias humanas es una concepción, ó de la inocencia antigua ó de los delirios epidémicos de la Edad Media, en que la acción del primero toma las proporciones ilógicas de una *idea fija*, cuya amplificación y siste-

(1) LINGARD, *Historia de Inglaterra,* tomo I, pág. 68; LAURENT, pág. I, tomo XVIII.

(2) LAURENT, *Estudio sobre la Historia de la humanidad,* tomo XVIII, pág. 2.

matización metódica desemboca en esa gran *locura de las persecuciones* que da sombras más profundas á la época. La historia no pudo ser una serie de milagros en los cuales el hombre es puramente pasivo, como lo pretendía la doctrina de Bossuet. El águila de Meaux se eleva, como dice Laurent, hasta los consejos de Dios, y desde aquella altura imaginaria profesa un soberbio desdén hacia las vanas agitaciones de los hombres que obedecen á los designios de Dios como instrumentos, cuando piensan obrar libremente [1].

Este desdén muy poco filosófico « reaparece en Vico, si bien admite, es verdad, que los hombres han hecho por sí mismos el mundo social. La máxima hubiera podido salvarle de los extravíos del fatalismo católico, si la hubiese aplicado al estudio de los hechos; pero inmediatamente vuelve á caer en el orden de ideas que encontramos en Bossuet. Después de asentar como principio incontestable de la *Ciencia Nueva* que los hombres han hecho por si mismos el mundo social, añade que el mundo, sin embargo, ha salido de una inteligencia que en muchas ocasiones se aparta de los fines particulares que los hombres se habían propuesto, y que á veces es contrario á los mismos y siempre superior » [2].

Hay una evolución prevista en la existencia de

(1) LAURENT, *Historia de la humanidad.*
(2) VICO, *Scienza nuova,* lib. V, cap. IV; LAURENT, tomo XVIII, pág. 83.

cada nación que forma un circulo invariable, según el mismo Vico, y que incesantemente se reproduce. Para él, existen tres épocas en la vida de las sociedades humanas, cuya reproducción es una fatalidad que los pueblos no pueden alterar, cualquiera que sea la acción individual ó colectiva: la primera es impropiamente llamada de barbarie, luego la edad heroica, y en la tercera, en que aparece nuevamente la acción del hombre, se constituye la sociedad; «pero apenas ha llegado un pueblo á este último desenvolvimiento, cuando acaba, se disipa, como caen en otoño las hojas de los árboles. Un nuevo pueblo remplaza al que ha terminado su existencia y recorre idénticamente los mismos circulos». Esos perpetuos retornos de la historia es lo que Vico llamaba *ricorsi* y que el último estudiante oye mencionar con frecuencia á su catedrático de Historia Universal.

Si en lugar de encerrarse en la Roma antigua, hubiese, como ha dicho alguien, hojeado sin espíritu sistemático la historia, leido los concilios y los doctores eclesiásticos, habría visto que los reyes estaban sometidos á los sacerdotes de la misma manera que un rebaño á un pastor, y que los pueblos eran sumisos instrumentos de reyes, sabios algunas veces, y de reyes con el cerebro dislocado otras, que los arrastraban y los envolvían en las mil aventuras de su larga enfermedad moral. Lo que hace pensar á los hombres que son juguete de la fortuna ciega, dice un historiador contemporá-

neo, es que su experiencia es demasiado limitada para que vean algo fijo y regular. Sucede con los acontecimientos históricos, lo que con la marcha de los astros: solamente por medio de observaciones seculares se llega á descubrir las leyes que la rigen (1).

La dificultad es todavía mayor en los hechos históricos, porque se complican con el *libre arbitrio*, con los intereses y las pasiones. Se explica por qué los antiguos creían en la *fatalidad*; no habían visto aún uno de esos inmensos trastornos que cambian la faz de la humanidad verificados por un solo hombre, por medio de esa enorme sugestión normal ó patológica que hace á los pueblos agentes dóciles de las pasiones, de los delirios, de los impulsos suyos cualesquiera que ellos sean, ó de una *idea fija* encarnada en una cabeza coronada por la casualidad de un nacimiento real ó por la aureola de otro prestigio más sugestivo. El cristianismo, obra de *un hombre*, y más tarde la invasión de los bárbaros, obra de muchos hombres, inauguraron una era nueva. No era, pues, posible decir ya que la historia es la repetición eterna de los mismos errores y de los mismos crímenes (2).

Sobre esos hombres, como colectividades ó como individuos, causas múltiples y variadas, aunque con cierta fijeza en su acción, influyen para

(1) LAURENT, *Historia de la humanidad*.
(2) LAURENT, op. cit., pág. 99, tomo XVIII.

determinar modificaciones profundas en su inteligencia, en su sensibilidad moral, en su voluntad, es decir, en su cerebro, el órgano de la vida, ese soberano *sui generis*, mitad César, por la amplitud de sus facultades y su poder incontrolado, al mismo tiempo que mitad *sensitiva*, por la susceptibilidad singular á la acción de los multiplicados agentes externos que lo acechan perennemente. Hipócrates, el príncipe de la medicina, es el primero que ha hecho observar «que á la naturaleza del país correspondían la forma del cuerpo y las disposiciones del alma» ([1]).

Tomada en su verdadera acepción científica esta máxima, tiene, como dice Leuret, una verdad incontestable: «el hombre no es un espíritu puro, tiene cuerpo y alma», es decir, sistema nervioso, receptáculo de todas las impresiones, fuente de toda sensación, crisol de donde, por los procedimientos desconocidos de la alquimia mental, surgen las ideas y los sentimientos y las pasiones que gobiernan al mundo; resultado final de esa secreta transmutación de los *metales* viles que llevan los filetes nerviosos á la divina retorta que ya canta, ya ruge bajo la cúpula del disco craneano.

¿Quién de nosotros piensa, dice Cousin, que los lugares, la tierra que habita, el aire que respira, las montañas y los ríos próximos, el clima, el calor, el frío, todas las impresiones que producen, en

([1]) HIPÓCRATES, *De los aires, de las aguas y de las tierras*, tomo II, pág. 91 (Traducción de Littré).

una palabra, que el mundo exterior les es indiferente y no ejerce sobre él ninguna influencia? ¿Puede pensar alguien, continúa, que el hombre de las montañas tenga ó pueda tener las mismas costumbres, el mismo carácter, las mismas ideas y esté llamado á desempeñar en el mundo el mismo papel que el hombre de las llanuras, el habitante de las costas, el insular? ¿Creeis que el hombre consumido por los fuegos de la zona tórrida está llamado al mismo destino que el que habita los helados desiertos de la Siberia? (1) Todo, concurrentemente con la raza, como quiere Renan, con la naturaleza ó conjunto de agentes físicos, etc., etc., como viene afirmando de tiempo atrás la filosofía de la historia con Herder, con Montesquieu y con Buckle, conforman al órgano plástico por excelencia, determinando una cierta receptividad para sentir la influencia de la civilización de quien *la locura es función,* según pretende la moderna psiquiatria (2), receptividad peculiar á cada pueblo, á cada época, según la multiplicidad é intensidad de las causales que lo hayan solicitado en el sentido de los desórdenes vesánicos.

¿Parecerá acaso demasiado insignificante la locura como causa de muchos de los grandes trastornos que ha sufrido la humanidad?...

(1) VICTOR COUSIN, *Curso de Historia de la Filosofía*, Lección 8ª.

(2) « La folie est ainsi pour employer un terme scientifique, fonction de la civilization». *La Conscience* par LUDOVIC GARRAU.

Pero á causas realmente insignificantes y banales atribuia Voltaire y Federico II el origen de grandes hechos históricos. Una fatalidad ciega, dice el autor de *El siglo de Luis XIV*, gobierna los destinos del mundo, y en su *Ensayo sobre las costumbres* se complace en relacionar los más grandes acontecimientos «con causas tan pequeñas que el lector se ve obligado á creer en el imperio de una ciega casualidad».

Las Cruzadas, dice Laurent, que está empeñado en dar intervención á Dios en todas las cosas de los hombres «es uno de los acontecimientos más grandes de la historia, y si no se ve en ellas la mano de Dios, *hay que considerarlas como una locura*». Pregúntesele á Voltaire cuáles fueron las causas de aquella nueva emigración de pueblos, y responderá que «aquel Picardo salido de Amiens para ir en peregrinación hacia la Arabia, fué causa de que el Occidente se armase contra el Oriente y de que millones de Europeos pereciesen en Asia» ([1]). Si perecieron millones de hombres nada más que porque un Picardo hizo un viaje á la Arabia, preciso es deplorar la miserable condición de los hombres ([2]).

La Reforma es un acontecimiento más importante que las Cruzadas porque interesa directamente al destino religioso de la humanidad.

([1]) VOLTAIRE, *Ensayós sobre las costumbres*, cap. LIV.
([2]) LAURENT, *Historia de la humanidad*, pág. 90, tomo XVIII.

¿Cuál fué, se pregunta un pensador contemporáneo, la causa de una revolución que conmovió la Europa, que puso fin á la dominación del pontificado, que preparó una nueva religión ó un nuevo desenvolvimiento del Cristianismo?

Voltaire responde atribuyéndola á una reyerta de frailes. León X tuvo por conveniente vender el cielo para llenar su tesoro; excelente especulación sobre la estupidez humana. Los despachos de los vendedores se instalaban, según el autor de la *Henriada*, en las tabernas, y los predicadores decían en alta voz desde el púlpito, que aun cuando se hubiese violado á la Santisima Virgen se alcanzaba la absolución comprando indulgencias. Pero desgraciadamente, continúa, se ocurrió al Papa dar en arriendo á los dominicos tan preciosa mercancía, y los agustinos que habían venido disfrutándola durante mucho tiempo lo llevaron á mal, y «estas cuestioncillas de frailes en un rincón de Sajonia produjo más de doscientos años de discordias, de furores y de infortunios en treinta naciones» ([1]).

Después «de haber figurado en la historia, en los campos de batalla, el héroe de la guerra de los siete años compuso unas memorias sobre lo que habia hecho y visto, y dijo allí *que la suerte de las cosas humanas es que los pequeños intereses deciden de los más grandes*

([1]) VOLTAIRE, *Ensayo sobre las costumbres*, cap. CXXVII.

asuntos » ([1]). Federico II, gran filósofo y hombre de mundo, con una experiencia de las cosas del hombre realmente excepcional, se complacía siempre en hacer ver que una causa pequeña, verdaderas tonterías, deciden del destino de la humanidad. La guerra de que fué héroe Federico le confirmó en sus convicciones. « Todos saben, decía él, que la pesca de la merluza, disputada entre ingleses y franceses, y algunas tierras incultas del Canadá, han dado lugar á la guerra civil que aflige al continente » ([2]). La Prusia « se encontraba en los mayores apuros, continúa Federico, perdida según todos los políticos. Se rehace con la muerte de una mujer (la czarina Isabel) y se sostiene con el apoyo de la potencia que más había deseado su pérdida (la Rusia). ¡ En qué estriban las cosas humanas ! Los más viles resortes influyen sobre el destino de los imperios y los cambian» ([3]).

Si: hay en la vida de las naciones, lo mismo que en la de los individuos, hechos, que, como dice el mismo autor de la *Historia de la humanidad*, tan partidario de la intervención divina, no explican la libertad humana ni las causas que la filosofía corriente nos brinda á cada momento y que tie-

([1]) Federico, *Memoria de la guerra de 1778* (Obras, tomo VI, pág. 152).
([2]) Federico, *Apología de mi conducta política* (Obras, tomo XXXII).
([3]) Federico II, *Historia de la guerra de los siete años* (Obras).

nen una influencia decisiva sobre el destino de las naciones. No son tan «viles resortes», como dice Federico; «la muerte es un hecho grave que mucho nos sorprende cuando menos la esperamos», la locura no lo es menos porque causa seguramente mayores trastornos, porque su acción puede ser continua y profunda y sus males irremediables, como ha sucedido á menudo.

¿Á qué ir á buscar la intervención de agentes misteriosos para explicar cosas que tienen una etiología tan banal como conocida?

El orgullo humano se resiste á atribuir á ciertos acontecimientos una causa ó un móvil que él reputa infinitesimal!; hay algo de delirante en ir á golpear las puertas del Cielo en demanda de una de esas explicaciones que el gran Federico, con su acostumbrada visión genial, atribuye algunas veces á móviles é ideales inciertos, es verdad, pero humanos, es decir, lógicos dentro de la filosofía que da al *homo sapiens* el rol causal que le pertenece en la Historia. Si esas grandes tonterías, como decía el filósofo de *Sans-Souci,* deciden de las cosas del mundo, ¿cómo no lo ha de hacer con mayor razón la locura individual ó colectiva? Comparados con ella, que es causa realmente eficiente en el curso de los destinos humanos, *la pesca de la merluza*, *las reyertas de frailes y las ventas en subasta pública de los beneficios del cielo* hechas por los pontífices poco escrupulosos, bien se ve que el volumen de la primera resulta enorme y decisivo como tenía que

suceder; porque no es posible que factor tan considerable como el desequilibrio de la mente, sobre todo en aquellos tiempos supersticiosos y harto sugestibles en que la acción individual era preponderante, no hubiera tomado su parte de influencia concurrente en el gran mecanismo social.

El mundo antiguo y medieval está lleno con su presencia, poblado de visiones extravagantes, de apariciones populares que determinaban las acciones de los príncipes y el entusiasmo de los mártires.

Las alucinaciones de todo género se insinúan en los actos de su vida con una frecuencia que explica la sencillez de su espíritu primitivo, el carácter crédulo y fácilmente sugestible de aquellas gentes cuyos cerebros sin las complicaciones mentales modernas aceptaban fácilmente las impresiones torcidas de sus sentidos. Se comprende sin trabajo que la explicación de las lesiones del entendimiento, de todas las aberraciones funcionales provenientes del aparato nervioso y que reposan sobre un conjunto de datos anátomo-fisiológicos que no se conquistan, como dice Calmeil, sino por el esfuerzo lento de la cultura, les fuera completamente desconocido y que lo que hoy sólo tiene la existencia efímera de la alucinación fuera para ellos un hecho real y averiguado. La idea de que poderes activos é inteligentes colocados entre Dios y el hombre, entre el cielo y la tierra, continúa el autor de *La folie considerée*

sous le point de vue pathologique, etc., etc., eran indispensables para hacer el oficio de causas ocasionales, ocupaba entonces el primer lugar en la convicción de los doctores cristianos y de los metafísicos.

Esta manera de interpretar los efectos que se operan en la naturaleza, destruía evidentemente la teoría que nos sirve hoy para explicar los vicios de la sensibilidad, asignando á casi todas las alucinaciones una causa exterior positiva, y por tanto se oponía á que apreciaran el verdadero estado moral é intelectual de una multitud de monomaniacos que eran clasificados entre los heréticos, los discípulos de Satán y los apóstatas ([1]). Á cualquier lado que echasen la mirada, buscando orientarse en las tradiciones del pasado sagrado ó profano, aun cuando consultasen el verdadero oráculo de la fe, la opinión de los principales filósofos, de los poetas, las creencias populares ó el testimonio de los sentidos, se encontraban con que la cuestión de la existencia de los espíritus y la posibilidad de su aparición había sido resuelta por la afirmativa ([2]).

En el Antiguo Testamento se habla frecuentemente de apariciones de mensajes y del rol de los buenos y de los malos ángeles; en el

([1]) CALMEIL, *La folie considerée sous le point de vue pathologique, philosophique, historique et judiciaire depuis la Renaissance,* etc., pág. 91, tomo I.

([2]) CALMEIL, loc. cit., tomo I, pág. 92.

Génesis leemos que la entrada en el Paraíso terrestre estaba confiada á la guardia de un querubín con armas fulgurantes; que ángeles y extrañas apariciones anunciaron á Loth la ruina de Sodoma y de Gomorra; que Jacob, volviendo de Mesopotamia, tuvo que sostener una lucha con un personaje de naturaleza angélica, y por fin que fué un ángel que vino á anunciar á Manné el nacimiento de Sansom, un ángel que trajo á Gedeón la nueva de la libertad de Israel todavía encorvado bajo la servidumbre de los Medianitas ([1]). Plutarco asegura que Pausanias, después de haber muerto de un hachazo á una joven bizantina cuya reputación de belleza había hecho una gran impresión en sus sentidos, fué por mucho tiempo perseguido noche y día por una alucinación en que se le presentaba la sombra de la víctima, y que fatigado de las amenazas orales y de las persecuciones incesantes de este espectro de mujer, se resolvió á evocarlo piadosamente, y que la efigie al aparecer de nuevo anuncióle que bien pronto el asesino encontraría el reposo en su patria. Sabemos que el general lacedemonio declarado traidor á los intereses de Esparta, murió de hambre en un templo del cual su propio padre había tapiado las puertas y que la madre del difunto hizo tirar á los perros el cadáver ([2]).

Todo lo más ilustre de Atenas oía siempre

([1]) Calmeil, loc. cit., tomo I, pág. 96.
([2]) Calmeil, loc. cit.

hablar del genio cuyos consejos parecían concurrir tan eficazmente á mantener al virtuoso Sócrates en el camino de la sabiduría. Los amigos de Dion de Siracusa conocían la sorpresa y el terror que le causaba á este personaje la aparición súbita de un espectro de talla gigantesca, cuyo ruido aturdía sus oídos, y Cleares de Heraclea, antiguo discípulo de Platon, se quejó por mucho tiempo antes de su muerte trágica, de ser perseguido sin cesar por la alucinación de fantasmas cuyos rasgos le recordaba los infortunados que había hecho perecer de una manera cruel é injusta ([1]).

Toda esta abundante clase de individuos á los cuales los patologistas dan el nombre de alucinados, calificándolos con justicia como enfermos, puesto que su estado puramente excepcional está en oposición con las condiciones ordinarias de la naturaleza humana; «todos esos seres que acusan obstinadamente mil sensaciones de la vista, del oído, del gusto, del olfato, del tacto externo, sensaciones que refieren á la mayor parte de los órganos interiores, bien que según la resolución de los otros hombres sus sentidos no están impresionados por la acción de ningún agente corporal, deben ser portadores de alteraciones del encéfalo, de alteraciones tan numerosas como variadas, y las alucinaciones que mantienen sin cesar su atención en perpetua vigilancia no pueden ser ocasionadas

([1]) CALMEIL, loc. cit., tomo I, pág. 95.

sino por modificaciones viciosas de la substancia nerviosa». Las explicaciones adoptadas por los alucinados para dar cuenta de la novedad de los fenómenos que son los primeros en comprobar en sí mismos, han debido variar según las épocas y los tiempos.

Observa Calmeil, con razón, que mientras los hombres creyeron como en aquellos tiempos remotísimos que los dioses tenían el poder de descender á la tierra, Júpiter, Mercurio, Apolo, Diana, Venus se les aparecerían frecuentemente á los alienados; las personas del sexo creerían unirse á los sátiros, al dios Pan, á dioses metamorfoseados en serpientes, en cisnes, en toros; los melancólicos se creerían perseguidos por patrones armados de látigos, por perros de tres cabezas, por los perros de Hecate, que parecían grandes y gigantescos como los elefantes [1]. En una época más próxima á nosotros, agrega el maestro de la *Maison de Charenton*, los ángeles y los demonios han ocupado el lugar de los dioses en las concepciones incoherentes del hombre enfermo, y la singularidad del delirio de los claustros, del delirio de la brujeria, prueba que la imaginación de los poetas, comparada á la de los monomaníacos, está muy lejos de ocupar el primer rango por la fecundidad y el vigor de la invención [2].

De los pueblos antiguos, la Grecia era segu-

[1] CALMEIL, loc. cit., tomo I, pág. 115.
[2] CALMEIL, loc. cit., tomo I, pág. 115.

ramente la menos predispuesta para la locura individual ó colectiva; la que menos por consiguiente ha sufrido sus consecuencias dolorosas, la influencia destructora que han experimentado otros pueblos, particularmente los Judíos y la Europa de la Edad Media, que ha sido, sin duda alguna, el mejor caldo para la fecunda pululación de las enajenaciones populares.

Sus costumbres, su situación geográfica, el clima, etc., todo concurría á dar al espíritu ese sereno equilibrio que aleja las grandes preocupaciones y que lo defiende contra la acción funesta de las vivísimas emociones y sobre todo de esa infección vesánica del terror religioso.

Nada hay que dé una impresión más firme y visible de la ausencia del virus aliénico que su arte al mismo tiempo que soberano por su grandeza, plácido y humano por la rectitud de sus concepciones y esa sensación de alegría y normalidad irreprochable que producen sus obras. Y eso que, como dice Taine, lo que de la antigua estatuaria griega se conserva, no es nada al lado de lo que se ha perdido, viéndonos reducidos á congeturar por sólo dos cabezas, la de Juno en Ludovisi y la de Júpiter en Otricoli, cómo eran las estatuas de los dioses colosales en que se expresó el pensamiento del gran siglo y cuya majestad llenaba los templos [1]. Revelan

[1] TAINE, *El arte en Grecia*, pág. 7.

en todos sus sencillos detalles de atletas rozagantes, que allí no había los hacinamientos modernos de la vida humana, la multiplicidad y contradicción de las emociones, el exceso de la vida cerebral que consume más tarde el cerebro de la Europa de la media edad, las costumbres complicadas, el régimen artificial, la excitación febril de las grandes capitales con sus tristezas sordas y los infortunios íntimos que roen el alma en el silencio del hogar. Ese arte pone de manifiesto á cada momento que hay un prodigioso cerebro y « un alma infinita que no se deja abatir por los delirios y para quien los miembros del animal no son sino simples apéndices »; insaciable en sus curiosidades y en sus ambiciones serenas, siempre buscando y conquistando sin los estremecimientos y alucinaciones de filiación morbosa que desconcertarían su estructura nerviosa, justas satisfacciones á la inteligencia y á la sensibilidad moral [1].

Para comprender bien esa sensación que nos deja el arte y la vida griega es menester comparar aquel mundo de transparencias y claridades con el de nuestros días, tan opaco y sombrío. En efecto, si se examina una alma moderna, dice el incomparable Taine, se encuentran alteraciones, extravagancias, enfermedades y por, decirlo así, hipertrofias y debilidades cuyo arte es una prueba. En la Edad Media el desarrollo exagerado del

[1] TAINE, *El arte en Grecia*, pág. 163.

hombre espiritual é íntimo, las aspiraciones de los sueños de sus visiones, el culto del dolor, el desprecio del cuerpo aguijoneaban la imaginación y la sensibilidad sobrexcitadas hasta la misma alucinación seráfica. Conoceis — agrega siempre el maestro inmortal — las de la *Imitación* y las *Fioretti,* las del Dante y Petrarca, las delicadezas refinadas, las locuras enormes de la caballería y de las cortes de amor que dan la sensación de algo anormal. La perpetua estimulación de la imaginación, la constante permanencia dentro de esa atmósfera de misticismo morboso, complicado con visible agravación, por los efectos del terror, llevaban al espíritu la sensación deforme de las cosas, la vaga desproporción periférica que da al pretendido arte de los locos, próximos á la demencia, ese aspecto grotesco y contradictorio del que trae elocuentes ejemplos el ilustrado Sollier en su *Psychologie de l'idiot et de l'imbécile.*

Por eso en la pintura y escultura de cierto periodo, cuando las perturbaciones del espíritu toman proporciones difusas y alarmantes en Europa, los personajes son feos « desprovistos de belleza, á menudo desproporcionados y no viables, casi siempre delgados, estenuados, mortificados y absortos por un pensamiento que aparta sus ojos de la vida presente », inmóviles en la alucinación y el deslumbramiento de visiones extrañas con la triste dulzura del claustro, la irradiación del éxtasis ó la torva impresión de un sentimiento rudo y hos-

til que aquellos Cristos vengativos de que habla Leclerc, manifestaban en su rostro macilento y desagradable. Tienen todos, en suma, la viva impresión, el sello ineludible del alienismo que circula en todo el mundo bajo las formas diversas de epidemias *demonopáticas, licantrópicas y demonolátricas,* etc.

Para recuperar el estilo perdido ó ya tan contaminado, la frescura del alma sana que se traduce tan bien en toda la estructura viva, en la cabeza expresiva, la fisonomía móvil, el alma transparente manifestada por el gesto, es menester volver la vista á aquella Grecia sana y atlética en el cuerpo y en el alma. Pero las instituciones y «los ritos de la Edad Media subsisten todavía, y en Italia como en Flandes veis en las más bellas obras el contraste disonante de las figuras y del asunto: mártires que parecen salir de un gimnasio antiguo, Cristos que se parecen á Júpiter fulminante, Apolos tranquilos, vírgenes dignas de un amor profano, ángeles tan grandiosos como Cupido».

Por eso ese soberano arte griego nos produce la intensa impresión de frescura y de bienestar físico y moral, el sentimiento de *euforia* inalterable de que gozan los organismos completamente normales, á nosotros descendientes de generaciones de *surmenés* y *surmené*, nosotros mismos por la acción patogénica del terror secular del Santo Oficio, de las convulsiones de la Reforma y de las guerras religiosas, agregadas al alcoholismo, á las

enfermedades epidémicas exóticas, y á la miseria que han conmovido la Europa durante tres siglos próximamente. Sentimos en su presencia un verdadero suplicio de Tántalo; la envidia, la remota visión melancólica de la salud que se aleja siempre, la esperanza que asalta á los enfermos debilitados y paralíticos en presencia del hombre sano, ágil y vigoroso en cuya fisonomía entona himnos la salud del cuerpo y de la mente.

La Grecia, dice Taine, es una hermosa región que mueve el alma hacia la alegría é impulsa al hombre á considerar la vida como una fiesta. Parece que en aquel país no hubiera invierno: «las encinas, los olivos, los naranjos, los limoneros, los cipreses forman en las hondonadas y en los flancos de las gargantas un eterno paisaje de estío; desciende hasta la orilla del mar y en febrero, en ciertas regiones, las naranjas que se desprenden de las ramas caen en las olas. Allí apenas hay brumas, poca lluvia, el aire tibio y el sol bueno y suave» (1). El hombre no se ve forzado como en muchos climas del Norte á defenderse contra la inclemencia de las cosas á fuerza de invenciones complicadas. No tiene necesidad de inventar salas de espectáculos; no tiene más que mirar en derredor suyo, porque la naturaleza le ofrece cosas más bellas de cuantas el arte pudiera crear (2). En Hieres «en el mes de enero yo veía — dice el

(1) Taine, *El arte en Grecia.*
(2) Taine, *El arte en Grecia*, pág. 78.

mismo Taine, absorto ante espectáculos tan maravillosos — yo veía el sol levantarse tras de una isla; crecía la luz, llenaba el aire... de repente, en el pico de una roca surgía una llama; el gran cielo de cristal extendía su bóveda sobre el plano inmenso del mar, sobre las innumerables flotillas, sobre el azul poderoso del agua uniforme, por donde se derrumba como un arroyo de oro; por la tarde las montañas lejanas tomaban tintes morados, color de lila, de flor de té. En estío, la iluminación del sol distribuye en el aire y en el mar tal esplendor que los sentidos y la imaginación asombrados, se creen transportados como en un triunfo y una gloria; las olas saltan, el agua toma reflejos de piedras preciosas, turquesas, amatistas, záfiros, lápiz-lázuli ondulantes y movedizas bajo la blancura universal é inmaculada del cielo... En medio de esta inundación de claridad aparecen las costas de Grecia como pedazos de mármol arrojados acá y allá en medio del mar ».

¿Cómo quereis que haya predisposición aliénica en ese carácter griego, en « ese fondo de alegría, de verbosidad, con esa necesidad de felicidad viva y sensible » que encontramos en todas sus cosas, que poseen como nada el secreto de la alegría divina que reina en los poemas homéricos en la obra de Platón? ([1]).

La simplicidad de la concepción de la muerte

([1]) Taine, *El arte en Grecia*.

que depende, según un filósofo contemporáneo, de la pureza del aire que respiraban, de la asombrosa alegría que allí se siente y más que todo de los instintos de la raza helénica adorablemente idealista, hacía que todas las sombrías, las lúgubres ideas de los delirios milenarios, de las alucinaciones persecutorias, en las psicopatías de los histéricos y convulsionarios del siglo XV, los terrores apocalípticos, los sueños y las pesadillas mesiánicas de los judíos, huyeran de aquel cerebro lleno de luz á hincar la garra allí donde la predisposición y el medio adecuado les daba bastantes sombras para prosperar. La blanda y flexible arcilla moral se ha plegado y petrificado bajo la presión física que lo ha modelado, explicándonos ese aire y ese suelo que lo ha nutrido, las particularidades de su forma y la dirección de su desarrollo [1].

El habitante de la Beocia, por su modo parco y flemático de vivir, sin el azote del alcoholismo que hoy devasta á los pueblos flemáticos del Norte de Europa, no se prestaba para esa clase de enfermedades: nutrido de grasa y en medio de un aire pesado, habituado á la alimentación abundante y á las anguilas del lago Copaís, era comilón y bebedor dentro de prudentes límites y bebedor de buenos y saludables vinos y no de los tóxicos con que el amilismo contemporáneo difunde entre

[1] TAINE, loc. cit.

nosotros la parálisis general que ellos no conocían ni por asomo. El Ateniense nacido sobre el más árido suelo de la Grecia, « con una cabeza de sardina, una cebolla y unas cuantas aceitunas tiene bastante; educado en medio de un aire ligero, transparente, luminoso, mostraba desde su nacimiento una firmeza y una vivacidad de espíritu singulares: inventaba, gustaba, sentía y acometía sin desfallecimientos cualquiera empresa y no se cuidaba de otra cosa». Un pueblo formado dentro de ese molde y con esa estructura nerviosa tan particular que lo hacía casi único en la historia bajo el punto de vista que indicamos, se desarrolla con más prontitud y más armoniosamente que otros, el hombre no se vé agobiado ó fatigado por el excesivo calor, ni molestado y afligido por el frío (1) ni por la inclemencia de otros agentes deletéreos del sistema nervioso.

No está condenado á la inercia soñadora, ni al ejercicio continuo, no se absorbe en las contemplaciones místicas ni en la barbarie brutal (2), de lo que resulta una verdadera y abundante reproducción de habitantes, montañeses esbeltos, activos, sobrios, nutridos de aire puro. Todavía en la actualidad « la nutrición de un labrador inglés bastaría en Grecia para una familia de seis personas y los ricos se contentan

(1) Taine, loc. cit.
(2) Taine, loc. cit., pág. 19.

frecuentemente con un plato de legumbres para la comida».

Eran tan frugales en la comida como en el pensamiento y aunque fueron, como se sabe, eximios en todas las más elevadas manifestaciones de la inteligencia, fueron, como dice Taine, más razonables que metafísicos: «se complacían en las distinciones delicadas y en los análisis sutiles; refinaban y tejían con gusto las telas de araña en las que su destreza era sin igual aun cuando la red demasiado complicada y esmerada quedara sin empleo en la teoría». En aquel suelo realmente feliz, la imaginación que desempeña un rol tan esencial en la mayor parte de las manifestaciones que caracterizan la locura, como que es la fuente más común de las sensaciones erróneas y de las ilusiones de que son juguete muchos enfermos (1), la imaginación, decíamos, recibía impresiones suaves y atenuadas, no tenía las brutales estimulaciones, la usura continua y peligrosa que en otros países. Nada es enorme ni gigantesco en ese país; las cosas exteriores no tienen dimensiones desproporcionadas ni agobiadoras; nada se vé semejante al monstruoso Himalaya ó á esos enmarañamientos infinitos de la vegetación lujuriosa, á los enormes ríos que los poemas indios describen; nada parecido á los bosques interminables, á las llanuras ilimitadas, al océano

(1) DAGONET. *Traité des maladies mentales*, 1894.

sin límites salvajes de la Europa del Norte [1]. El ojo recoge sin pena la forma de los objetos y toma de ellos una imagen precisa; todo tiene un término medio, todo es mesurado, fácil y claramente perceptible á los sentidos [2].

En vano es, pues, que busquemos prolijamente en la historia de la medicina griega algún indicio de la existencia algo persistente y difusa de semejantes enfermedades.

Para hacer un poco de historia de la locura en Grecia, hay que echarse en brazos de la Mitología ó poco menos; de otra manera nos expondremos á no decir nada, porque nada hay ni puede haber, como bien podrá deducirse de las consideraciones que dejamos apuntadas.

Ayax atormentado por las furias suicidose; Hércules fué preso de un ataque de manía furiosa; Edipo, el melancólico Beleforonte, casi constituyen toda la patología psiquiátrica de aquella fabulosa clínica. Todo el mundo conoce la historia del desgraciado Meleagro, la del parricida Orestes y la no menos célebre de las hijas de Prestus, rey de Argos, que castigadas por Juno con una especie de lepra se creían transformadas en vacas y mugían imitando á esos animales. La tradición dice que fueron curadas por el pastor Melampo, por medio del eléboro, de purificaciones y de ceremonias re-

[1] Taine, *El arte en Grecia*, pág. 48.
[2] Taine, loc. cit.

ligiosas [1]. El concepto que tenían de la melancolía, era incierto y confuso por escasez del sujeto de observación: sus dos principales caracteres para Hipócrates parecían solamente el *temor* y la *tristeza*, según que la alteración fuera producida por la pituita ó por la bilis. En el primer caso no había excitación, en el segundo este estado general, era, en diversos grados, el principal carácter de la enfermedad [2]. Fuera de la *frenitis*, de la manía y de la melancolía, de las cuales tenían conocimientos muy incompletos, no conocían otras formas de locura, por más que autores modernos hayan pretendido que Hipócrates había conocido la *locura puerperal* y la *locura alcohólica!* En el dominio de las enfermedades nerviosas, poseían por las mismas razones, nociones muy vagas sobre la histeria, aun cuando según parece tenían un conocimiento bastante completo de la *epilepsia,* que conocían á fondo y que han descrito con gran cuidado [3].

Hipócrates que viajó por toda la Grecia distribuyendo en las distintas ciudades los beneficios de su ciencia y su práctica; que estuvo en Delos, en Lybia, que ejerció la medicina en Atenas y en la Tesalia antes de volver á Cos, no trae indicación alguna que nos haga siquiera sospechar la presencia un poco sensible con caracteres de difu-

(1) Regis, *Manuel pratique de médecine mentale*, pág. 4.
(2) Regis, loc. cit., pág. 7, edición de 1892.
(3) Regis, loc. cit., pág. 7.

sión acentuados de esos desórdenes del cerebro.

Él, el observador sagaz, prudente y realmente genial, no ha encontrado allí campo suficiente para hacernos de las enfermedades mentales aquellos cuadros descriptivos magistrales que nos ha legado de las otras enfermedades. Los médicos del período representado por Herófilo y Erasistrato, que vivieron proximamente trescientos años de la era cristiana, tienen la misma pobreza; una ausencia notoria del conocimiento profundo en todo lo que atañe á la locura en sus formas difíciles. Por esto ese período, que carece de documentos de esa clase, estaba destinado á permanecer en la obscuridad ó á ser conocido en los rastros que ha dejado en las obras de Galeno, á pesar de que los conocimientos científicos de estos hombres célebres y el progreso que realizaron particularmente en el dominio de la anatomía y de la fisiología del sistema nervioso fueron indudablemente notables [1]. Es necesario llegar hasta el período greco-romano para encontrar en Asclepiades de Bitinia, en Celso, Areteo, Soranno, etc., etc., las grandes descripciones que revelan una clínica más abundante, el conocimiento de una enfermedad por el estudio de numerosos enfermos, cuya presencia han suplido con su genio los que como Hipócrates no los tuvieron en suficiente número [2].

[1] Regis, *Manuel pratique de médecine mentale.*

[2] Véase: *A Dictionary of Psychological Medicine etc.* por Hack Tuke, M. D. Ll. D., vol. I, 1892, pag. 553; Id. id. Darembert.

No sucedía lo mismo entre los Romanos en donde la investigación encontró más paño que cortar.

En ciertas épocas, sobre todo, tuvieron la salud mental más deteriorada que los griegos si bien más sana todavía que la nuestra.

Ni el clima, ni la naturaleza, ni las costumbres los favorecía como á los griegos: la etiología rica y abundante explica la variedad de sus formas y nos da la llave que abre el secreto de esa fragilidad cerebral que en un tiempo parecía patrimonio exclusivo del, romano de las clases elevadas. Celso, el inimitable artista, si bien no ha consagrado muchas páginas á la descripción de la locura, nos hace ver en el pequeño número de las que escribió, que el sujeto clínico abundaba, lleno de variedad y de curiosas alternativas.

En lugar del término genérico de *alienatio mentis* empleado por Asclepiades, se sirve de la palabra *insania*, que aplica á los tres géneros de locura que forman su clasificación á saber: *frenesí (insania acuta)*, la *melancolía*, que atribuye á la atrabilis, y en fin un tercer género que subdivide en dos especies: 1ª delirio alucinatorio alegre ó triste sin delirio *(imaginibus non menti falluntur)*; y 2ª el delirio general y parcial *(animi descipiunt)* [1]. Celso se extiende más extensamente sobre la terapéutica formulando reglas juiciosas de tratamiento higiénico y moral que revelan haber ma-

[1] Regis, *Manuel pratique de médecine mentale*.

nejado frecuentemente y con cierta abundancia, enfermos de esta clase; reglas y preceptos que sólo pueden surgir de la experiencia de una clínica constante, clasificaciones y observaciones atinadas que únicamente la frecuencia y la práctica de estas cosas tan difíciles pueden sugerir con esa amplitud y seguridad de miras de que sólo Celso tenía el secreto en esos tiempos. La descripción magistral, de una exactitud y de una viveza realmente notables, que han dejado algunos médicos romanos, de la *manía* y de la *melancolía*, sólo se hacen teniendo por delante el *documento humano* que se le presentaría á cada momento bajo sus ojos penetrantes. El capítulo relativo al tratamiento de la locura, que constituye la parte principal de la obra de alguno de ellos, lo demuestra fácilmente: un campo de observación considerable les permitía fundar sobre bases sólidas esa admirable exposición de reglas del tratamiento físico y moral de los locos á que hacen referencia autores contemporáneos.

En efecto, ¿cómo podrían insistir en favor de medidas de dulzura, de la supresión de los medios coercitivos, en suma de los preceptos del *no-restraint* moderno, si no hubieran tenido á la mano elementos de comparación y de juicio?

Roma, por sus costumbres desordenadas, el frecuente abuso de todos los placeres y de las emociones más vivas, era un pueblo con predisposición adquirida para los trastornos de la mente y

del sistema nervioso en general. Las composiciones de los poetas latinos están llenas de descripciones minuciosas de todas las graves perturbaciones, abundando en la enumeración pintoresca de su etiología, que parece tomada á los tiempos modernos, de tal manera es la misma de nuestras neuropatías. En las *Metamórfosis*, «esas fábulas inmortales de la poesía antigua», en medio de sus ficciones encantadoras y de sus graciosas alusiones se encuentran indicaciones menudas sobre aquella atmósfera impura, revelando al mismo tiempo que los extensos conocimientos del dulce poeta del *Arte de amar*, en astronomia, en medicina y ciencias naturales, la frecuencia con que se tropezara en Roma con los degenerados, los alcoholistas y los epilépticos. Á pesar del reproche que Mr. Daremberg [1] hace á los poetas épicos de no ocuparse de las enfermedades que afligieron en su tiempo á la humanidad, Ovidio, Horacio, Cátulo, etc., etc., pueden tal vez escapar á la crítica por las descripciones cinceladas que nos han transmitido.

Allí vemos, por ejemplo, que el alcoholismo ya era conocido por sus efectos sobre el sistema nervioso.

En la fábula de los *Marineros metamorfoseados en delfines*, Baco, en su cólera contra los hombres, se presenta á sus ojos acompañado de

[1] *Histoire des sciences médicales*, Paris, 1870.

leopardos, panteras, animales feroces y agresivos tal cual sucede en las alucinaciones terroríficas del delirio alcohólico cuya *menagerie* es tan característica como abundante [1]; la *cloro-anemia* que, según él, reconoce por causa las emociones tristes y los disgustos del amor *(cachexia virginum)* que una predisposición constitucional y las perturbaciones mentales favorecen, es una verdadera observación médica [2] en la que el tipo físico de la clorótica está hecho de mano maestra. Horacio, aparte de las descripciones de su diátesis gotosa ya visceral, ya articular, trae sobre nuestro sujeto indicaciones de suma importancia.

Antes que Dante, dice un libro sobre las costumbres de la antigua Roma, que tengo á la vista, hubiera hecho desfilar en su infierno á todos los seres viciosos de su tiempo, Horacio los había mandado comparecer en una de sus sátiras sobre los pobres de espíritu de la época. Fueron, dice ese libro, Damasippe y Stertinius dos filósofos estoicos que desempeñaron el rol que Virgilio llenaba en la Divina Comedia y los que mostraron á Horacio todos esos locos más ó menos lúcidos, que en abundancia vivían en la sociedad romana y que hoy vemos reproducidos con otros nombres y clasificaciones en la nuestra. Hasta los tipos un

[1] *Quem circa tigres, simulacraque mania lyncum; Pictarumque facent fera corpora pantherium.*

[2] *Médecine et mœurs de l'ancienne Rome d'après les poètes latins.*

poco vagos de la locura moderna, todos esos *extravagantes* que Moreau de Tours ha descrito en un pequeño libro lleno de vivos toques de artista, están descritos por Horacio, que debió tenerlos á cada momento bajo su vista. Musa y Traterios debieron marcarle con el dedo uno por uno todos los desequilibrados que se multiplicaban como la mala yerba á medida que aumentaba la descomposición de la sociedad, tan sucia como los dedos de sus eunucos, según la acusaba Cicerón.

Los *coleccionistas*, los *poltrones*, los *reyes sanguinarios,* los *celosos*, los *pródigos*, los *avaros*, los *genesíacos* embrutecidos, los *fanáticos*, los *pederastas* y *prostitutas* que llenaban los parajes públicos ó cruzaban en las calles, ocupados en la consecución de sus sucios propósitos, debieron imprimir á la sociedad los rasgos peculiarísimos de decrepitud cerebral que trasciende en las magistrales descripciones de Juvenal. Toda la masa humana infectante, invasora é insaciable como la infección sifilítica que les roia los huesos de tiempo atrás, iba preparando con larga mano la decadencia. Mientras el cerebro mantuvo sus tonos normales Roma no pidió *Panæ et circences*; pero cuando la *enajenación mental* empezó á difundirse, Roma perdió la médula y comenzó su marcha atáxica, se puso balbuciente, torpe, bárbara, impotente de su cabeza, no ya sólo de sus órganos genitales, cuyo decaimiento sintomático la arrojara en esa orgía desesperada, universal, que mul-

tiplica los lupanares y aguza su ingenio transitoriamente fosforescente con la falaz vivacidad que anuncia la demencia.

¡Qué curiosas revelaciones nos hubiera hecho la Estadística si hubiera podido decirnos con exactitud el número de todos los enfermos, con la meticulosidad y satisfactoria precisión con que nos revela hoy los desastres de la locura!

Cuando leemos las sátiras de Juvenal atentamente, parece que en ciertas épocas, dice Dupuy, una epidemia de perturbaciones mentales, de perversiones genitales, de ninfomanía, de satiriasis, de pederastia y de safismo hubiera invadido á los hombres y á las mujeres de ese tiempo; epidemia mantenida y fomentada por excesos alcohólicos, por la ociosidad y la temperatura enervante del clima. Esta neurosis universal parece afectar á todos, porque vemos al Censor ir alternativamente del trono á la taberna y de las puertas de Roma á las fronteras del imperio para llamar á unos y otros á un sentimiento más elevado de la dignidad humana.

De el reino de Tiberio adelante, dice Lamennais, se ven las almas degradarse á un grado que pasma aún hoy mismo; mejor dicho, se manifiesta una degradación ya existente y que no esperaba para revelarse á la luz del día, sino un primer ejemplo y un indigno salario. Lo que más temía el romano pusilánime era la locura que la veia á cada momento al rededor suyo; según Juvenal preferían

la tisis, la úlcera de los pulmones, un acceso de franca gota, el dolor más intenso con tal de no ser *tributario del eléboro de Arquijenes* [1]. Ya fuera bajo la forma de furor uterino, de locura erótica que las mujeres romanas padecían con la frecuencia que es notorio, ya bajo la forma de aquella locura epiléptica cuyo cuadro clínico magistralmente observado describe Séneca en su *Hércules furioso*; aquel súbito mal que lo acomete *(quod subitum hoc malum est)*, aquellos ojos ardientes y siniestramente escudriñadores del dios arrebatado *(Quod nate, vultus huc et huc aeres refers)*, la terrible alucinación que le hace tomar como sus propios hijos los de Lycus para matarlos inconscientemente; ya bajo la forma más común de alcoholismo agudo y crónico que se difunde en Roma con una rapidez asombrosa causando los estragos consiguientes, lo cierto es, como decíamos hace un instante, que la enajenación mental introducía en los sucesos de que era teatro la gran metrópoli, una influencia sin duda importante y constante.

Un momento existe en la historia en que esos gérmenes, que la descomposición social fecundizara con tanto calor, estallaron con verdadero estrépito dando á la dirección de los acontecimientos contemporáneos un giro inesperado: fué cuando

[1] *Et phthisis, et vomitæ putres, et dimidium crus Sunt tanti? Paupa locupletem optare podagram. Nec dubitet lados si non eget Anticyra nec Archigene.*

apareció en el mundo la figura endeble y transparente del pálido rabí de Galilea.

Hay al rededor de ese acontecimiento, todo un libro de conmociones populares equívocas; es uno de los mejores capítulos de psicología histórica en el que una contínua pululación de alucinaciones y de vagos delirios de extraña índole, dan al inmenso cuadro un carácter completamente especial y único, un estilo en el que está palpitante la presencia de ese elemento perturbador cuyo ilogismo despierta inmediatamente la sospecha reveladora.

Esencialmente complejos en su origen como en sus manifestaciones esos delirios pudieron ser la consecuencia de condiciones diversas y aún opuestas entre si (1). Á menudo sucede en la enajenación mental que no existe una acción única, una misma causa patogénica; casi siempre son múltiples y se combinan entre sí para llegar al desarrollo del delirio. Las ideas reinantes de una época, de un país, la agitación política y religiosa que era entonces causa y efecto, no solamente favorecen su desarrollo sino que le imprimen un colorido particular (2). Las creencias supersticiosas dominantes en ciertos países, la sobrexcitación de las pasiones que resultan de allí, han producido siempre las locuras y delirios epidémicos que han reinado en diversas partes (3).

(1) DAGONET, loc. cit., pág. 111.
(2) DAGONET, loc. cit., pág. 112.
(3) DAGONET, loc. cit.

¿ Por qué misterioso mecanismo la acción de las causas morales, tan evidentes en esa época como en nuestros días, viene á conmover tan profundamente el órgano encargado de presidir el funcionamiento de nuestras facultades intelectuales ? ¿ Cuál es la modificación mórbida llevada á estas porciones del cerebro que tiene por consecuencia la perturbación, el desorden de la inteligencia ?

Son todos, responde el maestro que hace la pregunta, problemas que indudablemente y á pesar de las numerosas investigaciones hechas á este respecto, permanecerán largo tiempo rodeadas de obscuridad. El hecho es, agrega Parchappe, que debemos limitarnos á comprobar el predominio de las causas morales sobre las causas físicas en la generación de la locura, pues es una verdad adquirida por la ciencia que la observación había enseñado á los antiguos y las estadísticas demostrado á los modernos.

El Cristianismo no podía sustraerse á la acción perturbadora que ejercían en Roma, especialmente en Israel, la influencia de esas causas morales que venían acumulándose más que sobre el cerebro del romano agotado que bastante tenía con su libertinaje como elemento etiológico, sobre el alma profundamente melancólica del judío azotado por el terror y la opresión mental. Por eso, alguno de sus más grandes hombres, sin ser locos seguramente, toman al ambiente moral é intelectual ciertos rasgos y som-

bras de la enfermedad: tienen un perfil vesánico, producto de su temperamento excesivo, en el que tal vez alguna semilla hereditaria que no es posible concretar, da más acentuación á esa vaga sensación, diagnóstico equívoco é insuficiente para un juicio definitivo. Los tiempos eran propicios y probablemente Jesu-Cristo, judío también y por consecuencia predispuesto á los trastornos nerviosos, se sintió más asaltado de lo regular y un natural nervosismo de raza dejó traslucir vagamente anormalidades transitorias que no encuadran con todo en la sintomatología de una *parálisis general* progresiva, como ha pretendido establecerlo en un libro lleno de audacia y de talento un escritor francés contemporáneo. Según Renan, Jesús nunca dijo que él fuera Dios; en consecuencia el *delirio de las grandezas* que le sirve á Jules Soury de base substancial para su diagnóstico falla por su quicio. No enuncia ni por un solo instante «la idea sacrílega de que él sea Dios; créese en relación directa con Dios, hijo de Dios. El más elevado sentimiento de Dios que haya existido en el seno de la humanidad, fué sin duda el de Jesús» (1).

Estamos de acuerdo en que la *megalomanía* es uno de los signos evidentes de la *Peri-encefalitis difusa*, que la violencia de las pasiones religiosas, la sobre-actividad funcional de sus sentimien-

(1) Renan, *Vida de Jesús*, pág. 89.

tos y de sus pensamientos tiene por primer efecto precipitar el curso de la sangre, dilatar fuera de lo normal los vasos y congestionar el cerebro; que la marcha de esa enfermedad es más ó menos lenta y que presenta remisiones durante las cuales parece volver la razón terminando al fin de algunos años en los debilitamientos progresivos del enfermo [1], pero no encontramos en esa existencia los síntomas claros que autoricen un diagnóstico de enfermedad tan grave.

La figura mental de Jesús nos ha llegado á través del Evangelio y de los libros especiales que le ha consagrado la ciencia, como una alma dulcísima y por consiguiente exenta de las peligrosas violencias de la pasión religiosa del judío contemporáneo, pasión lúgubre por su insania original, íntima y perturbadora por lo mismo que estaba comprimida bajo el despotismo del pensamiento ortodoxo de la época. La parálisis general, enfermedad desde el principio esencialmente demencial y devastadora, compatible sólo por fugaces momentos con el brillo de una inteligencia normal, destructora como ninguna, no le hubiera permitido á Jesús el pleno uso de esa maravillosa inteligencia que no vaciló un momento en todo el curso de su admirable existencia. Su espíritu tranquilo y sereno, como ese lago Tiberiade, cuyas aguas navegaba, en aquel país maravilloso, cuya vegetación era tan rica que

[1] JULES SOURY, *Jesus et les Evangiles.*

á Josefo le pareció casi milagrosa porque poseía con las plantas de los climas fríos, las producciones de las zonas ardientes y los árboles de las latitudes templadas cargados todo el año de flores y frutos ([1]). Esos sitios poblados de embriagadores jardines, junto al Tiberiade y en la orilla formada por la llanura de Genezareth, contra cuya alfombra de yerbas y de flores va á expirar el apacible oleaje de las aguas ([2]) habían derramado en su alma sus frescas impresiones de salud, las serenas y dulces transparencias de su horizonte infinito.

El Dios de Jesús es hijo de ese ambiente tierno que inoculó en su cerebro las primeras impresiones de la infancia: no es «aquel dueño fatal que mata, condena ó salva, según mejor le acomoda; el Dios suyo es, *Nuestro Padre* y cada uno le siente al escuchar una voz misteriosa que pronuncia en nosotros esta dulcísima palabra: Padre» ([3]).

¿Dónde están, pues, esos accesos de *frenesí* contra los *clérigos* y los teólogos ortodoxos de su nación, la exageración ambiciosa, ruda y hostil de sus acciones y de sus palabras, ese delirio de grandeza mesiánica que termina rápidamente en la demencia irreparable? ([4])

Que entre los suyos pasara por una criatura extravagante, exaltada y difícil de conocer ([5]),

([1]) RENAN, *Vida de Jesús*, pág. 129.
([2]) RENAN, *Vida de Jesús*, pág. 131.
([3]) RENAN, loc. cit., pág. 90.
([4]) JULES SOURY, *Jesus et les Evangiles*, pág. 10.
([5]) Cf. Luc. II, 50; J. SOURY, loc. cit., pág. 76.

nada tiene de extraño. ¿Cómo podria comprender aquella gente sencilla la sublime misión de ese hombre? Á juicio de su familia, Jesús evidentemente no habia «*pas bien tourné*»; de una constitución delicada, debilitóse aún más por los ayunos y penitencias que cuestan tan poco á los Sirios y Judios de Oriente y al final de los cuales se abre el paraíso del éxtasis y de las visiones [1]. Su temperamento exagerado, probablemente, por todo género de causales á cual más estimulantes, despertarían la susceptibilidad, que el equilibrio funcional y las facultades de reducción controlan al estado normal pero que en determinados casos domina y se sobrepone, dando lugar á la alucinación transitoria que Brièrre de Boismont llama *fisiológica* y que según Soury tuvo Jesús durante sus *largos ayunos* en el desierto de Judea, después del bautismo de Juan. Pero de ahí á loco y á loco demente desde sus primeros pasos hay una enorme distancia que por ahora la ciencia y lo que conocemos del sublime rabí no nos permite salvar.

Semejante drama, se desarrolla dentro del cuadro ondulante y accidentado de una época delirante, en medio de la cual sólo el *grande hombre* conserva su equilibrio sereno, momentáneamente modificado por influencias, que no son parte sin embargo para quebrarlo.

[1] JULES SOURY, *Jesus et les Evangiles.*

Todo se conmueve, hasta en sus quicios más profundos y como vamos á verlo en el capítulo II, esa sociedad, atraviesa por una crisis que va á cambiar de pies á cabeza al mundo entero. ¿Qué resistencia quereis exigir, pues, de su sistema nervioso de estructura delicada por su condición primitiva y elemental? La razón individual y colectiva oscila con oscilaciones extravagantes; alternativamente entre el genio de Jesús y la imbecilidad de Nerón, ese Ante-Cristo con tan acentuados ribetes de insano moral.

Es esa sensación de vaga infección mental que nos ha transmitido la historia la que nos da la idea de una locura universal discurriendo en toda la época de propagación del Cristianismo hasta ese gran silencio que separa la Roma de las grandes persecuciones y la Edad Media que otra vez reproduce el cuadro de la desolación moral y de los extravíos mentales epidemiables. Toda la poesía que encierra el alma de aquella bellísima María de Magdala, que tan célebre había de hacer en el mundo el nombre de su pobre villorío [1], toda la bondad y ternura que derramara Jesús en su imaginación fosforescente, no impidieron que ni aun la bella pecadora fuera como cualquier otro *poseído de los siete demonios*, es decir que padeciera de una enfermedad extraña de la mente y de

[1] RENAN, loc. cit., pág. 153.

los nervios, cuya causa y malignidad, dice Renan, era entonces inexplicable.

El más grande de sus apóstoles ¿no fué Pablo? Y bien; ese sublime Saul tiene también el alma herida por la idiofrenia que lo hace tan brutal y tan cruel en los impulsos de sus primeros tiempos paganos.

Cuando leemos todas estas cosas tan dolorosas para el corazón, una pregunta consoladora surge inmediatamente. ¿Será que en efecto aquellos hombres perdieron por un momento la razón ó existían otras circunstancias que á tanta distancia nos escapan y que nos producen *ilusión* tan persistente? Quisiéramos acariciar esta duda que satisface los juveniles romanticismos del corazón, pero... es tan inexorable y tan fría la ciencia, que tenemos que inclinarnos ante la verdad que ella nos da disecada mal grado nuestro respeto profundo por esos mitos venerables de perfección y equilibrio.

Cualquiera que lea con espíritu científico los accidentes de la vida de Pablo, el más original de los apóstoles, convendrá conmigo que sólo pueden caber dentro de los accidentes varios de una grave enfermedad cerebral. Todos ellos tienen el sello singular de un delirio exaltado, sus contrastes violentos, la multitud de pequeños signos acusadores que surgen á cada instante en la larga ó breve evolución de una de esas frenopatías en que predomina la hiperfrenia del corazón ó de la inteligencia, ó ambas á la vez. Es tan chocante

el contraste entre ambos periodos de la vida, entre la persecusión pagana y sus arrepentimientos cristianos, tan violenta la transición entre la sombra profunda del primero y la placidez luminosa del segundo, que no podemos defendernos de esa impresión de alienismo que nos asalta al espíritu, que se rinde ante la evidencia. Su mentalidad conservó constantemente la mácula, ó mejor dicho la infección íntima de su primera alteración psíquica, porque á pesar de su transformación moral, todos los actos en los diez y seis años que duró su ruda acción por el mundo, conservan algo del *emportement* excesivo del antiguo maníaco. Sin embargo la misma intolerancia agresiva, atenuada un tanto por el alejamiento de la época en que experimentó su grave crisis y tan propia por otra parte de las organizaciones que han sentido la influencia de una enfermedad cerebral, cuyos rastros perseveran con más ó menos gravedad, durante toda la vida, influyó en los destinos de la Iglesia que hasta entonces vegetaba en la pobreza de espiritu y la timidez indecisa de los Santos de Jerusalem [1].

La pequeña sociedad de pobres de espíritu que había constituido el Cristianismo, sintió como una violenta irrupción de nuevo fluído, un copioso flujo de sangre rutilante en sus vasos decadentes, con la entrada de aquel sectario original, cerebro en ebullición, espíritu intrépido, temperamento

[1] Renan, *San Pablo*, 1888, Calmann-Lévy.

agresivo, porque una secreta irritación circulaba por sus nervios vibrantes. En verdad, dice el autor de *Saint-Paul*, si el Cristianismo hubiese permanecido en las manos de esta buena gente, encerrado en un convento de iluminados, que llevaban la vida común, se habría extinguido como el esenismo sin dejar casi un recuerdo. Pero vino el indócil y arrebatado judío á darle su verdadero carácter, á hacer su fortuna y corriendo todos los peligros le condujo audazmente en alta mar [1].

Esa es la verdadera significación de Pablo en la Iglesia. Por eso es sin duda curiosa esta influencia vital del Santo Apóstol que se resiente en todas sus cosas de la herida de Damasco y que, cuando soplan vientos propicios, la antigua cicatriz se irrita y sus impulsos ponen en conmoción el frágil organismo de la Cristiandad. Hay épocas en que se hace intolerable á pesar de todo, en que para toda una fracción de la Iglesia, es un herético de lo más peligroso, «un falso judío» [2], «un falso apóstol» [3], «un falso profeta», «un nuevo Balaan», «un Jezabel» [4]. Las visiones que él llamaba «las profundidades» de Dios, eran clasificadas como «las profundidades de Satán», su iglesia se designaba como las «sinagogas de Satán» y por odio á su desa-

[1] RENAN, *Los Apóstoles*.
[2] Apoc., II, 9; III, 9.
[3] Apoc., II, 2.
[4] Véase: RENAN, *Origines du christianisme. Saint-Paul*, pág. 315.

gradable persona proclamaban bien alto que los Doce únicamente constituían el fundamento del edificio de Cristo [1].

Era un hombre con las originalidades y las incoherencias de un desequilibrado; despótico, agresivo y á veces obscuro y embrollado en sus pensamientos, cuando su capital de originalidad de buena ley se agotaba en esa charla verbosísima de sus predicaciones vehementes y siempre descosidas, aunque á veces sublimes. Su modo de argumentar, dice el autor de *Los Apóstoles*, es de lo más extraño. Su silogismo no es el de Aristóteles, por el contrario, su dialéctica se asemeja muchísimo á la del Talmud [2]. « Déjase llevar generalmente más de las palabras que de las ideas », peculiaridad propia de la disociación psicológica que Renard ha hecho notar en los desequilibrados. Una palabra que vagaba por su mente le dominaba, dice su más moderno historiógrafo, y le conducía á un orden de pensamientos lejanos del objeto principal; sus transiciones son bruscas, sus narraciones incompletas, y sus períodos se ven cortados ó interrumpidos con una frecuencia excesiva [3]. En vano se buscará en la literatura de todos los paises, un fenómeno tan extraño como el de una página sublime,

(1) Apoc., XXI, 14; cf. XVIII, 20, citado por Renan, loc. cit., pág. 305.

(2) Renan, loc. cit., pág. 97.

(3) Renan, *Los Apóstoles*, traducción de Manuel Bilbao, 1866.

cual es el capítulo XIII de la primera epístola de los Corintios, al lado de argumentos débiles, repeticiones molestas y sutilezas inoportunas [1].

Todo este conjunto moral metido dentro de un cuerpo casi ridículo por lo raquítico y contrahecho. De estatura baja, un tanto grueso y encorvado, ostentando sobre sus anchos hombros una cabeza erguida, pequeña y calva; su rostro pálido parecía invadido por una barba espesa; tenía una nariz aguileña, ojos penetrantes y cejas negras que casi se juntaban en la frente: tal es el retrato que hace Renan del famoso fundador de la Iglesia de Antioquía. Tal era San Pablo, «mensajero de la buena noticia» sobre la tierra y sobre el mar, en medio de la calma y de la tempestad, al través de los buenos días como de los malos [2].

Vengamos ahora á una época menos remota.

Las Cruzadas es el acontecimiento que por su trascendencia y la magnitud del esfuerzo cerebral viene inmediatamente después de los hechos que acabamos de mencionar. Las Cruzadas, expresan con la viveza romanesca que constituye su rasgo más conocido, un estado general del ánimo que Shule, el autor del *Tratado clínico sobre las enfermedades mentales*, clasifica de anómalo.

El Cristianismo, como lo hace notar Michaud en su popular obra, se mezclaba en la Edad Media á todas las leyes civiles, recordando al hombre todos

(1) RENAN, loc. cit., pág. 99.
(2) RENAN, loc. cit., pág. 21, traduc. de Manuel Bilbao, 1866.

los deberes hacia la patria y uniéndose á todos los principios del orden social ([1]). En medio de la civilización naciente de la Europa, el cerebro indefenso de las poblaciones, por su misma sencillez evolutiva, no presentaba la resistencia necesaria á las falsas ideas y sentimientos que el entusismo y la inflamación de la propaganda religiosa sugería. La religión cristiana se hallaba confundida con todos los intereses de los pueblos, era hasta cierto punto el fundamento de toda sociedad, la sociedad misma y los lazos de la Iglesia universal contribuían á mantener y favorecer el ardor y el progreso de las guerras santas ([2]). Cualquiera que sea el origen de las Cruzadas es indudable que no hubieran sido emprendidas en tan grande escala sin el concurso de esta violenta exaltación moral é intelectiva que se señala por rasgos marcados de anormalidad en la excesiva frecuencia de las alucinaciones.

Los pueblos por el acuerdo de sus sentimientos y de sus pasiones, mostraron al mundo, todo lo que puede el celo y el entusiasmo que se acrecienta al transmitirse; todo lo que puede una creencia que entraña hacia un mismo propósito, cien naciones diversas cuyas inspiraciones, según la expresión del Evangelio, transporta las montañas ([3]). Todo concurría, pues, dice Brierre de

([1]) Michaud, *Histoire des Croisades*, 6ª edición, tomo V.
([2]) Michaud, *Histoire des Croisades*, tomo IV.
([3]) Brièrre de Boismont, loc. cit.

Boismont, para favorecer la producción de las alucinaciones: el sentimiento religioso, el amor de lo maravilloso, la ignorancia, la anarquia, el terror todavía reciente del fin del mundo [1]. El estado general del espíritu era de gran espectativa, de violenta y sostenida emoción, que han reflejado con colores obscuros las literaturas contemporáneas y posteriores á ese gran acceso de extravagante entusiasmo religioso.

En la obra de Esquirol, encontramos las monomanías instintivas, eróticas, ambiciosas, monomanías en las cuales, dice él, la inteligencia se conserva, al mismo tiempo que observamos la perversión de los sentimientos y del carácter, una conducta extravagante, acciones involuntarias, instintivas, irresistibles: por ejemplo en los monómanos entusiastas, los profetas, los teómanos, etc. «Don Quijote», agrega el ilustre maestro, contiene una descripción admirable de la monomanía que reinó en casi toda la Europa después de las Cruzadas, mezcla de extravagancia amorosa y de bravura caballeresca que en ciertos individuos era una verdadera locura [2].

No se vivía entonces sino esperando la producción de grandes acontecimientos sobrenaturales, obrados por la mano de Dios mismo. La

(1) BRIÈRRE DE BOISMONT, *Les hallucinations ou histoire raisonnée*, etc., 1862.

(2) Prefacio de la 1ª edición del *Traité clinique de Schülle*, por H. DAGONET.

voz de Pedro el Ermitaño debió producir una conmoción eléctrica; la libertad de los santos lugares se convirtió en la aspiración de todos los corazones. La visión del Oriente fué algo de mágico que inflamó las imaginaciones y apenas hubóse dado la señal para la primera cruzada cuando comenzaron las apariciones misteriosas, las visiones fabulosas, las alucinaciones individuales y colectivas como manifestación expresiva del anormal estado de todos los espíritus [1]. Los pueblos, las comunidades agitadas y nerviosas, la gente armada, el humilde labrador contagiado, percibian en el aire signos y augurios de toda clase. Una sensación de terror y de lúgubre y profunda tristeza circula en los cerebros: la época milenaria estaba aún presente en la conciencia humana que todavía busca refugios á la visión de sus terrores en las lamentaciones de los claustros y de las catedrales llenas, como dice Ozanan, del rumor de las oraciones y de las salmodias de los clérigos; pobladas de peregrinos medio enloquecidos, de trovadores silenciosos, de monjes, de penitentes, de caballeros, de muchedumbres perseguidas por la visión de la muerte, del Purgatorio y del « abismo de la eternidad sin crepúsculo y sin ocaso ».

No hay nada comparable á la situación moral de aquellos hombres molestados por la aflicción

[1] Brièrre de Boismont, loc. cit., pág. 496.

del pánico: para comprenderlo basta penetrar mentalmente en las naves de las catedrales góticas, llenas de luces y de sombras; escuchar las tan sugestivas estrofas del *Dies iræ*, que aún hoy mismo, que, como dice una famosa escritora, no aterra á las multitudes el miedo á los castigos de ultratumba, infunde religioso pavor al resonar en las misas de difuntos; contemplar los frescos de Orcagna «el pintor de las justicias eternas» en el cementerio de Piza ó las pinturas del Giotto; impresiones todas que dan el sentimiento neto del estado de la sensibilidad moral contemporánea.

Se pensaba más en la muerte que en la vida [1]. La Edad Media gravita toda alrededor de un sepulcro; la vida no era más que la preparación para la muerte [2]. La locura de la Cruz que es el alma de todas las magnificencias de esa edad [3], toma las proporciones de una *obsesión* que andando el siglo XIII se encarna en «un obscuro mancebo de Umbría, que consagrado á los festines y á los amores va después á crucificarse como Cristo, su Maestro, y á convertir el férreo mundo de la sociedad feudal» dando lugar á esa bella leyenda franciscana que ha consagrado cosas tan grandes. Á tantas prue-

(1) OZANAN, *Des poètes Franciscains en Italie du treizième siècle*, Paris, 1855.
(2) OZANAN, loc. cit.
(3) ADOLFO DE SANDOVAL, *Estudios críticos de la Edad Media*, 1887.

bas y calamidades como ejercitaron la paciencia del mundo cristiano en la primera mitad de la Edad Media, dice la autora de la bellísima *Vida de San Francisco de Asís*, hay que añadir la más profunda quizá: la alarma trágica del milenario. Pensaron las gentes « ver expresamente consignado en el Evangelio que el año 1000 de la Encarnación de Cristo había de concluirse el mundo y perecer toda la raza humana. Á medida que se aproximaba la época fatídica, parecían anunciarla males y desdichas sin cuento. El edificio político y social se bamboleaba; los que contemplaban las ruinas del potente imperio romano, también podían ver las del Carlovingio, tan presto levantado como caído, dividióse primero en naciones, se fraccionó en estados luego, y Europa, después de aspirar á la unidad, se halló nuevamente destroncada y disuelta. Por efecto natural de tantas invasiones, de tanta fuga y susto, quedaron los campos sin cultivo, desatendida la agricultura, de modo que á fines del siglo X desvasta á Europa el hambre y un celemín de trigo se paga á peso de oro ». Esa emotividad de una exageración malsana, producía las naturales consecuencias traducidas en un malestar psíquico bien acentuado; porque á medida que las facultades intelectuales bajan, que el sistema cerebro-espinal pierde su energía, su actividad sensitiva, dice un maestro reputado, se convierte en lo que llamamos *sensiblerie*, especie de susceptibilidad morbosa á las más pueriles

impresiones morales que se ve en la *apoplegía*, la *parálisis general*, la *demencia* y la *senilidad*.

La *Excomunión* y el *Auto de Fe*, que describiremos más adelante en la *Psicología del Inquisidor Español*, constituían la fuente de las más brutales y más violentas emociones; la imaginación moderna no conoce nada comparable á esas dos instituciones destinadas á quebrar la fibra más vigorosa. Arma puramente moral, la excomunión era, sin embargo, poderosísima, sobre todo cuando al caer sobre la cabeza de un monarca se unía al anatema, el entredicho de todos sus reinos. Ponían pavor en el ánimo más esforzado las lúgubres ceremonias de la maldición eclesiástica, dice el escritor español cuya descripción deseamos copiar. Obispos y sacerdotes se dirigían procesionalmente á la catedral, á media noche, al hondo tañido de las campanas doblando á agonía. Por última vez, ascendían á Dios, desde el templo, las voces suplicantes entonando el Miserere; obscuro velo cubría la imagen de Cristo; las reliquias de los Santos eran transportadas á la subterránea cripta y consumía la llama las postreras especies del pan de los justos, de la hostia, como el anatema de la esperanza los corazones... [1] Los concurrentes volvían sus antorchas y las apagaban con el pie, significando la vida espiritual que se extinguía en el alma del

[1] Emilia Pardo Bazán, *Vida de San Francisco de Asís.*

reo. Revestido el legado con la estola morada de los días de Pasión, se adelantaba, y entre el silencio general pronunciaba el anatema: desde el punto mismo suspendíase el culto, veíanse enlutados los altares, interrumpidos los misterios y el pueblo rompía en sollozos, en lágrimas, en dolientes ayes y las madres estrechaban contra su seno á sus hijos y la multitud huérfana del Dios consolador y amigo, se volvía desesperada á sus hogares [1].

Tales eran las complicadas impresiones que recibía el espíritu en tan frecuente conflicto de emociones. Se vivía una vida lúgubre y era menester nervios de bronce para resistir la usura que ese choque constante producía en el alma.

Todo el arte de la época está contaminado por esta honda impresión de pavor que da pábulo á las alucinaciones y produce tanta locura; un arte que mortificó el cuerpo, «cerró los ojos por no mirar los esplendores de la creación, y cubrió el mundo físico con el sudario de la penitencia y de la muerte».

Así se explican aquellos Cristos ensangrentados, «lívidos, presos de angosta enagüilla», las vírgenes «ojerosas, flacas, cautivas en los rígidos pliegues de su ropaje», que producen la impresión aterradora de las apariciones morbosas, los mártires «que tienden en el duro potro sus descarnados y exiguos miembros», los confesores y las legio-

[1] Pardo Bazán, *Vida de San Fracisco de Asís*, pág. CXV.

nes de frailes á que aludimos en otra parte, pálidos por las vigilias, « los ángeles de cuerpo etéreo emblema de la abstracción », la grosería y la barbarie en el diseño, la falta de vida y realidad en el arte. Llevaban una pura vida mental, absorbida la sensibilidad por el sentimiento exclusivo de una excesiva subjetividad, con la imaginación sólo ocupada de forjar extravagancias, castigos y existencias deformes, otros mundos irrealizables, leones con alas en el lomo, águilas de cabeza duplicada, sueños calenturientos de donde nacen los grifos, los buhos con rostro humano, los monstruos espantables que sostienen los pilares y repisas de la arquitectura ojival [1]; agregado á todo eso tener todavía la nutrición deprimida por una precaria alimentación, una digestión decaída y la circulación perturbada por la subversión de todas las reglas de una buena higiene elemental, es estar ya muy adentro de esa « ciudad dolorosa » de donde, si se regresa, no es sin la marca indeleble que deja en el cerebro su estigma grosero.

Cuando apenas los Cruzados habían penetrado en Asia, esos titulados prodigios se multiplican. En la batalla de Dorilé ven á San Jorge y á San Demetrio combatiendo en sus filas y animando á los soldados cuando el ánimo decae [2]. Y en medio del entrevero de Antioquía una tropa celeste, cubierta de armaduras, desciende del cielo

[1] Pardo Bazán, *Vida de San Francisco de Asís*, pág. 206.
[2] Michaud, *Histoire des Croisades*, vol. I, pág. 178.

conducida por los mártires San Jorge, San Demetrio y San Teodoro (1). En el momento de mayor furor, en una sangrienta salida del sitio de Jerusalem, Godofredo y Raymundo aperciben sobre el monte de los Olivos un caballero agitando una glava y dando al ejército la señal de entrar en la ciudad. Todos gritan que San Jorge llega oportunamente en apoyo de los Cristianos al mismo tiempo que se difunde en el ejército que el Santo Pontífice Adhemar y muchos otros cruzados, muertos durante el sitio, acaban de aparecer á la cabeza de los asaltantes enarbolando la bandera de la Cruz en las torres de Jerusalem. Tancredo y los dos Robert, animados por el *milagro*, hacen nuevos y heroicos esfuerzos arrojándose sobre la plaza (2).

El día en que Saladino entró á la ciudad santa, dice Rigoord, los monjes de Argenteuil vieron á la luna descender del cielo sobre la tierra y remontar luego nuevamente hacia arriba. En muchas iglesias, los crucifijos y las imágenes de los santos habían derramado lágrimas de sangre en presencia de todos los fieles *que habían visto* el sorprendente milagro. Uno de los caballeros cristianos vió una águila que teniendo en sus garras siete dardos y volando sobre la cabeza de un gran ejército lanzaba estas palabras con un acento terrible: *Desgraciada Jerusalem* (3).

(1) MICHAUD, loc. cit., etc.
(2) MICHAUD, *Histoire des Croisades*, pág. 338.
(3) MICHAUD, loc. cit., tomo II, pág. 296.

Todas las multiplicadas formas de la halucinación, muchas de las que hoy apenas si vemos una que otra vez, tenían ancho campo en la imaginación tan bien preparada de esos ejércitos de gente sugestionable y sencilla por excelencia. Aquella manifestación rara del sentido delirante que conocemos bajo el nombre de *alucinaciones panorámicas*, daban á la exaltación singular del caballero cruzado proporciones inusitadas, atando con vitas inconmovibles en su corazón la creencia inquebrantable de la realidad exterior de los objetos que él creía tener delante de sus ojos, las voces proféticas ó cariñosas que creía oir con sus oídos.

Entre la visión objetiva, que es la visión propiamente dicha y que supone necesariamente un órgano de la vista, y la visión subjetiva es decir, la alucinación ó la revivicencia por el espíritu de una imagen anteriormente percibida, no hay, dice Virchow, más que esta diferencia, que la una sea real y la otra no. Las dos son igualmente reales; son producidas la una y la otra por el eretismo de los órganos sensoriales, pero su relación con la actualidad objetiva, difiere esencialmente en los dos casos, puesto que en uno hay percepción verdadera de la realidad exterior, mientras que en el otro caso de la alucinación, es el individuo, que crea su propia sensación [1]. La sensación objetiva y la subjetiva tienen una misma realidad

[1] DAGONET, *Traité des maladies mentales*.

interior, es decir la excitación de las partes nerviosas que presiden á las funciones de la sensibilidad, por lo que el alucinado atribuye á sus visiones subjetivas la misma fe, la misma creencia que á la vista objetiva [1]. Christian cree que bajo el punto de vista subjetivo la alucinación y la sensación son absolutamente idénticas y algunos autores han ido hasta identificar la representación mental con la primera [2]; pero como lo observa juiciosamente otro profesor, parece difícil admitir que esta última no sea otra cosa que el más alto grado de la representación mental, porque la representación de una imagen, de un sonido aún muy intenso no tiene el carácter de exterioridad que notamos en la alucinación [3].

La misma peculiaridad de la *alucinación panorámica* le da un carácter mayor de verosimilitud, así como la excepcional tensión del espíritu natural efecto de lo que la situación tenía de trágico.

Estas alucinaciones panorámicas se producían en los caballeros cruzados y en la turba de peregrinos que verificaban largos y penosos viajes para visitar los lugares santos en las mismas condiciones en que se observan en las personas que obligadas á verificar largas marchas en los países cálidos experimentan la influencia de impresiones

(1) VIRCHOW, citado por Dagonet en su *Traité des maladies mentales*.

(2) CHRISTIAN, art. *Hallucinations* del *Dictionn. encyclop. des sciences médicales*.

(3) DAGONET, *Traité des maladies mentales*, pág. 66.

sensoriales de naturaleza y de origen diferente. Conocida es la influencia considerable de los climas en la imaginación, lo que explica la razón por la cual estas aberraciones intelectuales son más comunes en los paises cálidos, en los pueblos meridionales cuya tendencia á la *reverie* es proverbial (1).

Las principales alucinaciones eran de la vista y los espléndidos panoramas imaginarios que por efecto de la extremada exaltación moral é intelectual se presentaban á su vista en los largos y penosos viajes al través de los mares y del desierto, producían un sin número de fenómenos cerebrales que daban á sus hechos y á sus procedimientos, á su temperamento moral, un tinte tan singular. Á los errores visuales se agregaban las alucinaciones é ilusiones del oído: oirían murmullos extraños del viento cuyos diversos tonos de voz tienen un poder sugestivo extraordinario cuando se vacian en un oído irritado, el choque de las piedras bajo el casco del caballo, la bruma ó la penumbra del ocaso serían otros tantos elementos de estímulo para el cerebro cansado; «los ojos permanecen abiertos, el oído recoge los sonidos, la mano siente y obra, el espíritu razona... y sin embargo el viajero no es sino el juguete de las alucinaciones más extravagantes», dice Escayrac de Lauture en una memoria presentada á

(1) Leon Colin, Art. *Ragle* del *Dictionnaire encyclopédique des sciences médicales*, tomo X.

la Academia de Ciencias sobre esas extrañas *alucinaciones del desierto* de que los cruzados fueron víctimas frecuentes.

Una misma exaltación dulce y fraternal se apoderaba de todos en la hora propicia de la tarde: «una especie de invencible miraje ofrecía á toda la caravana la imagen de la ciudad santa arrojando en un enternecimiento indecible el alma de todos esos peregrinos. ¿Qué soplo del cielo disponía al mismo tiempo todos esos corazones para la misma emoción y animaba á todos los espíritus para un mismo pensamiento?» La alucinación panorámica proporciona al alucinado la visión de espectáculos grandiosos: la contemplación de la ciudad natal en medio del desierto desolado y de la noche obscura, la percepción inmediata, al alcance de la mano, de un pedazo del hogar ausente y remotísimo, la visión clara y luminosa de una vasta zona de tierra que desaparece como por obra de encanto al aproximarse las primeras claridades del día [1]. Las

[1] Diversas pasiones depresivas (dice Colin en su artículo sobre las *alucinaciones del desierto*) la nostalgia, pueden predisponer especialmente á ciertos individuos y entonces, casos aislados de alucinación, verdaderos ejemplos esporádicos reemplazarán estas manifestaciones múltiples de apariencia epidémica. «He citado la historia de un oficial de nuestro ejército desembarcado hacía algunos meses en Argelia y que á pesar de su vivo deseo de perseverar en la carrera militar, había sido afectado de nostalgía; uno de los últimos paseos que hizo en Francia, fué á la fuente de Vaucluse. Durante un día de marcha muy caluroso y pesado, en el mes de Julio, entre Orán y Máscara en una llanura quemada por el sol en

mismas condiciones de nutrición precaria en que los peregrinos y los Cruzados hacían las travesías los colocaba en circunstancias propicias para experimentarlas.

Es raro el fraile anacoreta que no haya tenido alucinaciones de esta naturaleza al atravesar el desierto en las condiciones desfavorables en que lo verificaban.

Por los trabajos de los modernos exploradores del Africa y del Polo Boreal, dice un escritor español, podemos concebir los grados de penuria que experimentaba un misionero del siglo VIII para internarse en los páramos que se extienden más allá de los montes Urales, cuando además de la sañuda hostilidad de la Naturaleza se les oponía el furor de los Nómades, cebados en el saqueo y la matanza. Con la cabeza turbada por la locura mística de la época, esos hombres extraordinarios emprendían á pie sus caminatas sin llevar más que el hábito puesto, á veces un libro de oraciones y las vestiduras necesarias para el oficio divino; atravezaban las frías estepas, comían maíz

donde ni el màs pequeño hilo de agua se encontraba, se lanza de pronto adelantándose á la columna expedicionaria, gritando, *la fuente — mirad la fuente — he ahí la fuente de Vaucluse!!* Se le rodea, se le interroga, pero él está estupefacto y sólo responde: *Pero mirad la fuente de Vaucluse!* No se le puede convencer de su error y durante la noche la misma alucinación lo persigue sin descanso; la nostalgía hacía progresos notables y como se agravara fué necesario darlo de baja para que regresara á Francia á curarse» *Dictionnaire encyclopédique de sciences médicales*, tomo X. Véase también: LEON COLIN, *De la melancolie*, Paris, 1863.

hervido sin sal, bebían leche de yegua ó nieve derretida al calor de sus manos y agregados á las carabanas dormían en el helado desierto, á la tártara, sobre el vientre de los animales ó bajo el techo de la piel de la tienda ([1]). Así vivió en medio de la penuria del desierto y de la exaltada pasión de su debilidad irritable Fray Juan Plano de Carpi, el apóstol de Bohemia y Noruega, el primero en informar á la Europa de las costumbres y particularidades de la raza mongola; así Fray Guillermo de Rubriquis, que le imita y escribe la curiosa relación de sus aventuras; así, Fray Juan de Montecorvino que no se detiene hasta el imperio chino; así, por fin, el beato Odorico de Pordenone, que vence en osadía é infatigable decisión á los más arriesgados exploradores contemporáneos ([2]).

De los paises más lejanos, *el espíritu de peregrinaje*, dice Michaud, se extendía hasta las regiones situadas casi á las puertas de la ciudad Santa. Las más extravagantes empresas se organizaban siguiendo ese impulso *deambulatorio* que provenía de la exageración *histérica*, como dice Despine, del misticismo peculiar engendrado por el Santo Sepulcro.

En el año 1064 ([3]), veinte años antes de las Cruzadas, tuvo lugar la célebre peregrinación de

([1]) Emilia Pardo Bazán, *San Francisco de Asís (Siglo XIII)*.
([2]) Pardo Bazán, *Vida de San Francisco de Asís*.
([3]) Esta peregrinación se halla inserta en *Baronius Anales Eccles. anno 1064*.

más de siete mil hombres cuyos jefes fueron Sigifredo, obispo de Mayense, Guillermo, obispo de Utrecht, Gunther, obispo de Ramberg, y Othon, obispo de Ratisbona. Caballeros normandos, guerreros piadosos, verdaderas turbas fanatizadas por la *idea fija* de la liberación del Sepulcro Santo venían á agregarse á la extraña expedición, de todos los puntos de la Francia y de la Europa [1]; el más extraño y hasta diabólico aspecto presentaba la multitud abigarrada, porque á la impresión que dejaban en el ánimo las fisonomías anémicas y enflaquecidas de esos cuerpos consumidos por la penitencia y el imsomnio, se agregaba el chocante contraste de las riquezas magníficas con que se cubrían los caballeros y obispos en cuyos ornamentos sagrados brillaban el oro y las piedras de singular valía [2]. El lujo sorprendía á los burgos y á las ciudades y villorríos por donde pasaban y cuyos habitantes corrían á verlos desfilar llenos de admiración ante la multitud inconsciente, que aunque fatigada y sin disciplina no cesaba en su marcha nerviosa, hincada por el aguijón de su *pensamiento fijo*.

De las laderas de las montañas se desprendían como si nacieran de la piedra misma, surgian de la llanura como si fueran producto de la tierra fecundada por la semilla de alguna hechicería. Víctimas de sus ilusiones constantes,

[1] MICHAUD, *Histoire des Croisades,* tomo I, pág. 435.
[2] MICHAUD, loc. cit., tomo I, pág. 435.

parecían ellos mismos, la materialización tangible de esa alucinación que establecía un círculo vicioso y fomentaba los delirios del sentimiento irritado por tanta angustia y traumatismos morales. El número de los peregrinos que ya en grupos, ya sólos, emprendían el camino de Jerusalem llegó á constituir una verdadera y gruesa corriente de emigración que fué preciso reglamentar ajustándola á prescripciones severas.

El peregrinaje y la muerte tan curiosas de Lethbald indicado por Michaud; el de San Bononius, también lleno de interés y que en pleno mar tuvo una de esas alucinaciones panorámicas en que se le representaba la Palestina sonriente y sugestiva; el de Raymond y de Richard, cura de Saint-Victor y la de casi todos estos perseguidos por la obsesión de ese pensamiento, demuestra que el secreto de su fe sincera, la resistencia á todas las más grandes penurias de la travesía estaba en una verdadera y anormal excitación: «el leño maravilloso» que se adelanta á recibir al peregrino, como en la visión de San Antonio; «la estrella del firmamento que venía á posarse sobre la cumbre de la cruz» y que se mantenia rutilante durante el tiempo breve de la adoración del peregrino; «las súbitas iluminaciones del templo, las voces armoniosas, las palabras proféticas», los gritos y demás impresiones auditivas y visuales que aseguran todos ellos haber sentido, no son, pues, producto de la saludable presencia divina sino de la

profunda agitación del sentido delirante, como llama Max Simon á esas alucinaciones llenas de esperanzas [1].

Ese siglo XIII conmovido por el difundido temblor de las Cruzadas, más que ningún otro, tiene singulares aspectos de locura, porque al espléndido florecimiento de las ciencias y de las letras que determinan una gran excitación intelectual sobre cerebros todavía inaptos para tan rápido progreso, se agrega una exaltación moral que pone fuera de quicio á la razón universal. Detrás de la sombra augusta del fraile filósofo que sostuvo el progreso continuo de la inteligencia humana se perciben rápidas vislumbres de profundas perturbaciones del espíritu, individuales y colectivas. Es que á la ignorancia, á la mendicidad mental supersticiosa de las clases elevadas se agrega la sugestión universal, medio satánica de los Alberto el Grande y los Arnaldo de Villanueva, que traen convulsionado el espíritu con sus sospechosas predicaciones.

Bajo la influencia de semejantes agentes morales que difunden fácilmente los efectos contagiosos, ayudados por las causas físicas debilitantes, ya mencionadas, vénse en esos tiempos, desarrollarse las epidemias puramente morales unas veces, histero-morales y convulsivas otras, y de que nos vamos á ocupar repetidas veces en el curso de este libro.

[1] Véase MICHAUD. *Histoire des Croisades,* tomo I, piezas justificativas.

Prosper Despine, que sin duda alguna era un médico psicólogo de talento, ha hecho en su libro memorable ([1]) una teoría *sui generis* que no carece de verosimilitud seguramente y en que divide las locuras generalizadas en *locuras patológicas* y *locuras morales*; incurables las primeras y curables completamente las segundas, aunque de efectos no menos intensos y durables. La mayor parte de esos individuos impresionados por los agentes morales, no caen habitualmente, en las enfermedades cerebrales graves que produce la locura *esencialmente patológica*: su estado histérico, asegura Despine, cura, no por un tratamiento médico propiamente dicho sino por la supresión de las causas excitantes y haciendo cesar el efecto pernicioso del contagio por medio del aislamiento de los contaminados, por el alejamiento de las personas más impresionadas, más excitadas por las causas mencionadas ([2]).

Sin embargo un cierto número, aquellos cuyo cerebro está predispuesto á las alteraciones graves, caen en la lipemanía ó en la manía y terminan sus días en la demencia: « Un cerebro más frágil no puede resistir los asaltos continuos de las causas perturbadoras y concluye por constituir el foco de una actividad patológica, sufriendo la consiguiente desorganización de su te-

([1]) *De la folie au point de vue philosophique ou plus specialment psychologique*, etc., etc., etc. 1875.
([2]) DESPINE, *La folie*, etc., pág. 724.

jido ». Son todas estas circunstancias etiológicas y patogénicas las que han determinado, en los siglos de mayor fanatismo religioso, todas las epidemias intelectuales que devastaron el cerebro de las poblaciones: la sensibilidad moral profundamente excitada, pervertida, concluye por presentar todos los caracteres psicológicos de la locura, reaccionando sobre el encéfalo y por este órgano sobre todo el sistema nervioso que produce los fenómenos históricos tan notables en las epidemias. Esa excitación una vez encendida en un foco, dice el mismo Despine, se generaliza por el contagio de la pasión, siendo por él que suscita sentimientos é ideas análogas, que la enajenación mental manifestada por todos los contaminados toma un carácter idéntico y por consecuencia epidémico (1).

Las epidemias más notables de este género, tienen su origen en el sentimiento religioso: « pasión compleja compuesta de sentimientos vivaces como ninguno y de los más excitables del corazón humano, tales como la esperanza, el temor, la veneración, el sentimiento de lo maravilloso, etc., etc. » Las principales locuras de la Edad Media sobre todo, según el tema de sus delirios ha recibido diferentes nombres: la *Teomanía*, que tenia por objeto las ideas que se referian al Sér Supremo, á los ángeles, al misticis-

(1) DESPINE, loc. cit., pág. 725.

mo en general, la *Demonolatría*, que era un género de locura que ha tenido también un carácter más ó menos epidémico y que tenía por objeto principal el culto al diablo; la *Demonopatía*, ó posesión del diablo, y, por fin, la *Zoantropía* (1). Para terminar con la cita de Despine diremos que el estado neuropático histérico que se muestra á menudo en tales epidemias no es para él causa, sino un epifenómeno que no es necesario ni constante, pues no se manifiesta sino en ciertas condiciones. Ese estado neuropático es el producto, sea de causas físicas debilitantes, deletéreas para el sistema nervioso, sea de excitación determinada por el enardecimiento de los sentimientos y de las pasiones que el contagio moral ha generalizado; ó en otra forma: este estado morboso es el producto de la influencia que la sensibilidad moral ejerce sobre el cerebro y está siempre en relación con la intensidad de estas dos causas, la una moral y la otra física (2).

Inspira repugnancia ese olor acre al humo y á la sangre que transciende la historia de esa violenta pasión humana.

Todas las circunstancias que conmueven vivamente las facultades de un cierto número de individuos, que sobrexcitan sus sentimientos, que sublevan en ellos las pasiones, suscitan sea directamente por sí mismos, sea indirectamente por

(1) DESPINE, *La folie au point de vue philosophique*, etc.
(2) DESPINE, loc. cit., pág. 722.

medio de ese contagio sobre el que tanto insiste el autor de la *Psychologie naturelle*, sentimientos, pasiones análogas y por consecuencia delirios semejantes en un gran número de personas y aun en poblaciones enteras [1] como sucedió en los tres siglos de mayor auge epidémico.

El contagio de los elementos instintivos «es tanto más activo cuanto más ignorantes sean las poblaciones». Desprovistos de las luces de la ciencia y de la razón intelectual, que son los únicos medios con los cuales la lucha es posible contra las inspiraciones irracionales del sentimiento, de lo maravilloso y para neutralizar ciertas causas excitantes de las pasiones, todos esos pueblos sufren fácil é inevitablemente los efectos de esa acción enfermiza. Las convulsiones histéricas ó de otra naturaleza, las anestesias y analgesias que encerraban en su patogenia el secreto de la insensibilidad y beatitudes de ciertos santos y profetas á los más grandes dolores, las hiperestesias generalizadas ó en zonas que constituían el *sigillum diaboli* en la pobre poseída, la letargia completa ó incompleta, el sonambulismo, el delirio en sus múltiples y cambiantes expresiones de delirio de la inteligencia, de delirio de los sentidos, delirio del sentimiento, de los instintos y de los actos, eran los principales fundamentos de aquellas locuras por lo general rápidamente epidemiables.

[1] DESPINE, *La folie*, etc.

Un concurso si bien menos eficiente y visible, no por eso sin importancia, no nada pequeño en las determinaciones de muchos de los grandes hombres ha prestado lo que en psicología mórbida llamamos la *idea fija:* esa especie de espina envenenada que no se *enquista* jamás.

La idea fija ha hecho muchas grandes cosas en la historia política de los pueblos. Fisiológica al principio, á fuerza de gravitar sobre un cerebro un poco tentado, acaba por hacerse patológica.

Comprendo que en estas condiciones sólo pertenece al cerebro realmente enfermo, pero no cuando ciertas preocupaciones comienzan á germinar con pertinacia en una cabeza, accidentalmente preparada por causas actuales ó por parentescos morbosos ocultos que traicionan su comunidad de origen. En condiciones determinadas, la *idea fija* sin ser por sí sola un carácter absoluto de enajenación mental, puesto que se puede encontrar en personas que gozan de la plenitud de sus facultades y de la casi integridad de la razón, puede como he dicho, afectar en determinadas condiciones un tinte sensiblemente patológico y anormal. Cuando un individuo está dominado por una pasión insistente, viva, constante, diremos así, tejida sobre una sensibilidad fuera de las proporciones normales y una imaginación ardiente, entonces un pensamiento común, una simple sospecha reviste fijeza sospechosa, ese carácter enfermizo de las que se observan en los locos (Dago-

net). Echad en una cabeza de los quilates vesánicos de Luis XI, de Cárlos IX y de tantos otros cerebros *felées*, una idea cualquiera, pero con ciertos caracteres sugestivos y vereis cómo lo que en otro no pasaría de un pensamiento más ó menos dominante, en ellos tiene los caracteres de una verdadera *idea fija* morbosa.

Luis XI presenta, como dice Jacoby, un notable ejemplo de ese estado intermediario entre « *la norme et la folie* » que tan frecuentemente se encuentra entre las familias heridas por el vicio frenopático. Sobre ese terreno abonado, la *idea fija* obsesiente, de anular la nobleza reforzada por ciertas ideas de persecuciones que revoloteaban á menudo en su mente, había tomado proporciones enfermizas, dominando todos los actos de su vida.

Como en Felipe II la *idea fija* de la unidad católica y como en Cárlos V la del imperio universal, ese otro cerebro maculado de Luis XI tenia la del *Estado*, la de un *reino único*, de una *Nación* que lo perseguia como una obsesión y que llevaba á cabo haciendo á un lado todo otro propósito, cualquiera que fuera su grandeza: la guerra admirablemente obstinada que sostuvo contra el poder feudal la revela: «*je n'ay autre paradis en mon imagination que celui-là* », decia, demostrando que ese fué « el ardor y el móvil de su vida, el celo que lo devoraba », la ambición que lo quemaba *d'un feu si acerbe*. Esa grandeza y obstinación de

su pensamiento matriz parece que atenuara la indignidad de sus medios [1].

En tales épocas la patria estaba tan estrechamente identificada con el Rey, sus intereses tan mezclados, su porvenir tan confundido [2] que una de esas *ideas fijas* en vez de exteriorizarse en actos extravagantes é inconvenientes, como sucedería en un hereditario común, se traducía en un propósito como ese, que al fin y al cabo para el criterio de aquel tiempo no pasaba de una soberana locura. En un individuo tan predispuesto como este terrible hereditario, dotado de un carácter sensible y tan supersticioso, ese pensamiento puede presentarse al espíritu de una manera continua y persistente, no abandonarlo más, obsesarlo, perseguirlo, dominar en suma todas sus concepciones. Pero, dice un profesor francés de psiquiatria, mientras el individuo conserve la libre dirección de sus actos y de su voluntad no puede haber delirio. En este caso, sin embargo, agrega Parchappe, el limite que separa la razón de la locura es difícil determinar para el observador y fácil de franquear para el espíritu. La *idea fija*, observa Marcé, puede permanecer dentro de los límites de la razón [3]; pero en la mayoría de los casos los franquea como su-

[1] PAUL DE SAINT-VICTOR, *Hommes et Dieux.*
[2] PAUL DE SAINT-VICTOR, *Hommes et Dieux.*
[3] MARCÉ, *Traité pratique des maladies mentales*, París, 1862, pág. 350.

cedía en Luís XI, que frecuentemente se hallaba en ese estado de *penumbra mental*, mezcla singular de locura y de buen sentido.

En la enajenación mental las *ideas fijas* son el resultado del ejercicio involuntario de las facultades y de la imposibilidad en la cual se halla el enfermo de reaccionar contra las impresiones penosas que lo asaltan y contra los sentimientos depresivos que son la consecuencia [1]. Una vez que la *idea* se ha convertido en explicación de los fenómenos cuya razón de ser no puede encontrarse en los hechos de orden habitual, cuando se apodera del espíritu de los enfermos, se adhiere con una tenacidad extremada, nada puede hacerla desaparecer, cualesquiera que sean los medios empleados ó los esfuerzos tentados con el fin de demostrar lo absurdo y falso de ella.

La intimidación no llega á un resultado más favorable y, como sucedió con Juana de Arco, en algunas ocasiones puede hasta tener serios inconvenientes [2]. En vano «se agotarían los argumentos más lógicos para convencerle, porque se expondría uno á fatigarse inútilmente, sin otro beneficio que exagerar la irritabilidad del enfermo, que encuentra un nuevo elemento de estímulo en el hecho mismo de la discusión que parece facilitar más la asimilación del pensamiento perseguidor».

(1) DAGONET, *Traité des maladies mentales*, 1894.
(2) DAGONET, loc. cit., pág. 51, 1894.

En la Doncella la *idea fija* surge en su espíritu lenta y progresivamente como resultado de impresiones dolorosísimas; es la consecuencia de ese fenómeno patológico extremadamente notable, como dice Dagonet, de la alucinación que nace en su alma impresionada y propicia; es la expresión acentuada de un estado de depresión con exaltacion de la sensibilidad moral; es como el reflejo de angustias punzantes que la atormentan y de sus deseos ardientes ó de sus esperanzas ambiciosas [1]. Lá alucinada de Orleans tiene este doble concurso para su explosión: su temperamento bien dispuesto para toda clase de trastornos nerviosos y el hecho de la alucinación constante que no la abandona. El enfermo, cualesquiera que sean sus esfuerzos, «no puede desprenderse de ninguno de los dos, alucinación ó idea fija; y aun cuando su razón y su conciencia puedan todavía demostrarle la falsedad de las sensaciones que experimenta, permanece en la imposibilidad absoluta de reaccionar contra ellas, sufre fatalmente su influencia y se deja pasivamente dirigir».

Ese personaje extraordinario que, como dice Quicherat, arrastra detrás de él poblaciones enteras y que asestará al extranjero golpes certeros de los que no podrá jamás reponerse, es una simple paisana alucinada, ocupada al lado de su madre en trabajos domésticos y que no abandona á

[1] Véase: Brièrre de Boismont, *Les hallucinations ou histoire raisonnée.*

su pobre casa sino para ir á la iglesia, donde siempre se la ve sola. Su carácter es el de una muchacha seria, reservada, un poco salvaje, rara vez mezclada á los juegos de sus compañeras, animosa, apasionada y con tendencia marcadísima á una sensibilidad exagerada ([1]). En estos signos tal vez se descubren á la par que un temperamento excesivamente nervioso, una mezcla de meditación y de la poderosa actividad que caracteriza á los seres destinados á las más nobles misiones.

Pero, ¿qué móvil, qué secreto resorte la arrancará de su humilde mediocridad para desempeñar sobre el brillante escenario del mundo y para asignarle en los fastos militares de Francia un rol único; que de la noche á la mañana la hará pasar de la obscuridad más profunda al renombre y á la fama más grande y más digna de envidia?... Ese móvil será un fenómeno extraño, cuya influencia dirigirá todos los actos de su vida y que se manifiesta por voces y visiones que sólo ella entiende y ve; ese móvil, para decirlo de una vez, será la *alucinación* ([2]).

Aquella teómana alucinada, como la llama Mr. Calmeil en su gran libro, sintió el aguijón de esa morbosidad *sui generis* que obraba inflamando su ardor guerrero y dando á su idea fija su verdadero carácter, se lanzó obstinada en las peri-

([1]) BRIÈRRE DE BOISMONT, *Les hallucinations ou histoire raisonnée.*

([2]) BRIÈRRE DE BOISMONT, loc. cit.

pecias peligrosas de tan gran aventura. Tan peculiares sensaciones dieron por un momento á su comando inprevisto un aspecto de pujanza casi maravilloso, llevando á su espiritu, aunque más no fuera que transitoriamente, una verdadera iluminación, un envigorizamiento inusitado, una pujanza casi sobrehumana [1]. Todo el drama doloroso de la liberación del territorio francés por la gran doncella se desarrolla dentro de las alucinaciones y las visiones de Juana y las indolencias morbosas de aquel Carlos VII el Victorioso; hombre imprevisor, débil y estúpido que gastaba en fiestas y favoritos el dinero recogido con grandes sacrificios para pagar el ejército. *On n'a jamais vu un roi perdre plus gaiment son royaume*, le había dicho La Hire [2]. Colmó de honores á Juana de Arco al principio de su brillante epopeya, para luego abandonarla cobardemente cuando fué prisionera de los ingleses. Luego, ¡ providencial destino ! murió asediado por un *delirio de persecuciones*... el más horrible y devastador infortunio que puede caer sobre el cerebro humano; suplicio dantesco que no tiene ni el recurso balsámico de una curación remota y que ofrece como caracteristica clinica más frecuente una especie de complacencia lúgubre en dejar consciente y fisiológico el resto del funcionamiento mental.

(1) CALMEIL, *De la folie considerée sous le point de vue pathologique*, etc.
(2) JACOBY, *Études sur la sélection.*

Murió, iba diciendo, consumido por el hambre, en medio de una anemia irreparable *par une trop grande abstinence, dans la seule vue qu'il* (Luis XI su hijo) *ne l'empoisonnat*, según cuenta Varillas [1].

Todavía quedan muchos otros de estos reyes locos ó poco menos, y si fuéramos á hacerlos desfilar á todos por delante de nuestros ojos, no acabaríamos en dos volúmenes.

Aún hay dos ó tres figuras que no quiero dejar de presentaros, porque tienen rasgos demasiado singulares para olvidarlas. Figuras originales, algunas, por la extraña influencia que han ejercido sobre los sucesos de su tiempo; simplemente idiotas ó imbéciles otras, que han gravitado sobre su pueblo y sobre su época con la inmensa y estéril pesadumbre de sus aginesias incurables. Parece imposible que, á veces, el mundo civilizado entero haya estado á merced de sus caprichos inconscientes ó de sus brutalidades impulsivas. ¡Qué triste es la historia al través de esta dolorosa viacrucis de la razón humana, y qué sentimiento de angustiosa decepción el que nos asalta el alma cuando vemos á la locura desfilar en estas proporciones colosales hiriendo á los reyes, á los profetas, á los pueblos más predilectos de la cultura después de haberlos entregado á los *charivaris* que ella engendra á menudo!...

(1) JACOBY, *Études sur la sélection*, pág. 391.

Luis XIII es de los pies á la cabeza un caso acabado de la patología mental. No es necesario hacer un estudio muy profundo, como dice el autor de *Les Maladies de l'esprit*, para reconocer en él á un verdadero *loco moral*. Las indiscreciones de Tallemant des Reaux, sobre amistades de este monarca con sus favoritos, dan á sus perversiones genésicas una significación patológica reveladora y repugnante, demostrando la profundidad de sus alteraciones degenerativas [1].

Tenía por las mujeres una aversión extravagante, que contrastaba desagradablemente con los afectos torcidos á su propio sexo, especialmente, como se sabe, por *Cinq Mars*. Tartamudo, enfermo de cuerpo y alma, impotente y gastado por el placer oprobioso de la sodomía y la masturbación, ese monarca melancólico, sin energías y sin afectos, gobernó á la Francia durante cuarenta y tres años (desde 1601 á 1643) sin dejar en las páginas de su historia más que infamia y miseria [2]. Esencialmente cruel desde su temprana edad, fué más tarde de una insensibilidad poco común. En el sitio de Montauban, los heridos protestantes fueron depositados en los fosos secos de un castillo donde había establecido su cuartel general. Atormentados por el sol y presa de las torturas de la sed, los desgraciados sufrían horriblemente y no tardaron en morir. Luis XIII en vez de socorrer-

(1) MAX SIMON, *Maladies de l'esprit*, 1890.
(2) JACOBY, *Études sur la sélection*, pág. 402.

los espiaba complacido y hasta con maligna fruición su agonía, cuyas contorsiones observaba curiosamente. Las palabras que pronunció con motivo del suplicio de Cinq Mars revela toda la baja perversidad de su alma: *je voudrais bien voir la grimace qu'il fait à cette heure* (1).

Michelet deja comprender, sin afirmarlo, que ni Luís XIII, ni Gastón d'Orleans eran hijos de Enrique IV. El primero sería, segun él, hijo de Orsini, y el segundo de Concini, como más tarde Felipe de Orleans fué hijo, no de Luis XIII, sino de Mazarino. El renombrado historiador de Francia funda su afirmación errónea en la poca semejanza moral del hijo y del padre y sobre todo en su degeneración física y moral. Pero esto último, agrega Jacoby, prueba precisamente que era hijo de reyes, y en cuanto á su poca semejanza, César de Vendome, que era indudablemente hijo de Enrique IV, no se le parecía más que Luis XIII, y además la semejanza de los rasgos fisonómicos que se comprueban en muchos de sus descendientes con el jefe de la raza, demuestran la legitimidad de su nacimiento (2).

Un Carlos VI de Francia que no tiene ya ni las atenuaciones crepusculares de los fronterizos, es un loco vulgar con los transportes y las incongruencias de cualquier asilado, y sin embargo, gobierna la Francia y perturba la tranquilidad de la Europa con

(1) MAX SIMON, *Maladies de l'esprit*, pág. 96, 1891.
(2) PAUL JACOBY, loc. cit., pág. 401, 1881.

sus alucinaciones y terrores durante largo tiempo.

Á cierta edad había consumido sus fuerzas vitales y para él no existía reposo sino en el aturdimiento del vicio. Á los veinte años se encontró agotado; había vivido, como dice Michelet, dos vidas, una de guerra y otra de placeres; «su cabeza estaba muerta y su corazón vacío; los sentidos comenzaban á desfallecer; ¿qué remedio buscar para este estado de desolación? La agitación del vértigo de una carrera furiosa. *Les morts vont vite*». Épocas extraordinarias, en que el delirio desconocido por los *sabios* amauróticos hace la mitad de las cosas. El siglo de Carlos el Sabio, el primer siglo de la política, no había llegado aún á sus tres cuartos cuando ya delira y se enloquece [1]. Una generación de insensatos ocupa todos los tronos: al glorioso Eduardo III sucede el aturdido Ricardo II, al prudente emperador Carlos IV el borracho de Wenceslao, al sabio y previsor de Carlos V, Carlos VI, un loco furioso [2], y Urbano VI, don Pedro de Castilla y Juan Visconte manifestaron todos los síntomas de una profunda perturbación del espíritu.

Es sin duda, como dice el grandilocuente historiador citado, un momento trágico aquel en que se siente á la locura, circular rugiendo en todas las cabezas dirigentes, en momentos en que la razón iluminada por sus últimos resplandores va á extin-

(1) Michelet, *Histoire de France*, tomo V, pág. 71.
(2) Michelet, loc. cit.

guirse y perecer. «¡Oh! no permitais que me vuelva loco, bondad del cielo, exclama el Rey Lear; consérvame en el equilibrio. ¡Oh! loco, no, por favor, yo no quiero estar loco!...» Curioso espectáculo aquel en que el emperador Wenceslao, llevado á París por asuntos de la iglesia, conferenciaba con Carlos VI. El uno loco completamente, el otro constantemente ebrio...

Carlos VI habiendo tenido al parecer dos ó tres días tranquilos, pero no lúcidos, firmó una orden en que según los deseos de la Universidad, suspendía la autoridad de Benito XIII en el reino de Francia. El mariscal Boucicaut fué enviado á Avignon para dar cumplimiento personalmente al decreto real; pero el viejo pontífice se defendía como un verdadero capitán y no teniendo leña para su cocina quemó, una por una, todas las sillas de su palacio! Los franceses tenían vergüenza de esta guerra ridícula, y he aquí que por la locura de un príncipe teníamos al papado, al imperio y á la realeza injuriándose y luchando á brazo partido. El emperador borracho, el rey loco, se agarraban el poder espiritual, suspendían al papa mientras éste tomaba las armas y se endosaba la coraza. Los dioses humanos deliraban... [1]

Era medio día y el rey, dice la *Historia de Francia*, salía del bosque en uno de aquellos

[1] MICHELET, *Histoire de France*.

melancólicos paseos en que marchaba errante á merced de su delirio, para entrar en una llanura de arena en que el sol caía á plomo sobre su cabeza, llena del inmenso calor que quemaba á todo el mundo. Un paje que llevaba la lanza real, se durmió sobre su caballo, y la lanza al caer fué á golpear sobre el casco que llevaba otro paje... Al sentir este ruido de acero y ese reflejo, el rey que rumiaba en ese instante ideas opresivas de persecución, que caminaba como huyendo de enemigos imaginarios, echó mano á su espada y gritó desesperado: *¡Afuera traidores! ¡Afuera traidores que quereis asesinarme!* Y espada en mano se arroja sobre el duque de Orleans, que escapa rápidamente mientras el rey mata cuatro hombres antes que puedan tomarlo, bajarlo del caballo y acostarlo dulcemente en el suelo, donde lo amarran. Sus ojos rodaban convulsivos en sus órbitas y él mudo y sudoroso no reconocía á nadie... ([1]).

¡Ese era el rey de Francia, el primer rey cristiano, la cabeza de la cristiandad y de quien los principales estados de Italia, Milán, Florencia, Génova se decían clientes y protegidos! ([2]).

Y si aún quereis un cuadro más triste de decrepitud nacional causado por el idiotismo y la locura de los reyes, abrid la historia de esa pobre España, de cuyas desgracias mentales nos vamos á ocupar

([1]) MICHELET, op. cit., tomo V, pág. 161.
([2]) MICHELET, op. cit., tomo V, pág. 161.

extensamente más adelante, y vereis el espectáculo sombrío del reinado de Carlos II, de Felipe III, etc.

Ese inmenso imperio que ahogaba á la Europa con su despotismo, era entonces una simulación de poder despreciado por el mundo, su juguete y su burla. Paul de Saint-Victor en uno de esos bellos artículos de *Hommes et Dieux* ha pintado la decadencia en cuadros palpitantes, cuyo estilo hace mil veces más profunda la dolorosa impresión que en vano intenta producir D. Modesto de Lafuente en su buena prosa desnuda y descarnada. En medio de la obscuridad, la figura de Carlos II, sobre todo, se destaca como iluminada por la luz amarillenta de aquella enorme lámpara que alumbra la gran cripta del Escorial. Parece más bien un personaje de alucinación ó de pesadilla que un rey de carne y hueso. La pálida luna de miel que había apenas reanimado su decaído espíritu, pasa pronto y queda sumido en las pobres y dolorosas fantasías de sus *hechizos* y de su impotencia irremediable [1].

El conde Rebenac, que acababa de suceder al marqués de Villars en la embajada de Madrid, reveló á su amo los misterios del tálamo real con el coraje y la audacia, dice el escritor que tenemos á la vista, de un diplomático que trata un caso complicado de medicina política, y declara á Luis XIV que el rey de España no tendría jamás su-

[1] PAUL DE SAINT-VICTOR, loc. cit.

cesor. La esterilidad, la degeneración mental en sus últimos grados, han secado la fuente, tienen á la imbecilidad por compañera inseparable, y desde los primeros años de su matrimonio, la Europa, por instinto, ya había sospechado que la serie de perturbaciones cerebrales que se inicia con *Carlos el Temerario* terminaría en la demencia estéril del marido de la infortunada María Luisa.

Entonces las ambiciones estallan, los pretendientes aparecen y se oye, dice Saint-Victor, al rededor de España el ruido de una *tropa* de herederos invadiendo apresuradamente la casa de un millonario moribundo. El Rey está desolado: posee el sentimiento vago de su inutilidad y de las graves consecuencias políticas que ella tiene: su país, el gran imperio, quedaba entregado al extranjero é iba decayendo conjuntamente con su cuerpo (Saint-Victor). En los últimos años de su reinado la situación de España seguía en efecto su decadencia física, que había tomado el aspecto de una verdadera disolución; « su cuerpo no era sino un nido de enfermedades complicadas, y á los treinta años tenía la fisonomía de un octogenario ».

Un retrato de Carreño, « pintado por esa época, lo muestra al estado cadavérico: las mandíbulas flacas y pendientes, el ojo extraviado, los cabellos caídos y la boca convulsiva; sin embargo, cierto extravío de visionario idealiza su cabeza perdida: se creería ver á Hamlet en el quinto acto del drama ».

Ningún horror faltó á su agonía « y para acabar

de extraviarlo, su camarilla lo entregaba frecuentemente á los mágicos y exorcistas. El diablo fué invocado é interrogado delante de él y afirmó que la enfermedad del Rey era producida por un sortilegio: una droga compuesta con cerebro humano y administrada en el chocolate había secado sus nervios y viciado su sangre. Para curarlo del filtro infernal debía beber todos los días una taza de aceite consagrado». Desde entonces, «como Orestes á las Furias, el Rey pertenecía á los demonios, y durante la noche tres monjes velaban y salmodiaban al rededor de su cama para arrojar á los diablos. Cuando se levantaba de este lecho de vértigos, era sólo para andar errante dias enteros en las sierras que rodean al Escorial, semejante á esas almas en pena que rondan al rededor de sus sepulcros: allí, por lo menos, el ruido del mundo disputándose su imperio no llegaría hasta él y no oiría el fúnebre ruido de la campana anunciando su muerte y llamando á la Europa á las armas».

Carlos II, último representante de la casa de Austria, viejo antes de tiempo, arrastró asi su vida y el orgullo de España hasta la edad de cuarenta años en que murió, dejando su lugar á Felipe de Francia, duque de Anjou, hijo de Luis delfin de Francia y nieto de Luis XIV. Con Felipe V la casa de Borbón sube al trono de España en 1700. ¿Acaso para renovar la sangre y llevar á ese trono, asilo de locos y destornillados durante más de dos siglos, la salud del espiritu y del cuerpo?

No, seguramente. Esa inmensa altura produce el vértigo y obra como causa *ocasional* en los cerebros ya labrados por la mancha de familia.

Felipe V, fundador de la casa de Borbón, Rey á los diez y siete años, dice Jacoby, dió al principio pruebas de valor personal, pero bien pronto cayó en una indolencia extremada que con la edad se convirtió en una postración rayana de la imbecilidad [1]. Ese brutal erotismo que parece haber sido un rasgo dominante del carácter de los reyes devotos, se había desarrollado en él de una manera realmente animal; y como su excesiva devoción no le permitía tener queridas, se apegaba á sus esposas con un amor bestial. Á los diez y ocho años cayó en una profunda melancolía porque María Gabriela de Saboya, con quien se había casado, no era núbil. Cuenta Michelet que esas impulsiones sexuales eran tan enormes y repugnantes, que continuó sus relaciones carnales con su primera mujer casi hasta en su lecho de muerte: «*et l'on eut toutes les peines du monde á lui faire quitter le lit de l'agonisante*». La princesa de los Ursinos, vieja octogenaria, fué también víctima de esos apetitos, completamente morbosos sin duda alguna. Á la edad de treinta y nueve años, cuando Saint-Simon vino á la Embajada de Madrid, estaba en un estado de completa imbecilidad, no abandonaba sino raras veces su lecho y no iba

[1] Jacoby, *Études sur la sélection dans ses rapports avec l'hérédité chez l'homme*, pág. 309.

á la letrina sino en compañía de su mujer, para lo cual la previsión cortesana había hecho colocar dos sillas agujereadas al costado de la cama [1].

En sus veleidades de oposición á los proyectos políticos de la reina, proyectos por otra parte absurdos é imposibles, su mujer obtenía fácilmente su aquiescencia rehusándose á llenar sus deberes conyugales. Felipe cayó después en una sombría locura, y costaba improbo trabajo hacerlo firmar cualquier cosa. Cuatro años más tarde (1835) y cuando apenas tenía cuarenta y cuatro, su mala salud mental lo dejó definitivamente incapaz para ocuparse de los asuntos del reino, siendo relegado por su mujer al Prado y obligándolo á firmar un documento por el cual la encargaba del gobierno [2]. Vuelto á Madrid con la salud un tanto floreciente, se estableció en el Buen Retiro, teniendo la reina el cuidado de mostrarlo de cuando en cuando al pueblo para que se cerciorara del buen estado de su salud, que bien pronto alteróse nuevamente cayendo en una situación grave de deterioro físico y mental. Sobrevínole un nuevo acceso de manía y murió de un ataque de aplopegía fulminante [3].

Viene luego Fernando VI, su hijo, que había heredado de su padre su enfermedad mental. Atormentado por el temor constante de la muerte, cayó

(1) Jacoby, *Études sur la sélection*, etc., pág. 370.
(2) Jacoby, loc. cit., pág. 370.
(3) Jacoby, loc. cit., pág. 371.

pronto en una profunda melancolía. De una piedad ardiente, por supuesto, era como Felipe su padre, esclavo de su mujer, princesa fea, monstruosamente corpulenta, extravagante, y tan melancólica como su marido. Después de la muerte de su esposa, Fernando VI fué presa de una postración completa, condenándose á la soledad, al silencio y á la abstinencia. Durante un año no cambió las ropas de su cama, ni de su persona, ni se vistió, y á veces dormia sobre un sillón. Murió á la edad de cuarenta y siete años [1] dejando al reino en el estado que todos conocemos. Entre otras extravagancias, tenía su mujer la de vivir obsesionada por el temor constante de caer en la miseria después de la muerte de su marido, obsesión que la había hecho de una avidez enorme; á la muerte del rey, acaecida un año después de la de su mujer, se encontraron en su cuarto sesenta y dos millones en especies, en momentos en que el Estado se hallaba en las más grandes penurias por falta de dinero [2].

Detengámonos aquí copiando el párrafo final en que el autor de la *Sélection chez l'homme* termina el capítulo destinado á las dinastías españolas de Aragón, de Castilla y León: Recordemos, dice, que habiendo Fernando VI muerto sin sucesor, la corona pasó á su hermano Carlos III, príncipe inteligente y enérgico y á quien se creía ser

[1] JACOBY, loc. cit., pág. 371.
[2] JACOBY, loc. cit.

fruto del adulterio. *Tuvo trece hijos, de los cuales seis muertos en su temprana edad, dos muertos sin sucesión*, un Felipe *idiota*, declarado incapaz de reinar y muerto á los treinta años sin alianza, y el otro, el famoso Fernando IV, rey de Nápoles, tronco de la dinastía de los Borbones de Nápoles, cruel, pérfido, ininteligente y que concluyó por ser arrojado del trono por un grupo de voluntarios. Y por fin el sucesor del rey Carlos III fué su hijo Carlos IV, príncipe de un espíritu limitado, de un carácter nulo, opaco y dominado de una manera despótica por su mujer. Este imbécil sólo tuvo en su vida dos sentimientos vivos: su apego y devoción por el amante de su esposa, que era un bribón con todos los vicios y ninguna calidad, y un odio implacable por su hijo, que, para completar las sombras de este cuadro, se presenta como un tirano sanguinario, pérfido, libertino y... estúpidamente devoto!

Que la locura ejerce una gran influencia sobre los destinos de los pueblos, es evidente, pues, y aquel que se sorprenda demostrará que no conoce las relaciones que tiene con la razón [1] y que ignora los elementos de la filosofía de la historia.

Cualquiera que haya manejado estas cosas, sabe que ella produce engaños é ilusiones de óptica curiosos, que confunden al observador desprevenido, más aún cuando tiene un carácter y una

[1] *Socrate et Pascal, Pathologie mentale* (Le Demon de Socrate), por E. LITTRÉ (*National*, 1º de Agosto, 1826).

índole que se ajusta á las ideas dominantes, siendo su acción, entonces, tanto más fuerte cuanto más preparado se halla el pueblo por causas deletéreas y depresivas de la sensibilidad moral. Un médico que ha tenido gran celebridad en el mundo científico, Van Helmont, afectado del mismo género de *locura* que Sócrates y el Tasso, dice Littré, vió un día á su alma bajo la forma de una pequeña llama, y esta visión le sugirió un sistema de medicina que ha hecho por largo tiempo mucho ruido en las escuelas, que ha sido muy comentada por gentes razonables y que en el fondo contenía vistas útiles en el momento en que apareció [1].

Ese ejemplo se reproduce en el orden político y social de todos los tiempos, con ampliaciones mayores y con consecuencias mucho más graves que un simple error de juicio en materia científica. La antigüedad y especialmente la Edad Media no había estudiado suficientemente los fenómenos de la psicología mórbida para comprobar con exactitud todas las formas de las perturbaciones psíquicas. El progreso de los trabajos ha dado á los médicos modernos la facultad de señalar con precisión los caracteres de muchas lesiones mentales; y en este género de hechos las bases del diagnóstico están tan bien echadas que podemos con relativa facilidad y por un juicio retrospectivo, apreciar el estado intelectual de ciertos hombres cuya biogra-

[1] E. LITTRÉ, loc. cit., pág. 89.

fía nos ha sido conservada sometiéndola á un examen médico [1].

Hay, pues, que creer cuando menos lo que Hegel por dialéctica trascendental, ha demostrado ya: que la locura es uno de los momentos necesarios que atraviesa el alma humana antes de llegar en cada uno de nosotros á la plena conciencia de su individualidad; ese momento supremo no se atraviesa sin dificultades y sin traer á la vida definitiva alguna impresión duradera de su acción; la innata disposición que se brinda á todas las causas ambientes.

[1] LITTRÉ, loc. cit., pág. 15.

CAPÍTULO II

LAS PERSECUCIONES RELIGIOSAS EN LOS PRIMEROS SIGLOS

SUMARIO: La locura religiosa.—Su evolución.—Caracterización de las degeneraciones mentales por las aptitudes para el delirio.—Opiniones de los alienistas modernos.—Proceso de las locuras populares.—Epidemiología de las psicosis.—Los Judíos.—Su psicología mórbida.—Predisposición de raza desde los tiempos remotos.—*El Judío Errante* y su leyenda.—Comprobaciones científicas curiosas.—Las enfermedades mentales y nerviosas de los israelitas explican el destino de la raza.—Aptitudes para el fanatismo religioso.—Persecuciones de los Judíos.—Romanos y Judíos.—Aparición del Cristianismo é inaptitud cerebral de los Judíos para aceptarlo.—El Cristianismo en la evolución mental de la humanidad.—Persecuciones de los Romanos.—Estado mental de Roma á la aparición del Cristianismo.—Sífilis y libertinaje.—El Circo.—La Turba Perseguidora.—Composición de las turbas judías y romanas.—Psicología de las multitudes.—Nerón.—Calígula y los Césares perseguidores.—Caracteres patológicos que resaltan en su mentalidad.

En el capítulo LX del *Levítico* se lee una frase cuya desgraciada interpretación ha sido, dice Paul Regnard, más funesta á la humanidad

que las invenciones mortíferas de la artillería y que las guerras más temibles: « el hombre ó la mujer, afirma la Escritura, que está poseída de Pithon ó del espíritu de divinación, será condenado á muerte ». De ahí y de otras previsiones aún más terribles es que han partido esas grandes persecuciones cuyo sombrío cuadro, por lo que respecta á la Edad Media, ha desarrollado el distinguido médico citado; y en cuanto á aquellos primeros siglos de lucha religiosa, no encuentro nada más entristecedor que el estudio que acabo de terminar y cuyos resultados voy á comunicaros en estas breves páginas (1).

Al sentimiento religioso debemos los cuadros más conmovedores de la piedad y de la caridad, como también los delirios del misticismo, las locuras epidémicas, los estragos de la Inquisición, las guerras interminables de religión que han hecho más mal al mundo que la guerra política (2).

Ningún sentimiento es más universal, tiene tantos y tan variados tintes, una evolución histórica marcada por apariencias y señales más diversas que ese estado extraordinario del alma (3) cuyas exageraciones y deformaciones han producido por tantos siglos hechos tan extraordinarios. Tanto en el hombre colectivo como en el hombre individual el mismo hecho se renueva, y la historia

(1) PAUL REGNARD, *Sorcelerie* etc., pág. 1.
(2) TEBALDI, *Ragione e Pazzia*, pág. 9.
(3) TEBALDI, *Ragione e Pazzia*, pág. 9.

de la locura refleja como, dice el autor de *Ragione e Pazzia,* la historia del individuo como de la humanidad entera, permitiéndonos estudiar las locuras sociales como verdaderas individualidades morbosas, investigando su origen según su curso y transformaciones, y, finalmente, hacer un diagnóstico y proponer un remedio como en una enfermedad individual [1].

La atmósfera histórica «circunda completamente al hombre y elabora su sensibilidad; el tiempo transforma el ambiente y con él el sentido y el juicio humano. En todos los períodos de la civilización se pueden renovar las locuras sociales, modificadas en el tiempo y en lugares diversos: el sentimiento religioso no podrá hoy arrastrar á los hombres á las *Cruzadas*, á las flagelaciones colectivas»; pero tendrá manifestaciones extravagantes, delirios en nuevas sectas, una expresión apropiada al medio circundante que le imprimirá su característica.

Ese delirio religioso que viene operando su evolución histórica desde los tiempos más remotos hasta nuestros días, siendo hoy únicamente individual y sólo por excepción epidémico, tiene matices muy diversos en la gama multicroma de las deformaciones y perturbaciones de la mente.

Según las reglas clínicas establecidas se pueden reconocer, primero: las ideas religiosas de-

[1] Tebaldi, pág. 97.

lirantes sencillamente, que forman las más simples y elementales perturbaciones y que múltiples causas se encargan de hacer difusas, imprimiéndoles su carácter epidémico; luego el *delirio religioso* que en el orden del desenvolvimiente sistemático está ya algunos tramos más arriba, porque puede ser factor importante de un conjunto delirante más complejo y, finalmente, la sistematización terminal más ó menos lógica, más ó menos afectada de una locura. Hecho esto, el diagnóstico general permite entonces, determinar á qué modalidad morbosa pertenecen estas diferentes categorías, porque el estudio de sus rasgos principales facilita la aclaración conveniente de su patogenia y etiología [1].

Para la mejor inteligencia de estas cosas, bueno es saber que la clínica, como dice Dupain, no tendría razón de ser si sólo tuviera que habérselas con tipos perfectamente definidos, netos y bien delineados.

Hay casos en que el aspecto es confuso, sus caracteres vagos y su tipo apenas esfumado, lo que no obsta, sin embargo, á que aquella los clasifique con precisión adecuada; hay otros, en cambio, en que el enfermo se presenta al examen con un delirio de una sistematización correcta, con antecedentes muy claros que vienen, puede decirse, trayendo ellos mismos el diagnóstico.

La evolución es sencilla.

[1] DUPAIN, *Étude clinique sur le délire religieux*, pág. 251.

En medio de preocupaciones diversas y con motivo de causas que van acumulándose de tiempo atrás, con más razón cuando se agregan á una predisposición nativa, el delirio se diseña: un *delirio religioso* sin sistematización, grotesco, ilógico, incoherente. Puede aparecer de pronto y ser fugaz, algunas veces afectar una tendencia mística ambiciosa, pero esta asociación es sin cohesión, á causa de la misma impresionabilidad del sujeto y de su falta ó defecto de juicio [1].

Así sucede en la *debilidad mental,* en que también puede sistematizarse, si bien, como dice Dupain, ella es más aparente que real. En la *degeneración mental* se encuentra también esta apariencia sistemática de ciertos *delirios religiosos* de pronto, de evolución más ó menos larga y que sobrevienen á menudo como ampliación de un sindroma importante ó de una exaltación intelectual (Dupain). La tendencia moderna es á considerar esos sedicientes *delirios religiosos* como sindromas ó simples expresiones de una entidad mórbida fundamental. Posiblemente allí está la verdad, y nosotros al hablar de *delirios* ó *locuras religiosas* no rechazamos de ninguna manera que puedan responder, en los diversos individuos que van á desfilar delante de nuestros ojos en el curso de este libro, á la *debilidad de espíritu*, á la *degeneración mental*, á la *epilepsia*, etc., etc., enti-

[1] DUPAIN, loc. cit.

dades á las que atribuimos en muchos de nuestros casos una importancia capital.

Para nuestro propósito la forma *religiosa* de la *enfermedad* es la que nos importa, porque ella es en realidad la determinadora de los sujetos psicológicos objeto de este libro. El célebre profesor de Gratz dice que entre los estados de locura sistematizada primitiva, con concepciones delirantes expansivas, la *locura religiosa* desempeña bajo el punto de vista social y patológico un papel que tiene mucha importancia; y presenta á este género de enfermos como predispuestos, desequilibrados, débiles de espíritu, en los cuales el estado de incubación de la enfermedad permite comprobar: en la mujer, la clorosis, el histerismo y las perturbaciones menstruales; en el hombre, accesos de hipocondría. Los excesos de orden psíquico, intelectual ó físico obran como causas determinantes y las alucinaciones hacen el resto, siendo ese el procedimiento en virtud del cual se construyen los delirios de esos *reformadores y flamantes Mesías*, de las *vírgenes* de un género tan original, exaltadas unas veces, deprimidas otras; los unos, orando en medio de la alucinación, los otros, en ayunos brutales y todos sujetos en ciertos momentos á obsesiones demoniacas pasajeras dentro de períodos cataleptoideos y estáticos y bajo la influencia de visiones celestes [1].

[1] Kraft-Ebing, *Trattato clinico pratico;* traduzione Tonnini, Amadei; Dupain, pág. 37, loc. cit.

Es en los periodos de obnubilación psíquica (pág. 109, tomo II), que el mismo profesor ha observado transitoriamente el *delirio religioso expansivo* en el curso de la locura epiléptica y en la *locura histérica*, en la cual el éxtasis y las visiones presentan un colorido análogo al de los epilépticos: la somniación es profunda, el cuerpo del paciente completamente ocupado por el éxtasis parece recorrido como por una especie de corriente magnética que indica la tensión convulsiva del encéfalo. En su periodo de agitación la *melancolía* permite comprobar ciertas concepciones delirantes, alucinaciones terroríficas, no coordinadas, que explican el estado de aniquilamiento y las violencias impulsivas de los sujetos; es un delirio en virtud del cual piensan que todo ha concluido, que el mundo no existe ya y que están poseídos por el diablo (melancolía pasiva demoníaca) (1).

En breve resumen esa es la historia del *delirio religioso* en el individuo.

Ella nos va á servir para comprender mejor su desenvolvimiento en la multitud que tiene otra manera de delirar y otro procedimiento, si bien el tinte general de las ideas y por consecuencia el fondo del delirio es el mismo. Aquí parece mucho más difusible aunque menos profundo y, sin duda, no tan grave en cuanto á sus inmediatos efectos demenciales; es mucho más bullicioso é

(1) KRAFT-EBING, DUPAIN, 37 *(Bibliografía del delirio religioso).*

impulsivo, pues aunque el carácter de su tono general suele ser profundamente melancólico, su evolución por accesos y las tendencias locomotoras con cierta agitación febricitante, le da más bien un tipo maniaco. Esa locura es por excelencia deambulatoria y movediza como todas las psicopatías populares, y el decaimiento que sucede á menudo á un período de agitación desordenado, equivale más bien á la tranquilidad de la reacción de un periodo de convalecencia, que al estupor profundo ó á la demencia terminal de ciertas formas deprimentes.

Las ideas de persecución predominan de una manera casi patognomónica: las turbas son siempre *perseguidas;* por eso también son, y en una escala tan grande, doblemente *perseguidoras.*

El medio moral que circunda los cerebros pone á prueba la resistencia de cada uno de ellos: los predispuestos de todo género, á menudo presa de antemano de una vesania tranquila, se exasperan por el estímulo y la *virulencia* del agente provocador y estallan cuanto se sienten tocados. En ninguna parte el contagio se manifiesta de una manera más precisa, más rápida que en los casos de histeropatía y de delirio histérico y religioso [1] que es el matiz que con más insistencia domina, por regla general, en la locura de las multitudes. Los tipos mórbidos tienen una gran semejanza entre sí, no sólo en el

[1] DUPAIN, pág. 24.

curso de una epidemia, sino también en todas las epidemias, en todas las épocas y en todos los países, siendo por otra parte y felizmente de las formas más curables. Es ese carácter lo que constituye el *substratum* de las histerias de la Edad Media y de ciertas epidemias locales que se han producido en todos los pueblos, hasta los tiempos más modernos, y es (según Dupain, á quien copiamos) justamente porque pertenece á la histeria que ese delirio religioso tan sistemático como puede parecer, no tiene, en cuanto á su duración, persistencia y curabilidad, es decir, bajo ese aspecto patológico, más que un valor secundario.

Bajo el punto de vista patológico ó histórico, agrega el autor citado, este estudio de los contagios epidémicos no deja nada que desear cuando uno conoce las publicaciones de la Escuela de la Salpetrière. Todas las *epidemias corciformes*, la de las *posesiones denomíacas*, la de los *convulsionarios* y los *estáticos* han sido ampliamente descritas por Paul Richer en los capítulos de su libro sobre la histeria, y para complemento ilustrativo de su notable obra, el mismo autor y Mr. Charcot han publicado hace poco el precioso libro « *Les Demoniaques et les extatiques dans l'art* ». En nuestros tiempos sucede todavía que algunas veces, bajo la acción de influencias idénticas, presenciamos conatos de epidemias semejantes, y no hace mucho tiempo que Mr. Baratrou describia algo parecido en el *Progrès Médi-*

cale, y los anales de la medicina legal también nos muestran que frecuentemente ese contagio que hacía tantas cosas en aquellos tiempos remotos, podía haber degenerado en una verdadera epidemia si hoy la intervención de la autoridad no hubiera puesto coto á tanta locura [1].

Todos esos dramas de enajenaciónes colectivas tienen su principio averiguado en la exaltación que comienza en el simple estímulo fisiológico provocado por una predicación fervorosa pero profundamente sugestiva, en la lectura de libros impregnados de sabores apocalípticos, que buscan por secretas inclinaciones los espíritus predispuestos, y termina en la dolorosa *dinamia* maniaca de un delirio agudo, ingobernable.

La fuerza nerviosa retenida en aquella red inextricable de elementos celulares, al estado extático, estalla inmediatamente que el sacudimiento ha tenido lugar. Como si se tratara, dice Luys, de una chispa eléctrica, todos los aparatos solidarios se ponen inmediatamente en acción, y el sacudimiento primordial es rápidamente asimilado y fundido en las regiones especiales destinadas á transformarla en manifestación dinámica. La subordinación material establecida entre las regio-

[1] JEAN DUPAIN, *Études cliniques sur le délire religieux*; PAUL RICHER, *Études cliniques sur la grande histérie*; ALFRED MAURY, *La magie et l'astrologie dans l'antiquité et le moyen âge,* Paris, 1879; ERNEST HEIROT, *Mesmer et le magnetisme animal,* Paris, 1887; P. P. MATHIEU, *Histoire des miracles et des convulsionnaires de Saint-Médard,* 1864.

nes dirigentes y los órganos subordinados es la única llave de esta serie de reacciones encadenadas de que los centros motores del sistema nervioso son interesante teatro [1].

Pasa con las multitudes lo que con los individuos en pleno período de efervecencia patológica. Unas veces sólo la agitación existe; el enfermo divaga, porque únicamente se halla arrastrado por la necesidad de obrar; desea moverse á pesar suyo, verificar actos que él mismo reprueba y verifica contra su propia voluntad. No delira *de palabras*, delira solamente en sus actos *(delire des actes)*. Se da cuenta perfecta de lo que hay en él de anormal, de que se siente, contra su voluntad, impulsado á hablar, á gritar, á hacer gestos, á subirse sobre los muebles, á desnudarse, á levantar la mano para pegar, á correr, á detenerse ó á seguir en cualquier dirección el empuje de ese secreto resorte íntimo que gira como la rueda loca dentro de su mecanismo cerebral, produciendo la alteración de las otras piezas del aparato. Entonces el individuo cede dócilmente al empuje, al movimiento y á la acción del conjunto de la masa, sin resistencia, porque ya ha recibido la forma é impresión del todo al que está incorporado como partícula, como célula humilde de ese gran organismo que tiene un alma y una vida peculiar. Hay otras personas en

(1) Luys, *Traité clinique des maladies mentales.*

quienes la sobrexcitación de las fuerzas motoras es tal, agrega el maestro de la Salpêtrière, que en ese momento reinan en absoluto eclipsando todas las otras facultades: en los asilos se ven enfermos de esta clase que caminan horas enteras sin detenerse, sin mirar siquiera al rededor suyo, como si fueran aparatos mecánicos perfectamente montados, que usan en movimientos combinados las fuerzas almacenadas por un resorte; hay que agarrarlos para detenerlos, sentarlos por la fuerza, porque sin eso marcharían sin cesar hasta caer agotados por el cansancio [1]. Así se explica esa tendencia contagiosa del individuo de las multitudes que no conocen el reposo, que marchan siempre y se agitan de un lado á otro como aguijoneados por el delirio.

Cuando uno lee todo esto, viene á la memoria el recuerdo de aquel *judío errante,* cuya leyenda ha tenido al parecer una comprobación científica en recientes estudios hechos en la Salpêtrière por un distinguido discípulo de Mr. Charcot.

El neurópata viajero que concurre allí, el neurasténico errante que viene de los confines de la Europa á buscar un alivio á sus males nerviosos, es siempre un judío: es el concurrente asiduo de todas las clínicas especiales de las capitales europeas, y errante de un lado á otro, viajero eterno movido por un impulso incesante, no cesa en su

(1) Luys, *Traité clinique et pratique des maladies mentales.*

carrera hasta que la postración de la demencia ó el cansancio morboso de su astenia lo retiene en el hospital.

Después de la lectura de las observaciones que trae Henry Meige en su curiosa monografía *Le Juif Errant de la Salpêtrière*, tenemos que reconocer, como él dice, que existe, entre esos *viajeros* y el Judío errante de la leyenda, numerosos puntos de semejanza. Cartophilus, Ahasverus é Isaac Laquedem son, puede decirse, la encarnación de ese vicio neuropático de que es víctima la raza judía desde los tiempos más remotos. Todos ellos van ansiosos á la clínica de Charcot, todos parecen salir de una misma fuente situada en los confines de la Alemania, de la Polonia y del Austria. Todos hablan alemán de preferencia ú otras lenguas, aunque todos son políglotas como su antecesor el Judío errante (1), que á cualquier lugar adonde fuera hablaba la lengua del país. Un exégeta de gran erudición, M. Ch. Schœbel (2), que es al mismo tiempo un gran orientalista indianizante y hebraizante, ha estudiado esa conseja y penetrado en sus más grandes obscuridades, estableciendo que ella es esencialmente germánica y dando todos los rasgos que asimilan ambos tipos de una manera notable. Sin duda alguna la frecuencia de los *neurópatas viajeros* en edades lejanas en Europa y especialmente en Alemania,

(1) HENRY MEIGE, loc. cit.
(2) CHARLES SCHŒBEL, *La légende du Juif Errant*, 1877.

ha dado origen á la tradición. Cuando se examina el tipo de los israelitas errantes que concurren á Paris, el observador se siente inmediatamente impresionado por la comunidad del tipo, de los rasgos y del hábito exterior: circunstancia que hacía pensar á las poblaciones supersticiosas de la Edad Media por donde atravesaban estos eternos viajeros, que era uno solo, una misma fisonomia, un Judio errante incansable é inmortal.

Actualmente son, por lo general, hombres de 30 ó 40 años, más ó menos; pero uno les daría el doble de esa edad, tal es la demacración de su cara, surcada de gruesas arrugas y poblada por esa barba proverbial que dejan crecer indefinidamente; barba inculta y mal cuidada que los enfermos abandonan en su abundancia opulenta, porque el espíritu, ocupado de sufrimientos crueles, no tiene tiempo para atender exigencias corporales pueriles [1].

La fisonomía de todos expresa el sufrimiento, la laxitud y la desesperación; la cara adelgazada, los pómulos salientes, debajo dos carrillos agujereados, dice Meige, y la frente materialmente llena de surcos anchos, profundos, perdiéndose hacia arriba en el nacimiento de un cabello tan abundante como la barba; el ojo pequeño, triste y hundido, rodeado de círculos obscuros, y la nariz larga y encorvada,

[1] Henry Meige, loc. cit.

otras veces chata. Ese retrato no es, seguramente, el del hombre feliz, sino (como dice Chamfleury) el de ese « viejo arrugado que arroja una mirada melancólica sobre los muros de las ciudades por donde pasa ». La nota dominante de su aspecto y sintomatología es la expresión dolorosa, la cefalea constante, la raquialgia, las perturbaciones dispépticas, de los fenómenos oculares y de la sensibilidad general.

En las páginas de la obra citada de Mathieu Paris, *Historia Mayor* (Londres, 1571), uno de los libros más ingenuos y más sinceros, como observa Meige, se deja ver fácilmente que Carthophilus ha sido un completo ejemplar de histérico: *à certaines époques*, dice, *il fait une maladie qu'on croirait incurable; il est comme ravi en éxtase; mais bientôt guéri, il renaît et revient à l'âge qu'il avait avant;* y esta otra frase de Collin de Plancy (*La legende du Juif Errant*): *Pendant un mois il s'obstine á repousser tout aliment; mais chaque nuit le sommeil retablissait ses organes.*

Hay un secreto aguijón que los pone en movimiento perpetuo, un mecanismo oculto que *da cuerda* á esos autómatas vivientes cuando al través de los siglos marchan siempre, trastornados y enfermos por un desequilibrio permanente que ha acabado por constituir su característica más singular. El Dr. Ph. Tissié ha escrito un pequeño libro lleno de curiosas observaciones sobre los *aliénés voyageurs*, en alguno

de cuyos grupos esos israelitas errantes de todos los tiempos podían entrar por ciertos actos de su vida que los asimila. En diversas épocas, dice Collin de Plancy hablando del Judío errante, «les sobrevienen curiosas alucinaciones; y se persuaden á sí mismos que son el Mesías inmortal, que un enemigo los ha encantado y que por el movimiento perpetuo pueden romper el *encantamiento* en cuyo círculo fatal languidecen comprimidos». Y en ciertas versiones alemanas de la leyenda se pueden encontrar pasajes en que se ve claramente delineado en el Judío errante un verdadero delirio de *perseguido-perseguidor: il aurait accompli plusieurs meurtres, partant de l'idée que les juifs redeviendraient une nation s'il crucifiait un chrétien* (1).

(1) Véase como ampliación á estos datos que copio algunas veces con sus párrafos íntegros, el trabajo de HENRY MEIGE, *Le Juif Errant á la Salpêtrière;* pueden consultarse también las siguientes bibliografías: PARIS (MATHIEU), *Historia Mayor*, London, 1571; PHILIPPE MOUSKÉS, *Chronique* publiée par le baron de Reiffenberg, Bruxeles, 1836, 38, 45, 3 vol. in 4°; WANDERLICHER, *Bericht von einem Juden ans Jerusalem bürtig und Ahasverus genannt,* Leipzig, 1602, in 4°; *Histoire admirable du Juif Errant*, Bruges, s. d. in 12 (Reimprimé Rouen. 1751, in 4°); *Discours véritable d'un Juif Errant,* Bordeaux, 1608; CRYSOSTOMUS DUDULŒUS, *Von einem Juden von Jerusalem, Ahasverus genannt*, 1619, in 4° (autres éditions, 1634, in 8°; 1661, in 8°); *Relation oder kürzer Bericht von zween Zengen von Leideus Jesu-Christi,* s. l., 1645, in 4°; DROSCHER, *De duobus testibus vivis passionis dominicale*, Jena, 1668; FRENTZEL (JOHANN), *Meletema historicum de Judæo immortali*, Wittebergæ, 1672, in 4°; HADECK (JOHANN GEORG), *Relation eines Waldbruders, mit namen Ahasverus...* s. l. 1687, in 4°, (autre, 1697, in 4°); NIEMANN (SEBASTIAN), *De duobus testibus vivis passionis Christi,* Jenæ, 1668, in 4°; THILO (GOTTFRIÆD),

De todos los tiempos, los judíos son los que han constituido las turbas más excitadas, movedi-

Meletema historicum de Judæo inmortali, Wittembergæ, 1668, in 4°, (autre ibid. 1671, in 4°); SCHULTZ (CHRISTIAN), *Dissertatio historica de Judæo non mortali*, Kœnigsberg, 1689, in 4°, (autres, 1693, in 4°; ibid. 1698, in 4°; ibid. 1711, in 4°; Yena, 1734, in 4°); *Historische Nachricht von dem ewigen Juden*, Erfürth, 1723, in 4°; ANTON (CARL), *Dissertatio in qua lepida fabula de Judœo immortali examiniatur*, Helmstadt, 1756, in 4° (autre, ibid., 1760, in 4°); DUCOS (LUIS FRIS), *Historia del Judío Errante*, Madrid, 1819, in 8°; SCHUBART, *Ballade sur le Juif Errant*, dans ses *Œuvres complètes*, Stuttgard, 1839, 40, 8 vol. in 16; ROYAARDS (H. J.), *Nederlandsch archief voor Kerkelige geschiedenis*, XIII, D. Leiden, 1842, pp. 311, 328; QUINET (EDGARD), *Ahasverus*, nouvelle édition, avec notice par Ch. Maguin, París, 1843, in 12; GRÆSSE (JOHANN GEORG. THEODOR, *Die sage von ewigen Judeu*, Dresden, 1844, in 8°; BRUNET (GUSTAVE), *Notice historique et bibliographique sur la légende du Juif Errant*, Bordeaux et Paris, 1845, in 12; VIEUXBOIS (Marquise de), *La Juive Errante*, Paris, 1845, 2 vol. in 8°; COREMANS (VICTOR AMADEUS), *La licorne et le Juif Errant*, Bruxelles, 1845, in 8°; COLLIN DE PLANCY, *Légende de Juif Errant*, Paris, 1847, in 8°; SCHÆNHUTH (OTTMAN), *Ahasverus, des ewige Jude*, Reutling, 1849, in 8°; SUÉ (EUGÈNE), *Le Juif Errant*, Nouvelle édition, Paris, 1877, 4 vol. in 12; SCRIBE ET SAINT-GEORGES, *Le Juif Errant*, opéra en 5 actes, musique d'Halévy (se trouve dans les *Œuvres complètes* de Scribe, troisième série, tome V, Paris, 1874-77); GRENIER (EDOUARD), *La mort du Juif Errant*, poème, Paris, 1857, in 12; LAVOYSSIÈRE (P.), *Légende d'Ahasverus*, épisode, Paris, 1857, broch. in 12; Art. *Juif Errant* dans l'*Encyclopédie moderne*, complément, tome VII, p. 174; DUPONT (PIERRE), *La légende de Juif Errant*, illustré par Gustave Doré, Paris, 1862, in folio; NISARD (CHARLES), *Histoire des livres populaires*, 2e édition argumentée, Paris, 1864, 2 vol. in 12; PIESSAC (Comte de), *Les légendes d'outre-tombe*, Paris, 1869, in 8°; BONNEAU (ALCIDE), *Encyclopédie du XIX siècle*, tome XIII, p. 291, Paris, 1872, in 8°; SCHŒBEL. *La légende du Juif Errant*, París, 1877; PARIS (GASTON), *Encyclopédie des sciences religieuses*, tome VIII, p. 498, in 8°; *Le bonnet du Juif Errant*, comédie en 12 scènes, Nancy, 1882, in 16 [Yth. 20, 905] (cote de la Bib. Nat.); BLECHMANN (BERNHARD), *Ein Beitrag zur Anthropologie der Juden*, Dorpat, 1882, in 8° [8° O, Dorp. med. 1]; NAUBAUR (Dr. L.), *Die sage von*

zas y caminadoras. Iban detrás de sus apóstoles y profetas movidos por su palabra y recorrían en masas compactas grandes distancias. En ellas, más fácilmente que en cualquier otra agrupación, como que son hasta fisiológicamente predispuestas á los trastornos de la mente y de todo el aparato nervioso, se operaba con peligrosa facilidad la difusión de la exaltación de los aparatos motores á las regiones intelectuales del cerebro; al principio un delirio parcial puramente motor generalizábase á las esferas físico-intelectuales que entraban simultáneamente en un período de eretismo; se exaltaban y producían el delirio, acompañado de manifestaciones complejas que demuestran la participación de regiones más extendidas de la corteza cerebral en el proceso irritativo del principio [1].

El judío delira fácilmente por disposiciones orgánicas propias, ya reconocidas por la ciencia ; de la simple excitación mental, pasa con facilidad y casi sin transición á la locura. Tiene su imaginación naturalmente enfermiza desde la infancia de la historia, porque desde entonces el pensamiento ha sido contundido por el continuo traumatismo de la idea religiosa violenta y eferves-

ewigen Juden, Lipzig, 1884, in 8° [A. 20, 112]; WAHRMUND (ADOLF), *Das Gasetz Nomadeuthums und die heutige Judenherrschaft*, Karlsruhe, 1887, in 8° [8° H. 5, 207]; LŒB (ISIDORE), *Le Juif de l'histoire et le Juif de la légende*, Paris, (L. Cerf), 1890, in 16 [8° H. 5, 524].

[1] LUYS, loc. cit.

cente, de la alucinación mística constante, del secular delirio febril que sus profetas bravíos y sus santos enloquecidos por sueños apocalípticos han mantenido con la palabra y con su aliento urente en la conciencia exaltada del pueblo. Es hoy un hecho de notoriedad científica que existe en esa raza una disposición peculiarísima para todas las enfermedades mentales y nerviosas, lo que posiblemente explica el ardor extraño con que se ha echado en brazos de sus pesadillas mesiánicas, y la impulsión de sus persecuciones. Pueblo esencialmente perseguidor, como que su exaltación le sugería mil propósitos extravagantes de propaganda, basada en una superioridad religiosa ilusoria, hubiera sido doblemente terrible si ese mismo vicio de contextura mental no lo hubiera hecho impotente para los fines humanos de una organización social y política.

¿Cómo no vivir azotado por la alucinación y la locura religiosa bajo sus formas más variadas y extrañas, cuando se tiene un cerebro que es una esponja para todo género de dolencias nerviosas y mentales? Lo que sucede hoy no es sino una continuación modificada de lo que sucedía entonces, puesto que casi todas las causas, aparentes por lo menos, subsisten en sus costumbres [1].

Israel envejeció cerebralmente más pronto que lo que comunmente envejecen los pueblos, porque

[1] LUNIER, *Dictionnaire de médecine et de chirurgie pratiques*, pág. 304, tomo XV.

el exceso de fatiga mental, la continuidad del pensamiento intenso y de la emoción violenta apurando un cerebro frágil, lo agotó definitivamente. No es posible apreciar ese fenómeno por el procedimiento ilustrativo que ha empleado Crichton-Browne para decirnos que la generación actual envejece más pronto que las precedentes; pero por otro proceder más ó menos análogo se puede llegar al mismo resultado. Las muertes que en nuestros días han producido en Inglaterra las enfermedades nerviosas y del corazón, son, según él, de las víctimas del medio y de la civilización, porque el corazón y el sistema nervioso estallan primero que ninguno bajo la acción abrumadora del *surménage* (1).

El mismo criterio aplicado á Israel nos daría la resultante psicológica que buscamos: la frecuencia de las enfermedades mentales y nerviosas en ese pueblo proporcionaría el conocimiento aproximado de su salud cerebral.

Sea por la frecuencia de los matrimonios consanguíneos tan comunes entre ellos ó por otras causas, dice Jacoby que la *sordo-mudez* y la locura son muy frecuentes entre los judíos (2), y la *sordo-mudez* es un padecimiento esencialmente degenerativo. Lo mismo sucede con el suicidio,

(1) Discurso de Sir James Crichton-Browne en la Universidad Victoria.

(2) LUNIER, *Dictionnaire de médecine et de chirurgie pratiques*, pág. 304, tomo XV.

que constituye otra de sus plagas. Según Lunier (1) la locura sería allí mucho más común que entre los protestantes y en los católicos, lo que también podría atribuirse, dice, á la frecuencia entre los israelitas de los matrimonios consanguíneos. De los documentos recogidos por Legoit resulta la misma cosa: que las enfermedades mentales son en efecto muy frecuentes. En Baviera, en Hannover, en la Silesia prusiana y en Wurttemberg los censos especiales han demostrado el fondo de esta tendencia curiosa que nos sirve para explicarnos muchas cosas de la psicología de los israelitas de aquel tiempo: mientras que los católicos dan un loco sobre 2006, y la misma cantidad sobre 2022 los protestantes, los judíos dan un loco por cada 1554 (2). Por su parte, Luys agrega que las estadísticas de su clientela privada lo han dejado sorprendido al ver el tributo relativamente considerable que pagan á la locura (3).

Si bien es cierto que los documentos actuales no son tan completos para demostrar de una manera acabada la aptitud comparativa de las diversas razas para la enajenación mental en cada una de sus formas, no hay duda que la disposición de los judíos para estos males se impone como hecho de observación en todas las épo-

(1) JACOBY, *Études sur la sélection*, pág. 437; LEGOYT, *De l'aliénation mentale et du suicide chez les juifs*, etc., (*An. médico-psychol.*, 1871).

(2) *Annales médico-psychol.*, tomo I, 1871.

(3) *Traité clinique et pratique des maladies mentales*, 226.

cas de la historia. Bannister y Ludwig Kektoen, del Illinois, han demostrado, basándose en un censo muy completo que levantaron en 1888 sobre un número considerable de alienados, que la raza judía llevaba la delantera, particularmente para la *parálisis general*, la *manía* y la *melancolía* (1) cuyos rastros son tan visibles en toda la literatura de Israel. Todas las visiones del Apocalipsis tienen el amargo sabor de las alucinaciones terroríficas de los melancólicos exaltados y profundamente panofóbicos que han descrito los autores; y en esa angustiosa aspiración desordenada é infundada de ser ellos los únicos elegidos de Dios, el pueblo rey, los depositarios de la verdad divina, parece que estuviera el germen adormecido de esa *parálisis general* terrible, á que muestran tan visible predisposición; que comienzan por levantar al hombre á las colosales grandezas de su delirio prodrómico, para hundirlo bien pronto en la triste demencia de sus períodos finales. Kraft-Ebing comparte con los mencionados profesores la misma opinión, y agrega que es probable que ese hecho, más que á la religión misma, pueda atribuirse á la circunstancia de que ella presenta impedimento al matrimonio y castiga con leyes severas los cruzamientos de la raza (2).

(1) Regis, *Manuel pratique de médecine mentale*, pág. 36.
(2) Kraft-Ebing, *Trattato clinico pratico delle malatie mentale*, etc., pág. 191, tomo I.

Pasa lo mismo con las otras enfermedades nerviosas que comprometen el equilibrio psíquico, como lo ha demostrado Charcot: la *histeria*, la *neurastenia*, y la *epilepsia*. En todas las razas, más ó menos, se difunde la histeria en sus múltiples y caprichosas formas; pero en la raza blanca, los israelitas pagan el más pesado tributo, así como á todas las demás enfermedades nerviosas (1). Este hecho ha sido confirmado por Raymond, quien dice que la *histeria* femenina y masculina es muy frecuente en Varsovia: casi todos los histéricos son israelitas (2).

Cuando el *surménage* se acumula así de generación en generación y desde los tiempos remotos, cuando los individuos sanos se hacen en una raza cada vez más escasos, el estado neuropático se convierte en la característica del temperamento de familias enteras, y hasta de toda una raza, determinando la presencia de las enfermedades nerviosas y de la *neurastenia* que se observan en los judíos de todos los tiempos, y actualmente en los Americanos y en los Slavos (3). Y para terminar esta enumeración de autoridades, recordaremos finalmente que Ziemsen, judío de origen, autor de la *Enciclopedia médica*, se manifiesta del

(1) Guilles de la Tourette, *Traité de l'histérie (Histérie normale)*, pág. 119.

(2) Raymond, *Resumé des principaux travaux russes concernant la neurologie*. (Arch. de neurologies, vol. XVII, nº 51, pág. 462).

(3) Mathieu, *Neurasthénie*, pág. 178.

mismo modo sorprendido en presencia del gran número de enfermos del sistema nervioso, particularmente neurasténicos, que ha encontrado entre sus compatriotas y en las grandes familias de la aristocracia rusa ([1]).

De modo que todos esos males profundos que alteran y disminuyen el poder psíquico de resistencia, que vician todas las facultades intelectuales del cerebro, han constituido, toda la vida probablemente, las enfermedades más comunes del pueblo judío.

No entraremos en consideraciones de otro orden, aunque fluyen naturalmente de la comprobación científica del hecho que dejamos establecido, por no desviarnos del sujeto que nos ocupa: basta apuntarlo, puesto que es ilustrativo para comprender lo que conviene á nuestro propósito, que es averiguar el fundamento genérico, como dice Strumpell, de las psicosis colectivas é individuales que han azotado á ése pueblo. Sin duda esa misma instabilidad de su sistema nervioso explica la perfecta inaptitud para la vida política y la tendencia delirante de forma *perseguidora* que caracteriza su temperamento religioso. Cuando no han podido reinar y han sido oprimidos se han creido perseguidos; cuando se han sentido ayudados ó tolerados, se han mostrado exigentes y agresivos como nadie, manifestando precisamente en

([1]) ZIEMSEN, *Cliniche Vorträge: Die Neurasthenie und ihre Behandlung*, Leipzig, 1878; BOUVERET, *La Neurasthénie*, 1891.

esa tendencia de *perseguidos-perseguidores* el virus degenerativo que viene circulando en su cabeza desde tiempos remotos y que ha inutilizado la raza, cuya completa ausencia de sentido gubernativo es proverbial. Uno de los signos de mayor perfeccionamiento en el cerebro de un pueblo, es su aptitud para el *gobierno propio* y para el progreso, y los judíos no han podido formar hasta hoy una nacionalidad ni sacar de su seno un principio de poder militar [1]. Poseídos durante siglos por una verdadera exaltación morbosa de su misticismo, han acabado por perder toda aptitud para otra cosa; puede decirse que como pueblo, se han detenido en la infancia, quebrando por la transmisión constante y reforzada de males nerviosos hereditarios, la evolución de su cerebro, y perdiendo por el desuso y la enfermedad, facultades mentales superiores que han conservado y desarrollado otros pueblos.

La aptitud para el fanatismo religioso es, según lo tiene demostrado la Patología mental, un signo de inferioridad, tal vez un estigma degenerativo, lejos de ser de perfeccionamiento como quieren algunos. Recorred con espíritu científico esa osbcura y triste regimentación de la clínica psiquiátrica, y vais á encontrar siempre tal exaltación caracterizando con cierta persistencia ilustrativa las formas más demenciales y degenerativas de la lo-

[1] Renan, *L'Antechrist*, pág. 253.

cura y de las aginesias intelectuales: la *epilepsia*, la *imbecilidad*, los *delirios parciales* en los hereditarios, las *debilidades mentales*, etc., etc., tienen, todos ellos, frecuentes delirios religiosos y algunos se caracterizan exclusivamente por ese grupo de ideas. Por eso ha dicho con razón un maestro de la Psiquiatria alemana: que el excesivo afecto religioso (es decir, el fanatismo) puede ser la expresión de una anomalía original del carácter ó de una enfermedad, y Mausdley agrega que no es por cierto raro que bajo la influencia del fanatismo se aumente la sensibilidad, se exagere el sentido genital, etc., que son, seguramente, momentos etiológicos llenos de significación para explicar ciertas formas de locura (1).

Israel es y ha sido fanático, porque tiene un cerebro substancialmente predispuesto á la locura: lo uno es sin duda consecuencia de lo otro. Su disposición anormal ha especializado sus aptitudes exclusivamente para el misticismo, inutilizándolo para otra función. Por eso cuando Roma fundó el Estado, él fundaba la Iglesia. Roma creaba el gobierno profano y racional, los judíos inauguraban el gobierno de Dios (Renan). Los depositarios del espíritu de la nación estaban siempre bajo el dominio de una fiebre intensa que los colocaba, algunas veces, fuera de los límites de la razón, como dice Renan. La idea de

(1) MAUDSLEY, *La pathologie de l'esprit.*

que Israel es un pueblo de santos, una tribu elegida por Dios y ligada á él por medio de un contrato, echa hondas raíces que se hacen cada día más sólidas y más profundas (1) inhabilitándolo para todo otro trabajo mental que no provenga de la sorda elaboración de su misticismo absorbente.

Una inmensa esperanza llena las almas. «La antigüedad indo-europea había colocado el Paraíso en el origen; todos sus poetas lloraban una edad de oro desvanecida: Israel coloca la edad de oro en el porvenir, y los Salmos, esa eterna poesía de las almas religiosas, brotan con su divina y melancólica armonía de este pietismo exaltado.» Mientras que en torno suyo las religiones paganas se reducen más y más, á un charlatanismo oficial en Persia y Babilonia, á una grosera idolatría en Siria y Egipto y á vanas simulaciones en el mundo griego y latino (2), la de Israel se hace cada vez más psíquica, más íntima en el sentido de insinuarse profundamente en el pensamiento, trabajándolo más intensamente, exigiendo mayor fuerza y vigor al cerebro que á los sentidos, cuyo uso y abuso no es factor menos importante en los trastornos de la mente. Por eso, sin duda, se agotó tan pronto, y la inmensa labor de su mentalidad trabajada y con el consiguiente *surménage*, exasperó la fragilidad proverbial de su inervación favoreciendo la caída.

(1) RENAN, *Vida de Jesús*, pág. 48.
(2) RENAN, *Vida de Jesús*, pág. 49.

Pienso que la religión católica paga menos tributo á la locura desde que se ha hecho más sensorial é idolátrica, desde que ha abandonado el cerebro para llamar á los sentidos, desde que ha dejado de ser tan divinamente espiritual como era en sus comienzos, para hacerse un tanto material y hasta grosera, con las exageraciones crecientes del culto externo.

Ese tributo que las religiones pagan á la locura, ¿no estará probablemente en relación con el trabajo que reclaman del espíritu? ¿con el grado de concentración que exigen á la inteligencia?

Las religiones del culto externo, lujoso y variado, tienen un mecanismo mucho menos complicado para comprenderlas y practicarlas; demandan menos esfuerzo de atención sus dogmas son más claros y comprensibles y el clérigo ahorra al pensamiento el trabajo forzado de la especulación, porque piensa por él; le da al espíritu mediocre y meticuloso el alimento digerido, *peptonizado,* disciplina y regimenta las inteligencias, y con el gran instrumento de la *fe* salva todas las dificultades y despeja todas las dudas. Para llegar á una concepción de Dios y de sus leyes, el cerebro judío y el de muchas sectas protestantes, tiene que consumir un grado de fuerza cerebral inmensamente mayor que el que necesita un cerebro católico, que concibe á Dios bajo las formas fáciles á cualquier inteligencia, de un hombre de barba larga, de mansa apariencia por su

infinita bondad y rodeado de ángeles y querubines. Los espíritus débiles, los niños, las mujeres, las personas nerviosas, los caracteres místicos y contemplativos encuentran en sus prácticas fáciles, consuelos que no ofrecen otras que son áridas y poco consoladoras. No sé si me equivoco; pero me parece que las estadísticas confirman mis sospechas, si hemos de atenernos á las copias de Ball, Kraft-Ebing, Regis y algunos otros autores [1].

El estado de exaltación porque atravesaba la imaginación cristiana en los primeros tiempos fué por entonces complicado por los acontecimientos que tenían lugar en Judea.

[1] En Inglaterra, dice Th. Archambault en su *Introducción histórica* á la obra del profesor W. Ellis, la locura religiosa es muy común, particularmente entre los *metodistas*, que se precian de observar todas las prescripciones que ellos creen encontrar en el Evangelio. En los protestantes el metodismo es particularmente abrazado por las imaginaciones ardientes, las conciencias timoratas que en los católicos se refugian en el misticismo y en las prácticas más severas de la vida monástica. La Inglaterra, país protestante, en el seno de la cua lse agita un número infinito de sectas religiosas, todas animadas de un vivo espíritu de proselitismo, tiene una estadística de la locura bastante crecida. *Traité de l'alienation mentale ou de la nature, des causes, des symptômes et du traitement de la folie*, etc., etc., par W. C. Ellis, traduit de l'Anglais por Th. Archambault, enrichi des Notes par Mr. Esquirol.— E. Regis, *Manuel pratique de médecine mentale*, avec preface de Benjamin Ball, deuxième édition, 1892; Cullère, *Traité pratique des maladies mentales*, 1890; William W. Ireland, *The Blot upon the bram, Studies in History and Psychologie*; *The Pathology and Therapeutics of Mental deseases by J. L. C. Schroeder van der Kolk*, translated by J. T. Rudalt, 1870; Mandon, *Histoire de la folie instantanée*; Fere, *La famille neuropathique*; Gagnerot, *De la prédisposition dans la paralysie générale*, Thèse, 1893; Lionnet, *Des variétés de la paralysie générale dans leurs rapports avec la pathogénie*, 1878.

Todos esos hechos parecían justificar las visiones de los cerebros más frenéticos: « un acceso de fiebre que sólo podemos comparar al que invadió á la Francia durante la Revolución y á París en 1871, se apoderó de toda la nación judía. Esas *enfermedades divinas*, en presencia de las cuales la medicina antigua se declaraba impotente, *parecían constituir el temperamento ordinario del pueblo judío.* Durante cuatro años esta extraña raza que parece creada para engañar al que la maldice como al que la bendice, vivió en una convulsión, en presencia de la cual el historiador, fluctuando entre la admiración y el horror, se detiene con respeto como delante de lo que es misterioso » (1).

Y sin embargo, las causas de esa crisis no eran recientes; databan de mucho tiempo atrás.

Los espíritus, en aquella edad de suprema exaltación religiosa, « vivían bajo la influencia de una especie de alucinación permanente; ruidos aterradores se difundían por todas partes. No soñaban sino presagios, y el color lúgubre de la imaginación judía teñíalo todo con una aureola de sangre: cometas, espadas rutilantes en el cielo, batallas en las nubes, luces espontáneas brillando de noche en el fondo de los santuarios, he ahí lo que se contaba con terror. Un día eran las enormes puertas de acero del templo que se habían abierto por sí

(1) Renan, *L'Antechrist*, 226.

mismas y se resistían á cerrarse; durante la Pascua del año 65, hacia las 3 de la mañana, el templo fué en el espacio de una media hora iluminado como por una luz de pleno día; otra vez, el día de Petencostes, los guardianes oyeron ruidos extraños como de tropeles de gente que se decían los unos á los otros: *Salgamos de aquí! salgamos de aquí!* » (1).

Sobre todo, lo que más excitaba en el pueblo la necesidad de moverse, lo que más impresión y desequilibrio producía en sus facultades, determinando ese delirio que se traducía en agresión y persecuciones, eran las profecías mesiánicas que lo habían puesto insoportable. No se resigna uno fácilmente, como dice el autor de *Marc-Aurèle*, á un destino mediocre cuando se atribuye la realeza del porvenir. Las teorías mesiánicas se resumían para aquellas multitudes fatigadas, en un oráculo que se decía tomado de la Escritura y según el cual « debia salir por ese tiempo, de la Judea, un príncipe que sería el Señor del Universo » (2).

Y es inútil razonar contra la esperanza obstinada; la evidencia no tiene ninguna fuerza para combatir la quimera que un pueblo abraza con todas las fuerzas de su corazón y de su cerebro perturbado (3).

(1) RENAN, *L'Antechrist*, pág. 240.
(2) JOSEPHO, B. FVI, Saetonis, Vesp., 4, 5; TÁCITO, *Historias*, V, 13.
(3) RENAN, loc. cit.

La excitación ya desbordada por tanta causa acumulada durante largo tiempo, llega á uno de de los periodos de su mayor *agudez* en momentos en que los judíos arrojan á los Romanos de Jerusalem por un esfuerzo excepcional de vigor y heroismo.

Cuando se supo en Roma la noticia, la emoción fué viva y la guerra quedó abierta entre la nación judía y los Romanos (Renan). La multitud israelita, enardecida y delirante, quería hacer sentir á los Romanos el vigor de su garra de *perseguida*, y armada de antorchas amenaza incendiar el anfiteatro de Alejandría, reducir á cenizas hasta el último griego. Aquella turba tiene aspectos siniestros y solemnes en los momentos supremos en que toda la locura religiosa de que era capaz el cerebro de Israel se agitaba terrible bajo el craneo de la multitud que se mueve palpitante en un oleaje inmenso entre las calles estrechas. En vano Tiberio Alejandro intenta calmarlos. Las legiones se presentan, pero inútilmente, porque los judíos insisten provocando una matanza horrorosa: el barrio israelita de la ciudad llamada *Delta* fué materialmente cubierto de cadáveres cuyo número subió, para algunos, á la suma casi fabulosa de *cincuenta mil* (1). Pero ellos mismos se procuraban estas desgracias. En todas las ciudades y villorrios donde el judaísmo llegaba á

(1) Renan, *L'Antechrist*, pág. 257.

dominar, la vida se hacía imposible para los paganos ([1]). Su ardor en la persecución sólo es comparable al de los Inquisidores en los siglos de mayor auge del Santo Oficio: el delirio revestía á veces caracteres violentos, y se comprende que el éxito obtenido por la revolución judía durante el verano del año 66 hubiese causado en todas las ciudades mixtas que rodean la Palestina y la Galilea, momentos de verdadero terror, de horrible pánico ([2]).

Tanto sufrimiento acumulado, tanta persecución acabó por enloquecerlos completamente, y en distintas épocas el *delirio de persecuciones* con sus consecuencias *perseguidoras* finales tan lógicas, los echaba en los asesinatos cuyas represalias diezmaban sus filas compactas. Con motivo de matanzas verificadas por los Sirios después de los sucesos de Alejandría, formaron bandas feroces que recorrían las ciudades asesinando los Sirios en Philadelfia, Hesebon, Gerase, Scythópolis; devastaron la Decápola y Gaulonitida, incendiaron á Sebasta y á Ascalón, arruinando totalmente á Gaza y á Anthedón.

El mismo criterio científico de la época con todo su proverbial candor, miraba aquella rabia como un acto patológico y así la clasificó.

Dice Renan que lo que pasaba en Jerusalém y en las otras ciudades, hacía considerar á los ju-

([1]) RENAN, *L'Antechrist*, pág. 258.
([2]) RENAN, *L'Antechrist*, pág. 258.

díos como *une sorte de fou dangereux*, cuyos actos de furor era menester prevenir [1]. La Siria meridional fué un campo de matanzas y horribles carnicerías; cada ciudad estaba dividida en dos ejércitos que se hacían una guerra sin cuartel [2]. Las noches se pasaban en medio del terror y de la zozobra; la imaginación judía profundamente conmovida creaba los mil ruidos y las extrañas vociferaciones de la alucinación auditiva que daba pábulo al delirio. Los excesos de trabajo intelectual, la actividad febril de aquella edad de propaganda agresiva, las aspiraciones y deseos excesivos inspirados y mantenidos por la enorme esperanza de un destino religioso que ha revestido en la historia los inciertos contornos de una colosal *megalómanía*; las perturbaciones y traumatismos morales de todo género, el gasto excesivo y á menu-do el abuso inconsiderado de la fuerza nerviosa, y finalmente la desigualdad de condición, que excitaba las malas pasiones de los bajos fondos humanos, todas esas condiciones debían producir necesariamente un alto grado de excitación mental manteniendo al cerebro en la tensión permanente [3], que se traducía por tan grave delirio.

¡Perseguir! perseguir al pagano que resistía la imposición de la verdad divina: ese era su progra-

[1] RENAN, *L'Antechrist*, 256.
[2] RENAN, *L'Antechrist*, 256.
[3] PAUL JACOBY, *Études sur la sélection*, pág. 474.

ma colosal, y esa propaganda extraordinaria de que hablaba el autor de *l'Église chrétienne* en su bella conferencia en el *Cercle Saint-Simon* y que se extiende desde 150 años antes de Jesucristo hasta próximamente 200 después de nuestra era, está toda sombreada con los tintes profundos de su peculiar psicosis colectiva. La persecución tenía siempre ese carácter violento y excesivo; las poblaciones que no eran judías había que conquistarlas, forzarlas á aceptar la circuncisión. La turba era como en nuestro tiempo heterogenea y mal inclinada, si bien los pueblos judíos tenían cierta unidad etnográfica que establecía una rara solidaridad de la sensibilidad moral y de la inteligencia y aun cuando, como se ha observado ya, durante el imperio, la palabra *judaísmo* no tenía una gran significación etnológica, porque conforme á la predicción de sus profetas el judaismo debía ser algo de universal dentro de cuyos límites todo el mundo debía de entrar [1].

Los cuatro ó cinco partidos que había en Jerusalem en el apogeo de las persecuciones contra los judíos y los cristianos, concurrían con su parte de personal para constituir la multitud. La burguesía farisea, compuesta de gente honesta, sensata y tranquila, que amaba la religión y la observaba estrictamente, pasaba por indiferente y des-

[1] Renan, *Le judaisme comme race et comme religion*, etc.

conceptuada á los ojos de la mayoría exaltada. Josefo, dice Renan, es el tipo de esta clase de personas cuya suerte fué la que le está siempre reservada á los partidos moderados en tiempo de agitación. Ese era el único elemento, relativamente tranquilo, que había; los demás giraban dentro del vértigo que la enajenación popular sustentó por tan largo lapso de tiempo. La muchedumbre judía alternativamente perseguida y perseguidora parecía amasada con todo el elemento moral é intelectual insano del imperio; los exaltados de todo género, *zelotas*, *sicarios*, *asesinos* de la última especie mezclados á los fanáticos mendigos, reducidos á la última miseria por la injusticia y por la violencia de los saduceos (Renan) y que sin embargo se consideraban como los únicos herederos de las promesas de Israel, de ese pobre Dios querido, cuyo recuerdo tanto los exaltaba.

Indudablemente ellas son las que bajo el punto de vista del sujeto que nos ocupa, ofrecen un tema más fecundo á la psicología mórbida.

Tenían el espíritu nutrido de lecturas enloquecedoras, de libros proféticos como el de Henoch, de apocalipsis violentas que dan una idea de la alteración porque atravesaba su cabeza y que llevaban la inteligencia, según nos dice Renan, á un grado de exaltación «el más intenso de que conserve recuerdo la historia». Entraba igualmente en semejantes conjuntos, tan extraños, hoy mismo que los juzgamos con otro criterio, el cerebro desarti-

culado de multitud de bandidos, gentes sin escrúpulos, aventureros, palicaros peligrosos, fruto de la completa desorganización social que se acentuaba, soñadores piadosos, «esenianos, cristianos, ebionistas que esperaban tranquilamente el reino de Dios; personas devotas agrupadas alrededor del templo», orando y llorando con la exaltación de un verdadero delirio religioso. Los árbitros de la situación eran los que naturalmente dominaban por la violencia de su enajenación mística indisciplinada. «El limo democrático y revolucionario del judaísmo se manifestaba en ellas de una manera horrorosa». Vivían persuadidos con Judas el Galonita que todo poder viene del mal, que la realeza es una obra de Satán (teoría que soberanos como Nerón y Calígula, verdaderos demonios encarnados, justificaban plenamente) y se dejaban matar, más bien que dar á otro que á Dios el nombre de maestro [1]. Imitadores de Mattathias, el primero de los zelotas que viendo á un judío haciendo sacrificios á un ídolo lo mató, vengaban á Dios á golpe de puñal. El solo hecho de oir hablar á un incircunciso de Dios ó de la ley, les bastaba para que trataran de sorprenderlo solo y darle á elegir entre la circuncisión ó la muerte. Ejecutores de estas sentencias misteriosas que se abandonaban *á las manos del cielo,* creyéndose encargados de hacer ejecutiva esta pena formida-

[1] Renan, loc. cit.

ble de la *excomunicación*, que equivalía á poner fuera de la ley y á una condenación á muerte, formaban un ejército de terroristas en plena ebullición revolucionaria. Podría preverse de antemano que esas conciencias alteradas, incapaces de distinguir sus groseros apetitos de las pasiones que su frenesí las representaba como santas, irían hasta los últimos excesos y no se detendrían en presencia de los más grandes excesos de su locura [1].

Todo lo que queda descrito, deja, pues, traslucir el fondo morboso que daba una completa peculiaridad á ese entusiasmo.

Dice Renan que aquellos hombres parecían verdaderos *poseídos* [2] de esa *posesión* que algunos siglos después en la Edad Media tuvo nuevamente caracteres epidémicos. El espíritu profético se manifiesta bajo la forma de alucinaciones, de ilusiones, en los libros hebreos que están llenos de apariciones de todo género, revistiendo siempre ese carácter sintomático. Muchos de los profetas judíos eran, según se ha afirmado (Exodo, IV, 10, comp. Jeremías, 10) tartamudos, es decir, *parafásicos*, antes de entrar en su misión y recibir la inspiración divina; y las visiones de los más antiguos profetas habían sido acompañadas siempre de fenómenos violentos de excitación nerviosa (Sam., XIV, 23 sig.; Renan, *Los apóstoles*).

[1] RENAN, *L'Antechrist*, pág. 229.
[2] RENAN, *Los Apóstoles*, pág. 34.

Otra circunstancia que también da una idea de la frecuencia de todos esos males de la inervación, es la de haber sido una de las principales habilidades de la *milagrería* de sus profetas y santones, curar á los *endemoniados, paralíticos*, etc., cuyo exorcismo parecía eficacísimo, según Damacius, citado por Renan. Por otra parte, los judíos, dado el género de vida que llevaban, eran naturalezas empobrecidas, agotadas por una grave *miseria fisiológica* que los preparaba para toda especie de trastornos cerebrales. Comían poco y escasamente y en un país « donde la organización económica era nula y poco desarrollado el comercio y las fuentes de bienestar mediocres, las *faminas* venían con alguna frecuencia »; entre otras una bien terrible en el cuarto año del reinado de Claudio, el año 44, sin contar las parciales que azotaron las poblaciones durante ese mismo período (1). Todo eso, como digo, contribuía á mantenerlos en esa tensión nerviosa. « La sobriedad del Sirio, causa de su debilidad física, lo pone en un estado de fiebre continua y de susceptibilidad nerviosa. Con un régimen tal serían imposibles nuestros esfuerzos continuados de cerebro » (2): esa debilidad cerebral y muscular, conduce sin causa aparente á una situación patológica más ó menos durable y permanente, y la actividad exagerada del encéfalo, esa actividad constante de la

(1) RENAN, *Los Apóstoles*, pág. 138.
(2) RENAN, *Los Apóstoles*, pág. 41.

excitación, transmitida hereditariamente á las generaciones siguientes, se manifiesta de una manera muy diversa ([1]) aunque siempre dentro del cuadro variadísimo de las neuropatías.

El cerebro, como los otros órganos de la economía, tiene un límite de fuerzas que cuando se sobrepasa imprudentemente, sucumbe. Por consecuencia, si la tensión y la excitación, dice un maestro psiquiatra, han afectado en cierto número de individuos un alto grado, producirán en sus descendientes y en las generaciones siguientes una serie de anomalías, de afecciones y de perturbaciones desde el talento *hors ligne*, las capacidades brillantes que ha producido Israel, hasta las psicopatías, hasta las más variadas afecciones nerviosas tan frecuentes en ese pueblo, las deformidades psíquicas, las anomalías morales y, en fin, todo el cortejo ordinario de síntomas de degeneración, tales como la esterilidad, la muerte prematura y la extinción de las razas ([2]). Un grado menor de excitación cerebral probablemente les hubiera dado en las generaciones siguientes, espíritus brillantes, un nivel moral é intelectual menos grande pero más equilibrado y normal seguramente; una vida psíquica más vigorosa, más variada y más adentro del nivel fisiológico común. Se comprende, como

([1]) JACOBY, *Études sur la sélection dans ses rapports avec l'hérédité chez l'homme*, pág. 474.

([2]) PAUL JACOBY, *Études sur la sélection dans ses rapports avec l'hérédité chez l'homme*, pág. 474.

dice el mismo Paul Jacoby ya citado, que cuanto más fuertes son las causas determinantes, la vida psiquica más activa y febril, el abuso de la actividad cerebral más excesivo, mayormente triste será el resultado y más fácilmente terminará en las formas patológicas finales.

Esa es la historia de todas las agrupaciones humanas organizadas en ese molde vicioso; lo mismo ayer, en tiempo de las persecuciones de los primeros siglos del Cristianismo, que en nuestros días; la diferencia positiva está en que ahora son más conocidas, porque están estudiadas con más amor, más hábilmente disecadas por el ojo escrutador de la psicología patológica.

Es casi siempre el crimen vesánico, *le crime fou*, sin causa y sin objeto, es el frenesi que no razona, que no comprende el que lo arrastra [1]; es, en fin, la consecuencia natural de la posesión del fanatismo delirante sembrado sobre una conciencia frágil.

Para las turbas de París del año 92 ó de la Comuna, es la *folie de la poudre* la que las posee y las incita; para la multitud que lleva las masas de cristianos y de judíos al crimen y á la matanza, es la *locura de las persecuciones*, bien caracterizada sin duda, pero con la única diferencia de la etiología y patogenia que le imprime la circunstancia de ser colectiva en vez de

[1] SICHELE, *La foule criminelle. Essai de psychologie collective*, traduit de l'italien par Paul Vigny, 1892.

individual. Las alucinaciones colectivas del oido que constituye un carácter tan conocido del *Delirio de Lasègue,* el periodo más francamente melancólico en que el pobre alienado se cree víctima de tenaces persecuciones y su terminal transformación en *perseguidor* feroz y vengativo de sus imaginarios agresores, que se observan casi sin excepción en la evolución del delirio individual, todo se ve en la feroz *manía persecutoria* de las turbas.

Probablemente ellas también comienzan por sentirse presa de todo ese cúmulo de sensaciones enfermizas; de perturbaciones funcionales ú orgánicas que sorprenden al individuo obligándolo á análisis íntimos de su sér ([1]) para pasar luego al período de *explicaciones delirantes* en que la sistematización progresiva de la tendencia del enfermo á relacionarlo todo á la hostilidad y á la mala voluntad de los hombres, acaba por constituir el verdadero delirio de las persecuciones, tan magistralmente descrito por el profesor Lasègue.

Seguramente que la alucinación, principal agente de la enfermedad, tendrá allí, más ó menos, el mismo desenvolvimiento que en el individuo. Lenta pero fatal, marchando por etapas sucesivas en un crescendo solemne, pausado y progresivo. Se comienza por simples perturbaciones sen-

([1]) REGIS, *Manuel pratique de médecine mentale.*

soriales pero bien pronto aparecen las ilusiones, que á su vez ceden su lugar á las alucinaciones, única y confusa al principio, luego clara y neta, cada vez más precisa y más próxima á la sensación. El ilustre maestro de *Santa-Ana* nos ha hecho una verdadera obra de arte en la descripción del procedimiento de esas perturbaciones. Para el oído, dice, las primeras sensaciones son simples, medio borradas: bordoneos, sonidos inarticulados; luego cantos confusos, vagos, lejanos ruidos de campanas, gritos y voces tumultuosas... Más adelante ese indeterminado ruido de la campana se transforma en un tañido claro y lúgubre, en un *doble* fúnebre; los gritos, las voces informes, en injurias, amenazas, gritos de auxilio; poco á poco la alucinación se hace distinta y se perciben, bien claros entonces, los reproches, las acusaciones, las quejas netamente formuladas, los lamentos, las plegarias y ruegos de un pariente ó de un amigo, las voces emanadas, las palabras que salen correctas y articuladas de labios desconocidos ([1]).

La turba tan asustadiza y artera, más expuesta á la sugestión delirante que el individuo aislado, está intelectualmente más susceptible, y sensible para cualquier perturbación de este género, tanto más, cuanto que causas poderosísimas para perturbarla obraron constantemente sobre un te-

([1]) MAGNAN, *De l'alcoolisme et ses diverses formes*, pág. 43.

rreno de calidad inferior. Dice Maxime du Camp que casi todos los principales promotores y directores de las multitudes tienen un lugar reservado en Charenton entre los locos agitados. Y en efecto, no pueden explicarse sus excesos sin recurrir á este elemento aliénico que, como dice Forel, retrae al hombre á esos instintos atávicos, bestiales, que lo empujan hacia los últimos tramos de la descomposición mental humana. « Sucede á menudo, agrega el autor de *Les fourmis*, que al fin del combate las hormigas amazonas son presa de un furor tal, que hasta muerden á los mismos compañeros que las rodean, á las larvas y á los esclavos que en vano tratan de calmarlos y ensayan retenerlos de las patas mientras dura su cólera ». Como la hormiga, la turba llega también á ese grado de rabia aunque por distinto procedimiento mental, naturalmente [1]: el furor tiene en ese caso mucho de animal porque es ingobernable é indisciplinado como el instinto.

Por la naturaleza de su contextura, la multitud es esencialmente impetuosa y maligna, aunque algunas veces parezca que la reflexión gobierna sus determinaciones. Por regla general entran en su composición, los criminales como agentes de dirección y de *inflamación*, diré así: los alienados, los hereditarios de toda clase que se sienten atraídos al abismo por su propia organización anómala,

[1] *La foule criminelle, essai de psychologie collective par* SCIPIO SICHELLE; FOREL, *Les fourmis.*

los alcoholistas y bebedores que van con el propósito de satisfacer sus apetitos, en suma, la borra social, privada de todo sentido moral. Mezclad dentro de ese monstruo inconsiderado y por su naturaleza dócil á cualquer impresión, todos estos individuos ya enajenados y á la natural estimulación que les produce el medio y los acontecimientos en que son actores, se agregará la sugestión violenta de su crueldad ó de su locura enardecida [1]. Bueno es recordar para completar la imagen que el número de locos ha sido siempre grande en las revoluciones, en los grandes acontecimientos en que los hombres se ven asociados en turbas y en que el cerebro sufre un verdadero traumatismo moral é intelectual; en que un complejo de circunstancias ambientes actuando por largo tiempo con igual violencia, concurre á poner el espíritu en un verdadero estado de *dinamia* [2].

No sólo porque los locos toman una parte activa, arrastrados más fácilmente que los otros por el vértigo del entusiasmo colectivo, sino porque, como lo hace notar Lunier, las grandes conmociones políticas y religiosas favorecen el estallido de todos aquellos cerebros predispuestos á la enajenación mental. La estadística y la observación parcial de los manicomios lo ha demostrado plenamente, desde Pinel, que, creo, fué el prime-

[1] Véase : Scipio Sichelle, obra cit.
[2] Véase: Regis, *Annales médico-psychologiques.*

ro en hacer la observación, hasta nuestros dias en que diversos alienistas lo han ratificado.

Belhome en su obra *Influences des conmotions politiques* (1872), indica la notable recrudescencia de la locura debida á las revoluciones de 1831, 1832 y de 1848. Bergeret observaba el mismo hecho en su artículo de la *Gazette des hôpitaux* titulado *La Politique et la Folie* y con respecto á la revolución de 1848 Lunier ([1]), Legrand du Saulle ([2]), Regis ([3]), etc., etc., han consignado observaciones análogas.

No son los criminales los únicos que, entre los degenerados, toman parte en las revoluciones; se ha visto también mezclarse á ellas á los locos, «salidos de los manicomios y hospitales cuyas puertas siempre han abierto las turbas, permitiéndoles abandonarse libremente á sus delirios, en las plazas y en las calles públicas mejor que en sus celdas solitarias. Un gran número de esos desgraciados recorrían las calles de París durante los acontecimientos de la Comuna llevando por todas partes el desorden y el terror». El hijo de una loca, agrega Tebaldi, que alternaba su permanencia entre el hospital de locos y la prisión, fué uno de los actores más encarnizados, en las persecuciones, las matanzas y los incen-

([1]) *Influence des événements et des conmotions politiques sur le développement de la folie*, París, 1879.

([2]) *Le délire des persécutions.*

([3]) *Manuel pratique de médecine mentale;* véase también Scipio Sichelle, *La foule*, etc.

dios. La más célebre entre todas fué Lambertine Theroigne, «esa heroina de sangre, que guiaba las turbas al asalto de los Inválidos y á la toma de la Bastilla y que murió en la Salpètrière arrastrándose sobre las rodillas y las manos» ([1]). Para hacer, á este respecto, más firme la convicción, no hay sino hojear libros tan ricos en observaciones de este género como el de Esquirol, *Des maladies mentales;* Jules Clerc, *Les hommes de la comune ou l'insurrection de Paris devant la psychologie morbide*, y el interesante libro de Maxime du Camp *Les convultions de Paris* (1880, tome quatrième).

La conmoción de los espíritus en la Roma de los grandes hechos religiosos era extraordinaria. Una fiebre de persecuciones y de matanzas se habia apoderado de todos: podíamos decir que en ciertas épocas el pueblo parecía entregado á los arrebatos de un delirio epidémico tan bien caracterizado como la *demonopatía*, la *zoantropía*, la *corea* y la *demonolatría* de la Edad Media, que reproduce bajo otra forma la misma enajenación de aquellos tiempos lejanos.

Causas profundamente difundidas y propicias para propagar el mal, actuaban sobre la conciencia popular bajo la intensa necesidad del reposo mental que hacia muchos años habían perdido.

Roma estaba excitada por esa *debilidad irritable*

([1]) TEBALDI (AUGUSTO), *Ragione et Pazzia*, Milano, 1884.

de la astenia que tantos años de orgía y de libertinaje le habían producido y á que nos hemos referido en el capitulo I. La sífilis, esa sífilis *cesárea* que se difundía en todo el imperio de una manera alarmante, comía el rostro y debilitaba la mente como el gálico moderno, *tristem et corruptum scabie, horrigine plenum*, como decía Juvenal en su célebre sátira. Ese romano delirante estaba corroído por la sífilis, y deprimido por la sodomia: *Mentula quum doleat fuero tibi nævole cubus*, decía Marcus Valerius Martial. *Non sum divinus, sed scio quid facias.* Esta afección que Marcial menciona únicamente para fundar la *pasividad* de su personaje, se refería á accidentes sifiliticos ó chancros blandos ([1]). La piscina romana era un vector terrible y activo de trasmisión; estaban abiertas á todo el mundo y los hombres y las mujeres se bañaban *pêle-mêle* sin la menor cubierta ni escrúpulos y el agua que corría poco, se encargaba de mantener el contagio ([2]). ¡Cómo se insinuaría en aquel encéfalo agotado, la afección desatendida, mejor dicho, entregada á la medicación supersticiosa del curanderismo de los terapeutas. No hay, pues, cabeza que sorprendida por un concurso de circunstancias tan graves, no se sienta exaltada y arrancada violentamente fue-

([1]) F. Buret, *La syphilis aujourd'hui et chez les anciens*, 1891.

([2]) F. Buret, *La syphilis aujourd'hui et chez les anciens*, 1891.

ra de su quicio saludable. La persecución en estos casos no obedece, probablemente, á la exageración de un sentimiento de respeto y de apego supersticioso á su culto, es más bien una consecuencia del estado anormal de la inteligencia colectiva que está desorganizada.

¿No será una expresión vivaz de la «fiebre de los caídos», de esa fiebre *cerebral sui generis* que según Van Prinsterer era epidémica en los días de agitación religiosa del siglo XVI?

El delirio así como en estas épocas afectaba una fórmula mística, en otras toma el tinte político, financiero ó industrial, traduciendo una tendencia exagerada del sentimiento general. Es la misma fuerza pero bajo la forma distinta que le impone la época y el medio. Los romanos no eran como los judíos, un pueblo fanático y excitable, ni tenían seguramente la visible predisposición aliénica de Israel, pero estaban como él agotados. Sólo buscaban el placer de los cuadros plásticos y de las torturas atroces. Para complacerlos, dice Allard [1] era necesario que Isción fuera verdaderamente destrozado y que Icaro se rompiera la cabeza cayendo del cielo. La turba cuya curiosidad feroz satisfacía Nerón con sus espectáculos sangrientos había perdido el sentido moral y se entregaba á los enardecimientos frecuentes que él fomentaba; lo seguía dócilmente como esos perros de raza bri-

[1] ALLARD, *Histoire des persécutions pendants lès deux premiers siècles*, París, 1885.

tánica ó escocesa de una ferocidad extrema que especialmente enseñados lanzaba en los combates del anfiteatro ([1]).

Las persecuciones tenían la forma horrible que sólo el cerebro trastornado del hijo de Agripina podía concebir y la multitud convocada por aquel César imbécil concurría, furiosa, en los primeros días de agosto á presenciar una fiesta de excepcional novedad. Debía durar probablemente muchos días, según refiere Tácito, dándonos una idea hasta donde estaban dentro de una anormalidad mental tan propia de su decadencia. La relación de Tácito, demasiado breve para ser completa permite sin embargo reconstruir, dice Allard, cuyas palabras palpitantes vamos á copiar, el espectáculo ofrecido por aquel loco degenerado á la curiosidad sanguinaria de la multitud. Para que fuera más completa la fiesta, debió ser de día y de noche. Los *juegos* comenzaban por una de esas procesiones, largas y crueles, en que el cortejo de condenados desfilaba delante de las miradas de los espectadores, entre dos filas de esclavos de anfiteatro armados de látigos. Después tenía lugar el *venatio* ([2]), que era generalmente el principio de estos días sangrientos: una parte de los prisioneros cristianos fueron entregados á

([1]) Strabon Gregi, IV, 5. cf. Symmaque, esp. II, 77.

([2]) Antes de la construcción del *anfiteatro Flavio,* dice Allard, las *venationes* ó combates de bestias, lo mismo que los combates de los gladiadores, se daban en los circos.

las bestias usando con ellos refinamientos atroces porque los revistieron de pieles de animales y en esa condición, presentados á la voracidad de los perros embravecidos que les hicieron una caza implacable ([1]). Cuando el pueblo satisfizo sus ojos con este horrible drama, fueron introducidos otros cristianos y en las cruces previamente preparadas en el circo, amarrados, para que animales feroces y hambrientos los devoraran como era costumbre en los anfiteatros romanos. No dice Tácito, si en el circo del Vaticano hubo también mujeres inmoladas de esta manera; probablemente á las matronas y demás mujeres cristianas dejáronlas reservadas para otra parte del espectáculo obligándolas á aparecer en alguna de esas representaciones, mitad drama, mitad comedia, *pyrricha*, en que se asignaba al condenado un papel trágico que tenía que ejecutar al natural ([2]). Tal era «el horrible realismo de las costumbres, tales las exigencias brutales de espectadores en quienes el exceso de escenas voluptuosas ó sangrientas habían mellado, atrofiado el sentimiento del arte», dejándole sólo esa tendencia por lo grotesco que Schulle ha estudiado con tanto talento en su bella y reciente obra ya mencionada.

Para formarnos una idea del gasto cerebral que produciría en el pueblo romano de las grandes

([1]) ALLARD, *Persecución*, pág. 46, tomo 1º.
([2]) ALLARD, loc. cit., tomo 1º, pág. 47.

persecuciones la existencia de penetrante emoción en que vivió, es necesario conocer la suma de esfuerzo nervioso que representa la vida ordinaria, sobre todo aquella vida urbana, deletérea por los cuatro costados.

Todas esas actividades, decía un médico alemán de nuestros días, aún las más simples están ligadas á un esfuerzo del sistema nervioso ó á una consumación de sus materiales. Cada línea que escribimos ó leemos, cada fisonomía humana que vemos, «cada conversación á la cual nos entregamos, cada escena, en fin, que percibimos por la puerta de un tren que se desliza á todo vapor, pone en actividad nuestros nervios y nuestro cerebro», con una fuerza é intensidad en relación con el temperamento y la susceptibilidad de cada uno. «Aún los pequeños sacudimientos del camino de fierro son percibidos por la conciencia, los ruidos perpetuos y los cuadros variados de las calles de una gran ciudad, nuestra impaciencia por conocer las consecuencias de tal ó cual hecho, la espera de un diario, de un visitante, todo, todo cuesta trabajo á nuestro cerebro» [1]. ¡Cuál sería, pues, la usura de aquellos nervios romanos y judíos viviendo por largos años! ¡qué digo años! por siglos, bajo la acción conmovedora de una lucha religiosa á muerte! Si los millares de cartas que lee cada habitante en Berlin al año, si las 18.700 nuevas publicacio-

[1] MAX NORDAU, *Dégénérescence*, pág. 71, tomo 1°.

nes, los 6800 diarios nuevos que publica la Alemania, el inmenso movimiento comercial de la Europa, el número de viajes, la agitación industrial, y, en fin, la acción continuada sobre el cerebro de ese enorme cúmulo de intereses intelectuales complicados, implican una actividad proporcionalmente considerable de cada individuo [1] en nuestra vida moderna, y con una higiene cerebral relativamente más cuidada y eficaz, qué esfuerzo mental no representaría para la inteligencia y sensibilidad moral del romano enervado, la lucha religiosa complicada con el despotismo de Nerón y de Calígula!

Roma y el Judaísmo fueron sorprendidos por el Cristianismo; no quedándole tiempo ni aptitudes suficientes para adaptarse á las nuevas condiciones de vida, su cerebro tuvo que estallar.

Hay un principio elemental de fisiología cuya violación explica el fenómeno : «nuestros órganos adquieren una capacidad funcional cada vez mayor, á medida que se desarrollan por su propia actividad y pueden responder á exigencias, por decir así, ilimitadas, pero solamente á condición de que eso se haga poco á poco dándole tiempo á su desarrollo, porque si verifica sin transición, un múltiplo de la tarea habitual se paralizará completamente». El momento había venido, como dice

[1] Véase: *Dans cent ans* (*Revue scientifique*, 1891 y 1892) par CHARLES RICHET; *Annuaire de la presse*, 1891; BORDIER, *La vie des sociétés;* MAX NORDAU, *Dégénérescence*, tomo 1°.

Renan, en que el Cristianismo mantenido en el secreto de las gentes humildes que le debian su felicidad iba á estallar en la historia por un golpe de trueno, cuya repercusión debia ser tan prolongada ([1]). Aquel que no estuviera preparado para recibirlo tendria que caer en la batalla. El Cristianismo era una etapa mayor en el desenvolvimiento y evolución orgánica de cerebro humano; es la crisis de una edad, como la *pubertad* y la *dentición*, que representan una ascensión en la escala del desarrollo natural del cuerpo. No estando el cerebro Romano y Judío del tiempo de su aparición, en suficiente aptitud para recibirlo por un retraso explicable en su desarrollo encefálico, sucedió lo que era lógico dentro de las leyes que presiden á esos fenómenos naturales: un estallido de la impotencia que se tradujo en el delirio y la persecución, el agotamiento neurástenico de un grave *surménage* moral é intelectual consecutivo. Los gérmenes de esa magnífica filosofía ó si se quiere de esa gran religión cristiana, se dibujan vagamente en el purísimo sentimiento religioso de Isaías, raro ejemplo, como dice un maestro, de un gran creador religioso al mismo tiempo que de un notable escritor. Pero jamás el cerebro de los contemporáneos del hijo de Amás hubiera comprendido y aceptado sus ideas en la amplitud cristiana por falta de suficiente desarrollo mental. El hecho de que los

([1]) RENAN, *L'Antechrist*, pág. 110.

primeros que lo adoptaron y lo amaron con el inocente fervor de sus almas primitivas hayan sido gente sencilla, como los pescadores sublimes del lago Tiberiade, no destruye mi acerto. Porque como hoy mismo lo indica la psicologia, el último habitante de una aldea europea tiene actualmente y á pesar de su mediocridad mental un horizonte geográfico más amplio, intereses intelectuales más numerosos y más complicados que el primer Ministro de un Estado de hace un siglo y medio.

¿Por qué?

Porque su masa cerebral se ha desenvuelto y adquirido aptitudes que ese buen Ministro no tenía aún. Hay un hecho de notoriedad científica que demuestra experimentalmente cómo se verifica esa evolución en la sucesión de los siglos y bajo la influencia de la multiplicidad de factores mentales que acumula la civilización. Una feliz casualidad permitió á Broca comparar los craneos de un grupo considerable de franceses de raza relativamente pura del siglo XII con la de los actuales habitantes de Paris y apreciar, hasta donde era posible, la influencia de los progresos materiales, sociales é intelectuales sobre el desarrollo y conformación del craneo [1].

Bajo aquellas influencias es que se iniciaron en Roma las persecuciones á los cristianos. La multi-

[1] PAUL BROCA, *Sur des crânes provenant d'un cimetière de la cité anterieur du troizième siècle (Memoire d'Anthropologie)*, tomo 1°, pág. 332.

tud diciplinada se mueve nerviosa y preocupada por los desastres que se desarrollan delante de sus ojos, despertándole sospechas angustiosas. Ese período de interpretación delirante á que aludiamos hace un momento, sacude con sus aprensiones patológicas la inteligencia popular y pasa rápidamente á desembocar en un furor activo de hostilidad y de venganzas finales. En esos momentos el primer impulso es el más agresivo: buscan las víctimas que según la dolorosa sugestión de su estado enfermizo pueden ser autores ó colaboradores en el desastre general. Si el Tiber inunda á Roma, si el Nilo no riega las campañas, si el cielo está cerrado, si la tierra tiembla, si viene el hambre, una guerra ó una peste..., un grito inmenso se levanta en la ciudad agitada: *¡los cristianos á los leones! ¡á muerte los cristianos!* (1).

Cuando uno ha penetrado en el carácter de Marco Aurelio, cuyo reinado se distinguió como el de la feroz tiranía de Roma por su persecución sin tregua «y sólo tiene en cuenta el título de *filósofo* que le daban á porfía sus admiradores paganos y los apologistas cristianos mismos, el espíritu se pregunta, cómo este príncipe honesto, esclarecido, no trataba de imponer silencio á la voz popular cada vez que semejantes gritos herían sus oídos». ¿Es que había algo superior á sus fuerzas, que por

(1) ALLARD, *Histoire des persécutions pendant les deux premiers siècles*, etc. etc., pág. 336, tomo 1°, 1885; TERTULIANO, Ad. Nat., 1, 9, Apólogo, 40.

cierto no eran grandes, dada la debilidad de su carácter notorio, en este espíritu de una distinción tan esquisita por otra parte? Indudablemente.

Cuando el populacho está excitado y en pleno delirio no tiene ya gobierno ni hay fuerza política que le ponga freno. Su locura reviste más ó menos los caracteres de sus delitos.

La turba, decía un penalista reputado, es un amasijo de elementos heterogeneos y desconocidos los unos de los otros: desde que una chispa de pasión brota en uno de ellos, electriza este *pêle-mêle* y se produce una especie de organización súbita, de generación espontánea. Su incoherencia, agrega el ilustrado Tarde, se hace entonces colectiva, el ruido se convierte en voz y estos millares de hombres alterados, forman bien pronto una sola alma, una sola voz, una bestia innominada y monstruosa que marcha á su propósito con una finalidad irresistible (¹). Cuando es la locura en vez de la pasión, que es el pródromo de aquella en las naturalezas predispuestas, curioso es ver, cómo la alucinación y el delirio se difunden segura y rápidamente: su aparición sólo visible al principio para unos pocos, se hace rápidamente general para todos los ojos bajo la influencia de causas poderosas de entusiasmo. La marcha del proceso de generalización epidémica en esos males de la inteligencia popular nos es bastante

(¹) Tarde, *Philosophie pénale*.

conocida: los agentes de depresión nerviosa obrando por largo tiempo, como sucedió en los Judíos y en los Romanos, prepararon el terreno para que el germen vesánico que duerme en todos los pueblos durante épocas normales, cultivado al calor de predicaciones violentas y calurosas, comenzase su desarrollo hasta afectar la forma del delirio que abatió por tanto tiempo el cerebro de Roma y de Israel. La misma pasión sectaria, la organización de raza predispuesta por excelencia, la tradición y otros tantos factores, nivelan los espíritus y los prepara, cualquiera que sea por otra parte la heterogeneidad moral del conjunto, para sentir por igual la conmoción que ha principiado en un grupo diminuto, y que luego se propaga á todos: como en el lago tranquilo en el cual se arroja una piedra, las ondas se dilatan, se propagan y se difunden á toda el agua, dice Sichelle, que ha hecho de la *foule criminelle* un estudio lleno de talento y para darnos una idea pintoresca de ese proceso de difusión.

El principio que rige ese fenómeno en el orden fisiológico está en la tendencia nativa á la imitación, propiedad elemental del espíritu que uniforma los caracteres de una época, de un país, de un pueblo, de un pequeño círculo de amigos como dice Bordier [1]. Cada hombre está individualmente dispuesto á la imitación, pero esta

[1] BORDIER, *La vie des sociétés*.

facultad tiene su máximun entre los hombres en asamblea; en las salas de espectáculos y las reuniones públicas en que el menor palmoteo, el menor rumor, un silbido ó un ruido cualquiera bastan para arrojar á la multitud en un sentido inesperado ([1]). « Es una verdad incontestable que la inclinación que el hombre tiene á imitar es una de las tendencias más fuertes de la naturaleza. Basta arrojar una mirada al rededor de nosotros, para ver que el mundo social no es sino un tejido de *similitudes;* similitudes que son producidas por la imitación bajo todas las formas: imitación-moda, imitación-simpatía, imitación-obediencia, imitación-instrucción, imitación-educación, ó imitación-reflejo » ([2]).

Eso hace la imitación dentro del orden fisiológico ¡ qué no hará y cuáles no serán sus resultados cuando es la enfermedad, la locura colectiva, proceso esencialmente *contagioso* cuando invaden con sus horrores, felizmente transitorios, poblaciones enteras, ciudades, villorrios humildes y remotos! Principia por las sectas y si los tiempos y el medio son adecuados, se propaga á la multitud con más ó menos fuerza y en diversas épocas como en los

([1]) Bordier, loc. cit., 1888.

([2]) Véase: Scipio Sichelle, *La foule criminelle (Essai de psychologie collectice, 1892)*; Tarde, *Les lois de l'imitation*, París, 1890; Max Nordau, *Dégénérescense*, tomo 1º; Bordier, *La vie des sociétés*, 1887; Despine, *Psychologie naturelle, Étude sur les facultés intellectuelles et morales dans leur état normal*, etc., París, 1868, P. Lang.

derviches árabes, como en los *demoníacos* de la Edad Media, cuyos últimos productos hemos visto, según Sichelle, en los convulsionados italianos de la Comuna de Veryerius, los *Perfeccionistas* ó *Stundentes*, los *Scopzzi* en Rusia y las multitudes guiadas por Judas Gaulonita que precedieron á las revoluciones del Cristianismo (Sichelle); así también como los que arrastrados por un extraño y enfermizo fetiquismo por Klopstock anunciaron el Renacimiento en Alemania (Sichelle). Hay, dicen Laschi y Lombroso, una variedad de epidemias morales, de *Psycosis epidémicas* que, á primera vista, nos sorprende con sus atrocidades y las infamias que cometen, las que bien examinadas no son en el fondo sino la exageración patológica del fenómeno de la *sugestión*, dice Sichelle para quien esa sugestión es la ley más universal del mundo social.

Las multitudes, así preparadas no tienen sino recibir el choque misterioso que determina el estallido para echarse en brazos de sus impulsos perseguidores.

Los tiempos eran de persecución activa, enconada, vivaz como nunca; el espíritu embargado por esa única idea, imprimía necesariamente á sus ímpetus ese carácter agresivo que el procelitismo judío y la creciente prosperidad del Cristianismo enconaba y enardecía hasta sus más deplorables extremos. Era un punto del cerebro que comandaba tiránicamente á la razón y á la inteli-

gencia que le estaban subordinadas completamente, era un sentimiento exclusivo y cuya exuberancia mataba todo otro sentimiento que creciera á su lado.

En medio de esa masa humana febril y cuya receptividad apenas necesitaba estímulo, caia la palabra vehemente de algún apóstol, el grito del orador acalorado, del acto extraño de alguno más audaz y desequilibrado para producir el irresistible impulso del crimen irresponsable, sugerido por el impetu ruidoso del delirio, por el acceso sostenido de la pasión perseguidora salida de sus quicios habituales.

Cuando agredían en masa, su poder era incontrastable: la conocida y vulgar imagen de un río desbordado arrastrándolo todo en su paso apenas si da una idea vaga de sus efectos terribles. Se movian ágiles pero pausadamente, como si la premeditación y el frío impulso reflexivo la animara, é iban poco á poco, desarrollándose por tramos sucesivos, multiplicando la intensa fortaleza de su emoción llena de los presagios angustiosos de un lipemaníaco agredido por sus alucinaciones, hasta que el vértigo tocaba á su colmo y la carne palpitando sangrienta en el Circo, el incendio de los barrios sospechados, ó las multiplicadas crucificaciones, ponía término con sus voluptuosidades peculiares al largo acceso de furor. La multitud heterogenea y cambiante, inorgánica al principio, se organizaba á medida que el vínculo del conta-

gio les daba unidad y un cuerpo deforme pero compacto, con las exterioridades de una organización *sui generis*, con una alma inspiradora y un brazo exterminador.

La leyenda juvenil del gigante, que aplasta con su planta grosera una ciudad é inunda con sus lágrimas una comarca, la realiza la multitud en estas circunstancias; cuando adquiere un cuerpo, cuando tiene una voz con su timbre peculiar, cuando tiene pies y la cabeza extravagante de uno de esos complejos animales de la zoología mitológica. La veis venir de lejos imponente y solemne con el paso lento de la tormenta, y vuestra imaginación preparada por la viva emoción de lo maravilloso que flota en vuestro medio, simula fácilmente un dorso que se levanta y desciende trabajosamente como el de un paquidermo colosal, cuyos contornos, indecisos por la nube de polvo que lo circunda, completa la sensación de esa ilusión transitoria. Un par de brazos que se acortan y se estiran cuando fragmentos de la turba se desprenden del conjunto, como si vinieran rampando fatigosamente; y basta forzar la ilusión para que el oído solicitado por el estímulo interno de una sensación alucinatoria os traiga el eco imponente de un grito colosal; uno sólo, como producido por un pecho único, un lamento intenso, un rugido, ó un enorme solloso que se prolonga como el trueno en la concavidad de un antro profundo.

La imaginación romana inflamada por tanto suceso extraordinario, rompió sus resortes cayendo en un completo desorden. Los tiempos eran extremos y jamás, dice el autor de *El Antecristo*, la especie humana había probablemente atravesado, una crisis más extraordinaria. Todo el mundo parecía embargado por ese vértigo mental, habiéndose formado en tiempo de Nerón, que marca una de las épocas de mayor locura, una compañía de tunantes que se llamaban los caballeros de Augusto y que tenían por única ocupación aplaudir las imbecilidades del Emperador (1).

Con su acostumbrado estilo nos ha pintado Renan, el estado de verdadera locura en que había caido Roma orgullosa en esos días de amargo enervamiento.

El *Antecristo*, tiene páginas emocionantes cuya lectura aterra al espíritu más indiferente. Roma estaba sugestionada por las creaciones extravagantes que brotaban como fuegos fatuos en la imaginación peligrosa de Nerón, no ya por fanatismo, sino en virtud de impulsiones que ese grave malestar de la sensibilidad agrava y acrecienta hasta las proporciones de verdaderos delirios. Su manía llegaba á su paroxismo final.

Era, dice el autor citado, la más horrible aventura que haya jamás corrido el mundo: «la absoluta necésidad de los tiempos, había entregado

(1) Plinio, H. N., XIII, XXII.

todo á las manos de uno solo, heredero del gran nombre legendario de César; otro régimen era imposible y las provincias, de ordinario se encontraban bien con él, aunque tenían el presentimiento de un gran peligro. Cuando el César perdió la cabeza, cuando todas las arterias de su pobre craneo, perturbadas por la carga de un poder inusitado, estallaban á un mismo tiempo, entonces surgieron locuras sin nombre y la patria se encontró entregada á un monstruo».

Imaginemos por un momento aquella multitud cebada en la matanza y ayudada por aquel bárbaro, mezcla informe de loco rematado y de pobre cerebro de artista mediocre, revestido de la omnipotencia y encargado de gobernar el mundo (1). No tenía «la negra maldad de Domiciano, el amor del mal por el mal, no era ni extravagente como Calígula». Era simplemente un loco de los pies á la cabeza, movido por una extraña locura sistematizada en un estado *sui generis* en que á la imbecilidad «de un burgués cuyo buen sentido pervertido por la lectura de los poetas modernos, lo llevara á imitar en su conducta á Hand de Islandia y los Burgraves», se mezclaran los transportes peligrosos de un espíritu afectado de locura epiléptica. La crueldad se declaró más feroz que nunca después de la muerte de Agripina y bien pronto lo invadió por completo (2). Desde entonces, cada

(1) Renan, *L'Antechrist.*
(2) Renan, *L'Antechrist*, pág. 126.

año, tiene la marca de un crimen suyo: Burrhus ya no existía y todo el mundo aseguraba que había sido muerto por Nerón mismo; Octavio había abandonado la tierra corrido por la vergüenza, y Séneca, desterrado, voluntariamente esperaba resignado su tan soñado martirio [1]. Entre tanto, Nerón entregado á las burlescas especulaciones de un arte de dudosa estirpe, proclamaba mil extravagancias con el sello del más repugnante cinismo. Por eso su locura, con la impunidad asegurada detrás de su brutal omnipotencia, afecta como en nadie los caracteres feroces de una de esas enajenaciones morales que rompen todo vínculo humano retrotrayendo el hombre á la bestia encelada. Sus persecusiones tienen del canibalismo y de la epilepsia larvada impulsiva; son feroces y agotan las sutilezas del suplicio en una verdadera orgía de procedimientos complicados y de una originalidad fuera de linea.

Ese *cliché* lo vamos á ver reproducido algunos siglos más tarde en otros alienados históricos en este grande y lúgubre cuadro de las persecuciones religiosas.

Es como un acceso enorme de enfermedad homicida que se prolonga dentro del largo período de muchos siglos en sociedades y medios diversos, pero con las exterioridades idénticas con que se sucede un ataque convulsivo en el triste ciclo de

[1] RENAN, loc. cit., *L'Antechrist*, pág. 126.

un *mal comicial;* porque tiene algunas veces hasta la monotonía en la repetición de los movimientos. Vamos á ver, finalmente, cómo, en todos se repiten sus caracteres, morbosos en muchos de ellos, simplemente pasionales en otros, cómo se imitan sin saberlo esos inconscientes, que al través de los años y sin conocerse usan más ó menos de los mismos procedimientos de opresión y de tortura y en ocasiones hasta de los mismos neologismos de una *jerga* extravagante tan propia de los cerebros deformados.

Á medida que vayamos penetrando en la historia, hemos de ver cada vez más acentuado el carácter francamente morboso que revisten las persecuciones que constituyen el sujeto de este libro. Aquí, todavía es relativamente vago, más adelante tiene hasta los caracteres vulgares de la enajenación mental.

CAPÍTULO III

LAS PERSECUCIONES Y EL FANATISMO RELIGIOSO EN INGLATERRA Y EN FRANCIA

SUMARIO: Patología religiosa. — Epidemias de delirios místicos. — El fanatismo y su fisiología patológica. — María Tudor. — Sus persecuciones y sus odios. — Sus enfermedades. — Histerismo degenerativo y sus consecuencias. — Isabel de Inglaterra. — Sus caracteres de hereditaria. — Su histeria. — Su Fanatismo. — Sugestividad extraordinaria y valor histórico y político de este estado mental. — Burleigh agente activo. — Papel histórico providencial del histerismo de Isabel. — Síntomas evidentes de degeneración. — Influencia del medio sobre su cerebro de histérica. — Los Valois y sus persecuciones religiosas. — Francisco I. — Enrique II. — Enrique III y Carlos IX. — La locura y las neurosis en la dinastía de los Valois. — Catalina de Médicis. — Su Corte. — Papel del histerismo en su tiempo y en sus combinaciones políticas.

Más ó menos, lo que sucedía en aquellos tiempos remotos se producía diez siglos después en la Europa civilizada.

La figura descollante que se presenta al abrir las páginas de la historia de Inglaterra, es la desa-

gradable María Tudor, cuyo encono y exaltación tienen algunas veces las proporciones de un verdadero acceso. Aquella vieja solterona, deprimida en su juventud por tantos pesares y tan llena de amarguras, tiene como los otros fanáticos de su estirpe toda la médula del inquisidor español de la más baja estofa.

Curiosa fatalidad, esta de que la locura ó el desequilibrio mental producido por alguna dolencia profunda, hereditaria ó adquirida, del sistema nervioso que rige omnipotente la vida, ha de mezclarse en estos feos accesos del fanatismo religioso.

¿No es acaso, un beneficio moral de un alto precio, para honor de la especie humana que tanto inconcebible horror, que tanta miseria del corazón hayan sido engendro morboso del cerebro trastornado?... La tendencia mística, cuya exaltación mórbida constituye la base del fanatismo religioso, se mantiene en el cerebro normal al estado de simple tendencia y la devoción calorosa de los espiritus piadosos en las mujeres y en las almas sencillas de ciertos hombres es su expresión más genuina. Pero cuando el alma atribulada de los hereditarios se apodera de ese sentimiento discreto y el limo propicio que hierve en su seno lo fecunda, la simple *tendencia* se transforma más que en sentimiento, en impulso, en acceso indisciplinado, en pasión voraz é inconsciente como el acto reflejo que traduce hacia afuera al ciego instinto. Ese misti-

cismo resiste en ciertos espíritus á la cultura más esmerada. Se le encuentra, dice un alienista reputado, en todos los grados de la escala intelectual y si es frecuente en los degenerados y los imbéciles, no es tampoco raro en los desequilibrados superiores y aun en personas de una inteligencia elevada y normal bajo muchos aspectos [1]. Con todo, parece indudable que se transmite á menudo por herencia similar y que muchos místicos *sombrent* definitivamente en la locura.

Por sus cuatro costados el fanatismo sombrío que vamos á encontrar en la historia de Europa del siglo XVI especialmente, llenando de sangre sus páginas, es un sentimiento que fluye genuinamente de la enajenación mental.

Más que todos los desequilibrados, los fanáticos han desempeñado un gran papel en la historia del mundo; la historia está en parte hecha, como dice un psiquiatra francés, de los trastornos que ellos han causado, de sus aventuras, de sus virtudes extravagantes y de sus crímenes. Místicos ó fanáticos han perdido ó salvado las naciones, destruido ó fundado imperios, corrompido las costumbres, creado sectas sangrientas, religiones extrañas (Cullère). Luis Riel, el agitador canadiense, para no citar los más antiguos, ahorcado en Regina, en noviembre de 1885, era incontestablemente un cerebro digno de la psicología mórbida [2]. Eufra-

[1] CULLÈRE, *Les frontières de la folie.*
[2] El padre de Luis Riel parece haber llevado una vida

sia Mercier, cuyo misticismo parecía un síntoma de su locura y cuya actividad, vida laboriosa y aptitudes comerciales no la habían podido conducir á la fortuna, trató por medio del crimen de obtenerla. Colocada como *gouvernante* en casa de Mlle. Menetret, que habitaba sola una casa aislada en Villemoble, envenenó á su ama, quemó su cadáver y enterró sus huesos medio calcinados en

aventurera. Fué sucesivamente cardador de lana, nuncio en una comunidad de Oblats, asociados á los indios para la caza del bisonte, agricultor y comerciante. En 1849 se hizo un hombre político importante y dirigió en ese año un movimiento insurreccional. La vida de Luis Riel no fué menos agitada que la de su padre, manifestando durante su infancia las más felices disposiciones intelectuales después de haber hecho en Montreal sus estudios completos. En 1868 comenzó su papel de agitador político en favor de los mestizos canadienses, desafiando varias insurrecciones que terminaban en una verdadera catástrofe. Fué en 1874 que comenzó á atribuirse un poder sobrenatural y á creerse investido de una misión especial. El espíritu que se le aparecía á Moisés en medio de nubes inflamadas le apareció á él de la misma manera y le dijo: «Levantaos Luis David Riel; tenéis una misión que cumplir». Como todos los místicos de su especie tenía ideas propias que no se acomodaban con la ortodoxia católica. Quería un papa americano y según él el domingo no debía celebrarse debiendo ser reemplazado por el Sabbat de los judíos. Su sistema religioso tenía de todas las religiones conocidas, y era á la vez protestante, católico, mahometano y estaba en comunicación diaria con los ángeles, sin cuya consulta no tomaba ninguna resolución. En varias ocasiones se oponía á las operaciones militares so pretexto que *sus voces* lo habían así ordenado y no se rodeaba sino de gente de su clase, exaltados ó locos y, tan es así, que su secretario Jakson fué secuestrado por la Corte Regina por estar afectado de enajenación mental. Riel estaba persuadido que si lo mataban, Dios lo resucitaría. Este hombre estuvo encerrado dos veces como alienado. Durante su proceso cuatro médicos del país fueron consultados sobre su estado mental y dos de ellos dijeron que estaba loco. (H. Gibson, *Étude sur l'état mental de Louis Riel. L'Encéphale*, 1880).

el jardín, cometiendo una serie de estafas con el fin de apoderarse de la fortuna de su patrona; descubierto el crimen viene un examen médico-legal hecho por Ball, Blanche y Motet á consecuencia del cual Honorina y Sidonia, las dos hermanas de Eufrasia, fueron puestas en libertad por irresponsables y Eufrasia parcialmente irresponsable, condenada á veinte años de presidio. Era, según el informe, una familia de alucinados y de místicos, de visionarios y alienados que se habían hecho notables por su fanatismo ó hipocresía. Eufrasia, parecía, según Ball, una mística, visionaria hereditaria, etc., etc. (1).

Todos esos místicos, no sólo tienen éxtasis y visiones, sino que ponen al servicio de esta disposición de espíritu un celo ciego que no retrocede delante de ninguna consecuencia (2).

Como todos los desequilibrados, el fanático peca por su ausencia de sentido moral: no tiene conciencia del bien y del mal, y se cree investido del monopolio de lo que es bueno, el representante de la moral y el único autorizado para dictar leyes, no retrocediendo, como digo, ante las consecuencias dolorosas de sus actos odiosos, porque tiene como nota saliente esa inferioridad de la conciencia que ya se ha señalado en otros desequilibrados; parecen, ha dicho el autor que aca-

(1) *Rapport sur l'état mental* (*L'encéphale, Journal des maladies mentales et nerveuses*, París, 1880).
(2) CULLÈRE, loc. cit.

bamos de citar, verdaderos autómatas siguiendo ciegamente las inspiraciones de su pasión enfermiza [1]. Augusto Strohn, citado por Brièrre de Boismont *(Du Suicide)*, los Skopzy de Rusia, el llamado Kursin [2], condenado por el Gobierno

[1] CULLÉRE, loc. cit.

[2] El llamado Kursin, que forma parte de la *secta del salvador*, mató á su hijo y lo ofreció en sacrificio á Dios.

La secta del salvador es una de las más fanáticas, y cuenta con numerosos adherentes. Su doctrina consiste en una negación absoluta de todo bien sobre la tierra. Un adherente de dicha secta, no debe poseer nada en este mundo, y según sus ideas todo cuanto lo rodea representa la personificación del mal. Esas ideas llevaron naturalmente á los desgraciados extraviados, á cometer actos insensatos de desesperación.

Hé aquí cómo relata él mismo su crimen: «Una vez, durante la noche, fuí preso de un sentimiento tan violento, al pensar que el género humano debe pronto perecer, que no pude dormir un solo instante. Me levanté, encendí todas las lámparas ante las imágenes de los santos, y poniéndome de rodillas, oré á Dios con fervor, implorándole que me salvara á mi y á mi familia. De repente, me vino la idea de salvar á mi hijo de la condenación eterna; pues como ese hijo único es muy hermoso y desarrollado para su edad, tenía miedo, que después de muerto, llegase á ser presa del infierno. Es por esa razón que resolví inmolarlo al Señor. Penetrado por esa idea, proseguí con mis oraciones. Pensé para mi, que si durante mi oración el pensamiento de inmolar mi hijo á Dios, se me presentaba del lado derecho, lo ejecutaria; si, por el contrario, se me presentaba del lado izquierdo, renunciaría á ejecutarlo; pues según nuestros preceptos religiosos, el pensamiento que se nos presenta por el lado derecho nos es sugerido por nuestro buen ángel, y el que se nos presenta del lado izquierdo nos viene del diablo.

Después de una larga oración, el pensamiento me vino por el lado derecho; entré, pues, alegre en mi vivienda, en donde mi hijo dormía al lado de mi mujer. Convencido de que ella se opondría al sacrificio que quería hacer á Dios, la mandé al mercado en busca de provisiones. Después que se hubo retido, desperté á mi hijo y le dije: «Levantaos, hijo mio, tomad tu camisa blanca á fin de que pueda admirarte. Después que mi hijo hubo ejecutado mi orden, lo tendí sobre un banco

de Waldimir veinte años ha por haber renovado el sacrificio de Abraham; Guiteau [1] y los otros

y le inferí, en el vientre, varias heridas con un cuchillo.»

El niño, al defenderse, caía continuamente sobre el cuchillo, y ha sido hallado cubierto por numerosas heridas.

El padre deseando poner término á los sufrimientos horribles de su hijo, le cortó el vientre de arriba hacia abajo. Á pesar de esta horrorosa herida, el niño no murió en el instante.

En el momento que se consumaba el crimen, y que el niño entregaba su último suspiro, los primeros rayos del sol penetraron en la cabaña, é iluminaron el rostro de la inocente víctima.

Kursin dice que ese espectáculo, le produjo una emoción muy viva; tuvo escalofrío, sus brazos cayeron, una postración general lo hizo caer de rodillas. Entonces, en un momento de éxtaxis, rogó á Dios que recibiera ese sacrificio con misericordia. El infanticida Kursin, encerrado en una prisión, rehusó toda clase de alimento, y murió de inanición, antes de dar su sentencia el tribunal. (CULLÉRE, loc. cit.).

[2] Cárlos Julio Guiteau, nació el 8 de septiembre de 1841. Su abuelo paterno era un médico muy considerado y que tenía opiniones religiosas muy exaltadas.

Su padre era un hombre inteligente, enérgico, que poseía una capacidad poco común para los negocios; pero era un fanático en religión y dedicó los treinta últimos años de su vida en predicar el amor libre y el socialismo; murió á la edad de setenta años, después de varios meses de una enfermedad acompañada de emaciación y delirio. Algunos miembros de su familia y algunas al cabo de sus ensueños le consideraban por lo ménos, como parcialmente alienado; pero parece ser que según la opinión más general, se le consideraba tan sólo como un excéntrico. Hace diez y ocho años, tuvo ocasión de conducir un enfermo al hospital central para alienados, de Jacksonville (*Illinois*) y quedó él mismo varios días. Pretendía tener relaciones directas con la Divinidad. Quería ensayar la curación de los alienados por la simple imposición de las manos; según esos hechos y el conjunto de su conducta, el Dr. Mac Ferland, que era Director del asilo, lo consideró en esa época como á un alienado.

Un tío paterno del asesino, murió alienado y encerrado en un asilo; otro, que era dado á la bebida, acabó también demente; una de sus tías paternas casó con un hombre que se volvió loco; tuvo de él una hija alienada y murió de una

de su especie, son ejemplos que hemos podido ver y tocar con nuestras manos, no hace todavía una

enfermedad al pecho. Otra tía paterna, tuvo también un hijo alienado colocado en un asilo; y hasta parece ser que ella misma presentó ciertos indicios de locura.

La madre de Guiteau, en los momentos de nacer este último, estaba, desde varios meses, atacada de una afección cerebral, por cuya causa se le había rapado el craneo; tuvo, después de Guiteau dos otros hijos que murieron, uno á los dos años, el otro de veinte meses.

La hermana única de Guiteau, después de haber prestado declaración ante la corte, tuvo un ataque de *pequeño mal*, su médico declaró que estaba sujeta á ellos y que anteriormente había padecido de manía puerperal. El hermano único de Guiteau, al prestar declaración ante la corte, hizo una declaración fanática acerca del antagonismo de Satán y de Jesu-Cristo, y acerca de la intervención perpetua de esas dos influencias contrarias en todos los hechos que constituyen la existencia del hombre; terminó diciendo: «Tales eran las opiniones teológicas de mi padre; son las de mi hermano; son las mías». La media hermana única de Guiteau, que tiene veinte y seis años, está atacada de coto-exoftálmico; ningún pormenor ha sido dado acerca de la salud de su medio hermano único, que tiene veinte y tres años.

Guiteau tuvo muy tarde el uso de la palabra; su educación fué muy descuidada, pues su padre estaba entregado á las extravagancias religiosas de la comunidad del Amor libre, en Oneida. Recibió en su infancia, en la parte superior y posterior del hueso frontal, un violento golpe que dejó cicatriz. Era poco aficionado al trabajo manual; pero tenía afición á los libros. Tan sólo desde los diez y ocho años, empezó á abandonarse al fanatismo religioso; tenía costumbres solitarias y contrajo en esa época una enfermedad venérea. Á los diez y nueve años, á consecuencia sin duda de sus disposiciones hacia el libertinaje y de esa depravación sexual que es tan frecuente en las formas congenitales de degenerescencia intelectual, se unió también á la comunidad del Amor libre. Era de una irritabilidad extremada y pasaba por períodos de abatimiento melancólico y caprichoso, acabó al cabo de cinco años por abandonar la comunidad, pues juzgaba que en su seno no se le apreciaba según sus méritos. Entonces quiere fundar un diario llamado la *Prensa teocrática* con el propósito de que se suprimieran las iglesias y asegurar por entero la educación religiosa de los Estados-Unidos. «He venido á New-York, es-

veintena de años. Estos ejemplos modernos, desenvolviéndose dentro de un teatro conocido y fa-

cribía á su padre, para obedecer á lo que considero como una inspiración de Dios... Estoy convencido de que la *Prensa teocrática* está destinada, con el tiempo, á reemplazar en gran parte el culto en las Iglesias».

Su intentona tuvo apenas un principio de ejecución. Volvió á Oneida, y después, al cabo de un año, huyó clandestinamente, denunciando los abusos del Amor libre y amenazando á la comunidad con entablarle un proceso de reivindicación.

En 1876, lo encontramos nuevamente en Chicago. Excitado por los sermones de Moody y de Sankey, se crée llamado á desempeñar el papel de un gran evangelista. Recoge tan sólo el desprecio y el ridículo.

En 1879, publicó sus sermones, bajo el título de: *La verdad, compañera de la Biblia.* No pagó á su editor y no pudo vender su libro.

En 1880, vegetaba en Boston, contrayendo deudas, y descuidándose en pagarlas, pretendiendo que era servidor de Dios y que Jesu-Cristo no tenía por costumbre pagar sus cuentas; todo esto no obstaba para que desplegara la astucia de un muy hábil bribón. Por fin se lanza en la política. Simuló creer que había tomado una parte importante en la elección de Garfield y le escribió felicitándolo. Poco tiempo después, escribe al Secretario de Estado, Evarts, solicitando alguna misión importante; en seguida dirige carta tras carta al Presidente para recordarle sus pretendidos servicios y reclamarle unas veces una misión en Austria, otras veces un consulado en París. Se vuelve un molesto é incansable perseguidor; sus idas á la Casa Blanca eran tan repetidas é indiscretas que fué necesario prohibirle la entrada.

Viéndose desatendido á pesar de sus testimonios de devoción y de fidelidad, Guiteau concibió por primera vez la idea de suprimir el presidente seis semanas antes del asesinato. Ese pensamiento le pasó por la mente una noche que se había acostado deshecho de cansancio. Dijo que esa idea le había chocado en un principio, y que rogó á Dios lo librara de ella ó que le hiciera saber si era una sugestión del diablo ó una inspiración divina. Afirma que el 1° de Junio supo positivamente que obraba bajo la inspiración divina, locución que ya frecuentemente había empleado con motivo de actos insignificantes de la vida diaria [1].

(1) Un estudio acerca del estado mental de los regicidas, no dejaría de ser curioso. Muchos pertenecen á la categoría de los fanáticos y de los místicos; la mayor parte

miliar para nuestro espiritu, servirán de ilustración suficiente para darnos cuenta exacta de lo que pasaría en otra época y en otros medios.

Entremos ahora en la historia de Inglaterra.

María Tudor, tenía sobre su cabeza, como Carlos V de España y otros tantos monarcas, todo el pesado bagaje de una herencia de males y neuropatias acumuladas por los años y las generaciones más remotas. La dinastia de los Tudor, dice Paul Jacoby, á quien vamos á copiar, y que no se

El 8 de Junio, pide prestados quince dollars con los que compra una pistola del mayor calibre. El 18 de Junio, sabiendo que el presidente debía ir á Long-Branch, se dirige á la estación del ferro-carril; pero no lo mata ese día, porque, según escribe, el valor le faltó, al ver á Madame Garfield, con tan mal semblante, apoyarse tan tiernamente sobre el brazo de su esposo. Durante tres semanas los espió. Por fin el 2 de Julio, se dirige á él en una estación y le tira dos pistoletazos sin la más mínima vacilación y conservando la mayor sangre fría. Es dudoso que haya habido un crimen preparado con mayor precaución y ejecutado con mayor decisión. Protestó de que su crimen no había tenido por móvil ni la venganza ni el interés. «Durante dos semanas de oraciones fervientes, fuí convencido de que la divinidad me había encargado de ejecutar el acto y de prepararme á él. Era el 1º de Junio; desde aquella fecha, jamás tuve la menor duda acerca del carácter divino del acto y de la necesidad de perpetrarlo». (CULLÈRE, loc. cit).

de ellos tienen el espíritu turbado. Ejemplos: Jacques Clément, «hombre de un carácter sombrío y melancólico, de un espíritu ardiente é inquieto, de imaginación desarreglada, ignorante y burdo, fanático y libertino », y que la víspera de su crimen se inspiraba por la lectura de la muerte de Holofernes por Judit. Juan Châtel, sexual, obsecado, melancólico, asesinando á Enrique de Borbòn, en la esperanza de que esa acción, sería de utilidad para la Iglesia y haría reducir en su favor hasta cuatro, los ocho grados de los tormentos del infierno. Ravaillac, estático, alucinado, tornado regicida por inspiraciòn divina y para cumplir con *su misión*. Margarel, Nicholson, Frith, Hadfield, asesinos de Jorge III, declarados locos por el consejo privado y los médicos. Staps, el asesino de Napoleón, alucinado. El matador del Duque de Berry, melancólico. Ana Neil, que quiso asesinar al Presidente Johnson, se volvió loca á consecuencia de pérdidas pecuniarias. Junius Brutus Booth, el asesino del Presidente Lincoln, entregado á excentricidades de todo género, melancólico y suicida sujeto á crisis de furor ciego y con delirio, etc, etc. (CULLÈRE, loc. cit.).

liga á los Plantagenets sino de lejos y por las mujeres, fué, diremos así, herida duramente por la degeneración apenas subió al trono de Inglaterra.

Enrique VIII (1491-1547) era, ya lo sabemos, un personaje eminentemente neuropático, cruel, sanguinario, lascivo y devoto, pródigo, tenaz y versátil. Decapitó dos de sus mujeres para casarse con otras; y no contento aún, hizo perecer en el patíbulo á una tercera; autor de un libro sobre la Reforma y habiendo merecido el sobrenombre de *defensor de la fe* que el Papa le discernió, introdujo sin embargo el protestantismo en Inglaterra, él, tan profundamente católico, despechado por una miserable cuestión de mujeres, imponiéndolo por medio de ejecuciones y de crueldades. Se cuenta que en su lecho de muerte se arrepintió y dijo á los que lo rodeaban: *Mis amigos, hemos perdido todo, el Estado, la fama, la conciencia y el cielo.* Casado seis veces, sólo tuvo, con todo, tres hijos: María, Isabel y Eduardo, siendo este último designado como su heredero, á quien si moría debía sucederle María. Eduardo murió á la edad de diez y ocho años, soltero (1).

María, fanática, sanguinaria y feroz, llamada por su crueldad la *hiena del norte*, tuvo en su juventud bastantes pesares y disgustos, para que su acumulación y acción constante durante la edad

(1) JACOBY, *Études sur la sélection*, pág. 423.

más propicia, constituyeran los *agentes provocadores* de su histerismo tan terrible [1].

No hay que insistir mucho por cierto, sobre la acción evidente que, en el desarrollo de la histeria, tienen las emociones morales, cuyo traumatismo recibiera con tanta fuerza aquella reina fanática, porque hoy es un concepto casi vulgar de la clínica psiquiátrica. Bajo el nombre de *shock por impresiones morales*, Leyden describe los efectos psíquicos y somáticos, debido á las emociones violentas sin prejuzgar su naturaleza, desde la simple palidez de la cara acompañada de un ligero temblor, hasta las graves perturbaciones nerviosas que pueden producir la muerte [2]. Guillerrot (citado por Guinon) en una tesis presentada en 1837, refiere la observación de una mujer que se enfermó de una gran emoción el día que fué sorprendida por su marido, en pleno delito de adulterio [3]. Paul Bertez y Rendu [4] han citado observaciones y multitud de hechos que demuestran esta influencia. Toda emoción moral viva, el terror, por ejemplo, dice Guinon en su excelente libro, trae en nuestro organismo modificaciones funcionales considerables por perturbaciones del

[1] Véase: *Les agents provocateurs de l'hystérie*, Georges Guignon, 1889, París.

[2] Leyden, *Traité clinique des maladies de la moelle epinière*, traducción francesa de Richard y Very, 1879.

[3] Guillerot (R. H.), *De l'imagination et de son influence sur la santé et les maladies*, Thèse de Paris, 1837.

[4] *Comptes-rendus de la Société clinique de Paris*, 1887.

sistema nervioso, y es seguramente, una causa poderosa de histeria. Algunas veces, agrega el mismo distinguido profesor, una sola impresión es suficiente para provocar el despertamiento de la neurosis.

Pero ordinariamente son más bien una série de emociones, como sucedía en este caso, las que determinan su aparición (1); una larga vida de pesares y amarguras de todo género como le aconteció á esa reina feroz que alzó la hoguera en la libre Inglaterra para castigar el uso de un derecho tan caro como el de pensar libremente en materias de conciencia; amarguras y pesares durante los mejores años de su juventud que despertaron fuertemente la tendencia neuropática que dormía en su cerebro. La grotesca malignidad de Enrique VIII irritó aquella úlcera hereditaria y la garra fulgurante del Inquisidor se levantó para azotar el rostro del pueblo. Decepciones que humillaron su infancia, pesares positivos de todo género, se precipitaron sobre su alma: vió, dice el historiador de Felipe II, á su madre expulsada por una de sus damas; ella misma fué declarada ilegítima y sometida á la autoridad de aquella mujer, secuestrada y sin más defensa ni consejo que estas palabras de aliento: «Hija mía, habla poco con esa mujer, obedece al Rey tu padre en todo lo que no pueda ofender á Dios ni

(1) Guinon, *Les agents provocateurs de l'hystérie.* (*Publications du Progrès Médical*, 1889).

perder tu alma, no disputes nunca, no te mezcles en nada » [1]. « No pudo consolar á su madre en su abandono, ni asistirla en su enfermedad; ni verla siquiera á la hora de su muerte; fué objeto de sospechas injuriosas, sometida á registros en sus cofres y reducida á la pobreza. Dominada por la soledad creyó poder ablandar á su padre, se humilló á su tercera mujer Juana Seymour y firmó el acta de su apostacía y de su degradación » en que hacía declaraciones y retractaciones crueles.

Después de tan humillante conducta no obtuvo más que una pensión de cuarenta libras por trimestre cuya insuficiencia la obligó á escribir á Tomás Cronwell, el antiguo perseguidor de su familia, estas palabras que demuestran hasta donde los más grandes sufrimientos golpearon aquel pobre espíritu: « Tengo vergüenza de ser una mendiga, pero la situación es tal que me veo obligada á pediros un salario » [2].

Así pasaron sus mejores años y fácil será imaginarnos qué concurso de fuerzas llevaron á la etiología de su enfermedad, todos esos dolores volcados con mano tan generosa en una naturaleza dispuesta y degenerada; cómo se enardecería en el secreto de la reclusión el fanatismo mórbido de su histerismo, irritado por el dolor y por la ma-

[1] Carta publicada por Miss Ines Stricklan, *Lives of the queens of England*, London, Colburn, 1844, tomo V.

[2] *I am ashamed to be a beggar but the occasion is such. I cannot chose* (Carta citada por FORNERON, *Hist. de Felipe II*, pág. 11).

ligna sugestión de aquel hábil Simon Renard cuya asociación accidental con el Obispo de Winchester producía tan ópimos resultados para la política de Carlos V.

Cuando llegó á los treinta años logró, dice Forneron, volver á la gracia perdida, no ya condenando á su madre, sino comprometiéndose abiertamente en la Reforma! con una traducción impresa del comentario de Erasmo sobre San Juan. Su libro era repartido en todas las parroquias y el obispo Gardiner, que lo refutó, fué reducido á prisión. Más tarde, en el reinado de su hermano Eduardo VI, María renegó de su libro y volvió al gremio de la Iglesia Católica [1], llevaba su rosario, oía misa en secreto y reclamaba la protección del Embajador de España. Muerto Eduardo subió al trono, desequilibrada, sin más brújula que su fanatismo, con accesos violentos de histeria convulsiva, con ataques de melancolía, insomnios tenaces, ideas fijas y deprimido el carácter hasta donde lo trastorna y deprime la perturbadora neurosis.

Había sido «*piu che mediocremente bella*», como decía el Embajador veneciano Giovanni Michieli, pero tantas desgracias y emociones no pasaron en vano sobre su delicado cuerpo [2]. Pe-

[1] Forneron, *Historia de Felipe II*, pág. II (traducción española).

[2] Forneron, *Historia de Felipe II. Relac. venec. de Michieli.*

queña, endeble, arrugada la cara, casi cubierta de una erupción, el pelo rojo y los ojos grises; de voz ronca y de nariz larga, padecía, dice el historiador á quien tomamos estos datos, de *una afección al corazón* (mal de corazón), que no era otra seguramente que los ataques epileptiformes y los demás periodos ruidosos de su gran mal histérico, probablemente abortado é incompleto. «Le daban sofocaciones que alteraban el movimiento de la sangre, dice Forneron, causándole crisis de muchos días » y para que nada faltara para fomentar su desequilibrio, los médicos la debilitaban más y más sometiéndola á frecuentes purgas y sangrías sin permitirle que tomara un bocado *hasta muy bien pasada la hora del medio día*, siquiera se levantara habitualmente muy temprano (Forneron).

Venía, pues, al Gobierno enferma ya, con todo el limo hereditario de los Tudor y de su madre [1] revuelto y movedizo como un mar agitado. Traía las pasiones violentas de la época y de su temperamento, mezcladas á sus concepciones intelec-

[1] María Tudor era hija de *Catalina de Aragón*, cuya abuela, Doña *Isabel de Castilla* madre de *Isabel la Católica*, murió después de haber estado cuarenta años loca. Dice Zurita en el libro segundo de la *Historia del Rey Don Fernando el Católico*, que después de la muerte de Don Juan su esposa estuvo lo más del tiempo en Arévalo recogida y apartada de toda conversación por la enfermedad que tuvo «*que era de tal calidad por faltar la mejor parte del sentido* tuvo tan larga vida libre de todo cuidado aunque con encerramiento». Véase también la *Gazeta médica Catalana* de 1893, pág. 626, *Doña Juana la Loca* (apuntes para su historia clínica), por Luis Comenje.

tuales de tan dudosa normalidad, y abonadas por la serie de perturbaciones de la sensibilidad moral tan peculiares de la histeria.

De manera que María Tudor perseguía, empujada por la doble corriente de la sugestión poderosa que el medio social ambiente ejercía sobre su espíritu tentado y del impulso ciego, la obsesión irresistible de su enfermedad y estado moral anómalo.

Bien que la mayor parte de los síntomas histéricos sean el resultado de ciertos desórdenes intelectuales, no constituyen, á veces, un delirio propiamente dicho; la percepción de los objetos exteriores, las relaciones sociales, parecen permanecer suficientemente correctas para permitir al enfermo vivir de la vida común [1]. Por eso es que no siempre son sensibles al ojo popular y aún mismo de ciertos médicos, estos trastornos mentales del histerismo crónico y por cierto degenerativo como el de la Reina de Inglaterra. Bajo la tutela fuertemente sugestiva para un cerebro como el de ella, de los príncipes y personajes españoles comienza aquella sangrienta persecución de los protestantes que con caracteres de fuego, dice Guillermo Maurembrecher, grabó en la memoria de los hombres el breve reinado de María. Trataban por una parte de consolidar nuevamente la

[1] PIERRE JANET, *État mental des hystériques (Les accidents mentaux)*, *Bibliothèque médicale* CHARCOT DEBOVE, pág. 130.

sumisión de la Inglaterra á la autoridad y á los preceptos de la Iglesia, y por otra, lo que agitaba sobre todas las cosas la imaginación artera y voluble de la Reina, de librar al reino creyente, nada menos que de la excomunión pontificia, lanzada contra el herético pueblo de Enrique VIII (1).

La realización de semejante empresa presuponía necesariamente la abolición de las leyes promulgadas por la Iglesia Anglicana y protestantes en los dos últimos lustros. Mas para esto había que tropezar con gravísimas dificultades (2) que enardecían el espíritu de persecución de María y que daban pábulo á sus inclinaciones de índole tan inequívoca, fomentando sus sentimientos de venganza.

Muchos autores han señalado las ideas de persecución como dominando el cuadro de los delirios histéricos con caracteres peculiares. M. Seglas cita particularmente una, que explicaba por las persecuciones de los curas y por el veneno que le habían hecho tomar, todos los dolores debidos á las hiperestesias (3). Las persecuciones á los pilluelos que después de la conspiración de Wyatt, organizaban juegos inocentes en las calles de Londres y que revistieron inusitado encarnizamiento, ¿no eran acaso peculiares á ese histerismo? María detestaba á los niños por lo mismo

(1) MAUREMBRECHER, *La educación de Felipe II. Estudios sobre Felipe II*, traducido por Ricardo de Hinojosa, 1887.
(2) MAUREMBRECHER, op. cit., pág. 39.
(3) SEGLAS, *Des dangers de l'hypnotisme* (Société médico-psychologique, 1888).

que habían constituido su ardiente y casi exclusiva aspiración personal, por lo mismo que la necesidad de tener sucesión fué el ensueño dorado de toda su vida atribulada. Una curiosa y al mismo tiempo dolorosa asociación de ideas muy frecuente, según parece, en el espíritu de esas pobres mujeres enfermas, le traía el recuerdo bochornoso de su esterilidad ridiculizada por la grotesca simulación de un falso embarazo. Los niños constituían para ese corazón irritado una burla viviente y lo que sin duda influyó poderosamente en su espíritu para enviar al patíbulo á la interesantísima Juana Grey, fué su melancólica adolescencia, su candor infantil, ese perfume de niño que trascendía del alma gentil y trasparente de aquella infortunada soberana.

Pierre Janet en su último libro sobre los *Accidentes mentales de la histeria*, insiste con algunas *observaciones* concluyentes sobre este sentimiento de odio que los niños despiertan en el espíritu, por efecto de la asociación que apuntamos. Th... (observación pág. 245) escribe á una de sus amigas: « Yo quisiera amar á mis hijos, yo los he amado, adorado y sin embargo ahora, no puedo, los odio » y ese odio parece echar cada día más raíces en su alma. Todo eso provenía de una querella entre Th... y su marido; la niña que era hija de su esposo, era odiada por asociación de ideas [1]. Ber-

[1] PIERRE JANET, op. cit. pág. 246.

the, otra histérica, presenta el mismo fenómeno é Is... (observación pág. 247) no puede tolerar los niños que, según ella, la atormentan continuamente : abandona su familia y hasta cambia de domicilio para no ver criaturas.

La vejez de la pobre reina borra toda esperanza de maternidad y la Inglaterra tiene que sufrir el dolor de sus persecuciones, enardecido su fanatismo por la inercia de su aparato generativo. Esa mujer es incompleta, porque le falta el instrumento que da la vitalidad intelectiva y sobre todo moral á la mujer: la maternidad. Las mujeres que no tienen ovarios son como las aves que han perdido sus alas: viven en una *reptación* moral que las deprime.

Aquel prudente y suspicaz de Noailles, que, como dice Forneron espiaba con malévola curiosidad « las impaciencias de la desdichada señora » refiere que había oido contar « que á ciertas horas de la noche, la sobrevienen *tales melancolías de amores y pasiones*, que con frecuencia *se pone como fuera de sí* y yo creo, agrega, que la causa principal de su dolor proviene del despecho de ver su persona tan desmerecida y multiplicados los años, como que el tiempo corre todos los días, mal que nos pese » (1). María sigue esperando su alumbramiento « *the happy deliverance of a prince* », como lo proclamaban las cartas de la época y per-

(1) *Colección de Vertot*, tomo III, pág. 252, citada por Forneron.

manece doliente recluida y con las facciones descompuestas; « de día pasa muchas veces sentada largo tiempo en el suelo con las rodillas á la altura de la cabeza » [1] y estropea dos páginas particulares de su libro de oraciones á fuerza de leerlas y de estrujarlas entre sus dedos convulsos. El libro existe todavía arrugado y sucio en la hoja que contiene la oración relativa á las parturientas y en la que se refiere á la unidad de la Iglesia [2]. Su esposo habla ya de su partida para volver á los Paises Bajos y no cede sino á las instancias de Simon Renard. Ella ha soñado ser amada y siéntese aislada entre su marido español y sus súbditos ingleses; no vé más que ingratitudes porque todos le hacen traición y la abandonan [3].

Entonces es que su estado afecta una exaltación extraordinaria : todas las malas pasiones de la mujer, irritadas por el aguijón de decepciones de esa especie, se levantan como vapores que asfixian en su pobre espíritu conmovido.

Transitorio ó permanente (verosimilmente lo primero) hay allí casi siempre un estado semi-delirante que en los hereditarios tiene particular peculiaridad en su duración y desenvolvimiento.

Bajo el peso de tanto dolor acumulado, de preo-

(1) NOAILLES A MONTMORENCY, tomo IV, pág. 342.
(2) MS. SLOANE, 1583, pág. 15. Véase también, dice FORNERON: STEVENSON, *Prólogo del Catálogo de los manuscritos foreign Mary*, pág. 73.
(3) FORNERON, *Historia de Felipe II*, traducción española ilustrada, pág. 25.

cupaciones tan urgentes, el cerebro no responde con la saludable resistencia de los *inmaculados* y cede á la violencia del agente que lo pone á prueba. Como el sentido está irritado, la percepción es ruda y equívoca, el juicio erroneo y consecuentemente toda operación intelectual, sobre todo para un órgano en pleno estado de fatiga psíquica que se traduce por el debilitamiento de la sensibilidad moral [1]; que lo hace indiferente al dolor ajeno y á veces al propio. Ese carácter de *debilidad irritable*, esa excitabilidad anómala, agregada á un agotamiento de las fuerzas nerviosas de que habla Oppenheim en su concepción de la histeria [2] se comprueba sobre todo en la esfera de los fenómenos afectivos, por un estado de verdadero *vecordia* como decía Guislain. Dios no realiza el milagro que le parecía tan cierto, no le da el hijo prometido. ¿Qué ha hecho para no merecerlo?... Y por un raciocinio tortuoso pero lógico dentro de la fisiología ya subvertida de su cabeza, llega necesariamente á las *persecuciones* como un elemento necesario de propiciación. Aquí ya interviene un agente de carácter patológico más acentuado; tal vez la alucinación que en el espíritu de estos místicos irritados desempeña, como sabemos, un papel tan importante. Además está ahí el incentivo no menos poderoso de la sugestión,

[1] Féré, *Sensation et mouvement*, 1887.
[2] Oppenheim, *Thatsächlicher und Hypothetischer des Wesen der Hysterie*, 1889, citado por Janet.

que Borner, el obispo de Londres, ejerce sobre su espíritu para decirle que eso es un castigo porque ha cesado de perseguir á los herejes (1) «ha cometido el crimen de Saul, que se negaba á exterminar á los amalecitas».

Es ese el proceso de la persecución. Cincuenta personas son quemadas vivas en los tres meses que siguen á su desengaño (2). La reina no fué sino una sucursal del Santo Oficio Español, como que tenía sangre de inquisidor en las venas y había respirado el mismo aire y compartido el mismo lecho con el perseguidor más sanguinario y más frío que ha conocido la historia de las persecuciones religiosas.

En medio de crecientes pesares, la pobre reina llegaba al último período de su enfermedad. Sentíase impotente para contrarrestar la reforma á pesar de los suplicios que tenia ordenado; engañada por su hermana, que se conservaba como una esperanza para los descontentos, aborrecida del pueblo á quien había arrastrado á una funesta guerra; desdeñada por su marido, cuyo retrato hacía tiras con las tijeras (3) en sus accesos de celos. Y triste y despechada se iba consumiendo como el cirio que alumbra silencioso su muerte (4). Siete días después de la llegada del conde de Feria, á Lon-

(1) FORNERON, op. cit., pág. 25.
(2) FORNERON, op. cit., pág. 25.
(3) INES STRICKLAND, *Lives of the queens of England.*
(4) *Relación veneciana de Michieli.*

dres, María entra en una verdadera agonía. Dispone que se diga misa cerca de su lecho; incorpórase en el momento de la elevación y vuelve á á caer ya muerta... (1).

Un emisario de Isabel, dice Forneron, el joven Throckmorton, que espera en el aposento de una dama de honor, se desliza hasta la muerta, levanta la sábana del lecho mientras encienden los cirios y le arranca del dedo, que pocos minutos antes hacía temblar á la Corte, el anillo de oro con esmalte negro que Felipe le había puesto el día de su casamiento y se lo lleva á la princesa Isabel como prenda de su emancipación y poder (2).

Muerta María y ocupado el trono por la famosísima *reina virgen*, veamos cuál es la historia de su reinado, menos perseguidor, sin duda, pero de una influencia fundamental en la historia de la libertad de conciencia.

Algunos años antes de su muerte, Isabel protesta ante el Embajador de Francia, dice Laurent en sus reputados *Estudios sobre la historia de la humanidad*, de que jamás hubiera perseguido á los católicos más que para reprimir atentados contra la nación (3). Los ministros sostuvieron incesantemente que ninguno fué jamás condenado á muerte por la simple causa de la religión (4).

(1) FORNERON, loc. cit., pág. 40.

(2) MS. REC, *Of domestic Elisabeth*, tomo I, etc.; FORNERON, *Historia de Felipe II*.

(3) Sesiones de la Acad. de ciencias morales, 1856, t. 1, pág. 163.

(4) HALLAN, *Historia constitucional de Inglaterra*.

¿Debemos acusar á la reina y á sus ministros de mentira y de hipocresía?

Si el gobierno de Isabel, agrega Laurent, pretendiese ponerse al abrigo de la acusación de intolerancia pretestando la ilegalidad del culto romano, habría derecho para rechazar con indignación estos sistemas de persecución hipócrita [1]. El espiritu de tolerancia, fruto de la filosofía moderna se ha sublevado contra la intolerancia santulona de la Iglesia Anglicana. Un historiador inglés no teme hacerse el órgano de estos sentimientos, atacando frente á frente la gloria más grande de Inglaterra, la reina Isabel. Se pretende, dice él [2], que esa mujer no persiguió á los católicos; que las leyes severas que dió contra ellos fueron dictadas, no por la intolerancia, sino por la necesidad política; que si los católicos fueron perseguidos y condenados, no fué por su religión, sino porque eran enemigos del Estado. Esta justificación, observa el ilustre historiador, es la de todos los perseguidores y no excusa más á la iglesia anglicana que á la romana; los hechos la desmienten lo mismo en Inglaterra que en las demás partes. Apenas subió Isabel al trono, una ley prohibió la celebración del culto católico, sin embargo, las poblaciones adictas á la fe romana no

(1) LAURENT, *Estudios sobre la historia de la humanidad*, tomo IX, 181.

(2) MACAULAY, *Essays*, vol. I; HALLAN, *Constitutional history*.

habían dado todavía la menor señal de hostilidad contra el gobierno de la reina. En vano se dice que más tarde el Papa, excomulgando á Isabel y desligando á sus súbditos de su juramento de fidelidad, constituyó á todo católico inglés en estado de sospecha y legitimó las medidas represivas. Si la bula pontificia justificó á Isabel, habría que decir que las doctrinas protestantes justificaban á Felipe II. Los ataques del Pontificado, no fueron, pues, más que un pretexto para la reina; y si se quiere una prueba evidente, recuérdese á los *puritanos* que no tenían papa y que sin embargo, los persiguió con el mismo rigor que á los católicos [1].

Si se buscara en estas cosas el vínculo de familia que la patología establece entre todas las naturalezas degeneradas, entre todos estos cerebros anormales, se hallaría que en proporciones diversas, y aunque *prima facie* parezca paradoja, hay entre ellas analogías de procedimientos, que acusan paridad de naturalezas, en la manera y el *modus operandi* de sus persecusiones; se vería que Felipe II é Isabel son hermanos por el parentesco de una perversión moral á la cual el medio y factores hereditarios que después veremos, han impreso un hábito exterior distinto.

Lingard, en su *Historia de Inglaterra*, y otros

[1] MACAULAY, loc. cit.; LAURENT, *Estudios sobre la historia de la humanidad*, tomo IX (guerras de religión); HALLAN, *Historia constitucional de Inglaterra.*

graves historiadores comparan la *Alta Comisión* con el Tribunal de la Inquisición, que en manos del hijo de Carlos V hizo tantos prodigios de martirio y de tortura. Era igualmente arbitraria y cruel, y tenía facultades de informar no solamente sobre los hechos, *sino también sobre opiniones y creencias;* cuando los acusados no podían ser convictos por las vías legales se contentaba con un solo testigo, cuando faltaban los testigos se recurría á la tortura [1]. Se dieron contra los sacerdotes católicos verdaderas leyes de sospechosos, fueron expulsados muchos y á los que se encontraban en Inglaterra, se les consideraba como reos de alta traición [2]. Así, pues, Isabel persiguió á los católicos por su fe casi con la saña bravía con que Felipe perseguía á los herejes por no tener la suya. Hay una diferencia, sin embargo, que le permite, por el resultado, alejarse de su congénere moral; una circunstancia completamente fortuita: la enfermedad de Isabel, permitió á sus grandes ministros y allegados, hacer de esa mujer perversa y enferma la gran reina del siglo XVI por medio de una *sugestión* providencial que ejercieron constantemente aprovechando la proverbial plasticidad histérica de su espíritu.

Creemos de buen grado, dice un escritor cono-

(1) Rymer, *Fœdera*, tomo XVI, pág. 504, citado por Laurent, op. cit.

(2) Cambden, *Annales*, pág. 431; Lingard, *Historia de Inglaterra*, tomo VIII, pág. 250.

cido, que si su *posición política* y sus *intereses* le hubieran permitido acercarse á Roma *hubiera preferido el Catolicismo á la Reforma que no era de su gusto.* Genio despótico, debia tener una predilección instintiva, por una Iglesia que es el despotismo encarnado en el orden religioso y que se acomoda perfectamente con el despotismo en el orden civil y político ([1]). Siendo, pues, como era tan fácilmente *sugestionable*, dada esa circunstancia y los *gustos* que le atribuyen graves historiadores, pudo haber seguido los caminos ya abiertos por su hermana María y su famoso esposo ó convertídose en un ente ingobernable, caprichoso, impulsivo tan estéril en la historia política como lo fué en el orden doméstico, que se habría perdido en la obscuridad de un reinado anónimo tributario de España ó del Pontificado. La histeria la ha salvado sin duda.

La histeria puso en manos del célebre Burleigh y de los otros el bronce con que se fundió la grandeza de Inglaterra y el monumento que simboliza en el mundo la libertad de conciencia.

Ese grupo ilustre de que habla Macaulay en su estudio sobre *Burleigh y su tiempo*, le formaba á Isabel un ambiente propicio para la obra del gran ministro: el famoso Walsinghan, el impetuoso Oxford, el gracioso y gentil Sackvile, de Sydney, cumplido en todo; aquel Essex, el

([1]) LAURENT, op. cit., pág. 183, tomo IX.

adorno de la corte y de los campos, el modelo de la caballería, el magnífico *patron du génie*, el no menos célebre y grande de Raleigh, el guerrero, el marino, el sabio, el cortesano, el poeta historiador y filósofo que se nos representa según el mismo Macaulay, unas veces pasando revista á la guardia de la Reina, otras dando caza á un galeón español, otras respondiendo á los jefes del partido nacional en la Cámara de los Comunes, y pasando de una de esas encantadoras canciones de amor que murmuraba demasiado cerca del oido de alguna de las damas de honor de la Reina, á la meditación severa sobre el Talmud, ó la lectura de Polibio y Tito Livio [1].

Fué necesaria la vigorosa acción mental de Burleigh y sus adláteres para hacer de Isabel lo que fué; para arrancar de su espíritu la impresión demasiado vivaz que había dejado el catolicismo y para que ese *fanatismo* que hervía en su alma enferma de Tudor histérica, se hiciera *luterano* y salvase á la Inglaterra y á la libertad religiosa. Isabel conservaba escrúpulos católicos que, fomentados por un conde de Feria ó por un Simón Renard, la hubieran hecho más terrible que su hermana María. Se veía en su capilla particular un crucifijo rodeado de cirios encendidos y hablaba con aversión y disgusto del matrimonio de los

[1] MACAULAY, *Essais historiques et biographiques*, traducidos por Guillaume Guizot, 1802, pág. 38.

clérigos ([1]). «Es con horror, dice el arzobispo Parker, que he oido salir de su naturaleza, tan dulce y de su conciencia clara y cristiana, palabras como las que dice respecto á la santa institución y ordenanza de Dios del matrimonio». En su afición supersticiosa á los altares y á una multitud de prácticas del rito romano ([2]) se veía, pues, ese misticismo de los hereditarios que alarmó tanto al espíritu decidido de Parker y del clero protestante: la cepa morbosa empujaba á Isabel en las corrientes peligrosas en que la hija de Catalina de Aragón había navegado durante todo su reinado sangriento, y, sin embargo, esa misma cepa había de servir providencialmente para echarla en otro camino distinto.

Si se examina la conducta y el pensamiento de ciertas enfermas y en particular de las histéricas, dice Pierre Janet en su libro ([3]), se notaría bien pronto que ciertas ideas no se comportan como las otras. Mientras que los pensamientos ordinarios, las sensaciones provocadas por la vista de los objetos, las ideas despertadas continuamente por las conversaciones permanecen moderadas, simples, en equilibrio con todos los otros fenómenos psicológicos, una idea particular escapa al tono general, toma inmediatamente la importan-

([1]) MACAULAY, loc. cit.

([2]) DARGAUD, *Histoire de l'Elisabeth d'Angleterre*, pág. 64; MACAULAY, *Essais historiques et biographiques.*

([3]) *État mental des hystériques*, pág. 5.

cia desmesurada de una *fobia* casi delirante con relación á los otros y desempeña en la vida del sujeto un rol considerable.

Ese pensamiento, es en el cerebro de Isabel, el pensamiento heterodoxo, el pensamiento de la reforma sugerido por Burleigh y por Parker.

La fijeza de una idea en el espíritu de la histérica ha sido á menudo señalada por todos los psicólogos y la mayor parte de los antiguos magnetizadores, entre los que se encontraban observadores de gran valer, han notado frecuentemente esta preponderancia exagerada de ciertos pensamientos [1]. La mayor parte de los sujetos observados por Puysegur, Deleuze, Braid, Charpignon, etc., han sido seguramente histéricos y en otros libros en que el carácter patológico es más evidente y más fácilmente reconocible se encuentran numerosos fenómenos de este género de sugestión. Brodie, en 1837, muestra ya la importancia que tienen ciertas ideas sobre los histéricos; Despine, en 1841, enseña en una histérica, Estela, todos los géneros de automatismo en particular la *imitation speculaire* [2], Russell, Reynolds en 1809 estudia la parálisis *dependent of idea*, Carlos Richet demuestra en 1875, numerosos casos de sugestión en los neurópatas; y, por fin, Paul Richer en su nota-

[1] Pierre Janet, *État mental des hystériques. Les accidents mentaux,* pág. 6.

[2] Despine, *Le magnétisme animal dans le traitement des maladies nerveuses,* 1840.

bilísimo libro sobre la *Gran histeria* y todos los autores que han hablado de estos enfermos no han dejado nunca de poner de relieve su gran sugestibilidad [1].

Hay otro punto que, con respecto á nuestro caso, es bueno esclarecer, porque podría oponérsenos como objeción seria, es á saber: que la mayor parte de los estudios sobre la sugestión han sido hechos durante un estado particular de los sujetos, el sonambulismo. Pero como lo observa el mismo Janet, á cuya excelente obra hacemos tan frecuentes empréstitos, muchos autores han notado que ese hecho se produce en muchas personas sin que sea necesario provocar el sonambulismo. Richet, en 1882 [2], Bernheim, en 1884 [3], y Charcot, en 1885, han descrito numerosos ejemplos de sugestiones verificadas fuera del sueño y del sonambulismo. Esta observación importante para la concepción de la histeria facilita también el estudio de la sugestión (Janet) y nos permite comprender el procedimiento cómo se verificó aquel gran acto de sugestión histórica tan transcendental como el que verificara en otro sentido el padre Torquemada sobre el espíritu de Isabel la Católica. Así podrá verse separada completamente la sugestión

[1] GUILLES DE LA TOURETTE, *Traité clinique et thérapéutique de l'hystérie*, 1891, pág. 492.

[2] CH. RICHET, *Bulletin de la société de biologie*, 1882, *L'homme et l'intelligence*, 1883, pág. 522.

[3] BERNHEIM, *De la suggestion dans l'état hypnotique et dans l'état de veille*, 1884.

del sonambulismo, estudiada durante la vigilia y sin complicarla con la agregación de elementos extraños [1].

En cuestiones religiosas la reina tenía una corte de doctores y predicadores admirables, de teólogos casi filósofos que modelaban en el sentido de sus ideas las inclinaciones de aquella mujer propensa por su mismo temperamento á irse del lado que fuera más violentamente solicitada.

Pero Parker y Burleigh tenían la preeminencia, eran los agentes realmente activos de esa curiosa operación psicológica. Burleigh, gozaba de una privanza extraña en la intimidad de la reina que no había admitido jamás ni la sospecha de un dominio transitorio siquiera. Ninguna intriga pudo conmover la confianza que tuvo las proporciones de un verdadero dominio sobre el espíritu por otra parte tan altivo de la hija de Enrique VIII [2]. Las gracias elegantes y los talentos de Essex, dice Macaulay, hicieron impresión sobre la imaginación y probablemente sobre el corazón de la mujer, pero ningún rival pudo despojar al tesorero del lugar que ocupaba en el favor de la reina: hasta su parsimonia ordinaria en cuestiones de riqueza, lo que es ya mucho decir refiriéndose á Isabel, olvidaba, tratándose de Burleight [3]. Todos aquellos á quienes dirigía la palabra ó sobre

(1) Pierre Janet, loc. cit.
(2) Macaulay, loc. cit., pág. 11.
(3) Macaulay, loc. cit., pág. 11.

quienes caía una mirada suya, se postraban á sus pies de rodillas y sólo para Burleigh se colocaba una silla á su lado, para Burleigh, que era un simple gentilhombre del condado de Lincoln mientras que los fieros descendientes de Fitzallan de la Vere se prosternaban en el polvo delante de él, plebeyo [1].

Parker estaba investido de la dignidad del primado y era arzobispo de Cantorbery. El antiguo capellán de Ana Bolena llegó á ser el casuista de la reina, su preceptor, su instigador, su sostenedor é inspirador en la lucha contra Roma y contra el Papado «ese poder formidable por los fantasmas que levanta delante del espíritu de los débiles». Parker parecía un espíritu formidable: alimentaba en su alma el fuego del fanatismo heterodoxo, la pasión, el vigoroso y tranquilo encarnizamiento del reformador ofendido, pero sin el empuje enfermizo de Torquemada, porque tenía un cerebro normal y equilibrado. Sus actos eran el producto de un raciocinio frío aunque intenso, mientras que en el dominico español sólo hablaba el salvaje encarnizamiento del hombre impulsivo, el profundo sentimiento del «emotivo» de Morel, el arranque incontrastable y violento de un espíritu mordido por una atroz é incurable dolencia. Parker parecía bien equilibrado aunque su palabra llevaba siempre el calor y la unción penetrante de la pa-

[1] MACAULAY, *Essais historiques*.

sión; por eso tenía las calidades de un instrumento poderoso de sugestión que se insinuaba en la credulidad histérica de la reina, para obrar sobre un sistema nervioso frágil y producir aquellas modificaciones cuya naturaleza nos escapa aún.

Todavía estamos muy lejos, dice Binet y Fère, de conocer todos los efectos que puede producir la *idea* que introducimos por sugestión en el cerebro del operado, aunque es muy probable, según lo atestiguan multitud de experiencias que dirigiéndose á un sujeto apropiado, la sugestión es capaz de engendrar todas las acciones que están bajo la dependencia del sistema nervioso [1]. Esta circunstancia da una idea de la completa posesión á que el *instrumento activo* puede llegar cuando el sujeto, por razones de enfermedad, se halla como la reina Isabel en perfecta *oportunidad sugestible*, como dice Benoit.

El primado británico era tranquilo, pero no glacial, austeramente inconciliable con Roma cuya influencia combatía con los actos tan eficaces de su dominio mental. Conservaba como Spartacus un pedazo de la cadena de la antigua servidumbre, dice el autor de la *Historia de la libertad religiosa en Francia* y bajo la mitra anglicana fué, con todo, un hombre de una rara distinción; por eso es lamentable que este amigo de la filosofía y de las letras, después de haber sufrido

(1) BINET Y FÈRE, *Le magnétisme animal*, Bibliothèque scientifique internationale, LVII.

las más crueles persecuciones las aplicara á su vez con una saña rara por cierto en un hombre tan levantado (Dargaud). Tanto Parker como Burleigh tenían el sentimiento experimental, aunque vago, de esta verdad que la psicología mórbida de nuestros días ha establecido claramente: que podemos hacer lo que queramos de la conciencia de una histérica porque se halla en ese estado de *miseria psicológica* que la hace manejable; *miseria* que no pertenece exclusivamente á la histeria, porque se manifiesta de mil maneras diferentes aunque siempre sobre un fondo patológico y probablemente hereditario en otros enfermos del sistema nervioso; «que esos individuos hagan hablar las mesas y evoquen el alma de Guttemberg, que abran un hospital de perros enfermos, ó den conferencias contra las vivisecciones, que contracturen sus miembros, ó les impriman contorsiones de todas formas en una especie de delirio muscular, todo eso no cambia su enfermedad y no crea fenómenos psicológicos nuevos, es siempre la misma causa de debilidad, la misma fatiga á que se abandonan sin resistencia, dejando desarrollarse indefinidamente sólo tal ó cual grupo de sensaciones y de imágenes» [1].

Otra circunstancia que favorecería la acción de Parker y de Burleigh, que la facilitaba notablemente, era la proverbial *credulidad* de Isabel,

[1] PIERRE JANET, *L'automatisme psychologique*, pág. 460.

por otra parte tan común de las histéricas: «Comprobemos de una manera general, dice el autor que acabamos de citar, que las histéricas despiertas ó dormidas, poco importa, son como los niños que no tienen necesidad de prácticas hipnóticas para ser convencidos y que creen en todo aquello que hiere su espíritu». Cuando uno les cuenta historias y cuentos, los toman en sus más simples detalles como hechos reales. No hablo, agrega Janet, de las alucinaciones que comunicamos voluntariamente á un sonámbulo, sino de los hechos diarios que se pasan en la vida normal de estos espíritus débiles. Llama la atención del observador, la manera cómo estos dos grandes hombres parecían haber adivinado ese estado propicio del alma de la reina vislumbrando con una sagacidad genial y á dos siglos y medio de la *sugestión científica* todos los preciosos recursos que ella ponía en sus manos. ¡Con qué talento habían descubierto, sin darse cuenta, indudablemente, y haciendo sin saberlo, ciencia experimental, que aquella mujer hereditariamente viciada por una histeria incurable y á pesar de sus apariencias violentas y despóticas, «era de una extraña docilidad cuando sabían dirigirla»!

En aquel espíritu lo mismo que en todos sus congéneres así como se puede cambiar un *sueño* por unas palabras dirigidas al que duerme, de la misma manera se puede modificar los actos y toda la conducta de uno de ellos, por una pala-

bra, una alusión, un signo ligero á los cuales obedecen dulcemente. Una palabra provoca la risa, ó el llanto, ó el pudor en el rostro, una palabra las hace dulces ó violentas [1].

La Corte de la Reina concurria también al propósito del gran ministro formándole, gracias á la habilidad de Burleigh, un *medio* favorable dentro del cual se movia y á cuyo tono moral se amoldaba fácilmente siguiendo ese otro carácter peculiar de esas enfermas. ¿Habia tenido Burleigh el raro presentimiento de la acción sugestiva del medio y se lo habia formado para complemento de su acción personal?

En efecto, la histérica, es como, ha dicho un conocido psicólogo francés, la más oportunista de las mujeres: honrada en apariencia, á lo menos en presencia de la gente honesta, se transformará pronto en una ladrona habilísima, en una *debauché* incorregible entre los ladrones y libertinos. No sólo se pondrá al nivel del ambiente en que vive sino que, como Isabel, lo sobrepasará más allá de sus exigencias. Poned un histérico en un convento, decia Mr. Emile Laurent en el *Congrés International de l'hypnotisme de Paris,* y este histérico, aunque haya sido un antiguo bebedor, un libertino empedernido, apenas haya sentido

[1] PIERRE JANET, loc. cit., 210. Véase también: MOREAU (de Tours), *Le Haschich* y *Psychologie morbide;* MAURY, *Du sommeil;* CHARMA, *Du sommeil*; CH. RICHET, *L'homme et l'intelligence.*

sobre su olfato el olor penetrante del incienso, operará en su sér un cambio completo; en algunos días, habrá abandonado con una facilidad admirable sus antiguas costumbres y adoptado los hábitos y los gustos de la casa; amará la misa y la oración; la iglesia y el altar tendrán para él un atractivo secreto, como antes habia amado y se había sentido dominado por el baile desordenado y el teatro: aparecerá, en fin, tan fervoroso en la plegaria como fué antes en el amor, pervertido y vicioso [1]. Y no será un devoto ordinario, un piadoso sin ostentación; rogará con ruido como ha pecado, casi con escándalo y su religión semejará un misticismo lleno de exaltación (Laurent). Tomad al mismo sujeto, colocadlo en una prisión, confundido entre gente de mala vida y veréis cómo se metamorfosea rápida ó paulatinamente: se diría que los muros le han infiltrado su malignidad, á tal punto es completa y radical su transformación. Es esto lo que Laurent llama *la acción sugestiva del medio penitenciario* sobre el detenido histérico. Durante los dos años que ha vivido como interno en la enfermería central de las prisiones de París, le ha sido posible observar muchos casos de este género en individuos detenidos por robos ó estafas, llamándole la atención la audacia con que, héroes de la *Court d'Assises,* se erigen

[1] EMILE LAURENT, *De l'action sugestive des milieux pénitentiaires sur les détenus hystériques.*

en criminales ilustres [1]. Un distinguido autor inglés, E. C. Spitka, en su conocido libro *Insanity its clasification, diagnosis and treatment*, habla también de esta fácil adaptación de los histéricos al medio y Charles Buckmill en la no menos conocida obra *A Manual of Psychological Medecine* etc., menciona, aunque de paso, el mismo fenómeno que es en ellas visible más que en ningún otro enfermo.

Tal fué, pues, la influencia poderosa, que á consecuencia de su histerismo ejerció sobre la Reina de Inglaterra, el grupo absorbente y activo que le formaba una verdadera atmósfera moral dentro de la cual se movía, determinando su radicalismo trascendental en asuntos religiosos.

Pero sacadla de esa atmósfera en que se respiraba el protestantismo y la heterodoxia y llevadla á la Corte de Felipe II; rodeadla de dominicos y de inquisidores; hacedla respirar aquel aire helado del Escorial, sepulcro de la conciencia y de la inteligencia española; mostradle la hoguera, el incendio estimulante del quemadero, la pompa soberbia de la religión católica, la música y el incienso, el arte soberano de sus templos conmovidos por el trueno del órgano, en que el sentimiento de lo divino se exalta y la belleza llena de vaga poesía de ciertos dogmas, habla con tanta ternu-

[1] *Premier Congrés Internationale de l'hypnotisme expérimental et thérapeutique*, tenue á l'Hôtel-Dieu, 1889.

ra al corazón sensible y á la imaginación artera y turbulenta de la histérica... y aquella *degenerada* de tan frágiles nervios que en Inglaterra salvó á la inteligencia humana del oprobio de una tiranía terrible, la veréis convertida por dócil adaptación, en el más implacable colaborador de Arbuez y Torquemada.

¡ Qué terrible, qué feroz perseguidor de herejes y judaizantes hubiera sido en España, con su carácter agrio y violento, la gran histérica, sugestionada aquí como lo fué allí por ese ambiente moral tan deletereo para el pensamiento! Isabel de Inglaterra, mujer de Felipe II, habría sido el horrible complemento de aquel *tigre del Mediodía* que tenía como Leicester crímenes en la conciencia, veneno en los dedos y las furias bravías en el alma ([1]).

Difícilmente se encontraría en mujer alguna, una mentalidad que encuadre mejor dentro de la psicología fantástica de aquellas *histéricas de Legrand du Saulle,* que la de esta reina tan perversa como grande.

Sea histeria y degeneración, asociadas á cualquier otro estado, no imputable á aquella únicamente, como quiere Collin y los suyos, lo cierto es que tanto Isabel como María Tudor presentan la fisonomía moral del histerismo que describe el maestro experto del *Hospice de Bi-*

([1]) DARGAUD, loc. cit.

cétre y que atribuido entonces exclusivamente á esa dolencia, ha sido en nuestros días clasificado de caprichoso por la juventud médica de la Salpêtrière.

Había algo de más grave, no hay duda, que la simple neurosis, puesto que ambas fueron hereditarias, pero lo que aparecía visible era su cuadro sintomático, con el colorido chillón y policromo que ha descrito Legrand du Saulle en ese libro copioso que publicó con tanto éxito en 1883. Un síntoma entre tantos, y que parece más que otros visible en el carácter de la hija de Ana Bolena, es ese dón perfecto del disimulo y de la hipocresía artísticamente ejecutados. Dice Joly, el colaborador del *Tratado enciclopédico de patología interna y terapéutica*, que entre los rasgos culminantes de la fisonomía moral de los histéricos, este espíritu de disimulo es proverbial: la mentira y el engaño, inconscientes ó no, es un rasgo conocidísimo de su psicología.

La maligna virgen de White-Hall acumulaba en su espíritu todo el arte supremo que se le atribuye á la histeria para la intriga y la mentira. Simulaba un catolicismo tan sincero que llegó á engañar á su hermana, que tan bien escudriñaba las conciencias y los corazones heréticos: oía misa, se confesaba y comulgaba pidiendo encarecidamente á María que le mandara libros ortodoxos para templar su fe. Las duplicidades y manejos arteros desarmaban completamente el fana-

tismo de la esposa de Felipe II, y á pesar de cierta desconfianza que aún conservaba la reina, se dejó persuadir de la sinceridad de las prácticas falaces de Isabel, confirmadas por el testimonio de Sir Thomás Pope (Dargaud).

Mujer fanática, con esa fantasía que depende de la rara impresionabilidad morbosa de las histéricas de su género, é intoxicada, diremos así, por lecturas incoherentes de los autores griegos y romanos, pretendía buscar sus ejemplos de gobierno y sus consejos de estado en aquellas fuentes equívocas. Pero de las alturas de la antigüedad á donde la llevara su excitación, el gran Burleigh, el cerebro equilibrado por excelencia, la arrastraba hacia abajo, lejos de Solón y de Dracon á los laberintos contaminados de Machiavelo, cuyas máximas aprobaba moderándolas antes [1]. La vanidad extraordinaria, esa adoración de sí misma, mezclada á la marcada tendencia á dramatizarlo todo, sobre lo que Dumond ha llamado la atención en las histéricas degeneradas, ha desempeñado en muchos de sus actos un papel importante. La ostentación extraordinariamente presuntuosa y pedantesca de que nos habla el maestro de Bicêtre es un rasgo de ese carácter extraordinario. La ferocidad proverbial dependía de la atrofia de su sentido moral complicada con aquel engreimiento fabuloso tan expresivo de su dese-

[1] DARGAUD, *Historia de Isabel de Inglaterra*, pág. 54.

quilibrio y que la hacía pensar que su autoridad pontifical comunicaba al culto legal, por su sola intervención, atributos divinos.

Aspiraba á un endiosamiento megalomaníaco tan propio del modo de ser mental de los hereditarios degenerados ([1]) y quería la autoridad incontestable, infalible de un poder supremo arriba del Papa. En materia religiosa, que es en donde la violencia de su carácter se hace sentir sobre los católicos, consentía menos que en asuntos políticos la observación de sus fallos. Envuelta en la atmósfera de ese sueño de grandeza medio delirante, Isabel no alcanzaba á comprender cómo era posible que alguien en el suelo de Inglaterra no fuera de su secta, é importaba por consiguiente una ofensa á su persona, no á su culto, la sola existencia de disidentes ([2]).

Estudiando esa vida interesante, sobre todo en su faz religiosa, se observa fácilmente de cómo el raciocinio sereno del genio político se ve frecuentemente obscurecido, perturbado en su mecanismo seguro, por estas irrupciones inesperadas que hace la herencia morbosa en su cerebro frágil; «parecen excitaciones elaboradas en las profundidades de los centros inferiores del pensamiento, cuyo origen escapan á la conciencia y que hacen súbitas

([1]) Véase DEJERINE, *L'hérédité dans les maladies du système nerveux*; MAGNAN, *Leçons sur le système nerveux*; M. LEGRAIN, *Du délire chez les dégénérés.*

([2]) DARGAUD, loc. cit.

invasiones, como una horda de salvajes, sin decir de dónde vienen y sin querer ajustarse á ninguna regimentación del pensamiento civilizado».

Sus primados los arzobispos de Cantorbery, no habian podidó secundarla en el celo excluyente y excesivo con que quería castigar á los puritanos como anárquicos y á los católicos como sediciosos ([1]). No se podían ventilar estas cosas con el criterio humano y normal con que se trataban los asuntos de estado y menos olvidándose que la reina no era sino una *divinidad hecha y derecha*, Dios mismo ó su delegado como ella lo imaginaba.

Es digno de señalarse á la curiosidad de la psicologia histórica, la frecuencia con que estas ideas de verdadera megalomania religiosa reveladora, surgen inmediatamente que la ocasión determinante se presenta propicia, en todos los cerebros degenerados de los monarcas del siglo XVI, que es el siglo de la gran crisis religiosa, y cómo influyen en sus actos más trascendentales.

Las hemos observado en María Tudor y en Isabel su hermana, hijas de la misma cepa morbosa, en Enrique VIII su padre, gran pontífice y teólogo consumado, según él lo pretendió, y las veremos estallar con más bríos aún y exuberancia mayor en Cárlos V y en Felipe II, el gran Inquisidor, porque son lazos secretos entre estos grandes perseguidores que traicionan su paridad mo-

([1]) DARGAUD, loc. cit.

ral. Parece que fueran análogos al vínculo que existe entre los que padecen de una misma enfermedad, entre un histérico que se revuelve en medio de las convulsiones dolorosas en el *Royal Edimburgh Asylum* y la histérica clavada en su lecho por una contractura ó presa de un delirio histérico tranquilo en la *Salpêtrière*, ó en la bien reputada *Villa di Salute di Palermo*. Diferencia de temperamento y de expresiones y gradaciones sintomáticas, pero en el fondo la misma enfermedad. Las grandezas de las cosas humanas no satisfacen la insana aspiración de estas cabezas tocadas por la *felure* hereditaria; necesitan la magnitud infinita, imponente de las cosas divinas; ser, no un demonio vulgar de las legiones infernales, sino el mismo príncipe de las tinieblas, el mismo Dios ó su delegado, la *grandeza* en su *colmo universal*, como decía el loco megalomaníaco que cita Franz Tuczek. Tienen el sentimiento morboso de lo grande en disonancia con su medio exiguo y á pesar de la grandiosidad que los rodea; por eso sueñan con lo que es sobrenatural, enorme, hipertrófico.

Parker, el primero de los primados de Isabel que había comenzado con el reino sus altas funciones, no pudo ser suficientemente dócil á las exageraciones de la reina y tuvo que morir en la desgracia en 1575. Parker, que había excitado en el espíritu de Isabel toda la rabia protestante, que pudo ser católica por las razones que hemos

dado más arriba, moría víctima de su propia obra: le había impreso demasiado movimiento al terrible mecanismo y él mismo caia enredado en sus ruedas. Era demasiado amigo de las letras y de una liberalidad de inteligencia también demasiado vasta para poder seguir el impulso que su propia sugestión había impreso al espíritu perseguidor de Isabel. Su sucesor el arzobispo Grindal, parecía exageradamente respetuoso de las conciencias y nada inquisidor, así es que al poco tiempo murió en una desgracia más absoluta que la de Parker.

¡Y curiosa circunstancia que da mucha luz á nuestras inducciones psicológicas!

Isabel encontró el ideal de su prelado, como quien dice la *horma de su zapato*, en el arzobispo de Worcester, el famoso Witgift, el hijo de un alcoholista, que había tenido varios accesos de *delirium tremens* y que murió loco en un hospital. Existía entre ambos una rara simultaneidad de anomalías cerebrales difusas, pero evidentes, que los acercaba por medio de ese contagio que estrecha la amistad equívoca de los predispuestos. Este prelado que reemplazó á Grindal en 1553, vivió largo tiempo en la amistad de la reina sin que la menor nube alterara sus relaciones; parecia haber, dice Dargaud, *afinidades de carácter* realmente sorprendentes y exigía de todo el clero una sumisión absoluta y despótica á la supremacia de la reina y al formulario de 1560; y lo más extraordinario era que esta uniformidad de miras,

no fué ni una adulación, ni menos una diplomacia. Ese fraile disponía de una dureza terrible y hería con la misma furia de la reina á los puritanos y á los católicos, sobre todo á estos últimos, que oponían á su omnipotencia, la del Papa con iguales pretensiones á las suyas (Dargaud).

Completemos la psicología extraordinaria de esta mujer con algunos otros rasgos que dan la *tónica* final de su retrato moral.

La supercheria audaz de su virginidad es una línea que no debe olvidarse. Son tan propios de las histéricas estos engaños, que los anales de los tribunales de todos los países están llenos de hechos parecidos como *dos gotas de agua* á esta *fruslería* insolente que ha llenado el mundo y ocupado á los historiadores en averiguaciones de un extraño candor. Basta leer los tratados especiales para convencerse.

Isabel no obtuvo con esto sino exhibir ante el mundo candoroso los hechos que con demasiada frecuencia reproducen en los procesos por violaciones, estafas y atentados al pudor sobre todo, las histéricas de todos los tiempos. Esa *virginidad* vulnerada es el *clou* de sus intrigas, el canevás en donde tejen sus temibles embrollas, y el que haya frecuentado el trato de semejantes mujeres ó intervenido en asuntos en que hayan sido actores, se ha de haber encontrado con más de una virginidad de esta clase, guardada y proclamada como la de la famosa Plantagenet.

El asesinato de Lady Lunley habíase verificado en 1560; un año después la princesa Isabel no se pertenecía ya: la máscara simuladora caía á cada instante porque esta *fanfaronne de virginité*, como dice uno de sus biógrafos, estaba vencida por la pasión. *Elle était un peu la fable de la cour, d'Angleterre et du monde.*

Melvil y Birch, en distintas épocas, insinúan mucho y dejan también mucho que adivinar respecto á su honestidad virginal. Y si no bastara esto, el obispo d'Aquila, Embajador de España, establece con una precisión abrumadora que la reina vivía con Robert Dubley. La casta princesa que no ignoraba las malevolencias de que estaba rodeada y que se empeñaba en transformarlas en calumnias, mostró un día al obispo d'Aquila la disposición de su dormitorio, á fin de disipar, decía, las sospechas que los malos difundían. Bien pronto, agrega el obispo, este argumento demasiado débil, por cierto, faltó á la reina, pues encontrando húmedo el dormitorio de Dubley, situado en el piso bajo del castillo, le asignó bondadosamente uno al lado del suyo (Dargaud, pág. 74). Los informes de este gran prelado y las cartas de la marquesa de Winchester, conservados en los archivos de Simancas, no son los únicos documentos que atestiguan la supercheria de la reina virgen; hay muchos otros que no es del caso, ni del lugar mencionar [1].

[1] DARGAUD, loc. cit., pág. 74.

En todos sus actos, sobre todo en aquellos que tienen una índole moral más acentuada, se abría paso la semilla hereditaria degenerativa que da el carácter y hace el claro-obscuro á su histerismo.

Por eso su estado mental se resiente en sus alternativas sintomatológicas, de este doble y recíproco influjo. Una imaginación anormalmente excitada, mejor dicho violentamente estimulada, despertaba en el cerebro esos sueños extravagantes de amores romancescos de que hablaba el embajador de Felipe II y reclamaba para su mentida pureza un culto extraordinario; para la *diosa de las florestas*, como se hacía llamar. Los transportes amorosos casi orgíacos de que era objeto el duque de Anjou parecían más bien accesos morbosos que movimientos pasionales regulares. Solía tener ataques de exaltación febril, de calentura sensual, mezcla de un erotismo que traicionaba su degenerescencia y que rayaba lejos; arranques amorosos agudos como sus accesos de furor [1].

Le gustaba en todo el aparato ruidoso y la fantasmagoría extraviada de los temperamentos excesivos. Lo que en su célebre entrada triunfal de Londres la henchía el corazón de placer y coloreaba sus mejillas, lo que humedecía sus ojos movibles y fulgurantes en medio de una embriaguez loca, no era sólo el amor exaltado de la gloria, no, era ese orgullo hidrópico, vano, pueril, incon-

[1] DARGAUD, loc. cit.; FORNERON, *Historia de Felipe II.*

mensurable que la hacía objeto de las miradas de millares de hombres.

La sangre contaminada de los Tudor producía en ese día su mayor excitación.

Isabel, histérica en aquel instante, tal vez mas que nunca, se sentía más que reina, el ídolo de la aristocracia brillante y orgullosa, flor de la Inglaterra y del mundo, ídolo de la multitud que atronaba los aires en el tumulto de la loca alegría; ídolo sobre todo, más que todo ídolo, por esa tendencia típica de todos estos enfermos, de provocar la admiración, la sorpresa, á llamar la atención, á llenar el barrio, la aldea, la ciudad, el mundo con su nombre, sus caprichos ó sus dolencias insignificantes. La escolta era de una magnificencia deslumbradora. Más de quinientos gentiles hombres, grandes señores, obispos, magistrados, avanzaban detrás de ella como un río humano que se desbordaba al través de la multitud de mujeres, de obreros, de paisanos, precipitándose empujada por el mismo sentimiento [1]. El pueblo « cedía á un miraje de esperanza, la nobleza á un movimiento caballeresco »; la reina embriagada por la satisfacción de su orgullo había olvidado á Leicester para entregarse á la intensa exaltación de su sensibilidad extraviada...

No hay duda que Isabel demostró persistencia y tenacidad á veces intensa é impulsiva en sus pro-

[1] DARGAUD, loc. cit.

pósitos religiosos y políticos, pero esto mismo ¿no es un carácter peculiar de su temperamento enfermizo?

Esa histeria degenerativa que le imprime un *cachet* tan palpitante á su *fiebre mística* heterodoxa, ha influido hasta en la formación de la calidad matriz de su organización moral; porque esos actos bruscos é impulsivos son sin embargo durables en los histéricos, prolongados y sostenidos á pesar de su volubilidad proverbial. Pierre Janet, el distinguido autor de *L'automatisme psychologique*, hace notar esta circunstancia. Hablando de tales actos «*quelque fois violents et durables*», dice que se parecen á menudo á las convulsiones ó á las contracturas.

Y notad cómo es de aplicable á Isabel la juiciosa observación del ilustre psicólogo.

Á una histérica se le mete en la cabeza hacer un trabajo cualquiera, un tejido para el alba de un clérigo (es el caso de Janet, observ. pág. 209), y trabaja sin cesar, y no habla sino de eso, aun en medio de sus ataques de sonambulismo y de sus grandes crisis; María (observ. 2, pág. 209), ordinariamente dulce y de buen humor, se enoja con una sirvienta y toma súbitamente la resolución de no decir una palabra á nadie, á ninguna de las personas del hospital, y lo cumple al pie de la letra con una firmeza extraordinaria [1]. Sería fácil

[1] Pierre Janet, *L'automatisme psychologique.*

agregar aquí una multitud de ejemplos de tenacidad que estos *espíritus débiles* muestran en actos que han emprendido al azar y que cesan de la misma manera [1].

Tales eran los rasgos sintomáticos que esa reina tan justamente célebre presentaba al estudio de la patología mental. Toda su vida está dirigida por ese motor activo que, favorecido por los elementos hereditarios poderosos, pudo gobernar su espíritu dándole su temperamento intelectual. La reina Isabel era una neurópata hereditaria afectada de una *histeria degenerativa*. Todos sus actos están sujetos á la influencia de tan extraviada psicología.

Vamos ahora á esos grandes hereditarios que hacían en Francia con igual afán la obra *persecutoria* que Isabel y María en Inglaterra.

Los Valois son exactamente lo que los Tudor en Inglaterra y los Austria en España, con diferencias de intensidad sin duda, pero con igual característica frenopática .

Dice Trelat que esa familia es un ejemplo clínico vivo de las neuropatías hereditarias que debilitan la mente y concluyen por aniquilar el *yó* de los enfermos. Una gran predisposición hereditaria y las perturbaciones psíquicas que hallamos al estado latente en algunos de los miembros de esa familia mutilada por vicios tan profundos

[1] PIERRE JANET, *L'automatisme psychologique.*

que se traducen por singularidades del espíritu y del carácter, impiden la formación del *yo* sólido y enérgico constituido por un complejo de ideas fuertemente encadenadas (Dejerine). Así la debilidad y la inconsistencia de la personalidad moral, y por consecuencia una especie de debilidad irritable y la poca resistencia que el *yo* opone á toda impulsión, constituyen el hecho primordial, esencial, el fenómeno psicológico fundamental en sus psicopatías, el resultado inmediato, inevitable, fatal (1).

Todos los variados grados de las frenopatías más grandes se encuentran en esa familia, barajados por la herencia y mantenidos por un medio adecuado que las cultiva, atenuándolas unas veces, aumentando otras su virulencia.

Algunos, como los antisociales de Mausdley, se han mostrado vivamente predispuestos á la locura sin entrar francamente en ella, aunque dentro de esa *imbecilidad moral* que los hace insensibles á todo sentimiento humano; otros expresaban su desequilibrio cerebral, ó por las alucinaciones como Carlos IX, ó por las explosiones de violencia, los terrores nocturnos, las perversiones de la ideación ó las concepciones delirantes de cierto orden. Desde sus más remotos abolengos les viene la mala semilla de sus vicios mentales. Segunda rama de los Capetos, subió al trono de Francia en 1328,

(1) Jacoby, *Le pouvoir* (*La sélection*), pág. 25.

con Felipe VI de Valois, nieto de Felipe el atrevido é hijo de Carlos de Valois y de Margarita de Sicilia (Jacoby, 381). La familia real se había extinguido en todas sus ramas, las ramas real de Anjou, de Berry y de Bourgogne, en la locura, las muertes prematuras, la esterilidad y las neuropatías. La casa de los Valois-Orleans sube entonces al trono de Francia, pero se extingue en su primera generación y la corona pasa á la dinastía de Angoulême.

Francisco I es el jefe de esta rama: cerebro herido como pocos de su raza por ese defecto del mecanismo mental que se traducía por un conjunto de facultades negativas, aunque brillantes, que le daban grandes apariencias, ocultando una esterilidad efectiva, tuvo como los otros Valois una parte importante en las persecuciones religiosas del siglo XVI.

Cuando, previa una prudente disección psicológica, uno estudia estas *grandes ilusiones de la historia*, como las llama Paul Groussac, el sentimiento de admiración decae bruscamente ante la pequeñez real de sus caracteres morales. La patología mental, si bien es fría y tal vez desesperante para el platonismo histórico de Wildemayer, cura indudablemente las obsesiones del entusiasmo inconsciente, su macropsia solemne: donde el patriotismo suele ver grandeza, ella muestra las gruesas fibras de la *hipertrofia*, y allí donde la pasión histórica ó el error panegirista cree descu-

brir la concepción grandiosa del genio, su mano hábil sorprende los lineamientos grotescos de un delirio megalomaníaco. Los ingleses parecen confundir á menudo el vientre hidrópico de Enrique VIII con su grandeza; porque el estómago absorbía todas las fuerzas de su espíritu, y ese gran *comilón*, Tudor por los cuatro costados, no era otra cosa que una de esas ilusiones, un gran cínico coronado, nada más, venal hasta lo increíble, sensual y tan ávido como orgulloso, tan mal marido como pobre político, sin el sentimiento, siquiera, de la independencia nacional, tan poderosa en la raza inglesa [1].

Francisco I ha adquirido « un nombre como protector de las letras, y diríase que con esto ha seducido á los hombres de estudio que han escrito su historia »; pero cuando se examina sin preocupaciones sus guerras y sus negociaciones, la grandeza del Rey Caballero desaparece como un sueño [2]. Es que esas inteligencias quebradas por defectos cerebrales intensos llevan eternamente la cadena que los ata al suelo: sus concepciones no son nunca elevadas, grandiosas; son incapaces de tener grandes y fecundos pensamientos; hecho que contrasta singularmente con el desarrollo á menudo exagerado de sus facultades imagi-

[1] Laurent, *Estudios históricos. Las Nacionalidades*, tomo X, pág. 77.

[2] Laurent, loc. cit.

nativas [1], como sucedía con Francisco I, que en razón de la estrechez de sus ideas era poco susceptible de grandes generalizaciones. La asociación de las ideas, la reflexión, las facultades inductivas ó deductivas son pobres en general y exactamente en relación con la exigüidad de su concepción. Algunos tienen grandes pretensiones poéticas, inclinación pedantesca y estéril á las letras, y producen imperturbablemente, como dice Magnan, á quien pertenece esa observación, verdaderas monstruosidades, con una fecundidad de mala ley.

El cuadro del estado mental de esos degenerados superiores, según los llama el célebre profesor de Santa-Ana, reproduce en gran parte el del *débil de espíritu*. Las ideas y los actos pueden ser extravagantes, ilógicos, extraños, si bien es cierto que hay algo de menos mezquino, de menos estrecho, de *moin guindé* que en la manera de ser del *débil;* en una palabra, en el degenerado superior hay siempre un sello de inteligencia, se ve que posee todo el rodaje de su mente, pero que no sabe hacerlo funcionar, que da traspiés á cada instante [2]. Los individuos de esta categoría, dice Magnan, pueden pertenecer á las clases más elevadas de la sociedad, á las clases dirigentes; pueden ser magistrados, diputados, etc.,

(1) LEGRAND, *Du délire chez les dégénérés*, 1886.

(2) LEGRAND, *Délire*, etc., pág. 36.

y es esa una prueba de que la desequilibración debe ser, según él, cosa muy distinta del pensamiento mismo, puesto que es compatible con la inteligencia de un genio como con el estado mental de un idiota (1).

Si hay algo que iguale á la desmedida ambición de Francisco I, es su *incomparable nulidad.* Entregó, dice Laurent, su gobierno á favoritos. La milicia francesa en su heroico entusiasmo, venció á los suizos que pasaban por invencibles y conquistó para su rey el hermoso ducado de Milán. Se ensalza á Francisco por haber contenido el poder creciente de la casa de Austria y por haber salvado á la Europa de la monarquía universal; *pero la verdad es que no hay* un asomo de idea política en el rey de Francia (2). No tenía más que una ambición, un sentimiento, una verdadera idea fija, una obsesión perfectamente enfermiza: el ducado de Milán, que lo perseguía como un fantasma. Que se lo dé Carlos V, y lejos de contrariar sus designios, Francisco le ayudará con todas sus fuerzas á *hacerle monarca* y *el mayor príncipe que hubo jamás en la cristiandad* (3). Las ofertas de Francisco en este sentido excedian de todo lo creible; se inclinaría uno á creerlas calumniosas, si el rey no se hubiera tomado cui-

(1) Véase: Legrand, *Délire*, etc., pág. 36.

(2) Laurent, loc. cit., pág. 71, tomo X, *Las nacionalidades*.

(3) Laurent, loc. cit., *Carta de Carlos V al Conde de Reux*, 19 de abril de 1535 (*Papeles de Granvella*, tomo II, pág. 345); Du Bellay, *Memorias* en *Petitot*, tomo XXIII, pág. 338.

dado de consignarlas en las instrucciones dadas á sus enviados. Hay más todavía: lo que constituía el poder de la Francia en su lucha contra Carlos V, era la división de la Alemania; «los príncipes alemanes eran, pues, los aliados naturales de los enemigos del emperador».

¿Y qué hizo Francisco I?

Si se le daba á Milán, «se pondria á disposición de Carlos V para restablecer la unidad de la iglesia en Alemania, y aun con eso no hemos acabado con sus increibles ofertas». «Enrique VIII había realizado el cisma, parecia el aliado de la Francia, y si alguna alianza debia ser cultivada, era la de los protestantes de Inglaterra, porque mientras estuviere separada de Roma, la reconstitución del sacro imperio romano sería imposible». Pues bien, para obtener á Milán, el rey de Francia se obligaba á tomar las armas *para hacer obedecer á Enrique VIII la sentencia de la iglesia.*

No es esto todo. «El rey de Francia se ofreció además á hacer traición á sus aliados de Italia y de Alemania, y todo por la grandeza y *aumento del señor emperador* y del rey de los romanos, su hermano» (1).

Se atribuye á Francisco I, como una gloria, el haber salvado la reforma; fué, es verdad, aliado de los protestantes de Alemania; pero ¿lo era por defender la libertad religiosa? Para

(1) *Memorias de Du Bellay* en *Petitot*, tomo VIII, pág. 293.

los que conocen las crueles persecuciones de Francisco contra los hugonotes, nuestra pregunta parece una necedad; sin embargo, oigamos al embajador de Francia cerca de los príncipes protestantes: «*El rey confiesa que se ha equivocado en materia religiosa; reconoce que los alemanes que siguen á Lutero* PROFESAN LA VERDADERA CREENCIA (1), y como sabe que el emperador quiere convertirlos por la fuerza al catolicismo les ofrece su apoyo para conservar su libertad» (2). Por aquel mismo tiempo, el Rey Caballero negociaba con Carlos V el obtener á Milán y le proponía reducir á los protestantes por la fuerza! Indicaba al legado que no se debía entrar en discusión con los innovadores, que no se trataba de escucharlos, sino de compelerlos, y Francisco tomaba efectivamente medidas en su reino *para exterminar aquella desdichada secta luterana* (3).

Todo se había reunido en este famoso príncipe para despertar las predisposiciones hereditarias y determinar su temperamento intelectual anómalo: traumatismo, sífilis, abuso de los placeres de

(1) Relación del Arzobispo de Lunden á Carlos V (LANZ, *Correspondenc.*, tomo II, pág. 144).

(2) BRESTCHNEIDER, *Corpus reformatorum*, tomo II, página 1014.

(3) LAURENT, op. cit., pág. 73, tomo X; RAYNALDI, *Annales ad 1540,* tomo VIII, pág. 534; FLOQUET, *Historia del parlamento de Normandía;* FILÓN, *Historia de la Europa en el siglo XVI*; CORRERO en TOMACEO, *Relaciones de los embajadores venecianos*, tomo II, pág. 250; MARINO CAVALLI, 1546, en ALBERI, *Relazioni*, tomo I, pág. 232; MICHELLE SORIANO, 1559, en ALBERI, etc. (citado por Laurent en su conocida obra).

todo género, alguna de cuyas expresiones puede bien haber sido una manifestación de la herencia frenopática, enfermedades de las vías urinarias, libertinaje «*assez nettement établie*», como dice Corlieu [1].

Luego viene su hijo Enrique II, marido de aquella Catalina de Médicis, «que, esposa, envileció la fidelidad conyugal por grandes y bajas complacencias, que como madre deshonró el amor maternal corrompiendo á sus hijos para tenerlos mejor bajo su dependencia celosa, y como reina, en fin, sumió á la nación en un abismo de males por su duplicidad, sus intrigas, sus debilidades» y por sus odios nativos á toda la gente honrada [2]. Enrique II desempeñó papel aún más importante que su padre en las persecuciones religiosas en Francia, y por sus ascendientes como por los hijos llenos de lacras mentales y nerviosas, representa una etapa más en el ciclo de la decadencia de la raza, tan agotada por las muertes prematuras y la esterilidad; Francisco II, enfermizo, escrofuloso y débil de espíritu, apellidado *el rey sin vicios y sin virtudes*, muerto prematuramente y sin hijos; Enrique III, neurópata, libertino é incestuoso;

[1] Sobre las enfermedades de Francisco I puede consultarse á CORLIEU, *La mort des Rois de France depuis François 1er juzqu'à la révolution française;* CULLERIER, *De quelle maladie est mort François 1er?* 1856; BRANTÔME, *Les dames illustres*, Dix VI, *Madame Claude de France;* CHEREAU, *Les médecins de François 1er* (*Unión méd.*, 1863, nº 87 y 88); SAUVAL, *Élem. hist. conçernant les amours des Rois de France*, París, 1739.

[2] AUGUSTO LAUGEL, *Fragments d'histoire*, 1886, 127.

Carlos IX, alucinado; Margarita de Valois, histérica, inteligente y tan libertina como su hermano, etc., etc.; Enrique II tiene entre sus grandes hechos el establecimiento de aquella *chambre ardente*, institución especial contra los herejes, que procedía con tal violencia, con rigor tal que un edicto de 19 de Noviembre de 1549, que entregaba á los jueces de iglesia el juicio de los procesos de « herejía simple », pareció casi un relajamiento del rigor [1].

El despotismo instintivo del condestable y la política de los Guisa adherían en favor del rigor en las persecuciones del rey. Diana era, si cabía, aún más hostil á esos reformados y herejes, cuya austeridad les obliga á respetar poco las queridas del príncipe [2]. Á consecuencia de un ultraje que un sastre herético dirigiera á Diana, el rey furioso resolvió asistir en persona al suplicio y hacerlo quemar vivo. El 4 de Julio de 1549, después de una procesión y fiesta en que Enrique renovó el juramento de extirpar la herejía, una hoguera fué levantada en la calle Saint-Antoine, «el sastre subió allí acompañado de cuatro herejes más, y cuando apercibió al príncipe recostado en un balcón del hotel de la Roche: *il se prit á le regarder si fort que rien ne l'en pouvoit detourner*. Esa mirada fija, obstinada, penetrante, despertó un terror supersticioso en el alma desequilibrada de

(1) Henry Martin, *Histoire de France*, tomo VIII, pág. 399.
(2) Henry Martin, *Histoire de France*, tomo VIII, pág. 399.

Enrique. Abandonó el balcón, dice un historiador francés, afectado de tal manera por la imagen del pobre diablo, que durante muchos días con sus noches una alucinación aterradora, de esas alucinaciones pavorosas de los bebedores en pleno delirio, lo persiguió constantemente sin dejarle una corta tregua para conciliar el sueño. Bajo la impresión de aquel corto delirio sensorial, el rey juró no volver á ver quemar á ningún otro, pero sí de seguir quemando herejes con la misma saña de alucinado con que había iniciado su reinado (1).

Viene luego Carlos IX, el rey de la Saint-Barthélemy, hijo del anterior y con síntomas frenopáticos más acentuados. Carlos IX es un alucinado, nieto de un sifilítico y sifilítico él también, *(fit morbus hereditarius et transit a patre ad filium)*, y sobre lo que no hay duda, como dice Fournier, y que surge inmediatamente de la observación clínica, es que la herencia sifilítica, en razón sin duda del empobrecimiento relativo que inflige al organismo, constituye una predisposición poderosa á diversas enfermedades. Es incontestable, por ejemplo, que los niños heredo-sifilíticos están esencialmente sujetos á las afecciones del sistema nervioso (2) precoces ó tardías. Carlos

(1) Theodore de Beze, *Hist. ecclesiast.*, tomo II, pág. 79; Henry Martin, *Histoire de France*, tomo IX, pág. 399.

(2) Fournier, *L'hérédité syphilitique, Leçons cliniques recueillies et redigées par* Portalier.

IX además tomóla como cualquier otro cortesano vulgar en sus peregrinajes libertinos, porque como decía el poeta... *la garde qui veille aux barrières du Louvre n'en defend pas nos rois*. Lo que es indudable es que ese rey tan mal tratado por la herencia y por la Historia, fué un alucinado, y que antes y después de la famosa matanza de Saint Barthélemy, tuvo alucinaciones con los caracteres aterrorizadores que despertó el suplicio del sastre en la imaginación de su padre. Carlos IX murió á los veinte y cuatro años, agotado por el libertinaje y el abuso de los placeres. Tenía el cuello contracturado y movimientos convulsivos en la cara; « á los veinte y cuatro años era un maestro para el disimulo, y manifestaba el más grande apego á las personas cuyo asesinato tramaba friamente. Tuvo el triste coraje, después de la Saint-Barthelémy, de insultar los restos de Coligny, á quien él llamaba su padre». Carlos murió en un estado de locura completo y ya se sabe qué influencia tuvo esa locura en sus determinaciones más violentas.

Enrique III es otro tipo de neurópata, extraña organización, llena de extravagantes contradicciones: « bravo y afeminado, de espíritu brillante y pueril; sagaz y despreocupado, caballeresco y asesino; devoto, incestuoso y entregado á un vicio infame; su médico Miron decía que moriría loco muy pronto». Todos esos hermanos por la sangre, el libertinaje y el incesto, mueren más

ó menos jóvenes, después de haber perseguido la herejía con saña igual. Francisco II á los diez y seis años, Carlos IX á los veinte y cuatro, Enrique III á los treinta y seis, Francisco de Alençon á los treinta, y por fin el quinto hermano, muere en la cuna. De los cinco, sólo Carlos IX deja posteridad, un bastardo en cuyos dos hijos se extingue definitivamente la raza ([1]). De los cinco hijos de Enrique II, dos mueren en una edad temprana; Isabel tuvo una posteridad eminentemente neuropática; Margarita, inteligente pero libertina é incestuosa, no tuvo sino bastardos que murieron también prematuramente (Jacoby).

La influencia de la mujer ha sido en todas las épocas igual tal vez, pero ninguna como en aquellas en que por la mano y el influjo de los *grandes políticos* del sexo femenino, han escarbado y conmovido todos los pueblos de la Europa con la natural inclinación á la intriga.

Una atolondrada cualquiera deshacía con una palabra indiscreta una campaña. ¡Qué no harían las histéricas con esa virtuosidad excepcional para la intriga y el engaño dramático!

La corte de Catalina de Médicis encerraba, según las pintorescas descripciones de Brantôme y de Laferrière, una ratonera de neurópatas. Las atracciones de su *entourage* eran irresistibles; parecían, dice Bouchot, un infierno alegre, sobre el frontón

([1]) Jacoby, *La sélection chez l'hômme*, pág. 397.

del cual podia grabarse, en contraposición á la frase del Dante, «*Prenez toute esperance vous qui entrez ici*». El caballero joven y un poco desprovisto de incómodos escrúpulos que franqueaba su dintel, tenia la fortuna hecha, sobre todo si caía bajo la mano apasionada de alguna de las famosas *detraqué* del sistema nervioso. Una ardiente atmósfera de desorden y de perversión enfermiza circulaba en toda la corte, conmoviendo constante y violentamente tanto cerebro en pleno desequilibrio. Basta leer las páginas interesantes que han escrito Brantôme y los contemporáneos: *La Fortune de la cour*, á continuación de las *Memoires de la reine Marguerite*, las indispensables crudezas de las *Femmes de Brantôme*, de Bouchot, para darse una idea del completo desorden. Se conversaba en el lenguaje libre é indecente y se acababa en la orgia y en los amores macabros. La expresión más visible de la neurastenia de estas cortesanas perpétuamente excitadas, era esa forma lasciva y erótica tan frecuente en la época en que los órganos genitales y los sentidos primaban de una manera deplorable sobre la inteligencia. El siglo XVI, que ha conservado en la historia un nombre glorioso, ha sido de histerismo y de locura: « *aucun siècle ne fuit plus souillé que le seizième siècle* », dice Henry Martin en su *Histoire de France*. El origen de la excitación que desorganizó tanta cabeza naturalmente débil é inferior, que

sirve de etiologia á este desordenado nervosismo de todas las cortes, y que no sé por qué se ha creido por algunos espíritus poco observadores patrimonio exclusivo de este siglo XIX, se encuentra principalmente en el fuerte sacudimiento que las guerras y controversias religiosas habían producido en todo el mundo.

Calmeil, Littré, etc., etc., y muchos otros autores antiguos y modernos nos informan de la difusión de esta enfermedad, sobre todo en las clases elevadas. En aquella época las epidemias de locura y neurosis, porque efectivamente afectaban algunas veces ese carácter, revestían las formas más variadas, ya fuera que invadieran los conventos, donde eran más frecuentes, ó las cortes, donde la forma mental parecía común. La libertad de lenguaje iniciaba la más simple manifestación del desorden del sentido genital, el más estimulado por la licencia y la impunidad; la liberalidad se hacía poco á poco excesiva, y en este punto el campo femenino, dice el famoso Brantôme, no cedía en nada á los grupos de caballeros.

Trabadas á media voz estas curiosas *batallas de palabras*, para no ser sorprendidas y porque había más estimulación en el misterio, concluían en una verdadera orgía bestial. Brantôme dice que eran «*plus débordées qu'un cheval de Berberie*». «*On les nommait marquises de belle bouche, tant elles poussaient loin de brocard*» (Bouchot, *Les femmes de Brantôme*). Expone otro es-

critor que ha estudiado la mujer de la época de Catalina de Médicis: *On voyait souvent dans les assemblées d'hommes et de femmes,* dice Mordret, que es á quien me refiero, *de hautaines personnes, en semblance de parler fort posément à leurs serviteurs qui leurs debitaient cependant des sornettes à les rendre fous, et les pipoient car elles leur disoyent des paroles si friandes qu'elles et eux se corrompoient* ». El empleo de palabras sucias ú obscenas aparte de ser una manifestación peculiar de ciertas formas raras de la neurópata degenerada, es siempre un producto de esa especie de vago y pasajero subdelirio que se apodera de la mujer cuando el deseo genésico afecta proporciones excesivas. Algunas de ellas sin presentar jamás fenómenos de erotismo franco ó de la ninfomanía que puede complicar la neurosis aunque muy excepcionalmente, tienen una cierta excitabilidad genésica y son por lo general libres en su lenguaje, empleando palabras expresivas ó crudas para pintar sus sensaciones; y se ve frecuentemente en los hospitales, dice Axenfield y Huchard [1], como en la clientela civil, mujeres que experimentan un singular placer en hacerse sondar todos los días durante semanas enteras, y otras que simulan una afección de la matriz y que vienen sin cesar á consultar al médico y á reclamar un examen de speculum. Todas esas ma-

[1] *Les Nécroses*, pág. 968.

nifestaciones variadas, desde la simple *forma verbal* hasta el delirio más ó menos fuerte, aunque sin llegar á la excitación de la ninfomaníaca, eran de las tantas expresiones de aquel nervosismo [1]: el nervosismo de las cortes.

La influencia del medio hacía mucho en la desenvoltura peligrosa de tan curiosa perversión sexual con tendencias neuropáticas.

El arte libre y sensual tenía una parte importante en su etiología : desempeñaba para esas naturalezas mal inclinadas el rol de *agente provocador*. Las murallas estaban cubiertas de pinturas representando de una manera cruda los amores de los dioses ; las tapicerías contaban cosas alegres ; las estatuas desnudas atraían las miradas de todas las mujeres. Era necesario el ilogismo singular de estas épocas para querer impedir en tales aglomeraciones de jóvenes y mujeres lindas *les péchés divins étalés partout aux yeux* (Bouchot, página 165). Estas vistas eran las fiestas de Monseñor Satán ; salían de allí, pobres mujeres, con las cabezas preñadas de historias malignas que los enamorados aprovechaban hábilmente en las primeras sorpresas de los sentidos (pág. 165). La vida malsana y febril mantenida por la promiscuidad de los viajes, ó la lectura de libros italianos, ó

[1] Véase: R. DE KRAFT-EBING, *Le psicopatie sessuali: Studio clinico legali;* MANTEGAZZA, *Fisiologia dell'amore;* MOREAU (de Tours), *Des abérrations du sens genésique;* JACQUES ANTOINE DELAURE, *Des divinités génératrices ou du culte du phallus;* BALL, *Folie érotique.*

las libres conversaciones «*fust aux chambres des reines et princesses, fust ailleurs*» producía, dice un escritor francés á quien copiamos estos párrafos, un enloquecimiento, un estado nervioso agudo, que hacía olvidar las más bellas resoluciones, desorganizando las cabezas. Los amores extravagantes, los impulsos violentos, la manera de ser romanesca y fantástica, las denuncias, las intrigas, hasta el tipo transparente y etéreo de muchas de ellas, eran otros tantos rasgos que mostraban de un modo crudo toda la sintomatologia de su desequilibrio franco y proverbial.

Las *coquetas*, agrega Henry Bouchot, no se contentaban ya con los paseos y amores vulgares de la moda antigua; buscaban las excentricidades, las orgías extravagantes y enloquecedoras, en que los amantes podían morir á sus pies. Una de ellas ha arrojado su guante á la arena en que tres leones han sido allí abandonados para la diversión del rey y entregará su mano á aquel que lo recoja. M. de Lorges desciende al circo, toma en la mano su espada, cubre su mano con la capa, y las fieras lo encuentran tan ridículo que lo dejan pasearse tranquilamente en medio de ellas. «Daos con la daga en vuestro brazo si me amais tanto», exclama una de aquellas vírgenes locas, suspirando y dirigiéndose á Claudio de Clermont-Tallard... y él iba á ejecutar tan disparatado propósito, cuando Brantôme lo detiene riéndose. Un Genlis, muerto después á consecuencia de la mor-

dedura de un perro rabioso, se arrojó al Sena aun cuando *nageat comme une piérre,* para sacar un pañuelo que había tirado su querida (¹). Las menos perdonables audacias tienen un alto precio: los tiempos de los sentimientos poéticos y dulces han concluido... Y todo iba así. Era una agitación estupenda que organizaba las bandas de neurópatas que pueblan todas las cortes.

Catalina de Médicis, que parecía una politica hábil y perseverante, reclutaba entre ellas los elementos secundarios aunque importantes de sus maquinaciones políticas.

Había comprendido la ductilidad y fácil manejo de esos caracteres vivamente sugestionables, la importancia para sus fines de ciertas faces enfermizas de su índole extravagante, el secreto, en fin, de ese mecanismo nervioso que se mueve y se detiene bajo influencias tan contradictorias. Manejábalas con inteligencia y supina viveza, sin importársele mucho de los sacudimientos violentos que introducía en sus nervios viciados por una larga sucesión de causas á cual más deletéreas.

¡Cuán provechoso no ha sido para el éxito de muchas de sus pequeñas campañas politicas, la introducción de este elemento desconocido para todos, pero cuya utilidad la *reina madre* conocía por instinto! Sería largo analizar uno por uno todos los síntomas evidentes que caracterizan cla-

(¹) BOUCHOT, *Les femmes de Brantôme*, pág. 166.

ramente esta neuropatia de las mujeres de aquella corte lujuriosa y desordenada: « *On comprendre en lisant ces croustillantes anécdotes, que les vieux Gascons pudiques aient choisi leurs femmes en deça du port de Pile en Poitou* » (Bouchot, pág. 176). Las mujeres de Brantôme, « *pimpantes, etourdies* » y serias á la vez, alternativamente locas y reposadas, devotas y corrompidas con esa disciplina en el vicio tan peculiar de la corte de Catalina, son excepcionalmente desarmónicas [1]. « Las tiernas nerviosas » de que habla Rousard, son las *vaporosas* de Loyer Villermay, sin tener todavía el acompañamiento necesario de síntomas para hacer las *demoníacas* y *poseídas* de otra época que representa el supremo paroxismo del mal.

Todas resaltan y brillan por ese sello de locura que les da su neuropatía incoherente. Madame de Nevers, la demoiselle de Fering, Mlle. de Duras y de Belharne, etc., y el interminable acompañamiento de Margarita de Valois han vivido en una cruel y continuada agitación morbosa. De un carácter de fuego, caprichoso y violento, esas *folles et endiablés*, como decía el duque de Nevers, caracterizando el tipo patológico en una frase pintoresca, han tenido una influencia efectiva en todas las intrigas políticas de su reinado:

[1] Véase: BRANTÔME, *Les femmes galantes*; BOUCHOT, *Les femmes de Brantôme*; *Histoire de France*, HENRY MARTIN, tomo 9º.

« las incoherencias de sus cerebros atormentados » habían llevado la orgía y la locura hasta un extremo increíble; la depravación era monstruosa y los nervios realmente tendidos y forzados daban algunas veces un aspecto repugnante á las explosiones de esas verdaderas endemoniadas. Jacques Patin nos ha conservado la fisonomía reveladora de semejantes soirées; detalla los tipos anémicos y transparentes de muchas de sus concurrentes más asiduas; las telas de oro, los cortes inusitados y realmente estrambóticos de sus corsées, los cuellos monstruos desenvueltos en abanico, las modas del día y por supuesto de « *l'honnêteté* » de todas. Por su parte, Balthazar de Baujoyeul, el amigo de Brantôme, el gran maestro de ceremonias y « *metteur en scène* » de la corte, abunda en detalles largos é interesantes sobre las *femmes demoiselles* del Palacio Bourbon. François Clouet, prestigioso obrero, el maestro incomparable, como se le ha llamado, nos ha conservado con su lápiz la estampa de todas aquellas mujeres, sin quitarles ni ponerles nada (1).

La Reina no amaba el ruido, sin embargo de la tendencia natural de sus mujeres á todo lo que era ostentación. Tendía sus redes y hacía sus intrigas fomentando el proverbial amor á la mentira y á la superchería que tienen todas ellas. La Corte, influida por el espíritu de *comadrería*

(1) Bouchot, *Les femmes de Brantôme*, pág. 123.

del ejército de desequilibradas que la seguian inseparablemente, tenía el doble aspecto extraño que le daba el vicio incomensurable que la ha hecho célebre. Esgrimía una arma temible contra sus adversarios, y tanto más temible cuanto que nadie sabia como ella el éxito de esos procedimientos irresistibles empleados con la inapreciable oportunidad con que solía aprovecharlos.

Los príncipes alborotadores y aventureros son atraídos á la corte con cualquier pretexto. Llegan completamente ocupados de sus graves asuntos, resueltos á defenderse de las truhanerías de esa reunión satánica [1]. Son inaccesibles « *impytoyables* », como si vinieran perseguidos por alguna obsesión maligna. Se discute grave y friamente con ellos; no se les hace la menor galantería: están orgullosos y persuadidos del vigor de su resistencia...; pero en la antecámara de la reina hay una dama hermosa, desmayada, tendida laxamente y como presa de algún mal extraño, anegada en llanto ó dejando errar en sus labios una sonrisa provocadora: hay allí la *simulación* metódica y oportuna de un ataque, para tocar el corazón empedernido del desdeñoso. El resultado es siempre el mismo : la superchería ha herido el blanco y la relación queda estrechada por el infortunio.

Este es el procedimiento más ordinario. Catalina elije siempre « *la plus fraiche de l'escadron* »,

[1] BOUCHOT, loc. cit.

la que simula mejor una timidez y un candor adorables (*la plus timide en apparence*). Después la simulación de un rapto, esos raptos que son la nota más chillona de la vida de las neurópatas romancescas, comprometen la seriedad de los más graves asuntos y del príncipe enamorado. Una vez dado el primer paso, el desarrollo de la comedia corre por cuenta de la reina madre: sus dedos manejan esos sistemas nerviosos, dóciles en medio de sus transportes violentos contradictorios, con la hábil *virtuosidad* con que sólo ella sabía hacerlo. Fué así cómo Antonio de Bourbon, Rey de Navarra, encontró su clavo agudo en una de las famosas degeneradas de la corte de Catalina: Louise de la Beraudier. La historia es larga y revela una de las tantas intrigas políticas de Catalina en que esas niñas terribles representan un rol importante (Bouchot, pág. 180).

Isabel, mujer de Felipe II, para terminar con esos Valois, agobiados por la multiplicidad de estigmas degenerativos que retrata su raza, era también una pobre neurópata, aunque inocua é inofensiva. Como su hermana Margarita, tenía hasta los ataques de sofocación y el *bolo* clásico de todas las de su índole patológica. Con un buen concurso de predisposición hereditaria, encontró pronto causa suficiente para la explosión de su enfermedad en el carácter de su sombrío esposo, capaz de producir la locura declarada, no ya el histerismo, en el más inconmovible temperamento.

Felipe II era su marido por imposiciones y compromisos políticos, nada más; su carácter áspero, misántropo y de una rudeza inquisitorial, llevaba en su trato íntimo los gérmenes de la locura por ese profundo tedio que inspiraba su contacto. La habían llevado á España como gaje de paz, á entregarla en brazos de aquel gato amarillo, cruel y silencioso, sombreado por los colores desteñidos de la escrófula y de la anemia; místico y devoto, con el misticismo repugnante y sospechoso, que comparte sus horas entre la oración y los placeres venéreos más exigentes. Reina á los 14 años, vale decir, naturaleza forzada, cerebro sobrecargado, excitado anormalmente por una carga inadecuada para sus fuerzas morales é intelectuales aún casi impúberes, á edad tan temprana era la situación de espíritu, á la vez más difícil, la más segura causa de una pronta desorganización mental.

Esta precocidad de las reinas y princesas en el desempeño de sus funciones reales, hacía que todas adquirieran rápidamente el *surménage* sensitivo, que como elemento etiológico de la locura es peor sin duda que el intelectual y que, ó las mataba prematuramente, como sucedió con ésta y con multitud de princesas, ó las enloquecía obligándolas á arrastrar una vida miserable como Juana, la famosa madre desventurada de Carlos V.

¿Os imaginais un reinado á los 14 años, y una estadía obligada para una Valois fantástica, como todas, heroína desdichada de un drama misterioso

y lúgubre, cuyos actores eran: un príncipe alienado é impulsivo, y una corte de prevostes é inquisidores?...

Tenía la nostalgia de Saint-Germain (Bouchot, pág. 201); el clima de Aranjuez era un veneno para sus nervios, y Fourquevaux, sin embargo, la había visto, *soubz ung grand pavillon de damas cramoisi si chaudement qu'il n'est possible de mieux. Elle avoit la parole bien bonne et le sourire accoustume, neamoins son visage est bien maigre et blesme* (Bouchot, pág. 202). Al darle un acceso de fiebre, escribe un Embajador de Inglaterra á la reina Isabel (Ms. Rec. of nº 635, *Challoner to the queen,* 27 agosto, 1564), le sangró un médico español, contra la opinión del médico italiano, y al día siguiente abortó dos niños, después de tres meses de embarazo; entró luego en delirio y cayó después en letargo. A los catorce días de enfermedad, declararon sus médicos que no se salvaría: «no habla» decían, y «tiene la boca contraida hasta las orejas, y paralizado el brazo derecho».

En los mismos términos participaba el Embajador de Francia á Catalina, los progresos de la enfermedad y el tratamiento impuesto por los médicos: sangria dos días seguidos, lo que la puso en tal extremo que los médicos redoblaron su furor *sanguíneo*, sangrándola por tercera ó cuarta vez en el pie y en agua (!) y después en lo alto de la frente, y ventosas una infinidad de veces (Ms.

Bibliot. nac. fran. nº, 3172, f. 107, Forneron). Sus médicos le han sacado aún dos veces sangre, dice el embajador veneciano; no saben más remedio que éste para todas las dolencias (carta de Slanzo, citado por Gachard, *Felipe II y Don Carlos*, pág. 90); tras de esto, unas purgas de agárico que le produjeron hasta treinta y dos ó treinta y tres cámaras...

Esta breve descripción del tratamiento de la enfermedad de Isabel, servirá para demostrar cuáles y cuántos eran los elementos etiológicos poderosos que circulaban, produciendo, en todos, esta forma tan generalizada de perturbaciones nerviosas. En España, al parecer más brutalmente que en otros pueblos, pero en todas partes con variantes más ó menos humanitarias y por la misma conjugación, actuaban todos en grados igualmente intensivos. Todas estas pobres reinas, princesas y cortesanas, no podían curar un forúnculo sin una copiosísima sangría, que, en un crescendo inquisitorial, acababa con la vida del paciente, después de haber dado al traste con sus nervios. Esa era la terapéutica, cómplice poderoso de otras causas, que ha estudiado en su libro reciente Georges Guinon, *Les agents provocateurs de l'hystérie*, en lo que se refiere á los tiempos modernos, pero que en los de antaño obraban también muchos de ellos que son de todos los tiempos y que iban desequilibrando con la anemia los cerebros de todo el mundo.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO I

PSICOLOGÍA DEL INQUISIDOR ESPAÑOL

SUMARIO: Dificultad que presenta el estudio psicológico de los inquisidores.—Quiénes eran y quiénes podían ser los inquisidores.—Aptitudes y extructura mental adecuada al oficio.—Reclutamiento de inquisidores.—De dónde procedían y cuál era su educación.—Analogías de organización física y moral.—Desenvolvimiento psicológico de un inquisidor.—¿Los sentimientos y las ideas imprimen á la fisonomía y á la actitudes del cuerpo peculiares expresiones?—Los retratos de los inquisidores.—Impresión que dejan en el espíritu.—Patogenia de su delirio de persecuciones.—Influencia de las costumbres españolas del siglo XV sobre ellos.—Perseguido, perseguidor.—Alucinaciones y terrores.—Aparición de su estado mental por el contagio de la alucinación.—Rasgos peculiares de su organización mental.—Aptitudes para inventar el tormento.—Lo que podría llamarse la mecánica del terror, era una característica especial de su imaginación.—La imaginación de los desequilibrados.—El auto de fe y la excomunión.—Una raza de inquisidores.—El amor á la hoguera ó piromanía inquisitorial no es sino una expresión de su estado mental.—Perversiones del sentido genital.—Rapacidad, etc., etc.

Vengamos ahora á los inquisidores que forman el medio en donde se desenvuelve la figura moral que vamos á diseñar en el capítulo siguiente.

Á tan larga distancia como nos encontramos, es difícil clasificarlos con exactitud. Un grueso diafragma de dos siglos y medio de espesor se interpone entre ellos y nosotros, y sólo por un esfuerzo de observación es que podremos reproducir en estas páginas la figura un poco difusa ya de aquellos burgueses inconscientes que aborchonaron tanto á su país y á su especie con el reincidente delito de oprimir las conciencias. Con todo, la sensación de sus rasgos mentales principales, la experimenta el espíritu apenas penetra uno dentro de la sombría institución: su tipo intelectual y moral surge como por obra de encantamiento, una vez estudiados, sin pasión de secta, todos los documentos contemporáneos, especialmente aquellos destinados á levantar sus figuras deformes. Hay, pues, que hacer una discreta aplicación del tan conocido procedimiento atribuido á Cuvier cuando según la expresión de Flourens operaba á la voz de la ciencia la reconstrucción del mundo fósil perdido entre las espesas fajas geológicas de la tierra.

Á medida que el tiempo y muchas otras circunstancias demasiado conocidas fueron cimentando al Santo Oficio, el empleo de *inquisidor* acabó por hacerse una verdadera profesión y hasta seductora para ciertos espíritus. Su número

fué paulatinamente acrecentándose, así que se aumentaban sus prerrogativas y se multiplicaban sus éxitos. Llegó un momento en que optar á una plaza de simple inquisidor equivalía á ser más que cualquiera de las encumbradas jerarquías de la iglesia: la defensa común, la identidad de propósito y de intereses, etc., acabó por unirlos estrechamente, separándolos no sólo de las demás clases de la sociedad, sino lo que es aún más extraño todavía, de la iglesia misma, con cuyo clero vivieron casi en perpetua contienda. Las hirientes analogías de contextura moral que los atraían llegaron á identificarlos, dándoles rasgos comunes, á tal punto eran análogos sus procedimientos psicológicos y el temperamento moral que los caracterizaba tanto.

No era inquisidor el que quería, sino el que podía: aquel que llenara ciertas y determinadas propiedades de organización moral é intelectual; que hubiera nacido, diré así, *predestinado* por la posesión de especiales *defectos* ó calidades apropiadas á su fin. Aunque algunos descollaban más que los otros, todos estaban, sin embargo, unidos por el raro vínculo de una visible deformación del espíritu y del corazón; todos poseían como carácter común la misma exaltación furiosa, la sobrexcitación continua, la actividad febril, «el automatismo del pensamiento, el tétano de la voluntad bajo el estímulo y la dirección de la idea fija», como ese otro *inquisidor* á su manera cuya fisiolo-

gía ha escrito Taine en un hermoso libro reciente. Si bien es cierto que no presentaban los síntomas ordinarios de la locura, porque en verdad no eran locos, es decir, la continuidad característica de sus estados, la sistemática prosecución de sus propósitos alucinatorios, el arranque maníaco, manifestaban en cambio la comunidad de deformaciones mentales, sensitivas y tal vez físicas que constituyen los estigmas reveladores de los *degenerados*. Y digo los signos físicos, porque sin duda aquellos hombres tenían su cerebro morfológicamente mal dotado, visiblemente inferior. Casi podríamos deducir, aun cuando eso fuera entrar en un terreno demasiado hipotético, porque no hemos tenido delante de nuestros ojos el *sugeto* de la observación, es decir, el encéfalo mismo, que las circunvoluciones de sus cerebros debieron ser pequeñas y escasas, sin esa amplitud, tamaño y complicación que corresponde á las capacidades que tiene el hombre superior para adquirir las elevadas ideas de justicia, de virtud, de misericordia y de amor que tanto les faltaron (1). Como que estas ideas, según dice Mausdley, exigen para su pleno desarrollo y reproducen en su función la actividad más elevada y más variada, y manifiestan el género de función que ha determinado la extructura de los órganos respectivos; la substancia nerviosa celular ha aumentado de can-

(1) MAUDSLEY, *Physiologie de l'esprit*, pág. 372.

tidad, agrega el mismo profesor, y se ha refinado en calidad, de manera que la función del tejido más superiormente dotado consiste en las manifestaciones de la inteligencia y del sentimiento moral del cual es inconsciente encarnación [1].

Lo que dice el sabio profesor de University College con respecto al salvaje, se puede aplicar con ventaja á la fisiología de estos hombres y decir: para que hubieran podido elevarse á la capacidad de ideas y de sentimientos propios á los demás hombres y que representaban la más alta evolución á que había llegado entonces la humanidad, hubiera sido necesario cultivar gran número de generaciones sucesivas, hubiera sido menester operar una verdadera *humanización* gradual, faltos de la cual fueron inaccesibles á todas esas grandes ideas [2]. Como el salvaje mismo, no han resistido á la lenta acción de la cultura y de la educación y han ido desapareciendo bajo la influencia «de este doble evangelio del comercio y de la verdadera religión cristiana» y dejando sólo el tristísimo recuerdo de su paso tan estéril como depresivo.

En la organización humana como en las otras cosas de la naturaleza, hay siempre una fuerza que atrae los cuerpos que se parecen; la afinidad es el misterioso imán que junta y asocia los que han surgido de un mismo molde, aquellos que han sido cortados por una misma tijera, diremos va-

(1) MAUDSLEY, *Physiologie de l'esprit.*
(2) Véase MAUDSLEY, pág. 372, libro citado.

liéndonos de un frase vulgar pero pintoresca. Lo que en medicina moral llamamos *contagio*, no es generalmente otra cosa que la vibración unísona de instrumentos de igual sonoridad: la propensión al suicidio, como las inclinaciones irresistibles á la embriaguez ó al crimen, se propagan porque la tentación solicita y toca naturalezas orgánicamente propensas de antemano por vicios de organización hereditarios. En el torbellino de la vida los semejantes se van agrupando los unos al lado de los otros, atraídos por simpatías ó tendencias secretas, lentas y persistentes, formando grupos y asociaciones naturales é indisolubles que llamaremos elementales, como las de los criminales, las de los epilépticos en los manicomios, las de los ladrones, las prostitutas, los mendigos y los degenerados de otra laya: existe de antemano la armonía del sentimiento, de la inteligencia, hasta de las inclinaciones y de los aspectos físicos que los une y los vincula estrechamente; son casi hermanos que se reconocen y se confunden en cierto tramo de la vida donde los echa el destino de sus analogías.

La vida del *inquisidor*, el desempeño de ese *oficio* ó profesión que tenía especiales procedimientos y exigía, pues, aptitudes morales é inclinaciones de cierto género, sólo tentaba á las naturalezas de cierto nivel, dotadas, como vamos á verlo, de particularidades sensitivas ó intelectuales peculiarísimas, á tal punto que constituyen en la historia un *tipo* genuino. El clérigo, sobre todo en España,

acabó por formar una verdadera casta, de donde deriva directamente por lógica selección el inquisidor, que termina su evolución psicológica en un divorciamiento completo y hostil con los demás frailes. Á fuerza de fijar en su espíritu ciertas ideas y sentimientos especiales, propiedades cerebrales que requería el desempeño de su misión y favorecido por el medio propicio en que se desenvolvía, acabó de completarse en ese tipo mental especial. Un núcleo de domínicos, aquellos grandes enemigos de las letras y de los libros, parece que sirvió al principio de centro de atracción al rededor del cual comenzaron á juntarse todas esas organizaciones que llegaron á constituir por su número acrecentado y perfeccionados por la herencia probablemente y la sucesión de muchas generaciones, el medio que sirvió más tarde de incubadora á los cerebros virtualmente dispuestos para miembros de la milicia famosa. Y he dicho *incubadora*, porque efectivamente el Santo Oficio sólo tomaba ciertas calidades matrices en un carácter y hacía con ellas un *inquisidor* irreprochable fundado en aquello de que á las veces basta un grano de predisposición para que el carácter adquiera la peligrosa docilidad que permite á un *medio* un poco activo, inocular ideas y sentimientos de cualquier naturaleza, exteriorizándolos con signos físicos particulares, como sucedió en este caso. Y cuando se tiene por colaborador eficaz el instrumento del tiempo que

va con su lentitud segura, operando á largos plazos, el éxito es doblemente eficiente, porque el producto se completa con madurez y sin precipitación. No era inquisidor el que queria, deciamos hace un momento, sino el que podia en virtud de un capital de propensiones y aptitudes particulares, como no es alcoholista el que quiere sino el que puede, según la frase feliz del profesor Lasègue. No se hace uno alcoholista por el solo hecho de embriagarse: eso le viene porque tiene en cantidad suficiente para serlo, el ansia mortal de beber, porque está empujado por un elemento morboso irresistible. Cuando este apetito se desarrolla en un individuo que no ha bebido todavía, ello prueba que es ya un hombre anormal afectado de perturbaciones cerebrales (1).

Todo contribuía á fijar y conservar un tipo.

Tenía el Santo Oficio hasta requisitos que debian ser de una especialisima observación, para elegir sus néofitos entre ciertos y determinados individuos ; se fijaba en la edad, exigía un grado especial de ilustración y de inteligencia, y probablemente un nacimiento obscuro y modesto, según lo deja suponer Delboye (2). Si bien es cierto que la Inquisición ha tenido grandes talentos en Giménez de Cisneros y otros virtuosísimos prelados, como Torquemada, Talavera, Valdez,

(1) LASÈGUE, *La soif de l'alcool. Études médicales*, tomo I, pág. 421.
(2) *L'Inquisition*, etc., par J. DELBOYE, París, 1865.

etc., por regla general el cuerpo de inquisidores, la masa de la milicia, se reclutaba entre las inteligencias mediocres, las ilustraciones más escasas, las clases más inferiores, porque la Inquisición ejercía verdaderas fascinaciones para esa multitud de degenerados inferiores que iban, como he dicho, á completar allí su formación psicológica final.

En Italia, en Portugal y particularmente en España ese era el refugio de los desheredados del talento y de la fortuna, que escondían sus *infirmideces* morales irremediables detrás de la férrea máscara del Santo Oficio [1]. Los colegios mayores ofrecen una prueba de esta verdad. Es público y notorio, dice Puiblanch, que el que pasaba sus umbrales, contaba al fin de su carrera literaria con una rica prebenda ó una buena toga, aun cuando tal vez no hubiese hecho en ello los mayores adelantamientos. Pero si «*había alguno de talento tan limitado que, como se suele decir, careciese de sentido común, siendo por lo mismo incapaz de sostener con mediano decoro ningún otro destino, era sabido que se le procuraba una plaza de inquisidor*». En la inquisición de Portugal pasaba lo mismo, así como en Italia. En tan alto grado se usaba este procedimiento, que pasó á ser proverbial entre los mismos colegiales lo del himno *Pange lingua*

[1] PUIBLANCH, *La Inquisición sin màscara ó disertación en que se prueban hasta la evidencia los vicios de este Tribunal y la necesidad de que se supriman*, pág. 94.

de la oración del Corpus: *Prestes fides suplementum sonsuum defectui.* «Es visto, pues, que la Inquisición era respecto de los colegios mayores *lo que el desván* en una casa: *desahogo de muebles inútiles*» [1].

Á fuerza de vivir en una estrecha comunidad mental y moral, de pasar por las mismas emociones, de adoptar las mismas aptitudes, los mismos procedimientos, iguales tendencias y hasta análogas condiciones higiénicas, no ya sólo su moralidad tendría notable parecido sino también su cuerpo y hasta su fisonomía, como parece que efectivamente sucedia. Aunque muchos de ellos tienen, como veremos después, estigmas imborrables de degeneración, ya que no una *raza*, cuando menos formaban eso que Topinard y Manouvrier llaman *categorías profesionales*. La misma higiene deplorable, aparte de otras cosas fundamentales, contribuía á modificarles el cuerpo, á imprimirles ese especial *cachet* á la actitud, á la marcha; á formarles las exterioridades bajo un mismo plan morfológico. Si una buena higiene, modificando al niño, tiene, como dice Dubuisson, la propiedad de cambiar su extructura, ¿una mala higiene dejará de tener menos poder alterando el cerebro, el más plástico de nuestros órganos? [2]. En estos casos, el poder modificante está, se-

[1] PUIBLANCH, *La Inquisición sin máscara;* JUAN CALDENNI, *Tractatus de hereticis*, cap. VI.

[2] TARDE, *La philosophie pénale*, 1890, pág. 253.

gún él, en razón de la complicación del objeto á transformar; la misma multiplicidad de las funciones cerebrales abre la puerta á mucho mayor número de agentes modificadores que de ningún otro órgano de la economía [1]. Nacían viciados y en ese medio se hacían inquisidores: algo análogo á lo que dice Tarde, que pasa actualmente con el criminal: « *peut-être on naît vicieux mais à coup sur on devient criminel* ».

El médico autor de la *Relación de la Inquisición de Goa*, etc., hace notar el aspecto de imbéciles, las caras en donde se pintaban sus malas pasiones y su pobre entendimiento, etc., etc. [2]. Juan de Heredia dice que todos parecían « paridos por una misma madre » [3]. Lo propio sucedía con los *calificadores y consultores* (inquisidores también), que debían reunir todas las condiciones de inferioridad cerebral requeridas por la índole de aquella extraña maquinaria.

Dice un autor contemporáneo, que no hay cosa « más regular en la condición del hombre que entregarse á la indolencia cuando nada lo estimula al trabajo » y en este caso se han hallado los inquisidores, es decir, viviendo en la más completa inercia del espíritu, dominados y deprimidos por la debilidad ingénita que los hacía apropia-

(1) TARDE, pág. 252, loc. cit.
(2) *Relation de l'Inquisition de Goa*, cap. XXVIII.
(3) JUAN DE HEREDIA, *Verdadera defensa de la Religión Cristiana*, pág. 16, año 1858.

dos á su destino. Elegidos con prudente cuidado entre los elementos más propensos y dispuestos para la lenta degeneración mental, tenían hasta su expresión fisonómica. Se les hacía ingresar, por lo general, en esa relativa corta edad en que la plasticidad de los caracteres ya trabajados desde la cuna, permite al ambiente psicológico la impresión segura de sus influencias; y si bien es verdad, como dice Nataniel Jonstod ya citado, que los cánones requerían como preciso en los inquisidores la edad de cuarenta años (*statinmus nullos ex nunc, nisi qui quadrages; mun œtatis annum attigerint officiun: De œrete, cap. Nolentes in Clement)*, no debe olvidarse que se veían con muchísima frecuencia promovidos á este empleo, sea por dispensas ó por abuso, sujetos *de mucha menor edad* [1], de manera que tomados, así, todos estos *vagamondi* ó *mendicanti*, como dice Sergi, y desarrolladas en una atmósfera propicia sus naturales inclinaciones al ocio y á la sedentariedad cómoda y hasta lujuriosa, pronto adquirían la exterioridad ó conformación física genuina, ese temperamento peculiar que, como hace notar Henry Maybew, no es en realidad otra cosa que una forma difusa de la neurastenia más grave.

En ese ambiente ajustáronse todos, poco á poco, á una misma tonalidad moral; el carácter y sus más leves manifestaciones adquirieron la misma uni-

[1] *La Inquisición sin máscara*, pág. 97.

formidad, de manera que en el transcurso de los años, aquella cofradía más que una institución política, fué una raza ó una familia, con las semejanzas vivaces que existen á menudo entre los miembros de una familia orgánicamente vinculados por la sangre y el origen. Á todos les faltaba la potencialidad del desarrollo moral de que habla Foster, innato en el hombre de nuestra época. Bajo este respecto eran individuos detenidos, puede decirse así, en ciertas fases de su evolución mental: seres antisociales, privados por una organización defectuosa del elemento moral elevado que es la última adquisición de la evolución humana (1). Su naturaleza, como la de esos niños precoces de que habla el autor de la *Fisiología del espíritu* y que descienden de familias de locos y epilépticos, contenía implícitamente al estado de completa eflorescencia, los elementos si no más bajos, cuando menos los menos nobles y elevados de la naturaleza humana. Su misma inferioridad los hacía inaccesibles á cierto género de emociones que no experimentaron jamás: la frialdad por el dolor ajeno, la indiferencia por todo lo grande, porque hasta en su misma barbarie eran pequeños; la indiferencia por lo bello en cualquiera de sus manifestaciones intelectuales, morales y aún físicas, porque no debe considerarse como expresión del sentimiento estético esa conocida y tortuosa incli-

(1) MAUSDLEY, pág. 343, loc. cit.

nación por la mujer, que es una de sus características más persistentes; la rapacidad proverbial, la ambición sensual del poder, en sus expresiones más positivas y mundanas; la sórdida avaricia que afecta siempre proporciones enormes y que taló la fortuna privada, y, en fin, todo ese complejo de sentimientos elementales, casi rayanos de la imbecilidad afectiva, que unidos á ciertas dotes de astucia y de perspicacia felinas, completaban la fisiología de su espíritu. La vida como ellos la hacían, «contribuía á darles el tipo, por su doble entrañamiento irresistible de rutinas disciplinarias y de corrupciones recíprocas».

Cuando he hablado de similitudes físicas, excuso decirlo, no he querido afirmar que se parecieran como pueden parecerse los hermanos entre sí. Pero también debo agregar que una de las cosas que me ha llamado más la atención en mis estudios sobre el Santo Oficio, es la extraña semejanza que presentan aquellas fisonomías, así como la presencia de ciertos detalles antropológicos: circunstancia que revela una vez más, de cómo en las actitudes y en los rasgos de la faz pueden estamparse los movimientos y los estados variados del alma cuando persisten en el cerebro y se repiten con cierta insistencia y continuidad. No sólo había una viva é indiscutible analogía de organización mental, sino que existía también física indudablemente, á estar á esta impresión que nos han producido sus retratos y á las afirmaciones de

Juan de Heredia y del no menos sagaz autor de la *Historia di tutte l'heresie*, según el cual tenían todos un aire de familia « no sólo en el modo de proceder, sino hasta en la manera de andar ».

Dice Mausdley que, gracias á los movimientos definidos que exteriorizan las emociones, es que se puede descubrir los rasgos psíquicos principales de ellas en los lineamientos de su cara y en las aptitudes del cuerpo y que una frecuente repetición de los movimientos respectivos de las emociones y de los deseos predominantes, modelan de cierta manera los rasgos de la cara (1). He aquí por qué podian y debian parecerse entre sí aquellos hombres atraídos los unos á los otros por una estrecha comunidad de intereses morales, por los mismos vicios degenerativos revelados en multitud de estigmas. Es por la misma razón que se observa la positiva adquisición de un tipo común por los que, como ellos, se entregan á los mismos hábitos y á los mismos sentimientos, circunstancia que explica de igual modo la visible semejanza que se observa á veces entre marido y mujer (2). La tentativa de disimular la expresión natural de un sentimiento predominante, por ejemplo, mordiéndose los labios ó cerrando la boca, para impedir dar curso á la cólera, y de manifestarla por palabras, por actos ó por el juego de la fisonomía, exige un esfuerzo muscular que aun-

(1) Mausdley, loc. cit., pág. 357.
(2) Mausdley, loc. cit., pág. 357.

que velando el lenguaje natural de la emoción, no es menos significativo para el que observa los movimientos más complicados y artificiales de la cara. Los animales tienen sus instintos como sus pasiones, y su placer mayor consiste en satisfacerlas; las actitudes y las expresiones, siendo modeladas en los movimientos requeridos para esta satisfacción, traicionan más ó menos la naturaleza de los deseos y de los mismos instintos (1). La constitución peculiar, los movimientos ondulantes, la garra retráctil y la marcha silenciosa denotan la naturaleza psíquica de los felinos; de la misma manera estudiando las fisonomías humanas no puede uno dejar de descubrir en ellas analogías animales. Observando estas semejanzas, es sorprendente ver, cómo tales particularidades fisonómicas están á menudo acompañadas por particularidades psíquicas correspondientes (2).

No es, pues, extraño que todos los inquisidores tuvieran un raro y expresivo *cachet* común, y aunque seguramente no podría hacerse con sus retratos un estudio ni remotamente completo de las secretas analogías que podrían acercarlos al tipo *lombrosiano* del delincuente por instinto, sin embargo, agregando á la extraña impresión que nos han producido, las sospechas de Gaetano Assayoli y de Heredia, mezclados con sus poco simpáticos antecedentes tan conocidos, así

(1) Tarde, páginas 235, 236, etc.
(2) Mausdley, loc. cit., pág. 358.

como á los rasgos que estudiaremos más adelante, se puede afirmar que el inquisidor constituía efectivamente un *tipo*, que formaba una raza ó algo parecido cuya clasificación nos es permitido sospechar, ya que no establecerlo perentoriamente (1).

En su mayoría estos hombres son todos antipáticos, tienen fisonomías extremadamente vulgares, frías y sin ninguna luz, y exceptuando al inquisidor Deheza que manifiesta una cara bondadosa y un cráneo amplio, las cabezas de todos son más bien pequeñas y cortas, las frentes restringidas, llamando la atención las de los inquisidores Sánchez, Valdez, Zurita, etc., por la marcada estrechez y la anormal implantación del cabello que nace á muy poca distancia de unos arcos superciliares que en el primero son visiblemente prominentes y espesos. Sería imprudente deducir nada fundamental del solo examen de un retrato; pero no puede uno defenderse de las desagradables impresiones que produce un análisis siquiera superficial. Muchas veces un rasgo puede ser obra del mal pincel ó del capricho de un pintor, pero no hay duda que ciertos gestos capitales de la fisonomía se le imponen, cualquiera que sea la mediocridad de su arte. Aun cuando la mano fuera grosera, el carácter prominente fisionómico que da la *tónica* al conjunto de la cara,

(1) Gratiolet, *De la physionomie.*

se destaca siempre por esa rara fascinación que ejerce sobre el artista. Las expresiones del gozo, dice Gratiolet, mezcladas á las de la benevolencia, imprimen á la fisonomía ese *contentement* amable de los corazones buenos que parece como si quisieran asociar á todo lo que los rodea. Por eso los buenos sentimientos se expresan en la cara con rasgos que despiertan sensaciones amables. La benevolencia tiene su expresión en el ojo dulcemente dirigido, en esa nariz que ejecuta pequeños movimientos de una olfación satisfactoria, en la boca que expresa por una sonrisa el despertar de una vida feliz, en la frente, en los ojos, en el oído, en los labios, en fin, agitados por pequeños movimientos de degustación agradables (1).

Esos hombres que no han conocido nunca la benevolencia, que no han pasado de una modesta mentalidad, que muchos de ellos han sido realmente imbéciles (2) á causa de su dolorosa mendicidad sensitiva, no han debido tener otra fisonomía que la que corresponde á la relativa anormalidad, á su imborrable *infirmidez* encefálica. Llama la atención cómo se destacan en aquellas figuras ciertos estigmas que por ser más prominentes han impresionado al pintor á pesar de su pobre inspiración. Hay algunas como las de un don Jerónimo de

(1) GRATIOLET, *De la physionomie et des mouvements d'expression*, pág. 46.
(2) Véase: *La Inquisición sin máscara*, por JONSTOD.

Manrique, inquisidor de Murcia, Alonso de Berra, don Juan Valle de Albarado y Alonso de Frías, inquisidores de Logroño, que son toda una revelación. Aparte del poco amable aspecto de sus caras, tienen, los tres primeros sobre todo, diversos rasgos visibles: la estrechez de la frente, que es sensiblemente fugitiva, con una igual viciosa implantación del cabello, los labios gruesos y un vago prognatismo de las dos mandibulas, de manera que los labios casi se proyectan hacia afuera en forma de hocico.

Con un ligero esfuerzo de atención se puede ver que casi todos revelan, aunque con un poco de vaguedad algunos, si bien bastante marcados en otros, muchos de los signos físicos cefálicos de la degeneración. No hay ninguna cabeza realmente superior, porque, ó son muy grandes como las de los inquisidores Sánchez de Gómez, Andriani y López Bari, del tribunal de Castilla, con caras que por lo grotescas parecen miradas al través de un lente, ó son pequeñas con esa pequeñez llamativa é inarmónica de una semimicrocefalia. La mayoría tienen rostros imberbes, de una osatura grotesca, marcadas por una visible exuberancia de huesos malares y de mandíbulas; con orejas grandes y espesas en aquellos que se les puede ver bien el perfil, y algunos, como el inquisidor Ceijas de Córdoba, con rasgos que recuerdan la cara de aquel bufón del conde de Arundel, que pintado por Rubens existe en la

Pinacoteca de Munich [1]; esa innoble cara que expresa con tanta elocuencia una descomposición moral definitiva.

Los signos físicos de la degeneración por el hecho de ser tan palpables han herido en todo tiempo la imaginación del observador; por eso su estudio ha precedido al de los estigmas psíquicos [2]. Hoy son muy conocidos, gracias á los numerosos trabajos modernos, y es difícil que los artistas de otro tiempo que han pintado con admirable exactitud muchos de esos caracteres en los *infirmes* de su época, no hayan sido impresionados por los rasgos tan prominentes que dejamos analisados ligeramente. Las grandes orejas desprendidas de la cabeza, la atrofia ó desaparición del pabellón, ciertas deformaciones craneanas, etc., no han debido escapar á su clarísima percepción, y aun cuando, como dice Richer, el arte vive de convenciones y de exageraciones y está algunas veces fuera de la exactitud de la ciencia, que tiene poco de común con él, sin embargo en la representación del cuerpo humano, hay leyes que el artista no puede violar, límites que su fantasía no puede pasar [3].

La reproducción de todos los detalles deformativos de la imbecilidad humana, con esa meticu-

(1) CHARCOT Y RICHER, *Les déformes et les malades dans l'art*, pág. 50.

(2) LEGRAIN, *Du délire chez les dégénérés*, pág. 4.

(3) CHARCOT Y RICHER, *Les déformes et les malades dans l'art*, pág. IV.

losidad de detalle con que los antiguos artistas ridiculizaban á los esclavos, produciendo tipos étnicos completos, ha constituido después un verdadero arte. En uno de estos personajes de la inquisición, cuyo dibujo tenemos á la vista, el venerable Antonio Montáldez, se ve una cabeza vulgar, larga y seca, la cara imberbe, surcada de arrugas; está retratado medio de perfil y posee una rara semejanza con el retrato de Triboulet, reproducido en una medalla de Francisco Laurano, que trae la obra de Charcot y Richer *Les déformes et les malades dans l'art.* Tiene casi la misma pequeñez microcefálica del cráneo; y digo casi la misma porque el bufón era indudablemente microcefálico en el sentido estricto de la palabra y el inquisidor simplemente un degenerado de mediana inteligencia. Las orejas son grandes y como en aquél revelan también «la estrechez de la parte craneana que sobre una cabeza regularmente conforme deben desarrollarse mucho más hacia atrás».

Todos estos retratos, ó su mayoría, coinciden precisamente con la época en que la reproducción de las deformidades verificadas con *rare bonheur* se hizo común; en que los artistas buscaban interpretar con una exactitud naturalista los defectos y caracteres del cuerpo y de la fisonomía humana. Desde el Renacimiento, dice Charcot, abundan las representaciones artísticas de los locos, de los enanos ó de los bufones, etc. En efecto,

esos seres desgraciados tenían un lugar preferente en las costumbres de las cortes reales, y cada vez que un artista tenía que poner en escena á un rey ó á un gran señor, el enano ó el loco ocupaba su lugar señalado en la composición; se les veía en los cortejos reales, en los festines, los triunfos, sea que el pintor evocara escenas contemporáneas, sea que pintara hechos históricos [1]. Multitud de grandes artistas se han encargado de entregar á la posteridad sus más insignificantes rasgos, habiendo sabido hacer con estos desheredados de la naturaleza verdaderas obras de arte [2].

Habían en consecuencia adquirido una verdadera destreza para traducir en sus obras los más insignificantes detalles de la expresión y de la deformidad humana. Poseían maravillosamente esa estética de lo feo que tenían Tiepolo para sus famosos enanos y sobre todo Velásquez, cuyos bufones son cuadros de estudios patológicos admirables. Seguramente, pues, que al pintar á todos esos *calificadores*, *inquisidores*, etc., y cuanto se referían al Santo Oficio, no se les escaparon todos los rasgos que nos permiten hasta cierto punto hacer revivir la psicología peculiar de sus cerebros decaídos. Aquí está tal vez el secreto de ese parecido de familia que habían notado algunos observadores perspicaces en la gente del Santo Oficio.

(1) CHARCOT Y RICHER, loc. cit.
(2) CHARCOT Y RICHER, *Les déformes et les malades dans l'art*, pág. 36.

Pero con todo no es seguramente ahí donde vamos á encontrar con su carácter más completo los signos de su debilidad mental.

Es en las numerosas modalidades de la actividad encefálica donde se hallan tales deformidades, las lagunas tan peligrosas, *le véritable trou dans la substance cérébrale*, como dice el profesor Magnan en su pintoresco lenguaje. En el hombre normal, opina este eminente alienista, los centros cerebrales anteriores y posteriores obran sinérgicamente; los primeros reservados para las altas funciones de la individualidad, los últimos á los instintos y á los apetitos. En el *mal equilibrado* esta sinergia puede encontrarse destruida; el enfermo es entonces juguete de sus pasiones; se ve arrastrado por sus instintos y sólo una preocupación le absorbe, como si las regiones posteriores de la corteza existieran aisladas; tales son: los *erotómanos* y los *estáticos*, en los cuales, á lo menos durante el acceso, el instinto de la sensualidad ha desaparecido completamente. En los dos casos, el equilibrio está roto : en el primero el cerebro anterior ha perdido su influencia moderadora, porque no desempeña ya su rol de control y el juicio se halla debilitado; en el segundo es el cerebro posterior que no obra más, la acción preponderante del cerebro anterior lo aniquila, lo borra [1]. En ese desequilibrio estéril (y digo estéril, porque

[1] Dr. Legrain, *Du délire chez les dégénérés* (observations prises à l'asile Sainte-Anne, 1885-1886), pág. 10.

existe también el desequilibrio del genio que es fecundo), en la manera inarmónica de funcionar los cerebros, es donde mejor se observan los distintos indicios que revelan su decadencia moral é intelectual.

Puiblanch, en su célebre libro *The Inquisition unmasked*, hace notar, como ya lo hemos dicho, que el Santo Oficio elegía para inquisidores precisamente aquellas inteligencias tardías, perezosas, opacas, cuya lentitud y obtusión parecían proverbiales (nota, pág. 97). Lucero, que es uno de esos ejemplos, era un pobre hombre bajo el punto de vista de sus talentos mediocres, y algo más, un *cerebral posterior*, si hemos de adoptar la curiosa clasificación del maestro de Santa-Ana, porque sin las dotes de ilustración de Torquemada y de Rodrigo, poseía el brutal y desordenado fanatismo de ambos. Ese hombre tenía el celo caluroso y acre en el desempeño de su odioso ministerio, mezclado al sinnúmero de bajos sentimientos que manifestó con tanta viveza en la cruel persecución de Fray Hernando de Talavera. *Dámele judío y dártele he quemado* (1), repetía constantemente á modo de estribillo; y efectivamente, judío converso ó no, que caía en sus manos, iba directamente al quemadero, previo el brevísimo procedimiento que su excitación horrenda permitía, como engañoso y postrero recurso. Era como ninguno el tipo

(1) PUIBLANCH, loc. cit., pág. 77.

exaltado del Inquisidor Español, supersticioso y cruel, de conciencia obscura y limitada, si bien suficiente para tener una noción exacta del valor de sus actos (1). Lo que descollaba en esa alma dura, como en ese otro domínico feroz de Arbuez, como en Daza, en Sandoval el de Murcia y en muchos otros inquisidores (2), era todo ese heterogéneo conjunto de caracteres psiquicos de la debilidad mental, de los *pobres de espíritu*, en que predomina siempre una visible decadencia del juicio. Si bien la ausencia de esta facultad primordial del espíritu era una mácula propia de la época, en ellos sobresalia más que en nadie, haciéndolos esencialmente sometidos á las influencias de su medio. Por eso, la superstición ridicula que era la nota casi dominante de su carácter moral, y que afecta proporciones excepcionales, mezclada á sus bajas pasiones, debia hacerse, como se hizo en efecto, doblemente peligrosa. Como todos los desarmónicos parecían de una credulidad desmesurada, circunstancia que, según Legrain, da facil pábulo á ese espiritu de lo maravilloso que hace extragos en los débiles de espíritu y que en todos los famosos guardianes de la fe era notorio (3).

Las debilidades de la mente, las locuras degenerativas en sus grados menos graves, y cuando

(1) Puiblanch, *La Inquisición*, etc., pág. 77.
(2) Véase : Puiblanch, *La Inquisición*, etc., pág. 77; Melgares, *Procedimientos*, etc.
(3) Legrain, loc. cit., pág. 27

aún no han franqueado del todo la terrible frontera, son en la sociedad moderna de nuestros días y bajo ciertos puntos de vista, como una reproducción del común de los inquisidores, de los familiares y de toda la milicia íntima y de baja clase que formaban la trama del Santo Oficio. Estudiando aquellos pobres *inválidos* con las facilidades que nos brinda la moderna psicología patológica *in anima vile*, diremos así, como lo han hecho Sergi, Magnan, Tonnini, Lombroso, Morel, etc., etc., podremos formarnos una idea de cuál sería entonces su influencia, constituyendo como constituían el elemento activo, dirigente de la odiosa institución. La superstición era, como la religiosidad, un sentimiento indudablemente de la época, sobre todo en las clases bajas. Pero, en el grado sospechoso, con la intensidad y persistencia con que se manifestó especialmente en la *tropa* del Santo Oficio, cuyas peculiaridades cerebrales no tienen parecido, seguramente que no.

¿Cuál fué, más ó menos, el procedimiento minucioso, la gestación psicológica de ese curioso personaje?

Al principio, ellos mismos se creían á su vez, víctimas de las persecuciones de la Iglesia, viviendo en esa atmósfera de perpetua hostilidad de la época. La *idea de persecución* surge en el cerebro como una consecuencia de ese estado de cosas; sobre el fondo de profunda melancolía que entristece todos los espíritus, se dibuja fácilmente

el incierto estado del ánimo que caracteriza el pródromo del *delirio de persecuciones*. El inquisidor español, antes de serlo, comienza por un perseguido para terminar en un *perseguido perseguidor*. Después de cierto tiempo de preocupaciones y resistencias, busca la causa de sus sufrimientos, y pasa asi de ese primer periodo al segundo (1). La transición se hace entonces por un razonamiento siempre el mismo: los males que yo sufro, se dice, son extraordinarios y me colocan en condiciones extrañas que no dependen de mi salud ni de mi posición. Luego es necesario que algo exterior, independiente de mi mismo, intervenga; que enemigos numerosos y que tengan interés en causarme mal, en hacerme desgraciado, determinen este cruel estado de mi espiritu (2). Tal vez ha llegado hasta la alucinación, y el oido tan excitable en la *panofobia* del perseguido, ha vaciado en su conciencia meticulosa mil motivos de agitaciones. Sin duda, como observa el maestro que copiamos, ese sentido le ha suministrado las primeras sensaciones sobre las cuales se ejercita la inteligencia en peligro.

El Inquisidor, como el enfermo delirante que sirve de tipo clinico á Lasègue, entiende pedazos de conversación que ha interpretado á su modo y que se aplica; supone que las gentes con quienes está en contacto, han de haberle acusado de *hereje*,

(1) LASÈGUE, *Etudes cliniques*, tomo 1°.
(2) LASÈGUE, *Etudes cliniques*.

que lo han de haber denunciado al Santo Oficio. Los ruidos mismos que se producen naturalmente, el paso de un hombre que sube una escalera, el ruido de un vehiculo, la puerta que se cierra ó se abre, son el sujeto de sus comentarios [1]. Una vez colocado en esta situación resbaladiza, la imaginación no se detiene y rueda en la pendiente abrupta del delirio y de las cavilosidades de la alucinación. Después de haber ensayado varias presunciones, concluye por llegar á las interpretaciones más absurdas y más positivas: «sus sensaciones dan asi el fundamento á sus inducciones delirantes», la persecución es evidente y está seguramente vijilado por el Santo Oficio, porque á la luz de la luna ó de un relámpago ha alcanzado á ver en una acera confusa, la silueta incierta de un *familiar* que intenta perderlo. Luego viene la noche con el silencio, ese triste silencio de la ciudad española del siglo XVI, con sus visiones fugaces y sus audiciones alucinatorias peculiares del miedo. Á medida que aumenta el cuidado y el terror, le va siendo imposible trazar una separación neta entre las «sensaciones que provocan en él los objetos exteriores y las que determina por si solo el eretismo de sus centros auditivos corticales, porque se le presentan con el mismo carácter de objetividad», y como en él pasa más ó menos lo que con el verdadero *perseguido* sistematizado, que durante el pe-

(1) LASÈGUE, loc. cit., pág. 554.

riodo de inquietud ha perdido su vigor intelectual y los reductores secundarios no desempeñan ya las funciones saludables que en el hombre normal, acaba por pensar que lo que ve y siente es la verdad verdadera.

Bajo el imperio de condiciones fisiológicas transitorias, de perturbaciones de la circulación cerebral, por ejemplo, un hombre cuya salud mental sea completa puede experimentar alucinaciones visuales ó auditivas; pero gracias *à l'entrée en jeu* de esos reductores secundarios de la imagen, sobre cuyas funciones Taine ha insistido, podrá darse cuenta en la mayoría de los casos de su carácter subjetivo; llamarále la atención su desacuerdo con el conjunto de sus estados de conciencia, de la imposibilidad en que se halla de encontrarle lugar en la cadena de sus recuerdos, de la brusquedad de su aparición «y llegará bien pronto, si está *preparado por el conjunto* de sus creencias, á atribuirles un origen sobrenatural» (1). La alucinación, si la hubo, pudo ser bajo esas condiciones, como es verosimil, y debió tener siempre el carácter místico que daba su tono general á la inteligencia de la época. Como sucede á menudo al *perseguido*, el inquisidor concentraría todos los incidentes dolorosos de su estado moral sobre individuos determinados, que

(1) L. MARILLIER, *Du role de la pathologie mentale dans les recherches psychologiques (Revue Phisolophique,* Octubre 1893).

serian el objetivo de su rabia y de su venganza y á quienes perseguiria á su vez incesantemente, atribuyéndoles sus dolores.

Llegado á semejante desenvolvimiento, se hallaba pues completado por natural evolución ese curioso estado mental y el *inquisidor* terminado y *hecho hombre* por su propia obra; el perseguido de la víspera se había hecho un perseguidor intransigente y celoso.

Todo vecino, todo pariente, toda persona puesta en contacto con ese enfermo, dice Ball hablando de los otros *perseguidos*, se transforma por ese solo hecho en un enemigo; se halla enrolado en la gran conspiración formada contra su reposo ([1]). He ahí por qué los individuos que lo han frecuentado se convierten forzosamente en sus más enconados adversarios; he ahí por qué el transeunte encontrado en la calle en un momento de abandono, el viajero hallado en el camino, el médico consultado por la primera vez, se cambian en confidentes ó en enemigos suyos (Ball); he ahí por qué todos son herejes y judaizantes para ese perseguidor implacable que se distingue por su tenacidad y que pone al servicio del Santo Oficio una constancia realmente anormal en la persecución. Sin afectar las proporciones de una verdadera locura sistematizada, tales *ideas de persecución* se resentian, sin embargo, del ter-

([1]) BALL, *Les persécutés en liberté (Revue Scientifique,* 1889, Nº 25).

reno degenerativo en que germinaban. No sería el verdadero delirio de Lasègue ó el de Magnan en su clásica evolución común, pero seguramente eran ideas místicas de persecución sembradas en terreno hereditario que campeaban solas y errantes en aquellas pobres cabezas; que andaban nómades y sin organización suficiente para constituir la locura, pero con el necesario volumen y persistencia para caracterizar bien su morbosidad. Lo que sin duda activaba semejante trabajo era, como dice Marandon de Montyel, la colaboración delirante mutua entre todos ellos, por la cual la potencia vesánica se encuentra elevada á una altura que representa en el caso de la *folie à deux* más que la suma de predisposiciones enfermizas de los dos sujetos considerados separadamente [1].

En las debilidades mentales, asegura Legrain, que ha escrito su tesis bajo la inspiración de Magnan, las supersticiones más ridículas se implantan fácilmente en el espíritu con un carácter enfermizo, y es en ellos más que en otros en quienes encontramos desarrollado en alto grado una verdadera necesidad de lo maravilloso. Son siempre la presa de las brujas, de los magnetizadores, de los mágicos que dicen la buenaventura; son más que nadie accesibles á las creencias religiosas torcidas, á las supersticiones demonolátricas en

[1] MARANDON DE MONTYEL, *Des conditions de la contagion mentale morbide*, 1894.

los espíritus, creyéndose á menudo poseídos, perseguidos, endemoniados y contribuyendo en una parte principal á alimentar las epidemias de los convulsionarios ([1]). Y nadie ha dado, en su tiempo, más incremento al difundido espíritu de lo maravilloso que la Inquisición, que ha derramado la semilla de una idolatría sensual y mantenido en verdadero eretismo los sentidos.

El diablo y las brujas, la *milagrería* desproporcionada y aterrorizante, han sido la nota común del Santo Oficio, con un carácter positivamente anómalo y durante siglos enteros. «Milagros obrados por la omnipotencia como por entretenimiento, dice un escritor español, y horrorosas apariciones de almas condenadas, fueron la ordinaria lectura y conversación, y el índice expurgatorio que se halla atestado de libros de crítica apenas contiene uno de tantos como ha fomentado la credulidad» ([2]). «Y el pueblo, agrega el mismo escritor, en vez de hacerse cauto contra las halagüeñas sugestiones del amor propio, el cual nunca es más temible que en materia de devoción, se ha alimentado de quimeras». Sólo un cerebro excitado, un espíritu artero y asustadizo, timorato á pesar de todo, ha podido producir, entre otras cosas raras, la extraña ficción del *aquelarre*, que es una creación de mente enferma, una alucinación de alcoholista ó de epiléptico y

([1]) Legrain, *Le délire des héréditaires*, pág. 37.
([2]) *La Inquisición sin máscara*, pág. 300.

en que suceden los más extraños incidentes al neófito de brujo que recibe en el *prado del Cabrón* su consagración satánica.

Estos inquisidores, que por medio de la predicación y de la propaganda aterradora del confesonario han contribuído tal vez más que todas las otras causas morales juntas á la difusión de la enajenación mental en los obscuros siglos de su dominación, tenían, entre otros signos de desequilibrio, este arte extraño que sugiere la agudez de una imaginación atrabiliaria, agudez peculiarísima y que estaba circunscrita á la invención de grandes procedimientos impresionistas, de horrores con una excepcional y exclusiva predilección por la nota lúgubre, terrible, pavorosa. Ellos no inventaron grandes cosas, sin duda, porque su mente estaba llena de lagunas, porque era incompleta y sólo tenía la irritabilidad casi morbosa, la índole siniestra de la de Felipe II y de Carlos II, dos desarmónicos conocidos; pero los llamativos procedimientos de la *excomunión mayor* y del *auto de fe* quedarán imperecederos en la historia del mundo como la más estupenda pesadilla que haya podido agitar jamás el corazón del hombre.

Es ese, según la *Psicología mórbida* moderna, el carácter de la imaginación de todos estos desequilibrados. En las locuras parciales, que son las formas comunes de pertubación mental, la imaginación despliega galas realmente inusitadas en la confección de los delirios alucinatorios, en

que el pavor y las escenas terroríficas campean siempre con una abundancia terrible. Casi podria considerarse como un signo diagnóstico diferencial importante entre el delirio y las alucinaciones de los degenerados y las de los que no lo son, esta nota tétrica y profundamente triste. En el delirio de las persecuciones, en las alucinaciones de las epilepsias degenerativas más que en la otra, en los delirios religiosos y en todo los síndromas episódicos y locuras de cerebro inválido, como dice Shulle, este fondo de terror vecórdico que abunda en las concepciones y procedimientos más pueriles del Santo Oficio se halla siempre como la expresión peculiar de su tendencia sensitiva. El carácter, sobre todo, del pueblo español, se resiente de esta influencia lúgubre que ha derramado sobre él la Inquisición: su manera de hablar pomposa y exornada de aquella mímica teatral del Inquisidor en el *sermón del auto*, es una revelación actual de ese atavismo. Su teatro, con ser tan rico y grande bajo muchos conceptos, está contaminado por esta infección hereditaria de taciturnidad, y los sujetos pictóricos de su predilección son generalmente asuntos horrendos y espeluznantes, llevados al lienzo con una copiosidad de detalle realista y desagradable; la escuela de declamación parece nacida en el *quemadero mismo* : tiene el tono y el estilo de los *edictos de excomunión.*

El *auto de fe* no tiene igual ni en la historia de las alucinaciones más horrorosas. Tenía las no-

tas y las sombras de la lipemania, los lúgubres personajes, las procesiones diabólicas, las angustiosas alternativas del delirio de un epiléptico, perseguido por la fantasmagoria de sus más desagradables apariciones.

Constituía siempre la escena final de las tragedias inquisitoriales, el espectáculo quizá más imponente que se haya presenciado desde los tiempos romanos, y parecia representar, aunque de una manera harto profana, los terrores del dia del juicio! (1) Era, según un tratadista de ese Tribunal, «el más horrendo espectáculo, capaz de aterrar á cualquiera». *(Certe frutum indicu imaginen referunt, præsetim in ditionibus Hispaniarum ubi horredum ac tremendum spectaculum ad hoc paratur.* Véase: Paramo 196, *La Inquisición sin máscara).*

Se elegía generalmente el dia domingo, y los párrocos en la misa y el pregón con su voz sonora denunciábanlo á todos los fieles, á quienes se les concedía gracia é indulgencias por los Sumos Pontifices si acompañaban y ayudaban el auto. «Sepan todos los vecinos y moradores de esta villa, decía el pregón, y habitantes de ella, cómo el Santo Oficio de la Inquisición de la ciudad celebra auto público de la fe en la Plaza Mayor de esta Corte» (2). Cuanto mayor era el número de

(1) PRESCOTT, *Historia de los Reyes Católicos.*
(2) JOSÉ DE OLMOS, *Relación histórica del Auto de fe que se celebró en Madrid este año de 1680.* Dedicado, etc.

condenados, más grato y más prolongado el *arrière gout* que dejaba en el paladar de los espectadores. Uno de esos autos, el que se celebró en Madrid en 1680 con la augusta presencia de Carlos II, lo ha inmortalizado Rizzi en un famoso cuadro que se halla en el Buen Retiro « para oprobio de los reyes que abusaron de su potestad ». La Plaza Mayor quedaba convertida en un vastísimo coliseo, capaz de contener al inmenso gentio que, dominado por un terror supersticioso y en medio de un silencio solemne, veía llegar la extraña y enorme procesión. Cuando se acercaba el día señalado, los lugares y ciudades del contorno se despoblaban, porque sus habitantes, atraídos por la indulgencia y por el temor, acudían apresuradamente á presenciarlo [1]. El día antes tenía lugar la *procesión de las dos cruces:* de la cruz verde, insignia de la Inquisición, y de la cruz blanca, las que eran conducidas por diversas congregaciones, comunidades religiosas y una multitud de legos, familiares y frailes, que con velas encendidas y en una actitud solemne, iban entonando los melancólicos acordes de un Miserere, acompañados por la música de la capilla real. Por la noche velábase la cruz verde, custodiada por los dominicos, que cantaban maitines á media noche y celebraban sin interrupción misas hasta las seis de la mañana. Terminada esta operación previa, conducíanse los presos á las cár-

[1] *La Inquisición sin máscara*, pág. 203.

celes secretas. Notificábaseles la sentencia á los relajados á fin de que se dispusieran á morir, y por si alguno de los contumaces quería convertirse, permanecía toda la noche reunido el tribunal, hasta que llegaba por fin el día pregonado, el día de la horrenda comedia, para la cual ya estaban de antemano preparados los espíritus por esa sucesión lujosa de emociones administradas en porciones sucesivas y que, gota á gota, distribuían el insomnio y el espanto en todo el pueblo. Los inquisidores y familiares hacían lujo de una actividad silenciosa; iban y venían llenos de misterio, conversando en voz baja y exhortando á los relapsos con insistencia. En las primeras horas de la madrugada, que es la hora propicia en que el corazón está más sensible á los terrores, iban, alumbrados por la pálida luz de un cirio [1], á despertar á los reos para repartirles los vestidos y *sambenitos* con que habían de presentarse. Y cuando la luz del día se hallaba ya en toda su plenitud, encaminábanse en dirección al patíbulo, triste comitiva, en un orden admirable y en medio de un silencio sólo interrumpido por las voces que cantaban el Miserere con la monotonía peculiar de las comunidades que marchan recitando en voz alta sus oraciones!

Nada más tétrico seguramente, nada más impregnado de profunda melancolía, que aquellos

[1] Véase: José de Olmos, Máscara, 205.

coros numerosísimos y de voces graves y sonoras entonando en sus recitados gregorianos la lúgubre melopea de sus cantos de ultratumba. ¡Qué recursos los de aquella imaginación para dar en todo la nota pavorosa! ¡Qué terrores enormes los que vaciaban copiosamente sobre el alma atribulada del pobre hereje moribundo!

Despejada la calle por los soldados de la fe, venía la cruz de la parroquia de San Martín cubierta por un crespón negro y con ella doce sacerdotes con sobrepellices; luego seguían los reos, que en el famoso auto que ha descrito Olmos eran ciento veinte, setenta y dos hombres y cuarenta y ocho mujeres, unos en estatua y otros en persona. Primero, llevaban los condenados en estatua, ya muertos ó fugitivos; figuras en que á lo terrible del acto mezclábanse en desagradable consorcio, lo ridículo y grotesco de aquellos muñecones pintados por manos torpes y que llevaban en grandes letreros su nombre, la coroza con llamas y algunos de ellos las cajas de sus huesos en las manos (1). Seguían después, en pelotones numerosos, los penitenciados, con gesticulaciones de demoniacos; grupo extravagante é informe en donde se veían mezclados con los brujos sinceros y los *embaucadores,* la polígama con coroza, los sodomitas y las beatas energúmenas con sogas en la garganta, en las que se marcaban por nudos los centenares de azotes á

(1) José de Olmos, *Relación histórica del auto general de fe que se celebró en Madrid en este año de 1680,* pág. 196.

que estaban condenadas; locos gesticulando como poseídos por delirios extraños, judaizantes, perjuros, frailes apóstatas y los reconciliados con *sambenito* de media aspa, llevando en la mano unos y otros una vela amarilla apagada.

Todos esos cuadros que le hacen recordar á uno las descripciones melancólicas de los demoniacos delirantes, terminaban por el de los reos relajados, también con coroza y el sambenito correspondiente, algunos con mordaza, acompañados de numerosos familiares y religiosos que los exhortaban en voz alta y con ademanes y gesticulaciones apropiados; trozo macabro de procesión que lo cerraba el alguacil mayor y detrás los tribunales de la Inquisición, los secretarios del de Toledo y de Corte, muchos comisarios y familiares, en medio de los cuales caminaban los mayordomos de las congregaciones de San Pedro Mártir, llevando en dos arcas lujosas las sentencias de los reos. Luego seguían interminables cabalgatas lujosas y abigarradas, en que predominaba el color negro favorito, los pelotones de familiares en caballos ricamente enjaezados y adornados con cintas de diversos colores y matices, llevando el hábito de la Inquisición sobre sus vestidos y la venera en el pecho con varas levantadas en las manos (1). Multitud de filas bien nutridas y compuestas de clé-

(1) *La Inquisición sin máscara*, pág. 207.

rigos y frailes de todas las estaturas y aspectos imaginables caminaban detrás confundidos con un sinnúmero de empleados del Santo Tribunal, notarios, calificadores y comisarios con iguales insignias pero montados en mulas con gualdrapas negras. El ayuntamiento de Madrid venía tras de ellos, presidido por su Corregidor, el fiscal del Tribunal de Toledo con el estandarte de la fe, de damasco carmesí con las armas de la Inquisición, el fiscal del Consejo real, el alcalde de Casa y Corte más antiguo, los inquisidores de los dos tribunales de Toledo y de Madrid pareados con los alcaldes de Casa y Corte y la Suprema de la Inquisición acompañados del Consejo Real y Cámara de Castilla. Finalmente, aparecía grave y severa la figura del Inquisidor general, á la derecha del gobernador del Consejo, montado de muceta y manteleta, en un arrogante caballo bayo de cabos negros, con silla y gualdrapa anizada, adornada con cintas y felpas del mismo color y seguido de un numeroso cortejo de lacayos [1]. Cincuenta alabarderos vestidos fúnebremente de saya negra servíanle de escolta, precediendo al pesado bagaje que cerraba la gran columna y formada por la silla de manos y la estufa ó coche de respeto del Inquisidor, con otras largas filas de extraños vehículos en que iban sus capellanes, pajes vivientes, familiares y gente de su intimidad. Todo esto en me-

[1] PUIBLANCH, loc. cit., pág. 208.

dio de un silencio que debia ser imponentísimo, porque el numeroso cortejo atravesaba su trayecto habitual contemplado por millares de espectadores sobrecogidos de terror, que llenaban las calles, las plazas, las casas en todos sus recovecos, sin proferir una palabra más alta que otra [1].

Ese era el Auto de Fe.

Pasada la impresión inmediata de la ceremonia, quedaba en el espíritu de todos los habitantes una impresión prolongada de malestar. La ciudad entera permanecía hundida por muchos días en una tristeza profunda; un sentimiento de angustia, de vagos presentimientos agitaban el alma, hasta que la sensación del horrendo espectáculo iba lentamente borrándose de la memoria y el tiempo tranquilizando la imaginación sensible y asustadiza por las angustias del día.

Era por ahi también por donde se hacia más visible otro signo de su deformidad mental: el amor al fuego, la pasión por la hoguera que ellos levantaron á la altura de una verdadera institución, la *piromanía inquisitorial*, para decirlo con su palabra apropiada.

Es un rasgo que no podía faltarles, porque constituye otra mácula de las naturalezas psíquicamente defectuosas.

El acto *d'allumer un incendie* en los débiles de espíritu es frecuentemente el resultado de una

[1] JOSÉ DE OLMOS, nº 154; PUIBLANCH, loc. cit., pág. 208.

inclinación viciosa de la inteligencia: casi siempre obran bajo la influencia de ciertos motivos impulsivos, siempre los mismos [1]. Ese placer del incendio en cualquier forma, es patrimonio exclusivo de todos ellos y de los alienados verdaderos, etc., que bajo la influencia de una idea delirante ó de una alucinación imperativa, lo verifican en impulsos incontrastables. Tienen verdadera necesidad del fuego, cualquiera que sea su origen, siempre que hable vivamente á sus sentidos, y en algunos se manifiesta bajo la simple tendencia á quemar todos los objetos que encuentran bajo su mano, á echarlo todo al fuego con una persistencia reveladora: el calor abrasador de la hoguera, las inmensas columnas de humo negro y espeso, rasgado á veces por inmensas llamaradas alternativamente rojizas y azuladas, posee seducciones curiosas para esas naturalezas singulares. El general Rozas, nuestro famoso tirano, que era, sin duda alguna, un hereditario averiguado, sentía en ocasiones esta curiosa impulsión. Después de la derrota de la gran batalla de Caseros, cuando se retiraba huyendo y sin que nada absolutamente justificara la insólita disposición, mandó incendiar un gran depósito de munición, de ropas y comestibles, y luego de haber contemplado tan raro espectáculo, se retiró al galope hacia la ciudad, donde debía refugiarse en

[1] Véase CAMUSET, *Annales médico-psychologiques*, nº 3, 1893, pág. 453.

la legación inglesa. Hay todavía otros antecedentes en la lista de estos pirómanos históricos. Felipe II [1] frecuentaba igualmente los *autos de fe*. Francisco I y Enrique II, que también tenían en grado menor que Felipe el vicio neuropático de los Valois, asistieron con frecuencia á sacrificios de este género [2]. En algunos casos la siniestra impulsión reviste en efecto este carácter irresistible: los pirómanos sienten de una manera intermitente la necesidad violenta del fuego, y les sucede tener que luchar con todas sus fuerzas para resistirla; pero á menudo sucumben, y una vez verificado el acto experimentan un verdadero alivio. En otros (observ. 1ª, Camuset, *Annales*) no tiene esa índole, y la inclinación es más bien una afición, un deseo, una voluptuosidad, buscada sin el carácter de la impulsibilidad [3]. Todos esos incendiarios se reclutan, dice Camuset, sobre todo entre los individuos de un desarrollo intelectual defectuoso, débiles, imbéciles y aun idiotas, que constituyen la clase de los verdaderos *pirómanos*. En las campañas, cuando incendios sucesivos estallan en un corto espacio de tiempo, es menester buscar entre los jóvenes imbéciles ó débiles de espíritu, de instinto más ó menos perverso, los autores de semejantes atentados. Parece como un

(1) Forneron, *Historia de Felipe II*, pág. 60.
(2) Forneron, *Historia de Felipe II*, pág. 60.
(3) *Annales médico-psychologiques*, 1894, nº 2.

precepto que se lee en casi todos los tratados de medicina legal (1).

Hasta en la manera cómo poseían el idioma que cultivaron con más respeto y con mayor frecuencia, mostraron la mediocridad franciscana de sus facultades superiores, que no eran sensibles sino á las voluptuosidades violentas de la hoguera y de la tortura. No amaban nada bello, ni en las artes ni en las letras y menos en las ciencias, que odiaban sin conocerlas, más por un instinto vijilante de conservación puramente animal que por fanatismo. El latín hórrido y bárbaro en que por lo general estaban escritos los libros en donde habían hecho sus estudios los calificadores del Tribunal y los inquisidores, hacia inspirarles verdadera ojeriza contra los que escribían, tanto más cuanto que, según ellos, los herejes trataban las materias eclesiásticas con buen lenguaje y con agradable amenidad (2). El estudio de la Escritura por textos originales tampoco agradaba á hombres que lograron titularse doctores de la ley sin tomarse la molestia de subir á las fuentes mismas donde es más inteligible como exento de alteraciones que por necesidad debe padecer toda obra en su tránsito á otros idiomas (3).

Eran insensibles, ciegos y sordos á toda emoción de naturaleza elevada, descollando por ahí

(1) Camuset, loc. cit.
(2) *La Inquisición sin máscara*, pág. 243.
(3) *La Inquisición sin máscara*, pág. 243.

también la índole inferior de su mente, si no aliénica, cuando menos valetudinaria y *fronteriza*. Y precisamente uno de los primeros signos de la alienación confirmada ó que indica cuando menos la presencia de ese estado anormal del sistema nervioso, cualquiera que sea su causa ó su naturaleza, es una perturbación emocional, un estado como ese, seguido de cierto desorden más ó menos pronunciado del razonamiento (1). El sentimiento, dice Mausdley, la vida afectiva, revela la naturaleza esencial del individuo y es la base de su naturaleza intelectual, como la vida vegetativa es la base de la vida animal y expresa el tono fundamental de la substancia nerviosa que resulta de la constitución ó de la composición heredada ó adquirida de esta substancia (2). Se puede deducir por la calidad de sus cerebros, el grado de inferioridad de su sistema nervioso, así como por el estado de inferioridad mental y sensitivo que demuestran.

Es noción elemental de fisiología «que el estado de los centros nerviosos tiene la mayor importancia para la formación de las facultades mentales y para la manifestación de sus funciones», como parece también noción común en biología, que hay un grupo de anómalos, por no decir de enfermos, que se caracteriza por un conjunto de fenómenos psíquicos y físicos peculiares y que constituye esa vasta familia de los *degenerados*, dentro

(1) MAUSDLEY, *Physiologie de l'esprit*, pág. 326.
(2) MAUSDLEY, *Physiologie de l'esprit*, pág. 327.

de la cual, si bien es cierto que tienen el lugar preferente cierto género de locuras peligrosas, también lo es que están esos *infirmes* del carácter, estos *pobres de espíritu* con vagos caracteres físicos pero con lagunas psíquicas visibles.

Entre los que ocupan con justos títulos un lugar al lado de las *prostitutas*, de los *mendigos*, de los *vagos* y de los *ticosos*, están los famosos inquisidores, y sobre todo muchísimos de sus adláteres obligados y favoritos, la *tropa* innominada que formaba las legiones. Aun cuando no sea muy fácil hallarles á todos ellos los rasgos apropiados que anuncian su morfología poco regular, es menester tener presente que aún había un número nada pequeño de individuos de esa clase, que no presentaban aparentemente ningún signo de morbosidad adquirida ó hereditaria y que, sin embargo, eran completamente degenerados: no tendrían ni siquiera un simple defecto físico, pero tuvieron *nell'operare* un procedimiento que demuestra la presencia de una debilidad nativa en las funciones psíquicas, parcial ó total. Cualquiera que sea la variedad y la idiosincrasia del fenómeno mental, ese es indicio seguro de una inercia psíquica, la cual siempre es un efecto de condiciones hereditarias ó congénitas y en su mayor parte el resultado de la lucha por la existencia en los dos ambientes, físico y social [1]. Esa condición es la

[1] SERGI. *Le degenerazione umane*, pág. 23.

neurastenia, que para el profesor de la Universidad de Bolonia no es en realidad y en sus formas más leves un verdadero estado patológico, sino algo que se le acerca y que puede serlo más adelante si progresa y se desarrolla. « Cualquiera que sea el grado de la neurastenia física y psíquica, es indudable que los individuos afectados por ella, si entran en una lucha demasiado fuerte en su ambiente social, no pueden presentar una gran resistencia, casi ninguna, aconteciéndoles que cuando se establece la lucha, muestran inmediatamente su estado de debilidad y sucumben, *no con la muerte*, *sino con la práctica de acciones torpes*, *indignas*, *humillantes, crueles* », como les sucedía á aquellos.

Allí, entre todos esos *agotados*, estaba seguramente la milicia numerosa que más coadyuvó á la obra de los temibles funcionarios : los que por una razón ó por otra no podían labrarse por su propia mano una posición, iban á engrosar las filas de su ejército de decadentes. La miseria y la prostitución fueron enormes en aquellas épocas, y sus víctimas rodeaban el Santo Oficio atraídas por el vértigo de su colosal poder y por la necesidad del hambre y del medio. Los neurasténicos no tienen de *moderno* más que el nombre : los siglos XV y XVI los han conocido bajo esa forma de familiares, legos, testigos falsos, alguaciles, torturadores, escribanos, ayudantes y frailes menores que formaban el *tejido conjuntivo*, la *neuroglia* de

la trama colosal, porque le servía de sostén humilde pero eficaz para su propósito final. Decía un manuscrito de la época, que había en la Corte de Felipe II más de *diez mil personas* que esperaban una baja de alguacil para comer, y que para obtenerla «el uno traía á su hermana, otro á su mujer, otro á sus hijas, para darlas en precio» ([1]). El hombre válido ó se metía de fraile, ó se hacia mendigo ó soldado; generalmente optaba por el Santo Oficio, y sólo en la diócesis de Pamplona había en 1623 treinta y dos mil frailes y seis mil sacerdotes ([2]). Tal era el fondo de tan gigantesco cuadro, en el que los inquisidores se destacaban menos por su acción personal que por sus deformidades mentales concretas y la influencia de la totalidad: su éxito estaba en la influencia del conjunto, en el empuje colectivo, en la acción de la suma de esas unidades que aisladas no hubieran sido tan perjudiciales, porque siendo individualmente *débiles de espíritu,* hubieran escollado en el procedimiento. Su singular *asociación* y el número, era lo que les daba la fuerza con la cual formaron la *secta* que les permitió resistir, armados de un poder enorme, durante siglos, la influencia de la civilización y aun de la Iglesia misma, á la cual llegaron á serle completamente hostiles.

([1]) Ms. Bibliot. Nac. sc. Española, 185, folio 263, FORNERON.
([2]) DÁVILA, *Historia de Felipe II*; FORNERON, *Historia de Felipe II.*

Hubo en la historia de ese tribunal un largo período de tiempo en que puede decirse que la cuestión religiosa fué para él asunto secundario, porque es indudable que tomaron la *defensa de la fe* como un pretexto, un arma que manejaron con prodigiosos resultados para sus fines sectarios de conservación. Era, sin duda, la asociación para la lucha por la existencia que aquellos *débiles* organizaban; débiles individualmente, como digo, pero fuertes por la uniformidad cerebral y la estrecha vinculación orgánica que los unía: una secreta seducción los atraía y los asociaba en virtud de la tenaz tendencia á la agrupación que se revela tan visiblemente y bajo diferentes formas en los histéricos, en los epilépticos y en general en todos los degenerados; tendencia que, según Lombroso, en los criminales conduce á la organización de *bandas* [1], al mutuo consorcio en la locura declarada ó la locura de dos *(folie à deux)*, si asociación puede llamarse á ese encuentro fortuito de dos ó más predispuestos y tratándose de locos que no se asocian nunca; á las « *couples dégénérés* », suicidas ó criminales [2] y en los histéricos á esas amistades vivas que han hecho repetir á Charcot que los neurópatas se buscan [3]. Entre los pensionistas de la casa de locos, dice Lombroso, los epilépticos se *asocian*

[1] LOMBROSO, *L'homme criminelle*, pág. 519.
[2] SCIPIO SICHELLE, *Le crime à deux*, *Essai de psychologie morbide*, 1813.
[3] CHARCOT, *Leçons du mardi*.

frecuentemente con los criminales, y conspiran no sólo con los individuos afectados de la misma enfermedad, sino también con los locos morales [1]. En la casa de sanidad Schumberg, cuatro locos conspiraron para evadirse y dieron fuego al asilo donde recibían hospitalidad; tres de ellos eran *locos morales*, el cuarto un epiléptico [2]; y en el *Archivio di Psichiatria* (vol. VIII, fasc. I) se lee la historia de un epiléptico que conspiró *asociado* con otros tres locos morales de su departamento de Mombello, para provocar una verdadera revuelta, la que sólo pudo ser sofocada con la ayuda de la fuerza armada [3].

Es curioso este exotismo de la Inquisición dentro de la Iglesia misma, vale decir en un medio que parecía, y era seguramente, tan apropiado para su pleno desarrollo y prosperidad. Á fuerza de fomentar esa comunidad de sentimientos y de tendencias, llegaron á independizarse lo suficiente para constituir la verdadera secta, familia ó raza, que explica la viva hostilidad contra cierta clase del clero con quienes vivió en perpetuos y en frecuentes conflictos.

¿Había algo de especial, de genuinamente distinto entre ellos y la Iglesia? ¿Algún agente ó fuerza que operaba el aislamiento autonómico y fijaba los caracteres de la *raza,* permitiéndole moverse con la peculiar autonomía que le atribuimos?

(1) *L'uomo delinquente.*
(2) Véase: *Allgem. Zeit. fur Psych.,* año 1884.
(3) Datos tomados de *Le crime à deux* de Scipio Sichelle.

Era un cuervo que había creado la Iglesia y que le tiraba picotones á los ojos...

Dice un crítico del Santo Tribunal, en confirmación de este aserto que parecerá tan paradógico, que príncipes y princesas, academias enteras, clérigos, frailes, obispos, cardenales, etc., etc., aparecieron de repente transformados en herejes y perseguidos por el Santo Oficio. El mismo Paulo IV, que con la protección que les dispensaba era el principal autor de tan *grandes desvaríos*, acordó « por buena confirmación » que el cardenal Polo, que hubo de ser acusado de luteranismo, quemase los escritos que había trabajado en su defensa, recelando *que con aquella gente, si llegasen á publicarse, iba á quedar en peor lugar el juez que el reo* (1). Bernini en su *Historia di tutte l'heresie,* tomo IV, sección XVI, capitulo VII, habla también de estas persecuciones y constantes hostilidades del Santo Oficio á los clérigos y mandatarios de la Iglesia que no eran *de la familia* y á *molti vescovie e vicarie e fratti e preti* que se veían asechados como herejes. El juez nombrado por el Obispo de la diócesis para que representara á su persona en los tribunales gozaba de una *consideración muy inferior* á la de sus compañeros, pues lo sentaban y lo hacían firmar siempre el último (2).

(1) NATANIEL JOMTOB, *La Inquisición sin máscara ó disertación*, etc., pág. 111.

(2) *Compilación de las instrucciones del Oficio de la Santa Inquisición hechas en Toledo*, año 1561.

En 1525, en tiempo de la guerra de las Comunidades, los patriotas fueron dirigidos en un asalto contra la Inquisición *por el obispo de Eltas, con ánimo de quemar todos los papeles y demoler el edificio del Tribunal*; los inquisidores se escaparon ocultamente, hasta que, tranquilizado el pueblo, pudieron regresar tranquilos á ejercer su ministerio ([1]). Y como estos, muchísimos ejemplos de este antagonismo explicable. Las quejas elevadas contra la Inquisición por arzobispos, obispos y cardenales fueron numerosísimas. La de Fray Hernando de Talavera, arzobispo de Granada y otros contra la de Córdoba, á principios del siglo XVI; la de los aragoneses, catalanes y castellanos en muchas de las cortes celebradas desde el año 1510 hasta el 1646; del Obispo de Cartajena y Murcia contra la de esta ciudad en 1622; del Obispo de Valladolid en 1630; del de Sevilla 1637; la del Obispo de Cartajena de Indias en 1686; las quejas interpuestas á Cárlos II por los Consejos de estado de Castilla, Aragón, Italia, Indias y órdenes diversas en 1696; finalmente las del Cabildo eclesiástico de Canarias en 1713 y las del Deán de Granada en 1797, etc., etc., etc., (Véase: *La Inquisición sin máscara,* loc. cit.).

Querian ser exclusivos y no dejaban penetrar dentro de las barreras sino á aquellos cuyas condiciones de plasticidad moral peculiar los hacia

([1]) *La Inquisición sin máscara,* pág. 77.

fácilmente adaptables á sus propósitos de resistencia y de conservación. Era indispensable en el organismo del lego más humilde de la milicia, como en el del *familiar* y del *inquisidor* más encumbrado, esa inferioridad que iban buscando en los Colegios Mayores, donde, como ya sabemos, reclutaban por lo general su personal y cuya ausencia en el amplio espíritu de Talavera, de fray Luis de León, de Carranza, de Macanaz y de tantos otros constituía un objeto de vivo reproche.

Repetiremos lo que dijimos al comenzar este capítulo: se requería una conformación cerebral propicia para ceder á las inclinaciones que constituía la nota fundamental de su carácter, para dejarse amasar dentro del molde donde se formaba el tipo de la *casta*. Había naturalmente organizaciones refractarias que resistían victoriosamente su influencia; *inquisidores* que no tenían la médula y el temperamento de *inquisidor*, porque carecían de la mansedumbre que tienen los sistemas nerviosos tocados por la enfermedad ó simplemente invalidados por una decadencia mental congénita. Cisneros y otros como él, con ser grandes inquisidores, no tenía por cierto la urdimbre cerebral mediocre, el conjunto de defectos morales adecuados, á pesar de *su gran delito,* que constituía la extraña contextura de un inquisidor. Este fraile era uno de estos caracteres con vida propia, que tienen suficiente vigor para sostener

las tendencias á un desarrollo independiente del medio ambiente que, como dice Mausdley, «son algunas veces tan poderosas que obligan á las circunstancias á ceder más bien que ceder ellos á las circunstancias» ([1]).

Por lo demás, exclusión hecha de estos raros ejemplos, todos daban la misma nota en el diapasón mental: llevaban en sí, al entrar, la semilla y el terreno preparado para que el calor fecundo del ambiente hiciera lo demás. Por eso realizaban un tipo general que se ha sostenido hasta en rasgos fisionómicos especiales durante muchos siglos.

Todos esos elementos componentes de la vida y resistencia del Santo Oficio han crecido, pues, y se han multiplicado porque llegaron á crear el vínculo apropiado á su naturaleza degenerada, y á pesar de su debilidad biológica han subsistido por siglos como con menos razón subsisten en la lucha por la existencia esos otros *débiles* congéneres mentales suyos. Como «el germen orgánico una vez sometido á condiciones favorables á la evolución virtual que le es inherente, asimila los elementos tomados en el medio ambiente y manifiesta su placer por el crecimiento, mientras que en condiciones desfavorables no asimila nada y manifiesta su sufrimiento por la decadencia» ([2]), asi los individuos expresan por un desenvolvimiento

([1]) Maudsley, loc. cit., pág. 420.
([2]) Mausdley, pág. 327.

mayor de la vida y de los defectos virtuales que traen al nacer, la presencia de un conjunto de circunstancias ambientes favorables á su evolución.

El curioso desarrollo de la imaginación con los caracteres especiales que ya hemos mencionado, contrastando con la escasísima elevación de sus concepciones, lo que los hacía poco susceptibles de generalizaciones, y la ausencia de grandes pensamientos, de ideas fecundas; la presencia de todas las bajas pasiones, como la rapacidad, la avaricia, el erotismo que, como veremos más adelante, demostraba un desequilibrio medular completo; la fácil excitación de su sistema nervioso expresada en la debilidad irritable propia de su decadencia, constituían toda la interesante fisiología de su estado cerebral.

Por momentos los peligrosos enardecimientos que interrumpen la monótona pasividad de los dementes y de los imbéciles se levantaba hasta las proporciones del frenesí, y sus persecuciones tan voraces y tan brutales inundaban la España de hogueras.

Llegó un momento en que tomaron el colorido de la agudez, en que los clérigos arrastrados por un encarnizamiento feroz pedían con insistencia y con el calor de la fiebre *¡más inquisidores!* como que era insuficiente el número de los que actuaban día y noche en los breves procesos que precedían al quemadero. Cuando el

ardor de la persecución toma esos caracteres anómalos, la pasión entra visiblemente en los límites de la alteración moral; el espíritu perturbado por la excitación que se propaga fácilmente, pierde su estabilidad y cae en el desequilibrio de la enfermedad. Si se tiene en cuenta la natural predisposición de su instrumento mental, desprovisto de la resistente vitalidad que da el equilibrio y la salud general, se verá cuán fácilmente podrían incurrir aquellos pobres frailes en las extremidades de esta exaltación asimilable á un verdadero *delirio*. Delirios cuyos procedimientos de formación acababan fácilmente por transformarlos en esa otra faz procesiva y hostil al género humano con la especial ferocidad con que los inquisidores españoles de Toledo y de Sevilla atoraban el quemadero hasta un extremo que no se ha visto jamás, ni antes, ni después de la inquisición. Y eso que las persecuciones á los Albigenses fueron crueles y tenaces.

Para hacerse una idea de la índole sospechosa de estas impulsiones, al parecer más pasionales que delirantes, bastará leer como una de tantas muestras aquella frase del fraile autor del *Centinela de los Judíos*, que resume en pocas palabras toda la ferocidad de que eran capaces. No hay necesidad sino de mencionar en bloc sus persecuciones. Todos los que se han ocupado del Santo Oficio las han acumulado con estilo más ó

menos vivo en cuadros y estadisticas cuya lectura crispa los nervios de terror, de vergüenza y hasta de piedad.

Andrés Bernáldez, cura de *la Villa de Palacios* y *Capellán del inquisidor general,* decia: «el fuego está encendido y quemará fasta que halle cabo á lo seco de la leña que será menester arder fasta que sean desgastados e muertos los que judaizaron, que no quede ninguno, e aun sus hijos los que eran de veinte años arriba e si fueran todos de la misma lepra aunque tuvieran menos». Si tal celo animaba al capellán del inquisidor general, dice Nataniel Jomtob, página 235, ¿cuán ardiente no seria el del mismo inquisidor y de su tribunal? Baste decir que en menos de veinte años habia quemado, sólo en Sevilla, más de 4000, reconciliado cien mil, habiendo hecho cerrar 5000 casas, cuyos habitantes fueron exterminados (1). «E con esto, añade el capellan mencionado, todos los confesos *fueron espantados e quemados e habian gran miedo,* e huian de la ciudad e del arzobispado, e pusiéronles en Sevilla pena que no fuyesen so pena de muerte, e prendieron *tantos que no habrán donde los tuviesen*» «e quemaron infinitos huesos de los corrales (cementerios) de la Trinidad e San Agustin e San Bernardo de los confesos que alli se habian enterrado cada uno por si al uso judaico, e apre-

(1) *La Inquisición sin máscara,* pág. 35; BERNÁLDEZ, loc. cit.

gonaron á muchos que hallaron dañados de los huídos ».

Enloquecidos por el vértigo que iba en un crescendo formidable, los inquisidores llevaron el terror y la desolación á todas las provincias de España. Esta Santa Inquisición, continúa Bernáldez, « hobo comienzo en Sevilla, e despues fue en Córdoba, donde había otra tan gran sinagoga de malos cristianos como en Sevilla, e después fueron puestos inquisidores por todo Castilla e Aragon e son infinitos *quemados*, e condenados, e reconciliados, e carcelados de todos los arzobispados e obispados de Castilla e Aragon, e muchos de los reconciliados son quemados por el mismo caso, en Sevilla e en las otras partes de Castilla ».

En la esencia de ese contagio pasaba algo análogo á los procedimientos mentales para la propagación de la locura en coro, llamarémosla así á esa *folie à deux* que ha descrito Lasègue y Falret, y que bastantes veces mencionaremos en este libro.

Entre los inquisidores habría como en esos casos, espíritus *pasivos* y cerebros *activos*, aunque predominara entre todos un nivel general de relativa imbecilidad. En este delirio colectivo, algunos desempeñaban el papel de agentes provocadores, ejerciendo una influencia sugestiva sobre las inteligencias más débiles y más dispuestas, como dice Lasègue, á la docilidad pasiva, que á la emancipación, llenando una de las otras condiciones propicias, el hecho de vivir todos en

relación constante, intima. Se hallaban los que recibían la imposición en la misma situación de esos niños aprensivos por naturaleza y confinados, como sucedía con todos esos frailes, en un medio sin expansión, mejor dispuestos para convertirse rápidamente en el eco de un delirio al cual se les asociara (1). Su razón indecisa no traba lucha nunca, y su fe en ciertos casos va tan lejos que el mismo agente activo (el loco en el caso de Lasègue) hesita en seguirlos tan lejos como los lleva la reproducción del delirio impuesto. Y es curioso que estas concepciones así transmitidas sean siempre de la índole de las que manifestaban los inquisidores y sus agentes subalternos, de carácter *terrorífico y poco agradables*, como dice el renombrado discípulo de Trousseau en su magnífico estudio sobre la locura comunicada: terrores en el momento del sueño y pesadillas, temores de amenazas y persecuciones, de peligros lejanos ó próximos, de desconfianzas y sospechas. Casi siempre son delirios de las persecuciones los que se transmiten, tomando á menudo un carácter terrible, y como por lo general esta forma de locura parcial tiene un carácter de verosimilitud en sus ideas delirantes, reforzado por la normalidad de las otras facultades, la facilidad de imposición ó de contagio para los cerebros predispuestos es doblemente hacedera y fácil (2).

(1) LASÈGUE, *Etudes cliniques*, tomo 1º, pág. 726.
(2) LASÈGUE, loc. cit.

Además hay que tener presente, como observa muy bien el mismo Lasègue, que las gradaciones entre las simples disposiciones del carácter y la locura, son muchas veces insensibles, comenzando por las gentes simplemente temerosas, limitadas ó inclinadas á infatigables esperanzas, para llegar á los alienados aterrorizados, á los melancólicos absorbidos por una aprensión incesante ó á los ambiciosos de satisfacciones siempre próximas [1]. Esta forma de *aspiración* delirante, que es un principio de ese final terrible que estudiamos aquí en todo su desagradable esplendor, «es más fácil, pues, de imponerse, por lo mismo que no despierta repulsión, y en sus grados medianos provoca menos la negación que la duda». ¡Cuántas veces el médico, agrega el maestro de la Facultad de París en su admirable lenguaje, aun el médico bien experimentado, no se pregunta, asaltado por la duda, si el punto de partida no ha sido un accidente real, en vez de ser un acontecimiento quimérico y hesita entre una exageración y una aberración sentimental...!

En todos estos hombres estaban, pues, colmados las condiciones y los elementos esenciales de la comunicación: primeramente la clase del delirio (llamémosle así) «sus lados sentimentales, su concordancia con las disposiciones del que lo adoptaba; en segundo lugar la repetición incesante de

[1] Lasègue, *Études médicales*, tomo I, pág. 726.

los mismos propósitos, renovados sin remisión, y por fin la debilidad intelectual y moral de los participantes». La cohabitación de todos, constante, sin reticencias, «la participación en las mismas esperanzas y en los temores, solicitados por acontecimientos análogos, como por alucinaciones, una de cuyas porciones, no dejó de tener algunos vínculos con la realidad, disminuiría la transición entre la razón desfalleciente y el delirio». Ese estado de curiosa perturbación no fué, por lo demás, la obra de una invasión súbita. El periodo prodrómico preparó regularmente el camino [1]. Los confidentes pusieron en común sus aspiraciones y sus penas, y cuando unos franqueaban bruscamente el límite de lo razonable, los otros iban franqueándolo también, pero por una insinuación progresiva, efectuándose poco á poco el trabajo lento de la solidaridad que los unia á todos y que á todos arrojaba en los mismos excesos y en las mismas perversiones [2]. Si al principio la idea parece extraña y absurda, la repetición de la propaganda acaba por intoxicar los corazones, adulados en sus gustos por impulsos análogos en ese cambio y comercio constante que es el que sostiene esa dinamia de las pasiones.

Con sólo recorrer los autores que tratan de su método de enjuiciar, se convencerá cualquiera, dice Puiblanch, de que la creencia en los errores

(1) LASÈGUE, loc. cit., pág. 734.
(2) Véase: LASÈGUE, *Folie à deux. Étude*, pág. 732.

de sus sentidos halló más cabida en los inquisidores que en el vulgo mismo [1], demostrando que la infirmidez suya era muy grande y la altura de su nivel intelectual muy inferior á la medida de la época; circunstancia que revela en consecuencia, que el fenómeno apuntado no fué exclusivamente debido á la ignorancia del medio ambiente general, sino al descenso congénito de sus facultades. Sólo inteligencias deformes ó en ocasiones conmovidas por alucinaciones, como está probado [2], han podido entre otras cosas concebir y estimar como poderoso indicio de complicidad con el demonio *la vejez y la fealdad en las mujeres*. Llevaron hasta extremos inconcebibles las supersticiones de cierto género, de las cuales sólo ellos eran únicos incubadores y propagandistas, y con las que fomentaban sus propios *delirios*, así como las epidemias *demonopáticas* que azotaron al mundo en diversas épocas. Únicamente en el paroxismo de sus persecuciones pudieron creer, con ese carácter supersticioso excesivo, tan propio de su desequilibración, que los reos acusados de maleficios y demonolatrías, se hacían insensibles «por cuanto llevaban pegados al vello del cuerpo algunos hechizos»... Para prevenir esta treta, los inquisidores adoptaron, como uno de los mejores arbitrios, el mandarles rasar á navaja la cabeza, barba y *demás partes donde*

[1] NATANIEL JOMTOB, *La Inquisicion sin máscara*, pág. 289.
[2] NATANIEL JOMTOB, *La Inquisición sin máscara*, pág. 291.

pudiera ocultarse el maleficio; así es que los condenados tenían que sufrir, con particularidad las mujeres, antes de ser puestas en tortura ó hechadas en la hoguera, un atroz martirio en su pudor por la crasísima ignorancia del tribunal. En el año 1585, el de Cumas en Italia, quemó á cuarenta y una de estas, previa la referida operación (1).

Digamos, para terminar, dos palabras más sobre otro rasgo visiblemente anormal, que completa la fisonomía de suyo desagradable de estos extraños *milicianos de la Fe.*

Cuando el cerebro está mal constituido ó imperfectamente desarrollado, dice un distinguidísimo filósofo inglés, en el momento en que el apetito venéreo se presenta, sucede en el hombre lo que en los animales, para quienes el amor se reduce á la necesidad sexual y en los cuales la presencia de la hembra excita un deseo que determina inmediatamente esfuerzos desesperados para satisfacerlos (2). Todo lo contrario de lo que acontece cuando está bien conformado y convenientemente desarrollado, el deseo sexual experimenta un desarrollo complejo en la conciencia; su violencia grosera «se refrena al pasar por los centros superiores de ideación que suministran todos los sentimientos delicados, exaltados y admirables del amor, esos sentimientos que constituyen el tesoro de los poetas y que desempeñan un

(1) *La Inquisición sin máscara*, pág. 292.
(2) MAUSDLEY, loc. cit., pág. 333.

rol tan grande en la felicidad y en las amarguras de los seres humanos» ([1]). Lo que «es evidente en esta categoria de deseos lo es igualmente con respecto á los otros, y podemos decir con Bacon que el alma seria templada y plácida, si las afecciones no vinieran como vientos impetuosos á provocar tempestades, ó con Novalis, que la vida es una actividad febril excitada por la pasión» ([2]). La disolución de costumbres de los Inquisidores, lo mismo en Méjico ó en Lima que en España, se ha observado siempre en un grado que espanta. Desde su misteriosa covacha, «como el leopardo de la cueva, acechaban, dice el venerable Juan de Palafox, estos hombres prevalidos de su irresistible autoridad, á la inocente doncella y á la casta esposa, para saciar en ellas su liviana pasión. Eso se vió á fines del siglo XV en la Inquisición de Córdoba y á fines del XVI en la de Zaragoza, con cuyo motivo se dieron quejas al rey y al Consejo de la Suprema, según lo atestiguan, no autores herejes, extranjeros ó mal informados, *sino católicos nacionales y coetáneos que tuvieron motivos* para hablar con conocimiento de causa y con verdad ([3]). Una de las peticiones de las cortes de

([1]) MAUSDLEY, *Physiologie de l'esprit*, pág. 332.

([2]) MAUSDLEY, *Physiologie de l'esprit*, pág. 333.

([3]) *Carta del venerable D. Juan Palafox, Obispo de los pueblos de los Angeles y de Osuna, al Inquisidor general D. Diego de Arce y Reinoso, Obispo de Placencia, en que se queja de los atentados cometidos contra su dignidad y persona por el tribunal de Inquisición de Méjico*, Cádiz, imprenta de Diego García Campos, 1813.

Toledo con motivo de esos desagradables excesos, decia: « Que las justicias hobiesen de los dichos exesos e no los consintiesen, sino que los hiciesen saber a S. M. e a su muy alto Consejo para que sobre ello proveyesen lo conveniente ». Gonzalo de Ayora, cronista de los Reyes Católicos, agregaba: «que los inquisidores habían infamado estos reinos, matando, robando y forzando doncellas y casadas con gran vituperio y escándalo de la religión cristiana » ([1]). En este orden, si grande era el desenfreno de los inquisidores en Córdoba, no lo fué menos el de los de Zaragoza, y á ellos se refiere Antonio Pérez cuando habla « de lastimosas quejas de pacientes y lastimadas doncellas y recién casadas rendidas y poseidas con las armas de tal juicio »; y de algunos inquisidores, dice también Pérez, « ser muy amigos del asentista del lupanar que había entonces en Zaragoza y que salían de noche disfrazados y con armas », concluyendo por afirmar que él sólo dice las « cosas que son públicas y que están en procesos que si dixese los secretos *se santiguarian los rufianes mismos* » ([2]).

Era que todos los excesos imaginables, todas las perversiones desagradables del sentido genésico se cometían por los inquisidores. La frecuencia con que han sido procesados algunos frailes por delitos de seducción y la insistencia con que se es-

([1]) *Carta de Gonzalo de Ayora*, publicada por PUIBLANCH en su libro *La Inquisición sin máscara*, pág. 443.
([2]) ANTONIO PÉREZ, *Relación del 24 de Septiembre*.

tigmatizaba teóricamente la sodomía y la bestialidad (1), revelan la difusión de estos delitos; y generalmente cuando existe tan exagerada tendencia á los placeres genésicos, en la forma en que parece que la tenía la gente del Santo Oficio, se ve casi siempre en los individuos, caracteres degenerativos hereditarios congénitos, agregados en la mujer á una falta casi completa del sentimiento del pudor (2). En los degenerados, el capítulo de las perversiones del instinto sexual es abundante y curioso, pudiendo observarse todas sin excepción, desde el simple onanismo hasta la bestialidad y la sodomía, delito que es frecuente en los colegios y que era entonces muy perseguido por la Iglesia, porque parecía de uso común en los conventos. Según reza el proceso de los Templarios « se entregaban á la liviandad de sus compañeros y era común allí la Venus nefanda (3). No es extraño, pues, que si Antonio Pérez hubiera contado en su célebre *Relación*, todos estos secretos de la perversión inquisitorial, *se santiguarían los mismos rufianes*, como él decia. Los ultrajes y los atentados al pudor de que se hacen frecuentemente culpables estos desarmónicos, son innumerables, y necesitaríamos un desarrollo que sobrepasaría las proporciones de este trabajo,

(1) Véase: Puiblanch, *The Inquisition unmasked*, pág. 449; Palafox, *Carta* etc.
(2) Sergi, *Le degenerazioni umane*, pág. 128.
(3) Puiblanch, *La Inquisición sin máscara*, pág. 307.

para el completo conocimiento de sus variedades [1]. Bástenos saber que, como decia el venerable Palafox, autoridad insospechable por cierto, y todos los autores contemporáneos, que no hubo ultraje de que tales hombres no echaran mano para satisfacer tan desordenado apetito, que sobrepasaba su rapacidad también enorme [2].

Todo lo que pudo inventar una imaginación de tan singular fecundidad, escapando al saludable control de las facultades intelectuales y puesta al servicio de un instinto pervertido, es susceptible de encontrarse en la historia de los *débiles* de esta clase [3]. Es evidente, agrega todavía un eclesiástico que ha hecho una severa crítica del Santo Oficio, «que la cándida doncella y la casta esposa han sido arrancadas del seno de sus madres y del tálamo nupcial y trasladadas á las cárceles de la Inquisición por la lascivia de los inquisidores» y cubiertas con la mano de la religión [4]. Según Delrio, tenían hasta los repugnantes refinamientos que busca la incurable impotencia senil para despertar una sensibilidad mortecina: en su presencia, les hacian afeitar el pubis á las mujeres sospechadas de brujería, las hacían desnudar ó las desnudaban por sus propias manos, manoseando y tocando con la consiguiente exalta-

(1) LEGRAIN, *Du délire chez les dégénérés*, 1886, pág. 29.
(2) Véase: PUIBLANCH, loc. cit.; FORNERON, loc. cit.; MELGARES, *Procedimientos de la Inquisición*.
(3) LEGRAIN, loc. cit., pág. 29.
(4) PUIBLANCH, loc. cit., pág. 445.

ción las carnes de todas aquellas « esposas y doncellas inocentes » de que habla Jomtob... ¡Á qué enormes excesos no se entregarían estos genesíacos terribles parapetados detrás del quemadero y de un secreto impenetrable! Carlos V, que con ser fanático estaba muy lejos de ser indiferente á estos placeres aun en sus formas más excesivas, se escandaliza « de los cristianos que tal hacían », según dice Sandoval en su conocida *Historia del Emperador Carlos V*, y la crónica comentada de las escenas que producían, circulaba por toda Europa agregando este otro motivo de horror por el Santo Tribunal.

Lo que sin duda parecerá curioso, es que el fervor místico, en sus proporciones más exaltadas naturalmente, sea un equivalente clínico del instinto sexual sobrexcitado, como parece demostrarlo la psiquiatria; que en la historia del fanatismo y de la locura, la filosofía y la clínica enseñen á estos dos sentimientos tan opuestos, frecuentemente aparejados.

Un frenólogo de Gall diría que el territorio ó la protuberancia del amor místico y del sexual se ingertan la una sobre la otra; que la zona cortical del primero hace un visible *empiétement* sobre la del segundo. Nada hay más carnal, menos místico que ese amor caliente de Santa Teresa para Jesús — para citar el ejemplo más conocido — *su esposo*, *su divino esposo*. Y á medida que el éxtasis va proporcionalmente aumentando, el sensual fervor de

la divina descalza se va haciendo más visible en su lenguaje caluroso. Extraña mezcla de misticismo y de erotismo, platónico sin duda, pero con un colorido terrenal á veces demasiado subido. Parecía más bien la vaga y confusa protesta de un temperamento sometido, pero no domado, que pugnara por recuperar derechos desconocidos; especie de rebeldía inconsciente de un cuerpo nacido para el placer, que á los prestigios de la plena edad reunia las exigencias violentas de una vida exuberante, palpitando con soberana vivacidad bajo la fibra de su piel blanca y luciente. Una rara y confusa combinación, en fin, de ese escalofrío que experimenta la carne tocada por la caricia mundana, con la dulce fiebre mística que abraza al organismo en el éxtasis supremo de la devoción.

Pierre Delancre, consejero del Parlamento de Bordeaux, ha dado en dos enormes volúmenes una descripción exacta de esas *demonolátricas* en que el sentido genital y el fanatismo religioso andaban siempre juntos en una unión macabra y diabólica [1] y en su lenguaje especial, intraducible, daba en cuatro palabras la nota pintoresca de tan extravagantes locuras propagadas: « *danser indécemment*, decía, *pestiner ordements*, *accoupler diaboliquement, sodomiser exécrablement, blasphémer scandaleusement, courir après tous désirs horribles*, *sales de natures, brutalement*, te-

[1] Véase: PAUL MOREAU (de Tours), *Des aberrations du sens génésique,* pág. 43.

nir les crapaux, les vipères, les lézards et toutes sortes de poisons pernicieusement, aimer un boue puant ardemment, le caresser amoureusement, s'accomter et s'accoupler avec lui horriblement et imprudement»... tales eran, según sus propias declaraciones, su felicidad y sus placeres habituales (1). Paul Moreau refiere que en 1491 las religiosas de un convento de Cambrai fueron vejadas de una manera horrible por el demonio. Los exorcismos, dice, los tratamientos variados que se les hizo sufrir no les procuraron ningún alivio. La causa de tan grave desgracia era que el diablo había sido introducido en el convento por una religiosa con quien cohabitó cuatrocientas treinta y cuatro veces en el claustro, habiéndose permitido esta religiosa un comercio con el diablo mucho más vergonzoso aún (2).

He aquí, pues, lo que eran los Inquisidores: constituían como extructura intelectual y moral una verdadera anomalía, una desviación del tipo normal que si bien no entraban siempre en la categoría de los *locos,* en el sentido corriente de la palabra, estaban bien adentro de lo que en el lenguaje *médico psiquiátrico* se entiende por *enajenación mental,* que es, como hemos dicho ya, un término genérico que comprende indistintamente todas las

(1) MOREAU, de Tours, loc. cit., pág. 43.
(2) DEL RIO, *Diaquisit Magic* VI, citado por MOREAU, de Tours, pág. 43.

alteraciones de que puede ser sujeto la inteligencia, alteraciones constitucionales ó funcionales, congénitas ó adquiridas, transitorias ó persistentes [1].

[1] Regis, *Manuel pratique de médecine mentale*, 1892.

CAPÍTULO II

TORQUEMADA. — SU FANATISMO BAJO EL PUNTO DE VISTA DE LA MEDICINA MENTAL

SUMARIO: Establecimiento de la Inquisición.— Opinión de los historiadores sobre el Padre Torquemada.— Juicio de los escritores españoles.— El fanatismo de Torquemada.— Impresión que deja en el espíritu su estudio.— Anormalidad de ese fanatismo vagamente expresado por todos.— ¿Es normal ó enfermizo? Si lo segundo, ¿entre cuál de las formas de perturbación debe colocarse? — Epilepsia psíquica.— Su carácter, su sintomalogía.— ¿Era Torquemada un epiléptico? — Caracteres y signos que manifestaba y que lo asimilan á un epiléptico.— Diversas formas de epilepsia.— Causas y patogenia.— ¿El fanastismo de Torquemada puede referirse á la epilepsia psíquica? — Caracteres del fervor religioso de los epilépticos.— Su religiosidad sospechosa. — Fisiología del fanatismo.— La historia del fanatismo no encierra ningún caso como el de Torquemada.— San Francisco de Asís, etc., etc. — Insensibilidad é irritabilidad del carácter de Torquemada.— Ausencia del sentimiento estético.— Moralidad y austeridad de la conducta de Torquemada.— Peculiaridades de su carácter y de sus antecedentes.— Conclusión.

El establecimiento de la Inquisición moderna, íntimamente vinculado al nombre de Torquema-

da, sólo data oficialmente de 1478, en que Sixto IV la echó al mundo; si bien es cierto que ya en 1430 los reyes católicos la habian establecido en España, difundiéndola luego en casi todo el orbe civilizado. Después de las grandes persecuciones que verificara en la Europa entera y de haber extirpado por completo, dice Prescott en su *Historia de los reyes católicos*, las herejías Albigenses, pudo la infernal maquinaria descansar tranquilamente por falta de necesario combustible para ponerla en movimiento, cuando se descubrieron inmensos y abundantes materiales en la desgraciada raza de Israel, á quien tan despiadadamente han tratado todos los pueblos de la cristiandad [1].

Como es sabido, los judíos cometían la doble *herejía* de poseer colosales fortunas y de tener inteligencia suficientemente cultivada para que Alfonso el sabio la empleara en la confección de sus célebres *tablas*. Las continuas persecuciones y los asaltos repetidos que el populacho excitado por el clero ignorante hacía en las juderías, los obligaron á emigrar ó á convertirse, real ó falsamente, como creía la Inquisición. Esta fué la oportunidad para que el Santo Oficio comenzara á moverse con una horrenda actividad, y los falsos convertidos ó cristianos nuevos á caer por cientos y por miles mezclados y confundidos con los he-

[1] WILLIAM H. PRESCOTT, *Historia del reinado de los reyes católicos don Fernando y doña Isabel,* tomo I.

rejes de otra especie en las manos del famoso Torquemada, cuyo estudio psicológico vamos á tratar de hacer en este breve capítulo.

Las noticias que tenemos sobre él, son sin duda escasas y bastante vagas, aunque algunas veces suficientemente reveladoras para fundar un juicio del estado moral é intelectual en que se hallaba durante los largos y obscuros diez y ocho ó veinte años que duró su terrible dominio. Hemos hecho por tres ó cuatro años una verdadera campaña buscando libros y datos que nos permitieran conocer sinceramente y sin apasionamientos sistemáticos á este hombre que ha llenado el mundo con su nombre; ya poniendo á contribución la voluntad de amigos benévolos, apasionados como nosotros del interesante asunto, ya leyendo cuanto nos ha sido posible proporcionarnos en una verdadera inquisición literario-bibliográfica que hicimos para darnos cuenta exacta de la naturaleza psicológica de la época cuya disección difícil nos proponíamos verificar. Desearíamos, pues, que no se enturbiara nuestro juicio por la intervención del *amor al sujeto*, que á menudo ofuzca la inteligencia, en este género de especulaciones científicas.

Se ha escrito mucho sobre el Santo Oficio, y como el nombre de Torquemada está íntimamente ligado á su historia, todo lo que á él se refiera pertenece como es natural á su biografía. Sin embargo, en muchos de esos libros, cuya índole y

espiritu difieren fundamentalmente, como era de esperarse, su figura es á las veces indecisa y vaga; se habla de él, pero sólo de sus grandes hechos públicos; aparece el gran inquisidor, el confesor de la reina Isabel; pero la persona moral, el individuo íntimo, apenas se presenta en la escena, desaparece como una de esas alucinaciones del teatro en las comedias de magia.

Torquemada era en su principio un fraile obscuro, inocuo probablemente, como fueron otros tantos que después ocuparon lugar prominente en los asuntos del Santo Oficio. Su piedad exaltadísima, su celo apasionado y fervoroso dieron sin duda motivo para su designación de confesor y director moral de Isabel la Católica, sobre cuyo espiritu, como se sabe, ejerció una influencia realmente infecciosa. Alli comenzó su larga carrera, hasta terminarla en el doloroso decaimiento mental á que se refiere Prescott en el capítulo X de su *Historia de los reyes católicos Fernando é Isabel*. Algunas peculiaridades de su organización cerebral, que es lo que más nos importa conocer ahora; el modo de ser extravagante y excepcional de la sensibilidad moral, produjeròn en el espíritu la impresión extraña de una mentalidad completamente anormal y deforme.

No pueden cometerse ciertos actos, llevar una vida fuera de las reglas más elementales, violar las leyes que presiden el funcionamiento correcto de la inteligencia y de la sensibilidad,

sin entrar inmediatamente dentro del terrible *círculo*, ya sea en la obscura y profunda sombra de la enajenación declarada é irremediable, ya en la incierta frontera de aquellos *mitoyen* ó mestizos de la locura, en el funcionamiento de cuya inteligencia existen fulgores de una intensa luz al mismo tiempo que profundas y extensas manchas que la interrumpen. No podríamos decir que Torquemada haya sido loco,—loco en el sentido vulgar y corriente de la palabra. No. Pero por poco que se estudien sus actos, por poco que uno profundice la observación, se verá que aquel hombre tenía dentro de la urdimbre de su tejido nervioso, alguna cosa que perturbaba el libre y regular funcionamiento del espíritu. No es posible creer, ó el cerebro escapa completamente á las leyes que presiden todas las funciones del organismo animal, que esa alma extraordinaria haya procedido libre y espontáneamente como cualquiera de nosotros. Si examinamos con atención la manera cómo lo consideran la mayoría de los escritores, incluso los que, como dice Guardia, están contaminados por la *diátesis* católica, veremos que, más ó menos, ha producido en todos los espíritus la misma impresión, dejando algunos sospechar, aunque muy vagamente, que el cerebro del celebérrimo prior de Santa Cruz de Segovia no fué normal en la acepción fisiológica de la palabra.

Llámanos á todos la atención, primeramente,

el intenso y acaloradísimo impulso de su pasión religiosa, su exclusivismo profundo que no permitía la presencia de ningún otro afecto en el alma, esas explosiones violentas con ciertas intermitencias peculiares del acceso que lo caracterizaban tanto; por otra parte, su honestidad proverbial, que en medio de la corrupción habitual de los frailes de su tiempo se mantenía incólume, y finalmente una multitud de pequeños detalles íntimos, al parecer sin importancia, que diseminados en la extensión de su vida, arrojan una verdadera luz sobre la naturaleza de sus sentimientos.

El juicio popular, que algunas veces se adelanta á la ciencia en sus descubrimientos y observaciones ¿no habría tal vez vislumbrado la anormalidad de su sensibilidad moral?

Extravíos de tanta consideración, dice el traductor de la *Historia de los Reyes Católicos* por Prescott, «no se pueden atribuir á las pasiones ordinarias de la naturaleza humana ni á motivo de interés ó de ambición; no son éstos suficientes para producir efectos tan colosales, tan constantes y tan contrarios á los sentimientos del corazón y de la moralidad humana. No: hubo un extravío mental, una verdadera locura que si alcanza, según el juicio del autor, á disculpar á Isabel y casi á escudar á Torquemada, en el mío, llega á cubrir con su manto, aunque triste y sombrío, á toda la época, no para disculpar sus errores y males, sino para

deplorarlas como se deploran los extravíos y las desgracias, etc., etc.» ([1]). El celo de este hombre, agrega Prescott ([2]), «era de una *especie tan extraña*, que casi se puede escudar *bajo el dictado de locura*. Torquemada que tiene derecho á ocupar un lugar distinguido entre los que han sido autores de grandes males contra el género humano, consiguió morir pacíficamente en su lecho. Sin embargo, vivió con miedo continuo de ser asesinado, y se dice que tenía siempre sobre su mesa una supuesta asta de unicornio á que se atribuía la virtud de descubrir y neutralizar los venenos; y al mismo tiempo, para la más completa guarda de su persona, llevaba una escolta de cincuenta caballos y doscientos infantes en sus jornadas por el reino» ([3]).

Este terrible y fanático magistrado, afirma Lafuente, que dió al tribunal de la fe un carácter adusto y severo y una autoridad prodigiosa, lejos de templar el carácter en que había comenzado á actuar el Santo Oficio y sobre cuyo proceder se habían dirigido ya muchísimas quejas al papa Sixto IV, *infundió el temor y el espanto por el amargo celo* que desplegaba en la persecu-

([1]) Nota de la pág. 362 del tomo I de la *Historia de los Reyes Católicos Fernando é Isabel*, por William Prescott.
([2]) Prescott, *Historia de los Reyes Católicos*, pág. 361, tomo I.
([3]) Nic Antonio, Biblioteca Vetus, tomo III, pág. 340; Prescott, *Historia de los Reyes Católicos*, tomo I; Llorente, *Historia crítica de la Inquisición*.

ción y castigo de los sospechosos. En 10 de Octubre de 1482 y en 2 de Agosto de 1483, Sixto IV se vió obligado á expedir breves contra el *rigor y las formas de los procedimientos* del fraile inquisidor. Más adelante el mismo historiador agrega: «Sabido es cuánto arreció el furor del Santo Oficio en el tiempo del primer inquisidor general, fray Tomás de Torquemada, desde su nombramiento en 1483 hasta su muerte acaecida en 1493. Y decimos que es sabido, porque su nombre pasó á la posteridad y es pronunciado todavía con cierta especie de terror, por desgracia justificado, mirándosele como el representante del fanatismo más furioso y más implacable» [1].

Los mismos escritores españoles que como Lafuente, «por amor á su patria y á la dignidad del hombre» quisieran dulcificarle la fisonomía moral, no pueden resistir á la influencia avasalladora de los hechos. Hallamos, continúa Lafuente, que las cifras de las víctimas de su furor «están en consonancia con los datos que nos suministran escritores contemporáneos y testigos como Hernando del Pulgar, Andrés Bernáldez, Pedro Mártir de Angleria y Lucio Marien Siculo; historiadores graves, aunque posteriores, como Jerónimo de Zurita y Juan de Mariana, adictos unos á la Inquisición y otros no enemigos

[1] *Historia general de España, desde los tiempos primitivos hasta la muerte de Fernando VII*, por D. Modesto Lafuente, tomo 7º, pág. 96.

suyos y los documentos de los archivos que hemos podido examinar» ([1]). Los mismos frailes le llaman fanático, insolente unos ([2]), loco, hidrofóbico otros, y todos están de acuerdo en que su barbarie, su celo estúpido era de un carácter excepcional.

Hizo en España durante los diez y ocho años de su reinado — asegura Llorente, *Historia de la Inquisición* — «diez mil doscientas victimas, que murieron en las llamas; seis mil ochocientas sesenta que mandó quemar en efigie por muerte ó ausencia de la persona, y noventa y siete mil trescientas veinte y una que castigó con infamia, confiscación de bienes, cárcel perpetua é inhabilidad para empleos con título de penitencia; todas las clases componen ciento catorce mil cuatrocientas una familias perdidas para siempre, sin contar en este número las que sufrieron una suerte casi totalmente igual por sus conexiones de parentesco inmediato» ([3]).

La misma impresión en todos: amigos y enemigos del Santo Tribunal; el mismo desagrado, la misma repugnancia manifestada en el juicio unánime. Aquella fisonomía moral, torva y desagradable, hace surgir en el acto la idea de una anormalidad que se impone irremediablemente. «Gra-

([1]) Lafuente, loc. cit.

([2]) Llorente, *Historia*, pág. 150, tomo I.

([3]) Véase: Bernáldez, *Reyes Católicos*, capítulos XLIII y XLIV; Zurita, *Anales de Aragón*, libro XX, cap. XLIX; Mariana, *Historia de España*, libro XXIV, cap. XVII.

ves disgustos y amarguras produjo al Inquisidor una misión llena de peligros en la época de su establecimiento, dice Don Francisco Javier G. Rodrigo, historiador y ciego panegirista de la Inquisición, siéndole preciso vencer obstáculos gravísimos suscitados por los adversarios de nuestra Santa Fe católica; mas la constancia y decisión del domínico superó todos los inconvenientes, desvió todas las intrigas y venció todas las dificultades. Entonces sus enemigos apelaron á otros recursos, *tratando de difamarlo para que perdiera la confianza de los Reyes* y hasta hicieron llegar á Roma *calumnias bien dispuestas*» ([1]).

¿Cuáles eran esas calumnias *tan bien dispuestas* de que habla este curioso ejemplo de atavismo de aquellos tiempos? Los *enemigos*, dice M. J. González, «lo acusaron ante el pontífice Sixto IV de estar mal de *su juicio*, pues las cosas que hacía, daban vehementes sospechas de ello» ([2]). El odio que producía el despiadado rigor de Torquemada suscitó contra él tantas acusaciones y de tal género, agregan Llorente y Prescott, que, en 1494, Alejandro IV, teniendo *presente los achaques* del inquisidor, nombró cuatro coadjutores para que le ayudaran

([1]) *Historia verdadera de la Inquisición,* por D. Francisco Javier G. Rodrigo, tomo II, pág. 112.

([2]) M. J. González, *Historia del Reinado de la Inquisición en España*, 1845 (folleto).

á llevar el peso de su cargo ([1]) El género de furor era de tal especie, opina Antonio Puiblanch, « que el papa Alejandro IV, sospechando del juicio de Torquemada, le nombró dos coadjutores, pretextando que sus achaques lo hacían acreedor á esa ayuda » ([2]).

Otros más explícitos, aunque más apasionados, glosan en largos ditirambos patriótico-liberales, las *calumnias* de que era objeto en su tiempo el célebre fundador del convento de Santa-Cruz; pero todos traducen con cierta unanimidad elocuente, con cierto terror supersticioso la viva impresión de espanto que infundió durante 40 años tan crueles. El autor de la *Historia verdadera de la Inquisición,* habla de algo más importante para nosotros: insiste en diversas partes de su libro sobre los *grandes padecimientos físicos* del Inquisidor. « Grandes padecimientos físicos, nos dice, consecuencia de una vida laboriosa y penitente, hacían desear á Torquemada el retiro de su celda, por cuyo motivo renunció el cargo ». « Dolencias incurables de la fibra lo obligaron á alejarse », agrega un breve opúsculo de trescientas páginas que tenemos á la vista titulado: *Breve historia*

([1]) Véase: LLORENTE, *Historia*, etc.; PRESCOTT, *Historia*, etc.

([2]) Véase: *The Inquisition unmasked being and historical and philosophical account of that tremendous tribunal founded on authentic documents* etc.; by ANTONIO PUIBLANCH, 1816.

de la Inquisicion de España, con documentos no publicados hasta ahora [1]. Y por fin, el *Comentario crítico jurídico de la Inquisición antigua y moderna*, 1863, página 125, cuenta que « el maldecido fraile, según entre otros escritores, asegura Bernáldez en su *Historia de los Reyes Católicos*, había adquirido á fuerza de ayunos y de disgustos una enfermedad ó mal nervioso que lo obligaba á guardar reposo »,—circunstancia, en lo que se refiere á los ayunos prolongados, los grandes disgustos y á las largas penitencias, que confirma uno de los más grandes apologistas de la Inquisición y de Torquemada, el autor de la *Historia verdadera de la Inquisición* [2].

No hay duda que la « maledicencia de los *judíos* y *moriscos*, que no perdonaron, según el libro citado más arriba, medio alguno para mancillar la honra de Torquemada, desacreditando su ejemplar conducta », pudo ir hasta acusarlo de codicia y de muchos otros feos delitos que llevaron al oído del pontífice; pero seguramente que la inventiva hebrea no debió atreverse hasta dar cuerpo y tramitar con tantos caracteres de verdad, la invención, entonces inocua é inadmisible como medio de ejercer una venganza, de que Torquemada era un espíritu anómalo ó que no gozaba de la plenitud de sus facultades.

(1) E. Pérez Echard, Méjico, 1815, Impr. de Alejandro Jines.
(2) D. Francisco Javier G. Rodrigo, *Historia verdadera de la Inquisición*, tomo II, páginas 112 y 115.

Esta insistencia con que se ha venido transmitiendo la sensación de anormalidad de su sensibilidad moral que sacamos todos como producto de la disección siquiera superficial de su espíritu, tiene pues un origen real y evidente, como se ve.

¿Era Torquemada un loco en la acepción común del concepto?

La impresión que resulta del frío análisis de su conducta, nos echa más bien en otra corriente, aunque sin salir del ya amplio círculo de las neuropatías degenerativas. No es un delirante vulgar, seguramente, un maníaco ordinario que obra empujado por sus ímpetus accesuales ó un *loco* incendiario con impulsiones homicidas simples el que se nos presenta bajo la luz de nuestra lente. Torquemada nos deja más bien la dolorosa sensación de una de esas epilepsias *subparciales*, de una de aquellas formas terribles del mal caduco que se deslizan en silencio por los órganos locomotores para ubicarse integralmente y con toda su terrible violencia en los aparatos complicados de la vida mental. Ciertas consideraciones de orden fisiopatológico explicarán esta concepción al parecer exótica de *nuestro* Torquemada moral que es otro que el que transmite la historia corriente.

La epilepsia es una enfermedad que tiene peculiaridades curiosísimas en la sintomatología, variabilidad muy grande de un individuo á otro, y el acceso convulsivo motor, aun cuando es una de sus manifestaciones frecuentes y probato-

rias, no basta para constituir el punto común de las diversas formas, su característica exclusiva [1]. La epilepsia puede ser algunas veces tan parcial, que sin ciertos signos degenerativos ó patológicos somáticos reveladores, pasaría completamente desapercibida; ó si esas determinaciones intelectuales y morales del mal, tan terribles como se presentan en el caso que nos ocupa, no la pusieran de manifiesto al ojo avezado del clínico especialista. El mismo Hugling Jackson al estudiar la forma á que ha dado su nombre, hace notar que puede existir un ataque de epilepsia con la sola producción de una alucinación olfativa. Ciertos accesos alucinatorios periódicos, producidos de improviso, la mayor parte de las veces con un carácter terrorífico y especialmente unilaterales, son verdaderos *monospasmos epilépticos* sensoriales, impulsos, por cierto análogos á los que con frecuencia tenía el famoso fraile [2]; irresistibles coacciones del ánimo, deseos incoercibles que se repiten periódicamente en medio de la salud psíquica y que son también verdaderos monospasmos psíquicos medio velados. Bueno es hacer notar también la tendencia á la difusión que ellos tienen, como impulsos y mani-

(1) Tonnini, *Le epilessie in rapporto alla degenerazione*, 1891 (*Biblioteca antropológica jurídica*, serie 1, volumen 10°, pág. 50).

(2) Véase: Prescott, *Historia, etc.*, tomo II; Llorente, *Historia crítica de la Inquisición;* Puiblanch, *The Inquisition unmasked.*

festaciones parciales; lo que explica el estado de excitación maligna general y durable en que caen algunos epilépticos. Así, del monospasmo ó emispasmo epiléptico se pasa á la convulsión motora bilateral, de la alucinación aislada unilateral (monospasmo sensorial) al delirio sensorial epiléptico (epilepsia sensorial), de la impulsión psíquica transitoria (monospasmo psíquico) á la alteración crónica del carácter epiléptico, á la locura moral, á la epilepsia psíquica (Tonnini, etc., pág. 50), á esa forma destructora que como el fuego interno que, según la geología, circula en las entrañas de la tierra, discurre constantemente entre las textilidades más íntimas del cerebro, produciendo la consecuencia que vemos producirse en la vida social y en la historia de los pueblos cuando los epilépticos se llaman Torquemada ó Mahoma.

¿Que á Torquemada no se le han conocido las convulsiones que es su expresión peculiar? Perfectamente. Pero la convulsión, dijimos ya, no es la *epilepsia*, sino una de sus expresiones más vivaces y más impresionables aún para el mismo médico; porque parece evidente, como es verosímil haya sucedido en este caso, que en muchos epilépticos sin el *gran mal motor*, se observan convulsiones *subparciales* que pasan completamente desapercibidas para el mismo paciente y para cuyo conocimiento es generalmente necesario un análisis prolijo y constante; es menester buscarlas, *pescarlas*, diremos más bien.

La convulsión, como dice Rosembach, no es sino la expresión material, el síntoma de la desarmonía absoluta de las funciones, la resultante última del *déficit* en la economía cerebral. La extraordinaria tensión de la corteza bajo los estímulos habituales, sin el control y el freno de los poderes inhibitorios, estalla en una convulsión, que cuando se manifiesta tiene la importancia significativa de un hecho positivo revelador de la enfermedad. La frecuencia de la conmoción motora, su existencia en las formas más graves le dan una importancia sintomática no sólo patológica sino degenerativa en el sentido de aquella desarmonía funcional á la cual ha llamado Amadei el *terremoto humano*. Si su presencia es un hecho perfectamente demostrativo de la enfermedad, algunas veces ya muy antigua, su falta no la excluye en grados menores ó bajo otras combinaciones cerebrales muchas veces más graves. Dice Tonnini, á cuyo libro hacemos estos generosos empréstitos, que la convulsión es á la epilepsia como la chispa á la electricidad, *ma l'elettricitá esiste nell' atmosfera anche senza il lampo* (pág. 60).

El hecho de alternarse en un solo individuo las diversas formas, significa que hay una lesión más comprensiva en su plano de organización, como quiere el autor de *Le epilessie in rapporto alla degenerazione*, más que en aquel que sólo manifiesta una simple variedad motora, y cuyo

grave estado morboso es más complejo y se revela según los estimulos y las condiciones externas variables, con diversas manifestaciones que traducen con más ó menos vigor la forma madre. Pero no sólo, agrega el mismo autor, vemos por ejemplo á un individuo presentar hoy un acceso de epilepsia psíquica y mañana uno de epilepsia motora, sino que observamos también ciertos epilépticos en quienes habíamos hecho diagnósticos de una epilepsia comprensiva muy completa, presentar episódicamente las manifestaciones más parciales del mal.

Para convencerse no hay sino recorrer la abundante casuistica de las obras de Legrand du Saulle, Amadei, Tonnini, Sepilli, Venturi, etc., etc., que suministran ejemplos notables de epilepsias parciales y subparciales, las más acabadas y evidentes. Un epiléptico clásico podrá no sólo manifestar aisladamente un ataque de epilepsia motora, sensorial ó psiquica, sino también, como ha visto Sepilli [1] en un comicial ordinario, en vez de uno de esos accesos comunes, presentar un ataque de epilepsia Jacksoniana, un simple monospasmo. Y en la clínica de Tonnini se registra un caso en que en vez de uno de sus comunes ataques, el enfermo presentó una neta alucinación unilateral de la oreja izquierda (pág. 52). En la página 64 de su último libro trae

[1] Sepilli, *Atti del VI Congresso.*

un caso en el cual la convulsión sólo vino largo tiempo después como un síntoma secundario. Este caso, que da á la convulsión la importancia de un signo es, dice el ilustrado profesor de Turín, un buen ejemplo de epilepsia psíquica que recibe recién *al final* la marca de la epilepsia motora, pero que hubiera, á pesar de todo, permanecido *epilepsia*, aun sin la presencia de la convulsión; lo que, como ya he dicho, no agrega de nuevo á la enfermedad sino el síntoma incómodo y antisocial de caer en cualquier parte y de dar ese triste espectáculo que hacía huir del comicio al Romano pusilánime.

Es necesario vivir entre ellos, dice un maestro experimentado, hablando de los epilépticos, para conocerlos á fondo y poder apreciar las curiosas maneras con que se presenta ese intelecto deforme, para comprender cómo se ocultan al ojo poco avezado de *i profesoroni en materia psiquiatrica.* Y aún ciertos médicos ilustrados tienen en esas cosas, á menudo, un concepto inadecuado, en que no ven sino al *convulsionario* vulgar, considerando todo otro síntoma como accesorio ó secundario. Por eso dice un experto en la materia, que es menester el hábito del examen psiquiátrico para reconocer la enfermedad allí donde otros no la encuentran, para reconocerla en el epiléptico mismo en ciertos períodos de su accidentada evolución.

La asimetría domina en todas sus cosas; la de-

sarmonía, el desequilibrio innato que no constituye una simple disposición, sino que es la expresión de la alteración congénita, de la confusión y extraña mezcla de aptitudes y contrastes psíquicos extravagantes, que se revelan en esos enfermos, dando un carácter que hasta cierto punto confirma la impresión supersticiosa que tiene de ella la conciencia popular. Puede decirse que el epiléptico, por su desarmonía, pesca, como dice Tonnini, en el mar agitado de las aptitudes humanas, desde las más remotas del atavismo hasta las más recientes del individuo, diseminadas, revueltas, y ya no estratificadas según la evolución de la vida, sino mezcladas al azar, en el cual si bien él encuentra frecuentemente el delirio, el estupor, la perversión de la imbecilidad, puede encontrar alguna vez la *rara avis* del genio [1].

Venturi opina que la epilepsia ornada de todas sus más monstruosas y contradictorias expresiones, nos hace la impresión de un conjunto sintomático que sería al hombre normal, como un jigante á un enano, como el hombre salvaje al tímido escolar. El hombre normal y el epiléptico están igualmente formados de carne y huesos, y dotados de aptitudes instintivas y emotivas, de igual naturaleza pero en proporciones muy diversas. Al movimiento regular, á la sensación y emoción ordenada y discreta, al sen-

[1] TONNINI, *Le epilessie*, 75.

timiento que se expresa por las lágrimas ó la alegría, al juicio de la persona sana, corresponden en el epiléptico la convulsión y la alucinación trastornadora que alteran tan íntimamente la conciencia, el furor que arma el brazo parricida, la congestión que á manera de un río desbordado inunda de sangre el cerebro, el grito horrible, agudo y bestial, patrimonio exclusivo de su garganta, el delirio, en fin, que por su índole peculiar y su colorido siniestro no tiene par en todo el cuadro de la patología mental [1].

Los antiguos han dado con razón á semejante enfermedad, sobre todo á la epilepsia mental, ese carácter sombrío que resalta fulgurante y terrible en la psicología patológica de Torquemada. El juicio común se había sentido, sin duda, herido desagradablemente por la índole de este fervor anómalo, por la naturaleza de los procedimientos de aquel fraile, por su manera de vivir y hasta probablemente por su misma fisonomía. La multitud de otras mil circunstancias y contrastes que trascienden en todos sus actos, procuraban cierta aptitud de adivinación al sentimiento popular, permitiéndole sospechar detrás de todo eso, una perturbación profunda, especialísima de su economía cerebral. Contraste y circunstancias que entonces sólo daban la confusa é incierta conciencia de arrebatos producidos por las agita-

[1] VENTURI, *Le pazzie transitorie, studio critico, etc.*

ciones apasionadas de su ministerio terrible, pero que hoy, con los abundantes elementos de estudio, podemos clasificar en el cuadro de las perturbaciones texturales incurables del sistema nervioso. Ese criterio vulgar que tanto despreciamos, tiene algunas veces en estas materias la impresión anticipada de la ciencia, en virtud de una especie de sentido oculto, rudimentario, con que adquiere la impresión elemental de las cosas. Es como la piel de ciertos animales que tienen la sensación de la luz sin poseer aún el órgano completo de la visión. La Alquimia y la Astrología dan una idea del procedimiento perceptivo de este sentido peculiarísimo, que suele llevar á la inteligencia esa sensación obscura de la verdad.

¿Por qué sólo Torquemada habría de producir tal impresión y no la produjeron Arbuez y Lucero, tan bárbaros como él y más sanguinarios que él si cabe? Es que la barbarie de estos dos malvados revestía las apariencias comunes de la delincuencia fisiológica, con los vicios y la índole visible de los malhechores vulgares. Eran dos de esos falsos apóstoles, tan comunes entonces, pero sin relieve y sin carácter propio: dos clérigos fanáticos, iguales á todos los demás clérigos de su tiempo, con la hipocresía y el fanatismo corrientes, pero á quienes el poder colosal del Santo Oficio sirvió en sus manos para hacerles un claro-obscuro moral, que proporcionaba á sus siluetas desagradables cierto brillo iluso-

rio de grandeza. La impresión que produce la maldad de Arbuez es de repugnancia; la impresión que produce la de Torquemada es de sorpresa y asombro... Arbuez y Lucero indignan, Torquemada sorprende. Los dos inquisidores son un problema cuya solución conoceremos perfectamente con una simple operación de aritmética; el terrible confeser de la reina Isabel es un problema de fisiología mental, cuya solución ha necesitado ecuaciones más complicadas de álgebra moral, si me es permitido expresarme con estos circunloquios un poco exóticos. Por eso producía otro sentimiento que sus congéneres, cuya trágica y terrible fealdad moral no ha dejado sin embargo la peculiar sensación que la del fraile, nuestro sujeto.

Lo primero que nos llama la atención al escudriñar sus intimidades domésticas es el chocante contraste entre su existencia reposada y discreta del convento, y su brusco cambio de carácter, así que el poder vino á sus manos. « Nada ofrecen de nuevo los detalles de su nacimiento, y los primeros ejercicios literarios de un joven que, *por la gravedad de sus costumbres*, *fué el ejemplo de prudencia y virtud* para sus maestros y condiscípulos, haciéndoles presumir los altos destinos que le estaban reservados » [1]. Mas « el joven Tomás, sustrayéndose á tan prematura distinción,

[1] FRANCISCO JAVIER G. RODRIGO, *Historia verdadera de la Inquisición*, tomo II, pág. 111.

solicitó el hábito de Santo Domingo como gracia muy especial y elevada honra, y en esta sabia orden hizo brillar bien pronto su grande aplicación, unida á una perfecta pureza de costumbres y esmerada observancia religiosa » [1]. « En diversas ocasiones quiso la reina premiarle con diferentes mitras, mas el austero dominico renunció constantemente aquellas honras » [2].

Y decíamos que era lo primero que nos llamaba la atención, porque en efecto esa es la historia de muchos de los epilépticos sin convulsiones, el primer antecedente que nos asalta apenas comenzamos el examen. Una vida tranquila, honesta é irreprochable durante un período más ó menos largo de su existencia, transformada lenta ó paulatinamente bajo la acción de un medio propicio, de una causa cualquiera, en una vida tormentosa y violentamente agitada por la perversión de su instrumento mental que parece hacer recién entonces sus exteriorizaciones características.

Los archivos de Legrand du Saulle [3], de Delasiauve [4], de Cavalier [5], de Tonnini [6], de Gower y de muchos otros demuestran abundan-

(1) *Historia de la Inquisición en España*, tomo II, pág. 111.
(2) RODRIGO, loc. cit., tomo II, pág. 111.
(3) LEGRAND DU SAULLE, *Étude médico-legale sur les épileptiques*.
(4) DELASIAUVE, *Traité de l'épilepsie*.
(5) CAVALIER, *Fureur épileptique*, 1850.
(6) TONNINI, *Le epilessie*.

temente el carácter peculiar de esta manera de comenzar. Las observaciones XX, XXII y XXV del libro citado de Legrand du Saulle son, como otras tantas, comprobatorias en este sentido. Un *sieur* L... cochero de la compañía general de carruajes de París, de veinte y nueve años y *de una sobriedad y seriedad probada, ha pasado siempre por un hombre bueno.* Después de pocos meses, le ha sucedido, en cinco ó seis ocasiones, abandonar su carruaje y caminar derecho, siempre derecho delante de sí, cometiendo actos inconvenientes (pág. 91). Otro individuo, un *sieur* K... de cuarenta años y de *una sobriedad ejemplar*, padre de dos niños, declara que siente de cuando en cuando y de cierto tiempo á esta parte extrañas tendencias en su espíritu, impulsiones irresistibles, vagos terrores; era un ente *tranquilo*, *honesto* y que se siente súbitamente cambiado, por artes desconocidas, en otro hombre. M. le docteur Semelaigne ha publicado la más curiosa observación de cierta persona que, colocada al frente de una empresa considerable, *no había parecido ni parecía enfermo*, *y que de la noche á la mañana comienza por presentar fenómenos* que eran, según Legrand du Saulle, clínicamente atribuibles á una epilepsia larvada [1]. Á menudo, agrega el inolvidable experto de los Tribunales de París, encontramos hombres de una honorabili-

[1] Observación XXXII, pág. 109.

dad demostrada, de una honestidad irreprochable, que el día que uno menos piensa, comienzan hiriendo todas las leyes del pudor y de la moral, cometiendo inconscientemente una serie de actos los más extraños [1].

En el nutridísimo y bien confeccionado libro de Tonnini, tantas veces citado aquí, podréis encontrar (pág. 70 adelante) muchas historias y observaciones detalladamente referidas, de epilepsias análogas á las que nos ocupan, no tanto por la sintomatología compresiva, como dice Venturi, cuanto por la manera de desarrollarse; por las contradiciones hirientes entre la vida ejemplar anterior y su vida posterior; y finalmente, por una multitud de contrastes y analogías, que hacen resaltar el tipo *larvado* de la enfermedad de Torquemada. Y para no dejar de citar á un ilustre maestro que se ha ocupado extensamente del estado moral de los epilépticos, recordaremos que durante cierto período de su existencia son, según Falret [2], *laboriosos*, *exactos*, *atentos á los trabajos de su profesión*, *sumisos*, *dóciles* y los que viven con ellos no tienen sino palabras de elogio para su conducta y dedicación.

He ahí, pues, traducidas en lenguaje clínico moderno, las palabras reveladoras de los cronistas respecto á los períodos tranquilos de la vida del

[1] LEGRAND DU SAULLE, *Les épileptiques*, pág. 99.
[2] FALRET, *Études cliniques sur les maladies mentales et nerveuses*, pág. 347.

fraile Inquisidor. Llega para esos organismos el momento crítico en que la tormenta estalla, en que su manera de conducirse se modifica de pronto, presentando grandes incoherencias é irregularidades, desarrollándose al mismo tiempo en su espíritu las más *detestables tendencias, las más peligrosas y perversas inclinaciones,* esa tendencia violentamente agresiva que da la nota del carácter de nuestro enfermo. Tórnanse « peleadores y camorristas, se quejan y desconfían de todos, se irritan contra el mundo entero con una gran facilidad y por los más fútiles pretextos, entregándose á todos los actos de peligrosos impulsos que casi nunca faltan en su cuadro sintomático » [1].

Ved, pues, una vez más, cómo van encajando en el cuadro nosográfico de los maestros modernos las diversas y extraordinarias vicisitudes de la vida del fraile.

Es claro que, para que una causa insignificante produzca el estallido, se necesita, como en el caso en cuestión, el germen siempre fecundo de una predisposición por herencia probablemente, ó adquirida por el debilitamiento que el abuso de ciertas prácticas y la influencia de medios deletéreos apropiados producen á menudo ; por ejemplo : el ayuno extremado y el exceso de penitencia que Torquemada, en su entusiasmo de toda la vida, llevaba hasta los límites del abuso. Dice D. Francisco

[1] FALRET, pág. 348.

Javier G. Rodrigo que «el uso inmoderado del ayuno y de la penitencia le habían producido *graves dolencias físicas*» [1]; dolencias que no pudieron ser *sino nerviosas*, porque la abstinencia, el ayuno y la penitencia dentro de la cual entra la flagelación intensiva peculiar de la época, no produce ni puede producir otra cosa que desórdenes de carácter puramente neuropáticos. El primer aparato que se resiente y se revela en el abuso de estas prácticas es necesariamente el aparato de la inervación. La pasión que ejerce una influencia más excitante sobre él y más depresiva sobre las funciones nutritivas, es el amor, y sobre todo el amor divino á lo Torquemada, *uxoris est amare, viri intelligere proprium* [2].

El lento y silencioso trabajo que agrava de una manera continua el estado mental del epiléptico psíquico y del loco moral ordinario, puede encontrarse concentrado, resumida toda su fuerza destructora en un breve lapso de tiempo y por una causa cualquiera, interna ó externa, llevando al mal, como en el caso que nos ocupa, al «*massimo suo fastigio*». Circunstancia que explica estos casos en los cuales un enfermo que por muchos

[1] *Historia verdadera de la Inquisición*, tomo II, pág. 115.

[2] *Maladies et facultés diverses des mystiques* par le Docteur Charbonnier, de Bruxelles, pág. 124. «*Ce grand médecin a entrevu la verité quand il nous dit que les accés surviennent avec la diète et disparaissent avec l'alimentation. Chez les mystiques les accés extatiques se montrent toujours après la diète*». Véase: Longet, *Traité de physiologie*, tomo II; Claude Bernard, *Physiologie du système nerveux*.

años permanece inocuo, se convierte un buen día en un feroz asesino, en un epiléptico completo. Á esta forma es á la cual tienden, por la propia madurez evolutivo-degenerativa, las variedades de epilepsia simple (1).

En nuestro caso, la causa que, como la gota de agua colmó el vaso próximo á desbordarse, fué sin duda la suprema excitación de su fanatismo producida por el vértigo de ese poder estupendo que resumió en sus manos el gran Inquisidor: poder sin control, ilimitado, sobrehumano casi, que producía en el cerebro más que en ningún otro órgano ese desequilibrio á que se refiere Jacoby al hablar de los efectos mentales del poder absoluto en su libro sobre la *Selección* (2). Los rudos y avasalladores instintos de expansión propios del epiléptico, hicieron entonces erupción en aquella alma equívoca, y la brutalidad tumultuosa de los sentimientos puso el sello característico á todos los actos de su vida. Verdadero desbordamiento de una fuerza ingobernable que había estado contenida ó adormecida, y que era ilimitada, exuberante, invasora como todas las fuerzas de la naturaleza.

La irritabilidad que constituye el signo dominante del modo de ser habitual de los comiciales (3) era uno de los rasgos del carácter del famoso domínico. Era aquel hombre como una

(1) TONNINI, *Le epilessie*, pág. 66. observación 3ª.
(2) JACOBY, *Études sur la sélection: Le pouvoir.*
(3) FALRET, pág. 346.

pila perfectamente cargada; de una movilidad permanente y nerviosa y de una constancia en sus persecuciones evidentemente poco común, aun en los epilépticos mismos que suelen ser inconstantes y moralmente movibles. Como ellos, era desconfiado, intranquilo, dispuesto á la cólera y á los actos violentos por los más ligeros motivos, y á menudo, sin motivos apreciables. Estas cóleras pasajeras proverbiales en su temperamento y que todos los observadores han comprobado en los epilépticos, no deben ser confundidas, dice el conocido médico de la Salpètrière citado, con los accesos de furor instintivo, igualmente de corta duración. Las disposiciones á la cólera pueden ser á menudo sustituidas por disposiciones transitorias precisamente inversas, y cuyo contraste con las precedentes es importante hacer notar. Á veces la terrible legión de impetus y enardecimientos es reemplazada por periodos de una calma parecida á la relajación, por postraciones del ánimo intensas, en que el feroz comicial es una oveja con unciones humillantes en la palabra y en la voz que se hace hasta meliflua (1). Y dice el autor de los *Procedimientos de la Inquisición*, que ese carácter tan agresivo y sanguinario «tenía á las veces momentos de hipocresia, de decaimiento, de terror y de humildad tales, que imitaban á maravilla la

(1) FALRET, *Études cliniques sur les maladies mentales et nerveuses*, pág. 346.

mansedumbre de un santo» [1]. Don Javier Rodriguez, biógrafo entusiasta del gran inquisidor, agrega: «que tenía momentos de éxtasis, de santa humildad» [2]; la humildad sospechosa que también ha mencionado Morel, en sus *Études cliniques*, la humildad comprobada por todos y que parece precursora de los grandes y persistentes tormentos que se desarrollaban bajo su cráneo.

Viven ¡pobres víctimas! en una alternativa perpetua, ó deslizan su vida entregados á las calenturas de su misticismo enardeciente, ó estallan en un impulso sostenido y cruento que los arroja en el asesinato, armado su brazo y empujados sus músculos por una locomoción casi maniaca. Tienen el espíritu envuelto en la sombra de una tristeza profunda y penetrante que no los abandona jamás; viven con el alma enlutada y la inteligencia trabada por mil preocupaciones y presentimientos que explican la morosidad y el descorazonamiento mortal sobre los que ha tejido tan bellas páginas madame de Stephen. Son maledicientes por excelencia y poseen el arte, diremos así, de las recriminaciones y de las acusaciones injustas é infundadas, como que en la generalidad de ellas trasciende la alucinación pavorosa que ha volcado en su oido irritado el origen de su agresión.

[1] Melgar J., *Procedimientos de la Inquisición.*
[2] Francisco J. Rodríguez, *Historia de la Inquisición.*

Decidme ahora, qué no haría el fraile terrible con esa preparación tan propicia con que la naturaleza había amasado su alma, dándole su dolencia incurable como elemento principal para modelar al inquisidor ideal, que el medio adecuado de esos tiempos, la época y la raza completaron con un acabado irreprochable.

El viejo domínico era sin duda un gran ejemplar para la clínica, precisamente por las dificultades que ofrece el diagnóstico de su mal. Faltan muchos síntomas del cuadro concluído que podría exigirnos la nosografía, tan escrupulosa en sus descripciones de las enfermedades; el amaneramiento de detalles crueles con que la naturaleza parece haberse complacido en la epilepsia motora total. Pero en clínica la impresión del conjunto, aun en ausencia de ciertos síntomas capitales, es de un éxito extraordinario para el diagnóstico de ciertas enfermedades que se presentan con ese carácter inacabado, *frustre*, de que hablan Charcot y Trousseau al ocuparse de la ataxia locomotriz, de la escarlatina y de otras dolencias que burlan al más avisado con la discreción de signos que las vela ó las oculta.

¿Cuál es aquel epidemiologista que en presencia de un enfermo con sólo desórdenes gástricos, albúmina en la orina y una procedencia equívoca no se siente asaltado por la vehemente sospecha de una *fiebre amarilla?* ¿Cuál es el clínico que con sólo perturbaciones urinarias de cierto carácter, una

simple ausencia de reflejos rotulianos y el signo elocuente de Argill Robertson no diagnostica una tabes dorsalis. Sin embargo, ambas enfermedades se caracterizan por una gran multitud de síntomas, entre los cuales aquellos constituyen una mínima parte. Bien, pues; siguiendo este sano criterio hay que buscar en este caso, como en la mayoría de los epilépticos de su clase que no presentan fenómenos motores, en la inteligencia y en la sensibilidad moral, la sintomalogía que necesitamos. En Torquemada el cuadro aparece inconcluso para *i profesoroni*, como dice Bonino, porque no conocemos sino la faz moral é intelectual, sobre todo moral, encontrándose tal vez desconocidos por su lenidad y falta completa de observación, los vagos síntomas motores que suelen acompañar estas epilepsias psíquicas [1].

Como observa Legrand du Saulle y lo repiten todos los autores, la manifestación morbosa es psíquica únicamente, es la epilepsia de la inteligencia y de la sensibilidad moral: falta en este caso el vértigo, el acceso incompleto, el ataque convulsivo que se producen muy tarde ó *no se producen jamás*. Los arqueólogos, refiere un maestro eminente, dicen que una inscripción es *frustre* cuando está en parte borrada y sólo queda de ella una línea, una palabra ó una letra y aún algunas veces

[1] Véase: TONNINI, *Le epilessie*; LEGRAND DU SAULLE, *Les épileptiques*; GUILLERMIN, *Manie épileptique*, Montpellier (850), etc.

sólo un punto. Con la ayuda de signos que han sido conservados, la arqueologia restablece la inscripción perdida, y el numismático descifra una medalla alterada por el tiempo. ¡Y bien! agrega ese médico, en ciertos casos dados debemos apoderarnos de *una palabra de la frase mórbida y con esta palabra reconstruir la frase entera* (1).

En Dublin y en París, Graves y Trousseau no obraban de otra manera cuando han observado y descrito las pirexias exantemáticas, sin exantemas, los catarros morbiliosos sin erupción rubeólica y anasarcas repentinas sin indicios de escarlatina en la piel. ¿No se ha descrito la pelagra sin eritema, concluye el maestro, y no se diagnostica acaso, todos los días, la gota en los niños afectados de *gravelle*, en los adolescentes que tienen accesos de asma ó en los adultos afectados de migrania? Y sin embargo, en este niño, en este adolescente, en este adulto la piel está neta é indolora y las articulaciones completamente libres (2)...

Ese calor anómalo de los sentimientos, tan hostiles á sus semejantes, ciertas otras singularidades reveladoras de su carácter que le hacen el claro-obscuro, sus accesos de verdadero furor, el vago delirio de las persecuciones que en las postrimerias de su vida se dibuja bastante vi-

(1) LEGRAND DU SAULLE, *Les èpileptiques.*
(2) LEGRAND DU SAULLE, *Étude médico-legale sur les èpileptiques*, pág. 84.

sible en el fondo de sus genialidades y sobre todo la extraña impulsión de su pasión religiosa sincera pero excepcional y exótica, dentro de los límites de una normalidad fisiológica constituyen, con otros rasgos que veremos después, las palabras, los signos indescifrables para el profano que, según Legrand du Saulle completan la *frase patológica* en esta arqueologia *sui generis* de las enfermedades inconclusas.

Su rabia llena de impulsos es, punto menos, la misma, por su *naturaleza*, que la que á menudo domina al epiléptico en sus grandes ataques de furor maniaco, después de salir del estupor que sigue al acceso convulsivo, y en estas formas dolorosas de la epilepsia larvada. El fanatismo de Torquemada, que estudiaremos *in extenso*, tenía visiblemente las formas de agitación impulsiva propias de aquellos enfermos tan peligrosos; la agitada movilidad de sus formas ambulatorias, el sello de una de esas actividades que vienen de adentro con profundos síntomas; hasta sus períodos de calma relativa, en que se siente un reposo transitorio reclamado por la laxitud que sigue á la brutal tensión de aquellas células preñadas de fluído. El procedimiento artificioso y torcido con que procedía en sus juicios, aquella precipitación morbosa que en pocos días condenó á muerte á seis convictos, llevó á la hoguera diez y siete víctimas, de manera que en un mes ya se habían sacrificado en Sevilla doscientos no-

venta [1]; la crueldad pre-humana que lo arrastró hasta «sacar de los sepulcros los restos de muchos herejes que habian sido juzgados y convictos después de su muerte, con una ferocidad de hiena» [2], y finalmente, como carácter elemental elocuente, aquella absoluta ausencia de ternura que se siente hasta en la sensibilidad animal, imprimen á su fibra moral todo el sello imborrable de la malignidad comicial.

Torquemada no tenia preferencia por gremios ó personas, lo mismo que pasa con los epilépticos, en sus homicidios y delitos de otro género: únicamente quería al sér humano para reducirlo á cenizas, después de una serie de tormentos en que su piedad furiosa, pero metódica, encontraba las satisfacciones múltiples que daban pábulo á sus males secretos. Elegia sin sospechosas predilecciones que hubieran dado otro carácter á su rabia, á un fraile lo mismo que á un militar, á un obrero, una monja poseida, un niño enfermo ó á un anciano valetudinario, poco importaba, habia que matar, y mataba sin odio y sin cariño [3].

No habia nada en la naturaleza humana que suspendiera la actividad de aquel brazo secular que se movia empujado por fuerzas sobrehu-

(1) Véase: Prescott, *Historia de los Reyes Católicos, etc.* tomo II, pág. 346; Bernáldez, *Reyes Católicos,* citado por Prescott.

(2) Prescott, pág. 346.

(3) Prescott, nota del párrafo 2º de la pág. 346.

manas. Vino la peste que asoló Sevilla llevándose quince mil de sus habitantes (1), pero no alteró en lo más mínimo la marcha precipitada de la Inquisición, que trasladándose «á Aracena continuaba con tanta diligencia como antes» (2). De manera que «se calcula el número de condenados en aquel año en dos mil quemados vivos, más de dos mil arrojados al fuego en estatua y diez y siete mil *reconciliados*, nombre que no se debe pensar signifique perdón ó amnistía ó cosa semejante, sino la conmutación de la pena capital por otras inferiores como multa, inhabilitación civil, muy comunmente confiscación de todos los bienes y no pocas veces prisión perpetua (3). En las más profundas cuevas de la Inquisición, «donde los ayes de las víctimas sólo herían, mejor dicho sólo acariciaban sus oídos llevando vibraciones simpáticas á sus nervios doloridos, era donde lo intenso del dolor brutal producido en las uñas arrancadas por la violencia, de los piés quemados metódicamente, de los miembros comprimidos hasta estallar, se exigia la confesión al paciente si sobrevivia al tormento. Todo esto está reconocido por el Secretario del Santo Oficio, que es quien ha dado las noticias más auténticas de los hechos» y que no se exagera en nin-

(1) PRESCOTT, tomo I, pág. 346.
(2) PRESCOTT, pág. 347.
(3) PRESCOTT, tomo I, pág. 347; LLORENTE, *Historia;* BERNÁLDEZ, *Reyes católicos;* MARIANA, *Historia de España.*

guna de las muchas relaciones que han sacado á luz aquellos horrores subterráneos ([1]).

Dice uno de sus biógrafos conocidos, que el fraile inquisidor tenía algunas veces tal exaltación en su piedad, que *á no conocerle hubiérasele creído un insensato*, tal era la impulsibilidad y desordenado transporte de sus pasiones tan fuera de su quicio normal ([2]). Este mismo biógrafo, en cuyas páginas campea al parecer una insospechable imparcialidad, agrega más adelante (pág. 36) que sin duda el exceso de trabajo, las largas noches de imsomnio en que pasaba sobre la pista de los herejes, la penitencia y el ayuno « habian dado más fuego del necesario á las naturales inclinaciones religiosas » ([3]). James Hunter, tratando el mismo tema, agrega que el fraile dominico parecia tener impulsos de loco (*nervous derangement*). No hay duda, pues, que si se examinan con espíritu tranquilo todos estos rasgos anómalos que nos presenta tan infernal creyente, por poco que se compare con aquella *genti dolorose che hanno perduto il ben dell' intelleto*, como decia el poeta, se verá cuán grandes son las analogias hirientes que presentan en todo, no ya

([1]) Prescott, *Historia de los Reyes católicos*, tomo I, página 351.

([2]) Prudencio Rodrigo de Lara, *Noticias sobre la vida de Fray Tomás de Torquemada, fundador del convento de Santa Cruz de Segovia*. Buenos Aires, etc.

([3]) Rodrigo de Lara, pág. 18; James Hunter, *History of the Inquisition in Spain*, 1809, pág. 131.

sólo en sus indomables impulsos, con las epilepsias de formas psíquicas degenerativas tan cumplidamente estudiadas por la moderna medicina mental.

No podríamos decir con precisa exactitud á cuál de las diversas formas de impulsos epilépticos corresponde la suya (manía, delirio, etc., etc.) [1], porque esa figura moral tiene vaguedades en sus contornos y lineamientos de organización, que la distancia aumenta y la poca precisión de los informes confunde en un conjunto poco concreto cuando se quiere llevar un poco lejos la disección. Pero seguramente que su índole insospechable se acusa inmediatamente á nuestros sentidos, siempre que este difícil estudio de anatomía se haga empleando los procedimientos eficaces de análisis desapasionado que nos brinda la psicología mórbida.

Torquemada procedía casi siempre por ímpetus *prolongados*; sus persecuciones son una sucesión de impulsos ligados, con un cierto carácter de homogénea continuidad. Podrían compararse á la sucesión de pequeñas contracciones que en el *calambre* del músculo constituyen la contracción total; convulsiones aisladas pero que se suceden precipitándose una tras otra hasta hacerse casi inapreciable el intervalo intercalario. Por eso se produce en el espíritu cierta

[1] Véase Falret, pág. 345.

impresión de conjunto que nos da la ilusión de una pasión serena aunque intensa, cuando en realidad no es otra cosa que la repetición precipitada de impulsos, una sucesión subintrante de ímpetus que se refunden en uno solo, *codeándose* unos con otros. Sin embargo, hay algunos que por su intensidad han adquirido notoriedad histórica y llegado hasta nosotros con suficiente colorido para caracterizar su genio.

Y no sólo se manifestaban en los ordinarios transportes tan comunes de los epilépticos de su clase, sino también en las manifestaciones de aguda acritud de carácter que constituye la nota habitual de su vida. La faz menos grave de la impulsibilidad formábala un estado de semidelirio sensitivo, que parece el fundamento del carácter en el mal caduco tranquilo. Son todos ellos individuos *forts difficiles à vivre*, de que habla Morel, «*caractères mal faits, esprit de travers*», con lo que se quiere decir que son como era el fraile: mal intencionados, peligrosos, opositores sistemáticos á todo, discutidores, voluntariosos, susceptibles y *emportés* como él. Violentos y excitados por una especial estimulación mórbida desordenada, viven en una actividad extraordinaria, sin embargo de que no hacen sino destruir, recriminar á todo el mundo, sin reposo, sin tregua, comiendo mal y durmiendo peor. Á pesar de esta violación de todas las leyes higiénicas y fisiológicas,

su cuerpo no se deprime en el grado que debiera; circunstancia que, como ya hemos visto, se observaba también en el reputadísimo dominico [1].

Aquella célebre comedia representada por él en presencia de los Reyes Católicos con motivo del donativo de los Judíos y que ha inmortalizado en su célebre cuadro el conocido Jean Paul Laurent, es un acto que lleva la estampilla imborrable de la impulsibilidad mórbida.

Los judíos, que habían tenido aviso de lo que pasaba, dice Prescott, recurrieron á su poderosa política ordinaria para granjearse la protección de los Reyes: comisionaron á uno de los suyos para hacer un donativo de treinta mil ducados, con destino á los gastos de la guerra de los moros; pero esta negociación fué desconcertada « *de un modo violento por el inquisidor general Torquemada, el cual entrando en el salón del palacio* donde los reyes daban audiencia y *sacando el crucifijo de abajo de los hábitos, lo presentó exclamando: Judas Iscariote vendió á su maestro por treinta dineros de plata; vuestra Alteza le va á vender por treinta mil; aquí está, tomadle y vendedle* ». Y dicho esto, aquel frenético sacerdote arrojó el crucifijo sobre la mesa y salió tan violentamente como había entrado. Los reyes, agrega el historiador de Isabel la Católica, en vez de castigar semejante atrevimiento ó despreciarle

(1) Véase: F. G. RODRIGO, *Historia*, etc.; LEGRAND DU SAULLE, *Les épileptiques*, pág. 126; MOREL, *Etudes cliniques*, etc.

como simple arrebato de un loco, se quedaron aterrados... Todas las circunstancias que rodean al célebre episodio, su mismo carácter de inusitada agresión y la falta completa á las conveniencias sociales más elementales de la etiqueta palaciega en aquellos tiempos y con aquellos hombres; la misma extraordinaria impresión que produjera en la imaginación de los reyes, sus gesticulaciones extrañas, su rápida y repentina ausencia, su actitud, sus ademanes, sus gritos, todo, imprime al hecho las apariencias vehementes de un verdadero acceso larvado (1). Y si no bastara esto, hay otros en los cuales la índole epiléptica está, como en esta, palpitante y reveladora (2). En ese caso una breve y simple impresión del momento bastó para producir el estallido. La transitoria perturbación mental de que habla Tonnini en su conocido libro y que se produce en el hombre normal bajo la influencia de una fuerte emoción, se ve aquí con una intensidad brutal, que acusa inmediatamente su origen patológico. En el hombre sano es fugacísima, y Feré la ha llamado *ebriedad emocional*, Chrichton-Browne *intoxicación psíquica;* perturbación en virtud de la cual un hombre sano á consecuencia de un choque moral vivísimo pasa

(1) Véase: KRAFT-EBING, tomo I, pág. 73.

(2) Véase: PRESCOTT, *Historia, etc., etc.*, pág. 274; PUIBLANCH, *The Inquisition unmasked*, tomo II; LLORENTE, *etc.*; JAMES HUNTER, *History of the Inquisition in Spain, etc., etc.*

por un verdadero obscurecimiento de su inteligencia análogo al de la epilepsia.

Esencialmente, dice Kraft-Ebing, la intensidad de la reacción emotiva debe referirse á la decadencia de los procesos centrales de suspensión *(di arresto)*. psiquicamente á la debilidad funcional de los más elevados campos intelectivos á que llegan los epilépticos por la evolución natural de su enfermedad; somáticamente, *al mancante arresto* de los centros vaso-motores y motores lesionados por la perturbación afectiva [1]. Si en una persona normal, una emoción es capaz de producir un estado semejante á la epilepsia [2], ¿qué no produciría en un enfermo como Torquemada, cuyo cerebro estaba siempre *celoso* para el arrebato? El carácter notoriamente equívoco de estas impulsiones está tan averiguado, que para no cansar al lector con largas citas, lo enviamos á la casuística abundante de los más conocidos profesores que han ilustrado el punto: Legrand du Saulle, Falret [3], Delasiauve, el reputadísimo autor del *Tratado de la epilepsia*, Morel Cavalier, que ha publicado en Montpelier un estudio notable sobre el furor epiléptico [4], Guillermin [5],

[1] Kraft-Ebing, *Trattato clinico pratico delle malattie mentali ad uso dei medici, etc. etc.* traduzione de Tonnini y Amadei, tomo I, pág. 73.

[2] Kraft-Ebing, Observación XVIII, tomo I, pág. 73.

[3] *Études cliniques sur les maladies mentales, etc.*

[4] Cavalier, *Fureur épileptique*, 1850.

[5] Guillermin, *Manie épileptique.*

Dagonet [1], Renaudin [2], Alexander, Moorison, etc., etc.

Tres son las formas de perturbaciones intelectuales y morales de la epilepsia. La primera es el *furor maníaco*: la suprema y brutal explosión de todas las fuerzas y estallidos que puede producir el cerebro humano en un momento dado. En lugar del embrutecimiento y la confusión de las ideas, la perturbación intelectual puede revestir de pronto el carácter de la violencia más grande ó de la simple excitación maníaca. En los asilos de locos se ven muchos de estos epilépticos salir bruscamente de la torpeza intelectual en que los deja el ataque, para entregarse instantáneamente á excesos de furor que los hacen, como sabemos, los más peligrosos de todos los locos [3]. El que no los haya visto no puede formarse una idea «de la especie de rabia que se apodera de ellos súbitamente y que los lleva á herir, á pegar, á romper todo lo que cae bajo sus manos. En tales accesos, se hacen tan formidables para los que los rodean y aun para sí mismos, que nunca llamaremos suficientemente la atención de la autoridad y de los médicos sobre estos estados de furor instintivo y ciego, que pueden traer como consecuencia inmediata las heridas

[1] Dagonet, *Rapport sur l'asile de Stephanfeld*, 1853.
[2] Renaudin, *Annales médico-psychologiques*, 2ª serie, tomo II.
[3] Jules Falret, *Études*, pág. 344.

más graves, el suicidio, el homicidio, el incendio »...

La segunda es un grado menor, pero siempre dentro de la misma terribilidad. En otras circunstancias «la perturbación intelectual temporal que sucede al ataque de epilepsia (pequeño ó gran mal, se entiende) no se manifiesta bajo esta forma de fiereza instintiva y ciega, sino bajo la de una excitación maniaca simple, más ó menos pronunciada. Entonces, el enfermo habla incoherentemente y de una manera constante, se agita en todo sentido y se entrega á movimientos más desordenados que agresivos; algunas veces está dominado por ideas *delirantes de satisfacción*, *ideas religiosas ó de persecución* y que alternan con sentimientos empapados de una profunda tristeza, con *alucinaciones aterrorizantes de la vista sobre todo*» (1).

La tercera es la que más comunmente conocemos con el impropio nombre de epilepsia larvada, «que es la epilepsia psíquica en que la faz motora desaparece completamente ó queda relegada á un segundo plano. El eminente Lombroso, haciendo, como dice Tonnini, más armónicas las lineas de su primitivo esquema de la afinidad de esta enfermedad con la locura moral, ha emitido el concepto, al cual nuevos hechos vienen agregrando *progressiva vitalitá*, de que en las epi-

(1) Falret, *Études cliniques sur les maladies mentales, etc.*, pág. 344.

lepsias se encuentran todos los caracteres de las locuras morales aumentadas». Podrá, tal vez, considerarse ésta como una forma más simple de aquella, como una variedad susceptible de entrar en el cuadro de las epilepsias, variedad de mal caduco depurado de algunas manifestaciones neuróticas y especialmente de las convulsivas ([1]).

Dentro de la abundante paleta de tan terribles formas de perturbaciones morales, tomaba el cura de Santa-Cruz los elementos mentales de sus manifestaciones caducas, formando un conjunto que corresponde indiscutiblemente á la última; la más terrible, porque toma con un carácter de perpetua cronicidad las dolorosas perturbaciones que en las dos primeras tienen un aspecto transitorio, que consuela al espíritu cuando alternan con periodos largos de una calma saludable. Tenía, pues, algo de la forma de epilepsia que, según Lombroso, confunde sus líneas con las de la criminalidad moderna, con la locura moral tan discutida. Los vehementes impulsos no poseían, sin duda, el carácter maníaco del *furor epiléptico*, cuyo estudio nos han hecho con caracteres lapidarios Legrand du Saulle, Morel, y sobre todo Cavalier en su conocida tesis ([2]); pero eran siempre *impulsos* aun cuando no fuera el *ictus* de la forma arrebatadora con sus tendencias violen-

([1]) Tonnini, pág. 54.
([2]) Cavalier, *Fureur épileptique*, thèse, 1850.

tamente expansivas. Tenian el sello de un origen común, el de una misma cuna; diferian en su intensidad, pero eran siempre los hijos de una misma madre, con la misma mácula originaria, con la misma sangre, diré así, circulando palpitante en sus venas.

Vengamos ahora á otro rasgo psicológico más siniestro todavía.

Cierto estado de angustia moral muy parecido al delirio de las persecuciones, si no era el mismo, introducía otro elemento de agitación en su espíritu. Estas *ideas de persecución* son, como se sabe, complicación nada excepcional de la epilepsia y suelen ingertar su influjo malsano en espíritus ya trabajados por otras causas; reagravan males por sí mismos incurables é imprimen un aspecto siniestro á sus manifestaciones. Dice Taine que Marat, después de haberse forjado enemigos imaginarios, se suscitó enemigos reales; pero el fraile Torquemada, á la inversa, después de haberse creado enemigos reales que temblaban bajo su mano, acabó por *crearse* enemigos imaginarios que asaltaban su imaginación, constantemente irritada por el aguijón de un vago delirio tan visible en las postrimerías de su vida sobre todo. Curiosa filiación la de este otro factor mental que introduce una nueva luz en la semiología de su enfermedad y que tuvo, sin duda, terrible influencia sobre las violentas opresiones del Santo Oficio.

Creerse perseguido, asechado, observado por gentes que usan de sortilegios misteriosos para perderlo; pensar que todos los ojos le miran torvos, que todos los labios se abren para vaciar impunemente en la oreja indefensa mil insultos soeces, que todos los brazos se arman contra él, que la humanidad entera es una vasta conspiración contra su quietud y su vida... Es preciso haber asistido á las fantasmagorías pintorescas que el perseguido siempre misterioso y callado desarrolla delante del médico que ha llegado, *rara avis*, á inspirarle confianza, para comprender el corrosivo veneno que va destilando gota á gota en el alma trémula la lenta y segura evolución de esa locura. Pero en nuestro caso, aun cuando al parecer fueran simples ideas de persecución y no un delirio sistematizado de los que comunmente se ven, se comprenderá bien qué influencia tendría sobre el fanatismo agresivo del odioso clérigo, esta espina aguda de las persecuciones, clavada en lo más íntimo de su corazón.

Con cierta predisposición, una de estas ideas es un microbio que encuentra allí caldo apropiado para su crecimiento: su desarrollo es rápido y seguro. Puesto el germen de una delación oficiosa en el cerebro de un degenerado, el calor de la angustiosa desconfianza hace lo demás. Una vez que ha echado las primeras raíces, aquella terrible planta se lanza pronto

á las nubes con follaje copioso, y la tierra lujuriosa de la herencia le asegura perennemente un reverdecimiento que nada marchita. Por otra parte, estos tiranos están siempre acechados por ellas y sienten con frecuencia su zarpa que les araña el alma... y pasan luego fugaces cuando no hay calor propicio y cuando la oficiosidad del ambiente no explota la natural desconfianza, ó la timidez nativa de la victima presunta no ofrece campo suficiente. Pero cuando á una delación se sucede otra y se van colocando metódicamente una á una como granos de pólvora prontos á hacer explosión al menor rozamiento, entonces sucede lo que en Torquemada: un semidelirio de las persecuciones naturalmente preparado por su misma calidad de epiléptico, fácilmente evoluciona produciendo sus desastrosos efectos de siempre.

Para precaverse de los enemigos ocultos é imaginarios, tenía en su mesa continuamente «una asta de unicornio que decían poseer la virtud de manifestar é inutilizar la fuerza de los venenos» ([1]). Siempre que salía de su monasterio «se hacía acompañar por un individuo de su devoción», «sospechando asechanzas y traiciones» y soñando con enemigos imaginarios, á tal punto, que algunas veces esta eterna sospecha y la idea de no creerse seguro en ninguna parte, lo ponía en la absoluta precisión de abandonar su inseguro claustro para

([1]) LLORENTE, *Historia crítica de la Inquisición*, tomo I, pág. 161.

refugiarse en los alcázares de la grandeza [1]. Pero allí tampoco se creía defendido, y cambiaba de locales y de escondites, yendo y viniendo con esa actividad ambulatoria que empuja á los perseguidos á los largos viajes, á los cambios continuos de residencia, que suelen proporcionarles una calma relativa, transitoria, porque el delirio retorna nuevamente con mayor vigor. El terrible clérigo se había creado, indudablemente, enemigos reales, pero, sin duda alguna, no eran ellos, pobres víctimas inocuas, animados de un odio pasivo, mezcla de espanto y de odio confuso, los que movían aquel espíritu estimulado en sus ansiedades vagabundas por mil ideas de melancólicas persecuciones. Si de suyo era torva su alma de epiléptico, ¡qué sombras y qué asperezas no formarían las solicitaciones y angustias de esa *paranoia* irremediable!

Á medida que los terrores aumentaban, aumentaba también su extraordinaria vigilancia, y para defenderse de sus enemigos llevaba consigo en los viajes cincuenta familiares de la Inquisición de á caballo y doscientos de á pie [2], séquito inusitado cuya magnitud revela por sí solo sus terrores. «Un penitente de profesión (que tanto vale el nombre de fraile) llevando por todas partes el fausto y el terror» (porque es sabido que Torque-

(1) FRANCISCO JAVIER RODRIGO, *Historia verdadera de la Inquisición*, tomo II, pág. 112.
(2) LLORENTE, tomo I, pág. 167.

mada ó porque *tuviese miedo ó porque quisiese* infundirlo, se rodeaba de tamañas precauciones), era algo que rayaba en las extravagancias de la locura [1]. Su furor duplicado por tales ideas hería ciegamente á los enemigos de la Iglesia y á los supuestos enemigos personales que pululaban en la mente de aquel hombre peligroso, no ya sólo para la humanidad, sino para sí mismo, porque se creía condenado á suplicios eternos.

En esa forma, que los autores llaman *epilepsia melancólica* y en que el enfermo se manifiesta sombrío, trágico y presa de una inquietud terrible pero vaga [2], los actos peligrosos cometidos se presentan con los mismos caracteres clínicos. Arrastrados por el odio, la desesperación ó el furor, ceden inconscientemente á las impulsiones que surgen en el espíritu y que los empujan al asesinato, al suicidio, al robo ó al incendio. El furor se ejerce lo mismo sobre sus más próximos parientes, ó sus amigos, como sobre el primer desconocido que cae bajo su mano en ese instante supremo [3]. Con más ó menos variantes, ese es su estado habitual: una palabra, un gesto mal interpretado basta para arrojarlos en la acción de una cólera intensa. Con una misantropía profunda, con ese egoismo colosal, con la exage-

[1] *History of the Inquisition of Spain*, pág. 65; PUIBLANCH, *The Inquisition unmasked, etc.*; MONTEIRO, *Historia de la Inquisición*.

[2] CULLÈRE, Observación XV, pág. 437.

[3] CULLÈRE, *Traité pratique des maladies mentales*, 1890.

ración, en fin, de su sensibilidad afectiva, decidme si no serían terrible complemento las ideas de persecución brotando vivaces en esa pobre cabeza contundida.

La historia de la religión católica tiene un momento desastroso: aquel en que por el establecimiento de la Inquisición, el espíritu de intolerancia, representado genuinamente en este fraile epiléptico, llegó á su colmo. La religión tomó entonces, dice Prescott, un nuevo aspecto en aquella grande y desgraciada España; el espíritu de intolerancia saliendo de la obscuridad de los claustros donde antes estaba circunscrito, se manifestó exteriormente con todo su terror; el celo convirtióse en fanatismo y el espíritu racional de propagar la la fe en una infernal persecución ([1]). No bastaba ya, como antes, « conformarse pasivamente con las doctrinas de la iglesia, sino que se exigía que se hiciera guerra, y guerra á muerte á todos los que no querían aceptarlas; teníanse por crimen los naturales sentimientos de dolor en el desempeño de este triste deber; y las lágrimas de compasión arrancadas por la vista de mortales agonías, eran un delito que debía expiarse con penas humillantes. Impusiéronse en el código de la moral las máximas más espantosas: cualquiera podía matar lícitamente á un apóstata donde lo encontrara; se dudaba si podía uno quitar la vida á su padre hereje

([1]) PRESCOTT, *Historia de los reyes católicos.*

ó infiel; pero no se tenía la menor duda de que se podía matar en tal caso á su hijo ó á su hermano!» ([1]).

Y estas máximas no sólo se profesaban en teoría, sino que se ponían en práctica, como se demuestra por los tristes fastos de aquel temido tribunal. El carácter de la nación sufrió un cambio espantoso ([2]): la dulzura de la caridad y aun los sentimientos de humanidad se extinguieron en todos los corazones; «la generosidad y la nobleza del antiguo caballero español desapareció, asentándose en su lugar el terrible fanatismo del monje; el gusto de la sangre una vez estimulado, se convirtió en feroz apetito en el pueblo, que alentado por aquel alucinado furioso, rivalizaba á porfía con él en el ardor por sustentar el triste aparato de la Inquisición» ([3]).

Sólo una imaginación profundamente conturbada ha podido abrigar la soberbia malignidad que este hombre de excepcional empuje desplegaba en la aplicación de sus tormentos y en la adopción de resoluciones, como la que prohibía á los cristianos dar pan y agua, un asilo miserable á los judíos arrojados de España; sólo una mente en delirio, irritada por las torturas que sus alucinaciones vaciaban en el alma doliente de ese *mal*

([1]) Prescott, tomo III, pâg. 211.
([2]) Prescott, loc. cit., tomo III.
([3]) Prescott, *Historia del reinado de los reyes católicos*, tomo III, pág. 212.

caduco, para cuyos dolores no alumbró jamás la esperanza, ha podido concebir en toda su horrible y soberana grandeza el *auto de fe*, como lo puso en práctica el gran inquisidor. En efecto, nada más sombrío que esa triste situación del epiléptico, á cuya fecunda maldad pidió los colores y sombras que levantan ese acto hasta la altura del *juicio final;* nada más tétrico que sus terrores melancólicos, más terrible que sus impulsos imperativos, indisciplinados como el mar que se desborda sonoro y rugiente después de haber roto sus diques naturales, llevándose á la naturaleza entera por delante.

Dijimos al principio que no hay en la historia de la cristiandad, fanatismo más violento y con caracteres enfermizos más claros que el suyo. Y en efecto, examínese un poco profundamente su índole especial, su forma con expansiones casi épicas, y compárese con el de los fanáticos de otros tiempos más propicios para el desarrollo de la pasión religiosa, y se verá que ese fervor sangriento, no tiene entre ellos parecido.

San Jerónimo y sus doctas amigas Paula y Eustaquia son simples creyentes piadosos; aquel Pedro el Ermitaño, cuya pasión exaltada y vehemente reviste ciertos caracteres dudosos, no tiene la nota aguda y rudamente expansiva del célebre fraile dominico: sus lágrimas «como las del patriarca de Simeón y las de los famosos peregrinos que caminaban agobiados de tristeza, exhalando,

como Jeremías, hondos gemidos al ver hollados y esclavas las ciudades de Dios», expresan con la exuberancia de aquellos tiempos de intenso calor moral, la exaltación de un sentimiento fisiológico, tan alto como se quiera, pero siempre normal. El mismo ascético abad de Claraval, hombre singular «que bebía aceite creyendo beber agua, y que escribía diez renglones al rey de Inglaterra y diez páginas á un pobre monje» (1), no tuvo tampoco en medio de su increíble piedad las extrañas manifestaciones de este hombre singular. Seguramente su ardor impetuoso y *sui generis* se alejaba, por su índole tan diversa, del fanatismo de todos los grandes devotos, de esa piedad firme y grandiosa, aunque exaltada, de Isabel de Hungría, que «deponiendo la triple diadema del poder, de la hermosura y de la juventud, curaba diligente y festiva las llagas inmundas del elefantiaco»; y por fin de la de San Luis, que al separarse del hediondo leproso del Lazareto de Layanmont, cuentan que sentía el mismo pesar que si apartara de él un pedazo de su alma (2).

Ecelino di Romano, aquel *Ezzelino inmanissimo tiranno che fu creduto figlio del demonio...*, como decía Ariosto, con ser tan feroz ¿manifestó acaso en sus delitos el empuje peculiar de nuestro enfermo, que asombraba al mismo Papa con la

(1) PARDO BAZÁN, loc. cit.
(2) *San Francisco de Asís*, por la señora PARDO BAZÁN, pág. 37, de cuya obra copiamos la mayor parte de estos datos.

violencia desagradable de sus persecuciones? Su fanatismo asombra y sorprende á todos por su especialidad fuera de todo lo que puede concebir la fisiología más complaciente. No tiene parangón ni siquiera con el entusiasmo persistente de San Francisco de Asís, ejemplo de alma apasionadísisima y mística; con la ciega y áspera consagración de San Fernando; el rigorismo y monástico fervor de San Benito de Nursia; y cito esas grandes pasiones como ejemplares excepcionales, porque ellas quedan naturalmente relegadas en segundo plano ante el brutal y sostenido ardor de aquél.

¿Dónde, pues, ir á buscar explicación plausible, sino en los anales de la patología mental?

Efectivamente, es casi de observación vulgar esta firme exaltación del sentimiento religioso en los epilépticos, á punto que en algunos casos puede ser el único síntoma por largo tiempo manifestado, antes que el mal se caracterice por sus signos habituales tan conocidos ([1]; y en ciertos casos, excepcionales en verdad, puede ser la única expresión del mal caduco de forma psíquica ([2]). Hay una curiosa circunstancia que revela la naturaleza patológica de semejante misticismo: los onanistas con manifestaciones epilépticas tienen tendencias al fana-

([1]) Ramos Mejía, *Informe sobre el estado mental de la procesada Juana Larica,* publicado por la imprenta de Rosi y hermano en 1882.

([2]) Ramos Mejía, *Del estado mental de Domingo Vial, procesado por homicidio,* 1883.

tismo religioso que se puede observar también en un gran número de débiles de espíritu, como en los pueblos primitivos ideas religiosas exageradas [1].

Decía Morel que el furor que determina en algunas circunstancias la epilepsia, la naturaleza de sus alucinaciones, los actos agresivos á que se entregan y la *exaltación extraordinaria del sentimiento religioso* en ciertos casos, hacen de su enfermedad una de las más graves y peligrosas del cuadro nosológico de las enfermedades mentales [2]. Ya he tenido ocasión, agregaba este inmortal observador, de hablar de las melancolías religiosas de los epilépticos, y no puedo sustraerme al deseo de hacer resaltar bajo este punto de vista las tendencias en este sentido de lo que observamos en todos los asilos. Uno de nuestros jóvenes epilépticos, cuya enfermedad ha sido en parte producida por los excesos más deplorables, se entrega hoy á prácticas del ascetismo más exagerado. Me he preguntado á menudo, continúa Morel, si las disposiciones tomadas en el medio en que estos enfermos han vivido anteriormente no influyen bastante en los hechos que cito [3].

James C. Howden, en su monografía titulada *The religious sentiments in epileptics* y publicada en el número 48 del *Journal of mental scien-*

[1] DUPAIN, *Études cliniques sur le délire réligieux*, pág. 45
[2] MOREL, *Traité des maladies mentales*, pág. 265.
[3] MOREL, libro citado, pág. 701.

ce, señala como *a feature in the mental condition of epileptics* esta exaltación vigorosa y persistente del fanatismo, que nadie como Torquemada ha manifestado en un grado tal de exageración, y que constituye un rasgo tan característico, tan genuino del mal caduco. Sommer (1), que ha estudiado con tan buen juicio tan curioso estado mental, llama también la atención sobre tales inclinaciones misticas especialísimas, en tan grande y extraño contraste, dice, con una prevalente y fuerte dosis de egoismo é irritabilidad. Kraft-Ebing lo menciona también y agrega que es una religiosidad completamente patológica, y que según que el enfermo se halle exaltado ó deprimido, se exterioriza con el fanatismo religioso ó con la convulsión (2).

Este bigotismo, continúa el maestro de la Universidad de Gratz, se encuentra en *maravilloso contraste con la irritabilidad, intolerancia, brutalidad* y defectuosidad moral del epiléptico, exactamente como pasaba en nuestro caso, según ya hemos visto. Saint (3), citado en la traducción italiana de Kraft-Ebing, es otro de los autores que apunta el mismo rasgo proverbial y agrega, para caracterizarlo, que llevan siempre, *il libro da messa in tasca, il nome di*

(1) *Arch. f. Psych.*, XI, h. 3.
(2) *Trattato clinico pratico delle malattie mentali*, traduzione sulle seconda edizione tedesca dei dottori Silvio Tonnini é Giuseppe Amadei, tomo II, pág. 193.
(3) *Arch. f. Psych.*, V, h. 2 y VI, h. 1.

Dio sulla lingua e il fiore della canaglieria in cuore. Me ha parecido que debía transcribir en italiano esta frase de un autor alemán, porque los traductores del psiquiatra austriaco, en cuyo libro la encuentro, expresan con ella y de un solo rasgo toda esa curiosa psicología del fanatismo epiléptico de Torquemada. Así era, en efecto: *il nome di Dio sulla lingua e il fiore de la canaglieria in cuore.* Saint ha dibujado de un golpe genial esa íntima perversión ética que contaminaba toda la mente degenerada del fraile aquél; juzgado así sin la imprudente pasión de secta y á la luz de principios científicos severamente aplicados, resulta de cuerpo entero el gran agente de las persecuciones religiosas de su siglo. Echeverría [1], Legrand du Saulle [2], Flemming [3], Cfr. Siemens [4] y los otros autores que menciono más arriba se ocupan de esta *moral feature*, como dice el autor inglés, tan reveladora y peculiar que constituye en muchísimos casos un equivalente mental de ese mal irremediable.

El fanatismo de Torquemada está, pues, tan lejos del misticismo fisiológico de otros frailes apasionados, como cerca del bigotismo feroz de los enfermos que citan los alienistas y médicos. Por poco que se analice la pasión mística del in-

(1) *Americ. Journ. of insanity*, 1873.
(2) *Études médico-légales sur les épileptiques*, 1877.
(3) *Phycosen*, pág. 118.
(4) *Archives f. psych.*, IX.

quisidor español, se verá cuán hirientes son las analogías que tiene con ella la devoción de Capri y Torello que cita Joly; de Thouriot y del conde Gustavo Chrinski, que cita Legrand du Saulle (pág. 155); con la de la observación XVIII de Tonnini (pág. 105) y que se refiere á un epiléptico «que no tenía afecto por nadie sino á Dios y por los Santos, religioso hasta el fetiquismo, que daría su vida por sostener la religión católica»; con aquella otra observación XX de otro epiléptico que cuando se entregaba á la oración lo hacía con tan intenso fervor *che gli cólano le lacrime*, entregándose durante sus períodos alucinatorios *á amenazas* y *tentativas de morder* y *herir* á los que se le presentaban delante; era un enfermo, dice Tonnini, que daba miedo *(fa paura)* cuando entraba en estos curiosos accesos. La observación XIX del mismo autor [1] no es menos ilustrativa como las observaciones XXXVI [2], XXVII [3], XXXIX [4], todas ellas de una analogía completa con la manera de ser y el misticismo contradictorio del fraile inquisidor.

Legrand du Saulle, en su obra ya juzgada sobre los epilépticos, Morel, Emmighaus, etc.,

[1] «E religioso assai, dice oragione, ma é altretanto facile a bestemiare nell'ira».

[2] «e una specie di sacerdoti della compagnia; implora per essa la clemenza celesti e si sfoga a dire centinai di rosarii, etc.»

[3] «recita oragione su oragioni, non fa altro in tutto il giorno... Soffre di accessi violenti una o due volta a la settimana».

[4] «passa le giornatte inginochiato recitanto il rosario, *minaccia stragi, vuol mangiare il fegato alla genti, etc., etc.*»

etc., traen del mismo modo multitud de casos de igual parecido, y para no incurrir en repeticiones inútiles, sólo recordaremos, como ampliación, la observación XLVI del libro de Kraft-Ebing [1], algunas observaciones coleccionadas por Torelli [2], de Skae [3], que ha insistido sobre las visiones religiosas de los epilépticos, y, finalmente, las que traen todos los que se han ocupado con alguna detención del estado mental de estos enfermos. Este mismo Skae, en el periódico citado, hace notar que las visiones epilépticas de Ana Lee dieron lugar á la secta de los Shaker, los delirios de Swedemborg á las sectas de Suecia é Inglaterra, y afirma, con algunas buenas y juiciosas observaciones, que las alucinaciones caducas de Mahomet hicieron el Islamismo.

En todas las observaciones, la misma índole de sentimientos que en Torquemada, violentos, frenéticos y persistentes como en él. Tienen un cachet revelador, genuino, inequívoco, y al que se halle medianamente familiarizado con el estado intelectual de esa *gente dolorosa*, el análisis moral de Torquemada le revela inmediatamente la naturaleza sospechosa de su fanatismo. Por otra parte, el estudio clínico de tales tendencias demuestra una multitud de circunstancias que debemos tenerlas

(1) Tonnini y Amadei, *Trattato clinico pratico*, tomo II, pág. 204.

(2) Torelli, *Sulla religiosità degli epilepttici* (*Arch. ital. delle malattie nervose*, 1879).

(3) *Journal of mental science*, 1874.

presentes: pueden, por ejemplo, los impulsos místicos considerarse, según ya lo he dicho, como un equivalente de los accesos.

Gira todo al rededor de sus alucinaciones divinas y de las visiones celestes, y cuando las cosas toman un verdadero carácter delirante, los enfermos, como afirma Kraft-Ebing, se creen Dios, Cristo; imagínanse profetas y se suponen en el cielo cuando eventuales anestesias musculares pueden favorecer el delirio [1]. Porque los accesos convulsivos comunes del mal caduco son los fenómenos más conocidos y visibles de este estado morboso íntimo del sistema nervioso central, que se exterioriza, por ellos, más frecuentemente, pero que puede, como sucede en este caso, manifestarse por tendencias de esta naturaleza, con una índole especial y con peligros mucho mayores que los del ataque vulgar.

Así, pues, en este caso, su religiosidad no era seguramente otra cosa que una forma de expresión conocida de su mal: una verdadera convulsión de su espíritu que reemplazaba á la ordinaria convulsión de los músculos. Torquemada fué fanático con esa intensísima pasión *sui generis*, porque era epiléptico; pero como su estado anómalo no parecía sino la exageración patológica de una pasión moral, repugna al espíritu meticuloso tener que dar carácter mórbido á un sentimiento

[1] Kraft-Ebing, libro citado, tomo II, pág. 206.

que por su *naturaleza divina* (puesto que es una gracia) escapa completamente á las perturbaciones de la enfermedad. Sucede en este caso lo de siempre en los epilépticos cuya enfermedad se manifiesta por sustituyentes insospechables, como queda dicho, por accesos de sueño exclusivamente y comprobados por Westphal (*Arch. f. Psych.*, IV, II, 3) y Fichet (id. id., VIII), ó por ataques de neuralgia generalmente intercostal ó facial y que sobrevienen por lo común con perturbaciones de la conciencia, algunas veces acompañadas del acceso convulsivo clásico, por vahidos y rápidos obscurecimientos de la misma, por terrores nocturnos y ataques de sonambulismo en personas que recién tarde ofrecerán los accesos musculares conocidos [1].

Torquemada fué, como inteligencia, de una mediocridad notoria y de recursos comunes, por más que afirmen lo contrario ciertos biógrafos entusiastas. No hay nada suyo que revele un entendimiento ágil y medianamente profundo; no era un pensamiento, era una pasión morbosa que brotaba y se *cultivaba* con propicia fecundidad dentro de un cerebro contrahecho de antemano y vivamente influido por las ideas de su época. Esa *anestesia ética*, según la expresión un poco exótica de Emminghaus, que lo hacía insensible á todo dolor humano, había como debilitado su inteli-

[1] KRAFT-EBING, tomo II, pág. 190.

gencia, cuya fuerza se hallaba absorbida por la intensidad extraordinaria y constante de su sentimiento bravío. No hay un escrito suyo, un sermón, un documento cualquiera en los diez y ocho años de su actividad mental incesante, en que se revele el teólogo ó el escritor: sólo sabemos por uno de sus admiradores (1) que el concepto público principió á distinguirlo desde sus primeros años, viendo en el término de su carrera literaria una serie de honras y grandezas, que le ganaron respeto y anticipadas consideraciones.

Pero esta *vida literaria*, estas grandezas y triunfos no han dejado el más leve rastro: sus estudios filosóficos y los de teología, cuya cátedra regenteaba en el Convento, hacía que pasara mediocremente conceptuado entre sus hermanos y discípulos. En ello no hay nada extraordinario por cierto; es consecuente con su manera de ser singular. Cuando el fanatismo de este género ú otra pasión mórbida cualquiera se desenvuelve con tan extraordinaria intensidad, el cerebro no tiene ni el tiempo, ni la fuerza, ni el reposo necesarios para los trabajos del espíritu: hay un desequilibrio completo, las facultades mentales están como atrofiadas en beneficio de la sensibilidad moral que se sobrepone.

El misticismo común, normal, es tierno y ab-

(1) Rodriguez, *Historia verdadera de la Inquisición*, pág. 111.

negado; el misticismo epiléptico es agresivo, bullicioso, siniestro, empapado en una profunda misantropía. Por eso todos los hombres le eran igualmente odiosos, no porque fueran herejes sino porque eran hombres! La prueba está en que condenó bajo pretexto de herejía multitud de inocentes, entre frailes, mujeres y seglares católicos. En todo él se ve la ferocidad aparejada á la devoción, los arrobamientos místicos confundidos con los ictus sanguinolentos del homicida vulgar.

Cuando la emoción religiosa se desarrolla en forma de ilusiones, dice James C. Howden, otro elemento del carácter entra en juego *(comes into play)*. La vanidad y el egoísmo secretamente cultivados en el alma de Torquemada dan forma y figura á sus sueños y fantasías. Sustraídos al mundo exterior por un aniquilamiento transitorio de los sentidos, durante el sueño ó el ataque epiléptico, la mente vigilante y desvelada *(the ever waking mind)* opera silenciosamente multiplicados desfiles en los depósitos que la memoria ha amontonado, y á favor de los cuales confecciona visiones maravillosas en que el más exagerado egoísmo se complace en entrevistas con el Creador, en comunicaciones con Jesucristo, en órdenes para la salvación de la especie humana por los medios que el criterio de cada enfermo sugiere: el asesinato de un culpable imaginario como en el caso de Riverando ó la predicación exaltada, la reducción

por el fuego, la Santa Inquisición, en fin, como en el caso que nos ocupa [1].

Los secretos impulsos que sugiere á la mente del epiléptico la alucinación, el sueño ó la ilusión, explican las exaltaciones inusitadas que tenía en ciertas ocasiones decisivas el fraile inquisidor; y damos como averiguado que las tuvo, deduciendo lógicamente por lo que acontece casi sin excepción en otros casos análogos. Porque otras veces la visión mística reemplaza al ataque, como en los casos citados por Howden, uno de los cuales, enfermo de su asilo en Montrose que jamás tuvo acceso muscular ninguno y que estaba sin embargo convencido de la realidad de sus visiones, creia que el alma habia sido separada del cuerpo en el intervalo de su ataque y transportada al mundo de los espíritus [2].

Un signo más, para terminar; signo que en mi concepto puede también considerarse como una peculiaridad de la fisonomía moral de los epilépticos de este género: la ausencia del *sentimiento estético*, si es que en este caso pueda juzgarse de su falta por algunas pocas obras suyas más ó menos conocidas.

Una de ellas es el templo que con los «donativos que obtuvo de la munificencia real y sus

[1] Véase: *The religious sentiments in epileptics* by JAMES C. HOWDEN, *M. D. Medical Superintendent, Montrose Royal Sanatic Asylum* (*The journal of mental sciences*, pág. 483, número 48).

[2] Obra citada de JAMES C. HOWDEN.

sueldos como Inquisidor hizo edificar en Segovia», el convento de Santa-Cruz, *la iglesia de Torquemada*, según la frase de su enfático y candoroso biógrafo ; la obra que para algunos lleva el sello más personal de su carácter [1] ; y la otra, un monasterio de su orden dedicado á Santo Tomás y edificado en Avila [2]. Todas de un gusto dudoso, sin intención moral alguna y revelando una ausencia de facultades artísticas realmente notable [3]. Si hemos de juzgar por estas muestras de gusto equívoco, el mayor ó menor desarrollo del sentimiento de lo bello, debemos cuando menos dudar de su existencia, pero si á estas pruebas agregáramos otras de igual índole moral, el convencimiento sería completo. En efecto, este hombre extraordinario, educado entre los libros y papeles, entre el polvo de las bibliotecas y de aquellas librerías de convento donde se encerró un tiempo la ciencia y la cultura del mundo entero, fué la peor cuchilla de los libros y de la producción intelectual.

Por una perversión estética, lógica en su enfermedad, Torquemada quemó en la hoguera más obras *heréticas* que todos los inquisidores juntos. Este odio profundo á la cultura, á todos los elementos de civilización que estaban en ma-

(1) Véase: FRANCISCO JAVIER RODRIGO, *Historia verdadera de la Inquisición*, tomo II.

(2) Obra citada.

(3) MOREL, *El arte español.*

nos de los moros particularmente y que nadie persiguió con saña más constante que él, se traduce en su tiempo por la más bárbara y sacrílega destrucción de multitud de obras de arte bellísimas que el genio caloroso de aquel desdichado pueblo habia producido. Y, curiosa coincidencia, ese otro *epiléptico* de Cárlos V que no produjo jamás una obra *bella* en el verdadero sentido de la palabra, enclavó en medio de la Alhambra un palacio de detestable gusto, cometiendo tranquilamente la inconcebible profanación de echar por tierra un trozo enorme del célebre monumento! Las dos obras que produjo nuestro fraile fueron, pues, según se ha dicho, dos vulgares productos de su mediocridad, obscuro emblema de la impotencia estética, que hablan vagamente al espíritu y con viveza á los ojos por un recargo inconsiderado de obras de talla, de abundantes dorados, de estatuas y relieves «que el fanatismo antireligioso de cierta parcialidad política devastó después para convertirlos en presidios y más tarde en encerradero de ganado» (1).

«El viajero que ve, dice Prescott, las largas y tristes murallas de piedra gris y apenas talladas del Escorial, escasamente interrumpidas por uno que otro ornamento, experimenta una sensación penosa cuando compara este monumento frío á los edificios graciosos y ligeros á los cuales está su vis-

(1) Véase: J. Rodríguez, *Historia de la Inquisición,* tomo II, pág. 114.

ta acostumbrada». Pero el Escorial tiene impreso el carácter de su fundador, que se revela allí en cada piedra del monumento: Felipe buscó un género extraño de belleza, pero de belleza al fin. No quería, como dice su famoso historiador, «manifestar la faz amable, sonriente del arte; el sentimiento que deseaba despertar en el corazón del espectador era el de la tristeza solemne, que se armonizaba mejor con el espíritu sombrío de su fe. Cualesquiera que puedan ser los defectos que se le reprochen al Escorial, es imposible ver de lejos estos gigantescos monumentos surgir de las sombrías profundidades de la montaña sin ser tocado por el perfecto acuerdo, con el aspecto salvaje y misterioso de la tierra» [1]; no se puede franquear su recinto consagrado sin sentir la influencia del genio de estos lugares, ni errar por sus claustros sin experimentar un sentimiento de terror secreto en esas salas desiertas que la imaginación ha poblado con los melancólicos fantasmas del pasado [2]. Pero aquel conjunto inarmónico de «bellezas» que dan las descripciones de Santo Tomás es simplemente fría y desnuda de toda expresión sintética. La frialdad y ausencia de sentimiento que hay en *la obra* del fraile dominico, desde su aprendizaje modesto en Santa-Cruz hasta su muerte, revela esta completa au-

[1] PRESCOTT, loc. cit., tomo V.

[2] PRESCOTT, *Histoire du Règne de Philippe II*, tomo V, pág. 196.

sencia en el orden moral como en el artístico, que hasta los más grandes y más humildes y fervorosos fanáticos han revelado en todas las épocas.

Si la pasión religiosa, cuando es normal, sea cualquiera su intensidad, fuera realmente incompatible con esa aptitud sensitiva, nadie hubiera sido, á este respecto, de alma más indiferente que Francisco de Asís, cuya obra está impregnada de esa tiernísima sensibilidad para la percepción de la belleza y grandeza moral que ha puesto el sello humanitario hasta en la frente adusta de ciertos inquisidores implacables. No puede experimentar el placer soberano de sentir todo ese mundo de pequeñas emociones con que está matizada la vida, aquel que, como el padre Torquemada, tiene la sensibilidad embotada por las graves alteraciones de tan cruel enfermedad, que hace á los hombres moralmente caquécticos y valetudinarios. Es necesario que el oído y la visión, los dos sentidos cerebrales por excelencia, tengan, aparte de la propiedad especial de acomodación psicológica, de peculiaridad perceptiva que cuando es sutil y desarrollada en proporciones diversas constituye el ojo y el oido artístico, tengan, decia, esa fácil impresionabilidad cerebral, fisiológica que facilita la *apercepción*, diremos, adoptando la terminologia consagrada, y que produce la sensación definitiva en los misteriosos receptáculos de la substancia cortical. Y el epiléptico, sobre todo en estas epilepsias de-

generativas, tiene por lo general una obtusión evidente de sus sentidos, esa obtusión enfermiza que ha estudiado Tonnini y la escuela psiquiátrica italiana con tan abundante acopio de datos. El epiléptico oye mal habitualmente (1), ve con ciertas imperfecciones los objetos, tiene el tacto obtuso y el corazón muerto para recibir, «ese sentimiento profundo de las energías y bellezas de la naturaleza». En los manicomios se ven siempre poetas, literatos, artistas é industriales soñadores entre los perseguidos, los maníacos, los lipemaníacos, pero entre los epilépticos jamás! La falta del sentimiento estético, piensa Kraft-Ebing, en ciertos casos de debilitamiento psíquico, explica el uso de cosas repugnantes y la práctica de hábitos igualmente repugnantes (la práctica de *schifose abitudine*). En el campo sexual, la misma falta explica también las aberraciones abominables del instinto de la reproducción y la perversión con que algunos enfermos satisfacen sus necesidades corporales (2). El debilitamiento de los sentimientos éticos y estéticos, agrega el médico de la Universidad de Gratz, conducen necesariamente al egoísmo, y la frecuencia de esta anomalía en los alienados de cierta clase da la razón del egoísmo que tienen los enfermos de esta especie.

Tales consideraciones y parecidos casos, sugie-

(1) TONNINI, etc.
(2) KRAFT-EBING, *Trattato clinico*, tomo I, pág. 73.

ren naturalmente la investigación de hasta dónde ha contribuido la epilepsia en el origen de ciertas creencias religiosas y hasta dónde han tenido las visiones de tantos llamados impostores religiosos un origen puramente epiléptico.

CAPÍTULO III

LOS DEMONÍACOS EN LA INQUISICIÓN. — LAS DENUNCIAS Y DELACIONES DE LOS LOCOS Y DE LAS HISTÉRICAS EN LOS PROCESOS DE HEREJÍA.

SUMARIO: Los conventos de Europa en los siglos XV y XVI.— Su población.— Sus costumbres.— Antes de la Reforma de Santa Teresa y después.— Casi todos eran un almácigo de enfermedades mentales.— Diagnóstico de la histeria hecho por Teresa de Ahumada y sus reglas profilácticas para combatirla.— Papel que desempeñan las *histéricas* y los *perseguidos* en los procesos del Santo Oficio.— Denuncias y delaciones de las histéricas.— Admirables intrigas.— Inquisidores y clérigos comprometidos.— Cómo se verificaba la sugestión de la histérica.— Alarmas del Santo Oficio.— Sor Magdalena de la Cruz y sus males nerviosos y mentales.— La enajenación mental suministra con sus delaciones numerosos herejes á la Inquisición.— El proceso de la Roncière.— Cómo trabajan los enajenados sus intrigas.— Psicología de la histeria.— Ella explica su papel terrible en los anales judiciales.— Histeria y degeneración y no histeria sola. — Los procesos que formó el Santo Oficio contra Rodríguez Calderón, fray Francisco García y otros muchos, no tuvieron más origen que esas delaciones.— Auto-acusaciones de los locos, etc., etc.

¿Por qué los demoníacos? Porque en efecto su intervención en los procesos tan célebres del Santo Oficio ha sido diabólica, y tenebrosa co-

mo todas las inmixiones satánicas. Todos esos perseguidos histéricos y locos que prestan su intervención inconsciente á la consecución del propósito inquisitorial, tienen indudablemente la fuerza decisiva del maleficio. El proceso fué el gran instrumento del inquisidor. Con él era que daban á sus violaciones de conciencia, el falaz ropaje de legalidad que necesitaban para justificar la persecución y proporcionar una fuente de emociones á sus nervios perezosos para las sensaciones comunes.

Eran sin duda los grandes maestros del martirio lento, los artistas consumados de las agonías dolorosas. Preparados intencionalmente para explotar los terrores supremos, se deslizaban en el alma atormentada del condenado para sobrexcitar su imaginación, suscitar los terrores del presentimiento, evocar los espíritus del fuego y todos esos fantasmas del suplicio próximo que poblaban el mundo desconocido adonde iban condenados por la mano inclemente de una iglesia de misericordia y de perdón. No tenían otra salida los acusados que la abjuración, á la que se abrazaban como medio de terminar el suplicio. Escuchaban sus promesas como en una especie de vértigo, agotados por la larga cautividad, por las humillaciones, por un régimen debilitante y calculado para hacer su caída más fácil (1).

(1) «*Deux moines, diplomates des agonies, dressés à exploi-*

La mecánica del dolor era refinada y sutil como su escolástica. La espada de la ley entre las manos de estos jueces se hacia ingeniosa y lenta como el cuchillo del Dios pagano, degollando á Marysyas. En esos procesos breves y terribles, escudriñaban la conciencia con tenazas y arrancaban la confesión con algo como uñas de fierro; sin ruido alguno, ocultos en el misterio de sus cárceles, ningún escándalo perturbaba el orden y la marcha de sus hetacombes [1]. Para la mejor realización de sus propósitos introdujeron un elemento maligno que los ayudó eficazmente, un elemento ignorado hasta ahora en su código de procedimientos, que dió á los procesos del Santo Tribunal un colorido peculiar de exotismo judicial. Me refiero á los testimonios de las histéricas y de otros alienados, cuyo curioso papel vamos á tratar de estudiar en este capítulo.

El tiempo, la sociedad peculiar de aquellas épocas, la educación poco avanzada y hasta razones de fisiologia cerebral de otro orden explicaban satisfactoriamente las razones por qué abundaban

ter les terreurs suprêmes, se glissèrent dans la prison. Ils s'insinuèrent dans l'âme bouleversée de Crammer. Ils surexcitèrent son imagination, accrourent ses peurs, évoquèrent les esprits du feu, les fantômes du supplice prochain et du monde inconnu, etc.» (DARGAUD, *Histoire d'Elisabeth d'Angleterre*).

[1] «*La mécanique de la douleur était raffinée comme sa scolastique. Le glaive de la loi, entre les mains de ces juges dévenait ingénieux et lent comme le couteau découpaient écorchant Marysyas. Elle foullait la conscience avec tenailles, etc.*» (PAUL DE SAINT-VICTOR, *Anciens et modernes*, pág. 66).

aquellas mujeres, de las que nos hemos ocupado brevemente en otro lugar [1].

Los conventos, que suministraban un riquisimo contingente á la patologia nerviosa, tenian una organización que facilitaba la acción de todas las causas etiológicas. Eran casas ó cuevas obscuras, donde se enterraban en vida mujeres de todas las edades con fines piadosos exagerados; sitios de excitación continua, donde las reclusas recibían á sus amantes, con cuyo contacto y conversaciones libremente amorosas estimulaban sus nervios y fomentaban el desequilibrio que la edad, con sus insaciables necesidades, mantenía siempre vivaz. Por la fuerza de las cosas, los conventos se habían convertido en una institución social tanto como religiosa: no era, pues, posible esperar el celo y la austeridad que anhelaba Santa Teresa de Jesús en sus proyectos de reformas.

Algunos constituían una simple reunión de niñas nobles, muchas de las cuales habían tomado el velo sin gusto ni vocación y sí á pesar suyo, por lo general. Estaban por consecuencia en contacto con el mundo; había entre ellas y la corte un cambio constante de impresiones y de sentimientos, de manera que la influencia enfermiza de los unos sobre los otros era eficaz y casi constante. Estos almácigos de histéricas, para

[1] Capítulo III, *Isabel de Inglaterra, Los Valois,* etc.

quienes la opinión social tenía la indulgencia de juicio que debe suponerse, constituían fecundas y temibles fábricas de chismes y denuncias vaciadas al oído ávido de inquisidores escrupulosos, como base de uno de los tantos procesos que arrojaron á la hoguera ó á sus prisiones, cientos de víctimas inocentes.

En aquel roce diario y continuo, en ese cambio sistemático de sensaciones dolorosas por lo agudas, vivamente exteriorizadas y rápidamente cambiadas entre cabezas sensibles, la contaminación debió ser infalible, llegando á constituir, por su difusión, una verdadera atmósfera neuropática, bajo la cual tenían necesariamente que sucumbir las cabezas mejor equilibradas. La propaganda era infalible, por el contagio pocas veces tan eficaz; el claustro quedaba, diremos así, *infectado*, y la diseminación hacia afuera fácilmente se verificaba, por medio de las familias de las reclusas que se veían á menudo con ellas. Los conventos eran lugares demasiado mundanos en que los rezos no impedían la comunicación frecuente y abusiva con el exterior. Más tarde, la muy célebre madame d'Estrées, hermana de la bella Gabriela y abadesa de Montbrisson, hacía representar comedias á sus novicias delante de un brillante auditorio, y una religiosa de Ravenne, contemporánea de Santa Teresa, ha contado en páginas llenas de una encantadora ingenuidad sus discusio-

nes con una preciosa abadesa sobre el amor (1), así como los grandes disgustos que tuvo la «pobre madre», muy honesta persona por cierto, para reducir á su amante á los goces depurados é inmateriales del amor platónico *exclusivamente* (2).

Los conventos españoles parecían, sin embargo, un poco menos escandalosos que los de Francia é Italia; con todo, Santa Teresa, á pesar de sus discretas reservas, deja entrever en la *Encarnación* misma, reputado como uno de los más regulares, un singular *va y viene* en las salas de espera, en los bellos y umbríos jardines, en los lagos, en las celdas adornadas de objetos profanos y en los pequeños y semiobscuros rincones tan favorables para los equívocos encuentros (3). Parece que había allí un movimiento de visitas recibidas y pagadas, de pequeñas citas *lícitas* é *ilícitas* á la luz del día y en las tinieblas, y hasta se sentía un cierto rumor mundanal de romances y de instrumentos profanos (4).

Más adelante, estos tornillos flojos y relajados de la disciplina ascética fueron ajustados hasta la intolerancia por el ejemplo y la mano férrea de doña Teresa de Ahumada.

(1) *Psychologie d'une Sainte*, por ARVÈDE BARINE (*Revue des deux mondes*, pág. 560.)

(2) Al ocuparme de los conventos del siglo XIV, tomo los datos y copio algunas veces párrafos de la *Psychologie d'une Sainte*, por ARVÈDE BARINE, así como del curioso libro de A. GAGNIÈRE, *Les confessions d'une Abesse du XVIe siècle* (d'après un manuscrit de la bibliothèque de Ravenne), 1888.

(3) *Les confessions*, loc. cit.

(4) *Psychologie d'une Sainte.*

Los extremos se tocan, y de una licencia bochornosa pasaron á una rigidez y sobriedad de costumbres realmente tiránicas. La célebre reformadora habia puesto el dedo en la llaga y descubierto la fuente de los males que afeaban tanto su institución predilecta. La reforma que introdujo después y que completó poco á poco, se extendió á todo. Según sus reglas, el convento de carmelitas dejaba de ser un lugar bullicioso y alegre para convertirse en un sitio silencioso, desnudo de toda pompa, en que se siente el frío y el hambre, en que se disciplina hasta sangrar las venas, en que las rodillas se cansan, forzadas á la oración vehemente y perpetua, y en que la cabeza, presa de esos desvarios penosos que la inutilizan y la excitan alternativamente, va á caer en los horrores de la alteración *sui generis,* que invade como una marea á todos los conventos (1). La voluntad se atrofia á fuerza de permanecer inerte « y se renuncia á todo lo que tiene de más caro el corazón humano : al juicio, á la inteligencia, á los afectos más puros : hay que separarse del mundo, sustraerse á todo, morir en suma, con esa muerte dolorosa que consiste en suprimir el placer, el dulce y legitimo placer del corazón y de la inteligencia », para entregarse brutalmente en los brazos del absorbente ascetismo de los conventos reformados (2). La plegaria misma, dice una escritora

(1) *Psychologie,* etc.
(2) *Le couvent d'autrefois,* pág. 25.

conocida [1], no les pertenece: sirve para salvar el alma de los otros y para que después de tantos sacrificios, de tantas angustias, de tantos y tan crueles sufrimientos, quede abandonada, perdida, hasta el día del juicio en los tormentos de su vida obscura y en la esterilidad [2] de su misión desconocida.

Con estas alternativas de rigidez y de libertinaje se nos presentan en todas partes.

La ociosidad, el *tedio* melancólico de la tarde, la enfermedad de los claustros, descripta por Cassieu, el completo vacio del corazón y del espíritu minaban el alma de todas las religiosas [3]. Odios atroces, «esos odios de religión, el infinito de las pasiones agrias en lo infinitamente pequeño, como ha dicho Longet, traía convulsionados los conventos, tanto en Italia como en España. En diez años, el término medio de la vida monástica, el fastidio y el vacío de la existencia, la falta de ideales, llevaban á la muerte sin ruido y sin pompa á aquellas pobres mujeres; muerte lenta y dulce algunas veces, pero muerte irresistible». El único consuelo era el de elegir *une amie de cœur* para entregarse á ella con estusiasmo y pasión: triste é indecente parodia del amor, que era sin embargo impotente para nutrir el alma hambrienta de cari-

(1) ARVÈDE BARINE, pág. 567 (*Revue des deux mondes*).
(2) *Psychologie d'une Sainte.*
(3) *Les confessions d'une abesse du XVIe siècle*, por A. GAGNIÈRE, pág. 73.

ños de otra especie ([1]). Con este régimen, las más dulces entraban en una especie de rabia ([2]); acababan por perder el saludable equilibrio del estado normal para caer fatalmente en la enfermedad.

En Italia, según reza la *Vita della madre Felice Rasponi, abadesa de Santa Andrea*, la mayor parte de las monjas eran mujeres sin educación y sin instrucción; casi todas gente del pueblo, viudas ó abandonadas por sus maridos, que entraban al monasterio esperando dias mejores. Á las viudas se les empleaba en los trabajos groseros de la casa, y las jóvenes, las de gentil figura, servían de sirvientas á las religiosas de posición.

Como elemento de información es interesante é instructivo para el conocimiento de las costumbres del siglo XVI la voluminosa correspondencia inédita de Mgr. Marasco, citada por Gagnière en su libro, conservada en la biblioteca de Udine, y que pone de relieve la vida interior de los conventos de hombres y mujeres colocados bajo sus órdenes, que, durante la reforma, eran más de cincuenta. Entre las cosas curiosas y como una prueba de las penas que sufrian las pobres reclusas para las tentaciones *de la carne*, se puede citar el célebre reglamento vigente en algunos conventos que establecía las reglas terapéuticas contra los excesos del cuerpo, constreñido ahora, después de haber gozado de una licencia extraordinaria, á una

([1]) Véase: *Les confessions*, pág. 121.
([2]) Véase: *Les confessions*, pág. 121.

cruelísima abstinencia. Los padres del Concilio que resolvió la reforma no eran partidarios de los simples lenitivos para curar la *apostema purulenta* que había roído estas instituciones por tanto tiempo. Cortaron por lo sano imponiendo bruscamente á las órdenes monásticas una vida cenobítica durísima [1]; circunstancia que produjo el rápido acrecentamiento de todos los trastornos nerviosos que convulsionan las comunidades religiosas. La temida *melancolía*, que respetables autores contemporáneos mencionaron, asolando los conventos, prodújose, la histeria, que es la enfermedad del siglo XVI, así como las mil formas extrañas de locura, que son de todos conocidas.

Insisto tan extensamente en la *patología* de los conventos, porque ellos constituyen el más abundante almácigo de testigos y delatores *sui generis* en el proceso del Santo Oficio. De allí salen las grandes denuncias de los delitos heréticos, las falsas versiones que dan pábulo al furor agresivo del clérigo inquisidor.

Las constituciones de las diversas órdenes nos dan una idea clara de la vida y de la disciplina de un monasterio á fines del siglo XVI, es decir, después de las reformas del Concilio de Trento [2].

Dos veces por día las religiosas debían reunirse

(1) *Les confessions*, pág. 198.
(2) *Arch. comm. de Ravenne* (Monasterio Santa Andrea MCCCCLXXV, 19) citado por GAGNIÈRE, pág. 198.

en el refectorio para almorzar y comer; tres golpes de *timbal* anunciaban que el almuerzo estaba servido, y la presidenta, después de haberse lavado las manos, daba la señal de sentarse á la mesa con dos toques de campanilla. Las monjas y las hermanas conversas comían en silencio, á excepción de las enfermas y de las que habían sido sangradas. Y este caso se presentaba frecuentemente, pues el reglamento imponía *cuatro sangrías por año!* en septiembre, para la Navidad, la Pascua y el día de San Juan. Esta misma costumbre existe aún en todos los monasterios claustrados, en las Clarisas y las Benedictinas, dice *Les confessions d'une Abesse du XVIe siècle.*

El autor del mencionado libro, cuyas páginas traducimos, ha recibido curiosas revelaciones sobre el tratamiento que se les hacía sufrir para preservarlas de la tentación de la carne: se llegaba hasta el extremo de hacerles tomar todos los meses una fuerte dosis de un purgante violento. Por lo que respecta á las comidas, baste decir que sólo el agua, y eso en ciertas circunstancias, podía tomarse á discreción, y la cama sobre la cual las monjas se acostaban vestidas con un grueso sayal sobre el cuerpo directamente, debía ser dura y ligera. El *código represivo* contenía disposiciones durísimas: desobedecer, retener cualquier cosa, recibir cartas, revelar los secretos interiores del monasterio, constituían faltas graves. La culpable era despojada de sus vestidos, desnuda hasta la cin-

tura y puesta de rodillas para que cada hermana desfilara aplicándole un fuerte latigazo; en el refectorio debía permanecer arrodillada, no pudiendo recibir sino un pedazo de pan por caridad, y en el coro, de rodillas, con la cabeza pegada al suelo (Gagnière).

El cambio era demasiado rudo para que no se resintiera la inteligencia. Un régimen austero de Spartiata reemplazaba sin transición la vida de molicie, de placeres y de voluptuosidades sin fin [1]. Las que no pudieron resistir fueron muchas; unas murieron en la consunción y en la astenia más completa; las otras recorrían resignadas la *vía crucis* del histerismo bajo la máscara de la *poseída* ó de la bruja que dió tanto combustible al Santo Oficio.

El vicario Maracco, después de su larga y escabrosa misión, hacía notar el profundo decaimiento de las religiosas, antes tan turbulentas y tan alegres [2].

Santa Teresa de Jesús, que conocía á fondo estas cosas y que experimentó en cabeza propia lo que eran nervios aflojados, habia adoptado una profilaxia y una terapéutica especial para tratar este género de males. Iluminada por su rara penetración, pensaba que era necesario desconfiar de las cabezas excitadas y de las sangres empobrecidas, creyendo con el criterio de un médico

[1] *Les confessions*, pág. 201.
[2] *Les confessions*, loc. cit.

moderno, que debían combatirse las epidemias de éxtasis y de visiones con la buena carne y el sueño reposado [1]. La mayor parte de los visionarios y extáticos, que fueron numerosísimos, eran, según su claro entender, simplemente cerebros enfermos, y lejos de alegrarse cuando en los conventos aparecían, se fastidiaba más bien, sin embargo de ser ella misma, por su histerismo franco, una *visionaria* que caía frecuentemente en *éxtasis* duraderos. Las ideas tan claras y tan prácticas que la Santa famosa tenía de la histeria, que llamaba *melancolía*, nos demuestra la frecuencia con que indudablemente se producía en su tiempo; una observación tan exacta de la enfermedad tiene que haber sido hecha en una clínica generosamente provista, y la lectura de sus obras, principalmente del *Camino de la perfección* y del *Castillo interior*, demuestra por si sola, si no hubiera otros testimonios contemporáneos que lo afirman, la abundante, la alarmante difusión de la enajenación mental de la peor especie en los conventos de la época.

La *melancolía*, dice una escritora moderna, fué el terror de la célebre Santa, pues había notado que el *mal de melancolías* se adquiere fácilmente, que hay epidemias de *eso* y que se

[1] SANTA TERESA DE JESÚS, Obras; ARVÈDE BARINE, *Psychologie d'une Sainte;* ALVARADO, *Vida de Santa Teresa de Jesús*, pág. 120.

difunde con gran facilidad. Es una enfermedad muy peligrosa; es menester tratarla como tal, y su terapéutica, en la cual tenía mucha fe y que era doble, consistía en lo siguiente: «Para curar el cuerpo, se enviará periódicamente á la *melancólica* á la enfermería y se le purgará; se le impedirá el exceso de ayunos y se le dará poco pescado; porque en la medicina de Santa Teresa el pescado forma esencialmente los *humores pecantes* de Sganarelle, fuente de muchos males» [1]; y para el espíritu se le impedirá entregarse á ensueños y fantasías, se le acortarán las oraciones, obligándola á la acción por medio de trabajos manuales de la casa, se le hará comprender *que no es interesante su enfermedad*, *tratándola duramente* y *sin ninguna consideración*, tal cual se hace con las otras. La Santa había notado que la obediencia costaba mucho á la enferma, y que el sitio de ese mal estaba en la imaginación, siempre de difícil curación, porque ó termina con la locura ó se hace la *melancólica* insoportable [2].

Abundando entonces en todas las clases sociales y en tan crecido número estas mujeres, cuyas inclinaciones morales malignas son proverbiales, tenía que ser grande y funesta su influencia; sobre todo en épocas vidriosas como aquellas en que reinaba omnipotente el Santo Oficio, siempre con

[1] *Psychologie d'une Sainte*, pág. 571.
[2] *Psychologie d'une Sainte*, pág. 571.

tan buena voluntad para mandar á la hoguera al más humilde como al más encumbrado, por la simple denuncia de un beata atrabiliaria.

La histeria en sus formas modernas, diremos así, con toda la amplitud de síntomas y de cuadros vagos é indecisos que conocemos hoy, seguramente que no fué del dominio de la teología, que suplía entonces á la nosografía; sólo eran conocidas sus manifestaciones más bulliciosas é impresionistas de *la posesión* y de la forma demoníaca; por eso y por la supina ignorancia de los tiempos fué más difícil defenderse ó precaverse de sus traidores asaltos.

Aquellas formas del desequilibrio mental tan peculiar del histerismo no convulsivo manifestándose apenas por su carácter *monosintomático*, como dice Charcot; aquellas que llevan todos sus efectos sobre la frágil mentalidad de la mujer, exteriorizándose físicamente sólo por ligeros espasmos, anestesias inapreciables, sofocaciones y trastornos pasajeros de otro orden, esas, seguramente, pasaban por delante de sus ojos sin llamarles la atención. Sólo había posesión, es decir, enfermedad, donde existían las alucinaciones terribles de las poseídas de Louviers, las apariciones nocturnas de Armenijo, las grandes contorsiones, los aullidos y las impulsiones genitales licantrópicas de las beatas de Santa Eulalia. El amor desordenado que las *poseídas* de Loudun tenían por Urbano Grandier, la versa-

tilidad del carácter histérico tan bien revelado en las mismas retractaciones de las religiosas poseídas, así como todas las suaves gradaciones mórbidas de la inteligencia que hoy mismo son difíciles de descubrir, y que no están al alcance del vulgo de los médicos, escaparon, sin duda, á la observación superficial y supersticiosa de aquellos tiempos. No por eso su existencia era menos real y su influencia menos perniciosa en una sociedad que reunía no sólo las condiciones múltiples que predisponen á su desarrollo, sino aun las que determinan inmediatamente su estallido imprimiéndole ese sello especial que las caracteriza.

Las denuncias falsas de las histéricas y de los locos lúcidos intervienen en los procesos de la Inquisición de una manera misteriosa siempre, y si hoy el arte con que ellos traman sus intrigas inconscientes ó no, confunde á los espíritus más sagaces y habituados ¡qué no harían en esa época! que por un lado había el interés complaciente de los jueces y por el otro una ignorancia supina y proverbial en asuntos de medicina, sobre todo en España, donde los conocimientos en esta materia eran, según Bukle, deplorables.

Los simuladores más hábiles, los acusadores más obstinados, los testigos más peligrosos, dice Henry Coutagne en sus lecciones sobre *La folie au point de vue judiciaire, etc.*, pertenecen á esta clase de sujetos y son hasta en nuestros días los autores inconscientes ó medio conscientes de una

multitud de errores judiciales. Llevando su necesidad de llamar la atención hasta el punto de comprometerse á sí mismas, las histéricas saben mezclar las ideas religiosas más puras á las depravaciones mentales más abyectas. Reunidas en comunidad, se contagian con una facilidad extrema y rivalizan entre sí para la producción de escenas impresionistas, no teniendo, una vez en este camino, respeto ni consideración por nadie, ni aun por el más inocente á quien perderán con un aplomo y una decisión admirables ([1]).

Un gran número de delaciones, dice D. Juan Antonio Llorente en su *Historia crítica de la Inquisición*, es de monjas escrupulosas y simples, cuya *imaginación femenina demasiado exaltada* no se tranquiliza *sino denunciando*, exponiendo la *honra*, *libertad y fortuna de su prójimo*, casi siempre sin fundamento ([2]). Multitud de frailes y personas del pueblo fueron quemados, encarcelados ó perseguidos por estas denuncias de *monjas escrupulosas* y *simples*, que los acusaban entre otras cosas de abusar del ministerio de la confesión solicitando á las penitentes para que satisficieran su lujuria ([3]). López Aldama decía que

([1]) *La folie au point de vue judiciaire et administratif, leçons faites à la Faculté de droit de Lyon dans l'année de 1887-88*, par le docteur J. P. HENRY COUTAGNE.

([2]) *Historia crítica de la Inquisición de España*, por JUAN ANTONIO LLORENTE, antiguo secretario de la Inquisición de Corte, etc., pág. 27, tomo II.

([3]) LLORENTE, tomo II, pág. 19.

muchas de estas pobres monjas se acusaban ante la Inquisición de «tener relaciones de lujuria unas con animales asquerosos (zooantropia) y otras con pobres frailes inocentes», «que ni aún de verlas conocían» y á quienes, ó hacían quemar ó secaban en las cárceles.

Se comprende, por la etiología que hemos enunciado más arriba, que en España, particularmente, el número de beatas histéricas ascendiera á una cifra considerable, cifra que se hace enorme á medida que el Santo Oficio se consolida y que se explica teniendo presente el género de vida y las delaciones que fomentaba la variedad de causas moralmente depresivas, que la Inquisisición multiplicaba. En los conventos de monjas ella ejercía una vigilancia escudriñadora, incesante, como que eran el teatro de la milagrería y de las cosas extraordinarias: por el exorcismo con sus procedimientos teatrales, por la confesión y la penitencia que mantenía el temor y el desequilibrio mental, se obtenía con facilidad su difusión.

No había, seguramente, causa más poderosa que la intervención constante del Santo inquisidor; la aglomeración en un mismo establecimiento, en un mismo lugar, de individuos impresionables é impresionados, candidatos natos para todo género de neuropatías. Las prácticas místicas asociadas, las oraciones en común, las maceraciones y ayunos ponían al sistema nervioso en disponibilidad para cualquier trastorno; ora congestionado,

ora anemiado, se hacía singularmente apto para experimentar el golpe de las fuertes impresiones de afuera y de adentro [1]. «Que en un medio semejante estalle una chispa y la locura histérica aparece bajo la forma más terrible y más grave. Entonces el instinto de imitación, tan poderoso en todos ellos, propaga y difunde el mal; el delirio reviste en la mayor parte los mismos aspectos y las mismas formas: aquí serán las convulsiones, allá el delirio demoníaco», ese delirio demoníaco que hacía las delicias de la Iglesia por el número de los poseídos y por los recursos que le proporcionaba para herir la imaginación popular.

Todas estas mujeres, ya fueran beatas, monjas ó cortesanas, que como ya hemos dicho, también las había histéricas en abundancia, han impreso, pues, un carácter *sui generis* al procedimiento judicial del Santo Oficio.

Con sus testimonios falsos y sus simulaciones increíbles, y los locos con sus dolorosos delirios parciales ó generales, mantuvieron por mucho tiempo el fuego de la hoguera y el quehacer diario de sus tribunales. Se comprenderá, por otra parte, lo dramático y embrollado que sería este proceso con la intervención constante de tan pérfido elemento, jugando de una manera terrible con el juicio apasionado y naturalmente obtuso de

[1] LEGRAND DU SAULLE, *Les hystériques.*

aquellos frailes inquisidores, disponiendo de la vida y muchas veces resolviendo por tan atinadas declaraciones, de los más altos intereses sociales y politicos.

Un libro reciente recuerda con este motivo la célebre Marthe Brosner, que complicó á Enrique IV en un conflicto diplomático grave con la Santa Sede, y son muy pocos los procesos conocidos de aquellos tiempos en que no se encontrasen las falsas denuncias de monjas ó «*beatas de sacristía ó mujeres de corte, gente falseadora y amigada con la mentira, por placer é instigaciones interiores de que no saben defenderse*», es decir, histéricos é histéricas cuyas tramoyas y romances, fraguados en la supina habilidad de Marta, obligaron, ya muy tarde, á la misma Inquisición, según afirma Llorente, á dictar disposiciones que la pusieran á cubierto de las asechanzas tenebrosas de *ciertas mujeres*, pues poca gracia les hizo cuando comenzaron á elegir el sujeto de sus delirios entre los mismos inquisidores. Nos imaginamos fácilmente hasta dónde hubiera peligrado la estabilidad del Santo Oficio, si el instinto de la propia conservación, siempre alerta, no hubiera llevado á tan poco avezados magistrados á parar el golpe que les asestaba este enemigo inconsciente, que principió proporcionándole fácil combustible y luego se le introdujo en su propio seno á roerle las entrañas. El asunto tomaba carácter un poco serio, cuando

la epidemia llegó á *picar* entre ellos mismos, y las delaciones secretas, el ariete tenebroso que había manejado por siglos enteros el temido tribunal, se convertía en arma de doble filo. ¡Los impecables acusados de lujuria, de tentaciones fornicatorias por sus hijas de confesión!... Cuando gran número de familiares y aun altos jueces comenzaron á caer bajo el peso de acusaciones imaginarias pero bien tramadas, la alarma tomó proporciones de pánico.

Los historiadores de la Inquisición, Rodríguez, Llorente, Puiblanch, Peñalva y Bustos, los que como Eimerich, Fray Bartolomé Roca, etc., etc., se han ocupado de recopilar su legislación, de cimentar sus procedimientos ó de publicar algo que tenga atingencia con ella, se manifiestan, todos, sorprendidos del peligro que había para el Santo Tribunal en los *escrúpulos* y *mentiras* de tan desordenadas imaginaciones. Dice el conocido Fray Nicolás Eimerich que los « blasfemos, los polígamos, los defensores de la simple fornicación, algún *pretendido hechicero* y algunas *beatas embusteras* y *enfermas* presentaban víctimas á los jueces tan á menudo que no daban tiempo á terminar la causa ».— En Madrid, cuenta Llorente en el tomo II de su *Historia crítica de la Inquisición*, y « para celebrar la exaltación de Felipe IV al trono, quiso la Inquisición contribuir por su parte con el regocijo popular de sacar al público el *auto de fe* de María de la Concepción,

beata *famosa, embustera é intrigante* del reinado anterior que tuvo engañados á muchos con *sus falsas* revelaciones».

Eran tiempos difíciles para la Inquisición en que espíritus rectos y delicados, como el autor del *Diálogo de la lengua*, se torcían y en que abundaban las monjas sin vocación, las beatas con puntos de Celestinas enojadas con los rigores de sus órdenes, y soldados que volvían de Italia infectados con todos los vicios del *bel paese* (1). De aquí, por una parte, una relajación bestial, cuyos pormenores, dice el erudito autor antes citado, no siempre son para referirlos; y de otra, un fanatismo increíble que hacía fáciles y viables todas esas delaciones romanescas del histerismo, un enjambre de falsos milagros, de embustes y extravagancias que dieron mucho que hacer al Santo Oficio (2).

Los casos de sus milagrerías y embaucamientos fueron frecuentísimos. Uno de los más antiguos de que queda noticia es el de la beata de Piedrahita. Hija de un labrador de la sierra de Avila y creada en Salamanca, dióse con tal fervor á la oración y á la vida contemplativa, que llegó á creer que tenía coloquios con Jesucristo y ataques de éxtasis, en los *que se pasaba largas horas sin*

(1) MENÉNDEZ PELAYO, *Historia de los heterodoxos españoles*, tomo II, pág. 525; FRAY NICOLÁS EIMERICH, *Manual de Inquisidores*.

(2) MENÉNDEZ PELAYO, *Historia de los heterodoxos españoles*, tomo II, pág. 525.

mover pie ni mano (1). Los más la tenían por santa, «pero como las cosas afectaran proporciones inconvenientes, nombráronse teólogos para que la examinaran, intervino como siempre la Inquisición, formóse un proceso en que hubo, *como era habitual, falsos testigos,* y como la beata hiciera lo de todas, comprometer con sus falsas delaciones á sus *altos protectores*», la causa quedó indecisa.

Casi al mismo tiempo, pasaba en Córdoba por Santa una monja del convento de Santa Isabel de los Ángeles, de la Orden de Santa Clara, llamada Magdalena de la Cruz, natural de la villa de Aguilar. Su proceso ha sido publicado por Campan, dice Menéndez Pelayo, cuya narración copiaremos, y sería largo extractar el cúmulo de absurdos que se hicieron, porque Magdalena, lo mismo que la priora de Lisboa y otras monjas milagreras, no profesaba doctrina ninguna, ni puede considerársele como afiliada á ninguna secta; «*eran unas y otras simplemente histéricas que hacían su asunto* repitiendo con variantes importantes la misma comedia de la simulación y el engaño». Esta beata, que durante treinta años mantuvo engañada á España entera, llevó con sus hábiles y falsas denuncias á multitud de frailes y gente inocente, á la hoguera y á la cárcel. Tuvo verdadera influencia, pero influencia maléfica naturalmente, en numerosos y célebres procesos

(1) MENÉNDEZ PELAYO, *Historia de los heterodoxos españoles,* tomo II, pág. 826.

en que su arte dramático y sus simulaciones inauditas, fraguaron el delito y la herejia con arte supino ([1]).

Magdalena de la Cruz declaró en 3 de Mayo de 1546 ante los inquisidores de Córdoba y Jaen «que siendo todavía de edad de siete años, la indujo el demonio á fingir santidad y á simular la crucificación. Un dia el mismo Satanás se le apareció en forma de Jesús crucificado y le estigmatizó los dedos de la mano. Á los doce años hizo pacto expreso con los demonios incubos llamados *Balbán* y *Pitonio*, que se le aparecian en diversas formas: de negro, de toro, de camello, de fraile, de San Jerónimo, de San Francisco y le revelaban las cosas ausentes y lejanas para que ella se diera aires de profetiza. Como tantas otras monjas milagreras, Magdalena de la Cruz fingió llagas en las manos y en el costado y permanecía insensible aunque la picasen con alfileres» ([2]). Durante la comunión y la misa, solia caer en *éxtasis ó lanzar gritos ó simular visiones*. Por espacio de *diez ó doce años fingió alimentarse no más que con la hostia consagrada,* aunque comía y se regalaba en secreto. Llevó sus sacrílegas invenciones, dice Menéndez, «hasta el absurdo extremo de afirmar con insistencia que

([1]) Véase el proceso de Magdalena de la Cruz, páginas 462 á á 506 del tomo XVII de las *Memorias de Francisco de Enzinas*, citado por MENÉNDEZ PELAYO.

([2]) MENÉNDEZ PELAYO, loc. cit.

había dado á luz al niño Jesús y que por su intercesión salieron setenta almas del purgatorio. Como buena alumbrada, no tenía reparo en decir que era impecable, que ni á Dios mismo tenía que dar cuenta de sus actos y que era santa desde el vientre de su madre ([1]). Solía declarar que no veía, como los demás, el Santísimo Sacramento en forma de hostia, sino de cruz unas veces, y otras de niño con muchos ángeles en derredor. Aseguraba haber recibido del Salvador el dón de la perpetua virginidad y que *Él* le había dicho en el coro: *Filia mea tu est, et ego hodie genui te*».

En suma: «*visión instintiva, dón de profecía, éxtasis é insensibilidad física*, todos los síntomas de los convulsionarios andan mezclados en la peregrina historia de esta mujer que no fué sólo hipócrita de santidad *sino enferma de males nerviosos* y *casi demente* ([2])». Logró crédito grande dentro de su orden; fué elegida abadesa tres veces en 1533, 1536 y 1539, y por espacio de 38 años «todos la tuvieron por santa, hasta el Inquisidor general don Alonso Manrique, que vino á verla desde Sevilla y que se encomendaba á sus oraciones» ([3]).

Para comprender hasta dónde pudo llevar su influencia esta mujer, baste saber que la empera-

([1]) MENÉNDEZ PELAYO, loc. cit.
([2]) MENÉNDEZ PELAYO, loc. cit.
([3]) MENÉNDEZ PELAYO, *Historia de los heterodoxos españoles*, tomo II, pág. 529.

triz le mandó su retrato y las mantillas con que se bautizó su hijo, el que fué después Felipe II. Hasta en los púlpitos se la ensalzaba y á esto contribuía la simulación falaz de una humildad extremada y de una afabilidad melosa é insinuante con que saben *prenderse* las histéricas. Decían que había anunciado la batalla de Pavia y la prisión de Francisco I. Al fin vino á descubrirse su impostura, pero después que tenía hecho el daño consiguiente contando con la completa impunidad con que la armaban sus artes diabólicas [1]. Fué encarcelada en el Santo Oficio de Córdoba, y vistas sus confesiones se la declaró *vehemente suspecta* de herejía, y teniendo consideración á su vejez, á sus enfermedades y á la santa orden en que estaba, se la condenó á hacer pública abjuración de *vehemente,* con una cuerda de esparto en el cuello y un cirio en la mano, etc. [2].

Estas grandes comediantes, sin saberlo, quieren, como dice Legrand du Saulle, dramatizar á todo trance la banalidad pueril de su existencia, accidentar *le terre à terre de leur train journalier* y, según sus alcances y el medio en que se encuentran, despliegan una habilidad más ó menos fructífera para maquinar sus picardías y urdir sus tramas perjudiciales [3]. Lo que sucede en la ac-

[1] MENÉNDEZ PELAYO, *Historia de los heterodoxos españoles,* tomo II, pág. 529.
[2] MENÉNDEZ PELAYO, loc. cit.
[3] LEGRAND DU SAULLE, *Les hystériques*, pág. 349.

tualidad dará una idea exacta de lo que se produciría en plena ignorancia judicial, en una época en que era totalmente desconocido el estado mental extraño de estas pobres mujeres, víctimas, aún ellas mismas, de sus curiosas impulsiones enfermizas, de sus alucinaciones y de sus sueños.

Hay algo de muy dramático y de extraordinariamente terrible en estas denuncias y confabulaciones. Dos procesos célebres en los anales de la justicia criminal podrán dar la nota verdadera de su estado anormal.

Hace como diez y ocho años, dice Legrand du Saulle [1] cuyas páginas llenas de emoción vamos á transcribir, una millonaria española, la señora Sangrera, encerrada en una casa de sanidad de Barcelona por ciertos actos y excentricidades peligrosas, produjo contra su marido, sus dos cuñados y tres médicos eminentes, las más graves y criminales acusaciones; los seis fueron perseguidos y encerrados en los calabozos de Valencia y condenados los unos á diez y ocho, y los otros á veinte años de prisión, siendo más tarde conmutada la pena por el destierro indeterminado. Un grito de socorro lanzado por una de las víctimas de este grave error judicial se hizo oir hasta París, y la *Sociedad médico-psicológica*, bajo la presidencia de Delasiauve, resolvió intervenir nombrando una comisión compuesta de Ch. Loiseau, Legrand

[1] LEGRAND DU SAULLE, loc. cit.

du Saulle y Brièrre de Boismont. Durante muchos meses la comisión estudió el proceso de ochocientas páginas in folio, declarando en un luminosísimo informe que la señora Sangrera padecía de *locura histérica*, que las denuncias eran *completamente falsas* y los condenados totalmente inocentes. Estos últimos fueron agraciados, reintegrados y habilitados, siendo uno de ellos investido más tarde con altas y eminentes funciones.

He aquí el otro, todavía más patético si cabe.

En 1834 el general barón de M..., comandante en jefe de la escuela de caballería de Saumur, habitaba esa ciudad con su familia, compuesta de su mujer, aún bastante joven y hermosa, y de dos niños, un varón y una mujer llamada María, de edad de dieciseis años. Fué ésta precisamente la heroina del terrible proceso cuyos principales incidentes vamos también á referir copiados á Legrand du Saulle.

Entre los oficiales de la escuela que asistían á las recepciones del hotel de M... se encontraba un teniente de lanceros, de treinta años de edad, llamado Emilio Clemente de la Roncière, hijo de un teniente general, cuyas calaveradas juveniles le habían alejado de su familia. María de M... se quejaba un día á sus padres de que el joven teniente colocado en la mesa á su lado, le decía palabras inconvenientes: *Teneis una madre encantadora, señorita, pero también teneis la desgracia de pareceros poco á ella.* Desde cierto tiempo

una lluvia de cartas anónimas caían en el hotel; se les hallaba en todas partes y llegaban por el correo: unas contenían declaraciones de amor para Mad. M..., las otras, ultrajes y amenazas para su hija. En París el año precedente Mad. M... había recibido cartas análogas, pero sin hacer caso. Bien pronto las cartas vinieron marcadas con unas iniciales tan conocidas (E. de R.) que madame tuvo que anunciarlo á su marido. Al mismo tiempo una carta de la misma letra llegaba á manos del general en la cual se le advertía que se tramaba contra él una maquinación infernal y que su hija estaba á punto de ser deshonrada. Así que el teniente de la Roncière se presentó al hotel de M... fué increpado por el general, que le previno que no debía pisar jamás su casa: mientras que este joven, en el colmo de la sorpresa, buscaba una explicación de la afrenta que se le había inferido por su superior, el hotel de M... era al día siguiente teatro del más dramático acontecimiento.

Como á las dos de la mañana el aya de María, que había oído lamentos en el dormitorio de su ama, penetró en él, hallándola tirada sobre el suelo, en camisa, llena de sangre, con un pañuelo atado al cuello y una soga á la cintura, como si se tratara de una tentativa de rapto á la cual hubiera resistido. La joven María refiere que un hombre, en quien reconoció al teniente la Roncière á pesar de la máscara que ocultaba su rostro, había penetrado en su cuarto por la ventana,

volteándola al suelo y después de tentar inútilmente violarla, la había herido con un cuchillo en las partes más secretas. Sus padres, en conocimiento del atentado desde el día siguiente, guardaron un profundo secreto y era para llamar la atención la circunstancia de que dos días después del incidente, María bailaba alegremente sin haber mostrado ni aun á su madre las heridas secretas de que se decía afectada, y tres meses más tarde un médico enviado por la justicia no pudo comprobar sino una pequeña cicatriz lineal apenas visible é insignificante. Sin embargo, la familia de M... continuaba recibiendo cartas firmadas por E. de la Ronc... en las cuales el firmante se jactaba del crimen en los términos más odiosos. María sale un día de su cuarto llevando en la mano un billete anónimo lleno de amenazas á los suyos y que acababa de encontrar sobre su mesa; cae presa de espasmos nerviosos, terribles, *tiene alucinaciones: el hombre rojo!... el papel! asesinan à mi padre y á mi madre.* Durante dos días se halla en un estado tan terrible, que se le aplican los últimos auxilios.

Entonces interviene la autoridad; el teniente de la Roncière, que en este intervalo se ha batido en un duelo con M. de Est..., es tomado preso, y sin embargo, hecho incomprensible, las cartas firmadas por él continúan cayendo en manos de su víctima. Llegando á París en carruaje con sus padres, María, que una tarde fría de invierno llevara un

brazo fuera de la portezuela, gritó desesperada que acababan de lastimarselo por un choque violento que había recibido, é inmediatamente se encuentra al lado de ella un billete anónimo firmado de la misma letra que los otros. La acción criminal comienza entonces. E. de la Roncière comparece delante de la Corte de Assisses, defendido por M. Chaise d'Est-Ange. Los padres de María de M... concurren representados por el ilustre Berryer y Odilon Barrot!

No podemos entrar en los detalles de las peripecias de este proceso que apasionó á la Francia en 1835; sólo deseamos consignar, continúa Legrand du Saulle, los puntos más instructivos bajo el punto de vista que nos ocupa. El defensor del acusado, en un alegato que puede ser considerado como un modelo de sagacidad médico-legal, se propuso especialmente hacer resaltar las inverosimilitudes é imposibilidades materiales contenidas en la relación del atentado, tal cual lo hacía la víctima. Las cartas anónimas escritas en un papel idéntico al que empleaba María para hacer sus deberes de colegio y muy escaso en el comercio, fué reconocido por cuatro peritos como no emanando evidentemente de la Roncière, presentando, por el contrario, á pesar del disfraz y disimulo con que había sido hecho, grandes similitudes con la escritura de la señorita de M...

Llevando la cuestión á su verdadero terreno, M. Chaise d'Est-Ange por sospecha, muy no-

table en esa época en que la patologia nerviosa era todavia tan mal conocida, deducia que las cartas anónimas eran la obra de Maria de M... y que no habia habido atentado sino en la imaginación *de esa joven probablemente alucinada* y presa en todo caso de una neurosis, extraña sin duda, pero evidente, en todo lo que se veía. Según los informes de los doctores Bailly, Recamier y Olivier (D'Angers) quedó establecido que María de M... estaba afectada de movimientos espasmódicos muy *pronunciados* y de *accidentes mórbidos* que presentaban á la vez *los caracteres de la catalepsia y del sonambulismo.* Todos los dias tenía repetidos accesos que se producían á horas fijas, caracterizados por un dolor de cabeza atroz, *por gestos los más extraños*, por movimientos automáticos de los miembros y un estado de insensibilidad completo de la vista y del olfato. Así, pues, la señorita de M. parecia atacada de una enfermedad nerviosa ó mental indefinible que la llevaba á inventar historias inverosímiles, á creerse víctima de atentados imaginarios y recurrir á simulaciones lo más complicadas para justificar sus alegatos acusadores.

Esta afección que M. Chaise d'Est-Ange declaraba indefinible en 1835 y que en el siglo XVI revistió un verdadero y tenebroso misterio, nosotros lo conocemos bien ahora: *es la histeria degenerativa!*

Un célebre médico alienista que siendo interno de Esquirol en esa época fué colocado en condiciones de observar de cerca á la señorita de M... durante el proceso, aseguraba á Legrand du Saulle, que la naturaleza histérica de estos accidentes nerviosos, no eran dudosos. Nada, pues, nos parece más fácil de explicar que este proceso criminal en apariencia inexplicable. Por desgracia, la opinión pública, concluye Legrand, estaba completamente prevenida contra este joven y llena de piedad y de simpatía en favor de la pretendida víctima. El jurado, siguiendo sin pensarlo, el impulso de esta corriente de opinión y por lo demás subyugado por la elocuencia fascinadora de Berryer, declaró á M. de la Roncière culpable de tentativa de violación y de heridas voluntarias con admisión de circunstancias atenuantes: la Corte condenó á diez años de reclusión al infortunado, que sufrió entera su pena en Clavaux, estando á punto de perder la razón á causa de tan dura prueba. M. de la Roncière fué en fin rehabilitado en 1848 debido al informe favorable del guardasello Odilon Barrot que habia sido el abogado de sus adversarios. Sin embargo, los motivos invocados se tomaban, no al error judicial en que habían incurrido los tribunales, sino á la conducta regular y honorable del hombre que había tan dignamente cumplido su condena [1].

[1] LEGRAND DU SAULLE, *Les hystériques*, pág. 410.

No hay duda que esta intervención singular debia atribuirse á la perturbación mental indudable de todos esos testigos, pero con algo más que simple histeria, con una perturbación cerebral más profunda, sobre un fondo de *histerismo degenerativo*: porque, como dice Colin [1], son enfermos en los cuales la histeria y la degeneración mental se hallan al estado de combinación. Y el distinguido autor parece completamente persuadido de que en los casos de esa índole los autores han tomado por histeria simple un complexo patológico perteneciente á la medicina mental, de una mezcla de histerismo y de degeneración. Sea lo que fuere, lo cierto es que semejantes perturbaciones cerebrales en forma de alienación mental, tomaron, como digo, una parte trascendental en los procesos de la Inquisición.

Todos esos psicópatas pseudo-lúcidos, decia Cullère en un Congreso de Medicina mental, pertenecen á la locura hereditaria : son los *circulares*, los *perseguidos razonables ó perseguidores* y las *histéricas*. Todos presentan bajo el punto de vista nosológico este carácter común : « la delibidad ó la perversión del sentido moral, y denuncian generalmente por odio, por venganza, por necesidad de obrar mal, y esto conviértese en algunos en una idea fija, que dirige todos sus pasos, todas sus acciones, la vida entera ». Sin embargo, piensa Cu-

[1] *Essai sur l'état mental des hystériques.*

llère que ciertas histéricas no sacan siempre los elementos de sus falsos testimonios de su perversidad nativa, porque pueden ser la consecuencia de una alucinación. Este mecanismo psicológico, agrega, es el único, en efecto, que nos da la explicación suficiente de una multitud de aventuras extraordinarias en las cuales se quejan de haber desempeñado el papel de víctimas; aventuras que, según él, no las han inventado con intención manifiesta de engañar.

Lo que pasa en estos casos es «que lo han soñado, pero el sueño ha dejado huellas tan profundas en su espíritu, que las infelices acaban por creer en ellos como si se tratara de una realidad. Esta noción arroja vivísima luz sobre *cierto número de acusaciones extrañas y monstruosas*, lanzadas de buena fe por determinadas histéricas contra algunos desgraciados que, no habiendo podido demostrar su inocencia, han recibido en el oprobio un castigo positivamente inmerecido» [1]. El mismo Cullère dice que la confesión de una culpabilidad imaginaria se encuentra en el curso de paroxismos psíquicos que dimanan de la degeneración mental adquirida ó hereditaria. Ciertos congestivos, ciertos razonadores, algunos degenerados atacados de locura moral, se acusan de crímenes que no han cometido.

[1] CULLÈRE, Cuarto Congreso de Medicina mental celebrado en la Rochela el 1º de agosto de 1893: *De los falsos testimonios de los alienados ante los tribunales* (*Semana Médica*, año III, núm. 34, agosto 1893).

Conocidos en sus interesantes detalles todas estas circunstancias y los célebres incidentes judiciales tan notorios en los anales de la justicia francesa y del mundo entero, uno se imagina fácilmente lo que pasaría dentro de los cráneos obscuros de Lucero y de Arbues.

Si la tramoya sutil de esos pobres alucinados ha podido en los tiempos modernos despistar la sagacidad proverbial de Odillon y de Berryer, ¿qué no sucedería con aquellos jueces sin la más elemental noción del procedimiento y sin el ápice de malicia suficiente para discernir las cosas más pueriles de la vida? Los *débiles de espíritu*, *los perseguidos, las beatas*, *las monjas* enclaustradas ó libres, las mujeres de alta y bajo posición eran las heroinas fomentadas y estimuladas por las continuas proclamaciones á la *delación* que hacía el Santo Oficio, incitando á todo el *mundo* á denunciar las puerilidades más grandes como signo de herejía. Favorecía y daba pábulo á tales sueños y alucinaciones, la sugestividad, el instinto tramoyista y supersticioso de la histérica. En todos los tiempos, no sólo en los de Torquemada y Fray Diego Deza, la *delación* simple, verificada por cualquier testigo, hombre ó mujer, era suficiente para condenar al reo.

Los procesos, dice Llorente [1], « comenzaban por *delación ó noticia* equivalente á ella, *cual es*

[1] LLORENTE, *Historia critica de la Inquisición.*

la que da por incidencia una persona que hace declaración jurada en el Santo Oficio con motivo diferente ». Si los inquisidores, agrega el fraile revolucionario, « *no hicieran caso de las delaciones anónimas, y si á los que las hacen con firma se les impusiese* las penas del falso calumniador, *no habría la centésima parte de procesos, pero de todos se hace precio* ». Cuando la delación tenia la firma, se recibia al delator declaración jurada, en que se hacía manifestar todas las personas de quienes *sabía ó presumía* que podían tener noticia; se les examinaba y las declaraciones de aquél y estos formaban lo que se llamaba *información sumaria* (1). Cuando « la *información sumaria* daba motivos para proceder adelante, *¿ quién quedaba responsable de la calumnia si el procesado probaba en plenario haber ella intervenido ?* Nadie, pues *aun en las delaciones firmadas no se intimaba* al delator el peligro de la responsabilidad ».

Las delaciones *de mujeres se multiplicaban, sobre todo* en las temporadas del cumplimiento de los preceptos de confesar y comulgar por la Pascua de Resurrección, á causa de que los confesores imponían esta obligación á los que decían *haber oído, visto ó entendido cosa que fuese ó pareciese ser contra la fe católica ó contra* la labor y recto ejercicio del tribunal de

(1) LLORENTE, *Historia crítica de la Inquisición*, pág. 171.

la Inquisición. Esto era consiguiente á los edictos que se publicaban en los domingos de Cúaresma, «el uno intimando la *obligación de delatar dentro de seis días bajo la pena de pecado mortal y de excomunión mayor*, en que incurrían por el hecho de dejar pasar los seis días sin cumplir el mandato. Muchos oyentes entraban en escrúpulos de haber callado alguna cosa que graduaban de sospechosa contra la fe á causa de su ignorancia. No se exceptuaban de la obligación de delatar *ni los parientes más allegados, y se delataba al padre, al hijo, éste á aquél, la mujer á su marido* y éste á su mujer, tal era el furor del fanatismo » (¹). La delación, dice Puiblanch (²), era un medio de satisfacer *las venganzas y las malas inclinaciones* de los pobres de corazón.

El crimen de la *fornicación simple* con animales asquerosos, *comer vivos niños tiernos, de cohabitar con los demonios* ó *de escupir la hostia consagrada*, eran frecuentemente los delitos de que se acusaban las histéricas, es decir, las brujas demoníacas, ó, por otro nombre más genérico, las poseídas. «Son muchísimos los ejemplares, dice el antiguo secretario de la Inquisición de Corte, de confesar mentiras como verdades, en los procesos; *con más frecuencia* en las causas de magia, hechizos, brujerías, maleficios y pacto con el demonio, pues el *mayor número de mujeres* y

(¹) LLORENTE, *Historia crítica de la Inquisición*, tomo I.
(²) PUIBLANCH, *La Inquisición sin máscara*.

aun de hombres, confesaron cosas que ninguno que tenga sentido común puede ni debe creer, especialmente después que la repercusión y el curso de los tiempos han multiplicado las luces de la crítica».

Esos cronistas ingenuos no han hecho literatura, han pintado con el estilo de su tiempo la fenomenología accidentada de aquellas neuropatías que, por serles absolutamente desconocidas, les dieron trabajo, por siglos tal vez, complicando de una manera curiosa el procedimiento de los tribunales. La enfermedad era la misma entonces que hoy; la histeria que arrojaba á la hoguera al fraile Félix de Insua es igual á la que intervenía de un modo tan doloroso en el célebre proceso del teniente La Roncière.

Son siempre las mismas, víctimas ó heroinas; su inventiva es constantemente fecunda para forjar historias falaces en que lo real y lo fantástico se mezcla con un arte perfecto hasta el punto que hemos visto ya. « Difícil, insoportable para vivir con ella, su comercio es á menudo intolerable por el espíritu de oposición, de contradicción, de controversia de que está animada. Cartas anónimas, destinadas á sembrar la discordia, dice Dailly , á urdir las intrigas más complicadas, simulación de enfermedades, comedias de suicidios, todo es bueno y aceptable para satisfacer su incomprensible necesidad de engañar »; nada iguala su amor á la mentira, y parece, agrega Charcot, que las pa-

labras de la Escritura *ominis homo mendax*, se han referido sobre todo á la histeria. Mienten sin razón, inconscientemente, sin propósitos, muchas veces por el placer inefable que sienten nada más.

Chomel, que según se afirma no quería ocuparse jamás de las histéricas, porque repetidas veces había sido engañado por ellas, refiere como comprobante y justificación de su invencible repugnancia, la siguiente historia, que es concluyente: una enferma de su servicio, presentaba fenómenos nerviosos cuya extravagancia y rareza hacían de ella un caso sumamente interesante. Chomel levanta con cuidado la historia, observa, toma nota trás nota y permanece horas enteras en largos é interesantes interrogatorios; cuando ya parecía terminado todo y se preparaba á retirarse, le pregunta si no tenía nada que agregar á los datos suministrados: *sí*, dice ella tranquilamente, *y es que en todo cuanto he referido á usted, no hay un ápice de verdad!*

No hay superchería que no imaginen para hacerse interesantes. Lo referido por Chomel, es apenas un rasgo, comparado con los complicados procedimientos y romances que fraguan, y los hechos de simulación llevados hasta lo inverosimil, son frecuentemente las notas culminantes de sus historias [1]. No parece demostrado que la histeria en todas sus manifestacio-

[1] CHARCOT, *Leçons sur les maladies nerveuses*, 1880, tomo I, pág. 281.

nes, haya sido simulada por las enfermas; pero en cambio es incontestable que con frecuencia, la desnaturalizan exagerando las principales circunstancias del caso é imprimiéndoles ese *cachet de fantaisie* y de maravilloso de que gustan tanto.

Sobre todo, lo que llama la atención es el aplomo con que hacen las más grandes bribonadas y la indiferencia con que consideran las más graves responsabilidades; sus mismos dolores, aun las peligrosas complicaciones de la enfermedad, las encuentran á las veces en una indolencia extraña, y los autores han hecho notar con razón otras particularidades curiosas, de su singular estado cerebral; la quietud en la cual se encuentran aun cuando estén afectadas de lesiones, cuya gravedad y duración no pueden prever seguramente. Pónganse, dice Huchard y Axenfield, dos enfermas, la una con una hemiplegia permanente complicada de contractura, debida á una lesión cualquiera de los centros nerviosos, y la otra con una contractura hemiplegia de naturaleza histérica, y se comprenderá inmediatamente qué diferencia las separa bajo el punto de vista de la sensibilidad moral y física; la primera no verá, sin creciente inquietud, la rigidez muscular invadir de día en día cada vez más sus miembros inmovilizados, ya por un largo reposo; la segunda, es decir, la histérica, sufrirá y sobrellevará esta inmovilización prolongada con una imprevisión extraña, con

una singular paciencia que es preciso no confundir con la resignación [1].

Así son precisamente en todas sus cosas.

Tienen en su conciencia la misma tranquilidad, la misma quietud de escrúpulos para verificar las más serias acusaciones, ya sea contra un extraño, ya, como hemos dicho, contra su marido, su hermano ó su propio padre. Hay indudablemente mucho de inconsciente en este estado mental extravagante. No las intimida nada, y cuando hacen comedia ó tragedia de sus males físicos y morales, es porque hay en el carácter la propensión violenta á las exageraciones y un deseo caracteristico de hacerse interesantes, de llamar la atención y la conmiseración de su ambiente. La obtusión enfermiza del sentido moral las llevaba á mirar con perfecta insensibilidad las hogueras y las hecatombes del *auto de fe*, echando mano de la simulación del llanto, derramado en copiosas lágrimas, con una frecuencia y facilidad extraordinarias, llorando algunas veces con grande y lujosa mímica, las desgracias del Quemadero. Tal hacía Isabel de Inglaterra con María Stuardo, y todas las histéricas que llevaban á la muerte en tropas numerosas, á los pobres frailes y adláteres de la Inquisición, de la Corte y del pueblo.

La mujer histérica, dice Legrand du Saulle, es un instrumento de doble filo; los frailes aviesos

(1) Huchard y Axenfield, *Les névroses*, pág. 217.

ignorando el peligro y sin conocer científicamente la debilidad moral que explotaban, se valían de ella para provocar denuncias y delaciones según sus conveniencias privadas ó judiciales. El Santo Oficio tenía así, á su servicio, un elemento de indiscutible provecho, usado con acierto cuando es posible, porque también, hemos de decirlo, la misma variabilidad mórbida de su carácter moral, la proverbial impresionabilidad la hace á menudo, de un manejo difícil. Cuando creían tomarla por el cabo se encontraban con que habían apretado entre sus manos la hoja fría y aguda de aquel puñal que mataba inoculando un veneno irreductible.

Se les puede exaltar y entusiasmar para el bien lo mismo que para el mal; porque, como dice Henry Colin, es innegable que todas tienen tendencias á *imitar* lo que se hace delante de ellas, malo ó bueno, aun cuando esta tendencia es perfectamente inconsciente y debe ser á cuenta del heretismo de sus centros psíquicos (1). Sea ó no por el deseo de aparecer, de *dramatizar la vida,* como dice Legrand du Saulle, ó por la susceptibilidad extrema de que adolecen, lo cierto es que sus copiosas expresiones mentales y somáticas se prestan á todo género de sugestiones. El cerebro de un histérico, hombre ó mujer, es una cera blanda, en la cual se imprimen fuerte-

(1) *Essai sur l'état mental des hystériques,* por H. COLIN. 1890.

mente todas las impresiones que vienen de afuera ó que sean producidas por la enferma misma, y posiblemente es este eretismo permanente de los centros cerebrales, el que da la llave de todas las manifestaciones morales ó motoras que uno ve sobrevenir en esta clase de enfermos [1].

Las histéricas son ante todo *sensitivas* [2], y por lo que toca á nuestros casos, realizaban, como ya hemos dicho, un ejemplar acabado en que un amasijo de histerias parciales, de perturbaciones mentales y de degeneraciones, daban un aspecto singular y fantástico á la sintomatología. Todas tenían la necesidad suprema de salir del camino trillado común de las otras mujeres, de romper la línea recta y monótona que sigue cada uno en la vida. He observado, dice Legrand du Saulle, un cierto número de histéricas en 1871 entre las mujeres que habían ocupado las brigadas de *petroleras;* se las había reclutado como *ambulancières*, y de acuerdo con el programa primitivo, debían ser para los heridos de nuestras discordias intestinas, verdaderos ángeles de caridad. La misión primera se desvió á consecuencia de los acontecimientos que se produjeron tan rápidamente en las jornadas de Mayo, y por una simple exhortación, ó por un gesto imperativo de los jefes enloquecidos por su atroz fanatismo político, las *ambulancières* se

(1) Colin, op. cit., pág. 6.
(2) Colin, loc. cit., pág. 7

transformaron rápidamente en incendiarias [1]. He ahí un ejemplo de esa plasticidad de cera á que se refiere Colin.

En los procesos del Santo Oficio las acusaciones que habitualmente hacían, eran ó de herejía ó de atentado á las costumbres; estas últimas con el lujo de detalles y circunstancias repugnantes que la *licantropía* y *zooantropía*, que frecuentemente reinaban en algunos parajes, suministraban á la imaginación extraviada. En ese tiempo, los más expuestos serían los frailes, pues eran numerosos, y su lujuria proverbial, según Puiblanch, daba un carácter de verosimilitud á todas las denuncias. Por otra parte, la circunstancia de que por las necesidades de su profesión, agregada al silencio y secreto con que el Santo Oficio rodeaba sus actos más pueriles, estaban casi obligados á encontrarse solos con las mujeres, suministraba una base racional á sus cuentos. Rodeados de aquella soledad y misterio tan voluptuosos que tiene el templo para el creyente á ciertas horas, la imaginación de la degenerada se sentía estimulada, solicitada á la vagabunda y ardiente fantasía que le permitía fraguar con tan rica y maligna abundancia de detalles, las delaciones y romances.

El célebre *auto de fe* que se verificó en Madrid en 1635, con toda la solemnidad que le daba la

[1] LEGRAND DU SAULLE, pág. 398.

presencia del rey, tuvo por origen las denuncias de una beata Candelaria, quemada al año siguiente por el delito conocido de licantropía. Fueron nada menos que cincuenta los reos; siete quemados en persona, cuatro en estatua y cuarenta y dos los reconciliados ó penitenciados. Una circunstancia, dice Llorente, lo hizo famosísimo: «Miguel Rodriguez é Isabel Martinez Álvarez, su mujer, eran dueños de la casa en que se reunían los reos para su culto judaico. Resultó que *azotaban á la virgen*, *según las delaciones de la beata*, *y á Jesús crucificado, prodigándole otros muchos ultrajes,* diciendo ser en resarcimiento de lo que sufría la religión de Moisés. El Santo Oficio mandó arrasar la casa y poner una inscripción de perpetua memoria» ([1]). Al célebre D. Rodrigo de Calderón, secretario de Felipe III, le formó la Inquisición un proceso famoso nada más que por denuncias falsas de histéricas de alta posición, «gente sin ejercicio alguno, supersticiosa, hipócrita y embustera, amigada con la calumnia» ([2]). El proceso quedó pendiente por haber sido degollado en Madrid, en virtud de sentencia de los jueces reales en el año 1621: se le acusaba de haber usado hechizos, etc.

Pero entre las causas célebres en los anales

([1]) Llorente, *Historia crítica de la Inquisición*, tomo II, pág. 277.

([2]) Ventura Herraiz y Antuña, *Glorias del Santo Oficio* 1851, Montevideo, pág. 132.

del Santo Oficio español, ninguna tal vez como aquella que en el reinado de Carlos II formósele al confesor del Rey y obispo electo de Avila, fray Froilán Díaz, religioso dominico, acusado de mil cosas extrañas por aquella monja alienada de Cangas de Tineo, Villa de Asturias, exorcizada por un fraile Asturiano para hacerle expeler *los demonios de quienes parecía obesa* (1).

En este curioso asunto la perturbación mental de una monja traviesa puso en alarma á casi todo el reino, convulsionando al mismo Santo Oficio, que (¡cosa extraña! que no pudieron los pueblos y los ejércitos, ni los reyes poderosos) se sintió, como en otras ocasiones, conmovido por las maquinaciones tenebrosas de una desequilibrada. La debilidad *natural* de que padecía el Rey en su salud genital y la falta de herederos tan ávidamente ambicionados por él y por la reina María Ana, hicieron sospechar al rey que estaba «enfermo y privado de las fuerzas conyugales necesarias al objeto, por acción sobrenatural de hechizos».

El cardenal Portocarrero, el Inquisidor general Rocaberti y el confesor Díaz, convinieron en la cosa, y haciéndosela aceptar al príncipe, cuyas facultades mentales tenían toda la dolorosa depresión de los últimos vástagos de su raza, le rogaron que permitiera ser exorcizado con los ritos

(1) LLORENTE, tomo II, pág. 297.

eclesiásticos para destruir el hechizo. Carlos II condescendió, y el padre confesor repetía con alguna frecuencia, aunque sin éxito, sus maravillosos exorcismos, cuando supo que un fraile dominico asturiano exorcizaba también en una villa de Asturias á *cierta monja extática para expeler los demonios que tenía dentro con gran placer de su carne* (Llorente).

El confesor del Rey, de acuerdo con el Inquisidor General, encargó al fraile exorcista, mandar al demonio de la *energúmena* por medio de conjuros eclesiásticos que declarara si era cierto que Carlos II estaba hechizado, y, en caso afirmativo, cuáles habían sido los hechizos, «si los habia permanentes, si estaban en cosas de comida, etc., etc., encargando reiterar los conjuros y expulsarlos con tanta constancia y vigor cuanto era la importancia para bien del Rey y del Estado» [1]. Después de muchos procedimientos teatrales á gusto de la beata de Cangas, ésta comenzó á declarar *cosas inauditas y á comprometer gentes de todo linaje:* estaba en su elemento, siendo el objeto de la curiosidad del reino entero, rodeada de la admiración supersticiosa de la Corte, lo mismo que del último villano, actora exclusiva de una gran comedia con sus ribetes de tragedia, porque las terribles supercherías que ponía en escena llevaron á más de uno al destierro y á la carcel en medio de la suprema

[1] LLORENTE, *Historia crítica de la Inquisición.*

quietud é indiferencia tan propia de su cerebralidad.

Después de muchas ocurrencias el *demonio* (y no ella) parece que manifestó por los labios convulsos de la monja «*mil cosas extrañas que alarmaron al Rey y á la Corte y produjeron serias acusaciones por parte del Santo Oficio;* frailes y monjas, caballeros y villanos, se vieron comprometidos de la manera más insólita, porque el *demonio* declaraba ser cierto que habían intervenido hechizos, á instancias de personas que ella determinaba, *arrojando sospechas vehementes contra altos prelados que obligaron á la Inquisición* à guardar profundo secreto». Otras cosas «nos dijo, y más delicadas, que alarmaron al confesor del Rey y que dieron lugar para renovar los encargos, hasta descubrir más luces para deshacer los pretendidos hechizos» [1]. Antes de seguir adelante en el vidrioso asunto, murió Rocaberti y le sucedió el Obispo de Segovia en la Inquisición General, quien en vista del giro que tomaban las cosas, persuadió al Rey que todo estaba reducido al celo imprudente del Confesor, cuya separación del confesonario era forzosa. Carlos II lo separó nombrándole Obispo de Avila. Pero la Inquisición no sólo evitó que se expidiera en Roma la bula del obispado, sino que procesó al electo como sospechoso de herejía y mandó à la hoguera á la

[1] LLORENTE, *Historia crítica de la Inquisición.*

beata imprudente que la habia puesto en tan serios conflictos [1].

Mencionemos todavía otro proceso ruidoso tambièn en que este famoso factor aliénico interviene como en el anterior.

Es aquel de las monjas benedictinas de la parroquia de San Martin en Madrid, en que su confesor, fray Francisco García, *monje tenido por sabio y santo entre los religiosos más reputables y graves de la orden*, fué acusado de graves delitos que lo condujeron en 1631 á las cárceles secretas del Santo Oficio de Toledo. Doña Teresa de Silva, otra delirante desordenada, y treinta monjas *energúmenas*, como se le llamaba entonces á la forma convulsiva, pusieron á aquel virtuoso fraile y á muchísimos otros de su orden en la pendiente de una perdición irremediable. Tres ó cuatro años, afirman graves escritores, duró el proceso, sucediéndose las delaciones y denuncias más dramáticas por parte de aquellos locos excitados por el *veneno* de sus neurosis. Según ellos, «fray Francisco y numerosos frailes de su orden eran herejes alumbrados y habian cometido mil actos de violencia y tentativas de fornicación» [2]. Después de muchas ocurrencias de recusación del Inquisidor General, de algunos consejeros

[1] VENTURA HERRAIZ Y ANTUÑA, *Gloria del Santo Oficio*, 1851; LLORENTE, *Historia crítica de la Inquisición*, tomo II; PUIBLANCH, *The Inquisition unmasked*.

[2] Véase: LLORENTE, *Historia crítica de la Inquisición*, tomo II, pág 289.

de la Suprema y de diferentes recursos al Rey, la causa se sentenció en 1623 declarando á los confesores, etc. y monjas, sospechosos de herejía. Las monjas «eran treinta y tantas, todas al parecer virtuosas y profesas por voluntad libre y sin las violencias indirectas que alguna vez acaecen. Pero cuando más prevalecía la fama de perfección religiosa del nuevo convento, *se vieron en una monja tales acciones, gestos y palabras, que se creyó intervenir causa sobrenatural:* fray Francisco las conjuró, y en el día del nacimiento de Nuestra Señora, 8 de septiembre de 1628, fué declarada energúmena; á poco tiempo sucedió lo mismo á otras, y en el dia de la espectación de Nuestra Señora, 18 de diciembre, la prelada fundadora Doña Teresa, luego cuatro, cinco ó más y por último veinte y cinco monjas de las treinta» [1].

Luisa Capeau y Magdalena de la Palude, dos histéricas temibles, hijas de un gentilhombre provenzal, acusan y hacen quemar á Luis Gaufridi, cura de la iglesia de Acoules, en Marsella, por haberlas endemoniado y haber abusado de ellas por medio de procedimientos mágicos.

¿Sabe el lector en qué se fundan estas y otras numerosísimas acusaciones? Sobre las visiones de una enferma.

Magdalena «era loca y sus accesos demoníacos no difieren en nada de los accesos histero-epilép-

[1] LLORENTE, *Historia crítica de la Inquisición*, tomo II, pág. 288.

ticos de la Salpêtrière. Todas estas acusaciones son, como siempre, fantasías absurdas de la misma naturaleza que las vociferaciones incoherentes de las mujeres histéricas durante su delirio» [1]. «Gaufridi se siente perdido. El coraje le falta en la tortura, y antes que soportarla por más tiempo confiesa todo, es decir, confiesa los crímenes imaginarios de que lo acusan; conviene en que los diablos se le han aparecido y le han hecho frecuentes visitas esperándolo á la puerta de la iglesia, en donde más de dos mil mujeres han sido envenenadas por el soplo irresistible que Lucifer le ha comunicado». Confieso, agrega todavía el pobre fraile, «que cuando quería iba al sabbat donde permanecía una, dos y hasta cuatro horas».

Á la acusación de Gaufridi siguieron otras, porque Luisa continuó sus denuncias, y en cuanto á Magdalena, salió del Convento completamente loca y andaba por las calles desnuda. Algunas pobres muchachas fueron quemadas, y las revelaciones de Verine, su diablo familiar, llevaron á la hoguera á un pobre niño ciego llamado Honorate [2]. El proceso de la Cardière contra el padre Girald, su confesor, es, dice el mismo Richet, la reproducción exacta del proceso de Gaufridi: una religiosa, Luisa Cardière, histérica también y casi loca, acusa á su confesor de haberla violado y endemoniado.

[1] RICHET, *Les demoniaques d'autre fois* (*Révue des deux mondes* febrero 15 de 1888).

[2] RICHET, loc. cit.

Girald, como los otros frailes, fué quemado vivo en la misma plaza donde lo había sido Juana de Arco dos siglos antes (Richet). Magdalena Bavent, que ha dado origen á un libro muy raro (1), acusa también á un fraile inocente y lo arrastra á la hoguera, asi como la histeria bulliciosa de las poseidas de Loudun, tan conocidas en la ciencia, hace quemar vivo á Urbano Grandier, aquel brujo terrible que convocaba los diablos y daba la comunión poniendo á las religiosas en el estado de pureza intachable en que Eva se hallaba antes del pecado; es decir, desnudas completamente, según corría en la acusación que ellas mismas le hicieron.

Sería interminable esta enumeración escrupulosa de todos los casos en que influye peligrosamente la denuncia gratuita de una alienada.

La Inquisición fomenta con sus prácticas y procedimientos estimulantes esta serie de *terribles comedias*, á las veces tan provechosas, aunque peligrosísimas otras, que le llenaban sus cárceles dando abundante material á las hogueras, languidecientes en ocasiones. La *histérica*, vale decir *la monja, la enclaustrada*, *el pobre de espíritu*, *el alienado* en general, fueron por mucho tiempo, como queda establecido, los más fieles proveedo-

(1) *Histoire de Madeleine Bavent, religieuse du monastère de Saint-Louis de Louviers, avec sa confession générale et testamentaire où elle declare les abominations, impiètés et sacrilèges qu'elle a pratiqué.*

res de sus calabozos secretos. Nada tenía que denunciar, en verdad, pero su mente desordenada por la eterna clorosis que hacía vibrar los nervios bajo su piel pálida y transparente, tenía elementos para fraguar las delaciones novelescas, hijas de la alucinación y del delirio. Así continúan interviniendo en una sucesión de procesos más ó menos ruidosos, por años enteros, probablemente por siglos, porque, mientras hubo inquisición, actuaron estos psicópatas seudolúcidos que se sentían estimulados y sobrexcitados á poner en acción los sortilegios de su carácter alucinatorio.

Llegaron, como se ha visto, con su espíritu dramático, á comprometer á los Reyes mismos, á ocupar la atención de los más altos y más graves poderes del estado. La trama de su intriga consciente ó no, pero siempre peligrosa de sus enredos intangibles, dramatizados por la imaginación acalorada y pervertida que indudablemente no tiene rival, no fué jamás apreciada en toda la extensión é importancia que tenía, pues aun cuando en una que otra ocasión, *rara avis*, fué condenada una mujer por falso *testimonio*, esto era tan raro que casi constituye una excepción en los anales del mencionado tribunal. Sus dolencias no podían ser conocidas en esas edades, cuando hoy mismo tantas inconscientes audacias, inducen á los médicos en las más graves equivocaciones diagnósticas y á los magistrados más

hábiles en errores judiciales dolorosos é irreparables.

Existen, sin embargo, no pocos alienados «que conservan una percepción exacta del mundo exterior. No hay un solo médico alienista que, en ciertas circunstancias, no se dirija al testimonio de algunos de sus enfermos para llegar á establecer las responsabilidades, á propósito de algún incidente de servicio; pero él conoce á fondo el estado mental de aquellos á quienes inquiere, se halla en condiciones de saber en qué medida puede dar fe á su testimonio; si mezclan algo de ilusorio en el relato de los hechos, puede darse de ello perfectamente cuenta». Y esto es precisamente lo que no podrá hacer nunca un magistrado, menos todavía un tribunal. Si se recurre, pues, al testimonio de un alienado, no puede ser más que á título de simple noticia y á condición de no interrogarle sino acerca de hechos sencillos (Cullère).

La ley, como dice Legrand du Saulle, debería tratarle como á un menor de edad y abstenerse de exigirle juramento. Un caso mucho más común y de interés muy distinto, es la confesión de un crimen imaginario hecha por ciertos alienados en determinadas circunstancias. Cuando la afección mental se halla perfectamente caracterizada, se hace fácil relacionar estas auto-acusaciones con su verdadero origen. Pero ocurre con frecuencia que se producen en el período

de incubación de la locura, y se comprende fácilmente que, en tales condiciones, no tiene nada de imposible que se cometa un error judicial: de estos tenemos numerosos ejemplos [1]. « Los alienados que más á menudo se acusan á sí propios son los melancólicos; sus falsas confesiones parecen el resultado lógico de sus concepciones delirantes, las cuales tienden á objetivarse en esta forma ». La mayor parte de los autoacusadores melancólicos, son alcoholistas. Se sienten « compelidos á *atribuirse á sí mismos* culpabilidades imaginarias, por la debilitación del estado de su conciencia en el curso de las ideas. Presa de la angustia y del terror, toman una alucinación, un recuerdo, un sueño por la realidad, y acaban por acusarse de un crimen que sólo imaginariamente pueden haber cometido (Cullère, *Congreso de Alienistas*, 1892).

Por lo que respecta al histerismo ingertado en una degeneración indudable, como sin duda alguna era común entonces, parece que los que la padecen son terriblemente peligrosos por su constante desequilibrio.

La falsía constituye el fondo de su carácter, dice el mismo Cullère; Brouardel agrega que es esencialmente mentiroso [2]; Huchard piensa también que son notables por su espíritu de duplicidad, engaño y simulación. Engañan, piensa

(1) CULLÉRE, loc. cit.
(2) *L'hystérie et le mariage. Cours de médecine legale*, 1886-87.

Morel ([1]), con igual aplomo á sus maridos, á sus padres, como á sus enfermos y á sus médicos; y Charcot ([2]) decia que uno se sorprende de la malicia, el ingenio, la sagacidad y la insólita tenacidad que ponen en juego para engañar las mujeres que están bajo el influjo de la gran neurosis. Lasègue ([3]) y otros autores están todos de acuerdo en reconocer que en medio de la profunda perturbación que experimenta todo su organismo, esta *cualidad matriz* de su curiosa morbosidad se destaca rigurosa, inalterable siempre á pesar de la movilidad peculiar á su espíritu doliente y trabajado.

Los almácigos fecundos de todos estos neurópatas, testigos y delatores inconscientes, eran España é Italia. Pero sobre todo España, que por sus condiciones sociales, por sus tradiciones y hábitos religiosos exageradísimos y peculiares, tenia que ser el pais de los histéricos y de los desequilibrados. Abundancia excesiva de mujeres desocupadas y licenciosas en sus cortes y de conventos atestados de mujeres por lo general, predispuestas por la deplorable higiene física y moral de su tiempo, que llevó á Santa Teresa á establecer con urgencia ciertos preceptos admirables de previ-

([1]) MOREL, *Etudes cliniques sur les maladies mentales.*
([2]) CHARCOT, *Leçons sur les maladies du système nerveux.*
([3]) LASÈGUE, *Les hystériques, leur pérvérsité, leurs mensonges* (*Annales médico-psychologiques*, 1881); FALRET, *Maladies mentales;* ESQUIROL, NIEMEYER, KRAFT-EBING, etc., KRAEPELIN, etc., MORVELLI, etc.

sión y profilaxia; composición heterogénea de su personal; residencia oficial y omnipotente de la Inquisición, repartida en todo el reino, cuyas conciencias y corazones oprimía por el terror que inspiraban sus procedimientos y el supersticioso prestigio que hacía doblar la cabeza de los reyes, bastaban y sobraban como causas poderosas para engendrar tan difusos trastornos. España, pues, tenía que ser el pueblo cuyo sistema nervioso estuviese mayormente contundido, como que venía, además, excitado de siglos atrás, exaltado y deprimido alternativamente por causa de un estado de guerra secular, de malestar incurable, cuyos efectos aún en nuestros días retardan su progreso por una ley de atavismo ineludible.

En Italia y en España, la poderosa influencia de la iglesia sostenida por tribunales severísimos, por reyes y pontífices como Felipe II, Paulo IV y Sixto V, así como por el grande y admirable desarrollo de las ciencias eclesiásticas en la segunda mitad del siglo XVI, evitaron que el germen fecundo de lo heterodoxia despertara las conciencias calmando aquellos corazones enloquecidos por el terror. No así en Francia, dice un erudito escritor español, donde el tumulto de las guerras religiosas y el contagio nacido de la vecindad de los países protestantes engendró un marcado espíritu de duda que, por efecto de la misma lucha, se apoderó de las cabezas, y quizás, agrega el mismo autor, malas tradiciones y resabios del *esprit gaulois*

del siglo XIV, tocado de incurable ligereza y aun de menosprecio de las cosas santas, bastara á engendrar cierta literatura escéptica, grosera y burlona, cuyo más eximio representante es Rabelais [1].

Sería seguramente cosa que despertara profunda alarma, ver las comunidades enteras conmovidas por estos males, algunas de ellas encerradas en sus conventos con *veinte y cinco* demonios, delatando la gente virtuosa como autora de diabólicas herejías.

Actualmente las cosas se pasan de la siguiente manera, con variantes más ó menos extraordinarias: la anuria ó la ixuria con vómitos existen solas durante cierto tiempo y el fenómeno se reduce á su mayor simplicidad [2]. Pero bien pronto, sobre todo si los accidentes parecen llamar la atención é interesan á los médicos y excitan la curiosidad y la admiración de todos, la orina pura será expulsada por los vómitos, en cantidad considerable, luego por las orejas, por el ombligo, por los ojos y aun por la nariz, como ha sucedido recientemente... y si la admiración llega á su colmo, la histérica vomitará materias fecales [3]. ¿Habrá allí algo más que simple histeria? ¿Locura, histeria y degenerescencia juntas?... Es verosímil.

(1) MENÉNDEZ PELAYO, loc. cit.
(2) COLIN, loc. cit.
(3) CHARCOT, *Leçons sur les maladies du système nerveux*, tomo I, pág. 281.

Gilles de la Tourette, y como él muchos otros autores, han hecho resaltar otra propiedad singular de su mente, que ya hicimos notar en la reina Isabel: «la excesiva facilidad con que esas inteligencias pueden ser sugestionadas. Según parece, la histérica no miente conscientemente, cree en la verdad de sus fantasías y locuras: la movilidad enfermiza de su espíritu, la excitabilidad exagerada de la imaginación traen á su conciencia toda clase de sentimientos absurdos; se sugestiona á sí misma, porque sus impresiones no reposan sobre percepciones reales, y cree en la verdad de una desordenada fantasía, hasta que nuevas sugestiones, sea de sí misma, sea emanadas de un tercero, hayan desalojado la precedente» (1). Una consecuencia de semejante tendencia es su manía irresistible por la imitación y el entusiasmo con que sigue las inspiraciones de otros (2). Cuando ve un cuadro, quiere parecerse á los personajes por la actitud y el vestido; si lee un libro, se apropia ciegamente sus ideas, toma por modelo los héroes de los romances y se identifica con los caracteres que obran delante de ella (3).

Con esa extraordinaria facultad, se comprende, pues, qué peligroso elemento sería, como testigo y como delatora, en los procesos mencionados, siendo así que es difícil resistir al convencimiento

(1) *Traité clinique et thérapéutique de l'hystèrie*, Paris, 1891.
(2) Colin, loc. cit., pág. 15.
(3) Max Nordau, *Dégénérescence*.

que asalta al espíritu cuando se les oye hablar ó discurrir. Las expresiones más exageradas, sea que quieran pintar sus sentimientos afectuosos ó sus movimientos de odio, campean en la palabra y en su correspondencia. Palpitan ardientes mil protestas interminables de simpatía, confesiones apasionadas de una culpabilidad imaginaria. Se acusan de actos imposibles é inusitados, y al denunciarse lo hacen con un lujo de detalles tal, en ocasiones tan precisos, que uno se sentiría fácilmente inclinado á creerlas si no estuviera prevenido de todo lo que son capaces. En algunas de sus cartas hay un carácter de misticismo exagerado; se invoca á menudo la divinidad, los santos, á la Virgen; otras veces un desencanto, una depresión, un disgusto de la vida que se manifiesta en amenazas reiteradas de suicidio (Charcot).

La rica y exaltada sensibilidad de la histérica, sus facultades imaginativas chispeantes y calientes como aquellas mismas hogueras en que tantas de ellas perecieron, era una *gama* variada y abundante que no tenía rival en las mujeres normales. Su misma impresionabilidad exquisita introducía un elemento poderoso de inflamación en sus facultades de reproducción.

CAPÍTULO IV

LA SELECCIÓN DE LA ESPECIE HUMANA POR MEDIO DEL SANTO OFICIO.

SUMARIO: Concepto científico de la selección.— Selección natural y artificial.—Ideas de Weismann, Darwin, etc.— Necesidad de la selección en la especie humana.— Sólo el Santo Oficio la ha verificado en tan grande escala.— Causas que prepararon á la Europa para tolerar á la Inquisición.— Decaimiento intelectual y sensitivo.— Enfermedades infecciosas y epidémicas, hambrunas y miseria.— El estado moral producido por las epidemias y la miseria facilita la acción del terror inquisitorial.— Difusión de las epidemias de locura.— Número de locos, histéricos, epilépticos, etc. que van á la hoguera.— Selección negativa y selección positiva.— Por qué procedimiento el Santo Oficio ha operado el decaimiento del pensamiento español.— La supervivencia de los tipos inferiores.— ¿La locura es un mal necesario?— La locura y el suicidio en España y en el resto de Europa.—La supervivencia del tipo de la Inquisición como resultado de la lucha por la existencia.

Todo el mundo sabe, dice un profesor de la universidad de Fribourg en uno de los mejores capítulos de su reciente colección de *Ensayos sobre la herencia y la selección natural*, que

la ciencia contemporánea, en lo que concierne á los seres vivientes, se basa sobre la hipótesis de una transformación gradual de las formas vivas, sobre el nacimiento de las especies por medio de un desarrollo lento y no por una creación inmediata y sin intermediarios.

Para el mayor número de nosotros, no será nuevo, por cierto, saber que la Biología actual, mira, según el ejemplo dado por Carlos Darwin y A. R. Wallace, como factor principal de estas transformaciones lo que llamamos los *procesos de selección.* Entre el gran número de descendientes que son echados al mundo ó dados á luz diariamente por cada generación de una especie, una pequeña parte solamente permanece en la vida bastante largo tiempo para producir, á su vez, sus descendientes; los otros perecen antes á manos de sus enemigos, de la influencia desfavorable del *medio* en que viven, de la temperatura, por el frío, el hambre, la sed: en una palabra, sucumben en la *lucha por la existencia* [1].

Pero como todos los individuos no son absolutamente idénticos sino que, al contrario, cada uno es un poco diferente del otro, y como las diferencias aumentan en parte la fuerza de resistencia en la lucha por la vida, en parte la disminuyen, aquellos, por ejemplo, que posean la mayor fuerza de resistencia, sobrevivirán y llegarán á re-

[1] WEISMANN, *Essais sur l'hérédité.*

producirse, porque su fuerza muscular, sus sentidos más finos, su cuero más duro y espeso, su vuelo ó su carrera más rápida, ó su cerebro más resistente á las contrariedades é inclemencias *del medio*, por lo que respecta al hombre, les dará sobre los demás una superioridad evidente. (Weismann).

Algunos autores han criticado la palabra *selección natural*, porque, según ellos, selección, de *elegir*, supone intención, es decir, voluntad de parte de un sér inteligente y que en todo caso esta palabra abstracta parece crear una entidad, una fuerza misteriosa fuera de la naturaleza [1]. Pero es fácil responder á esto haciendo notar que palabras igualmente abstractas se emplean en circunstancias análogas y que, por ejemplo, los químicos hablan de *afinidades electivas* para designar este hecho: que un cuerpo puesto en presencia de muchos otros se combina más enérgicamente ó exclusivamente con uno de ellos. No averiguaremos, continúa Duval, si es ó no exacta la observación sobre la apropiabilidad del vocablo, porque parece lo cierto que es corriente en el lenguaje conciso de la biologia transformista para designar una ley universal que se cumple hasta en las esferas más humildes de la vida. Más bien preguntémonos: ¿cuál es el mecanismo que la produce, cuál es el agente ó accidente que la hace visible á

[1] DUVAL, *Le Darwinisme*.

nuestros ojos, cuál es esa otra ley subsidiaria que le da las apariencias terribles de un eterno y universal combate en toda la extensión de la naturaleza? [1].

Ya lo hemos dicho: es *la lucha por la existencia*, es decir, el conjunto de condiciones que hacen que entre los individuos de una misma especie haya algunos que sean menos aptos para procurarse su alimento, para resistir á los ataques de sus enemigos ó á los rigores del clima [2]. Por lo que respecta á la selección artificial, el resultado es el mismo ó, mejor aún, el procedimiento otro que en la selección natural, porque allí la mano del hombre es la que elige los caracteres y forma, según parece, las razas con más precisión y prontitud que la naturaleza misma.

La fijación y acentuación de los caracteres hereditarios de que hablábamos, se produce de un modo más seguro cuando el hombre, actuando sobre los animales ó las plantas domésticas, interviene para elegir los individuos reproductores, de manera de no dejar reproducirse sino aquellos que presentan en el más alto grado un carácter que él desea fijar ó acentuar [3]. Siendo asi que el hombre interviene por una verdadera elección, se ha dado á este procedimiento el nombre de selección, designándola bajo el nombre de *artificial* para di-

[1] Duval, *Le Darwinisme*, loc. cit.
[2] Duval, *Le Darwinisme*, pág. 358.
[3] Duval, loc. cit., pág. 33.

ferenciarla de la *selección natural*, producida, no por la voluntad ó capricho del hombre, sino por el simple juego de las leyes naturales, es decir, de las relaciones de los organismos los unos con los otros y con el medio en que viven [1].

Estas breves consideraciones han de servir para mayor inteligencia de los lectores poco familiarizados con estos achaques de transformismo trascendental y de aclaraciones para el tema que vamos á desarrollar en este capítulo.

En la especie humana este trabajo providencial se hace también, pero de una manera lenta, laboriosa y jamás con el éxito y la prontitud singular con que lo verifica ella misma en los animales inferiores por medio de la selección artificial. La selección en el hombre es natural, y sólo las grandes influencias de que nos vamos á ocupar, sólo estos agentes de tan curioso carácter han podido verificarla de un modo artificial, eliminando inconscientemente y sin propósitos levantados una enorme masa de carne humana viviente y sensible.

La selección humana viene haciéndose cada vez más difícil á medida que el hombre va civilizándose; es eficaz y más pronta relativamente en el salvaje que, como el fueguino, tiene la suficiente libertad para matar, acosado por el hambre, á las mujeres viejas de la tribu, reservándose y cuidan-

[1] DUVAL, loc. cit.

do con más cariño los perros que cazan los lobos ([1]); después en los pueblos bárbaros y finalmente en las sociedades civilizadas, en donde se encuentra estorbada, detenida más que en ninguna, por sus leyes, sus tradiciones religiosas y los grandes principios morales que las rigen. Si bien «las condiciones y probabilidades de existencia son allí mayores, en cuanto á los medios de resistencia, á los agentes naturales que los asedian y á las facilidades que el genio perfeccionado les proporciona, para procurarse alimento, sin embargo, la lucha entre individuo é individuo y entre las colectividades, es grande y encarnizada. De aquí proviene, como hemos dicho, una selección inestable, que no implica un perfeccionamiento absoluto sino relativo, en el sentido de vencer las dificultades de la época, del medio social, político ó religioso, que actúa sobre ellos» con más ó menos vigor y éxito, según la resistencia y plasticidad de su sistema nervioso, que es el que debe adaptarse ó sucumbir ([2]).

En cuanto á la selección artificial, como procedimiento sistemático y en la escala en que se verifica actualmente, es dudoso que exista por lo menos en los paises civilizados; los propietarios de esclavos en los países bárbaros, dice de Candolle, han llegado á regularizar, hasta cierto pun-

([1]) Darwin, *Vanation des animaux*, tomo II, pág. 227.
([2]) Alphonse de Candolle, *Histoire des sciences et des savants depuis deux siècles*, pág. 334.

to, las uniones sexuales, y cuidan de un modo particular y con fines determinados, aunque poco nobles, los desgraciados que tienen bajo su dependencia. Á falta de cálculo premeditado, el interés comercial debe producir en estos casos una selección que se efectúa de generación en generación, y se asegura, dice el autor que copiamos, que en los Estados Unidos, la raza negra se ha hecho más robusta y más capaz de un trabajo muscular regular, por este procedimiento (De Candolle). El despotismo de las antiguas repúblicas de Grecia admitía una selección artificial de los niños aún en las familias de los ciudadanos libres, y Aristóteles, que estaba muy lejos de ser un soñador, se manifestaba de acuerdo sobre la conveniencia de no criar los niños que nacían deformes.

Con todo, la selección humana no se había hecho nunca y no se hace actualmente, cuando menos en la amplitud que en las otras especies animales, porque, según Quetelet, el hombre ejerce sobre sí mismo y sobre todo lo que lo rodea, una *acción perturbadora*.

Esta acción es la que impide que todos los que son demasiados débiles ó inútiles, física ó intelectualmente, desaparezcan en la lucha por la existencia; que los tuberculosos, que han de perpetuar en su posteridad restringida la suprema pobreza de su físico, así como los cancerosos, los locos, los imbéciles é idiotas, que, como dice Morel, resumen en su persona las disposiciones

viciosas de muchas generaciones anteriores, no sigan reproduciendo hasta su secular y espontánea extinción, los gérmenes de la degeneración de la especie humana de que son portadores.

Esa misma fuerza que prolonga la existencia del hombre enfermo, haciendo más sanas y cómodas sus habitaciones, más llevadera su vida valetudinaria; que mejora su bienestar, sus alimentos y sus instituciones; que á los sanos substrae, hasta cierto punto, de las enfermedades y que puede llegar, según el mismo Quetelet, hasta cambiar la naturaleza de un país; esa misma fuerza, decia, si bien influye determinando en cierto grado la *panmixia* á que atribuye Weismann la suspensión temporal de la selección, no puede variar de una manera fundamental las leyes ineludibles de la herencia, que hacen que se transmitan los males que circulan en la humanidad y mantienen la extrema extenuación orgánica de multitud de generaciones. Males que se *cultivan* en los asilos, que se conservan y se sostienen en los hospitales y en todas las instituciones análogas que fecunda el sentimiento de la inextinguible piedad del hombre.

La caridad, que es, sin duda, una de sus más bellas manifestaciones, es, en este caso, una expresión de esa fuerza perturbadora, que, al decir de Herbert Spencer, produce males incalculables al mundo, haciendo una *panmixia* violenta y perjudicial. Los datos poco halagadores que suministra la estadistica con respecto á la locura, lo

comprueban, y por lo que se refiere á las otras enfermedades, como la tisis, etc., sus efectos desastrosos están demasiado en la conciencia y en el corazón de todo el mundo para que insistamos más.

La Francia, sobre 508 habitantes, cuenta sólo con un hombre de letras, un sabio, un artista y tiene 21.700 vagamundos, 71 valetudinarios y cuarenta y tantos mil epilépticos. En el espacio de treinta y tres años la población ha aumentado de 11,23 °/o, mientras que la de los asilos ha subido á 249,55 °/o, es decir, más del doble; por consecuencia, el acrecentamiento del número de alienados en este país, ha sido más de *veinte y dos veces* rápido que el de la población. Y este desarrollo parece mayormente rápido aún, si se compara no sólo el número de locos tratados en los asilos, sino también el de los empadronados á domicilio. Así, mientras que la población total de Francia aumentaba de 11,23 °/o, el número total de locos tratados tanto á domicilio como en los asilos, aumentaba de 530,87 °/o, es decir, que el aumento del número de locos era *cuarenta y siete* veces más rápido que el de la población ([1]).

El crecimiento que se nota en Francia, se observa en todas partes en iguales proporciones alarmantes. En Inglaterra pasa más ó menos la misma cosa; en Suecia, en 1855, había 3893, es decir, un loco por cada 935 habitantes, y en 1860

([1]) PAUL JACOBY, *Études sur la sélection*, pág. 440.

el número se elevaba á 7542, ó sea *uno* por cada 512 habitantes [1]. En Toscana el número de alienados en 1857 era de 449, y en 1866 de 707, lo que revela un visible aumento [2]. Un autor francés cuyo último libro es más reciente que la obra de Jacoby y la de Lunier, sin embargo de establecer que es casi imposible decir de una manera exacta si las cifras de locos aumentan progresivamente y en qué proporciones, da las siguientes, que son horrorosas, aun cuando crea que hay en ellas visible exageración, pues posiblemente todo es debido al perfeccionamiento de la estadística.

Según él, el número de locos se ha quintuplicado en Francia de treinta y cinco años á esta parte. Los censos han establecido que existían en 1835, 16.538 alienados, ó sea 4,96 por 10.000; en 1841, 18.367, ó sea 5,37 por 10.000; en 1861, 46.357, ó sea 12,95; en 1866, 90.709, ó sea 23,82; en 1876, 83.012, ó sea 22,50! Otra estadística interesante es la que se refiere á los locos del departamento, del Sena de 1801 á 1883. Vemos por ella que existían 945 locos mantenidos por el departamento mientras que el 31 de Diciembre de 1883 había 8907, ó sea seis veces más, mientras que en el mismo espacio de tiempo la población de Paris se ha triplicado apenas, pues avaluada en 600.000 al-

[1] Lunier, *De l'augmentation progressive du chiffre des aliénés*, 1870.

[2] P. Griller, *Tavole ed annotazioni statistiche dell manicomio Fiorentino*, 1869.

mas á principios del siglo, se ha elevado á 2.237.928 para el censo de 1881 (1). La estadística de los otros países da más ó menos la misma resultante, si bien es cierto que á veces las contradicciones que se notan impiden formar un juicio definitivo.

Con todo, parece indudable que la locura aumenta en la extensión de sus desastres; y en presencia de esas cifras fabulosas, ya podemos imaginarnos qué sería del mundo si á esta triplicación actual se agregaran los efectos transmisibles de esa otra infernal locura de los siglos medievales, con sus obligados efectos de reproducción rápida y de difusión, sin los frenos que actualmente apenas podemos oponerle. Si aquella creciente propagación hubiera continuado avanzando, fomentada por las múltiples causas que le daban pábulo y sin que ningún agente de la envergadura casi sobrehumana del Santo Oficio hubiera intervenido con su excesiva actividad; si á las cifras de los censos modernos se agregaran los ejércitos de locos, epilépticos, histéricas, neurasténicos, coreicos, etc., que tanto llamaron la atención de Bodin, cuando en su ampulosa hipérbole pintaba como menguados y deleznables los ejércitos de Jerjes en presencia de semejantes multitudes enajenadas!...

Hay entre ese paroxismo universal y la locura

(1) E. Regis, *Manuel pratique de médecine mentale*, Paris, 1892, pág. 34.

moderna, un período visible de calma, en que la enajenación mental casi se extingue por cierto tiempo, para luego comenzar de nuevo en una creciente ascención que marca el período actual, y que sin duda se produce bajo el intenso estimulo de causas tan grandes como la Revolución francesa y los acontecimientos que la siguieron. La locura moderna no parece tener, pues, vínculo hereditario con las terribles plagas mentales de aquella época, debido á la intervención brutal del Santo Oficio, que es el agente productor de tan grande solución de continuidad. Y *à la bonneheure* que no la tenga, porque así sólo cargamos con *nuestra locura*, mientras que del otro modo, hubiéramos de cargar con las dos, por razones de herencia acumulativa ó de secretos *blastogénicos*, como diría Weismann.

¿Cuáles fueron, pues, las causas que prepararon al mundo para la explosión tan difundida de las perturbaciones del espíritu en las formas excepcionales que nos ha transmitido la ciencia, y cuáles las que ayudaron á la verificación de esa, indudablemente cruelísima, *selección artificial*, que se extiende por el universo entero, haciendo y propagando curiosos preceptos de higiene inquisitorial? ¿Cómo pudo el Santo Oficio echarse sobre la humanidad y diezmarla impunemente como lo hizo? Finalmente, ¿cuál fué el procedimiento usado por él para independizarse completamente de todo poder humano, de todo agente

moral ambiente, de la misma iglesia, que le dió su sér y lo alimentó en su entraña por mucho tiempo?

De muchos años atrás, múltiples causas, todas bien poderosas, habían venido preparándole el terreno para cimentar su influencia, formando en el infortunio y en el dolor las generaciones que debían soportarlo. Tolerarlo ó estallar, era el dilema que tenían por delante los cerebros debilitados por una miseria fisiológica prolongada; por máculas hereditarias que le fueron transmitidas por los que durante épocas anteriores sufrieron inermes los duros tormentos que el hambre, la peste y los mil sucesos sombríos característicos les habían hecho experimentar. El hombre tenía su fibra quebrantada y deprimido el espíritu; así es que la resistencia tuvo que ser mediocre.

La inclemencia, casi sin ejemplo, de un cielo constantemente lluvioso, durante ciertos períodos, produjo las condiciones higiénicas desastrosas. Se vieron entonces, dice Morel [1], las fiebres endémicas de ciertos lugares tomar un carácter de lo más pernicioso y pasar sucesivamente por las transformaciones diversas que separan la fiebre intermitente simple de la continua, con producción de petequias y de bubones de carácter esencial en la peste oriental. Si

[1] *Traité des dégénérescences physiques intellectuelles et morales de l'espèce humaine,* 1857.

á esto se agrega la influencia de condiciones atmosféricas desastrosas de otro orden, el hambre, la alteración de los cereales, la acumulación de los grandes ejércitos que llevaban por todos lados el principio de las afecciones más graves ([1]), se concibe cómo y en qué extensión profunda se producirían las alteraciones de la nutrición.

Si bien la Europa Central fué en ciertas épocas preservada de la peste, sin embargo, las simples fiebres afectaban en esta parte del globo las proporciones del tifus y causaban estragos increibles; el estado morboso, designado ordinariamente con el nombre de *fiebre famélica, petequial*, *pútrida*, ó de *tifus* propiamente dicho, se presentaba con un carácter esencialmente contagioso y un predominio marcado en las pertubaciones de las vías digestivas ([2]). La viruela y la escarlatina hacían sus estragos en todas las partes del mundo conocido, y las afecciones escorbúticas y gangrenosas fueron notadas en países en donde sólo se las conocía bajo las formas esporádicas. Hasta el siglo XVII la Europa vivió bajo la acción de estos desastres, con algunas intermitencias que no restablecieron por cierto el quicio de aquellos nervios tan profundamente conmovidos. Los temblores de tierra se sucedían entonces con una frecuencia terrible, según dice Bequelin en sus curiosas *Observations météorologiques faites à Berlin*, etc.,

([1]) Morel, loc. cit., 208.
([2]) Morel, loc. cit., 208.

y las erupciones volcánicas se manifestaron con igual insistencia.

Nada era comparable á las grandes tormentas, á las erupciones del Vesuvio y del Etna, á las terribles borrascas que estallaron, dice el mismo autor citado, en las estaciones menos favorables para su producción; el hambre, las enfermedades más crueles y violentas, tenían extenuada á la Europa entera (Morel). Y para que nada faltara, «los veranos eran fríos, los inviernos lluviosos y húmedos, la lluvia caía en proporciones talmente extraordinarias, que las inundaciones fueron generales y todos los arroyos y grandes ríos de la Europa, desde el Ural hasta el mar Atlántico, se desbordaron, trayendo tales perturbaciones en la agricultura, que terrenos inmensos permanecieron estériles y las semillas confiadas á la tierra no pudieron germinar». Un dato da, diremos así, la nota meteorológica de la época á que nos referimos: en ciertos años en los paises ribereños del Elba, sólo se vieron cinco días serenos en 365 [1].

Desde el siglo VI las enfermedades más graves y con caracteres epidémicos siempre, habian venido produciéndose con una intensidad desconsoladora: *la peste inguinal*, que después de haber azotado Constantinopla se esparció en la Liguria, en las Galias y en España, la *peste negra*, el *mal*

[1] MOREL, *Traité des dégénérescences, etc.*, pág. 212.

de los ardientes, y las *fiebres eruptivas* tenían á las poblaciones en un estado de emoción realmente enfermizo. Hacia el siglo x apareció en Europa una nueva epidemia, cuyos estragos llevaron el espanto al espíritu de las poblaciones occidentales y que la llamaron el *mal de los ardientes*, ó por otro nombre, el *fuego sagrado*, ó *fuego de San Antonio*, *fuego de San Marcelo*, etc., etc. (1).

Esta gran epidemia, que ha sido considerada por los autores modernos como una de las formas de ergotismo á pesar de las contrarias afirmaciones de los miembros de la comisión de 1776, se extendió rápidamente por toda la Europa, y sus efectos, tanto físicos como morales, han sido bien descritos por los cronistas de la época: Saval, Raoul Glaver, benedictino de Cluny, el monje Adhemar en su *Chronique de France*, Michel Fehbier, benedictino de Saint-Maur, han dado descripciones pintorescas del mortífero ardor, de ese *ignis occultus*, cuyos efectos devorantes se operaban tan sólo en el espacio de una noche, según la afirmación excesiva del candoroso fraile (2).

Pero lo que colma la medida de los padecimientos y da una idea de la magnitud de los terrores que se apoderarían de los infortunados espíritus, tan profundamente labrados, es la proporción que afectó en el mundo la *peste negra*, que en

(1) ANGLADE, loc. cit.

(2) Véase: EDMOND DUPOUY, *Le moyen âge médicale*, de donde copio estos datos.

el breve espacio de cuatro años hizo *setenta y cinco millones de víctimas*, es decir, la mitad próximamente de la población total ([1]). Constantinopla perdió los dos tercios de su población, Chipre otro tanto y el Cairo tuvo quince mil muertos. Florencia pagó un tributo enorme á la epidemia, porque, según Bocaccio, perdió *cien mil* personas. Venecia tuvo *setenta mil,* Nápoles *sesenta mil*, la España, la Alemania, la Inglaterra, la Polonia y la Rusia fueron tan diezmadas como Italia: baste recordar que en Londres se inhumaron *cien mil* cadáveres, y en Francia, Avignon sólo, perdió en siete meses *ciento cincuenta mil* de sus habitantes ([2]).

Black, en su *Historia de la medicina y de la cirujía*, dice que las personas sanas ó enfermas de toda una familia infectada de la peste eran sin distinción encarceladas en su casa, sobre la puerta de la cual se trazaba una cruz roja con este epitafio desesperante: *Dios, tened piedad de nosotros!...* Nadie podía entrar, y las puertas de esta prisión doméstica eran custodiadas hasta que todos hubieran perecido ó hubieran sanado. En medio de esas orgías de la muerte, dice Anglade ([3]), el pensamiento de la salud absorbia en efecto todo otro sentimiento. Dominados por el

([1]) Véase: EDMOND DUPOUY, op. cit.; ANGLADE, *Maladies éteintes*, etc.

([2]) DUPOUY, op. cit., pág. 57.

([3]) ANGLADE, *Études sur les maladies éteintes.*

instinto de la conservación, el alma exhala sin pudor su malevolencia, su egoismo, las supersticiones más increibles: los vinculos sociales se rompen, las afecciones del corazón se extinguen y los lechos de los enfermos más queridos quedan desiertos, porque todo el mundo huye del aire infectado que lo rodea, de sus contactos mortales, del tétrico aspecto de su ambiente deletéreo [1]. Los cadáveres abandonados y sin sepultura, aumentan aún más por sus exhalaciones pútridas y nauseabundas, el foco virulento. El desorden moral invierte completamente las condiciones ordinarias de la existencia, las pasiones no tienen ya freno, la voz de la autoridad es desconocida, los resortes de la civilización están detenidos, rotos [2]...

Tal es el cuadro pavoroso que presentaba la Europa en los siglos en que estas epidemias hicieron sus estragos y tal el estado de suprema angustia, de intenso dolor que pesó sobre ella durante una multitud de años, durante varios siglos, sin que la más remota esperanza brillara en su horizonte.

La nutrición postrada, traía como consecuencia un estado de menor resistencia del organismo con respecto á todas las causas morbíficas, particularmente la locura: las fuerzas estaban debilitadas, y ese tinte pálido terroso de la piel seca

(1) ANGLADE, loc. cit.
(2) ANGLADE, obra citada.

con el *rougeur héctique* propio de los tísicos, daba á las poblaciones pobres un aspecto de *aparecidos* desagradable. La miseria fisiológica, que nos ha descrito Bouchardat tan cumplidamente, produjo la miseria psicológica, cuya expresión más genuina es la completa ausencia de resistencia á todas las causas exteriores de perturbación. Era entonces la ocasión más propicia para apoderarse de la conciencia humana y echarle la cadena de su eterna sujeción.

El Santo Oficio, con su serenidad de fatalidad antigua, acechaba tranquilamente el momento en que el letargo de esa doble miseria se la abandonaba inerme para colmar su obra. La temible institución se habia venido desenvolviendo con cierta lentitud de gestación metódica: primero suavemente, como tanteando la tolerancia del *medio;* luego rápida y violentamente, á favor de este secular decaimiento que aplastaba el carácter y degeneraba la fibra del universo todo. Tomó su vuelo cuando el hombre estaba física y moralmente postrado: lo sorprendió cuando su timidez extraordinaria le permitia derramar impunemente en el cerebro ese cúmulo de terrores y de esperanzas falaces que constituían el secreto de su arte consumado. Entonces, todos los hondos terrores de sus procedimientos, los infinitos dolores de sus tormentos cayendo sobre tierra preparada, sobre la imaginación irritada por la larga usura nerviosa, desarrollaron primero y dieron pábulo

más tarde á la locura universal que se cristaliza en forma de epidemias psicopáticas mortíferas. En su patogenia se siente todo el artificio maligno de aquella mano serena, que desde lo alto del quemadero desarticuló intencionalmente el cerebro de multitud de generaciones... Primero, la vaga emoción de las delaciones secretas; luego el terror constante de incurrir en algunas de esas faltas que el Santo Oficio castigaba con tanta severidad; la agitación y el insomnio después, la perpetua zozobra, las ideas de persecución con esta tendencia incierta á la sistematización clavadas en el alma, y por fin la locura franca, terrible, con toda su deplorable morfología evolucionando con el carácter ruidoso que le imprimía el genio epidémico de la época.

Cuál era el estado mental de esta pobre gente durante el período de preparación, lo dicen las mismas publicaciones del Santo Tribunal, lo explican sus códigos y *Directorios de Inquisidores*, sus *Instrucciones*, con detalles meticulosos y previsores. Cappa, en su libro *La Inquisición Española*, dice que en el *procedimiento por pesquisa* dos médicos debian examinar el estado mental del acusado después del juicio [1]. Nicolás Eymerich se ocupa también de la locura de los reos sometidos á la tortura en el *Manual de Inquisidores*, y dice que sucede á veces que por « ¡ librarse

[1] P. Ricardo Cappa (de la Compañía de Jesús), *La Inquisición española*, pág. 87.

de la tortura se fingen locos!», pero que no ha de dejar de darles el tormento. El mismo padre jesuita ya citado insiste en otra parte de su libro (pág. 85) *sobre si el delatado estaba en su cabal juicio*, y hace notar la impresión profunda que causaba la sola presencia de un comisario del Santo Oficio: «el comparecer, dice (pág. 86), de un comisario del Santo Oficio *perturba al más sereno*». Finalmente el artículo 5° de las *Instrucciones*, agrega que «el mayor mal de los males de las prisiones del Santo Oficio es *la soledad*, que *llega á ser insoportable* y capaz de matar *por medio de la hipocondría*, origen frecuente de su desesperación». *La Inquisición sin máscara* hace notar otro efecto que en el pueblo causaban estos castigos y que también prueba la dureza del Tribunal: *un cierto estupor, delirio ó furor entusiástico mezclado de terror, que trastornando su imaginación le representaba raros portentos y horribles espectros*» [1].

No era tanto la muerte como el terror lento y reglamentado, que iban infiltrando con arte y complacencia en el alma del procesado. Una ejecución con procedimientos breves y hasta precipitados, no puede ser nunca tan angustiosa como ese proceso de *cronicidad tórpida*, que se desenvolvia en el largo curso de toda la vida del reo, matizado de aplicaciones frecuentes de la tor-

[1] NATANIEL JOMTOB, *La Inquisición sin máscara*, etc., pág. 342.

tura, de *abjuraciones* y autos de fe. No se podía andar, «vivir, hablar, dormir, sin tener al lado la Inquisición, que estaba á la puerta, á la mesa, en el hogar, en el lecho; que espiaba la vida, el sueño, la respiración y que, para atisbarlo todo, tomaba la figura del padre, del hijo, del hermano, de la esposa, del vecino, del amigo; que recogía en el viento la más ligera palabra y que se había convertido en una pupila y un oído abiertos en todas partes, por donde, presente y atenta á cada momento sobre todos los puntos del espacio, podía verlo todo y oirlo todo á un tiempo... Era, en fin, una cosa impalpable que estaba aquí y allí, en el aire, en la sombra, invisible, desconocida, dando la mano y haciendo traición» [1].

Por este procedimiento fué como todo el mundo se sintió tocado por el viento de disolución mental que cundió como la mala yerba en todas las cabezas.

Desparramáronse las epidemias de locura y de los demás variados trastornos nerviosos epidemiables, como se habían difundido antes las pestes. El demonio y los delirios *demonopáticos* y *demonolátricos* dominan por eso toda la patología mental de la época, y casi todos los siglos medios se hallan contaminados por esta plaga que ha dado tanto alimento á la hoguera del Tribunal de la Fe.

La historia de tan largo periodo de Inquisición,

[1] PELLETAN, *Cappa*, pág. 83.

nos causa por eso un malestar doloroso, ese profundo estupor mezclado de piedad que nos asalta siempre en presencia de los males incurables. Hablando de Juan Wier, dice Axenfeld, á quien tomamos estas breves reflexiones, que cuando uno lee estas cosas se cree presa de una horrorosa pesadilla. Efectivamente, nada falta al cuadro de un ensueño morboso y prolongado: la duración fastidiosa hasta hacerse interminable, el ensanchamiento fantástico de los aspectos, lo imposible, lo irrealizable afectando las proporciones fáciles de un juguete de niños, lo absurdo dejando de serlo para convertirse en algo común, usual. Todo, hasta el erotismo, se encuentra en aquel cuadro sombrío, un erotismo monstruoso é insistente hasta la náusea. Por momentos el hombre parece despertarse á medias y se palpa, se tantea, sorprendido, su propia carne y su conciencia asustada para asegurarse que no sueña (Axenfield). Pero no, no es un sueño, es sencillamente un acceso de delirio, mejor dicho, un acceso de locura prolongado y universal.

La brujería, que era una de las tantas manifestaciones de la locura, constituía un crimen excepcional (*crimen exceptum*). No había abogados que los defendieran, ni nada que atenuara el delito. Una bula terrible de Inocencio VIII recomendaba en términos expresos que todo se hiciera en el mayor silencio, en el misterio si fuera posible (*absque stripitu abcatorum*). La defensa estaba casi abolida y las probabilidades de la hoguera enorme-

mente facilitadas. Los inquisidores apreciaban la gravedad de los hechos con arreglo á los dictados de su conciencia obscura é invocaban al brazo secular para castigar *citra sanguinis effusionem*, antigua forma de burlesca clemencia, la cual por una alteración imperceptible se había convertido en esta otra: *circa sanguinis effusionem* [1].

Inmediatos á las brujas en el orden y gravedad de sus perturbaciones, estaban los *theomanos* también en bandadas, como pájaros errantes, absorbidos en la contemplación y la audición de Dios y de sus santos; individualidades, dice Henry Coutagne, que *costeaban* la locura. Sin embargo, algunos de ellos han provocado hechos completamente históricos de la más alta importancia dentro de la zona de vagas y difusas medias tintas mentales, de la *zona mitoyen*; luego los *demonómanos* víctimas de la más confirmada locura y que Calmeil dividía en dos clases: los *demonólatras*, que se acusaban de rendir culto á Satán, de negar á Dios y de ensuciarse con los más terribles sacrilegios, y los *demonópatas* que se decían poseídos del demonio y lo hacían intervenir como causa de las aberraciones sensoriales. La *zoantropía* era otra forma intensa y aún más curiosa, y las crónicas disertan frecuentemente sobre los *hombres lobos (licántropos)*, hombres perros (*cinántropos*); forma singular de psicopatía

[1] AXENFIELD, 404, *Jean de Wier et les sorciers*. Douzième conférence.

que trastornaba la personalidad profundamente y que un médico legista explica por las supersticiones populares que han persistido con tenacidad desde los tiempos antiguos hasta nuestros días, desde la metamórfosis de Acteo por Diana hasta el *loup garou* de nuestros campos [1]. Fácilmente se reconoce en estos desgraciados, á los locos alucinados ó idiotas viviendo al estado salvaje y asemejándose á los animales por su pelo inculto, sus gritos é impulsiones aviesas [2].

La historia de la Inquisición nos la presenta desde el siglo XIII ocupada en quemar, con abundancia y actividad, todas estas turbas alienadas poseidas del demonio y de las que despejó á la humanidad con una serenidad inalterable. Casi en la misma época de los célebres procesos y quemazones de los endemoniados de Berna, el país de Vaud fué desolado por una epidemia mental, bastante intensa como para que los que se contagiaran en otros paises la designaran por extensión bajo el nombre de *vaudoisies*. Según el demonógrafo Nider, *muchos cientos* de aldeanos trastornados por ella, expiaron en la hoguera ó en las torturas inquisitoriales su culto al diablo [3].

En 1459 desarrollóse en el Artois otra epidemia de demonolatría, que fué tratada por los mismos procedimientos que la anterior, de una intensidad

(1) HENRY COUTAGNE, *La folie*, etc. pág. 35.
(2) HENRY COUTAGNE, loc. cit.
(3) HENRY COUTAGNE, loc. cit.

notable y que se extiende en una gran parte de la Alemania. Una bula del papa Inocencio VIII reconocia que el demonio reinaba tiránicamente en las orillas del Rhin y hasta Bremen y Salzbourg; los inquisidores desplegaban la más grande actividad en sus pesquisas judiciales y entregaban al patíbulo un número considerable de víctimas [1].

El siglo XIV caracterizóse por tres plagas, á cual más horrible. Particularmente en España, la agitación de las convulsiones de casi todas las neurosis motoras, se produjo en su más difusible forma de epilepsia, corea y de la histeria desordenada y chillona de los claustros. La peste y las úlceras que, según Paracelso, «preparaban las enfermedades sifilíticas», completaron el cuadro. Todas tres con un marcadísimo predominio de las perturbaciones mentales. Por los años 1350 se presentó de una manera espantosa el baile de San-Vito, «enfermedad extraña, que no tenia carácter individual»: los enfermos, como invadidos por una misma corriente galvánica, se enlazaban de las manos formando inmensas cadenas y daban vueltas hasta caer muertos. Los curiosos que miraban, se reian al principio; pero luego, invadidos por el contagio, se dejaban llevar y entraban en la fatal corriente, aumentando el tremendo coro [2].

Una de las epidemias más violentas que se haya mencionado en la historia, dice W. Hammond,

[1] HENRY COUTAGNE, *La folie, etc.*, pág. 39.
[2] MICHELET, *La sorcière*.

es la de Aix-la-Chapelle, en 1330, y que se extendió por España é Italia. Apareció bajo la forma de mania saltatoria y ha sido descrita con detalles por Hecker, bajo la denominación de *baile de San Juan*. Los hombres y las mujeres que se enfermaban, se juntaban en las calles y en las iglesias, en donde, agarrados de las manos, formaban rondas y danzaban con rabia horas enteras sin preocuparse de los espectadores, hasta que caían al suelo, agotados por un cansancio y decaimiento completos; entonces quejábanse de una opresión extrema y angustiosa y sollozaban y gritaban como si fueran á morir. En 1418 la enfermedad estalló en Strassburg y recibió el nombre de *danza de San Guy*, porque se consideraba la intercesión de ese santo como el mayor remedio usado entonces [1].

Los libros especiales cuyas relaciones conmovedoras dan una idea más ó menos exacta de esa difusión, abundan todavia más en detalles y descripciones interesantes, sobre las cuales no insistiremos más. Ellas suministran un término de comparación que permite establecer la abundancia de tan irremediables trastornos de la época de *acmé vesánico*, en que interviene el Santo Oficio para operar su diminución gradual.

Como haciamos notar al principio de este capitulo, hay entre esa época y la locura moderna un

[1] W. Hammond, *Traité des maladies du système nerveux*, 1879.

periodo de completa calma. Aunque no desaparece totalmente la enajenación mental, como es de suponerse, cesan de producirse las epidemias. Desaparecen las turbas de locos en las hogueras, en las cárceles y en los suplicios de la Inquisición, y un silencio completo, producto del natural enervamiento del colapso, domina al mundo. Suponiendo que hiciéramos el trazado gráfico de este movimiento, tendríamos que la línea ascensional comienza en el siglo XIII; la humanidad, extenuada por el cúmulo de causas que hemos enumerado, se encuentra con la cabeza perdida por la viva impresión que le causan tantos horrores; es un momento propicio en que el proceso de difusión se hace rápido y general; la línea sigue subiendo durante todo el curso de la centuria.

El siglo XIV con su bullicio de manicomio se acerca; es un siglo triste y siniestro. En las gárgolas, dice Gener, en las claves, en los frisos, en los carteles, vense caras que hacen muecas y caricaturas alegres que degeneran en obscenas. Esa es la arquitectura; hay además galerías imposibles, portales en que todo se mueve, rosetones que giran sobre su eje, y los edificios parecen ya un atavio excéntrico de un día de fiesta [1]. Por eso decía con razón un filósofo hablando de esa época: la cabeza loca, el corazón pervertido y el cuerpo agitado... por fuerza, es el Diablo y no Jesús el

[1] POMPEYO GENER, *La muerte y el diablo (Historia de las dos negaciones supremas).*

que predomina en semejante siglo. La hoguera toma proporciones colosales, y en España no hay lugar donde no se levante una para quemar locos, epilépticos, prostitutas y hasta frailes, en la furiosa piromanía que abrasa el alma de los clérigos. En Calahorra quémanse ciento cincuenta en un año. Sevilla, Córdoba, Toledo observan una actividad igual; sus hogueras devoran á los *demonólatras* que se acusan de cosas atroces [1], á los epilépticos é histéricos que están poseídos por el maligno espíritu [2], á las brujas que arden de á diez, de á veinte, como en Constancia y en Segovia, donde en cuatro años el Santo Oficio condenó á las llamas á ciento cincuenta y tres que mantenían, según confesión propia, relaciones inmundas con el diablo. La Inquisición apretaba la mano cada vez con más fuerza, como que creía ser ella sola la poseedora exclusiva de la cordura universal y estuviera llenando la elevada misión higiénica de limpiar al mundo de todos estos grandes degenerados.

Parecía, dice Gener, que el juicio hubiera huído de todos los cerebros en aquel extraño siglo. Un Pedro I, deja atónita á Castilla con su justicia estrambótica; Carlos II conmueve al Languedoc con sus prodigalidades y á París con su locura furiosa.

(1) HENRY COUTAGNE, pág. 39.
(2) HENRY COUTAGNE, pág. 39; CALMEIL, *La folie considérée sous le point de vue pathologique, etc.*, tomo I.

Las locuras de Pedro IV de Aragón revuelven Cataluña, Valencia y Mallorca; Pedro de Portugal baila con el pueblo por la calle, al són de clarines y trompetas, y Wenceslao escandaliza al Imperio con sus borracheras, sus delirios alcohólicos y sus impulsiones epilépticas ([1]). Juan Visconti comunica á un pedazo de Italia sus excentricidades, y para que nada falte á la peculiaridad curiosísima de esta edad, llega hasta el papado la enajenación mental, pues tres pontífices se disputan el imperio de la cristiandad rivalizando en extravagancias. El aragonés Benito XIII, prototipo de la imbecilidad, en su castillo de Peñiscola, nombra sucesor á un lego, el único que le acompaña, y muere después de haber excomulgado á todo el orbe! ([2]).

En el siglo XV la ascensión continúa, la enfermedad tiene aún un tipo más difuso y menos individual. El carácter de la persecución á la locura está todavía más directamente autorizado y se hace en una escala mayor. El Santo Oficio, en la convulsión de sus agresiones colosales, eleva á cantidades enormes las cifras de locos y demoníacos quemados, agregando el epiléptico y el coreico, porque sin duda ya no le basta el alienado. La famosa bula *Summis desiderantis*, añadía á los poderes de los inquisidores, el de perseguirlos *como si fueran herejes*. Una larga enumeración de maleficios y de los caracteres que presentaban,

([1]) GENER, *La Muerte y el Diablo*, tomo II.
([2]) GENER, loc. cit., tomo II, pág. 232.

que no eran otra cosa que los síntomas más accesibles al cerebro eclesiástico, acompañaba la bula, y pronto otros oficios de la misma procedencia vinieron á darle fuerza [1].

Entonces, la persecución tomó proporciones inusitadas y la Inquisición hizo en mayor escala todavía sus horribles trabajos de *selección.* En Zaragoza, Sevilla y otras ciudades españolas, el número de quemados y muertos en las cárceles y en los tormentos, á pesar de su insensibilidad proverbial, fué consiberable. España, que perseveró más que ninguna en su tolerancia por el Santo Oficio, vió en este siglo y en el siguiente desaparecer por este procedimiento millares de alienados y neurópatas bajo todas sus variadas formas [2].

Por lo que respecta á otras partes de Europa, la curiosa historia de Edeline, el famoso teólogo de la Sorbona, es tan ilustrativa como edificante. Edeline, dotado de una ciencia y de una elocuencia notables, osó tomar la defensa de los locos en plena persecución, y aunque con su influencia logró por un momento detener la efusión de sangre, perdió él también la razón, confesando en el delirio sus relaciones con el diablo. Sirva esta anécdota para dar una idea de la fragilidad del cerebro de todos.

[1] GENER, tomo II, pág. 370.

[2] Véase: GENER, *La Muerte y el Diablo*, obras de JUAN DE WIER (Bibliothèque diabolique); LLORENTE, *Historia de la Inquisición;* PUIBLANCH, *La Inquisición sin máscara.*

Sólo en Bone y durante el año 1436, fueron quemados, vivos por supuesto, mil quinientos noventa y cinco; en 1549, mil ochocientos en Artois; en 1484, trescientos cincuenta en Alemania, y en 1491, ochenta en Cambray, y novecientos diez y ocho en Segovia. Continúa ascendiendo la siniestra curva hasta llegar al siglo XVI, que constituye, diremos así, el período de las oscilaciones estacionarias, porque es seguramente la época de mayor cantidad: las epidemias de locura afectan en este siglo como en ninguno, proporciones colosales. Dice Ellis, médico en jefe del Asilo de Hamwell, que en ese siglo las locuras religiosas tomaron un desarrollo formidable, y como en ninguno el Santo Oficio hizo mayores estragos en las filas inermes de los *demonólatras* y *licántropos*. Parecía que nunca hubiera estado más apurado en una obra de purificación, porque por una parte la abundancia y la extensión realmente grave de la *posesión demoníaca* constituía para él un escándalo y un sacrilegio que era preciso ahogar, y por otra las predicaciones fogosas de ese otro *demonio de la reforma*, exaltando la imaginación popular y extendiéndose como *otra plaga*, le obligaba á redoblar sus esfuerzos, tanto más que todos esos alienados que confesaban relaciones con el maligno espíritu y los que se sentían embargados por él, eran seguramente afiliados y cómplices del monje de Worms. Dice Henry Coutagne, que las hecatombes de locos durante toda la extensión de

este siglo, indican claramente de qué lado se inclinaba la balanza en la lucha entre los precursores calurosos de las ideas modernas y los partidarios de las causas sobrenaturales de la locura (1).

Boguet, juez en el Condado de Bourgogne y demonógrafo de gran mérito, escribía bajo el reinado de Enrique IV lo siguiente: «*Je tiens que les sorcières pourroyent dresser une armée égale a celle de Xerxes, qui était de 180.000 hommes*»; «*Trois Echelles, l'une des mieux espérimentés en leur métier*», declara, «*qu'ils etoyent en la France seule trois cents mil, à combien estimerons-nous le nombre qui se pourrait rencontrer es autres pays et contrées du monde?*» Lo mismo pasaba, según él, en Alemania, la Lorena, la Saboya y en España sobre todo, en donde había «*à milliers, en se multipliant en terre ainsi que des chenilles en nos jardins!*». Barthélemy de Lepine, Baudin, Seloyer, etc., nos han dejado descripciones vivaces de este dislocamiento mental y de la actividad que empleó el Santo Oficio en su difusión. Los sacrificios principian por una, dos ó tres locas de una sola vez; después cinco, después diez, después mil, porque hay que operar precipitadamente, aunque sin perder su serenidad teológica, esta curiosa *selección* de que era instrumento inconsciente el tribunal y que, como veremos más adelante, no se limitó sólo á los alienados.

(1) HENRY COUTAGNE, loc. cit., pág. 40.

Treinta mujeres que hizo quemar en Calahorra en 1507, fueron al fuego en un solo día. En 1511 ocho en Salamanca; en 1517 *quinientos cincuenta* demoniacos en Toledo; en 1581 ciento veinte; en Zaragoza en 1536, quinientos; de 1548 á 1550, doscientos cincuenta en Aragón, y en 1559, ciento cincuenta en Valladolid. Cumas, el reputado inquisidor, hace quemar en 1584 cuarenta y un *demonólatras* en Santander, y durante diez años su ocupación favorita fué la provisión del quemadero, sin que aquel fraile inhumano lo dejara apagar un solo día. Tan sólo en los pueblitos de la frontera española (1) se quemaron veinte locos y diez prostitutas, y en 1577 más de cuatrocientos en el alto Languedoc (2). Michaelis, en su *Pneumatologie ou discours sur les esprits*, dice que sólo en el año 1587 ejecutó la Inquisición mil quinientos ochenta y dos; en 1598 corrieron igual suerte un gran número de hombres y mujeres entre los que iban multitud de brujos y prostitutas (3).

Rodrigo Ruiz de Cepeda, en su *Auto general de la fe*, etc., afirma que « era crueldad harto común en ese tribunal la de enviar al patíbulo á muchos que *debían estar en un hospital tomando el eléboro ó en un hospicio domando su desenfrenada*

(1) Richet, 581, *Revue des deux mondes (Les demoniaques d'autrefois*, etc.).

(2) Calmeil, loc. cit., tomo I, pág. 310.

(3) Richet, *La folie du point de vue judiciaire*, tomo I, pág. 286.

imaginación con el trabajo físico : se refería naturalmente á los autos de fe que en su tiempo tuvieron lugar y de los cuales resultaron en Logroño y en otros puntos multitud de locas y locos quemados, lo mismo que en Navarra toda la conocida secta que asistía al *Prado del Cabrón*, á celebrar sus inmundas funciones con Satanás [1].

Del siglo XVI adelante la curva desciende rápidamente hasta fines del XVIII, y desciende porque el número de consumidos por este furor piromaniaco fué, como dejo dicho, considerable, y á la *partida* de todos ellos sobreviene una necesaria y natural suspensión de su reproducción.

Hecho el cómputo de todos los brujos, *licantrópicos, demonólatras*, etc., etc., que ha quemado el Santo Oficio en España y en otras partes de Europa, nos sentimos asaltados por un asombro lleno de incredulidad ante su extraordinario volumen. El espíritu se resiste á tomar como verdaderas las cifras enormes que graves autores dan como ciertas, y aun cuando hiciéramos una rebaja prudencial de un cincuenta por ciento, siempre quedaría una pila colosal de carne humana ardiendo en el centro de la Europa durante los siglos que ha dominado omnipotente esa extraña asociación

Y téngase presente la densidad de la población de Europa en ese tiempo para calcular con exac-

[1] NATANIEL JOMTOB, pág. 284.

titud las proporciones de semejante destrucción. Un censo de 1587 da 1.334.000 pecheros para Castilla, menos Navarra y Granada; en 1590, 1.169.000; en 1591, 1.388.000 y en 1710, 904.000 [1]. Al principiar su reinado Felipe II, España tenía 10.000.000 de habitantes que disminuyeron á ocho en sus últimos años!

Por el número de plazas de sus ejércitos se puede también deducir, más ó menos aproximadamente. El que organizó Felipe II para invadir la Francia era de 48.000 hombres; el que mandó Coligny en San Quintín de 700; la guarnición que defendió á Calais contra el ejército del Duque de Guisa, de 500; el ejército que atacó á Arlem al mando de D. Fadrique de Toledo y que según el Duque de Alba fué el mayor ejército que había tenido España desde San Quintín, constaba sólo de 30.000 hombres, el mismo número que tenía el que lanzó Felipe contra el Portugal; el que armó Inglaterra al mando de Drake y del Conde de Essex para invadir el Portugal, se componía de 20.000. París sólo encerraba 220.000 habitantes cuando Enrique IV lo sitió, y Bruxelas, á la abdicación de Cárlos V, 100.000, según Motley, *Historia de la Revolución de los Países Bajos*. Como éstas, podríamos

[1] FORNERON, *Historia de Felipe II*; PRESCOTT, *Historia de los Reyes Católicos;* ROBERTSON, *Historia de Cárlos V*, tomo 2º; DARGAUD, *Historia de la libertad religiosa en Francia*, tomos 2º y 3º.

citar otras cifras que dan una idea aproximada de la población de Europa en el apogeo de la matanza.

Hechas estas consideraciones de geografía psicopática universal en el mapa de la Europa, una pregunta surge inmediatamente: ¿cuáles fueron los efectos biológicos de tan tremendo procedimiento judicial? ¿cuáles los resultados de tan precipitada selección artificial?

Esta *selección* singularísima entra dentro del cuadro de aquella que Darwin llamaba inconsciente, naturalmente con algunas variantes substanciales, pero no por eso menos ciega y llenando con éxito más ó menos completo su extraño destino. En esos tiempos obscuros la lucha por medio de la cual se cumplía semejante ley, era dura y ruidosa, y el triunfo perteneció al que más y mejor soportaba el ambiente moral é intelectual que lo rodeaba. Había un *medio inquisitorial* indudablemente al que los organismos cerebrales tenian que adaptarse ó perecer. El Santo Oficio era la máquina de presión que ponia á prueba la organización mental de todos, es decir, su mayor ó menor *adaptabilidad*. La debilidad estaba, en este sentido, en aquel que no soportara los rigores ó inclemencias de la atmósfera corriente: el triunfo para el que con más plasticidad y dúctil blandura se dejara modelar por las circunstancias, cuyo conjunto constituian, diremos así, el clima dominante.

La Inquisición no era sino un instrumento ciego de esa ley suprema é ineludible que ha producido la cubierta protectora de la tortuga y del cocodrilo, que ha formado á la vez la rosa y sus espinas, el mimetismo tutelar de los diversos insectos y mariposas como los variados instintos de la hormiga blanca ([1]). Con respecto á todos estos inválidos de la inteligencia y del carácter, alienados, histéricos, epilépticos, etc., etc., que como hemos visto poblaban el mundo en proporciones enormes, llenó, no hay duda, el gran propósito que impone la Naturaleza á las especies animales al eliminar la *inferioridad* inadaptable de los que se desvían del tipo requerido, para la supervivencia en su medio actual. En este caso la Naturaleza, esa gran previsora, procedía ciega pero seguramente para la consecución de su fin, y poco le preocupaba el procedimiento bueno ó malo en el sentido de la moral humana: « *coll' uno e coll' altro effetto la natura raggiunge il suo scopo* »... y punto final.

Un doble efecto, aunque extremoso y de distinta índole produjo, con especialidad en España, en donde la persecución al pensamiento tuvo más alcance que en ninguna parte. Moralmente el que ya conocemos, y físicamente, determinando con violencia y constancia la desaparición de todos los enfermos incurables de la inteligencia

([1]) *Hérédité et exercise*, 124 (*Bibliothèque Evolutioniste*), W. P. Ball.

bajo las formas diversas que he mencionado y los *inadaptables* de otra especie. Aquellas incalculables masas de alienados que poblaban el mundo entero desaparecieron en las fauces del Santo Oficio, pero por el procedimiento de esa selección metódicamente verificada durante siglos. El procedimiento era dicotómico, porque por un lado tenía la hoguera, el más violento aunque el más directo y naturalmente más eficaz, y por otro la muerte por malos tratamientos en la cárcel ó en el tormento, consumados por el hombre ó el dolor ó por este otro más indirecto y que se adoptó en una escala que ignorábamos hasta ahora: el suicidio!

En efecto, la muerte voluntaria es una válvula de seguridad contra el neurosismo de las generaciones presentes y preserva á la humanidad haciendo partir voluntariamente á los neurópatas, á los locos hereditarios, verificando una eliminación rápida y eficaz de ciertos elementos morbosos abundantes en las sociedades (1).

Entonces presentóse, probablemente como una fórmula derivativa de la locura y de aquel nervosismo consecutivo á la inadaptación expresado en las diversas epidemias de neurosis motoras que mencionan los autores. Era en unos el recurso de las naturalezas débiles aterrorizadas por el tormento y la siempre presente imagen del fraile

(1) PAUL JACOBY, pág. 1, Prefacio de su libro *La sélection, etc.*

inquisidor; en otros, el resultado de alucinaciones terroríficas propias de la *demonolatría* y del *delirio de las persecuciones*, que fué su consecuencia necesaria. Había que optar entre la enajenación mental que reducía al hombre al rol de simple combustible, de bestia abandonada á los rigores de aquel *clima* moral tan inclemente, y el suicidio, el último, el supremo recurso de los que ó no podían resistir las adaptaciones exigidas ó terminaban allí la última etapa de su evolución delirante.

Nicolás Remy en su *Demonolatría*, citado por Calmeil, dice haber notado que muchos *demonólatras* se suicidaban deseando huir de Satán: se ahorcaban ó se precipitaban á los pozos, se arrojaban á los ríos ó se abrían las entrañas con instrumentos vulnerantes (1). El mismo Remy hace notar que el impulso suicida era tan poderoso que aun bajo la más extricta vigilancia de los carceleros y familiares, llevaban á cabo sus designios, *ejecutados tan pronto como eran concebidos*. Remijius, mencionado también por Calmeil, habla del mismo modo de esta frecuencia, y Desiré Girard asegura que el diablo le había incitado repetidas veces á suicidarse. En el siglo XI reinó en los monasterios, y bajo el nombre de *acedio*, una enfermedad melancólica que azotó los claustros multi-

(1) CALMEIL, *De la folie considérée sous le point de vue, pathologique, philosophique, historique et judiciaire*, 1845, tomo I, pág. 303.

plicando los suicidios [1]. Eymerich, el siempre citado autor del *Directorio de Inquisidores*, recuerda las penas severas que se imponia á los suicidas para *cortar el abuso*, «y lo mismo lo ejecuta, dice, el desventurado que cediendo *al tedio y á la desesperación*, se suicida», «á fin de precaver los funestos acontecimientos, agrega Puiblanch, á que es tan ocasionada la soledad, y *que han sido tan frecuentes en la Inquisición*, etc., etc.»... [2].

El mismo autor cita numerosos suicidios en las cárceles del Santo Oficio, entre otros aquel del Guardia de corps que «lo verificó tragándose los pedazos de una vasija en que le llevaban la comida» [3]. Y debió ser en ciertas épocas tan frecuente y contagioso, que, según dice Paramus (*De Origine S. Inquisit*, lib. II, tit. III, cap. V, 12), hasta los clérigos mismos se sintieron contaminados, refiriendo entre otros el de aquel canónigo Constantino Ponce, de la iglesia de Sevilla, preso por luterano y cuyos huesos fueron quemados en la misma ciudad en 1560.

Para que todo lo que en algo se refiera al Santo Oficio tuviera siempre su tinte siniestro y fuera de toda comparación ordinaria, los procedimientos usados generalmente por estos desgraciados eran atroces y hasta revestidos por cierta excepcional extravagancia. Ahorcarse, abrirse las en-

(1) Henry Coutagne, *La folie*, pág. 3.
(2) Puiblanch, *La Inquisición sin máscara*, pág. 132.
(3) Puiblanch, loc. cit., pág. 493.

trañas con una daga, precipitarse de lo alto de un muro... eso era vulgar y parecía salir del tono general de los usos eclesiásticos; por eso se elegía, como el Guardia de corps, el suicidio comiéndose los fragmentos de una fuente, como el agente de negocios en la Inquisición de Corte, que cita Puiblanch, tirándose de cabeza de arriba de un mueble y dándose contra las piedras, desangrándose por medio de la punción de la carótida ó eligiendo cualquier procedimiento horroroso, á los que alude Nataniel Jomtob en su libro [1]. En este camino de las citas, sería interminable y tediosa la mención de tanto caso en que abundan los autores que se han ocupado del Santo Oficio, demostrando la frecuencia de ese recurso supremo de la desesperación y de la locura.

El suicidio no es, seguramente, el arma de los cerebros fuertes y resistentes. Parece indudable que el impulso que echa á un individuo en manos de la muerte voluntaria, no nace, por regla general, dentro de un espíritu normal. La instabilidad del sistema nervioso, ó de otra manera, una constitución psicopática, se encuentra siempre en el fondo de su temperamento. « Y cuando, como sucedía entonces, el número de las muertes voluntarias progresaba, el de los enfermos de la mente seguía un aumento correlativo ». En los tiempos modernos sucede lo propio, según nos lo

(1) NATANIEL JOMTOB, *La Inquisición sin máscara.*

revelan sus estadísticas. Una mujer de talento, que ha escrito un libro notable sobre el *Surménage mental dans la civilisation moderne*, dice: que es cosa averiguada que los hombres de sistema nervioso instable deben terminar su vida por el suicidio, puesto que un resultado semejante, lo favorece su tendencia á la imitación y al exceso, su vida fatigosa, la inseguridad patológica de sus nervios, que los hace inaptos para la consecución de un trabajo asiduo, para la lucha constante por la existencia, en suma, para adaptarse. Por consecuencia, el aumento en el número de suicidios pudo considerarse siempre como un signo seguro de que las constituciones psicopáticas comenzaban á dominar en esos pueblos [1].

Era, pues, indudable, que había en el alma de todos un germen virtual de desequilibrio que se desenvolvía con su acostumbrada amplitud cuando los terrores del tormento daban á la oportunidad mórbida el contacto misteriosamente fecundo que produce el estallido. Véase, sino, con cuánta frecuencia se observaban en los *demonólatras*, y qué frecuente era allí donde las epidemias mentales se difundían con más rapidez: la Inquisición con su influjo no hacía sino solicitar la predisposición; otra mano había preparado la tierra fecunda y depositado la semilla cuyo

[1] MARIE MANACEINE, *Surménage mental.*

fruto cosechaba con mano ávida. Esa desarmonía latente é inabordable hasta hoy mismo, á pesar de todas nuestras pretensiones de escrutación infalible, estaba oculta probablemente en algún pliegue del noble órgano, en su textura más íntima. Escapando al conocimiento imperfecto y puramente externo del observador, sólo revelábase en esa manifestación insólita que tanto sorprende cuando la luz de una *mácula* hereditaria no viene á darnos la clave de su misterio.

El suicidio, y sobre todo este género de suicidio, entra sin duda alguna á formar dentro de la fenomenología abundante de la locura, en cuyo arco cromático se encierran los más variados y caprichosos colores. Por eso, siempre dentro de nuestro orden de ideas, decir suicidio, y suicidio epidemiable, es decir locura, incurabilidad degenerativa, inutilidad, *inadaptabilidad*, cualquiera que fuera en otro sentido la bondad del medio actual. Cumpliendo la ley eterna, la ley terrible si se quiere, pero la ley de las leyes, la *selección*, que conserva, no al más *perfecto*, entendámoslo bien, sino al que mejor se adapta, la Naturaleza mandaba salir á todos aquellos *desarticulados* de la inteligencia que el Santo Oficio con tanta fruición maligna deshacía entre sus manos de fuego. Gente de cerebro inadecuado, que marchaba en tropel al suicidio, á la prostitución, al vagabundaje claustral, que fué entonces otra forma de degeneración medieval; gente que creía huir con la

muerte voluntaria ó con la sagrada impunidad de la locura á los horrores de esa terrible divinidad que, bárbara por un lado cuando ahogaba el pensamiento, era sin duda un fatal destino cuanto instrumento inconsciente de leyes supremas é ineludibles.

La Inquisición no ha sido otra cosa que una consecuencia de la *lucha por la existencia*. Á medida que penetró más en el conocimiento de esta ley que se cumple hasta en lo más profundo del organismo, entre la célula inutilizada y ese misterioso *phagosito*, guardián celoso de la renovación de la vida, más me convenzo de la verdad de su inconsciente misión biológica.

El conocimiento profundo de este principio nos pone, como dice Sergi, en mejores condiciones para penetrar la naturaleza íntima de los hechos que se producen en el seno de la humanidad y de las leyes que lo gobiernan. Allí donde al estado natural, un órgano, y quien dice órgano dice conjunto de calidades, ó, si se quiere, solamente de aptitudes; donde un órgano, decía, se fortifica por el ejercicio ó por cualquier otra circunstancia, éste adquiere una importancia determinada para la vida del individuo, sin que ella importe un perfeccionamiento en el sentido escolástico del concepto. Desde que eso suceda, estará aquél sometido á la selección natural y sólo los que lo posean triunfarán en la lucha por la vida. El pájaro de presa es de todos los pájaros el que

tiene la vista más penetrante; pero si uno de ellos naciera ocasionalmente, no digo con la visión disminuída, pero solamente menos aguda, le sería difícil escapar á la muerte por inanición, puesto que estaría siempre en un estado de inferioridad en la competición vital con sus semejantes (1). Suprimidas durante el reinado del terror inquisitorial todas las garantías humanas elementales, la humanidad entraba en la categoría de cualquier especie animal, y la *panmixia*, que según el autor de la teoría del *plasma germinativo*, suspende la selección en el hombre y en las demás especies, había sido derogada durante multitud de siglos. Como el pájaro miope, como el ave sin alas, como el insecto sin las condiciones protectoras del mimetismo, estaban destinados á perecer los que se encontraban sin los caracteres de adaptación necesarios al medio creado por la Inquisición.

Para que las condiciones en que se verificaba esa *selección artificial sui generis* revistiera aún más todavía caracteres menos humanos y ese tribunal tuviera con mayor acentuación las exterioridades de una verdadera fuerza de la naturaleza ciega é implacable, la vemos poniendo su mano hasta sobre la iglesia misma y devorando con la misma serenidad los frailes y los clérigos, con los que también llenaba sus hogueras.

El Santo Oficio, nacido en los claustros, fué

(1) WEISMANN, loc. cit.

en un tiempo el gran perseguidor de los frailes y de los conventos. La secreta fatalidad de su destino cumplía aquí también otra faz importante de la selección. Porque los frailes llegaron á constituir además de una verdadera plaga, de una epidemia moral que amenazaba seriamente la sociedad por su rápida difusión y su indisciplina, un elemento hasta cierto punto *inadaptable* al medio actual: hombres decaidos y anémicos, inaptos para el trabajo, vestían como un recurso el humilde hábito; otros, seducidos por la prosperidad de las comunidades que devoraban grandiosos caudales, iban, atraidos por la molicie, á revolverse en la inercia incesante de los monasterios. El vagabundo y el fraile se hicieron sinónimos, y el libertinaje más descarado á la par que su número excesivo, los hizo intolerables. Los claustros, habitados en el centro de la Europa por canónigos regulares, acabaron por ser verdaderos mercados; los conventos de monjas, lupanares [1]. La sodomía era común entre los eclesiásticos, y los clérigos, ya muy ignorantes, volviéndose viciosos pendencieros é independientes, incomodaban al Santo Oficio [2]. El autor de la *Historia de los protestantes españoles* [3], D. Adolfo de Castro, habla largamente del estado

[1] *La Muerte y el Diablo*, por R. GENER, tomo II, pág. 329.
[2] «*Nam spadanes aut sodomi*», dice de ellos CLEMANGIS, etc.; GENER, pág. 130, tomo II.
[3] ADOLFO DE CASTRO, *Historia de los protestantes españoles y de su persecución por Felipe II*, Cádiz, 1851.

de inmoralidad de los conventos y del clero del siglo XVI, tomando como fuente de información todos aquellos escritores católicos de aquel tiempo que, como dice Menéndez Pelayo, ora con evangélica austeridad, ora con intentos satíricos, reprendieron los vicios y la inmoralidad de una parte del clero [1]. Un religioso de Burgos, citado por fray Prudencio de Sandoval en su *Crónica de Carlos V*, da de una manera violenta contra los «Monasterios que tienen vasallos e muchas rentas» y «cuyos prelados como se hallan señores no se conocen, antes se hinchan, etc.», y «dánse a comeres e beberes». Fray Francisco de Osuna, el del *Abecedario espiritual*, llama á los obispos de su tiempo *obispotes* «llenos de buenos bocados y de puerros y especie» que «no han vergüenza de gastar el mantenimiento de los pobres en uso de soberbia y luxuria». Un padre dominico llamado fray Pablo de León, autor de una *Guía del Cielo*, declama también contra los prelados y curas que á ninguno absuelven por dinero ni dispensan sin pagarlo, «que tienen ladrones por provisores» y «apenas se verá iglesia cathedral ó collegial donde todos por la mayor parte no estén amancebados». Juan Tritemio, abad de benedictinos, escribiendo á fines del siglo XIV, no trepidó en afirmar que sólo su orden poseía la tercera parte de las fincas de toda la cristiandad!

[1] MENÉNDEZ PELAYO, *Historia de los heterodoxos españoles*, tomo II, pág. 27.

Y en cuanto á su número, era realmente asombroso y afectaba, como digo, las proporciones alarmantes de una verdadera plaga. Fray Angel Manrique, para citar siempre autoridades insospechables, abad cisterciense y catedrático de Salamanca, dice «que antiguamente ordenaba un pontífice en diez años, siete presbíteros, cinco diáconos y tres ó cuatro acólitos», «agora á ningun obispo de Castilla se le suelen pasar tiempos sin órdenes ni hay órdenes en que no entren cuatrocientos ó quinientos» ([1]).

Todos los hombres válidos entraban en el ejército ó en el clero: Daroca, ciudad de tres ó cuatro mil habitantes, tenía siete parroquias, cuatro conventos, tres ermitas y en la Colegiata ó Iglesia principal un prior y veinte y cuatro canónigos ([2]). En la diócesis de Pamplona había en 1628, treinta y dos mil frailes y seis mil sacerdotes; en la de Sevilla, catorce mil clérigos, y diez y ocho mil en la de Calahorra ([3]). Los laicos, dice un historiador contemporáneo, podrían muy bien decir con David: *Zelus donnestuæ comedit me*, como escribía á este propósito Sir Cárlos Cornwallis, embajador en 1609 en España. Todas las diócesis ofrecian igual exceso de clérigos desocupados y holgazanes que resistian en su mayor parte la militarización

([1]) FR. ANGEL MANRIQUE, *Socorro que el estado eclesiástico podría hacer al Rey*, cap. VIII, núm. 4 (citado por JOMTOB, 454).
([2]) FORNERON, *Historia de Felipe II*, pág. 411.
([3]) DÁVILA, *Historia de Felipe III*, tomo II, pág. 215.

del Santo Oficio y su número total alcanzaba en España á la cuarta parte de la población adulta, si hemos de dar fe, dice Forneron, á una estadística que se supone hecha en el reinado de Felipe II y según la cual había trescientos doce mil sacerdotes, doscientos mil clérigos de órdenes menores y cuatrocientos mil religiosos [1].

Y como sucede siempre, el mal iba como una marea subiendo, estimulado por el pábulo de la complacencia pontificia y ese estado general de profunda depresión moral que había producido la Inquisición; y como esta milicia terrible é indisciplinada le ofrecía algún peligro, y más que todo obedeciendo al secreto impulso que la hacía instrumento de su fatal misión biológica, lo cierto es que el Santo Oficio, sin el reato de las preocupaciones corrientes, echó mano de ellos también y en grande escala, para alimentar tan ávidas hogueras.

Cuando con alguna profundidad uno penetra en aquella organización singular, se encuentra como extraviado en presencia de extraños fenómenos morales, que como otros tantos puntos interrogantes incitan la curiosidad y provocan á la meditación. ¿Por qué se perseguían los unos á los otros, aquellos clérigos demoniacos? ¿Qué división extraña había establecido entre ellos la Naturaleza?...

Era que la Inquisición había llegado á constituir

[1] Leti, libro XX, pág. 597; Forneron, *Historia de Felipe II*, pág. 55.

por la fijación de caracteres peculiares, un verdadero *clima moral* del que, como ya se ha dicho, repudiaba á todo aquel que por una razón ó por otra no se ajustaba, falto de la necesaria propensión específica del organismo cerebral, que, como dice W. P. Ball, hace que no responda á las influencias ambientes, según ciertas líneas definidas de adaptación. Necesitábase todo el empuje, á las veces tranquilo y sereno, exaltado y violento, de aquel estado de ánimo del *inquisidor*, para poder continuar hasta en sus propias entrañas este trabajo enorme de depuración.

En nombre de « ese Dios furioso y vengador que soñaron los monjes adustos del Cister, un Dios de muerte y de ruina, especie de Cristo sangriento, que exige sumisión absoluta », la verificaban para bien ó para mal de la humanidad, eso no les importaba. Y ese inquisidor bravío é implacable, puesto en movimiento por el secreto mecanismo que este singular amasijo de fanatismo y de agentes ciegos de una fuerza que la Naturaleza había construido dentro de su alma, proclamaba con sed insaciable de exterminio la necesidad de la matanza, como medio de purificación eficaz. Ya no es sólo herejes, locos, epilépticos, prostitutas, los que llegan á la hoguera. Se acabó con ellos, y se principia, como decíamos, con los frailes y las monjas, que van á pagar su tributo ineludible y disminuir las turbas desordenadas que recorren, como dice Mons, las ciudades aullando himnos de lujuria.

El número de clérigos y frailes que llevan al quemadero y á las cárceles, aquellas cárceles que Sprenger, en su bello estilo ciceroniano, llamaba *carceris squalores*, fué grande efectivamente y habría que agradecerle esta limpieza, si no la hubiera verificado inconscientemente, sin ese sentimiento de la grandeza moral que es lo que da mérito y propósito á los impulsos del alma.

Para darnos cuenta de la extensión de este tributo recorramos el libro citado de Menéndez Pelayo ([1]), quien dice que el vulgo acudía con suma devoción y fervor á los autos de fe, donde los encorosados y ensambenitados, eran capellanes, canónigos de iglesias metropolitanas, etc., etc., y enumera detalladamente la multitud de procesos en que fueron castigados clérigos y y monjas *endemoniados* y autos en que salieron hasta treinta y cuatro frailes condenados.

La secta de los *alumbrados* de Extremadura, *solamente*, dió al Santo Oficio ocupación bastante por mucho tiempo; la de Sevilla con el Padre Francisco Méndez y la beata Catalina de Jesús con sus adeptos, á cuyo lado pululaba un enjambre de frailes milagreros y monjas iluminadas con los desvaríos de cuanto puede soñar la locura humana ([2]); la de Valladolid, la de Llerena, en suma, la de muchas otras partes que en España especial-

([1]) Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles*, tomo II, pág. 30.

([2]) Menéndez Pelayo, loc. cit., tomo II, pág. 547.

mente, suministraron tema y combustible al Tribunal de la fe. Bernini en la *Historia de tutte l'heresie*, refiere también otros procesos análogos y dice con motivo de ciertos nombramientos que «*vescovi e vicarii e frati e preti erano eretici*» [1].

Cipriano de Valera, protestante español, natural de Sevilla, habla de multitud de monjes que fueron quemados. D. Adolfo de Castro, en el libro antes citado [2], agrega que «durante muchos años casi no hubo auto en Sevilla en el cual no hubiera alguno ó algunos frailes», y en otra parte afirma que muchos fueron presos y muchos de ellos quemados. Duncan [3], así como multitud de otros escritores que se han ocupado del Santo Oficio y que sería largo citar, menciona de la misma manera estos grandes sacrificios que se hicieron durante mucho tiempo con las gentes de iglesia; turbas incómodas de inútiles y desocupados, seguramente inadecuadas á su propósito, que entraron en la gran selección.

Basta con estas citas, y el lector que sea más exigente recorra cualquiera de los numerosos historiadores del Santo Oficio para encontrar abundantísima confirmación de nuestro aserto.

Pero, se dirá, esta *selección* no entra en los límites de la conocida ley que da supervivencia al más fuerte, al más perfecto, al que realiza más

(1) BERNINI, tomo IV, sección XVI, cap. VII.
(2) ADOLFO CASTRO, *Historia los protestantes españoles.*
(3) W. DUNCAN, *History of the Inquisition in Spain.*

cumplidamente un progreso en el sentido conocido que tiene esta palabra... Hemos dicho en alguna parte, hablando de ella, que era *sui generis*. Y en efecto así es, porque tuvo por un lado la peculiaridad de la que propaga y sostiene multitud de seres inferiores; era bajo el punto de vista de su predominio en la lucha, análoga á aquella cuya explicación y mecanismo nos ha dado Quatrefages y Duval en el capítulo XXVI de *Le Darwinisme;* que da fijeza á la persistencia de tipos imperfectos y de la cual se ha querido hacer un argumento contra el transformismo. Los que sobrevivían, seguramente, eran tipos mental y moralmente deformes, pero que se adaptaban mejor al medio vigente: su supervivencia no entrañaba un progreso en la evolución, pero revelaba un acomodamiento más fácil al ambiente peculiar creado por la Inquisición.

Sin duda alguna, como dice M. de Quatrefages, si aceptamos todas las ideas de Darwin, ha debido manifestarse en el conjunto de la Naturaleza una complicación creciente de los organismos, una especialización progresiva de las funciones y de las facultades, pero es evidente que en muchas ocasiones ha podido suceder lo contrario, porque el darwinismo es, menos la doctrina de lo que llamamos el progreso que de la *adaptación* (Duval). Á este respecto Darwin y sus continuadores han dicho cosas muy curiosas y que nos explican muchos hechos aparentemente contradictorios en la

historia del transformismo. Una imperfección orgánica como la pequeñez de la talla puede convertirse en causa de supervivencia, de triunfo en la lucha. Comprobando esta observación, ¿no hemos visto lo que ha sucedido con las razas nativas de ratas cuando fué introducido en Europa el ratón gris? Puestas con aquella, en lucha, la rata negra indígena y la laucha, sólo una especie indígena ha sobrevivido y ¿se creerá, por ventura, que ha triunfado la más voluminosa, la mejor armada, la mejor dentada, es decir, el ratón negro?... [1]. De ninguna manera; de la encarnizada lucha salió triunfadora la laucha; la humilde y discreta laucha con su exigua pequeñez de proporciones y de medios de defensa, precisamente á causa del defecto de su debilidad, de su pequeña talla, que le permite encontrar asilo en los agujeros estrechos en donde su enemigo voraz no podrá venir á destruirla [2].

Curiosas previsiones la de esta madre Naturaleza que causa la admiración del hombre con los mecanismos admirables de sus leyes. Donde parece que la observación escéptica va á hallar una contradicción, revélase por el contrario la sencillez soberana de su lógica inquebrantable. Hay en esa supervivencia de los organismos inferiores algo de la grandiosa previsión materna; le parece

[1] *Leçons sur le Darwinisme*, pág. 535.
[2] *Le Darwinisme, Leçons profesées à l'École d'Anthropologie par* MATHIAS DUVAL, pág. 537.

á uno sentir el vago y discreto influjo de un orden sobrehumano que oculta el secreto propósito de su plan tras la aparente contradicción de los hechos.

Como los reptiles, que por su debilidad misma han podido sustraerse á la muerte, salvando los efectos destructores de la lucha por la existencia, sobreviviendo y legando á sus descendientes los caracteres que le habían asegurado esa supervivencia, aquellos también han podido adquirir, simplemente por condiciones excepcionales de adaptación, esa ventajosa superioridad, negativas en cuanto á la evolución moral progresiva se refiere, pero positivas, por otro lado, porque les ha asegurado la vida y el dominio que los otros no han podido conservar. Precisamente ese reptil desprovisto de miembros, decía Madame Royer, rampando silenciosamente entre la yerba y disimulando su pequeñez en las fisuras de las rocas, realizaba tales condiciones de *survivance* frente á los que poseían miembros y tenían un cuerpo más espeso y voluminoso (1).

Ya sabéis, pues, por qué sobrevivían estas turbas de la Inquisición, inferiores como eran. En el gran mecanismo de la ejecución de esa ley, *sobrevivir*, dice Mathias Duval, en su clarísimo libro ya mencionado, no significa, á pesar de la frase de *lucha por la existencia*, expresión que es necesario no tomar en su sentido lexicográfico, sino en

(1) Véase: Duval, loc. cit.; Russell Wallace, *Le Darwinisme;* W. P. Ball, *Hérédité et exercice.*

el de resumen de toda una serie de nociones relativas á las relaciones de los organismos entre ellos y su medio; sobrevivir, decia, no significa únicamente ser vencedor por la fuerza y la superioridad directa, sino por saberse entre otras cosas, sustraer al peligro, huyendo de las causas de la muerte. Así, pues, una imperfección orgánica, como la pequeñez de la talla que es al fin una *imperfección*, un defecto, puede ser una causa de supervivencia, de triunfo, y quien dice pequeñez de la talla, dice cualquier otro defecto, siempre que esté dentro de ciertas y determinadas condiciones previstas. La selección natural puede, obrar no sólo desarrollando en ciertos tipos los órganos y perfeccionando las funciones, sino tambien atrofiando estos órganos é impidiendo su aparición en tipos parientes próximos de los precedentes, de manera de perfeccionar los unos, mientras que mantiene á los otros en su estado de imperfección primitiva (1).

Á este respecto, los coleópteros de la isla de Madera nos presentan un caso bien demostrativo. La aptitud para el vuelo es un carácter de perfeccionamiento, que la selección desarrolla, sin afirmar por esto que la selección obrará siempre en el mismo sentido. Según las observaciones de Wollaston, sobre veinte y cuatro géneros de escarabajos propios de aquella isla, veinte y tres no

(1) DUVAL, pág. 521.

tienen alas membranosas ó presentan élitros soldados que son impropios para el vuelo (Duval). Ahora bien, ¿por qué si los insectos han evolucionado y se han perfeccionado en virtud de la selección, los de la isla de Madera han permanecido ó retrocedido á este grado de inferioridad incontestable que constituye la ausencia de alas? [1].

Sin duda alguna, porque esta inferioridad fué para ellos una causa de supervivencia, de la misma manera que todo ese conjunto de aptitudes negativas en el sentido que concebimos hoy la superioridad moral, fué para aquellos caracteres visiblemente inertes de los inquisitoriales, un motivo de más fácil acomodamiento ó adaptación. Todos esos insectos ápteros de la isla de Madera y como ellos multitud de seres de la naturaleza, si bien revelaban en su falta de alas un grado de inferioridad evidente, por otro lado constituían un motivo de superioridad, con relación al clima, porque entre otras cosas resistían mejor al empuje de los vientos que reinan allí y que los arrastraría como arrastra á la muerte á otros insectos. La observación de las condiciones particulares de aquel clima demuestran que, efectivamente, los vientos que reinan en esas regiones son tan violentos, que arrojan al mar á todos los coleópteros que hacen uso de sus alas [2]. Con el hombre no se derogan las leyes que presiden al desenvolvimiento de la vida

[1] Duval, *Le Darwinisme*, pág. 522.
[2] Véase Duval, *Leçons sur le Darwinisme*.

en el más humilde de los celenterados; lo que sucede con los animales y con las plantas que están debajo, pasa lo mismo con el que está arriba. Las especies llamadas superiores no podrían existir en las condiciones que prosperan por miriadas muchísimos seres considerados inferiores. Estos últimos son más perfectos que los primeros, relativamente á sus condiciones, porque la lucha por la existencia y la selección natural tiene ante todo por resultado forzoso satisfacer de la mejor manera las condiciones de existencia, cualesquiera que ellas sean (Duval).

Diremos en conclusión, lo que el distinguido profesor de anatomía en la *Escuela de Bellas Artes de París* á propósito del mismo asunto: «Si pues en virtud de la evolución ciertos organismos tienen la propiedad de retrogradar á un estado relativamente inferior, no es difícil concebir que organismos primitivamente inferiores hayan podido permanecer tales cuales eran. Un transformista que como Robinet, en el último siglo, se ocupara únicamente de poner en evidencia la evolución progresiva, los ensayos de la naturaleza, para producir al hombre, según la expresión textual del mismo Robinet, hubiérase sentido arrastrado á descuidar las otras fases del cuadro, exponiéndose á ser interrogado sobre la persistencia de los tipos inferiores». Este reproche no podría dirigirse en forma de objeción á Lamarck, que habla á menudo de transformaciones regresivas, ni á

Darwin, que no pronuncia jamás la palabra *perfeccionamiento* de un sér, sin agregar esta otra frase: *con relación á sus condiciones de existencia orgánica é inorgánica*, ó cualquiera otra restricción análoga (1).

M. de Quatrefages, á quien seguramente no se le puede tachar de entusiasta por el transformismo y que, sin embargo, es indudablemente en Francia uno de los que ha comprendido mejor y más ampliamente interpretado á Carlos Darwin, rinde á este respecto un justo homenaje á la manera cómo el autor del *Orígen de las especies* concibe el progreso y la adaptación (2). En mi sentir, dice en su libro *Ch. Darwin et ses précurseurs*, 1870, «es ese uno de los principales méritos de la teoría que expongo: la palabra *progreso* seduce fácilmente los espíritus que colocándose exclusivamente bajo el punto de vista del hombre y tomándole por norma, no comprenden la marcha hacia adelante, sino en un sentido único. Sin embargo, en la naturaleza no sucede siempre así, lo mismo que en el mundo orgánico é inorgánico. No hay ni arriba ni abajo en el conjunto de los cuerpos celestes, y nuestros antipodas marchan lo mismo que nosotros, sobre sus propios pies» (3).

La otra selección terrible, la selección intelec-

(1) DUVAL, *Le Darwinisme, Leçons*, etc.
(2) QUATREFAGES, *Leçons profesées à l'Ecole, etc.*
(3) QUATREFAGES, *Ch. Darwin et ses précurseurs français*, pág. 101.

tual que ha muerto ó cuando menos adormecido el pensamiento en España, es otra faz de la *selección artificial por el Santo Oficio*; la selección de la leyenda liberal, que estigmatiza con razón el mundo entero, porque es la selección sacrílega que enmudeció al cerebro español, abandonándolo soñoliento á la inercia de su colapso secular. Hubo, pues, en ella una verdadera bifurcación dicotómica, caracterizada la una por su índole, diremos así, medular ó puramente ganglionar, vale decir inconsciente y ciega, que echó afuera del mundo á los inválidos del cerebro, á los alienados, epilépticos, frailes, vagabundos, histéricos, etc.; y la otra completamente cerebral, es decir, intencionada, casi inteligente. La primera tiene la utilidad, ó mejor dicho el saludable y secreto propósito de la *puesta en acción* de una ley natural, la ciega fatalidad del destino; la otra, la inútil barbarie de una violación sacrílega.

Las consecuencias de ambas selecciones se han hecho sentir en España de una manera sensible.

El cerebro del hombre no puede pasar impunemente por una actividad moral ó intelectual tan extraordinaria como la que experimentó ese país con sus epidemias morales y sus sufrimientos, sin concluir por sucumbir en un sentido ó en otro: casi siempre esta fatiga de los espíritus *surménés* no se hace sentir sino á la segunda ó tercera generación, traduciéndose ó por una

esterilidad completa, por un cansancio ó inercia enervante del pensamiento como ha sucedido en España, ó por enfermedades nerviosas varias, por enfermedades mentales, tendencias al crimen, etc. Por otra parte, ningún cerebro ha sido moralmente más contundido por la Inquisición que el cerebro español. La emoción violenta del terror ha hecho estragos en él, y téngase presente que la emoción, es decir, la usura de la sensibilidad moral produce efectos destructores más terribles que cualquier otro trabajo mental. Ha sido tal vez más por la emoción que por la opresión del pensamiento que el Santo Oficio ha operado su trabajo de demolición: quiero decir que ha agotado las fuerzas vitales de ese órgano á fuerza de actuar sobre la sensibilidad moral, manteniendo durante siglos un estado de emotividad patológica cuyo resultado lo hallamos en el decaimiento de todo el sistema nervioso superior.

El descenso de la inteligencia española en sus manifestaciones más elevadas, no depende tanto de la persecución al libre pensamiento, á las letras, á las ciencias que son su expresión más genuina, como de esa *intoxicación* por el veneno deletéreo del terror operado por un procedimiento violento y continuado. Y recuérdese que en la etiología de la *parálisis general*, enfermedad esencialmente depresiva, demencial, las emociones morales tienen un rol preponderante, produciendo ese decaimiento que se manifiesta en ciertos

estados de enajenación crónica. Si un violento afecto transitorio es capaz de producir la locura (*estupor*, *demencia primitiva*, *melancolía, atónita, manía)* [1] un acceso de epilepsia, la histeria, etc., ¡qué no producirá la secular acción del terror sosteniendo el aumento temporáneo en la excitabilidad del cerebro, como dice Binswanger [2], perturbando profundamente la nutrición del órgano! En estos casos el momento psíquico emotivo, dice el profesor de psiquiatria de la Universidad de Gratz, perturba la inervación vaso-motora y consecuentemente la circulación y la nutrición del cerebro. Y precisamente en este caso, en que se trata de un estado moral colectivo, ha sucedido lo que acontece en el individuo: la psicosis no subsigue inmediatamente al momento etiológico, sino que después de un tiempo más ó menos largo [3] sobreviene con cierta lentitud sórdida la terrible caída de la mente.

Cuando el *shok* afectivo es tan intenso y tan constante, el grupo de las ideas morales tristes predominantes provoca un estado de cerebrastenia de que hablaba Schule á propósito de la etiología de la demencia aguda, porque la experiencia enseña que son exclusivamente los sentimientos tristes, depresivos que conducen más fácilmente á la locura. El *auto de fe*, con su cortejo pintoresco, su

(1) KRAFT-EBING, tomo I, pág. 222.
(2) KRAFT-EBING, tomo I.
(3) KRAFT-EBING, tomo I, pág. 223.

cúmulo de emociones y de escenas terroríficas repetidas con tanta frecuencia, ha tenido, patológicamente hablando, mayor influencia sobre el cerebro español que todas las persecuciones al luteranismo de los protestantes y liberales.

Ese ha sido, agregado á los otros medios de selección, la *idea fija*, la alucinación temible que ha golpeado por más tiempo la imaginación predispuesta de ese pueblo, agotando las fuerzas de su inteligencia. Sichelle, Smidtrimpler *(Arch. f. Psych.*, IX, 2), Finkelburg *(Allg. Zeit. f. Psych.)*, Lasègue, Falret *(Traité des maladies mentales)*, etc., y casi todos los más conocidos psiquiatras hablan de la influencia que estas causas morales depresivas tienen sobre la inteligencia, y Maudsley *(Physiologie de l'esprit)*, afirma también que las emociones obran sobre el organismo más violentamente que las ideas; que aquellas representan un movimiento interno más violento, porque todas las funciones vegetativas están más profundamente implicadas en su origen, en su naturaleza y en su expresión.

Finalmente, el Santo Oficio, por los otros medios enunciados, ha agotado en España esa celosa susceptibilidad nerviosa para las reacciones cerebrales, cuya exageración, si bien produce el *nervosismo*, cuando es enfermiza, también lleva al cerebro el fuego y el empuje que dan al pensamiento intensidad y vigor. He ahí otra faz de su influencia.

Este agotamiento, aun cuando tiene su expresión más sensible en el silencio y la indigencia de la inteligencia española, se traduce, por otra parte, en una saludable (?) falta de aptitud para la enajenación mental que es bien visible en la Península. Triste compensación, sin duda, á la deplorable esterilidad intelectual que hace de ese gran pueblo, casi un analfabeto, en medio de la cultura y del progreso sorprendente de la Europa entera. La exaltación cerebral en que se excedió Israel y que se traduce en la estadística por un aumento progresivo de la locura y de las enfermedades nerviosas y en el pensamiento por un desarrollo creciente de las letras, de las artes y de las ciencias que duermen allí sueño demasiado largo, faltóle á España como un resultado de esa selección devastadora. Faltóle la suprema tensión de las fuerzas morales que puede alternativamente producir en Augusto Comte el genio de la *Filosofía positiva* y la locura que rompe la armonía de sus bellas facultades; que en otro cerebro sugiere el descubrimiento de las leyes de la gravitación universal y engendra probablemente los profundos accesos de melancolía que alteraban el espíritu de Newton; que da vida y calor al cerebro de Descartes y Beethowen al mismo tiempo que aguijonean la inteligencia y exaltan la mente hasta la alucinación.

El cerebro español ó no trabaja ó trabaja poco; por eso no está expuesto á los graves peligros del *surménage* y á la violencia funcional que trae el

aumento de todos esos males al espíritu. Las necesidades de la vida, las aspiraciones exigentes que surgen naturalmente de la ilustración y ennoblecimiento del espíritu por el estudio, las agitaciones de todo género que produce la vida intelectual en esos grandes centros no perturba la tranquilidad soñolienta de aquel cerebro que fué en un tiempo el dominador del mundo y el que le diera vida y calor con su savia exuberante. Surgen estas consideraciones sobre los vínculos de esos dos términos, locura y progreso, tan opuestos, al parecer, de este otro hecho que parece notorio: la ciencia no ha probado todavía la falsedad de la atrevida proposición de Moreau de Tours, de que las disposiciones del espíritu que hacen que un hombre se distinga de los otros por la originalidad de sus pensamientos y de sus concepciones, por su excentricidad ó la energía de sus facultades intelectuales, tienen su fuente de origen en las mismas condiciones orgánicas que las diversas perturbaciones morales, de las cuales la locura y el idiostismo son la expresión más completa [1]. Y él ha mostrado con un copioso bagaje de razones científicas y de observaciones elocuentes las secretas vinculaciones entre el genio, el talento y ese terrible mal de la locura; el más grande, el más irremediable de los infortunios humanos individualmente considerado.

[1] Moreau de Tours, *La psychologie morbide dans ses rapports avec la philosophie de l'histoire, etc.*

Las afecciones nerviosas, sea que radiquen en la motilidad ó bien en la sensibilidad general, sea sobre las funciones que no son al fin sino esta misma facultad elevada á su más alto grado de poder y de acción, es decir, las facultades y los actos del principio pensante, esas afecciones, decía el filósofo y psiquiatra inolvidable, cuando no son transmitidas pura y simplemente por herencia, se transforman en condiciones favorables al ejercicio intelectual y crean una predisposición hereditaria para las cualidades eminentes del espítitu. Si eso fuere cierto, como parece serlo, resultaría que los pueblos que no tienen la *locura* como una manifestación de la usura nerviosa, como una muestra de su excesiva vitalidad cerebral, no poseen tampoco el empuje y vigor trascendental que coloca á la Francia y la Alemania á la cabeza del mundo civilizado.

La civilización es un elemento á la par que de desenvolvimiento moral, de difusión y acrecentamiento de la enajenación mental, y será esto tanto más cierto aún si, como cree M. Mitchell (*The past and the present)*, la civilización es el resultado complicado de una guerra del hombre contra la naturaleza para impedirle á ésta aplicacar su ley de la selección natural. Á este respecto hay un hecho interesante que mencionan las estadísticas, cual es la marcha de la locura en la raza negra, puesta, por la libertad, en franco contacto con la civilización, cuyas exigencias cerebrales re-

claman de ella más de lo que puede darle. Solbrig había ya señalado el hecho de que en América los negros libres del Norte presentaban cinco veces más alienados que sus hermanos esclavos del Sud, y según las investigaciones de Buchanan, el desarrollo de la enajenación habría aumentado en la gente de color después de la emancipación [1].

¿Será entonces cierto que la locura, como la prostitución, dentro de ciertos límites es un mal necesario? ¿Esa fuerza que en corrientes ya serenas ó impetuosas engendra en unos la enfermedad por falta de suficiente gobierno cerebral, en otros, encauzada y bien dirigirida (alternativamente aumentada y disminuida) el talento y el genio, como afirma el filósofo ya citado?

Quién sabe si en efecto la locura no es fuente de vida, toda vez que por la admirable legislación de la transformación de las fuerzas, la que produce en el cerebro de Laplace la concepción soberbia de la *Mecánica celeste* es la misma, que es sensibilidad en el tejido nervioso, motilidad en el músculo, luz, calor, movimiento en la eterna circulación de la vida. Bajo la influencia de la excitación que suele imprimir á la inteligencia en el pródromo de la *triste comedia* se ven aparecer de pronto ideas y recuerdos en tropel que parecían de largo tiempo atrás borradas de la memoria y que no podían haber producido una impre-

(1) Regis, *Manuel pratique de médecine mentale.*

sión tan profunda en el espíritu ([1]). Parece, para servirnos de una feliz expresión de Carlos Nodier, que bajo su influjo, los rayos tan divergentes y dispersos de la inteligencia se encontraran de pronto en un haz, como los del sol en una lente, y prestaran entonces á la palabra del pobre loco tanto brillo, tanta claridad, tanta persuasión como no habría gozado jamás en el pleno uso de su razón ([2]).

Hay hechos que parecen afirmar tan misteriosa consanguinidad de una manera evidente en la historia psicológica de los pueblos. En Italia, que con menor rigor, indudablemente, soportó por mucho tiempo la misma situación mental de España, el suicidio y la locura, sobre todo el primero, *andó progredendo* desde que comenzó á salir de ella. Y ese aumento se debe á las nuevas tendencias y pasiones, al nuevo y vigoroso estímulo psiquico desconocido en otra época y por consecuencia á nuevas causas que concurrieron á aumentar las cifras de la locura y de la muerte voluntaria ([3]). Aherrojada, oprimida por tanto despotismo extranjero, vivía en un ocio intelectual completo, sin emulaciones y sin preocupaciones que aguijonearan al cerebro indolente; sin sentir ese *grado superiore di incivilimento*, los hábitos, los usos y costum-

([1]) Dagonet, *Traité des maladies mentales.*

([2]) Ch. Nodier, *Jean-François les Bas-bleus (Annales médico-psych.*, 1846); Dagonet, loc. cit.

([3]) *Del suicidio en Italia,* del commendatore dottore Giovanni Ferrini, Milano, 1879.

bres nuevas, la fiebre del trabajo mental, las nuevas necesidades, los nuevos deseos, que despertaran la exaltación nerviosa que hoy se traduce en las dos tan visibles bifurcaciones que la arrancan de su letargo milenario. La vida nerviosa de una nación, decía el profesor Cantani, decide en buena parte de su suerte, de su prosperidad [1].

En este siglo, ni aun en estos últimos veinte años de agitaciones políticas, se han conocido en España las epidemias de delincuencia morbosa peculiar que revelan en una sociedad una estimulación exagerada de la vida psíquica, de suicidios, de locuras colectivas ó de neurosis de igual forma que son el resultado de un conjunto etiológico y de hechos psicológicos y económicos que constituyen eso que llamamos la civilización, pero que no son el patrimonio de las naturalezas postradas y si no muertas cuando menos aletargadas por un exceso de emotividad generosa. Los pueblos duermen cuando no se les percibe ningún signo externo de vitalidad aun cuando sea excesiva y desborde fuera de sus quicios naturales desembocando en grandes males como la locura y sus congéneres.

Los pueblos incultos de! África y del Asia apenas si conocen la locura. Desgenetts no encontró más de doce locos en el hospital del Cairo; Moreau solo vió un corto número de alienados en las diversas regiones de Oriente que recorrió, y uno solo

[1] CANTANI, *Lezione sull'isterismo. Il Morgagni*, 1871, tomo VI, pág. 373.

en Nubia. Auber, en toda la Abisinia encontró dos idiotas, y Williams que residió doce años en China afirma que en el Celeste Imperio es muy rara la locura [1]. Para mayor abundamiento diremos que parece demostrado que las poblaciones que más apartadas están de las grandes ciudades ofrecen un contingente menor de enajenados que los grandes centros urbanos : así, según Guislain, mientras que en Gante hay 1 loco por cada 302 habitantes, en la población rural de esta provincia sólo se encuentra 1 por cada 1474, y, según Renaudin, en la ciudad de Nancy hay un loco por cada 500 habitantes, mientras que en el departamento de Meurthe sólo se halla uno por cada 1468 [2]. Nantero hace notar la relativa poca frecuencia de la locura y el suicidio en España, atribuyéndola á la escasa difusión del alcoholismo, y Soler dice que « el cerebro español es poco dispuesto para las complicaciones de ciertas psicopatías graves ».

Y no se diga que la falta de un reclutamiento metódico de los alienados en las casas especiales produce esta ilusión, porque, como lo hacía notar el director del *Manicomio de Nueva Belem*, mientras que en otras naciones los locos sufrían crueles persecuciones y eran confundidos con los criminales, España daba un alto ejemplo de humanidad

[1] GINÉS Y PARTAGAS, *Tratado teórico práctico de frenopatología ó estudio de los enajenados mentales, etc.*, 1876.
[2] GINÉS Y PARTAGAS, libro citado.

erigiendo asilos especiales para albergarlos [1]. En el siglo XV España pecó por exceso opuesto: la enajenación mental se difunde de una manera extraordinaria, como lo hemos hecho notar en este mismo capítulo, y su número le sugiere la idea de fundar casas especiales donde puedan ser encerrados y mejor vijilados aquel inmenso número de *herejes* endemoniados que devora el Santo Oficio con tanta precipitación. Entre otros tantos puede mencionarse el que fundó en Valencia en 1408 la sociedad llamada de *Los Inocentes*, debido á las evangélicas predicaciones del monje mercedario fray Jofre Gilbert; el que en 1415 fundó Alfonso V en Zaragoza bajo el nombre *Hospital de la Virgen de la Gracia* y el que en 1436 fué erigido en Sevilla por la caridad de Marcos Sánchez Contreras [2]. Pero ahora «triste es confesar que después de tan generosos impulsos, puestos en evidencia en época tan lejana, nos hemos quedado en este punto tan *vergonzosamente rezagados que hasta pocos años atrás parecía que no viviéramos en Europa*» [3].

En las provincias españolas donde la Inquisición ha sido más feroz, la locura, el suicidio, etc., acusan actualmente una proporción visiblemente menor que en las otras, en donde tampoco se manifiestan de un modo grave, comparado con las

[1] Ginés y Partagas, loc. cit., pág. 16.
[2] Ginés y Partagas, loc. cit.
[3] *Tratado teórico práctico de freno-patología*, pág. 16.

demás naciones europeas. ¿ Simple coincidencia ó efecto lejano de esa selección terrible que parece haber secado en sus fuentes de germinación la semilla fecunda que en otro tiempo produjo aquellas grandes epidemias morales ? Por la desaparición de todos esos desgraciados, la enajenación mental en sus diversas formas tan terriblemente fecundas cesaría de reproducirse. Y todos sabemos la importancia de las locuras hereditarias, que representan, por otra parte, una verdadera cepa común á un gran número de enfermedades nerviosas [1] que en muchos no se produce de pronto. En España, pues, la aptitud para la locura y para muchas enfermedades nerviosas que hoy abundan en Europa, es indudablemente menor ; las escasas estadísticas que conocemos, así lo revelan. El alcoholismo, la locura alcohólica y de una manera general todas las cerebropatías tóxicas que aumentan de un modo tan considerable en los grandes centros, son allí relativamente escasas, y lo mismo sucede con la parálisis general, el suicidio y las otras perturbaciones que forman la lúgubre trilogia de la devastación cerebral universal [2]. Es tan cierto esto, dice Bordier, « que aquel país es el único en Europa en que el suicidio no ha aumentado, más bien ha disminuido, pues de 36 por

[1] FERÉ, *La famille névropathique*, 1849, pág. 29; W. IRELAND, *The blot upon the brain*, 1893; HAMMOND, *A treatise on insanity, on its medical relations*, pág. 179; DEJERINE, *L'hérédité dans les maladies du système nerveux.*

[2] D. PERIER, *Viajes por España y Francia*, 1890.

1.000.000 ha descendido á 26 ([1])! mientras Inglaterra tenia en 1866, 67,2 por millón de habitantes y en 1877, 69,2, lo mismo que en Bélgica, en Italia, en Dinamarca, en Rusia y en general en todos los países de Europa ([2]). Un médico español, el señor Jinés Valle, dice que la *esclerosis en placa* lo mismo que las distintas *neuropatías atróficas* modernamente estudiadas por Dejerine y otros autores franceses, son en los hospitales de su pais *rara avis*, y la histeria, en sus grandes formas mentales por lo menos, asi como la *epilepsia* y la *corea*, no son, como las otras enfermedades nerviosas, tan frecuentes.

Tales son los efectos que la selección verificada por la mano del Santo Oficio ha ejercido en España.

([1]) BORDIER, *La vie des sociétés*, 1887, pág. 109.

([2]) MARIE MANACEINE, *Le surménage mental dans la civilisation moderne;* JACOBY, *Sélection*, op. cit.; BALL, *Leçons sur les maladies mentales;* LEGOYT, *Le suicide ancien et moderne.*

TERCERA PARTE

CAPÍTULO I

LA CASA DE AUSTRIA Y LA DECADENCIA DE ESPAÑA. CARLOS V Y SUS PERSECUCIONES RELIGIOSAS

SUMARIO: Causas de la decadencia de España.— Relaciones íntimas del pueblo y de los monarcas.— La locura y las enfermedades de los reyes españoles en sus relaciones con la historia política.— Inglaterra y España.— Los ascendientes de Carlos V.— Carlos el Temerario y Juana la Loca.— Acumulación de la herencia mórbida en el cerebro de Carlos.— Artritismo y epilepsia.— Ineptitud de la casa de Austria para el gobierno político.— ¿Por qué?— Carácter epiléptico de la inteligencia de Carlos V.—Su fondo moral se resiente de su enfermedad.—De cómo la enfermedad mental de Carlos V ha influído en la historia política de España.—Sus delirios de grandeza.—Su misticismo favorece el desarrollo de la Inquisición.—Su demencia precoz imprime un cárácter especial á los acontecimientos en que él es actor.—Su permanencia en Yuste.— Sus funerales en vida han debido ser ciertos, dada su condición de epiléptico.—Alucinaciones terroríficas, etc.

Ya hemos visto en los capitulos anteriores lo que podriamos llamar la *psicología mórbida* de ese triste tribunal de la Inquisición, su curiosa

evolución histórica al través de todos los siglos de su dominio y el rol considerable que en la trama de su contextura complicada han tenido la locura y las otras pertubaciones del sistema nervioso.

Veamos ahora la que tuvieron análogas perversiones en esta importantísima faz de la historia de España que conocemos con el título de *la decadencia*.

¿Cómo fué destronada la monarquía española de tanta gloria y de tanta honra? se pregunta un sabio legista español citado por Buckle. ¿Cómo perdió los Paises Bajos y el Portugal para quedar reducida al esqueleto de lo que había sido antes? ¿Cómo fué que poseyendo minas inagotables en el Nuevo Mundo, sus entradas eran apenas de seis millones de ducados bajo el reinado de Felipe III? Y finalmente ¿por qué su agricultura y su industria se arruinaron y casi todo su comercio pasó á las manos de sus más grandes enemigos? (1). Múltiples causas influyeron sin duda en este largo proceso histórico, pero hay una de ellas que no ha sido suficientemente estudiada y que salta á la vista apenas recorremos esa lúgubre leyenda de la *Casa de Austria*, la gran cultivadora del germen perturbador del extenso imperio.

En ninguna parte, en ninguna raza, la influencia personal de los monarcas y con mayor razón de los monarcas enfermos de la mente, ha tenido una

(1) Buckle, *Histoire de la civilisation en Angleterre.*

influencia mayor y más funesta que en España; no tanto por su carácter supersticiosamente dócil á la realeza, cuanto por la manera cómo el pueblo concebía la obediencia y el respeto en la organización especial de aquella sociedad monacal. Allí, más que en cualquiera otra parte de la tierra, el carácter divino del monarca estaba consagrado con más fuerza. Durante más de ochocientos años, dice Buckle [1], un tratado de alianza entre la Iglesia y el Estado fué una necesidad impuesta á los españoles por las particularidades de su posición; pero después que la urgencia hubo cesado, sucedió, naturalmente, que la asociación de ambas ideas subsistió al peligro; el espíritu de las masas continuó mezclando las dos ideas en una superstición común, y la fidelidad sin ejemplo que vino como consecuencia y resultado atestiguan la estrechísima vinculación mental de la persona del monarca con su pueblo [2].

El celo con el cual inculcan en todos los actos de su vida y hasta en sus mismas baladas tan comunes y difundidas en España, la obediencia y la devoción, es el más característico rasgo de esa índole moral que se siente hasta en su literatura. La primera gran manifestación del espíritu español fué, agrega el mismo Buckle, el poema *El Cid*, escrito al fin del siglo XII y en el cual encontramos nuevas pruebas de fidelidad extraor-

(1) Buckle, *Histoire de la civilisation en Angleterre.*
(2) Buckle, loc. cit., pág. 5.

dinaria al príncipe, que las circunstancias habían impuesto al pueblo (1). Southey (2) hace notar con sorpresa que las viejas crónicas representan al Cid como « *offering to kiss the feet of the king* ». Los concilios eclesiásticos, la legislación civil y hasta los autores dramáticos muestran constantemente la misma tendencia, á tal punto que ningún sistema de leyes, según graves autores, consagra en tan alto grado tanta fidelidad como los códigos españoles (3). El Rey santificaba todo lo que tocaba; « nadie podía montar el caballo que él hubiera montado, nadie podía casarse con la querida que él había abandonado, y caballo y querida eran igualmente sagrados, pues ninguno osaba tocar siquiera lo que de cerca ó de lejos pertenecía á su señor. Los malos como los buenos monarcas lo encontraban siempre en las mismas proporciones de exaltación y ese sentimiento estaba tan compenetrado en las tradiciones y en el espíritu del pueblo, que después de haber sido una pasión se convirtió más tarde en un artículo de fe nacional ». Clarendon, el autor de *History of the Rebellion*, dice, hablando de ese curioso culto, que la falta de respeto hacia la persona del Príncipe constituía á los ojos de los españoles un *crimen monstruoso*, y que el duque de Olivares reprochaba amargamente la fa-

(1) Véase : *Histoire de la civilisation en Angleterre*, tomo 4°, pág. 36; Buckle, Tapia, *Civilización española*.
(2) Southey, *Chronicle of the Cid*.
(3) Buckle, loc. cit., tomo IV, pág. 36.

miliaridad del de Buckingham con el Rey [1].

Eran, pues, aquellos, los dos principales elementos de que estaba formado el carácter español: fidelidad y superstición, reverencia por el rey y por el clero, los grandes principios que dominaron el espíritu de ese pueblo y gobernaron la marcha de la historia de España [2], las circunstancias particulares que influyeron poderosamente para colocar el carácter de la nación en condiciones apropiadas para sufrir con *receptividad* excepcional la influencia perniciosa de todos los cerebros dislocados que han ocupado el trono de sus grandes imperios.

Desde el momento en que los jefes competentes tienen por sucesores á hombres incapaces — y cuando digo incapaces me refiero á la incapacidad en cualquier sentido de desequilibración estable de la mente, muchas veces compatible con el brillo de facultades excepcionales como sucedía con Carlos V — la decadencia comienza rápidamente, pues ese pueblo, habituado á no discutir su fidelidad, se deja conducir ciegamente dando á sus consejos nocivos la misma obediencia que daría á los más sabios y meditados [3].

Los ejemplos de otros pueblos de la tierra en que reyes imbéciles é imposibilitados no han obs-

(1) CLARENDON, *History of the Rebellion*, edición de Oxford; FLORES, *Reinas católicas*; LAFUENTE, *Historia de España*; BUCKLE, *Histoire de la civilisation en Angleterre*, tomo IV.
(2) BUCKLE, loc. cit., pág. 40.
(3) BUCKLE, loc. cit., pág. 44.

tado al progreso de la nación, Inglaterra, por ejemplo, no es un argumento en contra de este aserto tan bien demostrado por el juicioso autor de la *Historia de la civilización en Inglaterra*, porque como él lo establece, hay una diferencia esencial entre la civilización inglesa y la de España.

Los ingleses «constituyen un pueblo dispuesto á la censura, por otra parte difícil de satisfacer, susceptible, eternamente quejoso de sus gobernantes, desconfiando de todas sus ideas, discutiendo sus medidas con un espíritu de hostilidad y acordando poco poder á la iglesia y á la corona: él mismo dirige sus asuntos públicos, á su manera, y á la menor provocación está pronto á renegar esa fidelidad de convención que se ve siempre en sus labios sin penetrar jamás en el corazón. La fidelidad no es tan grande que les haga sacrificar sus libertades por complacer al Rey, perdiendo el vivo sentimiento de los propios intereses, de donde resulta que en Inglaterra el progreso no se detiene jamás, sean buenos ó malos sus gobernantes, y que el gran movimiento sigue su marcha progresiva».

Y sin embargo, también allí han tenido los reyes su buena parte de imbecilidad, de locuras y de crímenes, y hombres como Enrique III y Carlos II han sido, por las razones apuntadas, incapaces de perjudicar á su país [1], como han perjudicado á España monarcas como Carlos V, Felipe II y so-

[1] BUCKLE, *Histoire*, etc., tomo IV, pág. 45.

bre todo los que cargaron con el fardo de la herencia acumulada por siglos: Felipe III, Felipe IV y Carlos II, último vástago de la famosa dinastía austriaca.

Ana y los dos primeros Jorges eran ignorantes y groseros: su educación fué miserable, habiéndoles la naturaleza cargado la mano en la debilidad, en la obstinación y en otras cosas peores [1]: sus reinados duraron próximamente sesenta años, y después de ellos, durante otro período de sesenta años, ese país fué gobernado por un príncipe á quien la enfermedad había hecho incapaz por largo tiempo, pudiendo decirse con propiedad que las épocas en que esa incapacidad se hizo sentir, fueron los períodos menos funestos de su reinado. Es evidente que « ni su inteligencia estrecha, ni su naturaleza despótica, ni su miserable superstición, ni la bajeza increíble del innoble epicúreo que le sucedió en el trono pudieron detener la marcha de la civilización inglesa: el pueblo marchaba adelante sin ocuparse de sus miserias; la locura de los reyes no podía desviarlo del camino, porque él sabia bien que sus destinos estaban en sus propias manos y que poseía en sí mismo esos recursos y esa fertilidad de combinaciones que hacen al hombre prudente grande y feliz ».

Pero en España no pasaba la misma cosa; por

[1] BUCKLE, *Histoire de la civilisation, etc.*

las razones que dejamos expuestas, su ruina comenzó á diseñarse, apenas los desequilibrios de la inteligencia principiaron á subir al trono; y como España tenía una predisposición secular á la obediencia pasiva, parienta próxima de la inercia cerebral, quedó colocada con respecto á sus monarcas, en la situación mental precaria de ese docilísimo, agente *pasivo* de la locura *à deux* que sigue obediente las caprichosas veleidades delirantes de de su inspirador *activo*. Es tan continua la sucesión de alienados ó cuando menos de desequilibrados, que han tenido en sus manos la suerte y la grandeza de este pueblo, que no es posible negarle una influencia principal y decisiva en su decadencia, cualesquiera que hayan sido las causas de otro orden que actuaron en el mismo sentido.

Durante casi dos siglos, fué gobernada por una dinastía en cuyos miembros, sin excepción, la locura, en sus diversas formas, había hecho estragos dolorosos. Esa fué sin duda la *enfermedad del crecimiento* que le empobreció los huesos y labró su espíritu, produciéndole todos los inconvenientes de un cerebro detenido en su evolución fisiológica.

Isabel y Fernando, que realizaron el esfuerzo supremo de la unidad nacional, son casi los únicos cerebros en donde brilló una mentalidad normal; después de ellos, viene la larga familia de desarticulados de la dinastía austriaca, que derrocharon la grandeza y la gloria de España ó en las desca-

belladas aventuras de las guerras inútiles é *impulsivas* ó en la inercia soñolienta y adusta de todos los Felipes. España declina hacia su ocaso ó se levanta con intermiciones lúcidas transitorias, cuando alternativamente ocupan su trono cerebros bien dotados de salud intelectual, ó cabezas obscurecidas por el idiotismo perezoso de Carlos II, ó la *locura* agitante y batalladora del vencedor de Pavia. La Inquisición prospera y se fortifica bajo la complaciente complicidad de esa enajenación que no abandona á aquel pueblo en todo el curso de dos siglos.

Difícilmente la historia del mundo entero presentará otro ejemplo más palpitante del influjo desastroso del alienismo político, que el que ella nos da con la tristísima historia de esa familia que ha devorado tranquilamente la vitalidad de esa nación en tan largo espacio de tiempo sin una protesta de su parte. La caida de España fué tan rápida durante el reinado de Felipe II y los tres reinos que le siguieron, que la más poderosa monarquía del mundo cayó hasta el último grado de postración, fué insultada impunemente por las naciones extranjeras, se hundió en una bancarrota lamentable y perdió sus más bellas posesiones; convertida en objeto del oprobio general y sirviendo de tema á los sabios y moralistas para disertar sobre la incertidumbre de las cosas humanas, llegó hasta la humillación cruel de ver su territorio dividido por un tratado en el que no

tomó parte y al cual le fué imposible oponerse [1]...

Retrocediendo tan lejos como permite la crónica para buscar algún vestigio primitivo de esas *weak-minded*, encontramos ya, como vehemente indicio, que aquel Pedro de Portugal que reinó por los años de 1357-1367, se manifestaba tan extrañamente caprichoso, inconstante y cruel, que es difícil decir si era loco, ó si representaba la «encarnación de un demonio (*it is difficult to say whether he was the encarnation of a demon or insane*)». Juan II de Castilla casóse con Isabel de Portugal, madre de la reina Isabel de Castilla, esposa de Fernando el Católico. El Rey Juan era de mente débil, vale á decir un imbécil averiguado, de cuyo gobierno ha dicho Prescott [2] con razón, que más que *reinado* pudo con propiedad llamarse una prolongada minoridad. Isabel de Portugal, con quien casó en segundas nupcias, terminó sus últimos días en los horrores de una locura incurable de forma melancólica.

Carlos el Temerario, que por línea paterna trae también su grano de arena en la genealogía de los desequilibrios mentales de Carlos V, era un impulsivo, sanguinario y cruel con todos los vi-

[1] «*La faiblesse de l'Espagne ne permettoit pas à son roi de se ressentir du traitement dont il croyoit à propos de se plaindre, etc.*» (*Mém. de Torcy*, tomo I, pág. 51). «Las naciones extranjeras disponiendo de la monarquía española como de bienes sin dueño» (Tapia, *Civilización española*, tomo III, pág. 117); Buckle, *Histoire*, etc.

[2] Prescott, *Historia de los Reyes católicos*, tomo I.

vos colores en su mente, de esas locuras morales producto de irreparables é intimos desórdenes del cerebro. Carlos era el padre de María de Bourgogne, lipemaníaca y devota en las proporciones enormes del fanatismo inquisitorial de su nieta, mujer de Maximiliano de Austria, excéntrico, gran perseguidor de aventuras extravagantes y padre de Felipe el hermoso, esposo de Juana la loca, desventurada y *loca de los pies á la cabeza*[1], cualesquiera que sean las afirmaciones gratuitas de los cronistas contemporáneos suyos, tan aficionados á las conjeturas descabelladas como poco atinados en sus deducciones psiquiátricas.

Bengenroth, que según Ireland empleó varios años de su vida en el estudio de los archivos es-

[1] Véase *Doña Juana la loca de* LUIS CORMENGE, publicado en la *Gazeta Catalana*, nº 329, 1893. Los médicos de Cámara Dr. Soto y Dr. Julián Gutiérrez de Toledo escribieron desde Alcalá á Don Fernando lo que sigue sobre el estado mental de Doña Juana (1503): «Y no debe vuestra alteza desto maravillar, pues la disposición de la Señora princesa es tal que no solamente á quien tanto va y tanto la quiere deve dar mucha pena, mas á cualesquiera aunque fuesen extraños; *porque no duerme, come poco y á veces no nada, está muy triste y muy flaca.* Algunas veces no quiere hablar; de manera que si en estos como en algunos otros que muestran *estar trasportada* su enfermedad va muy adelante. Esta cura se suele hacer por amor é ruego ó por terror, etc., etc. ». Documento es ese, que atestigua con su gran importancia médica é histórica la locura de Doña Juana mucho antes del fallecimiento de Doña Isabel I. El testamento nuevo de Doña Isabel alude embozadamente á la locura de su hija cuando dice: «dejaba por Gobernador destos reinos á D. Fernando su marido en que *no pudiendo ó no queriendo* gobernar, etc., etc. ».

pañoles de Simancas, ha escrito una obra especial tratando de probar que la locura de Doña Juana fueron cuentos inventados por su madre, su padre, su esposo y en los últimos tiempos por su hijo para satisfacer cómodamente los sueños de su ambición y poseer los reinos que heredaba ([1]). Pero mil circunstancias á cual más elocuentes demuestran que estaba loca, aunque tenia momentos de lucidez durante los cuales, como sucede á menudo en esos casos, su inteligencia parecía normal.

Son sus momentos lúcidos, precisamente, los que tal vez han sido tomados como las pruebas de una salud mental que estaba muy lejos de poder gozar. La perturbación de Doña Juana no trascendió al público, dice Comenge *(Revista Catalana* citada), de una manera clara, quedando tal convicción sepultada en el pecho de sus parientes y servidores leales, que no osaron ofender al trono extendiendo las noticias de las extravagancias de la infeliz demente.

Ya en 1505, jurado el monarca aragonés por las Cortes de Haro Gobernador de Castilla y León y proclamada su hija como reina propietaria y legitima, tuvieron que entender dichas Cortes en el asunto de la incapacidad. Con efecto, presentóse á los Procuradores una escritura en la cual se decía que Doña Isabel I habia conocido mucho antes de su muerte la enfermedad é impedimien-

([1]) IRELAND, *The blot upon the brain*, pág. 150.

to que para gobernar tenía Doña Juana y que formuló en el testamento, de suerte vaga, al designar por gobernador á Don Fernando; decíase también que la enfermedad había ido en aumento desde entonces y que «*por la graveza del caso y por tocar á la real persona de la reina Doña Juana, nuestra señora, es menester que hagais juramento y pleito homenaje de tener secreto de él*». De lo ocurrido en las Cortes se deduce, pues, que Doña Juana se hallaba trastornada de la inteligencia desde antes de fallecer su madre, lo que robustece la opinión de los Dres. Soto y Julian: que la incapacidad fué conocida por Doña Isabel, D. Fernando y D. Felipe y que la petición de secreto hecha á los procuradores en las Cortes, revela que se tuvo la insanía como desgracia infamante ó deshonesta, cuando menos [1].

Según Pedro Martir de Angleria, la reina Doña Juana «*nunca placer quiso tomar holgándose con la soledad y lugares obscuros*». Una de las razones del convenio entre D. Fernando y D. Felipe fué, según graves autores, que «*la dicha serenísima Reina en ninguna manera se quiere ocupar ni entender en ningun género de regimiento, ni gobernacion, ni otra cosa*; y aunque lo quisiere facer, seria una total destruysion y perdimento destos reinos aqui no se expresan por la honestidad como dicho es» (Benavento, 20 de Junio 1506). Los Pro-

[1] Véase: COMENGES, loc. cit., *Revista Catalana*, año 1894.

curadores de Sevilla escribian por aquellos dias á la ciudad que representaban, lo siguiente: «*no hay nadie que a S. A. vee, que no tenga dolor de las cosas que a 28 deste mes (Junio) non concertadas S. A. ha fecho*» y aconsejan á su ciudad que pidan se ponga á Doña Juana «en lugar donde esté servida y acompañada como su estado y persona requiera *e que sea curada segun la enfermedad lo pide*». Robertson cuenta que mucho tiempo antes de ser secuestrada, Doña Juana estaba afectada de una honda y negra melancolía *(she was affected with deep and sullen melancholy)*, y Prescott refiere, tomándolas de un testigo contemporáneo, numerosas pruebas de su extravagancia sospechosa (1). Bengenroth mismo, establece terminantemente que «en los últimos años de su vida, se creía poseida de malos espíritus que le impedian ser buena». Se imaginaba que veía un gato despedazando las almas de su padre y de su esposo. Físicamente cayó en el estado deplorable de una existencia casi embrutecida, y algunas veces quedaba en cama durante semanas y meses, y esa cama recibia todas las evacuaciones de su cuerpo sin que jamás se limpiara (2).

(1) PRESCOTT, *Historia de los Reyes católicos.*

(2) GUSTAVE BENGENROTH, *Memorial Skethc*; W. C. CARWRIGHT, M. P. Edimburg, 1870, citado por IRELAND. Para conocer mejor el estado mental de Doña Juana y los progresos de su enfermedad, véase las cartas que desde las Arcas escribió al Rey Católico el Obispo de Málaga, en 9 de Octubre de 1508 y que transcribe íntegras la *Revista Catalana* ya mencionada.

Con este bagaje hereditario tan recargado habia venido al mundo el emperador de Alemania. Á este respecto y como mayor aclaración del asunto debemos repetir las palabras de Schülle, que en materia tan delicada es maestro consumado: « lo que somos lo debemos en mínima parte á nosotros mismos y en mucha mayor á nuestros ascendientes; nuestra vida ha comenzado en la vida psíquica y física de todos ellos, y por su existencia cada uno de nosotros continúa esencialmente la historia de sus antepasados ». En la patología de la inteligencia, la herencia desempeña un papel de causa predisponente ó determinante, y este patrimonio misterioso, transmitido directamente por los colaterales á la primera ó á la segunda generación, está representado por variedades infinitas que van desde las más simples particularidades (*tics* ó *spleen*) hasta la alteración profunda de la inteligencia en toda la familia [1]. Á menudo la forma es la misma que en los ascendientes, según el profesor de Illenau; es decir, que la melancolía de los descendientes puede haber sido transmitida á la sucesión, como se ha visto en Carlos V, que recibió de Juana, su madre lipemaniaca, la profunda melancolia que dominaba su carácter. Otra circunstancia que agrava este proceso hereditario es, que la enfermedad de la madre tiene más influencia que la del padre, en la transmisión de

[1] SCHÜLLE, *Tratado*, etc.

los trastornos mentales sobre todo; hecho de observación bien antiguo, pues ya Esquirol lo había establecido y Baillarger, Luys, etc., etc., confirmado con datos igualmente abundantes.

Todavía más: había en él convergencia de transmisiones, lo que hacía el caso más sombrío, pues sus dos progenitores estaban, como se sabe, gravemente afectados, dando por resultado el cumplimiento de esa ley que Morselli, el distinguido alienista de Turin, ha llamado con tanta razón de la *mutua fecundación de los gérmenes* (*legge della fecondazione mutua dei germi*) y que constituye, sin duda, el himen fatal de los matrimonios consanguíneos ([1]). Todos estos individuos son enfermos *ab ovo;* su existencia toda es de una naturaleza especial y anormal. El desarrollo de la inteligencia y del cuerpo es defectuoso y no sigue el paralelismo fisiológico. En cuanto á su terminación, la muerte prematura de la inteligencia los asecha por regla general (*dementia precox*) ó una pertubación mental durable de fisonomía y marcha particulares termina con su vida ([2]).

Las afecciones psíquicas bien determinadas «no son las únicas que se transmiten; las afecciones cerebrales, nerviosas y mentales pueden reemplazar á aquellas en los descendientes. Puede suceder, así, que una generación afectada de per-

([1]) MORSELLI, *Manuale di semejotica delle malattie mentali*, pág. 39.

([2]) SCHÜLLE, *Traité clinique des maladies mentales*, pág. 431.

turbación psíquica puramente, transmita á la otra su legado en forma de *corea* ó *epilepsia*, y ésta, á su vez, á la siguiente, el suyo, en la de melancolía ó de manía, etc. etc. ». Ejemplo clínico á la mano: por una serie de transformaciones la lipemanía de Juana la loca da la epilepsia de Carlos V y la locura de D. Sebastián, el estado mental de Felipe II reforzado por la anormalidad de su padre, y éste transmite su patrimonio de desagradable anormalidad mental, en la forma ruidosa de la manía probablemente epiléptica de D. Carlos, en la siguiente generación.

Según las recientes investigaciones de Ball, Regis, Dejerine, Feré, etc., esas enfermedades imprimen un timbre patológico particular á la descendencia, que es preferentemente atacada por afecciones intelectivas, nerviosas y cerebrales, por el alcoholismo y la tisis pulmonar. En los descendientes de los paralíticos generales, la predisposición á las afecciones encefálicas es bien marcada por cierto, y cuando las perturbaciones psíquicas son simples, la *diátesis vesánica* se repite en los descendientes: los epilépticos como Carlos V transmiten á sus hijos una disposición marcada á todas las afecciones cerebrales, tan frecuentes sobre todo en la primera infancia (1). Á menudo se ve que las tendencias vesánicas heredita-

(1) Véase: BALL, *Leçons sur les maladies mentales;* REGIS, *Manuel pratique de médecine mentale;* SCHÜLLE, *Traitè clinique des maladies mentales.*

rias no se manifiestan sino en una edad relativamente avanzada en los psicópatas de esta categoria, y dice Feré en su *Famille névropathique*, que en muchas ocasiones sus aspectos y manifestaciones, hasta allí normales, no parecen revelar la existencia de una predisposición de este género. Algunos alienistas reconocen la existencia de un grupo de estados mentales patológicos, generalmente asociados á estigmas de degeneración física, que encontraremos muy marcada en Carlos V, y cuyos lazos de parentesco revelados por la herencia, son de tal manera estrechos que se ha creido poder reunirlos en un grupo, bajo el nombre de *locuras hereditarias* (Feré, Morel, etc.).

Los individuos en los cuales ellas se observan justifican, pues, bajo el punto de vista moral, la denominación de *degenerados*, que les ha sido aplicada. Los huesos de los miembros, los del cráneo sobre todo, los órganos de los sentidos, los órganos genitales, etc., presentan diversas anomalias de conformación que se han reunido bajo la denominación de *estigmas físicos*. Por otra parte, la importancia de este factor hereditario bajo el punto de vista del sujeto que nos preocupa, es muy grande, pues hemos de ver más adelante de cómo la herencia reforzada siempre, agrava cada vez más el estado mental de la familia. No solamente engendran otros tipos mórbidos iguales al suyo, sino que en su descendencia se encuentran epilépticos, histéricos, tal vez

paralíticos generales, y quién sabe cuántas afecciones orgánicas de la médula y del cerebro que han pasado desapercibidas para la historia. La decadencia se acentúa cada vez más y, como lo hemos hecho notar no hace mucho, al hablar de los padres de Carlos, la fatal influencia de la consanguinidad vino á activar los efectos de una doble herencia mórbida y á precipitar la extinción de la raza.

Parecía que todos los elementos patológicos más graves se hubieran conjurado para conmover profunda y permanentemente el espíritu de aquel coronado monje del Yuste.

La gota con toda la secuela ineludible del artritismo, también había tomado posesión del pobre cuerpo del César, como una manifestación elocuente del misterioso lazo que la une á las perturbaciones neuropáticas. Complicaciones nerviosas de toda especie son en ella frecuentes y ocupan en la sintomatología un lugar prominente, puesto que afectan la inteligencia, la motilidad y la sensibilidad general y especial. Charcot ha hecho notar que es frecuente encontrar allí formas análogas á las del reumatismo cerebral, el delirio agudo, la locura y la cefalea [1]. El artritismo que era la enfermedad constitucional de Carlos V [2] y el

[1] Garrod, edición francesa por Charcot y Olivier, París, 1867, pág. 582.

[2] Quijada escribía á Valladolid: «Todo eso no hace sino incitar más su apetito y el proverbio dice: *se cura la gota tapando la boca*. Mignet dice: «*La gota en efecto reapareció muy*

nervosismo que ofrecía en él tan graves manifestaciones, tienen entre sí numerosos puntos de contacto aunque no se engendran mutua ni recíprocamente. Si comparamos cada uno de estos estados mórbidos, dice Dejerine, á un árbol de abundante ramaje, veremos fácilmente los puntos en que algunas de esas ramas pasan de un árbol á otro estableciendo entre los dos troncos primitivos, lazos de estrecho parentesco. Continuando la comparación, puede decirse que ciertas ramas del árbol neuropatológico, están en conexión más ó menos marcada con ramas del árbol del artritismo; mientras que otras salidas del mismo tronco nervioso afectan con las del artritismo, relaciones no menos íntimas [1].

Lancereaux, pasando en revista las afecciones neuropáticas, que acompañan con tanta frecuencia las manifestaciones del herpetismo, es decir, del artritismo, teniendo en cuenta el predominio en

pronío (en Carlos V) y desde el 27 de Diciembre al 4 de Enero tuvo un ataque violento, etc. » (*Carlos V, su abdicación, su estancia y muerte en el monasterio del Yuste*, pág. 167) «...atormentado por el asma, sujeto á un flujo de sangre cuya repetición tan frecuente como incómoda le agotaba, sufriendo irritaciones cutáneas en la mano derecha y en las piernas, canas en la cabeza y barba, etc. » (MIGNET, id. id., pág. 39) «...no cesó de sentir dolores de cabeza que le obligaron en 1529, á cortar sus largos cabellos » (Id. pág. 38). «...y dos ó tres barberos para cuidar su gota si le ataca, vendar una llaga que tiene en el dedo meñique de la mano derecha y sus hemorroides» (*Carta de Quijada á Vargas*, citada por MIGNET, pág. 139).

[1] DEJERINE, *L'hérédité dans les maladies du système nerveux;* LANCEREAUX, *L'herpétisme*; CHARCOT, *Maladies du système nerveux;* FERÉ, *Nerveux et arthritiques*, 1888.

las fiebres de los accidentes nerviosos en los herpéticos y considerando la herencia y la simetría de las lesiones cutáneas, llega á esta conclusión, probablemente prematura, según el autor de *La famille névropathique:* que el herpetismo es el producto de perturbaciones de la inervación sensitiva, motora, mental, vaso-motora y que constituye una *neurisis* compleja. Las alteraciones nerviosas son allí frecuentísimas y han fijado mucho la atención de los médicos. Pueden manifestarse como síntomas premonitores del acceso de gota, ó permanecer independientes del ataque, mostrarse como fenómeno de la gota normal, abarticular; otros suceden, al contrario, al acceso gotoso, y se desarrollan de preferencia cuando la evolución articular ha sido perturbada, sea accidentalmente, por un enfriamiento súbito, sea por una intervención intempestiva (Feré). Entre las neurosis que pueden algunas veces atribuirse á la gota debe contarse la epilepsia. Casos de este género, dice Feré, han sido referidos por Van-Swieten, Lynch (1), Legrand du Saulle (2), Spencer Wells (3), sin embargo que para ellos la gota no trae con frecuencia afecciones convulsivas. Algunas veces las relaciones de la afección con-

(1) LYNCH, *Some remarks on metastasis to the brain in gout and other diseases* (Dublin guart journ. of med. sic 1856, 276).

(2) LEGRAND DU SAULLE, *Gazette des hôpitaux*, 1868, 31 octubre.

(3) SPENCER WELLS, *Practical obs. on gout and its complications*, London, 1854, pág. 126.

vulsiva con la gota ha sido plenamente demostrada por la desaparición de aquellas en el momento en que se manifestaban los dolores articulares (1).

Así, pues, como expresión inmediata de todas estas combinaciones hereditarias fatales se nos presenta, ante todo, su epilepsia. Dice don Juan Ginés Sepúlveda, el elegante historiador de Carlos V, que la salud del César fué siempre mala y su juventud valetudinaria por padecimientos diversos y *sobre todo por ciertos accesos nerviosos* que él clasifica francamente de « epilépticos » *(et ab eo tempore comitialis morbo quo prius tentabatur liberatus est)*. Á fines de 1518 y principios de 1519 dos de esos ataques (2) le derribaron sin conocimiento, uno mientras jugaba á la pelota, otro mientras oia misa mayor en Zaragoza. « El último, que tuvo muchos testigos y que el embajador de Francia referia en un despacho á su corte, le dejó muchas horas con la palidez de la muerte en su alterado semblante » (3). Mignet afirma también que « nunca tuvo una salud por

(1) Guibert, *De la goutte et des maladies goutteusses*, 1820; Tessier, *Des crises d'épilepsie liées à l'arthritisme*, 1885. Véase también: Feré, *La famille nécropathique*.

(2) Sepúlveda, vol. XXII, libro XXX, CXXXV, pág. 336.

(3) « *Jeudi dernier en oyant la grant messe, presents beaucoup de gens, il (le roi Charles) tomba par terre estant de genoulx et demeura cuydant qu'il feust mort, l'espace de plus de deux heures, sans pousser et avoit les visages toutourné et fut emporté en sa chambre* »... « *il avoit été malade une autre foys de mesme sorte* ». (Depêche de la Roche Beaucourt).

completo buena y que en su juventud había sentido accesos nerviosos que parecían ataques epilépticos» ([1]). J. M. Guardia (*Médecine à travers les siècles*) dice que era epiléptico, repitiendo sin duda lo que han dicho otros antes que él. Prescott, el severo historiador de los Reyes Católicos y de Felipe II, el marqués de Valparaíso, tan verídico, Buckle, Gachard, Symons y todo aquel médico psiquiatra ó historiador que se haya ocupado de tan interesante sujeto histórico, están de acuerdo sobre la epilepsia de Carlos V.

Y aun cuando ellos no lo hubieran asegurado tan perentoriamente, bastaría para mí el conocimiento de su genealogía y de su fisiología patológica, en lo que á su cerebro y al resto de su organismo se refiere, para que con algo más que la vehemente sospecha de Sepúlveda, diéramos por averiguado ese diagnóstico que se impone al menos avisado.

Primeramente el célebre recluso de Yuste tenía en el cráneo muchos de esos estigmas degenerativos de que ya hemos hablado y que son tan comunes en los epilépticos de cerebro inválido, como dice Shulle. Un disco cefálico pequeño y seguramente asimétrico, porque sus pómulos y las eminencias frontales ofrecían una sensible y viciosa implantación. La conformación defectuosa de la parte baja de su rostro se imponía al primer exa-

([1]) Mignet, *Carlos V. Su residencia en Yuste.*

men; la mandíbula inferior demasiado ancha y larga sobresalía mucho de la superior: teniendo cerrada la boca no podía juntar los dientes, que eran además pocos y malos (1), lo que constituía otro estigma muy conocido (2). El intervalo que los separaba le impedía hacer oir el final de sus frases y mascar los alimentos; balbuceaba un poco y digería mal, y sin duda para atenuar algunos defectos de esa imperfección física y dar un sabor más agradable á lo que comía, usaba manjares muy salpimentados (3).

Á la edad de diez y seis á diez y ocho años Carlos V tuvo por primera vez los ataques epilépticos; precisamente en esa edad en que se verifica una evolución en la base del cráneo. Las suturas tan múltiples de la base, dice Lasègue en sus conocidos *Estudios médicos*, se consolidan en masas ó por secciones. Es en el momento en que este trabajo se termina, época variable en el límite de muchos años, que la conformación craneana se hace definitiva y fija, y es en el mismo periodo de la vida en que la epilepsia aparece: las conformaciones viciosas de los parietales, del occipital, de la bóveda, gozan de compensaciones bien conocidas, que anulan en todo ó en parte los

(1) Mignet, *Carlos V*, etc., pág. 36.
(2) Véase Feré, loc, cit.; Dejerine, loc. cit.
(3) *Relazione di Gasparo Cantarini.* Badobaro decía también en 1557 « *non puo congiungere le denti e nel finire le parole non é ben inteso* ». « *Hx pochi denti dinange et fracidi* » (Ms. de la Bibl. Nac., nº 10083, 2, 2, A, citado por Mignet).

efectos peligrosos. Pero no sucede lo mismo para los huesos que se refieren á la base y á la cara agrupados alrededor de los segmentos anteriores del agujero occipital, solidarios los unos de los otros y experimentando el contra-golpe, aun á distancia de sus variaciones de forma [1]. La consolidación se efectúa en virtud de una ley fisiológica, sin perturbación ninguna de la salud que pueda interpretarse como una advertencia ó síntoma. Cuando es correcta, asegura la simetría del aparato óseo que concurre á la formación de la base del cráneo; cuando es incorrecto se acusa por una asimetría [2], que era lo que pasaba sin duda en el cráneo poco armónico de Carlos V. Para que las deformaciones tengan un carácter positivo es menester que repercutan en los huesos de la cara, como sucedía en él, en quien se acusaban por desviaciones ciertas, no sólo de la parte superior, sino también de la inferior en su *machoire de cocodrile*, que si bien podía recordar, como dice Michelet, la vigorosa raza inglesa, era científicamente considerada la más viva expresión de su degenerescencia [3].

[1] LASÈGUE, *Études médicales*, tomo I, pág. 887.

[2] LASÈGUE, *Études médicales*, loc. cit.

[3] Por las asimetrías craneanas y faciales que tenía Carlos V, parecía ser su epilepsia por *malformación del cráneo*, forma que ha descrito tan magistralmente Lasègue. Pero es incurable é *indomable*, pues una vez que comienzan sus accesos no se interrumpen jamás, según el mismo autor lo afirma, y la epilepsia de Carlos sólo se manifestó somáticamente por dos ó tres ataques convulsivos, cesando completamente para

Cuando los ataques convulsivos cesaron completamente, ciertas dolencias de otro orden, pero de naturaleza nerviosa como sucede habitualmente en este género de enfermos, vinieron como *equivalentes epilépticos* á reemplazarlos. Librado de la terrible enfermedad, después de su matrimonio con la infanta Isabel de Portugal, dice uno de sus historiógrafos, no cesó de *sentir dolores de cabeza* periódicos que le obligaron en 1529 á cortar sus largos cabellos. Más adelante cesaron las *neuralgias* y sobrevinieron los ataques de *asma*, que si bien pudieron ser manifestaciones de la gota, no es inverosimil que fuera uno de los tantos *equivalentes epilépticos* del aparato respiratorio. Después tuvo otros sintomas del mismo carácter, consistentes en *vahidos*, de indole igualmente inequívoca (1), *delirio*, *amnesias* y paroxismos, de cuya existencia y episodios *no tenía recuerdo alguno* cuando pasaban (2).

Todos estos incidentes patológicos pueden seguramente incluirse entre esas manifestaciones atípicas que el profesor Feré y otros han llamado con razón *equivalentes* del mal *comicial*. Llámanse también *succedáneos epilépticos* á cierto número de sindromas sensitivos, viscerales y psíquicos, cuyo parentesco con la epilepsia está de-

manifestarse por determinaciones mentales. Así, pues, parece que sus deformaciones craneanas corresponden más á su carácter de hereditario, que á otra cosa.

(1) MIGNET, *Carlos V*, etc.

(2) MIGNET, *Carlos V*, etc, pág. 300.

mostrado por coexistir en el mismo individuo ó en la misma familia, su aspecto esencialmente paroxístico y el agotamiento de fuerzas que producen después que se disipan. Buen número de ellos, agrega el médico de Bicètre, á quien seguimos, pueden ser considerados como accesos incompletos, limitándose, por ejemplo, á manifestaciones dolorosas ó convulsivas del aura; algunos presentan un conjunto sintomático idéntico al de ciertas afecciones orgánicas que podrian engañar al inexperto si no tuviera presente las condiciones en que se producen [1]. Esa era, pues, la significación real de muchas de sus dolencias, que no siempre dependian de la *gota*, como se ha pretendido, sino del mal caduco que domina y gobierna toda la naturaleza de Carlos.

El muy exacto y concienzudo Claude Janet, dice Michelet en la *Historia de Francia* y á quien debemos el bello retrato de Hopital y de muchos reyes, ha hecho también el de Carlos V. Allí se le ve armado completamente, menos la cabeza: «tiene el aspecto enflaquecido, gastado de un escriba que ha vivido en un escritorio en la agitación femenina de la diplomacia. Discipulo de una mujer, empollado veinte años por Margarita que fué la intriga misma, lleva su sello y recuerda sus pasiones, dejando ver todavia una llama nerviosa en sus ojos fatigados, un ligero pero mortal

(1) CH. FERÉ, *Les épilepsies*, pág. 45.

fuego de inextinguible ambición. Enfermo y tembloroso por la fiebre, entumecido por la gota, no dejará por eso de ir más lejos, arrastrando sus huesos, de uno al otro polo, incomodando á la tierra con sus inquietudes, hasta que una malicia de la fortuna lo entierra en el convento de Yuste, entregado á la melancolía de Juana la loca y de Carlos el Temerario».

Dejaba una impresión desagradable su fisonomía, que recuerda en cada rasgo todo el vigor malsano con que la herencia patológica lo había marcado, y ese vago tinte melancólico de su espíritu juvenil parecía demostrar prematuramente la *abolladura* del inquieto alienismo que más tarde había de desenvolverse con tan graves consecuencias para sí y para sus gobernados [1].

Porque no es sólo la locura en sus más expresivas y móviles manifestaciones conocidas la única que perturba é imposibilita al espíritu en sus más grandes funciones. También los estados intermediarios, sus matices menos obscu-

[1] Entre las complicaciones de la gota, la locura suele ser en estos cerebros predispuestos la más común. La forma que se observa más frecuentemente es la hipocondría, que puede llegar hasta el suicidio. Lorry, Garrod, han observado casos de locura que se habían manifestado consecutivamente á los accesos de gota, y muchos autores hacen mención de accesos de gota alternando con accesos de enajenación mental. Véase: Feré, *La famille névropathique;* Garrod, *Traité de la goutte;* Dagonet, *Traité élémentaire et pratique des maladies mentales*, 1862; Berthier, *Les névroses diathésiques*, 1875; Ragner, *Gouty insanity*, tomo III, pág. 640; Peter Hood, *A treatise of gout, rhumatisme and allied affections*, London, 1871.

ros, más patológicos que normales sin embargo, imprimen al funcionamiento del cerebro un *cachet* peculiar que lo distingue de los otros, dando lugar á aquel conjunto de expresiones y defectos que constituyen lo que llamamos su patología mental, *el carácter de los epilépticos*, *el estado mental de los histéricos*, *la mentalidad propia de los hereditarios*.

La epilepsia, dice Maximiliano Leidesdorf, profesor de clínica psiquiátrica de Viena, se encuentra en cuádruples relaciones con la enajenación mental: *primeramente* puede surgir en el curso de ésta; *segundo*, pueden la epilepsia y la enajenación mental sustituirse recíprocamente, de manera que por cierto tiempo, faltan en un epiléptico sus accesos convulsivos, sustituídos por accesos de locura; cuando se suspenden éstos, vuelven aquellos nuevamente. Un caso interesantísimo narra Hoffmann, y Flemming refiere otro, en el cual la epilepsia cesó para siempre, una vez que apareció la enajenación mental [1]; *tercero*, la enajenación se establece en el curso de la epilepsia, lo que constituye el caso más común; y *cuarto*, cuando todo el mal está constituido por la *pura psicosis eppilettica* de algunos autores italianos, que, como tal, se caracteriza por ciertos fenómenos propios del estado mental de los epilépticos, desarrollándose á menudo por efecto de

[1] *Pathologie und therapie der psychosen*, pág. 118, 1859.

causas que otras veces producen también el mal comicial [1].

Este es, poco más ó menos, nuestro caso, pues aunque Carlos V tuvo ataques convulsivos perfectamente averiguados, el mal caduco se caracterizaba por el estado mental peculiar de esos pobres enfermos, mucho más acentuado seguramente en los hereditarios.

Todos estos hereditarios constituyen, como quiere Magnan y como ya lo hemos mencionado antes (capítulo III), una gran familia patológica netamente definida, de rasgos propios, que la distinguen de todas las otras especies mórbidas. Así como en la *parálisis* general hay siempre un fondo de demencia dominante tan profundo, así también en los hereditarios todos los síntomas psíquicos reposan sobre un fondo especial de desequilibración moral. Podría decirse que Carlos V no necesitaba la epilepsia para ser desequilibrado. Bastábale la herencia. Porque los hereditarios degenerados, según el maestro de Santa-Ana, son los únicos neurópatas en los cuales se muestra la desarmonía mental, y sobre este terreno especial es que se desarrollan los episodios enfermizos, teniendo por base la obsesión, la impulsión ó la inhibición; episodios de tal manera característicos, que ha podido la ciencia designarlos bajo el nombre de *estigmas psíquicos* de la locura hereditaria. Á su

[1] MAXIMILIANO LEIDESDORF, *Trattato delle malattie mentali.*

vez los delirios tienen, como fácilmente se verá, esbozados en Carlos, una fisonomía particular, y así como en la parálisis general toman al fondo de demencia su carácter principal, así también en todos ellos los delirios tienen la instabilidad de su desequilibración particular unas veces, ó al contrario la tenacidad obsesiente de algunas de sus tendencias enfermizas (1).

Para comprender el carácter de Carlos V, es menester fijarse bien en estos lineamientos que apuntamos y que dan el colorido y fijan el temperamento moral del famoso emperador, por el hecho bien elocuente de pertenecer al grupo de hereditarios epilépticos que, como ya sabemos, tiene una psicología completamente especial y genuina (2). Mal haríamos, por consecuencia, en aplicar á sus actos y designios los preceptos de la fisiología común. La Casa de Austria toda ofrece á la observación el curioso y variado teatro de una clínica hospitalaria: es un tratado de nosografía psiquiátrica de los más ricos y antiguos. Fijaos bien, y vereis que las cosas más grandes de ese grandioso neurópata, ya que no era de extrañar en su hijo que constituía un grado más en el camino de la desequilibración, se resienten de ese defecto que apuntaba Magnan.

(1) MAGNAN, *Recherches sur les centres nerveux*, deuxième série, 1893.

(2) Véase el capítulo V, Torquemada.

Carlos era un poco miope; tenía una anestesia ó cosa parecida del gusto que lo obligaba á tomar todo muy picante y condimentado, y cuando escuchaba necesitaba *hacerse todo oídos* para comprender bien las cosas: el *defecto* hereditario de funcionamiento hacíase sensible inmediatamente en los aparatos sensoriales que llevan al cerebro la *materia prima* indispensable de la sensación, lo que hacía que aquél recibiera invertidas, pervertidas ó cuando menos defectuosas las sensaciones del mundo externo, impidiéndole darse exacta cuenta de las cosas y apreciarlas con el criterio común de los normales. Los Austrias, y con más especialidad Carlos V, que es de todos ellos el hombre realmente genial, tenían en una visible desarmonía sus facultades mentales; moralmente todos eran idiotas; algunos, como ese príncipe, pertenecían á los *degenerados superiores* que tienen las aptitudes particulares y parciales que nota Voisin en los imbéciles, llamados por él *genios parciales*. Facultades que pueden desarrollarse á un punto tal, que en cierta esfera hacen del individuo un ente realmente superior, lo que ha permitido, como sabéis, que autores muy conocidos afirmen que el genio no es otra cosa que una neurosis ! [1].

Por eso muchas de las extrañas determinaciones que registra su vida, de las resoluciones atri-

[1] DEJERINE, *L'hérédité dans les maladies du système nerveux;* MOREAU de Tours, *Psychologie morbide.*

buidas á secretos y misteriosos designios, pueden explicarse y se explican sencillamente por sus naturales impulsiones de epiléptico hereditario, sus obsesiones é ideas fijas absurdas, los *blocs* incompletos de sus delirios incoherentes é inconclusos que vemos desfilar en el kaleidoscopio diabólico de su psicologia de comicial.

Aquella masa encefálica, fatigada, debió recibir las enormes tareas del gobierno de España y del mundo, como un grave *surménage* que ponia á prueba la equivoca ductilidad de su naturaleza.

El gobierno de tan colosal imperio era una de las causas ocasionales violentas que producen el estallido cuando se hacen sentir, siquiera transitoriamente, dentro de un cerebro predipuesto y sustraido á los preceptos de una buena higiene psicológica. Toda fatiga mental influye de una manera marcada en la mayor ó menor rapidez con que aparecen sus trastornos; por consecuencia, natural parece que si la fatiga cerebral se repite á menudo y se hace crónica, como en nuestro caso, los peligros se aumentan cada vez más: «los lazos que existen entre las representaciones diferentes comenzarán á debilitarse faltos de ejercicio y por consecuencia sus asociaciones se harán cada vez más limitadas, de más en más raras y sus juicios cada vez más superficiales y estrechos». Es fácil comprender que en estas condiciones, pronto se ve una pérdida progresiva de la memoria, el debilitamiento general de todas las facultades

intelectuales, en una palabra, los fenómenos de un retroceso evidente (1).

España, tan dividida por guerras civiles, tan convulsionada por creencias hostiles, había llegado en el curso de dos generaciones á una extensión de poder colosal que traía aparejada una complicación lógica en el manejo de su administración y gobierno. La Navarra, el Portugal y el Rosellón estaban en su poder (2), y por la diplomacia ó por la fuerza de las armas obtuvo el Artois, el Franco-Condado, los Países Bajos, lo mismo que el Milanesado, Nápoles, la Sicilia, la Cerdeña, las Islas Baleares y las Canarias. Carlos V era al mismo tiempo emperador de Alemania, y Felipe II, su hijo, influía en los consejos de Inglaterra, con cuya reina se había casado: el poder de los turcos en un tiempo, uno de los más formidables del mundo, fué vencido y constituía otra de las tantas atenciones de los reyes españoles (3). La Francia humillada, vencida y vigilada, y en América la administración detalladísima y meticulosa hasta el detalle nimio de la última Audiencia de aquellos inmensos territorios, que cubrían con sus silenciosas y soberbias soledades sesenta grados de latitud, comprendiendo los dos trópicos (4). El África, el Asia salpicada de

(1) Marie Manaceine, *Le surménage mental etc., etc.*
(2) Buckle, *Civilización en Inglaterra*, tomo 4º, pág. 42.
(3) Buckle, loc. cit.
(4) Buckle, loc. cit., tomo 4º, pág. 43.

dominios españoles, así como el Archipiélago de las Filipinas; en suma, la administración y el gobierno del mundo entero metido bajo la estrecha cúpula de aquellos cráneos frágiles de los Austrias. La misma grandeza de la misión excepcional hacía que fuera más fácil y precipitada la caída de esas pobres cabezas, sujetas á tan enormes presiones. El más normal de los cerebros hubiera estallado: suponed ahora cuáles serían los efectos sobre una alma extenuada por la herencia de tan terribles males acumulados. Á medida que todas las causas ocasionales van actuando, es curioso ver cómo surgen y se caracterizan uno por uno, todos los lineamientos de la organización intelectiva especial del mal caduco.

La misma tendencia á la unidad despótica del gobierno en las proporciones y en la extensión que la consumó Carlos V, era la consecuencia de su carácter epiléptico, la resultante de la disposición moral patológica que los hace altaneros, altivos, querellantes y razonadores. Examinad tan caprichosa mentalidad en uno de aquellos epilépticos que sin ser aún bastantes locos para merecer una celda de reclusión, tienen, sin embargo, suficiente dosis de desequilibrio para constituir un *intermediario* y veréis cómo encontrais fácilmente la llave y el móvil de las acciones inexplicables de ese monarca en cuya cabeza, según Michelet, se consumaba el acuerdo de tres locuras y de tres discordias con este aditamento terrible:

la melancolía sombría de *Juana la loca*. Semejante psicosis crónica, que es una especie de *carácter epiléptico*, existe, según la estimación de Weldermuth, en más de un veinte y cinco por ciento de aquellos enfermos que «*cotoyent-ils tous, la frontière de la folie*» y se observa precisamente en las inteligencias que no están aún por completo dentro de la locura (1).

La desaparición de los sentimientos altruistas y cierto matiz de *moral insanity* constituyen un primer grado de los más peligrosos; el segundo se revela en un estado moral desconfiado, razonador y despótico que los hace insoportables en los asilos por sus tendencias á la tiranía. Al lado de antipatías patológicas, dice el clínico alienista de Illenau, tienen algunas veces ciertos momentos de benevolencia; más tarde se creen observados, espiados, victimas de las ironías de los otros. Las discordias que suscitan, las aventuras que emprenden y su incapacidad patológica para las ocupaciones de cierto orden los hace vagabundos, con ese vagabundaje incoercible en que vivió Carlos V durante todo su gobierno, sin parar un minuto en su reino á pesar de las solicitudes de su pueblo y de sus Cortes (2).

Es interesante hacer notar, como dice Schülle, la influencia que puede ejercer la situación social de estos enfermos; si pertenecen á las clases

(1) Schülle, loc. cit., pág. 259.
(2) Schülle, *Tratado clínico*, 261.

inferiores de la sociedad, se hacen vagabundos y ladrones, buscados constantemente por la justicia. Si pertenecen á las clases más elevadas, *son fanfarrones y vanos; conciben proyectos insensatos por su grandeza*, discuten sobre todo, ofreciendo el contraste ridículo de una ambición excesiva con una pobreza efectiva de la inteligencia ó con una fragilidad visible de la misma [1].

Nadie realizó como Carlos la concentración extremosa del mando, después de la derrota de los comuneros y de las famosos *germanias* de Valencia, que iniciaron la decadencia de España «por más que el bélico lauro encubra por algún tiempo sus hondas desventuras». Desde ese momento el más abominable despotismo hace hondo pie en la península; los adalides de la libertad, dice el conceptuoso autor de la *Historia del levantamiento de las Comunidades de Castilla*, quedan con la nota de foragidos y facinerosos; y para figurar como clase, los altivos descendientes de los ricos-hombres de pendón y caldera y de los señores de horca y cuchillo, necesitan acogerse á la servidumbre de los palacios [2]. Despotismo egoísta, mezclado á todas esas otras genialidades de hereditario caprichoso que aislan al epiléptico porque «*il ne peut s'entendre avec personne*»; difícil para la vida diaria, movible, inconstante, siempre en

[1] Schülle, loc. cit., pág. 262.
[2] Antonio Ferrer del Río, *Historia del levantamiento de las Comunidades de Castilla*, pág. 340.

guerra con su ambiente; «*difficile à vivre*», según la expresión ya citada de Falret [1].

Tal era, en dos palabras, el famoso vencedor de Pavía.

Dice Marandon de Montyel que estos enfermos y los *circulares*, son los que en los asilos tienen una reputación más detestable [2]; su profunda perversión moral se descubre inmediatamente que se les trata, y tienen por los demás el más altivo desprecio, una pretensiosa y megalomaníaca superioridad, una soberbia altanera y tiránica para los otros enfermos. Como que ambos poseen un fondo evidente de degeneración, la locura circular y la epilepsia, desarrollan en el individuo paciente la parte mala, perversa de la naturaleza humana, produciendo ese estado de exaltación siniestra en que todo es maldad, odio, violencia, y, curiosa circunstancia que ya hemos apuntado en el capítulo III, religiosidad y misticismo exaltado [3].

Todo ese amasijo caótico y algo más todavía, constituía, con más ó menos diferencias cuantitativas, la cerebralidad peculiar de Carlos de Gante. Quería el despotismo, la concentración del poder, porque tenía el alma unitaria y centralista del epiléptico.

(1) SCHÜLLE, *Traité clinique des maladies mentales*, pág. 353.
(2) MARANDON DE MONTYEL, *Contribution à l'étude médico-légal de la folie circulaire, etc.* (*Annales d'hygiène publique et de médecine légale de 1892*).
(3) E. REGIS, *Manuel pratique de médecine mentale*.

¿Será simple casualidad, acaso, que todos esos grandes *delirantes* del poder, César, Napoleón, Pedro el Grande, Rosas, etc., etc., que fueron vaciados en el mismo molde, fueran epilépticos? ¿Déspotas porque eran epilépticos?... ¿ó es que la asociación fortuita de las dos circunstancias nos sugiere tan engañosa consecuencia? No lo creo, porque penetrando en la textura íntima de organizaciones tan confusas, fácilmente se descubre la filiación de su morbosidad oculta bajo la aparente serenidad de la razón. Detrás de la augusta lumbre de su genio, chilla y gesticula el comicial impulsivo que no exterioriza sus convulsiones con la frecuencia ordinaria, porque bajo otra forma circulan violentas en la íntima y secreta fibra de su pensamiento. No hay más que seguir, dice el maestro incomparable de *Los orígenes de la Francia contemporánea,* la marcha lenta de la sonda, para tantear la capa fisiológica en que el equilibrio normal de las facultades y de los sentimientos se halla invertido y trastornado. Por eso se le ha llamado *larvada, psíquica*, *mental* á tan terrible huésped de la inteligencia, que le comunica su vértigo y la consume con su letalidad.

Nada puede distraerlos de la atención minuciosa que aportan á los actos de su vida y que da carácter á su egoismo monstruoso. Si se les opone alguna negativa «ó se les hace resistencia, inmediatamente se creerán en presencia de enemigos, de los cuales tratan de desembarazarse por todos los medios po-

sibles; no se preocupan ni atienden los consejos de los que los rodean, desde el momento que estos consejos no satisfagan sus deseos». Su persona es la única digna de interés, porque los demás hombres apenas si tienen el derecho de la existencia [1]. Saint, hablando de esto mismo, piensa que toda la fenomenologia del epiléptico está reunida en ese egoísmo, en esa *comprensión egocéntrica* del ambiente, que lo desprende del mundo y lo aleja de los hombres en alas de su huraña misantropía. Y agrega que la continua atención que se presta á sí mismo y «la irritabilidad nerviosa que en él tiene caracteres más graves que en otros enfermos, hace á su sensorio más accesible á toda especie de percepciones anormales».

Hay todavia en otra faz del espiritu de Carlos V otra masa de sombras que dan más relieve á su organización moral anómala.

La clemencia, la necesidad sensitiva de perdonar, ese impulso tan humano y tan tierno no calentó jamás su alma de inquisidor. La severidad tiene en él las proporciones dañosas de los arrebatos y de las venganzas inusitadas de los epilépticos. Aun cuando como primer galardón de sus servicios y en momentos solemnes de la historia pidan los próceres españoles más calificados *misericordia* en favor de los exceptuados del burlesco

[1] Schülle, *Traité clinique des maladies mentales.*

indulto á los fautores del movimiento de las comunidades, él nada concede porque no comprende el perdón [1]. No importa que desde el púlpito y en el confesonario procuren inclinarle á la clemencia fray Antonio de Guevara y fray García Loaisa, que abandonaron su celda, continúa Ferrer del Río, para sacarle vencedor contra las *comunidades.* Sin que se interrumpan estas honoríficas instancias corren los días, vuelan los años, sobrevienen sucesos felices y *la sed de castigos nunca se le apaga.* Ni aun permite que una misma losa cubra los restos inanimados de Juan de Padilla y Dª María Pacheco, ni que el hermano del ilustre capitán de Toledo entre en posesión de su mayorazgo á pesar de haber lidiado contra su familia en el ejército de la nobleza y de tener en su favor las sentencias de los tribunales [2].

Uno en pos de otro bajan al sepulcro los que estuvieron en las alteraciones de las comunidades castellanas, «los vencidos sin misericordia, los vencedores sin recompensa; aquellos perseguidos, estos olvidados». Uno de los magnates de más nota, agrega el mismo historiador, el conde de Haro, jefe en Villalar de los imperiales, sobrevive para asistir años después á las exequias del procerato en las Cortes de Toledo, de donde se le expulsa por haber solicitado lo mismo que de-

[1] *Historia del levantamiento de las Comunidades.*
[2] Ferrer del Río, *Historia del levantamiento de las Comunidades de Castilla*, pág. 340.

mandaba el pueblo á los principios de aquel calamitoso reinado, primero en tono de súplica y después por la fuerza de las armas [1].

Los primeros actos de la vida del joven príncipe tienen ya ese sello indeleble: sus dos tratados con la Francia y contra sus dos abuelos nada menos. Ya se sentia alli, ha dicho un historiador francés, un espíritu demasiado libre de todos los sentimientos de la naturaleza. En el primero (1515), desconfiando de Fernando, lo abandona y se empeña en no socorrerlo si en el término de seis meses no ha entregado la Navarra; en el segundo (1516), encuentra bien que Francisco I, para defender la Venecia, haga la guerra á Maximiliano [2]. Porque á su preparación nativa, hereditaria, agrégase como un suplemento excesivo ya, la educación de De Chievres que «inculcaba en el alma de su discípulo aquella alta cualidad política, la frialdad de un corazón seco, extraño á los sentimientos de un hombre [3].

Il ne faut pas s'étonner si parfois le cerveau leur tinte, dice Michelet, y agrega que le inspira piedad profunda la cabeza que debe soportar *todo eso*. Cabeza flamenca, felizmente, pero que á pesar de todo, á pesar de que allí las cosas llegan *calmé*, *pâli*, *démi-éteint*, la vieja savia conta-

(1) Ferrer del Río, *Historia del levantamiento de las Comunidades de Castilla*, pág. 340.

(2) Michelet, *Histoire de France*, tomo IX, pág. 382.

(3) Michelet, *Histoire de France*, tomo IX, pág. 383.

minada de los Austrias la altera hasta la *demencia* precoz.

Y en efecto, algunas veces ese cerebro tiene conmociones de otro orden más concreto que revelan con mayor carácter aún la acción morbígena del legado familial. Los confusos contornos de un *delirio de las grandezas* se abre paso por entre el cúmulo de abreviaciones degenerativas que baraja su cerebro.

Ese sueño de un imperio universal está contaminado por las deficiencias de sus anomalías congénitas: no hay propiamente plan ni principio alguno á que responda la gran pesadilla, porque obedece simplemente á impulsos *de ambulatorios* perfectamente peculiares y ya previstos. El imperio de Alejandro, continúa Michelet, tuvo un sentido: «la centralización del espíritu griego se había verificado en la ciencia, en esa lengua única, tan poderoso instrumento de análisis; el discípulo de Aristóteles la llevó por toda la redondez de la tierra fundando en Alejandría la centralización de los dioses. El imperio romano también tuvo un sentido, una explicación; no humilló las naciones vencidas sino imponiéndoles un derecho superior, y los dioses vencidos no bajaron su cerviz sino ante la majestad de un Dios más grande: la Ley, la Razón en la Ley». ¿Cuál fué el sentido, «la razón de ser de ese nuevo imperio que surge en el siglo XVI, del caos enorme de reinos que la política de familia, la intriga de los matrimonios,

han arrojado *pêle-mêle* en la cuna de Carlos V? ([1]) ¿Cuál es su personalidad y quién es él para que la tierra entera se postre á su paso? ¿Es acaso el verdadero César antiguo? ¿Es por ventura el César feudal, el falso y blondo César de los siglos XII y XIII?»...

Ni lo uno, ni lo otro.

Es «mucho menos que eso, ni siquiera el rey bastardo, el extravagante andrójino moderno que llamamos constitucional». Carlos V no responde á ninguna de las tres hipótesis ([2]) porque obedecía á otras causas más íntimas.

Los dictados y exigencias de esa conciencia firme y altanera, pero sin plan ni propósito, del delirante megalomaniaco que se cree llamado á una elevada misión, conmovían su cerebro en una época peligrosa de la vida. Carlos de Austria no era seguramente un *megalomaníaco* en el sentido estricto del concepto, pero tenia las ideas de grandeza que juntas y persistiendo por cierto tiempo, constituyen casi un cuerpo de delirio; que surgen tan fácilmente y con contornos morbosos tan caracterizados en la cabeza propiciada del degenerado, sobre todo en los epilépticos, en los mismos *perseguidos*, en los *histéricos* y en los *melancólicos*, imprimiendo su *cachet* peculiar á la inteligencia. En casi todos los miembros de la casa de Austria como en el *delirio*

([1]) MICHELET, *Histoire de France*, tomo IX, pág. 341.
([2]) MICHELET, *Histoire de France*, tomo IX, pág. 341.

crónico de Magnan, en el cual las ideas de grandeza constituyen todo el segundo periodo, han sobrevenido generalmente, en la época en que el pensamiento comienza á perder su vitalidad, en que la resistencia del cerebro se encuentra ya disminuida por la edad, por la duración de la vesania ó por cualquier otra causa.

«Fuera dél delirio crónico se observan también ideas de grandeza, dicen Magnan y Serieux, «en los individuos en quienes la inteligencia está originariamente maculada (degenerados) ó bien en las personas cuyo nivel mental baja por los progresos de la enfermedad; en los *paralíticos generales*, en los *alcoholistas crónicos*, los *intermitentes*, los *melancólicos*, etc., etc. Podria decirse que esas ideas son un signo sospechoso de demencia, de decaimiento mental, cuando menos; parecen los últimos esfuerzos de un espíritu próximo á extinguirse en la demencia». Schülle, que es todo un maestro en esta materia tan difícil, dice estudiando las complicaciones del *delirio de las persecuciones* por el *delirio ambicioso*, que las ideas de grandeza predominan á medida que el debilitamiento psíquico aumenta: «este nuevo período, agrega, es el signo de un decaimiento intelectual definitivo: el santo, el profeta, con todos sus gloriosos atributos, se encaminan hacia la demencia progresiva y definitiva» [1].

[1] SCHÜLLE, *Traité clinique des maladies mentales.*

Á medida que avanza en edad y en enfermedad Carlos de Gante, aumenta en ambiciones y en el afán agresivo de conquista: no puede ya estar quieto en ninguna parte, como si á la agitación de su megalomanía incoherente se agregara ese secreto empuje que arroja al epiléptico en las *deambulaciones* que determinan sus viajes y excursiones inconscientes.

No oye ni el consejo de sus generales expertos ni las conveniencias políticas, ni siquiera las elementales nociones de buena estrategia. La campaña de 1536 contra el Rey de Francia, emprendida, aguijoneado por esos impulsos batalladores y contra « el parecer y consejo de sus mejores generales, tuvo tan desgraciado éxito » [1] y cometió Carlos tales errores que parecían más bien adrede sus derrotas. Contra esa misma opinión y consejos de sus mejores tenientes, agrega D. Modesto Lafuente, determinó y ejecutó en 1541 su expedición á Argel, cuyo éxito desastroso causó tanto pavor en toda España : no importaba que la Lombardía quedara expuesta á una invasión del Rey de Francia, que se miraba como inminente ; que desde Italia estuviera en aptitud « de acudir al francés ó al turco », adonde más conviniere y que abandonar la Italia por ir á Argel equivaliera á dejar el reino de su hermano en manos del Sultán.

[1] LAFUENTE, *Historia de España,* tomo VIII, pág. 364.

Todas esas y otras consideraciones de igual valor no eran parte para calmar su espíritu, alejar su idea fija, acallar aquel plan de conquista que no borraban de su mente ni las sesudas consideraciones de Andrea Doria... Ya no era allí el gran emperador, el famoso capitán de otros tiempos: estaba sin duda decadente su inteligencia, y esa demencia de que es pródromo casi seguro la aparición de las ideas de grandeza, se insinuaba en su gran espíritu y la *huída* á Yuste golpeaba con más fuerza que antes su cerebro valetudinario.

El pueblo fatigado, el tesoro agotado, la industria empobrecida, él mismo achacoso y envejecido ¿no eran circunstancias bastantes poderosas para calmarlo? La nación entera pedía al soberano que cesaran tantas aventuras extravagantes, « que suspendiera las guerras que traía y que residiera en el reino, porque sólo así se moderarían los gastos y volvería la tranquilidad al espíritu público, que de otra manera todos los brazos ó estamentos del reino, porque á todos competía, acordarían de común asentimiento el remedio que más conviniera para desempeñar su patrimonio y cubrir sus deudas » (1).

Lejos de esto, « el monarca contestó presentando al estamento otro papel recomendando despachasen brevemente lo de la sisa: insistió

(1) Modesto Lafuente, *Historia general de España.*

de nuevo en su negativa el pueblo, hasta que por fin el 1º de Febrero de 1539 el cardenal de Toledo intimó á los próceres que S. M. Imperial declaraba disueltas las Cortes ». Desde entonces, dice la *Historia general de España,* no volvieron á ser llamados á corte los grandes señores y caballeros, dando en tierra con la única institución que fuera de las municipales, conservaba la tradición del gobierno *libre* en la península.

Las ideas especiales de grandeza en esa forma patológica, insinúan sus raices profundas en toda la individualidad del enfermo y toman un carácter especial en la naturaleza de cada uno (1): las ideas ambiciosas más ó menos ridículas dependen de la instrucción recibida y todas ellas tienen origenes múltiples, ya sean deducidas lógicamente, ya se presenten como una inspiración súbita: á menudo son tomadas de la historia (2). Cuando la inteligencia está hereditariamente tocada, como en el caso cuya psicología estamos estudiando, y exista ó no la combinación del delirio de las grandezas y del delirio de las persecuciones, el debilitamiento psíquico, cree el profesor de psiquiatria clínica de la Universidad de Berlin, aparece manifiesto á través del brillante cúmulo de concepciones delirantes y de la conducta misteriosa

(1) SCHÜLLE, *Traité clinique des maladies mentales,* pág. 460.
(2) SCHÜLLE, loc. cit.

del enfermo. En los manicomios son ellos los príncipes y emperadores que reclaman con insistencia sus dorados andrajos y su corona, que reciben todos los días sacos llenos de plata, que tienen millones de soldados y que consienten sin embargo en trabajar en la huerta del asilo, satisfechos de su grandeza y de su genealogía.

Fuera de allí, en el mundo real, los pacientes de la dolorosa comedia son los reyes verdaderos, los príncipes de las dinastías, contaminados por las neuropatías peculiares que traducen sus obsesiones delirantes de grandeza en el inmenso y variadísimo campo de su teatro político. Porque es menester no olvidar, para apreciar bien esa diferencia, que «ciertos enfermos pueden disimular sus ideas delirantes, las que *sólo comunican á ciertas y determinadas personas* dándoles una apariencia completamente normal» [1] «y que semejantes enfermos apenas aparecen anormales al público aun cuando están continuamente presa de su delirio expansivo... » [2].

Todos los historiadores contemporáneos se manifiestan asombrados por la naturaleza extraña y fuera de toda proporción humana de la ambición de Carlos V. Du Bellay la pinta en estos términos: «desea no sólo la humillación de los turcos, sino también la de todos los príncipes, de

[1] SCHÜLLE, *Traité clinique des maladies mentales*, pág. 461.
[2] SCHÜLLE, loc. cit.

cualquier clase que sean, con tal que de ello resultara su grandeza» ([1]). Si el gran emperador, dice Brantôme, hubiese tenido la vida por cien años, sanos y útiles, hubiese sido el verdadero azote del mundo, según era de ambicioso. No había, como dice Michelet, tal propósito de monarquía universal, no había plan político ninguno, eran simplemente empujes delirantes de grandeza que traducían su alma anormal de neurópata hereditario.

El grave Robertson ([2]) declara que la opinión de que Carlos había formado el proyecto de una monarquía universal, no tiene fundamento. Voltaire ([3]) no ve más que una quimera en esta idea de monarquía universal; la conducta misma del emperador, dice, le da un continuo mentís. En la dieta de Worms (1521), bien se ve que tenía una idea realmente morbosa de su dignidad imperial. El joven emperador, cuenta Laurent ([4]), recordó la antigua grandeza del imperio, «*casi toda la tierra había sido sometida á sus leyes y Dios mismo parecía haber consagrado su dominación*». Marchando debajo de un riquísimo palio de oro que llevaban los doctores de aquella célebre universidad, vestidos de rozagantes ropas de seda, recibiéronle el obispo, el cle-

([1]) Du Bellay, *Memorias,* citado por Laurent, *Historia de la humanidad.*

([2]) Robertson, *Historia de Carlos V,* libro XII.

([3]) Voltaire, *Ensayos sobre las costumbres*, c. 74.

([4]) Laurent, *Historia de la humanidad.*

ro, el senado, los magistrados, toda la nobleza y juventud de Bolonia, con trajes de gran gala; condujéronle procesionalmente hasta la catedral, á la puerta de la cual se había erigido un estrado riquísimamente tapizado, en cuyas gradas se hallaban sentados los cardenales y obispos (1)...

Ideas ambiciosas de una acentuada índole mórbida, pero comprimidas y subterráneas, por un influjo de conciencia bastante poderoso aún y de razón suficiente, que siempre vela en la mente de estos neurópatas mientras no están por completo perdidos dentro de la locura declarada; ideas de grandeza que aún en los locos mismos se disimulan y se ocultan con cierta discreción salvadora: «*il lui arrive de garder pour lui ses rêves de grandeurs et de richesses*», dicen Falret y Doutrebent (2). Flaubert decía que «todo notario tenía sueños de Sultán», y agrega en alguna parte de su bella *Éducation sentimentale:* «*Frédéric trou-*

(1) Lafuente, *Historia general de España,* tomo VIII, pág. 95.

(2) «*La transformation à laquelle nous faisons allusion pourrait passer inaperçue si elle n'était recherchée avec soin. Cette dissimulation des conceptions délirantes ambitieuses, est des plus importantes à connaître: il m'est arrivé très souvent, dit Mr. Falret, de connaître pendant très longtemps l'existence du délire d'orgueil chez les persécutés chroniques, même chez ceux avec lesquels j'ai vécu intimement pendant plusieurs années, et ce n'est que tres tardivement que j'ai pu arriver à constater ce délire de grandeurs, qui existait depuis très longtemps chez eux à l'état latent... Il faut une circonstance accidentelle ou un heureux hasard, pour que la médecine arrive à en découvrir chez eux l'existence*». Magnan et Sérieux, *Délire chronique (Encyclopédie scientifique,* pág. 95).

vait que le bonheur mérité par l'excellence de son âme tardait à venir ». Pero en los que como en este monarca, tienen una marcada tradición morbosa para los desarreglos mentales, un cerebro timbrado, esas ideas afectan proporciones de otro orden más grave, sin ser todavía el ruidoso delirio de la periencefalitis crónica difusa.

El medio ha hecho mucho para darle un carácter peculiar á las ideas de grandeza de Carlos V; su posición excepcionalmente elevada al mismo tiempo que tentaba la predisposición hereditaria, no permitía que aspiraciones delirantes se manifestaran en la forma vulgar del alienado *ambicioso* común; no podía delirar con ser *lo que ya era,* rey, emperador, pontífice; su megalomanía partía desde esa elevada cumbre en donde se hallaba hacia otros horizontes, y quería ser dominador del mundo entero, árbitro de la Europa y de toda la tierra poblada, domador y amo del Sultán; tener bajo su cetro al África civilizada, al Nuevo Mundo; todas las razas y todos los climas, el Oriente y el Occidente; en suma, ser actor exclusivo en la tragedia inmensa que desempeñaban multitud de millones de hombres, en el enorme teatro de sus dominios sin límites. Aquello era, diremos así, *la mise en action* de su delirio.

Esa fué la gran desgracia de España, el secreto de su decadencia lenta, elaborada dentro del cráneo macabro y anormal de una dinastía de poseídos y de idiotas morales. Á la acumulación de tan dila-

tados, remotos y esparcidos dominios se agregaba la ingénita inaptitud de los Austria para el *gobierno*, la dificultad de su conservación, la necesidad y el afán de guerrear en todas partes y de mantener en pie numerosos ejércitos; tantas y tan gigantescas empresas soñadas en sus pesadillas de loco y el ostentoso aparato del emperador y de su corte, necesariamente habían de ocasionar dispendios que no alcanzaban á sufragar ni las rentas de la corona, ni los sacrificios de los pueblos, ni los arroyos de oro que vinieran del Nuevo Mundo [1].

Después de ese período de grandezas y de sueños exaltados, Carlos V decae aún más y de una manera rápida y visible; su nivel mental desciende, la memoria se debilita y su actividad intelectual, como su concepción del mundo exterior se hace confusa, tal cual sucede en mayor escala en el último período del delirio crónico. La determinación de Carlos V de abdicar y retirarse á un convento en la aparente plenitud de la vida, ¿no era acaso producto de ese decaimiento agregado á la natural tendencia mística, á la exaltación morbosa propia de los epilépticos, que ya hemos estudiado en Torquemada?

Seguramente. Porque dentro de una psicología normal, dentro de una inteligencia que funciona con la serena quietud de la vida fisiológica no

[1] LAFUENTE, *Historia general de España*, tomo III, pág. 329.

cabe una resolución semejante sin obedecer á la perturbación íntima, permanente de la enfermedad.

El fervor religioso excepcional de Carlos V, que por el hecho mismo de ser morboso ha contribuido más que el de Isabel á la decadencia de España, víctima del fanatismo y de otras anomalías de sus reyes, tenía caracteres tan genuinos del *mal caduco*, que parece científicamente pueril abundar en otras pruebas. ¿Volveremos á recorrer aún, so pena de incurrir en repeticiones, la casuística interminable llena de observación y de talento que han acumulado Tonnini, Lombroso, Legrand du Saulle, Kraft-Ebing, etc., etc.? Sería reproducir el mismo *cliché*, el mismísimo molde de superstición peculiarísima en que está como vaciada el alma profundamente melancólica del vencedor de Túnez. No tiene seguramente la intensa pasión del padre Torquemada, su extraño y enorme fervor, pero su religiosidad impregnada de la superstición de la época y de los lúgubres y característicos tintes de la devoción epiléptica, contamina multitud de sus actos políticos.

Para que fuera aún más genuina, tenía sus épocas, sus accesos, que coincidían con las agravaciones frecuentes de sus dolencias físicas y morales. Había veces en que ese fervor casi accesual afectaba formas feroces: entonces ese gran espíritu, á pesar de todas sus abolladuras, descendía hasta las proporciones mediocres de un fraile vulgar y perseguía

los herejes, fomentaba la hoguera y daba pábulo á los avances inquisitoriales, como no lo hubiera hecho mejor el más imbécil de sus descendientes. Así se ve que en 1546, coincidiendo con el aumento de sus graves males, trató de sujetar al partido protestante de Alemania y de volverle á la obediencia [1]. Por mucho tiempo lo había aplazado, no obstante su espíritu de dominación y su ardiente catolicismo, dice Mignet. Carlos era un cristiano fervoroso y practicaba la antigua religión con una piedad sumisa y *escrupulosa*. Oía varias misas cada día y comulgaba en las principales fiestas del año [2]. Consagraba más de una hora todas las mañanas á la meditación religiosa y hasta había él mismo compuesto oraciones, según afirma Sandoval; él, un espíritu férreo y nada dulce, que no manifestó jamás ninguno de los sentimientos tiernos que dan su carácter de superioridad zoológica al alma humana; que era inclemente y hasta feroz, que era frío é indiferente á ciertos afectos elementales, sentía sin embargo la dulce atracción que el espíritu enfermo y decadente de los epilépticos experimenta por la religión, y que constituye, ya lo hemos dicho, la nota más reveladora y constante de su mentalidad...

La lectura del Antiguo y Nuevo Testamento y la poesía de los Salmos que embelesaba tanto su imaginación y tocaba su alma, constituían su lec-

[1] MIGNET, *Carlos V*, pág. 38.
[2] SEPÚLVEDA, vol. II, libro XXX, pág. 528.

tura favorita [1]. La magnificencia de las ceremonias religiosas, «la conmovedora grandeza del sacrificio expiatorio en la misa, la música mezclada al rezo, la belleza de las artes realzando la austeridad del dogma, el poder misericordioso de la Iglesia socorriendo con la absolución, tranquilizando con la penitencia la debilidad del hombre y la ansiedad del cristiano» hablaban á su alma como hablan siempre, por una secreta atracción que aún no ha explicado la fisiología patológica, al espíritu eternamente quejumbroso del epiléptico. El mismo contraste de las dulces sensaciones que encuentran en su extraviado misticismo y la ferocidad en los delitos, la dureza de su corazón en otras circunstancias de la vida, estaba también palpitante en la sensibilidad moral de Carlos de Gante.

Es una inclinación mística comprobada por todos y á la cual se le ha buscado explicaciones, en mi concepto pueriles, como la de que sintiéndose desgraciado por la incurabilidad y los desagradables episodios que constituyen la parte visible de su mal, buscan en la religión un consuelo que les niega la ciencia. Cierto es que hay un fondo de profunda tristeza en su alma, esa tristeza y melancolía que Carlos V manifestó más ó menos visiblemente en toda su vida; pero no parece un resultado de la concien-

[1] MIGNET, *Carlos V*, pág. 40. *Cartas de Malinæus*, sobre la vida íntima de Carlos V, publicadas por el barón de Reiffemberg.

cia de su grave mal sino un síntoma propio de la enfermedad en el orden mental, como la convulsión es un síntoma en el orden físico. ¿Para qué extendernos más sobre este punto, que hemos agotado en el capítulo destinado al padre fundador del Santo Oficio, demostrando en la amplitud de nuestras fuerzas el carácter epiléptico de sus pasiones diabólicas?

Por otra parte ¿por qué había de ser tan sinceramente religiosa, á veces tan dulce y tiernamente mística esa alma de bronce que ofrecía en esta faz *femenil* un contraste tan visible y chocante con el resto de su organización sensitiva? El conjunto de las facultades morales es siempre armónico en el alma humana; cuando hay un contraste tan brusco, cuando el flujo y reflujo del sentimiento tiene estas bifurcaciones tan opuestas, esta especie de cohabitación tolerada de dos almas que en el cerebro normal se repudian; finalmente, cuando un mecanismo mental, como ese, escapa á las leyes de la fisiología, por más que se quiera forzar la lógica para meterlo dentro, uno tiene que recurrir indefectiblemente á la patología mental y dentro de ella á esa cruel neurosis que Carlos V tenía tangible hasta en los estigmas indelebles de su cara deforme. Cráneo de epiléptico, alma de epiléptico, de los pies á la cabeza: allí está la llave de toda la psicología singular que burla hasta las influencias del medio y de la educación en que se había hecho hombre, demostrando que hay algo

superior á los agentes externos de la vida, algo interno, orgánico, ineludible, en suma, aquella *masa de tormenta* que venía acumulando la Casa de Austria desde Carlos el Temerario.

Si Carlos V no hubiera sido un *hereditario*, mejor dicho, si no hubiera sido epiléptico, mucho menos, seguramente, hubiera tenido que lamentar España y la libertad del mundo entero, todos los excesos que son la consecuencia de la *religiosidad* y de sus otras expresiones comiciales.

Dos de sus principales guerras, tal vez las más trascendentales, fueron dos guerras religiosas. En la guerra « contra la Alemania defendió la Iglesia contra las innovaciones, y la batalla de Muhlberg redujo tanto á los príncipes protestantes, que retardó por algún tiempo los progresos de la reforma (1). En otra gran guerra, campeón del cristianismo contra el mahometismo, terminó lo que su abuelo había comenzado. Carlos derrotó y arrojó del Este á los mahometanos, de la misma manera que Fernando los había arrojado del Oeste; la derrota de los Turcos delante de Viena fué en el siglo XVI lo que la derrota de los árabes delante de Granada en el siglo XV ».

Todo eso podría ser, como dice Buckle, *obediencia á la tendencia de su siglo* y del país en donde vivió, pero la manera y el calor con que

(1) BUCKLE, *Civilización en Inglaterra*, tomo IV, pág. 24. Véase también: PRESCOTT, *Historia de Felipe II;* DAVIES, *History of Holland;* MARIANA, *Historia de España.*

se obedece á las tendencias y el procedimiento y celo con que se ponen en práctica, asi como los refinamientos y la forma que se emplean pertenecen seguramente «*aux vices et au tempérament particulier du maître*», á esas mismas causas ocultas de que habla el conocido historiador inglés, que obran sobre el individuo y lo arrastran en su carrera. Carlos V, que sentía bajo la acción de la música y de la pompa de las ceremonias sagradas inefables y tiernas sensaciones, como todos los comiciales dotados de su peculiar sensiblería, era, como ellos, feroz é insaciable en la aplicación del tormento y de la muerte á los herejes y luteranos.

Aunque su fanatismo no tenía las exterioridades solemnes y lúgubres del de su hijo, revestía en cambio por su intensidad las formas brutales del acceso morboso, la precipitada ejecución de ese grande acceso delirante de los epilépticos que sucede en general á una serie de ataques ó que puede producirse después de un simple vértigo ó aun en el intervalo de los accidentes convulsivos.

Esa accesualidad de su misticismo se manifiesta con las alternativas de intensidad, ya mediocre como cuando se alia á los príncipes protestantes, ya violento como cuando castiga á Gante y derrama á torrentes la sangre de los Países Bajos. «El celo con el cual combatió por la fe aparece en sus esfuerzos contra la herejía de los holandeses. Según las autoridades contemporáneas, muy competentes, cincuenta á cien mil personas fueron

condenadas á muerte y ejecutadas bajo su reino en Nerlandia y por sus opiniones religiosas: y entre 1520 y 1550 publicó una serie de leyes que tenían por objeto hacer decapitar, quemar vivos y enterrar vivos también á todos los que estuvieren convictos de herejía» ([1]).

Las penalidades eran variadas y «se aplicaban según los casos, pero tenían la obligación de aplicar la pena capital contra todo individuo que *hubiera comprado un libro contaminado por la herejía*, lo mismo que contra aquel que lo hubiere vendido ó tomado solamente para su uso particular» ([2]). El último consejo que dirigió á su hijo estaba en armonia con estas medidas y con esas tendencias que fueron agravándose con la edad: algunos dias antes de su muerte firmó un codicilo á su testamento recomendándole de no tener compasión ni gracia con los herejes, de matarlos y *de velar por el mantenimiento de la Santa Inquisición, única capaz de verificar una obra tan loable* ([3]).

La Santa Inquisición, «como oficio Santo, decía en una carta célebre, y puesta por los reyes católicos nuestros señores y abuelos á honra de Dios nuestro Señor y de nuestra santa fe católica *tengo firme y entrañablemente asentado y fija-*

([1]) Buckle, *Civilización*, tomo IV, pág. 24.
([2]) Prescott, *Historia de Felipe II;* Motley, *Historia de la Revolución de los Países Bajos;* Davies, *History of Holland;* Buckle, *Historia de la civilización de Inglaterra.*
([3]) Buckle, loc. cit.

do en mi corazón para la mandar favorecer y honrar, como principe justo y temoroso de Dios es obligado y debe hacer», «*sin excepcion de persona alguna, ni admitir ruegos, ni tener respetos á persona alguna*; porque para el efecto de ello favorezca y mande favorecer al Santo Oficio de la Inquisición».

La difusión de las ideas luteranas en España causaban en el espiritu de Carlos verdadero espanto, ira y profunda aflicción en su inolvidable Retiro: quiso que se castigara *con el más exagerado rigor á los que se habían dejado sorprender* (1), y en su recomendación, severa hasta la crueldad, se adivina, no al político español que no quería que alentasen disidencias en el seno del Estado, ni al católico ardiente que miraba con horror la herejía, como afirma Mignet, sino al espíritu insano que expresaba bajo esa forma su desequilibrio atávico.

La fisiología patológica del *mal caduco* con sus determinaciones morales é intelectuales explica, repetimos, muchos misterios de la vida de ese gran monarca; lo mismo que la de Torquemada, ese otro no menos grande monarca que tanto mal ha hecho. Y ese mismo conocimiento nos servirá para afirmar, contra la opinión respetable de Mignet, que *hubo funerales en vida* ó algo parecido, que hubo alguna ceremonia suficientemente lúgubre

(1) MIGNET, *Carlos V*, etc., etc., pág. 319.

y extravagante que satisfaciera las exigencias actuales de sus vivos accesos de supersticiosa devoción tan patognomónicos.

Con el espíritu quebrantado por los dolores y las penurias de sus enfermedades corporales y con esa progresiva *demencia* que se insinuaba en su cerebro con las exaltaciones deprimentes de la *megalomanía* bien equívoca por cierto, según ya hemos dicho al hablar en este mismo capítulo del valor *demencial* de las ideas de grandeza; con el espíritu quebrantado, decíamos, César caído pero todavía omnipotente, entró en el modesto retiro de Yuste á arrastrar la existencia vegetativa de sus últimos años. Viejo, encorvado por la senilidad prematura de un artritismo tan incurable como invasor, con la cabeza bruñida por su alopecia de cóndor, las cejas peladas, las orejas separadas y enormes, Carlos V parecía la imagen de la decrepitud hasta por la pérdida de ese brillo felino de sus hermosos ojos de los veinte años.

Todas las calidades que habían hecho su grandeza, se iban atrofiando con una marcha lenta pero progresiva: tenía decaimientos y ausencias que revelan la pausada pero segura invasión de la demencia, á pesar de que al parecer seguía de una manera activa el desenvolvimiento de los acontecimientos políticos. Pero la acción se resentía de su pobreza intelectiva; la dirección y el consejo eran inseguros, titubeantes, casi tímidos: su devoción parecía exaltarse, y era más agresiva é intransigente

que antes, seguramente más lúgubre y sombría, como que estaba, diremos así, sombreada por el desfallecimiento que experimentaban sus facultades morales y su cuerpo, del cual podía decirse que no «dejaba á la podredumbre de la tumba sino la mitad de su tarea». Mordido de tiempo atrás por el gusano de ese reblandecimiento, había dejado de ser el genio de la guerra que en otros tiempos encerrara en el hueco de su mano todo el poder de la Europa entera.

El Gran turco, Solimán el magnífico, se hallaba en posesión de la mayor parte de la Hungría y equipaba una flota pronta á meter la proa hacia Nápoles de acuerdo con el Papa y la Francia (*Histoire du Duc d'Albe*, tomo 1°, pág. 369). El infiel, el protestante y la Santa Sede, se habían así ligado para aprovechar de su decrepitud prematura y voltearlo de su alta cumbre, porque ya no contaba con la fiera actitud del antiguo conquistador [1]. Su estado mental explica sus caídas y nos da la clave de su abstención final. Nacido en el siglo, encontrábase á los cincuenta años usado y decrépito. Cuarenta años de una glotonería sin ejemplo habían hecho su obra. En efecto, su cuerpo no era sino una triste ruina, invadido por la gota, con todas sus secuelas de asma, dispepsia, gravela y perturbaciones morales, y además de sus habituales erupciones cutáneas

[1] Motley, *Révolution des Pays-Bas*, tomo I, pág. 199.

crónicas, estaba tullido del cuello, de los brazos y de las manos (1).

Los cuatro solemnes autos de fe celebrados con tanta pompa en Valladolid el 21 de Mayo de 1559 ante la Regente Dª Juana, el infante D. Carlos y toda la Corte; el del 2 de Octubre del mismo año ante D. Felipe II; el de Sevilla el 24 de Diciembre de 1559; el de 22 de Diciembre de 1560 ante el clero y la nobleza de Andalucia, fueron preparados y arreglados por él, desde su triste retiro, aunque todas esas terribles ejecuciones religiosas que su fanatismo le exigia no pudieron ser contempladas por sus propios ojos (2).

En el último tiempo, «invertia las horas de cada día y de cada noche antes de levantarse hasta des-

(1) MOTLEY, loc. cit., tomo I, pág. 199. Dice FORNERON lo siguiente hablando de la decrepitud de Carlos V: «No tenía sin embargo más que cincuenta años; pero los hombres de guerra envejecían presto en el siglo XVI: los excesos de fatigas durante las campañas ó los viajes y la privación completa, ó poco menos, de higiene, gastaban rápidamente los temperamentos más robustos. Francisco I y Claudio de Guisa estaban decrépitos á los cincuenta años; Brisac á los cincuenta y siete quebrantado de achaques, sólo arrastraba días de doliente ancianidad. Hubiérase podido creer que Carlos V se eximiera de esta ley como el condestable Montmorency por el vigor de su constitución; pero desde la edad de treinta años comenzó á molestarle la gota, cuyos ataques se hicieron luego más frecuentes y le obligaron á permanecer encerrado, á negarse á dar audiencias y á mirar con repugnancia la más ligera aplicación á cosas serias. *Hasta hubo de estar una vez nueve meses sin poder firmar, lo que revelaba una gran postración intelectual.*» Véase SEPÚLVEDA, tomo II, pág. 528 y 537, Matrite, 1780.

(2) MIGNET, *Carlos V en Yuste*, pág. 327.

pués de acostado en una ocupación no interrumpida de oraciones, misas, sermones, pláticas doctrinales y religiosas, procesiones, confesiones y penitencias que no era posible le quedara lugar para ninguna especie de distracciones ni de negocios. Macerábase el cuerpo, dice, y se azotaba hasta el punto de gastar los ramales de las disciplinas que heredó su hijo» (1). Y como si no fueran bastantes, añade otro historiador del *coronado habitador del monasterio*, estos actos de mortificación perturbando cada día más el espíritu, la inquietud, la desconfianza y el terror que acompañan á la superstición, concibió una de las ideas *más originales y extrañas que haya podido inspirar jamás el fanatismo á una imaginación desordenada y débil* (2). En mi concepto, las razones que da Mignet para negar la ceremonia extravagante del funeral á que alude Robertson y muchos otros historiadores, son perfectamente pueriles. Dice Mignet que los delicados negocios que trataba Carlos V en el momento señalado por los frailes á esos funerales y sus incesantes ocupaciones eran muy propios para apartarlo de tan extraño capricho, que sólo hubiera podido inspirar una imaginación desocupada. Pero olvida precisamente que las ocupaciones exclusivamente religiosas daban pábulo á su imaginación epiléptica, para tanta extravagancia, que no distaba mucho por su índole de

(1) Sandoval, *Historia de la vida del Emperador en Yuste.*
(2) Robertson, *Historia de Carlos* V, tomo 2º.

las penitencias crueles y caprichosas que se aplicaba en la larga serie de sus suplicios; por otra parte, se trataba de un enfermo de la mente que obedecía en sus voliciones y afectos á las leyes que presiden á las enfermedades y no á las que legislan el cerebro normal.

Aquel famoso epiléptico seguía los impulsos de su religiosidad sombría y caprichosa. Cualquiera que sea la ocupación de un dipsomaníaco, la preocupación de su inteligencia, cuando viene el acceso, obedece dócilmente al imperio de su bárbaro impulso, aun cuando dependiera de su tranquilidad de espíritu el bienestar del mundo entero, tal cual sucede con los transportes morbosos de un maníaco, ó con los accesos incontrastables de una de esas epilepsias larvadas. Esa ceremonia tiene indudablemente el mismísimo sello, el imborrable timbre de las alucinaciones horrorosas que asaltan el cerebro de aquellos enfermos: trasciende en toda ella su naturaleza comicial hasta por la misma singularidad.

Nadie siente, ve, entiende ó gusta cosas más bizarras, sensaciones más depravadas que ellos [1]. He conocido casos, dice Hirt, profesor de la Universidad de Breslau en su *Tratado de las enfermedades nerviosas*, en que el enfermo creía encontrarse en medio de un océano de luz, una claridad

[1] *Virchow's Archiv.*, 102, 3, 1885.

intensa lo rodeaba, efectos luminosos resplandecientes herían su mirada; otros, al contrario, que se creían hundidos en las profundas tinieblas, que una obscuridad impenetrable los circundaba, que impresiones extrañas y extraordinarias asaltaban su cabeza [1]. Heinemann, otro maestro en esta materia *(Virchow's Archiv., 1885)*, describe también con gran acopio de ejemplos las auras sensoriales, todas estas alucinaciones tan desagradables y terroríficas peculiares de la mentalidad de semejantes enfermos. Ahora bien; suponed á ese gran espíritu de naturaleza epiléptica tan acentuada, y con el misticismo propio de su idiosincrasia, sumido en aquella España inquisitorial del siglo XVI, en un convento entristecido por un clima sombrío, y decidme si no es verosímil, indudable la tradicional *conseja* de sus funerales.

Por otra parte, ya hemos visto que en edad relativamente temprana de su vida y sobre todo durante su residencia en Yuste, su decadencia mental se había apresurado de una manera rápida: la circulación cerebral verosimilmente alterada por el quebrantamiento artrítico de sus arterias, debía nutrir incompletamente aquellas células, ya de suyo frágiles por razones hereditarias; si á eso se agregan las causas poderosas de empobrecimiento intelectual que ya mencionamos, no

[1] Véase: LOUIS HIRT, *Pathologie et thérapeutique des maladies du système nerveux*, etc.

es, pues, aventurado pensar que el cerebro entrara fácilmente en semejante orden de ideas.

El célebre penitente era propiamente un *animal* entonces. Habíasele desarrollado una voracidad increíble, innoble; parecía que toda la atención estaba concentrada en la cocina y en su estómago. Comía mucho y bebía más; sólo pedía manjares excitantes, como arenques, pescados salados y salsas de ajo, y le faltaban fuerza y ánimo para entregarse á ejercicios saludables que le habrían devuelto algún vigor; Mathys, su médico, deploraba estos excesos y escribía sobre ellos á Felipe II, diciéndole: « que por falta de uso, desaparecían casi en la vida de la celda todas sus funciones corporales. Es raro el día, agregaba, que el emperador anda quince ó veinte pasos; el resto del tiempo va en litera » [1].

Comía con exceso y luego se quedaba dormido. « El inglés Rogerio Ashan, que asistió en otro tiempo á una de sus comidas, quedóse sorprendido de lo que comía y sobre todo de lo que bebía » [2]: vaca cocida, carnero asado, liebre al horno, capones aderezados, nada rechazó el emperador. Cinco veces, dice Ashan, hundió su cabeza en el vaso, y cada una no bebió menos de un cuartillo de galón de vino del Rhin [3]. Van Male, el ayuda de cámara, ha pintado después un cuadro lleno de gracia.

(1) *Cartas de Mathys á Felipe II, de 1º de Abril.*
(2) MIGNET, *Carlos V*, pág. 65.
(3) *Works of Roger Ashan*, London, 1861.

Así se fué perdiendo y descendiendo esa extraña organización, apagándose en las sombras de su caducidad prematura de artrítico y epiléptico; el germen de su fatal herencia roía su alma y su cuerpo desde la edad de 16 años, y el genio del héroe de Túnez y de Pavía había muerto aplastado por el hijo legítimo de la loca de Tordesillas. Cuando Carlos comía así y se arrastraba pesadamente con las articulaciones deformadas y enmohecidas por el reumatismo incurable de sus antecesores, ya el hombre con sus nobles atributos había huído... sólo quedaba la bestia voraz é indiferente, y la decadencia de la grande y gloriosa España de otros tiempos empezaba á espantar al mundo por la rapidez con que iniciaba su marcha. Don Felipe II esperaba su turno para continuarla.

CAPÍTULO II

FELIPE II. — SU FANATISMO RELIGIOSO Y SUS PERSECUCIONES

Sumario: Acumulación de la herencia patológica en el cerebro de Felipe II.— Su aspecto físico, su temperamento.—Sus caracteres de hereditario.— ¿Era Felipe un simple delincuente ó un delirante religioso? — Caracteres mentales que hacen sospechar un delirio.— Su misantropía. — Influencia de su educación y del medio. — Patogenia y evolución del delirio religioso.— De cómo la Inquisición favorece en la pubertad el desarrollo de su delirio. — Sus persecuciones en los Países Bajos y en España impiden la difusión de la Reforma por razones que explica la psicología mórbida.— ¿Cuál fué el procedimiento mental de Felipe II para resistirla? — Impenetrabilidad del cerebro español á la Reforma. — ¿Por qué? — Esfuerzos de los heterodoxos españoles. — La casa de Austria y el fanatismo de España. — Decaimiento mental de Felipe II. — Su demencia.— Su muerte.

Vengamos ahora al hijo. Ya hemos visto en el capitulo que precede cómo era el padre, física y moralmente. Siquiera en él habia calidades de orden somático que en medio de sus deformidades, le daban las exterioridades viriles de su sexo.

Carlos V tenia en sus buenos tiempos una con-

textura atlética y bien proporcionada: anchas las espaldas, de potente busto, talla esbelta y piernas y brazos musculosos. En el campo de batalla había llenado siempre sus deberes como capitán y como soldado, y además tenia, entre otras cosas, un conjunto de maneras singularmente felices que, como dice el autor de *La révolution des Pays-Bas du XVIe siècle*, lo hacian casi popular entre sus gobernados. Hablaba el alemán, el español, el italiano, el francés y el flamenco, tomando con suma habilidad á cada uno de estos pueblos sus rasgos más caracteristicos con éxito tan feliz y con tanta *aisance* como hablaba sus idiomas. Asi, era ceremonioso con los españoles, «familiar con los flamencos, espiritual con los italianos, y mataba un toro en la arena como corria la sortija entre los señores flamencos, ó mezclado á los artesanos de Anvers, volteaba un pájaro de un golpe de arco, y se embriagaba con cerveza espumante, lanzando groseros y picantes dicharachos en fraternal compañia con los paisanos de Brabant» ([1]). Era, pues, gracias á ese conjunto de grandes calidades que, según Motley, sus graves crímenes contra Dios y contra los hombres, contra la religión y contra las garantias individuales aseguradas por las cartas constitucionales y por juramentos solemnes, le fueron perdonados por la complacencia de sus contemporáneos; como si la opresión fuera más

([1]) MOTLEY, *Histoire de la révolution des Pays-Bas*, 164.

tolerable cuando el tirano es un lingüista acabado ó un batallador perfecto [1].

Pero su hijo representaba en el cuerpo y en el espíritu un tramo más en la escala de la degeneración con que tan rápidamente iba descendiendo la histórica dinastía.

Felipe era flaco, medio raquítico y muy por debajo de la talla media; sus piernas delgadas, el pecho estrecho y el aspecto reservado y tímido de un hombre habitualmente enfermizo: «*e di statura piccolo e membri minutti*», decía Badovaro, y agregaba que «*la sua complessione era flematica et malanconica*» [2]. Cuando hizo su primer visita á sus tías las reinas Eleonora y María, que estaban acostumbradas á contemplar aquellos esbeltos cuerpos de los flamencos y alemanes, les pareció tan débil y tan raquítico que tuvo, «para ganar sus favores y borrar tan mala impresión, que mostrarse en algunos torneos donde su éxito fué bastante problemático por cierto». Cuenta Cabrera en la *Vida de Felipe II, rey de España,* que su cuerpo no era sino una jaula humana, corta y estrecha, «pero que por más breve y más estrecha no la habita ánimo á cuyo vuelo sea pequeña la redondez del cielo». El mismo escritor en su forzada admiración, agrega que su aspecto parecía tan

[1] MOTLEY, loc. cit., 164.
[2] *Relazione del illustrissimo Fede. Badovaro, ambasciatore de la Serni. Rep. Venetiana.*

respetable, que los paisanos «que ni le conocieron ni vieron en compañía e solo en una selva», se inclinaron ante la solemne majestad de su persona con una veneración instintiva [1].

Sin ser tan feo y de tan grotesco aspecto como su padre, era, sin embargo, su imagen viva: «*l'stessa imagine e intinto dell' Imperatore suo padre*», dice Micheli; teniendo como él la frente reveladora, el ojo azulejo, y la misma nariz aquilina, si bien mejor proporcionada. En la parte baja, es decir, en la mandíbula inferior se reproducia aquel elocuente estigma hereditario, la deformidad *bourguignone* que su padre llevaba en la cara como recuerdo prominente de su atavismo: «*el labio disotto grosso*», «el tinte del rostro pálido, el cabello rubio casi colorado y escaso, su barba corta y puntiaguda, con una apariencia flamenca por sus tintes fisionómicos claros, pero de una estatura y discreción general, española más bien» [2].

Tal era la impresión que producía en el observador ese aspecto extraño del hombre que tenía en su mano los destinos de la mitad del globo, cuya voluntad soberana decidía de la suerte de millones de hombres repartidos en la superficie de Europa y América [3] y que iba á tener una influencia tan funesta en el desarrollo de la libertad religiosa del mundo entero.

[1] CABRERA, *Vida de Felipe II* (MOTLEY, 146).
[2] BADOVARO, citado por MOTLEY, 147.
[3] MOTLEY, pág. 148.

Todo se junta en esa desgraciada familia para hacerla tan terriblemente anormal. Todas las teorías sobre la enajenación mental hereditaria se dan cita allí, y todas encuentran algún hecho, algún argumento en su favor, en la larga genealogía de sus miembros. Escudriñadlos siquiera superficialmente y vereis que las encontrais á todas justificadas con su ejemplo vivo: la influencia hereditaria de los padres (Falret, etc.), el estado de ellos en el momento de la concepción y sobre la cual insiste particularmente Christian; las afecciones desarrolladas durante la vida fetal, que para Bouchereau tienen tanta importancia, y por fin las enfermedades de la primera infancia de que padecieron Carlos V, Felipe II y su mismo hijo, naturaleza enfermiza y valetudinaria desde el claustro materno.

Felipe era sólo un eslabón. En él continúa el vicio hereditario de la casa de Absburgo, manifestándose con sus graves caracteres de reforzamiento. Él es, si cabe, aún más hereditario que su padre, como tenía que suceder, si bien no poseía como aquél los estigmas físicos tan visibles y tan difundidos en su cuerpo. En cambio el estado mental anómalo de los hereditarios, su constitución neuropática peculiar con las señales psíquicas acentuadas, se ven mucho más cargadas que en Carlos de Gante; la ley del aceleramiento en la transmisión hereditaria *(legge dell' acceleramento nella trasmissione ereditaria,* Mor-

selli), en virtud de la cual los gérmenes morbosos tienden á desarrollarse con más precocidad en cada generación, se cumplia fatalmente en ese príncipe como en el resto de los descendientes.

Esta ley domina todo el mundo orgánico; la ontogenia es la recapitulación de la filogenia, y aun en las familias infectadas de gérmenes morbosos se observa que estos no sólo crecen en intensidad en cada generación, sino que concluyen por desarrollarse durante las primeras fases de la evolución individual. Así se explica por qué el último grado de la degeneración hereditaria esté caracterizado por formas psicopáticas congénitas, como el *idiotismo*, la *imbecilidad*, la *locura moral*, la *paranoia* originaria ([1]). La malignidad del *virus hereditario*, como dice Schulle, parece aumentarse de una generación á otra, como la virulencia de la sangre en la septicemia.

Ese grupo psico-patológico tan curioso, dentro del cual Felipe tenía un lugar prominente, manifiesta rasgos especiales sobre los cuales hemos insistido tanto, porque explican muchos actos de aquel célebre soñador solitario. Todos sus miembros están ligados por lazos indisolubles, y aun cuando, como decíamos no ha mucho, no comprobemos en su cuerpo lesiones anatómicas definidas, existen modificaciones funcionales de la misma

([1]) MORSELLI, *Manuale di semejotica delle malattie mentali.*

naturaleza que los junta: el fenómeno saliente es la desequilibración mental. Hay individuos inteligentes, eruditos, desempeñando funciones importantes en la sociedad, cuya ausencia completa de sentido moral sorprende; son, dice Magnan, á quien copiamos estos datos, genios, bajo el punto de vista intelectual, é idiotas bajo el punto de vista moral. Ahí está Carlos de Gante, como ejemplo elocuente de esta observación del maestro (1), y en otro teatro y bajo otro clima esa grande y poderosísima inteligencia de Lord Bacon, moralmente el más idiota de los cerebros humanos, el tipo más acabado de tan considerable desequilibrio. En otros, al contrario, de moralidad elevada, tienen una inteligencia que ofrece profundas lagunas para el cálculo, la música ó las artes, y sus centros perceptivos son desigualmente aptos para recoger todas las impresiones que, ó no se registran regularmente, ó no dejan en la mente una imagen durable (2).

Hay un tercer grupo, todavía, que comprende los individuos que al estado ordinario son bien ponderados, inteligentes y morales, pero en los cuales, bajo la influencia de la menor fatiga, aparece la desequilibración con sus defectos intelectuales y morales. El hecho de que Felipe II haya sido quien fué, por la casualidad de su nacimiento

(1) MAGNAN, *Recherches sur les centres nerveux*, etc, París, 1893, deuxième série.
(2) MAGNAN, ibid.

y por calidades dudosas de cierto orden, aunque no las geniales con que lo viste la imaginación ambiciosa de los españoles, no obsta, seguramente, á que tuviera toda la serie de perturbaciones y anomalías que le atribuye la ciencia.

Un hereditario « puede ser un sabio de los más distinguidos, un gran artista, un matemático, un gran político ó un administrador hábil, y sin embargo, presentar bajo el punto de vista moral, defectos profundos, extravagancias extrañas, perversiones sorprendentes, y como el lado moral, los sentimientos y las inclinaciones son la base de nuestras determinaciones, se sigue de aquí que, frecuentemente, facultades brillantes se ponen al servicio de una mala causa, es decir, de instintos, de apetitos y de sentimientos enfermizos que debido á los desfallecimientos de la voluntad pueden empujar al enfermo á cometer actos extravagantes y hasta peligrosos » (1).

Felipe II era, pues, un hereditario averiguado en plena degenerescencia de evolución: el medio tan propicio para el desenvolvimiento de los gérmenes que tenia dentro, facilitó su marcha, abreviando el tiempo y haciendo doblemente graves sus explosiones y sus efectos, pero sin *crear* nada; circunstancia sobre la que es menester insistir para desvanecer la sugestión de las teorías erróneas

(1) MAGNAN, op. cit. pág. 116; KRAFT-EBING, *Lehrbuch der psychiatrie auf Klinicher Grundlage*, 3 vol. in 8, Stuttgart, 1879-80.

por su absolutismo exclusivo, *del medio*, *la época*, que como *el horror al vacío* de los antiguos, pretendía explicar diferentes problemas de física. La vieja interpretación de la impotencia de que todas esas cosas extrañas de la historia dependían exclusivamente de la *época* y de la *sociedad* ó el *medio* en que se vivía, si bien es en cierto punto aceptable, no lo es del todo cuando se trata de aplicarlo como *panacea* al esclarecimiento de todos los fenómenos históricos.

Indudablemente cada cerebro se desarolla según el vario combinarse y asociarse de dos factores importantes, uno de los cuales es la organización hereditaria transmitida por las generaciones precedentes, y el otro la influencia del medio entre el cual estamos obligados á transcurrir nuestra existencia [1]. Pero éste, aun con sus influencias secundarias, «provenientes del ambiente físico, étnico, social y aun de aquel más moderno que llamamos pedadógico y dirigido á la cultura de los sentimientos y de la inteligencia», no pudo, sin el primero, producir todo ese complicado andamio de anomalías y graves desarmonías mentales derramadas á manos llenas en todos los miembros de la dinastía austriaca.

Es, pues, menester, que semejantes elementos de organización transmisibles, lentamente acumulados, proporcionen al medio la madera con

[1] MOSELLI, *Semejotica*, pág. 17.

que se ha de hacer un Felipe II; porque si esos males se desarrollan con ó sin medio adecuado cuando hay aquella pesada carga y apenas una causa leve lo solicita, con mayor razón se desenvolverán rápidamente cuando una educación y un ambiente social y doméstico como el que rodeaba á ese principe, llenan condiciones tan propicias. El germen le venia de sus antecesores; la forma de su desarmonia (ó locura) se la dió el medio, si bien hay que hacer notar que, como sucede en ciertos casos, la transmisión hereditaria se hacia de Carlos V á su hijo, cumpliendo la *ley de equivalencia*, es decir, que en Felipe II la epilepsia de su padre se manifestaba bajo la forma de exaltación religiosa, que, como sabemos por haberlo repetido muchas veces, constituye una característica notable de la psicologia del mal comicial.

Es asi también cómo una neuralgia de los ascendientes puede convertirse en una *convulsión dolorosa* epileptiforme en los descendientes, ó bien el padre estar sujeto á congestiones de diversa índole, y el hijo morir de apoplegía [1]. El rey de España no recibió como legado paternal la epilepsia convulsiva, sino la *epilepsia religiosa,* es decir, aquella *religiosidad* que en la mentalidad del mal caduco domina todo el campo; de la misma manera que el hijo de un *paralítico general* puede no

[1] SCHÜLLE, loc. cit., pág. 410.

heredarla *in totum* sino bajo la forma de una tendencia marcada á las congestiones cerebrales.

Por otra parte, la educación defectuosa y peculiar que recibiera, aparte de ser formalista y pedante, fué escasa y favorable para el fomento de sus tendencias mentales morbosas; en extremo abandonada y restringida. En una época en que todos los reyes y todos los grandes señores conocian muchas lenguas, él no hablaba sino el idioma español ([1]), aun cuando tenia un ligero tinte del francés y del italiano, que leia con alguna facilidad. Había estudiado un poco de historia y de geografía, y se le atribuye gusto para la pintura, la arquitectura y la escultura, pues, como dice Motley, para no haber tenido el sentimiento de las artes, sería necesario que hubiera sido un monstruo ([2]). Nacer en los comienzos del siglo XVI, ser rey y «poseer por derecho de nacimiento la España, la Italia y los Países Bajos, y no tener en el alma una chispa del fuego sagrado, un hombre que llenó de llamas esos bendecidos paises, en su edad de oro, verdaderamente sería algo extraordinario» ([3]).

Triste y destinada á morir joven como todas las reinas de España, la emperatriz Isabel, dice Forneron en su *Historia de Felipe II,* se rodeó con su hijo de un severo ceremonial. Vivía recluida

([1]) MICHELI Y BADOVARO, citados por MOTLEY, pág. 199.
([2]) MOTLEY, loc. cit., pág. 200.
([3]) MOTLEY, loc. cit., pág. 200.

en medio de algunas damas, sentadas á media luz, las cuales no se hablaban palabra y consagraban largas horas á la oración [1]. Exigía que su hijo estuviese rodeado de todos los respetos debidos al heredero del mayor emperador que hubiera habido entre los cristianos; pero tan rigurosa etiqueta convenía poco, al parecer, á la salud del príncipe, que ya desde los primeros meses comenzó á tener enfermedades eruptivas, y como quedara enclenque y melancólico, creyendo poder curarlo, fué sometido á una educación rigorista é inadecuada [2].

Á la edad de doce años perdió su madre, y de aquella infancia severa ningún recuerdo tierno le quedó, porque la emperatriz carecía de sensibilidad hasta el punto de que teniendo á su cuidado, como en rehenes, á los hijos de Francisco I, se preocupaba únicamente de la mala opinión que formarían los extranjeros si veían á aquellos pobres niños mal vestidos [3]. El príncipe Felipe «conoció poco á su padre: el grande emperador se creyó obligado á asistir á las exequias de su esposa, á quien había tenido bastante olvidada; pudo entonces apreciar el frío juicio y la precocidad de su hijo, pero prolongó poco la estancia á su lado, prefiriendo á la rigidez de su

(1) Flores, *Memoria de las reinas católicas,* Madrid, 1770.
(2) *Ms. Rec. of 152, Navajero to the segnory, 19 ag. 1527, Venetian papers,* citado por Forneron.
(3) Forneron, *Historia de Felipe II,* pág. 6.

corte española, las fiestas de sus palacios de Brabante y del Milanesado, y sobre todo, las de Fontainebleau, donde *el rey su buen hermano*, queriendo darle un banquete completo, le hizo venir una hermosa y honesta dama de la corte para su regalo» (1).

Hechas esas breves consideraciónes que equivaldrian á una disección preparatoria y en presencia de la figura ya descarnada de ese siniestro príncipe, un problema psicológico grave, surge inmediatamente.

¿Era, en efecto, aquél hombre, sombrío y tétrico, el *tigre del Mediodía*, tan malvado y moralmente tan giboso, como lo han pintado aquellos tiempos singulares? ó ¿más que malvado consciente, la víctima de alguna obsesión alucinatoria, el sujeto de una de tantas ideas delirantes que dominan por completo el peculiar fenomenismo de una misteriosa y disimulada locura?...

Sería ir demasiado lejos (repetiremos las palabras de uno de sus biógrafos más conocidos) atribuir á Felipe II una especie de doblez que con estudiada premeditación pusiera la fe al servicio de sus intereses profanos; si procuró confundir su autoridad con la de la religión y acaparar los beneficios de la docilidad para con el trono á la vez que los de la sumisión para con la iglesia, ha de verse en estos manejos una ilusión *más bien in-*

(1) Brantôme, *El duque de Alba*, pág. 27 (Forneron).

genua que calculada. Felipe considerábase, sin la menor vacilación, *como un delegado ó representante de Dios, ni más ni menos. Dios se ha deposeído de todos sus derechos, en sus reales manos, Dios no existe ya fuera de él.* La misión y su investidura «le permiten hacer *lo que los demás hombres llaman crímenes* si se trataba de su poder, esto es, del poder de Dios, y en la serie de acontecimientos de su larga vida, se le verá de hoy más, colocado bajo el imperio de esta ilusión» (1). Su aislamiento sistemático del resto de los hombres, su áspera misantropía y aquel mutismo terrorífico que hacía proverbial su laconismo, ocultaban discretamente sus probables alucinaciones frecuentes.

Ese sueño de la unidad política y sobre todo de la unidad religiosa, eran más que un plan, producto de combinaciones extravagantes ó de propósitos trascendentales previstos, el resultado lógico, sin duda alguna, de secretos delirios que se elaboraban en el silencio y misterio de su mente, preparados desde muchas generaciones atrás; y digo secretos ó silenciosos porque semejantes anomalías no parecían tener las exteriorizaciones bulliciosas y notorias que son comunes en los alucinados vulgares.

Ya hemos visto en el capítulo anterior, al hablar de Carlos V, cuán grande y eficaz es el poder

(1) FORNERON, *Historia de Felipe II*, pág. 62.

de disimulo de los delirantes ambiciosos (¹), á tal punto, dice Morselli, que en muchas formas de enajenación como la *hipocondría*, la *ipomanía*, *melancolía*, etc., etc., la sugestividad de los fenómenos es tal que el diagnóstico debe basarse casi exclusivamente sobre lo que por otro lado siente y manifiesta el enfermo. En una palabra, y valiéndonos de una frase un poco exótica del mismo maestro: faltaba en aquel príncipe la completa *extrinsecación cinesódica del proceso psíquico* para hacer sensible al vulgo esos delirios (²). Estas aspiraciones delirantes eran el resultado de la misma impotencia congénita de su sistema nervioso para el gobierno regular y provechoso de su vasto imperio. Tenía una concepción extravagante del poder, porque su conciencia apercibía viciosa y torcidamente sus impresiones externas y ninguno de ellos, el famoso D. Juan de Austria incluso, á pesar de su normalidad mental, hubiera podido poner por obra una idea grande, porque para ello es menester poseer un sistema nervioso estrictamente coordinado, una disciplina psíquica severa, sin la cual todo agente debilitante de la mente obra con más eficacia, produciendo tales aberraciones del espíritu (³).

Felipe II se creía arriba de todos los hombres, ungido de una misión divina que sólo él y Dios

(¹) Véase Magnan y Serieux, *Délire chronique*.
(²) Véase Morselli, pág. 23.
(³) Kraepelin, *Compendio di Psichiatria, etc*,

sabían; lo que hacía que en punto á la defensa de la religión católica deseara hasta hacer del Pontificado mismo un nuevo instrumento de sus impulsos [1]. Creíase destinado á vencer la herejia y á mantener el orden en el universo, suponiendo que todos los reyes de la tierra eran los vasallos de esa especie de monarquía sagrada, casi sacerdotal que había imaginado [2]. Semejante concepción, resultado de sueños equívocos de grandeza y del siempre sospechoso misticismo de los Austrias, no podía realizarse sino á medias y en un suelo como el de España, entre cuyo pueblo el respeto del soberano tenía ribetes de idolatria: «la libre Inglaterra y los Paises Bajo turbulentos no podían convenir al genio solitario de Felipe, siempre replegado sobre sí mismo, formado para ordenar y ser obedecido»; percibiendo al mundo y á los hombres á través de ese catolicismo morboso que llegó á sistematizarse en un franco estado patológico crónico.

En efecto, penetrando al fondo de ese espíritu tan tortuoso y complicado se pueden reconstruir todos los síntomas que corresponden al *delirio religioso*: si no *todos*, cuando menos los suficientes para formar una impresión *clínica* de tan interesante caso. ¿Sería aquella *religiosidad* el periodo segundo de explicación delirante de la

(1) *Estudios sobre Felipe II*, traducción de Ricardo de Hinojosa, XIII; *Felipe II y el Pontificado*, por MARTIN PHILIPPON.
(2) LAUGEL, *Fragments d'histoire*, pág. 24.

locura sistematizada progresiva ó simplemente uno de los *síndromes* de la enajenación mental hereditaria que tienen estas expresiones místicas entre tantas otras expresiones? No lo sé, aunque él era un hereditario con una foja muy cargada, la que seguramente preparaba el terreno para la explosión de cualquier forma de locura. Lo que sí se comprueba al primer examen es que ese fanatismo singular correspondía á un *delirio religioso*, sea como expresión genuina de la mentalidad del degenerado, sea como manifestación de otra forma más concreta y sistematizada. En el fondo es la misma cosa: preparado por su nacimiento, por disposiciones naturales, por su educación y hasta por su ignorancia, como ya hemos visto, á la influencia de las ideas religiosas ó supersticiosas, él, como ciertos enfermos que mencionan los autores al hablar del *delirio crónico*, ha experimentado los mismos fenómenos que los que deberían por evolución natural convertirse á la larga en *perseguidos*. Lo que á las veces hace pensar en esa terrible *locura sistematizada* es, además de la duración de su delirio, la presencia de ideas de persecución activa, su calidad y estado de *perseguidor* que es transformación final del *delirio de Lasègue* y sobre el que este maestro hablaba frecuentemente en sus inolvidables lecciones [1].

[1] Véase: Lasègue, *Études médicales*, París, Azzelin, editeurs.

El delirio místico marcha y progresa en él con todos sus caracteres clásicos: fuera de las particularidades comunes al tipo expansivo, el estado es el mismo que en todos los delirios parciales, y como todos ellos, se entrega frecuentemente y por el hecho de su enfermedad á sus actos incalificables de barbarie fría y meditada. Es lo que por otra parte sucede con ciertos alienados de esa clase «que tienen alucinaciones divinas, y creyéndose encargados (como Felipe) de sostener la fe, consideran como enemigos y enviados del infierno con la misión de perderlos á los brujos, francmasones, etc. etc., ó á tal ó cual persona frente á las cuales se colocan como perseguidos» (¹).

Encerrado la mayor parte de los días de su vida, arrastrando una existencia sedentaria y sombriamente meditabunda, metido entre lás enormes montañas de su correspondencia, ni siquiera su consejo de estado presidía y por regla general sólo se comunicaba por medio de papeles con todos los gobernantes. Era, como dice Michelet, un fantasma que se deslizaba en ese paisaje sombrío del Escorial, palacio, monasterio y sepulcro al mismo tiempo, en que vivió enterrado vivo. Los altos muros de granito cubriendo claustros estrechos y fríos, aquellas fuentes sin agua, aquellos jardines sin árboles, causaban en el ánimo el profundo terror, la enorme tristeza que obscureció el espíritu

(¹) Regis, *Traité pratique des maladies mentales*, pág. 241.

alegre del conde de Egmont cuando lo visitó en 1565 [1].

Todo este conjunto de signos tan acentuados es el que nos da la impresión de uno de esos delirios religiosos de que habla Schülle y Dupain; tranquilos pero abundantes en sus copiosas expresiones de ideas y de sentimientos. Felipe II parecía obrar siempre empujado por ese concepto anormal; de deducción en deducción y partiendo de una premisa que podía ser cierta dado el rol político que los sucesos le asignaron, iba derecho á su propósito delirante, con la tranquila lógica con que procede un *perseguido* ó un *megalómano* que no retrocede ante la incierta suerte que le deparen sus procedimientos silogísticos peculiares.

Es siempre el mismo procedimiento en la evolución de semejante proceso, silencioso y discreto cuando es tan parcial, pero terrible si el brazo está armado con tan colosal poder. Tiene por otra parte perfiles que permiten diagnosticarlo, y al espíritu esperto le bastan las líneas cardinales para adivinarlo detrás de esa aparente normalidad con que lo disfraza un corto resto de razón que persiste á pesar de todas las vicisitudes de su marcha. Los síntomas clínicos son comunes á todas las variedades que solamente se distinguen las unas de las otras por la clase de sus ideas delirantes (Schülle).

[1] MICHELET, *Histoire de France*, tomo 11, pág. 295.

En muchos enfermos, dice el autor del *Tratado clínico de las enfermedades mentales*, y sobre todo en la adolescencia, se observa desde luego el temperamento nervioso linfático que tenia Felipe unido á su marcada tendencia á los temores hipocondríacos y á las sutilezas de razonamiento. En la edad adulta «se ven períodos de depresión acentuada, escrúpulos de conciencia, así como remordimientos fundados sobre actos anteriormente verificados; su vida pasada le parece muy reprensible y sus juicios son de una severidad excesiva». De pronto, agrega ese profesor, su conciencia es iluminada por un pasaje de algún libro sagrado, ó por la expresión de la fisonomía ó el discurso de algún clérigo; el pasaje tiene una aplicación especial al enfermo; lo han elegido para disipar las tinieblas y errores de su conciencia [1] y dirigirlo en la consecución de sus planes.

Y recordad con motivo de esta cita del maestro psiquiatra, el incentivo que daba á su delirio el consejo y las exhortaciones calurosas de Fray Diego de Chaves, el confesor de Felipe. Aquel dominico movible y de perfil ascético tenía el arte de tocar en el alma del Rey ciertos resortes que ponian en movimiento su tendencia agresiva. Probablemente, piensa con razón Laugel, lo que hacía el confesor era adivinar los pensa-

[1] Schülle, *Traité, etc.* pág. 156.

mientos ocultos del monarca para empujarlo en el sentido de las resoluciones á las cuales le veía inclinado. Pensaba «que la gracia celeste descendía sobre su cabeza, ó bien una promesa de grandeza terrestre. Penetrado de gozo y de bienestar, todo dolor cesaba cuando sentía que Dios lo había elegido como enviado suyo para ser un segundo Mesías».

Tal acontece á los afectados por los síntomas de ese *delirio religioso crónico* que nos ha descrito la moderna patología mental: se creen destinados á llenar una misión divina. «Todo lo que lo rodea confirma su misión, dice el profesor Arnd en su *Traité clinique des maladies mentales:* el pasado y el porvenir son claros y luminosos y por todas partes el enfermo ve los signos que confirman su predestinación; todo toma á sus ojos una significación simbólica: los alimentos, los vestidos, las menores acciones de las personas que lo rodean». Vive con los santos que son sus hermanos, con quienes comparte todos sus placeres; los paganos y aun hasta los animales deben comparecer ante su tribunal y su mirada penetrante adivina quién de ellos merece la gracia. En todos los lugares donde va su pensamiento, tiene una misión que llenar, una misión misteriosa pero grande, excelsa, aun cuando tenga, como tiene efectivamente, que luchar, y en las palabras que oye, en la multitud de pensamientos que atraviesan su mente, distingue perfectamente los malos espíritus que están al

servicio de Satán [1] y contra los que debe combatir *persiguiéndolos* sin tregua hasta aniquilarlos.

En virtud de un procedimiento análogo seguramente, *con aquel calor interior que representa la cólera del Espíritu justo,* con esa sensación de pesantez en el hueco epigástrico *con que se hacía sensible la presencia del «Ángel fiel»* era como se operaba en el alma de Felipe II la exaltación constante del espíritu de persecución que lo animaba perennemente. Como consecuencia de tan peculiar elaboración mental, propia del paranoico religioso crónico, venian los suplicios metódicos y acumulados que llenaran de sangre y de llamas á España y á los Países Bajos.

Cada vez que estos delirantes religiosos se arrodillan para orar ó entrar en los éxtasis peculiares, *un ángel lleno de luz,* dice Pierre Rendu, se arrodilla á su lado sugiriéndole mil ideas de agresión contra los enemígos de Dios y de la Iglesia *(Manuel de médecine mentale).* Con más razón aún, cuando se vive como el Rey de España poseido por ideas anormales de grandeza divina, en constante ebullición, fomentadas por el medio ambiente de la época y de su pais y una fuerte dosis de herencia acumulada triplemente grave y difusa. Es, por otra parte, fácil apercibirse de la correlación que existe algunas ve-

[1] SCHÜLLE, *Traité clinique*, pág. 159.

ces entre estas ideas religiosas y las de *persecución*, sobre todo en los delirios proféticos en que el enfermo se cree, como Felipe, enviado á la tierra con una misión celestial de regeneración [1]. Su agresión *perseguidora* se establece como medio de realizar el propósito místico que embarga sus sentidos. Felipe persigue por mandato del Todopoderoso.

Voces de arriba le daban probablemente hasta el procedimiento de la persecución contra luteranos y herejes que *ensucian la tierra é impiden la realización* de la nivelación universal de la conciencia, tras la cual iba empujado por sus alucinaciones propicias. Los predicadores y exaltados capellanes, movidos por la vehemencia meridional de que Fray Diego era un ejemplo vivo, se encargaban de abonar esa tierra de suyo fecunda: sus exaltaciones piadosas, las visiones aterradoras del Infierno ó los goces bienhechores del Paraíso, que no faltan nunca en ese género de psicopatías parciales [2] y que se desenvolvian en una elocuencia apasionada, determinaban sacudimientos y conmociones profundas en su espíritu caviloso y tentado. Espantado por la idea de un castigo futuro, ó probablemente entusiasmado por la promesa inefable de una recompensa de *ultratumba* si cumplia *el mandato* [3], era que las persecucio-

(1) KRAFT-EBING, obs. LXVI, tomo III, pág. 89

(2) DUPAIN, obs. IX, pág. 38.

(3) DUPAIN, *Délire réligieux, étude clinique*, pág. 59.

nes se enardecían siempre con caracteres feroces y con ese tinte especial del delirio.

Théodore Meynert, el director de la Clinica Psiquiátrica de Viena, decía en 1884, estudiando el génesis de esta clase de concepciones delirantes, que la superstición era innata é inmanente en el hombre normal y al estado inconsciente: que aparece y pasa al primer plano bajo la acción devastadora de la enfermedad que inhibe las funciones superiores rectificadoras de nuestras impresiones. Esas tendencias místicas, agrega, toman entonces la intensidad de funciones espinales cuando las funciones corticales están suprimidas. Tanzi, á su vez, en una memoria sobre los neologismos en relación con los delirios crónicos, dice que podemos ver aparecer ese fetiquismo y particularmente *los encantamentos hablados (scongiuri, depreciazione, formule d'exorcismo, ó d'evocazione),* sea por debilitamiento adquirido, abolición de las funciones rectificadoras, sea por exceso inicial de la sugestividad [1] (debilitamiento nativo).

Felipe no procedía por impulsos como los epilépticos, que vuelven á la normal así que pasa el acceso: era metódico y siniestramente tranquilo en la aplicación de sus horrores, pausado, lento, pero seguro é inexorable, porque dentro de la psicología de un delirio religioso como el suyo no

[1] Véase: MARIE (AS)., *Études sur quelques symptômes des délires systematisés, etc.*, 1892.

cabe el impulso ni el ímpetu que carece de lógica. El suplicio iba paulatinamente aumentando en su intensidad, pero sin saltos que traicionaran la animalidad de un instinto: más que una bestia cebada, era una máquina que hacía su trabajo sin ruido, con toda su inconsciencia peculiar, pero con un éxito seguro y horroroso. Creía obedecer á una misión divina que cumplía abstraído y ajeno al mundo, superior á los hombres y á las cosas terrenales, que eran para él deleznables y miscroscópicas dentro de la grandiosa y megalomaníaca concepción que su delirio le sugería. «Vivía en una nube de orgullo de fe tenaz, la noche de una conciencia agitada, morbosa y miserablemente trabajada por temores perpetuos de condenación»: eso sí, suponía tener un rol y lo desempeñaba á su modo, muchas veces sin conocer á sus víctimas, sino en la colectividad de aquellos conjuntos ó tropeles que daban el combustible á los *autos de fe*, á los tribunales de sangre y á las sucias cárceles del Santo Oficio. Por eso son, más que en ninguna otra parte, siniestras sus persecuciones; por eso revisten casi siempre los caracteres de las persecuciones del *perseguido-perseguidor*, el misterio y la silenciosa felonía de una conjuración de *locos circulares*.

Primero vino para los Países Bajos la prohibición de reunirse, luego de hablar, de cantar y después aun de leer: los que no denuncien á los herejes serán castigados como herejes y ¡con qué pe-

nas! Los hombres quemados, las mujeres enterradas vivas (Michelet). Las cosas se hacian al pie de la letra bajo la mano-garra de aquel Duque de Alba, tan normal como malvado. Las ciudades fueron cerradas, verificándose luego visitas domiciliarias que procuraban rápidamente una *razzia* de victimas; solamente en Louvain veintiocho. Dos mujeres, continúa Michelet, cuya descripción de los suplicios vamos á seguir, fueron enterradas vivas: la una llamada Antonia, de familia de magistrados, la otra mujer de un boticario. Margarita Boulard, esposa de un rico burgués, fué también enterrada así; más tarde, Vauldrue Carlyer, culpable de no haber denunciado á su hijo que leía la Santa Biblia. ¿Por qué este suplicio extraño? [1] Porque Felipe tenía que cumplir su *comisión* celeste, más extraña aún, que le había encomendado la Providencia. Una mujer quemada «daba un espectáculo no solamente espantable sino tambien horriblemente indecente que no podía soportar el pudor del Norte: eso se sentia en el suplicio de Juana de Arco; la primera llama que subió devoró los vestidos, revelando cruelmente la pobre desnudez temblorosa».

El entierro fué entonces una modificación adoptada por decencia en algunas partes; pero en España, donde el quemadero tenía sensaciones inefables para el sistema nervioso emponzoñado de Fe-

[1] Michelet, *Histoire de France*, pág. 83, tomo V.

lipe, el auto de fe fué un procedimiento ineludible como agente de reducción de las conciencias. Cuando se enterraba, la cosa se pasaba así: puesto el cuerpo en la fosa, se le aseguraba por medio de tres barras de fierro: una sostenía la cabeza, otra el vientre y la tercera las piernas y, algunas veces, por caridad, el verdugo estrangulaba al paciente de antemano (suplicio de la mujer del sastre de Tournai, 1545) (1). Otras veces la ejecución se hacía de una manera más salvaje, más lenta y por asfixia, como en el caso de la mujer del barbero de Mons: «repugnándole á la pobre paciente recibir la tierra en la cara, pidió al verdugo un pañuelo para cubrírsela, luego echóle la tierra pisando con fuerza sobre el vientre y en los pies hasta que la víctima felizmente entregó su espíritu al Creador».

Hay detalles abominables de todo lo que ha inventado el espíritu morboso de persecución, para detener los progresos de la libertad religiosa. En algunas partes, el mejor medio de mortificar desesperando el alma era la privación del sueño: «un estupor mortal se apoderaba del hombre y perdía el entendimiento: tortura ingeniosa que parecía haber sido encontrada por los Doctores de Oxford para reducir á Cowbridge, que nada podía vencer». El suplicio del fuego, que fué el gran procedimiento de la Inquisición y de Felipe II, era extremadamente variable y arbitrario

(1) MICHELET, loc. cit.

al infinito: los inquisidores tenian un arte consumado para administrarlo con un conocimiento curioso de todos sus recursos y aplicaciones, desde la simple tenaza hirviente hasta la gran hoguera con su inmensa humareda y sus llamas abrasadoras. Sin embargo, algunas veces la lujuria del tormento les ponía la mano torpe é incierta, y la incineración horriblemente prolongada detenía al paciente, vivo por supuesto, sobre los carbones mal encendidos durante largo tiempo [1].

La conciencia humana recordará siempre, para vergüenza suya, aquel tormento sin ejemplo en los anales del martirio, en que Hoopen, un pobre obispo protestante que no creía sin duda en la misión providencial de los reyes alucinados, fué supliciado con un lujo excesivo de crueldades. Quemado por secciones, porque no había suficiente leña y fué preciso traer más; pero esta misma era verde, y como el viento agitaba la llama, el humo no le proporcionaba el consuelo supremo de la asfixia y le chamuscaba la carne lentamente. Se le oía, medio quemado, gritar: *¡leña! ¡leña! aumentad el fuego, buena gente!* La grasa de las piernas estaba asada, la cara negra y la lengua hinchada salía afuera, produciendo la impresión de una mueca horrible; la grasa y la sangre goteaban sobre la leña y como la piel del vientre había desaparecido,

[1] MICHELET, pág. 83.

las entrañas se escapaban por allí sin que aquel desgraciado muriera [1]... Un sollozo universal escapóse de toda la plaza... era la multitud que lloraba como un solo hombre, dice Michelet, que ha hecho tan patética descripción de este famoso suplicio.

¡Cómo es de infinita la serie de estas malformaciones de la inteligencia! La llave que abre el *césamo* de muchos de esos misterios psicológicos de la historia está allí: son desequilibraciones cerebrales que tienen por base un defecto de unidad en la organización psicológica y por carácter predominante la instabilidad mórbida. Seguramente muchas de ellas no son verdaderas *infirmideces,* pero son ya desviaciones de extructura, anomalias de origen, que á este título merecen tomar un lugar en el dintel de las alienaciones constitucionales bajo el nombre genérico de desarmonías [2].

Felipe II tenía forzosamente que entrar dentro de ese cuadro tan amplio y tan bien estudiado hoy, ó la naturaleza humana es inexplicable é indescifrable. Tenía todos sus caracteres, y sin duda por esa causa oculta para el ojo poco avezado del que no ha poseído al estudiarlo la piedra de toque de la patología, fueron impotentes en sus manos «los tesoros de América, los bajeles de Andalucía, los tercios de Castilla», y ese pueblo que se habia elevado en otro

(1) Michelet, tomo II, pág. 81.
(2) Regis, *Manuel de médecine mentale*, pág. 140.

tiempo fuera de las proporciones previstas, caia, en sus manos, en la irremediable postración de la decadencia intelectual y política. Bien se ve al estudiarlo, que fuera de las múltiples leyes comunes y conocidas que dirigen la vida de las naciones, había algo más íntimo, algo más individual que daba pábulo á esa profunda laxitud nacional que enmudeció al valiente labio del protestantismo español y encendió la hoguera inextinguible que quemó sus alas.

Puesta la patria, por su padre, en esa violenta pendiente, y precipitada por él pocos años después de su muerte, la briosa é invencible nación que había impuesto al mundo la ley de sus caprichos dejaba aniquilar en una sola batalla, Rocroy, su vigor militar, estenuada, anémica, moribunda por una sucesión de gobiernos de idiotas y alucinados. ¡Curiosa influencia la que el *alienismo,* á que se refiere de Saint-Victor, al hablar de Nerón, ha tenido en la historia de este pueblo principalmente!...

Por todo eso y mucho más que omitimos para no hacer una enumeración difusa, la Reforma no había jamás penetrado el cerebro de Felipe II ni de su padre, castigados ambos por una oclusión irremediable para la luz del libre examen. Un antagonismo de contextura celular, hereditariamente reforzado, los imposibilitaba para comprender su grandeza: tenían forzosamente que ser la *negación* empecinada de toda verdad, cualquiera que fuera

la forma en que se les presentara. Un observador juicioso ha dicho que esta disposición *negativa* tiene perfiles patológicos cuando aparece en la forma y en los caracteres especiales con que se presentaba en estos célebres monarcas; parece un resultado necesario de su organización mental desarmónica por atavismo morboso. Es fácil comprender, díce él, por qué los hombres de sistema nervioso anormal deben presentar una fuerte disposición á *negar* todo, como un resultado natural de su tendencia á libertarse de las influencias incómodas del medio social ambiente [1].

Muchos autores y particularmente el psiquiatra inglés Mausdley han demostrado que los hombres en vía de degeneración presentan ordinariamente una particularidad especial, una tendencia bien marcada á la negación: llegada esta inclinación á un cierto grado culminante, una perturbación psíquica seria y definitiva se caracteriza y el enfermo comienza á negar, no solamente los diversos ideales de la humanidad, sino también su propia personalidad [2]. Semejante tendencia no nos parecerá tan incomprensible si recordamos que cada paso hacia atrás, cada movimiento de retroceso en el desarrollo del sistema nervioso, se produce paralelamente con el debilitamiento de la disciplina interior, con el debilita-

[1] MARIE MANACEINE, *Le surménage mental dans la civilisation moderne.*
[2] MAUSDLEY, *Body and Will.*

mento de la facultad de gobernarse á si mismo [1]. No debe confundirse, por cierto, ese espiritu mórbido de negación, radicado en una visible desorganización del mecanismo cerebral con un posible *substractum* anatómico, que tenian Felipe II y los inquisidores españoles, con la duda que aguijonea al hombre para las nuevas investigaciones á producir un trabajo cerebral activo, que lo lleva de más en más á un perfeccionamiento seguro, como dice Mausdley *(Body and Will)*. La negación inquisitorial es la consecuencia directa de la ignorancia y de la impotencia cerebral (Virchow).

El delirante religioso es siempre un megalomaniaco; su delirio á la par que mistico, es de grandezas, sobre todo cuando se desenvuelve en espiritus como el de Felipe. Por eso sus proyectos son de alcance mundial, universal, y tienen por sujeto todos los pueblos y todas las razas. El sometimiento de todas las conciencias á una sola creencia, la unidad politica y religiosa que llevó al Rey de España á emprender con tanta ferocidad como constancia el nivelamiento religioso de sus dominios, entra fácilmente dentro del molde original de las ideas que el misticismo anormal de los mencionados delirios crea para uso propio.

Primeramente es pasivo, puramente contemplativo y teórico (casos de Ball, pág. 465): el enfermo se reduce á expresar sus pensamientos, á re-

[1] Marie Manaceine, *Le surménage mental*, pág. 124.

velar al mundo su elevada misión, á presentar sus credenciales de *ministros plenipotenciarios y enviados extraordinarios de Dios* (casos de Kraft-Ebing, tomo I, pág. 123). Pero luego la inspiración divina le sugiere que es necesario pasar de la contemplación pura á los hechos, y el alucinado comienza su obra, unas veces con actos inocentes y puramente verbales de predicación en la plaza pública; otras, por terribles exteriorizaciones en forma de matanzas y suplicios de todo género.

Imaginad por un instante lo que sería en las manos de un delirante religioso, el inmenso poder de España á mediados del siglo XVI, poniendo tranquilamente por obra todo aquel fárrago extravagante de proyectos que tienen por base el sentimiento vivo de una supuesta misión divina, ineludible y grandiosa.

En los Países Bajos, donde los herejes turbaban sus sueños y eran los que con más frecuencia, seguramente, poblaban sus alucinaciones, fué donde el gran príncipe hizo sentir con más crueldad su influencia inexorable. La impopularidad creciente de su gobierno se hacía sensible en el odio ardiente que profesaban á sus ministros y representantes. Los clérigos trabajaban con celo para terminar la obra de su amo, que se consagraba á su vez activamente acumulando los elementos del suplicio. Ocupado de los más pequeños detalles, desde el fondo de su palacio enviaba con una escrupulosidad

meticulosa frecuentes denuncias contra los habitantes más obscuros de los Paises Bajos ([1]). Es digno de observar, dice Mr. Motley, la minuciosa red de la tiranía desde la cual maneja y extiende los hilos sobre todo un pueblo, «mientras él, frío, venenoso y paciente, del centro de su tela acecha á sus víctimas».

Suministraba á la Duquesa y al Cardenal los detalles más increibles sobre una infinidad de hombres y de mujeres, indicando sus nombres, su edad, las señas particulares más curiosas, sus ocupaciones, su residencia, al mismo tiempo que daba las instrucciones para su ejecución inmediata ([2]).

¡Qué pasión por el detalle nimio! ¡qué meticulosidad cruel y helada para el alineamiento y descripción de las pequeñas circunstancias que debían acompañar al suplicio de sus víctimas; como si aquella sensibilidad que libaba con tanta lujuria las brutales sensaciones del *auto de fe*, necesitara todavía de las pequeñas fruiciones para satisfacer la avaricia de su imaginación angustiada.

Recorred las tristes páginas en que el juicioso Forneron transcribe *la correspondencia de Felipe II,* y vereis los detalles que rodean la muerte de Montigny, para no citar más que esa ejecución célebre por tantos motivos. El rey reune su consejo para oir sus pareceres, y todos reconocen la

([1]) MOTLEY, *Révolution des Pays-Bas*, tomo I, pág. 368.
([2]) MOTLEY, Ibid.

imposibilidad de una ejecución pública «*por estar acá el delincuente, que dijeran que se había hecho entre compadres y como opreso sin se poder defender*». Montigny, á quien se ha de dar muerte sigilosamente, es trasladado de la torre de Segovia á Simancas, cuyo gobernador, un tal Peralta, inspira bastante confianza para lo que se quiera hacer. El rey, dice la orden remitida á Peralta, «no quiere que se sepa que Montigny ha sido ejecutado»: «*debeis, pues, hacer creer que su muerte ha sido natural, y asegurar el secreto de esta ejecución* todo lo que un secreto puede asegurarse en este mundo». Un médico va públicamente á ver al preso; se encargan y traen de la ciudad remedios contra la fiebre, y entre tanto un alcalde, un fraile y un verdugo, salen de Valladolid. Lo que deben hacer, hora por hora, está prevenido y prescrito por la misma mano del rey, porque la *caridad* en el crimen es llevada tan lejos, que hay largas recomendaciones para que se anuncie con precaución al noble Montmorency la muerte ignominiosa á garrote, evitando así que se condene por la desesperación (Forneron).

Háse de confortar su piedad y su valor «para impedir por todos los medios que intente darse la muerte á sí mismo: se le dará el tiempo de una noche y un dia para que se confiese, reciba los sacramentos y se arrepienta. Cuanto á ese importante punto, no ha de tolerarse la más mínima negligencia, debiendo ser el religioso docto y pru-

dente: el padre Fray Hernando de Castillo, que está en el Colegio de San Pablo, debe ser el elegido. Además, se le permitirá al condenado hacer testamento, aunque estando confiscados sus bienes, no tenga nada que legar; pero se le dejará entender que puede disponer de ello si consiente en hacer sus últimas voluntades en los términos que emplearía un hombre enfermo en su última hora, lo que hará creer mejor en una muerte natural». «También se le dejará escribir á su mujer, pero en el mismo concepto de un hombre que se siente gravemente enfermo y en el articulo de muerte. Por fin, luego que haya sido agarrotado, se le revestirá con un hábito de franciscano, calándole bien la capucha, de manera que tape bien las señales del garrote en la garganta: los que lo metan en el ataud no han de saber nada del secreto, y el entierro será público y pomposo como cumple á un gran señor cuya muerte prematura se deplora » [1].

En estos términos, con esa minuciosidad de detalles, arreglaba todo Felipe II. Quince ó veinte dias echó para combinar tan largo suplicio, ejecutado cautelosamente por sus sirvientes! Su orden real, agrega Forneron, tiene fecha 1° de Octubre de 1570: el religioso elegido entra en el calabozo el 14 de Octubre, y allí permanece; el 16 á las dos de la madrugada entra el verdugo,

[1] FORNERON, *Historia de Felipe II*, pág. 203.

y después de amarrar á su silla al preso y de agarrotarlo, sale sigilosamente sin que nadie lo haya visto entrar ni salir. Luego una mano diestra arregla la capucha de San Francisco para cubrir las hondas huellas del crimen, y el entierro se hace después con toda solemnidad en la iglesia de Simancas (1).

El mismo Padre Santo parecía fatigado de las atrocidades del rey de España, y llegaba hasta dudar de su serenidad de juicio en presencia de tanta sangre y de tanta persecución. Su Santidad, decía el embajador de España: «*es muy inclinado a que haya paz y quietud de todas partes, y así gustaría que oy la hubiera aunque se disimulara algo á los herejes*». El cardenal Merone era de la misma opinión, y Requesens, si bien no se atrevió á pronunciar la frase *libertad de conciencia,* pensó que un nuevo soberano no estaría obligado á los mismos escrúpulos de Felipe, y propuso que le cambiaran el Piamonte al duque de Saboya por los Paises Bajos ó se le dieran al segundo hijo del rey. Pero Felipe escribía al margen de la carta: «*Mejor es que sea pobre que no hereje*»! (2).

¿Qué quiere, pues, este Rey entregado á un fatalismo inconmensurable y mudo como una estatua?

Nadie lo sabe, porque, absorbido por la alucina-

(1) FORNERON, *Historia de Felipe II*, pág. 204.
(2) FORNERON, Ibid., pág. 242.

ción religiosa, quedaba horas enteras en largos coloquios mentales con Dios y su Corte Celestial, (caso de Kraft-Ebing, pág. 123, y de Jacoby, página 112), consultando vastos planes de persecución ó rumiando aquel detalle atroz que completaba la solemnidad del suplicio.

Los consejos feroces del Duque de Alba para acallar la conciencia irritada de los burgueses de Leyden satisfacen la concepción que él tiene del castigo divino aplicado por procedimientos humanos: «*principalmente convendría mucho*, dice, *quemarles y talarles todos los frutos que no se puedan servir de ellos y por hambre se vengan á reducir*». En este gran concurso de supinas crueldades nadie quiere ser menos: el Inquisidor General Quiroga, opina como el Duque de Alba: los rebeldes y los que dicen que no lo son, deben ser castigados... ¿La inundación ó el fuego? El Rey opta por el segundo, y como era natural, dada su desarmonía conocida, la *piromanía* de los locos incendiarios le arma la mano con el haz de leña que quería arrojar en la hoguera de su propio hijo si hubiera sido hereje.

El fuego ¡el fuego! que hiere con más brutal intensidad la retina ambiciosa del degenerado religioso; que tiene la llama azufrada con los olores picantes y variados de la carne, y que, semejante á la ola gruesa del mar, se estira y encoge alternativamente dejando ver la descarnada silueta de la víctima medio chamuscada,

medio abotagada por la asfixia providencial que le quita el sentido: hasta la sonoridad peculiar de las llamaradas que agita el viento, encierra para el oido del *pirómano* el secreto de una sensación especial que no conocemos los cerebros normales. «Visto que ninguna via aprovecha, escribia Felipe, y teniendo por sin dubda *que debe ser esta la voluntad de Dios... ha parescido convenir que se venga a usar del último y riguroso castigo!*» La inundación no era un sistema prudente, porque seria de temer que ganara más terreno del que fuera necesario sacrificar y que invadiera paises católicos [1]: fuera de que este procedimiento «*traería consigo un cierto nombre de crueldad de que se debe huir*»*!* Pero el incendio reglamentado y metódico no ofrece ningún inconveniente, «aunque sea menester quemar todos los villajos, las cosechas, los árboles, porque siempre queda el suelo; las ciudades cesarían de enriquecerse porque no tendrían nada que vender, los burgueses no podrían huir por mar, porque no tendrían viveres para sus naos y tendrían por fuerza que someter sus conciencias»!

Sin duda que complace más á la conciencia popular meter estas cosas dentro de los limites de la delincuencia vulgar, porque detrás parece sentirse al malvado más que al loco irresponsable; pero si bien ese rey ha cometido crimenes

[1] Forneron, *Historia de Felipe II*, pág. 242.

enormes y premeditados, no hay duda también que tenía más de delirante hereditario, de obsesado fijo y perseguido que de criminal empedernido. Obraba en *nombre de Dios*, consecuente con las premisas de su delirio tranquilo, hostigado por esa concepción anormal y delirante que tenía de su misión, de la misma manera que los locos *acusadores* que proceden en virtud de ideas fijas tomadas de un sueño ó de una alucinación más que de la perversión de su sensibilidad moral (1).

Seguramente que las alucinaciones, cuya existencia es indudable para mí, han de haber revestido el tinte peculiar que le daría su carácter sombrío y tétrico; enemigo de toda forma humana y con la idea de que en la altura *divina* en que él se cernía, el hombre no debía alcanzarle.

El Escorial, donde se refugiaba, tenía ese aspecto de desolación y de tristeza profunda pero solemne que es el tono general de su carácter. Apenas terminado se llenaba de despojos, porque antes de llegar á los sesenta años había Felipe hecho depositar diez y siete cadáveres (2). Colocábalos en orden en el osario y nada cambiaba después en las reglas que aniquilaban á los sobrevivientes y que exigía resignación oficial. « No se hagan demostraciones de duelo », escribía á todas las ciudades, á la muerte de D. Fernando; « hagánse sólo

(1) *Rapport de M. Cullère*, publicado en los *Archives de Nécrologie*, nº 79, pág. 251, año 1893.

(2) Forneron, loc. cit., pág. 246.

procesiones y rogativas públicas y hacinamiento de gracia al Todo Poderoso *por el favor* que ha hecho al príncipe» [1]. El mismo Felipe «estaba ya constantemente enfermo como sus mujeres. Se le ve, al saber la toma de Harlem, *padeciendo tercianas* mientras la reina Ana tenía *cuartanas* y el Príncipe de Eboli se hallaba á la muerte. Se salva, sin embargo, el cuarto hijo, el endeble y enfermizo Felipe III. La vida se pasa en el Escorial en medio de las procesiones y rogativas, *así es que el demonio tiene gran deseo de impedir que se penetre en este santo lugar* donde se celebran las alabanzas de Dios con tal perseverancia en las buenas obras y *en las prácticas de santa piedad*. Poco á poco adopta Felipe las fórmulas de devoción por el estilo administrativo y exige que se le hable de piedad en cada negocio que ha de despachar; manía que es muy luego conocida y halagada por los cortesanos.» *He recibido la santísima contestación del Rey*, escribe, por ejemplo, un secretario; la *divina mano de su magestad el Rey*, dice otro; *la santa mano, la divinidad del príncipe*, son frases que Felipe recibe inmutable de sus cortesanos, dejando traslucir vivamente las grandezas megalomaníacas tan propias del delirio religioso (Véase Ball, pág. 146).

Al tomar una decisión sobre un informe de Rodrigo Vázquez, pone esta nota característica:

[1] FORNERON, loc. cit., pág. 247.

«*También en este tiempo me confesaré y comulgaré y encomendaré á Dios para que me alumbre y encamine*». Tal era su costumbre en los negocios de estado, y era lógico (1).

En su calidad de *delegado de Dios*, Felipe debe consultar con su confesor para apreciar el alcance de su mandato. De este modo Fray Diego interviene en todas las crisis, asi en la prisión del príncipe D. Carlos como en el asesinato de Escobedo (2), porque con su rara habilidad, con su astucia é ingenio proverbial sabe dar pábulo á las tendencias de su hijo espiritual. Así, por ejemplo, cuando el Rey resiste la separación del Conde de Barajas que exige Fray Diego de Chaves, este fraile temerario pero hábil para manejar conciencias comprometidas, le escribe desde su celda esta carta llena de audaz sugestión: « *Yo, confesor, no insistiré mas, ni me obliga Dios a mas; pero oblígame Dios a no administralle ningun sacramento, porque non lo puede V. M. recibir, hasta que V. M. lo haga, porque esto manda Dios. Tenga por cosa cierta estar V. M. en el mas peligroso estado que tenga ningun católico*». «*Padre Fray Diego*, contesta el principe al punto, *direis de mi parte al Conde de Barajas que conviene que me pida licencia para irse a descansar a su casa*» (3).

(1) FORNERON, *Historia de Felipe II*, pág. 276.
(2) FORNERON, loc. cit., pág. 276.
(3) FORNERON, loc. cit., pág.409.

Todo ese conjunto de circunstancias daban la tela y el fondo de sus alucinaciones, el genio de su delirio.

Escuchad lo que sucede en la clínica corriente: «Dios le ha dicho que era su voz divina que se dirigía á los hombres por su intermedio. Después de largos años es agente de Dios, es su secretario, su amanuence, que escribe bajo su dictado. Es, como veis, la teoría de la inspiración literal. Más tarde las alucinaciones de la vista principian á presentarse; apariciones celestes se le muestran y ve al mismo Jesús en una canasta de flores. Una revelación divina le indica que había sido ordenado arzobispo y que debía llevar en su pecho una cruz de tal. Desde estos momentos va á pasear sus divagaciones en las ferias y en las reuniones públicas, y *arrastrado por esa manía común á un gran número de alienados religiosos, principia una voluminosa correspondencia.* Su propósito era el de *fundar la teocracia universal*, porque Dios sólo debe reinar en la tierra en lugar de todos los Reyes; y para llegar á la realización de ese propósito, *debe crearse un empleo de cancillería divina que el enfermo ocupará.* Además, debe facilitársele una suma *suficiente para construir en su país natal un gran castillo que será el asiento de la cancillería divina.* Una vez realizada esta gran idea, *veremos reinar la paz universal,* gozaremos de una prosperidad extraordinaria y *el papado será restituido en su*

legítimo rango. Todas estas cosas tenían su expresión *en una multitud de manuscritos con una* caligrafía especial»...

En la breve historia de ese delirante religioso que acabamos de copiar de las *Leçons sur les maladies mentales* del profesor Ball (página 465) ¿no está compendiada toda la psicología mórbida del Rey Don Felipe? ¿el concepto ampuloso de su misión en la tierra, la manía de la correspondencia epistolar sobre que insiste el profesor de la Facultad de París, y hasta el *grandioso castillo* que el alienado ese quería edificar en su país natal, y que tratándose de nuestro caso bien podría ser el Escorial?...

Hay delirios religiosos que tienen una índole alegre, expansiva y hasta, si se quiere, graciosa, si se tiene presente el género de extravagancias que domina sus concepciones: ese loco es, diremos así, manso é inocuo, porque sus proyectos tienen la inocencia de las aspiraciones juveniles que provocan tan benevolentes sonrisas; se deja dócilmente conducir al manicomio sin una protesta y allí mismo constituye el grupo de los inofensivos. En cambio, otros, huraños y con el espíritu en constante impulsión, tienen el alma bañada por la tétrica misantropía que los hace altaneros, agresivos y de una frialdad desagradable. Son del grupo, ó mejor dicho del *círculo* en que el hijo de Carlos V pasea el suyo, llamando sobre su cabeza las maldiciones de todas las naciones civilizadas de la tierra.

Sin duda que no han de haber acudido á su mente las celestes visiones, amables, con que ciertos enfermos de ese grupo ven entreabierto el cielo, envueltos por los rayos de luz divina y rodeados de criaturas angelicales que se precipitan á su alrededor para prestarles ayuda (Ball, pág. 473); porque, seguramente, su imaginación recibiendo por influjo hereditario algo de la índole epiléptica de su padre y poblada por las múltiples sensaciones dolorosas, por las ideas lúgubres que caracterizan la *religiosidad* del mal caduco, por otra parte tan propia de la religión de aquella España inquisitorial y monástica; seguramente, iba diciendo, que estaría más dispuesta á sombrear la *alucinación* con el turbio colorido que el *auto de fé* le suministrara. Buscaría el elemento de esas angustiosas aventuras del cerebro enfermo «en aquel país de los Cymerios de que hablaba Homero, en la pálida comarca de los muertos, envuelta en tristes brumas y donde, parecidos á los murciélagos, las fantasmas acudirían en tropeles con gritos agudos á llenar y calentar sus venas bebiendo en la fosa la roja sangre de las víctimas».

La extructura de su espíritu no permitía sino el eterno dominio de la sombra, preocupado como estaba de propósitos de una grandiosidad extravagante en los que, como ha dicho el autor de la *Vida de Jesús,* un pueblo, el mundo, todo sér limitado, por grande que sea, no es más que un momento, un punto de la vida infinita.

La eternidad alza delante de su mente « su pirámide de millares de siglos como una monstruosa montaña en cuya comparación nuestra vida pequeña no es más que un grano de arena; el sueño eterno y silencioso del sepulcro, el abismo sin forma y sin fondo de donde salen las criaturas como vapores efímeros, finalmente, el Dios único absorbente y terrible en quien se concentran todas las fuerzas de la Naturaleza y para quien el cielo y la tierra no son más que un pedestal », ese era el tristísimo, el solemne panorama que se abría ante sus ojos y que echaba fuego á la hoguera de aquel delirio religioso en plena España medieval.

Nunca ha habido en la historia del mundo una inercia y una obscuridad mayor del pensamiento que en los días que sucedieron al reinado de Felipe y como consecuencia de su manía religiosa.

Los que disertan largamente sobre el atraso de la España del Santo Oficio tienen sobrada razón, porque aquella *selección negativa* de que hablamos tan largamente en la Segunda Parte, puede decirse que destrozó al cerebro español; aquel cerebro grande y luminoso de otros tiempos. Las aspiraciones equívocas á la unidad de creencias, su despotismo violento sobre todas las conciencias en materia religiosa, habíanlo postrado poco á poco, pero con un resultado óptimo, siguiendo el procedimiento paulatino del tormento que mata por secciones para que el delincuente asista á su propia liquidación. La producción estaba

limitada á libros empalagosos de teología extravagante; hablo naturalmente de la producción científica, puesto que en el orden puramente literario el reinado de Felipe fué en realidad exuberante en libros en que se discutía sinceramente *si los duendes tenían tacto* y si Martín Lutero descendía en efecto del demonio mismo, como aseguraba después Martín Antonio del Río en sus célebres *Disquisitionum magicarum* [1].

La historia de los protestantes españoles tiene á este respecto páginas dolorosas, porque la persecución que ejerció Felipe II fué grande y sin cuartel. La Reforma tuvo en ellos grandes apóstoles, propagandistas calurosos dentro de los mismos claustros de los conventos españoles, y se ha visto allí, el país de la inquisición y de la intolerancia después de decapitada la inteligencia, un ejemplo que no hemos encontrado reproducido en otra parte: toda una congregación religiosa, los frailes de San Isidro del Campo, monjes de la Orden Jerónimo, abrazaron casi todos la nueva doctrina [2]. Pudo ser aquella tierra, almácigo fecundo de herejes y luteranos, y á no haber sido las circunstancias excepcionales que estudiamos en este libro, y á las que debe España todas sus desgracias, la Reforma ó la libre investigación que es su expresión

(1) Castro, *Historia de los protestantes españoles.*
(2) Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos,* tomo II, pág. 442.

más simpática, hubiera hecho de aquel bello país una gran nación. Tierra fecunda de herejes, dice Menéndez Pelayo refiriéndose al Obispado de Cuenca, si se honra con los ilustres nombres de D. Diego Ramírez, de Fuenleal, espejo de prelados, de Melchor Cano, de Fray Luis de León, de Gabriel Vázquez y de Luis de Molina, también *obscurecen* su historia á manera de *sombras* (!) González de Cuenca en el siglo XII, los Valdés, Juan y Alonso Díaz, Eugenio Torralba y el Dr. Constantino en el siglo XVI, la beata Isabel en el XVIII [1].

Hay indudablemente, algo de levantisco, innovador y resuelto en el genio y condición de aquella enérgica raza que ha podido luchar por tanto tiempo contra todos los procedimientos de opresión y despotismo intelectual y político sin desaparecer completamente. No se comprendería la rápida propagación del luteranismo en Sevilla, si hubieran bastado los sermones de Egidio y Constantino, ni los mil artificios y rodeos de éste, para producir aquel incendio [2] sin la ayuda de cierto elemento de modesta situación social cuya *contaminación* luterana demuestra cuán profunda pudo ser en España la difusión de esas ideas, si causas de cierta naturaleza no la hubieran impedido. Un singular personaje de que habla el autor de los *Heterodoxos españoles*, salido de allí, como otros

[1] MENÉNDEZ PELAYO, *Heterodoxos españoles*, pág. 442.
[2] MENÉNDEZ PELAYO, loc. cit., pág. 440.

más, y el más activo de todos los reformadores, hombre de clase y condición humilde, fué uno de los más eficaces cooperadores. Este tipo del contrabandista «puesto al servicio de una causa religiosa, era el más activo de todos los reformadores, de una terquedad y fanatismo á toda prueba, de un valor personal que rayaba en la temeridad y de una sutileza de ingenio y fecundidad de recursos que verdaderamente pasman; no era sevillano, ni andalúz siquiera, sino castellano viejo, de tierra de Campos, nacido en su llamada Villaverde y llamábase Julián Hernández. Transportó de Ginebra á España en 1557 dos grandes toneles de *Nuevos Testamentos* traducidos por el Dr. Juan Pérez y los esparció profusamente en Sevilla, depositando parte de ellos en casa de D. Juan Ponce de León, hijo del Conde de Bailén», y otra parte en el Monasterio de San Isidro del Campo (1).

Se ve, pues, que la difusión del luteranismo se había hasta cierto punto infiltrado en España en las capas sociales más profundas y que la actividad del pensamiento era grande y poderosa. No eran ya los hombres de labor los que lo profesaban; eran hasta los arrieros los que por medio de procedimientos ingeniosos, introducían los libros y propagaban las mismas ideas. Lástima grande que esos torpes alienados de la

(1) MENÉNDEZ PELAYO, *Heterodoxos españoles*, tomo II, pág. 441.

Casa de Austria, principalmente este Felipe *esperanza del mundo,* hubiera impedido con sus delirios y anormalidades psicopáticas de todo género el engrandecimiento intelectual de tan gran pueblo.

Uno de los más famosos protestantes de aquellos tiempos, fué el conocidísimo Constantino Ponce de Lafuente, canónigo magistral en la iglesia Metropolitana de Sevilla: era aquél que aseguraba en pleno reinado de Felipe y bajo la garra henchida del Santo Oficio, que el Purgatorio no era otra cosa que *unas cabezas de lobo inventadas por los frailes para tener que comer*. Murió, como tenia que suceder, en las cárceles secretas de la Inquisición, después de experimentar cruentos martirios. Ponce de Lafuente nunca discurría en sus sermones con toda libertad, sino mezclando con algunas proposiciones católicas un número considerable de luteranas [1]: y de ahí nacieron las sospechas de que el gran predicador defendía la Reforma, aunque discreta y cautelosamente [2].

Ayudado por el no menos famoso Dr. Egidio, otro protestante bastante célebre, y por un cierto Dr. Vargas á quien, según Menéndez Pelayo, todos citan y de quien nadie da más puntual noticia, dieron á conocer en Sevilla los principios de la Reforma [3]. Los tres habían estudiado jun-

[1] CASTRO, *Historia de los protestantes españoles.*
[2] CASTRO, loc. cit.
[3] MENÉNDEZ PELAYO, *Heterodoxos españoles.*

tos en Alcalá y los tres, de común acuerdo, se dieron con fervor á la propaganda. Vargas explicaba desde el púlpito el *Evangelio de San Mateo* y *los Salmos:* Egidio y Constantino predicaban con frecuencia, aunque más el primero que el segundo (1). Cipriano de Valera, en la *Exhortación* que precede á su Biblia, dice que Arias Montana, entonces estudiante, *oía de muy buena gana esos sermones* (2).

Este Cipriano de Valera y Antonio del Corro fueron dos de los más señalados escritores citados por Menéndez Pelayo en su erudito libro. Otro que también menciona, secuaces, no frailes de la herejía según su propia frase, el más ilustre y conspicuo por la nobleza de su cuna, era D. Juan Ponce de León, hijo segundo del Conde de Bailén, muy dado á la lectura de los libros sagrados y en extremo caritativo y limosnero (Menéndez). Las ideas y «el calor con que abrazó los principios luteranos debió de ser algo de exótico y de extraño en aquel país, al parecer tan creyente y sometido: tan fanático parecía que en la misa solía volverse de espaldas al altar cuando el sacerdote alzaba la hostia consagrada!» (3); huía del viático si le encon-

(1) Reinaldo González de Montes, pág. 281 y 282, añade que Vargas murió en lo más recio de sus cuestiones con los Inquisidores: *Inter ipsas jam cum Inquisitione concertationes olivet supremamum diem* (Menéndez).
(2) Menéndez Pelayo, etc.
(3) Menéndez Pelayo, etc.

traba en su camino y frecuentaba los quemaderos de la Inquisición para perder el miedo á los suplicios y arreciar el temple de su alma.

Una enérgica reacción católica fué necesario para borrar, por lo menos aparentemente, las huellas de contagio luterano en Sevilla. El monasterio de San Isidro tuvo que ser purificado: los pocos monjes católicos que allí quedaban, suplicaron á los jesuitas que viniesen á sus conventos á doctrinarlos con buenas pláticas, y á la herética enseñanza de Fernando de San Juan, sustituyóse la de los padres de la Compañía [1]. Por otra parte, la Inquisición de Zaragoza tuvo harto que hacer con los hugonotes del Bearne que entraban en el Aragón por Jaca y el Pirineo como mercaderes. Felipe II encargó la más escrupulosa vigilancia á los guardas de los puertos, y se llegó á considerar como sospechosos de herejía á los contrabandistas que llevaban caballos á Francia.

¿Por qué España, como las otras naciones, no disfrutó de las consecuencias intelectuales de la Reforma?

Fuera de las causas históricas de otro carácter que son notorias, existen dentro de la misma patología, razones de orden psicológico que lo explican. Uno de los períodos de mayor depresión y generalización de los *delirios religiosos* epidémicos en España *(demonopatía, demonolatría,*

[1] MENÉNDEZ PELAYO, *Historia de los heterodoxos españoles*, tomo II, pág. 443.

teomanía, etc., etc.), coincidió con el de mayor exaltación de la propaganda luterana y calvinista, así como con el de mayor enardecimiento de la religiosidad de Felipe [1]. En otros términos: la aparición ó el apogeo de la idea protestante, coincide en España con la epidemicidad de esas locuras que azotaron la Europa entera con más ó menos gravedad y extensión, locuras que el nieto de Juana la loca agravó y mantuvo en su tierra con el incentivo y contagio de sus propios delirios.

Uno de los procedimientos más eficaces para completar la opresión de la conciencia española y el decaimiento de su inteligencia, fué sin duda esa circunstancia histórica, porque no se produce en el cerebro de un pueblo tan enorme excitación mental durante tan largo período, sin traer entre otras consecuencias psicológicas, las tristes secuelas *demenciales*, siquiera transitorias, que tiene semejante delirio crónico, operando en un encéfalo traqueado y conmovido. Los protestantes de la península, cuando pusieron por obra la realización de sus propósitos de reforma, encontraron en plena exaltación aliénica al cerebro español, embargado por el vértigo del delirio religioso y entrando ya en el período de obscuridad de su *demencia sui generis,* del que no ha salido aún.

[1] Véase CALMEIL, *De la folie considérée sous le point de vue pathologique, philosophique,* etc.; REGNARD, *Les maladies épidémiques de l'esprit,* 1887.

Ese delirio ó *locura por religión*, como le llama Morel [1], puede resultar, y resulta, en efecto, en muchísimas ocasiones de la exageración del amor de Dios y del temor excesivo á su ley, de ese terror que supo difundir Felipe en todas las conciencias por el vehiculo del santo Tribunal, hábil distribuidor de la ignorancia y de la exaltada superstición, que levantó el sentimiento hasta la locura. La *idea fija* del terror á la iglesia católica, que la Reforma española no pudo desarraigar, ni siquiera conmover, sostenía, á la vez que era su consecuencia, el estado mental anómalo que cerró la inteligencia á toda penetración exterior; porque la locura ó los estados que se le parecen, vive en reclusión completa dentro de las fronteras del mundo que ella se forja, sin que una impresión ó una idea pase, cuando pasa, sin sufrir la transformación mental que el delirio le impone.

Esos cerebros, no solamente no presentan ni con mucho la plasticidad de los histéricos, sino que (haciendo abstracción de ciertas categorías de enfermos como los *débiles de espíritu* y *los paralíticos generales)* no ofrecen á la sugestión *la presa* relativamente fácil que presentan de ordinario los sujetos normales; y es cosa curiosa ver en ciertos maniacos razonadores, por ejemplo, y á despecho de todas las modificaciones que se han

[1] Morel, *Traité des maladies mentales*, París, 1860; Menéndez Pelayo, *Heterodoxos españoles.*

producido en sus condiciones de existencia y sus relaciones, persistir durante cuarenta años algunas veces, *una misma idea delirante,* sin variación ni cambio [1]. En el loco y «el semi-loco delirante, se estrella toda demostración de la absurdidad de sus apercepciones; ninguna contradicción, ninguna burla, ningún desprecio los toca; la opinión de la mayoría les es indiferente, y los hechos que no son de su agrado, los ignoran ó los interpretan de tal manera, que parecen venir en corroboración de su delirio. Los obstáculos no los arredran, porque contra la pujanza de su delirio, su instinto de conservación mismo es incapaz para luchar, y en virtud de la misma razón, están siempre prontos á llegar hasta el martirio». Tal es, en parte, la historia de esa rara inaptitud del cerebro español para la penetración de la Reforma; tal, la de esa violenta é inconmovible tenacidad de Felipe contra la herejía.

Construido y mantenido por manos maestras semejante estado de verdadera alienación colectiva, la Reforma debió reducirse á la tentativa más ó menos feliz de unos cuantos espíritus audaces, cuya palabra se perdía sin eco suficiente en el vacío que hizo fracasar su propósito. En estos casos, es evidente que tal estado evoluciona necesariamente hacia un término marcado de antemano, cualquiera que sea la acción de los acon-

[1] L. Marillier, *Du rôle de la pathologie mentale dans les recherches psychologiques.*

tecimientos intercurrentes. Sobre todo en los predispuestos, que eran los más, la exaltación estallaba á consecuencia de confesiones mal dirigidas, de sermones sobre las penas del infierno, de ayunos excesivos que provocaban la anemia. El origen de las epidemias coreicas ó demonopáticas debe ser atribuido al mismo género de propaganda y procedimiento según Marcé (1), para quien el pronóstico de las formas religiosas del delirio, es mucho más grave (pág. 299) que la de los otros, á causa de la tenacidad, de las falsas concepciones, de la extensión de su irradiación, de la facilidad con que se complica de ilusiones y de alucinaciones (loc. cit.).

Todas las causas morales depresivas vaciadas con una mano pródiga por el clero regimentado sobre aquellas almas timoratas, y expresadas por ideas de naturaleza lipemaníaca las sospechas constantes de condenaciones infernales en un grado de extensión patológica aseguraban á Felipe II su triunfo definitivo sobre los reformados españoles. Por otra parte, la *imposición* y *contagio* de su delirio, imposición y contagio á la manera como se verifica la transmisión de la *folie à deux* en sus diversos tipos clínicos (*tipo Lasègue*, *Falret, tipo Regis,* etc., etc.) fué un coopeador eficaz del Santo Oficio. Aquello de que *un loco hace un ciento*, tiene un relativo fun-

(1) MARCÉ, *Traité des maladies mentales.*

damento científico. El contagio de la locura, como lo entiende hoy la ciencia naturalmente [1], y con especialidad la forma religiosa, es frecuente y fácil, «*extrèmement contagieuse*», dice Marcé (pág. 229), y si se tiene presente aquella intimidad prolongada y absoluta escapando á toda influencia exterior, que da verosimilitud al delirio [2], y que se verificaba allí ampliamente por las condiciones del medio y de la vida de ese pueblo, se verá cuán fácil pudo ser la contaminación.

Esa es una de las fases más importantes, el *modus operandi* íntimo de la influencia que los reyes neurópatas fanáticos, especialmente Felipe II y Carlos V, han ejercido en España. Una vez constituido el *medio* por la Inquisición antigua y moderna, los predispuestos de todo género, á menudo ya invadidos por una vesania tranquila que podríamos designar con Dupain [3] bajo el nombre de *vesania latente*, y de la que no se apercibe nadie hasta que se exterioriza, se revelan manifestando en una ú otra forma su psicopatía, y siguen su impulsión psicológica si no se tiene el cuidado de dispersar los grupos más ó menos compactos de los delirantes.

Agreguemos á esto, que los «tipos mórbidos tienen una gran semejanza entre sí, no solamen-

(1) Véase F. L. ARNAUD, *La folie à deux, ses diverses formes cliniques* (*Annales médico-psychologiques*, 1893).

(2) ARNAUD, loc. cit.

(3) DUPAIN, *Délire réligieux*.

te en el curso de una epidemia dada, sino también en todas las epidemias, en todas las épocas y en todos los paises» y que es por otra parte una forma perfectamente curable, si bien no por eso menos grave en sus consecuencias. Eso es, pues, «lo que constituye el *substractum* de las histerias de la edad media y de ciertas epidemias locales que se han producido en diversos pueblos, aun en los tiempos modernos» (1), siendo indispensable la intervención de la autoridad, mucho más indispensable que en las otras vesanias. Pero cuando aquella conspira para difundirlas y sostenerlas, su generalización tiene que afectar las proporciones inusitadas que apuntamos hace un momento. La plaga invadió así los conventos de hombres y mujeres, dentro y fuera de ellos, en casi toda España, y en diversas formas y matices con intensidad variable, afectando á todos los espíritus y sustrayéndole á toda influencia externa.

Todo esto por lo que respecta á los luteranos de España: fuera de ella la propaganda en favor de sus libres propósitos tomó proporciones no menos alarmantes para el espíritu bravío del Santo Ofi-

(1) DUPAIN, loc. cit., pág. 247; ELLIS W. C., *Traité de l'aliénation mentale* (traducción de Archambauld), París, 1840; GUISLAIN, J., *Traité sur l'aliénation mentale et sur les hospices d'aliénés*, Amsterdam, 1826; FALRET, *Des maladies mentales et des asiles d'aliénés*, París, 1864 (*Leçons de 1830 à 1832*); GRIESINGER, *Traité des maladies mentales*, traducción francesa por DOURNIC, París, 1873, etc.

cio. Parece que todos esos emigrados, muchos de ellos monjes Jerónimos, escogieron al principio la residencia de Alemania, y todos los años llevaban á la feria de Francfort sus libros, y los más audaces llegaron á Flandes con algunas cajas para remitirlas á España ([1]). Los inagotables recursos del ingenio, aguzado por el terror de las persecuciones, les suministraban curiosos procedimientos para introducir en su país la Reforma. Los protestantes que quedaron allí, particularmente en Andalucía, costeaban los gastos de las ediciones, y Pedro Ballero Estcelcio y otros libreros de Amberes servian de intermediarios para el contrabando. Los libros venian en toneles desde Francfort, y llegaron á venderse más ó menos encubiertamente en la feria de Medina del Campo y en Sevilla, donde tenia sucursales Pedro Vilman, librero antuerpiense ([2]).

En 1563, algunos de estos protestantes, entre ellos Casiodoro de Reina, pasaron á Inglaterra buscando el amparo de la Reina Isabel, á quien servian de espías. Súpolo Felipe II, por aviso de su embajador Cuadra, y en 15 de Agosto le escribió: « *He visto lo que me decís que ha ido ahí un D. Francisco Zapata con su mujer y porque holgaría mucho que se pudiera hallar algún remedio para sacar de ahí al dicho D. Fran-*

([1]) Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles*, pág. 456.
([2]) Menéndez Pelayo, loc. cit., pág. 457.

cisco Zapata y al Casiodoro, os encargo mucho que mireis sobre ello y me aviseis de la orden que se podía tener para sacarlos de ahí y traerlos a estas partes, o que se podrá hacer para remediar el daño que ahí hacen y esto sea con toda brevedad, que en ello me servireis mucho » [1].

Los trabajos bíblicos, considerados como instrumento de propaganda, dice nuestro ilustre guía, han sido en todos los tiempos ocupación predilecta de las sectas protestantes y que desdeñaron los reformistas de España: Juan de Valdez puso en hermoso castellano los *Psalmos* y parte de las *Epístolas de San Pablo;* Francisco de Enginas, no menos helenista, vertió del original todo el *Nuevo Testamento;* Juan Pérez aprovechó y corrigió todos estos trabajos. Uno de los protestantes fugitivos de Sevilla, emprendió y llevó á cabo no sin acierto una traducción de la *Biblia* que faltaba en castellano y logró introducir en España gran número de ejemplares, burlando la severa vigilancia del Santo Oficio. « *Mucho holgaríanos que hubiesedes hallado el original de la Biblia en español*, escribia Felipe II á D. Francisco de Alaba, su embajador en París, *y que así mismo hubiesedes recogi-*

[1] Documentos de Simancas que le comunicó en copia al Sr. Menéndez Pelayo el Sr. D. Adolfo de Castro, antes de la *Historia de los protestantes españoles. Apuntamientos para la historia del Rey D. Felipe II de España, por lo tocante á sus relaciones con la Reina Isabel de Inglaterra, desde el año 1858 hasta el de 1576.*

Pages 673-691 missing